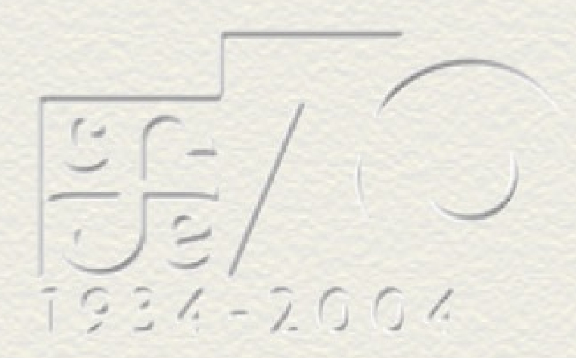
HISTORIA DE FLORENCIA, 1378-1509

FRANCESCO GUICCIARDINI

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA • 70 AÑOS



FRANCESCO GUICCIARDINI

HISTORIA DE FLORENCIA, 1378-1509

Prólogo y traducción

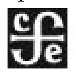
HERNÁN GUTIÉRREZ GARCÍA



Edición conmemorativa 70 Aniversario, 2006
Primera edición electrónica, 2012

Título original:
Storie Fiorentine. Dal 1378 al 1509

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

 www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5227-4672

ISBN 978-607-16-1159-8

Hecho en México • *Made in Mexico*

ÍNDICE GENERAL

Prólogo

Intención del prólogo

La cultura de la memoria

Macrocontexto

La historiografía florentina

La biografía y su contexto

Guicciardini y Maquiavelo

Lo que el texto no dice

El testimonio de la praxis

Difusión del texto

Bibliografía

Recomendaciones y advertencias relativas a la vida pública y a la vida privada

Historia de Florencia, 1378-1509

I. Compendio de la historia de Florencia desde el tumulto de los ciompi hasta la muerte de Cosme el Viejo (1378-1464)

II. Gobierno del hijo de Cosme, Piero de Médicis (1464-1469)

III. Los primeros años de gobierno de Lorenzo de Médicis (1474-1476)

IV. La conjuración de los Pazzi (1478)

V. La guerra de Sixto IV y Fernando de Aragón contra Florencia (1479)

VI. Lorenzo de Médicis viaja a Nápoles y se firma la paz con Fernando de Aragón. Nuevos ordenamientos en Florencia (1479-1480)

VII. Guerra entre Venecia y Ferrara. Paz de Bagnolo. Campaña de Pietrasanta (1482)

VIII. La conspiración de los barones en Nápoles (1484). Política de Lorenzo (1484-1491)

IX. Muerte de Lorenzo de Médicis. Su semblanza. Comparación con Cosme I (1492)

X. Primeros tiempos de Piero de Médicis. Elección del papa Alejandro VI Borgia. Piero echa a perder la amistad con Milán (1492-1493)

XI. Conducta política de Piero de Médicis. Llegada de Carlos VIII. Piero huye de Florencia (1494)

XII. Carlos VIII entra a Florencia. Girolamo Savonarola. Reformas a la constitución de Florencia (1494-1495)

XIII. La empresa de Nápoles. Liga italiana contra Carlos VIII. Condiciones del estado florentino (1495)

XIV. Sublevación contra el gobierno democrático. Llegada de Maximiliano de Habsburgo a Italia (1496)

XV. Piero intenta inútilmente volver a Florencia. Fray Girolamo Savonarola es excomulgado (1497)

XVI. Proceso, condena y ejecución de fray Girolamo Savonarola. Juicio sobre su personalidad (1498)

XVII. Alianza entre Luis XII, Alejandro VI y César Borgia. Alianza entre Francia, el papa y Venecia (1498)

XVIII. Laudo del duque de Ferrara. Paolo Vitelli (1499)

XIX. Fin del poder de los Sforza en Milán. Primeras conquistas de César Borgia (1499-1500)

XX. Guerra de Pisa. Desórdenes en Pistoia. El

Valentino conquista Faenza (1500)

XXI. Conquista del Valentino en Romagna. Lucrecia Borgia. Reformas en Florencia (1500-1501)

XXII. Rebelión de Valdichiana y Arezzo. Recuperación de Pistoia (1502)

XXIII. Reformas a la constitución de Florencia. Empresas del Valentino. Piero Soderini nombrado gonfalonero vitalicio (1502)

XXIV. Rivalidad entre España y Francia en Italia. Elección de Julio II (1503)

XXV. La empresa de Pisa (1504)

XXVI. Política desacertada de Piero Soderini. Las milicias ciudadanas. Bernardo Rucellai (1505)

XXVII. Julio II contra los venecianos. Fernando de Aragón en Nápoles (1506)

XXVIII. Luis XII en Italia. Maximiliano de Habsburgo. Discordias en Florencia (1507)

XXIX. Relaciones de Florencia con Pisa y Lucca. Cosimo de los Pazzi, arzobispo de Florencia (1508)

XXX. Giovanni de Médicis. Casamiento de Filippo Strozzi con Clarice de Médicis. Liga contra Venecia (1508)

XXXI. Sigue la campaña contra Pisa (1509)

Nota aclaratoria de algunos términos usados en el texto

Fichas bibliográficas de las principales familias y personajes

Índice onomástico de las *Recomendaciones y advertencias*

Índice onomástico y toponímico de la *Historia de Florencia*

PRÓLOGO

INTENCIÓN DEL PRÓLOGO

La intención de este prólogo es informar al lector sobre la naturaleza y las circunstancias en que fueron elaboradas las obras que agrupa este volumen. Ambas categorías proporcionan guías o claves para relacionar, mediante la obra, al autor con la sociedad que condicionó su mentalidad. Como toda historia es una versión personal de los hechos, es necesario saber cuál es la intención del autor al escribir y cuál su posición política, económica y social con el fin de conocer desde qué ángulo están examinados los acontecimientos. Y puesto que es justamente por medio del autor como el lector accede a una época y a una sociedad, es pues imprescindible conocer por dónde estamos llegando y no sólo que ya estamos acercándonos a la Florencia del Renacimiento.

La historia es, además de la relación de eventos importantes, el pensamiento de los hombres relacionados causalmente con tales sucesos. En la mayoría de los casos, el pensamiento está implícito y tiene que deducirse de los hechos; en otros, muy pocos, el pensamiento está explícito, como en el presente. El historiador nos cuenta lo que pasa y también nos dice cómo piensa; pero, como además es político, cuando expone su pensamiento adquiere un doble valor: el de la mentalidad del historiador, que nos dice cuáles son los criterios de la exposición histórica, y el de la mentalidad del político, que relata cuál es su experiencia, proveniente de los hechos. Es decir, la mayoría de los historiadores relatan lo que suponen es el pensamiento de los

políticos; en cambio, Guicciardini nos expone directamente el pensamiento de sí mismo como político.

Cuando un historiador habla del pensamiento y la obra política de un personaje, lo ubica en el contexto social para que el lector sepa desde qué punto de vista se examinan los hechos. En el caso de Guicciardini, somos nosotros, los lectores, quienes tenemos que ubicarlo social, económica y políticamente para saber desde qué ángulo analiza los hechos y nos hace su relato.

La clase o grupo social es la matriz en la que se forma la mentalidad del autor. En el caso de Francesco Guicciardini, se trata de la burguesía mercantil y financiera emergente de la baja Edad Media, que es la que financió el Renacimiento. En los dos libros que se presentan en este volumen está el diagnóstico de las dificultades a las que él se estaba enfrentando como individuo y como representante de esa clase social, así como sus opiniones y las de su grupo social, respecto a los sucesos de su tiempo.

Las anteriores sugerencias de análisis ideológico, que deberían observarse en el momento de realizar la lectura de los textos, se complementan con la intención que tuvo el propio Guicciardini al escribir sus juicios tanto sobre la historia florentina como sobre la conducta individual pública y privada.

LA CULTURA DE LA MEMORIA

La Recomendación 143, que puede leerse en este volumen, en su parte medular dice: "Pero si hubieran reflexionado [los historiadores] que con el pasar de los siglos los estados desaparecen… y que por otra parte las historias se escriben precisamente con la finalidad de recordarlos… se hubieran preocupado por describirlas de modo que el que naciera en una época lejana pudiera tener ante los ojos un panorama completo, como [lo tuvieron] los que estuvieron presentes". En este

sentido, los lectores volvemos a tener el panorama de esa Florencia; pero no debemos olvidar que la vemos desde el punto de vista de Guicciardini.

Ahora bien, ¿es posible disociar al político del historiador? Es evidente que no. Entonces, al hacer política, ¿a qué intereses sirvió? La respuesta se desprende de la *Historia de Florencia:* la apología que hace de los hombres industriosos, quienes acumularon riquezas para Florencia y la engrandecieron económicamente y que son quienes mejor la han gobernado. Así, por un lado hablaba de la experiencia social de los 100 años anteriores a su época; por otro, de sus intereses personales como familia y de los de sus socios de negocios, es decir, los de su clase social.

La experiencia inmediata que Francesco Guicciardini tiene como individuo se refleja en sus *Recomendaciones* y *advertencias;* la experiencia social se recoge en la *Historia de Florencia.* A diferencia de los historiadores contemporáneos, para él no es la historia la que explica la política, sino ésta la que hace entendible la historia, así como la experiencia la que hace inteligible la política.

La historia actual no se explica por analogías históricas, sino por la política de la época. De ahí la necesidad de formar y conformar el archivo del presente, con el fin de que en el futuro el pasado sea explicable. Para que la memoria histórica sea eficiente, hay que cultivarla en el momento en que están sucediendo los hechos. La comprensión del pasado sólo es posible si hay explicaciones claras y suficientes, elaboradas por los hombres que lo vieron y vivieron como presente. En este sentido, se trata de un rompimiento con la tradición historiográfica.

Maquiavelo interpreta su época acudiendo al pasado. En contraposición, Guicciardini explica su presente en función de

éste mismo, es decir, de su circunstancia. Desde este punto de vista, hubo un avance no sólo en la evolución de la concepción historiográfica, sino también en el análisis político. Se tiene pues en Guicciardini un caso verdaderamente único: un político con éxitos y fracasos, con sólida formación académica, con ambición de trascender como historiador y con una lúcida conciencia de clase. Nos deja una historia explicada de Florencia junto con su complemento: la exposición de la mentalidad con que fue hecha. Sus obras tienen intención histórica, no polémica. Dicha intención se revela por el hecho de que estas obras fueron elaboradas con extremo cuidado, mas nunca las publicó.

La situación en que está colocado Francesco Guicciardini es sumamente difícil: por una parte desea trascender como historiador, y por otra ambiciona tener éxito como político. Esta dualidad es siempre difícil y más aún cuando el historiador está consciente de los errores políticos en los que participa. Las críticas a las instituciones y personajes a los que sirvió tienen en este enfoque su explicación. La combinación de historiador y político produce una conciencia privilegiada: Guicciardini la expresó en estos dos libros elaborados ex profeso para que la posteridad pudiera comprender su época.

Ahora bien, ¿por qué es importante su testimonio expresado en estos textos? La respuesta tiene varias explicaciones. Una es que el análisis corresponde por primera vez a una concepción de la historia política de un Estado, explicitada en función de la forma del gobierno, de intereses, de conflictos internos y de sus relaciones con el exterior. Por ejemplo, la polémica sobre cuál es la mejor forma de gobierno, de uno, de pocos o de muchos, no sólo tiene validez teórica en esta historia de Florencia, sino también pragmática. Las variaciones de forma corresponden a variaciones de fondo. Una segunda razón la determina la ubicación de Guicciardini dentro de la sociedad florentina del Renacimiento: burgués, político y empresario. El modelo de

Cosme el Viejo dejó profundas huellas en la burguesía florentina. Su éxito económico le permitió obtener el poder político. Hasta antes de ese momento, sólo los triunfos bélicos habrían permitido a un advenedizo llegar al poder político. Los Médicis posteriores lo reciben por conveniencia del emperador español y del papa. Un tercer motivo es la evolución peculiar de Florencia en el tablero político europeo durante los últimos decenios del siglo XV y los primeros del XVI; es decir, justo el Renacimiento. Desarrollo complicado y difícil, sin lugar a dudas; de protagonista a subordinada de la Iglesia y de España; de estar a la vanguardia en la evolución del capitalismo, a ser resguardo de valores medievales. Un retroceso en verdad impresionante.

Las páginas siguientes intentan proporcionar información para contextualizar las dos obras más personales de Francesco Guicciardini.

MACROCONTEXTO

La familia Guicciardini, de ascendencia lombarda, se establece en las afueras de Florencia y hacia el siglo XIII, cuando ya posee grandes extensiones de tierra, entra a vivir en la ciudad. La casa Guicciardini se asocia con la casa Médicis en negocios de comercio exterior durante los siglos XIV y XV. Es la época del surgimiento del capitalismo mercantil. La organización empresarial y financiera italiana de los últimos tiempos de la Edad Media logró evolucionar más rápido que la de otros países europeos hacia el capitalismo moderno, siendo su organización casi totalmente familiar en la mayoría de los casos. La clave para su desarrollo mercantil fue la posición geográfica y su relación con el Imperio bizantino. Esto le dio mucha ventaja sobre el resto de los países europeos.

En íntima relación con la génesis del capitalismo moderno se encuentran el desenvolvimiento del hombre de negocios y su clase social. Fueron los comerciantes de la Lombardía, la Toscana, Venecia y Génova los que se convirtieron en empresarios internacionales y banqueros[1] durante el siglo XV, si es que esos términos pueden usarse referidos a esta época. Así, por ejemplo, los Médicis fueron los banqueros papales en largos periodos de los siglos XIV y XV, además de exportadores de telas y otras cosas.

Es importante hacer notar que el Renacimiento se produjo primero en Italia que en cualquier otro país, debido a que la acumulación primaria de capital mercantil dio lugar a mayor número de ciudades y grupos económicos de capitalistas que pudieron convertirse en mecenas.

En realidad, Italia era un conjunto de estados que rivalizaban mercantilmente, aunque eran bastante homogéneos entre sí en el aspecto cultural. En ese sentido, la naciente burguesía italiana se encontraba a la vanguardia, como se hizo evidente de 1480 a 1520 al financiar el Renacimiento.

En el ámbito político, en esos años se conforman los estados de los países de la Europa occidental: Francia ya se había consolidado; España estaba terminando el proceso de reconquista; Inglaterra, con la casa Tudor, entró en 1485 a la modernización de su Estado, transformando las costumbres y los usos feudales. En este sentido, los políticos y los pensadores italianos vivieron, durante el final del siglo XV y durante el XVI, la frustración de no lograr consolidar un Estado italiano. Tanto Maquiavelo como César Borgia y Guicciardini vieron cómo su país se iba quedando políticamente rezagado. El clima de frustración fue apoderándose de los mejores hombres de ese tiempo.

Al nacer Francesco Guicciardini había cinco grandes estados

italianos: Nápoles, bajo el dominio español de una rama de la corona de Aragón; la Romaña y los territorios papales, dominados por las grandes familias romanas; Florencia, bajo la soberanía de la familia Médicis; Milán, en disputa entre miembros de la familia Sforza, y Venecia, república gobernada por un grupo muy cerrado de familias comerciantes. El resto eran estados que servían de frontera entre los poderosos. De hecho, los cinco primeros estaban en equilibrio desde la caída de Constantinopla en 1453, pues el papa Nicolás V concertó un tratado de amistad con objeto de establecer un frente común contra los turcos.[2]

Este equilibrio se rompe en 1492 cuando Ludovico el Moro, Sforza, para defenderse de la alianza entre Florencia y Nápoles, que servía para expoliar a Milán, ofrece apoyo a Carlos VIII de Francia para la defensa de los derechos de la Casa de Anjou sobre Nápoles a cambio de que se comprometiera a defenderlo. Esto inicia las guerras de Italia, donde los grandes contendientes son Francia y España. La lucha se prolonga hasta 1559, que termina con el triunfo español.

Otro suceso, sin duda de capital importancia, es el desplazamiento comercial del Mediterráneo al Atlántico. Con motivo del cierre del comercio con Oriente a través de Constantinopla, se inicia el proceso de creación de nuevas rutas en el continente africano. El descubrimiento de América, también consecuencia de este proceso, aun cuando no tiene una repercusión inmediata, es la base de la hegemonía española en Europa durante los siglos posteriores.

En el contexto del surgimiento, auge y desarrollo de la burguesía italiana, las casas Médicis y Guicciardini aparecen asociadas en el negocio de paños. Hacia finales del siglo XV, la segunda tiene representación comercial en Amberes, Lyon, Londres y Nápoles. Es una burguesía naciente como clase y

deseosa de libertad para vender y comprar donde y como gane más, necesitada de estabilidad política para desarrollarse económicamente, ambiciosa de conducir al gobierno por la ruta del fortalecimiento del Estado y no por los caminos del interés personal del gobernante la que enarbola la bandera política que pregona la concepción del Estado para beneficio de su clase social en contra de aquella que plantea el beneficio personal del gobernante, de la que es expresión Francesco Guicciardini.

No está por demás traer a colación la ideología que surge con el capitalismo mercantil en el Renacimiento y que significó un rompimiento con el mundo de la Edad Media. Se la puede caracterizar de la siguiente manera:

1. Libertad para buscar de preferencia el beneficio particular en lugar del de la comunidad;

2. valoración del rango y el éxito social en términos monetarios;

3. acumulación de dinero para invertirlo en empresas y negocios;

4. libertad para la circulación de personas y mercancías dentro de un país o Estado, y

5. libertad para comprar y vender, así como para transferir capitales.

Estas tesis se encuentran expresadas en el pensamiento de Guicciardini y son el resultado del análisis de la realidad de su tiempo y de la necesidad de cambiarla para acceder al mundo al que aspiraba. En este contexto es donde la necesidad de un Estado nacional para la burguesía emergente adquiere toda su importancia.

LA HISTORIOGRAFÍA FLORENTINA

El primer historiador florentino es Giovanni Villani, quien escribe una *Crónica* que parte del año 1300 y llega hasta el 1346; su hermano Mateo y su sobrino Filippo la continúan hasta 1362. Gracias a su meticulosidad puede saberse que las rentas de la ciudad de Florencia ascendían a unos 300 000 florines de oro, reunidos principalmente por medio de impuestos, de los cuales 90 200 provenían de los derechos al consumo, 58 300 de la renta de vino al por menor, 14 450 del impuesto a la sal, etc. De la misma forma que los egresos en gastos ordinarios eran: 15 240 para el podestá y su instalación, 5 800 para el capitán del pueblo, 3 600 para el sostenimiento de la Señoría en el Palazzo, etc.; que la contribución a Venecia era de 25 000 florines, más los gastos y los ingresos extraordinarios ocasionados por las guerras. Que la población para el siglo XIV era de 90 000 personas, de los cuales 25 000 eran hombres entre 15 y 70 años, y que los distritos rurales añadían otros 80 000 habitantes. Que existían seis escuelas para enseñar aritmética, en las que estudiaban 10 000 niños, y otro tanto para la enseñanza de la lectura. Que había cuatro centros de educación superior, donde 600 alumnos estudiaban gramática y lógica. Que existían 30 hospitales con cupo para 1 000 enfermos, así como unos 17 000 mendigos, que incluían 4 000 religiosos de las órdenes mendicantes. Que había, por lo que respecta a las estadísticas económicas, más de 200 grandes talleres dedicados a la producción de unas 80 000 piezas de paño de lana; que el valor de esta producción era de 1 200 000 florines; que más de 30 000 personas vivían de esta actividad; que había otros 20 grandes talleres, hoy se diría de maquila, los cuales se dedicaban al terminado de telas extranjeras, lo que representaba 10 000 piezas con valor de 300 000 florines. Que las casas de cambio eran, aproximadamente, 80,[3] y que entre ellas la de los Bardi y la de los Peruzzi llegaron a presentarle al rey Eduardo III de Inglaterra más de un millón de florines de oro, pagaderos contra

impuestos y rentas (ésta era en realidad una deuda pública, aunque ese término no existiera). Que las sumas acumuladas eran enormes, como puede ilustrarse con la cifra que aporta Cosme el Viejo para limosnas entre 1434 y 1471, que fue de 40 000 florines,[4] etcétera.

Dentro del grupo de historiadores también son mencionados: Dante Alighieri por su obra *De Monarchia,* aunque se trata más bien de un ensayo sobre el gobierno universal, y Dino Connpagni por su *Crónica.* Con respecto a esta última, el largo debate que se suscitó sobre su autenticidad hace que su inclusión sea dudosa. De cualquier manera, la obra abarca de 1280 a 1312, y su autor fue prior en 1289 y en 1301, y gonfalonero de justicia en 1293.

En el siglo XV se encuentran en primer término dos cancilleres de la República: Lionardo Bruni y Poggio Bracciolini. Ambos se propusieron escribir los anales de Florencia. Sus obras fueron escritas en latín y son, según Maquiavelo, sólo recuento de guerras y guerreros. Tanto el uno como el otro fueron funcionarios eclesiásticos que mostraron erudición sobre la Roma antigua. La historia de Bruni llega hasta 1404 y la de Bracciolini hasta 1455.

Viene enseguida un grupo de ocho historiadores, el cual se inicia con Maquiavelo, que nace en 1469 y muere en 1527, y termina con Pitti, que nace en 1519 y muere en 1589; los ocho son contemporáneos y viven el intenso periodo que va de 1494 a 1537, cuando se dan: las dos restauraciones de la República para liberarse de los Médicis; el liderazgo de Savonarola y su persecución por el papa Alejandro; el sitio sostenido más por la fe que por recursos contra el emperador y el papa; el gobierno eclesiástico de dos papas Médicis; la extinción de la rama mayor de esta familia debida a asesinatos (Hipólito es envenenado por Alejandro y éste, a su vez, apuñalado por su primo Lorenzino) y

a la imposición de la línea menor, a través del duque Cosme, por los españoles.

Los historiadores arriba mencionados son: Nicolás Maquiavelo (1469-1527), Jacobo Nardi (1476-1556), Francesco Guicciardini (1483-1540), Filippo Nerli (1485-1536), Donato Giannotti (1492-1572), Benedetto Varchi (1502-1565), Bernardo Segni (1504-1558) y Jacobo Pitti (1519-1589). Si bien Maquiavelo y Guicciardini se examinan con mayor detalle en otro apartado por su relevancia, cabe mencionar que comparten con los otros seis características que muestran el perfil de una época.

Todos tienen una doble personalidad. Escriben para los jefes de sus facciones y también para sí mismos; puede decirse que para la política y para la historia. La gran mayoría de sus obras quedó inédita hasta muchos años después de escritas. El hecho de que los trabajos fueran elaborados de modo independiente los hace doblemente valiosos, ya que representan puntos de vista distintos y arrojan luz sobre un mismo asunto desde diferentes perspectivas. Todos escriben una historia de Florencia referida a periodos diversos, según su interés personal.

Por otro lado, todos tienen alguna participación política. Jacobo Nardi actuó como secretario y abogado de los florentinos en el destierro; su historia de Florencia fue escrita en el exilio, en Venecia, donde murió. Bernardo Segni era sobrino del gonfalonero Caponni y compartió, durante el sitio de Florencia, las ansiedades de los liberales modernos. Jacobo Pitti pertenecía al importante linaje de la República; el celo con que abrazó la causa popular y su odio contra los Palleschi se hallan teñidos, tal vez, de una ancestral animosidad. Donato Giannotti, en cuya crítica de la República de Florencia se observa un espíritu no menos democrático que el de Pitti, participa en los sucesos del sitio de la ciudad y aparece más tarde entre los destinados.

También Filippo Nerli interviene en los acontecimientos de esos agitados días, sólo que desempeña un papel poco glorioso, ya que se mezcla entre los desterrados para espiar sus proyectos e intenciones.

LA BIOGRAFÍA Y SU CONTEXTO

Una gran parte de los actos, la conducta y las opiniones de Francesco Guicciardini deben examinarse desde la perspectiva de la clase social de la cual se convierte en vocero. El cuidado que pone su padre en su educación y sus relaciones políticas muestran la formación de uno de los líderes de los cuadros de esa clase social que dio a Florencia tanto esplendor. Su abuelo Iácopo es íntimo de Lorenzo el Magnífico;[5] es llevado al bautizo por Marsilio Ficino, el filósofo del platonismo. Sus mismos padres, Piero y Simona de Bongianni Gianfigliazzi, son bastante influyentes, pues la familia había obtenido 15 veces el cargo de gonfalonero, jerarquía equivalente a la de primer ministro.

Francesco nace en 1483 y muere en 1540. Empieza sus estudios superiores con humanidades y prosigue con derecho civil en 1498. Sus compañeros lo apodan *Alcibíades* por inteligente y ambicioso. Su padre, preocupado por los desórdenes y la situación confusa de Florencia, lo manda a estudiar a Ferrera. Lorenzo el Magnífico había muerto en 1492, instaurándose la República, que subsistirá hasta 1512.[6] Su padre le confía dos mil ducados de oro para que los guarde. Esta conducta de prevenir situaciones colocando dinero en el extranjero para emigrar eventualmente sigue siendo pauta de la conducta de la burguesía hasta nuestros días. En 1502 Guicciardini se va a Padua por insatisfacción académica.

En 1503, mientras estudia en Padua, muere su tío Rinieri, archidiácono de Florencia y obispo de Castona, que tenía

entradas por 1 500 ducados. Francesco confiesa que no le hubiera disgustado cubrir el puesto de su tío para hacer carrera eclesiástica y llega a ser cardenal; sin embargo, su padre se opone, “porque las cosas de la Iglesia son efímeras”. Este criterio es claro que no se refiere a la religión, sino al proceso político y social, ya que recientemente había muerto el papa Alejandro VI, con el consiguiente desplome de la familia Borgia.

En 1505 regresa a Florencia y es contratado para enseñar derecho civil. En 1506 empieza a ejercer la abogacía en asuntos menores, aunque prestigiados. En 1507 se compromete en matrimonio con María, la hija de Alamanno Salviati, uno de los líderes de la burguesía florentina. Empieza a recibir encargos mayores que le permiten ascender rápido en la jerarquía social y política de Florencia.

Es importante tener en cuenta las expectativas de grandeza que para ese entonces tenía la burguesía florentina y que fueron dramáticamente derrumbadas durante la vida posterior de Francesco.[7]

En 1508 se casa y empieza a formar parte del grupo de abogados prominentes de Florencia, y al mismo tiempo comienzan sus problemas con la autoridad por evasión de impuestos. En 1509 recibe su primer encargo diplomático importante: es enviado como embajador a Luca. Más tarde ocupa otros cargos, aunque la mayoría más honrosos que remunerados. Es en esta época cuando redacta la *Historia de Florencia*. Aún frescos sus estudios de humanidades y de derecho, espera proseguir su ascenso político para modificar la situación de Florencia. De hecho sus juicios y la forma en que narra la historia están marcados por el momento en que escribe. Es una historia para sí mismo y la posteridad, pues nunca hizo el intento de publicarla. Los juicios sobre muchos de sus aliados son muy severos. Esta actitud en la Recomendación 143 se

explica. Allí nos dice que el objetivo de la historia es recordar para la posteridad: el cultivo personal de la memoria social. Vale la pena hacer notar que esta memoria social se refiere también a las opiniones y expectativas de la clase social de la que Francesco Guicciardini es portavoz. Así, las concepciones ideológicas de la burguesía mercantil y financiera están expuestas con crudeza, aunque con un tono de optimismo.

En octubre de 1511 lo nombran embajador ante el rey de España, Fernando el Católico, de la casa de Aragón, con la misión de justificar a Florencia por haberse aliado con Francia y el papa, pero sin romper con España. Ante la duda, por interferir este encargo con su carrera de abogado, su padre lo convence de que acepte, al señalarle el prestigio que adquiriría, además de que su sueldo sería de tres ducados de oro diarios, más 300 iniciales, con lo que no tendría que gastar de su dinero. En medio de todo este brillo y esplendor, muere una de sus hijas.

En esos años, de 1494 a 1512, constata todas las dificultades que tiene la República, en especial en materia de relaciones exteriores. La dependencia económica de Florencia debida a sus ventas externas era enorme. Y como de esto dependían los ingresos de los principales señores, de aquí la preocupación primordial de esta clase social por mantener las buenas relaciones políticas con el exterior. Guicciardini lo expresa con énfasis en sus *Recomendaciones.*

Así como la familia Médicis en el siglo XV constituye una expresión de la burguesía ascendente, en el siglo XVI lo será de la subordinación política a los intereses extranjeros, en especial de los españoles. En 1512, los Médicis vuelven a Florencia gracias al Congreso de Mantua que realiza la Santa Liga (el papa, Fernando de Aragón, Venecia, Enrique VIII de Inglaterra, el emperador Maximiliano y los cantones suizos) después de sacar

a los franceses de Italia. Entran a tomar posesión de Florencia los hermanos Julián (duque de Nemours, quien es asesinado en 1516 por su primo Lorencillo) y Giovanni (que llegó con el grado de cardenal, el cual es electo papa al año siguiente con el nombre de León X).

En el siglo XVI los intereses políticos españoles no sólo son una expresión de la burguesía mercantil europea, sino también una extensión de los intereses dinámicos medievales. El deterioro de Florencia se va acentuando a medida que va cayendo de su posición de satélite político, unas veces más de la Iglesia y otras más de España. Cabe pensar que el deterioro fue mayor por tratarse de expresiones medievales y no tanto por serlo de una subordinación política. Es en este contexto que deben verse sus críticas a la Iglesia y a los Médicis.

De su estancia en España, de 1512 a mediados de 1513, surgen: *Diario del viaggio in Spagna* y *Relazione di Spagna,* con juicios muy severos sobre este país y sus habitantes. También por esa época escribe el *Discorso delle condizioni d'Italia dopo la giornata di Ravenna,* el *Discorso se il gran capitano debbe accetare la impresa d'Italia* y el *Discorso sullo stesso argomento, in contrario,* y un año más tarde la disertación *Sulle mutazioni seguite in Italia dopo la battaglia di Ravenna.* También por estos años comienza a escribir la primera versión de las *Recomendaciones y advertencias,* que aquí se publican en su última revisión. En diciembre de 1513 recibe en Piacenza la noticia de la muerte de su padre. Sus enemigos lo culparán más tarde por haberse dejado corromper por el dinero de Fernando el Católico.

En 1514 regresa a Florencia, donde se ha reinstalado, desde 1512, por presión de España, la familia de los Médicis. Durante 1515 escribe dos ensayos sobre *Come assicurare lo stato ai Medici.* En noviembre de este mismo año le encargan recibir a León X, Giovanni de Médicis, a su llegada a Florencia, quien

poco después lo nombra abogado consistorial y un año más tarde, en 1516, gobernador de Módena. Es entonces cuando reconstituye con sus hermanos y socios la sociedad mercantil de la familia, aportando tres mil florines de oro para el negocio de la seda.

En 1517 su esposa da a luz a dos gemelas y se agrega Reggio a su gubernatura. Su asignación mensual asciende en esos momentos a 160 florines de oro mensuales. Efectúa una rigurosa depuración del personal gubernamental pontificio y limpia la zona de ladrones, por lo que adquiere fama de hombre duro, eficiente y austero. Es el año de la rebelión luterana.

En 1519 forma otra sociedad en comandita con un cuñado y un hermano, para la que entrega 3 500 florines de oro. En 1520 su esposa da a luz otras dos gemelas, e invierte otros 3 500 ducados en otros negocios sederos. Durante 1521 intercambia con Maquiavelo la correspondencia sobre la *República de Zoccoli*. Al estallar las hostilidades entre el imperio y Francia, deja el cargo de gobernador. En julio, León X lo envía en calidad de comisario general del ejército de la Iglesia contra los franceses, y en noviembre, Julio de Médicis (futuro Clemente VII) lo manda a gobernar Parma junto con Módena y Reggio, encargos que conserva hasta diciembre de 1522. La remuneración mensual por ese entonces es de 100 ducados de oro. En Parma es donde resiste el asedio francés y conserva esta ciudad para el papa. Poco después escribe la *Relazione della difesa de Parma*.

En 1523 compra la finca llamada Finocchieto. El ascenso, ese año, de Julio de Médicis al papado como Clemente VII lo vuelve a fortalecer.[8]

En 1524 compra otra villa en Poggio; deja la gubernatura para ir a Roma, donde es nombrado presidente de la Romaña, excluyendo Bolonia, con el mismo estipendio, pero con

compensaciones extraordinarias. Vuelve a realizar depuraciones, en el gobierno y en el campo, de ladrones y asaltantes, con rigor inflexible y buenos resultados, lo que satisface mucho al papa. Por estos años intercambia mucha correspondencia con Maquiavelo.

En 1526 es llamado a Roma para hacerse cargo de la política exterior de la Iglesia: política antiespañola y profrancesa, en el contexto de la lucha entre Carlos V y Francisco I. Maquiavelo le pide que anime al papa contra los españoles, ya que éstos son el obstáculo para la creación del Estado italiano; sin embargo, es un ideal que se esfuma trágicamente.

En mayo de 1527 los ejércitos imperiales de Carlos V saquean Roma, y Clemente VII se tiene que refugiar en Sant'Angelo. Francesco regresa en junio a Florencia, donde se ha restaurado la República por tercera y última vez. Compra en agosto otras dos fincas, Santa María de Montici y San Miniato, y en septiembre se le acusa de haber desviado fondos de la alianza contra los españoles. Al ver el peligro, hace la donación de las fincas a sus hijas y huye a Rimini, ciudad papal. Ese mismo año muere Maquiavelo.

En 1528 realiza el traslado de su esposa e hijas a Venecia, para salvarlas de la peligrosa situación interna de Florencia. Escribe la defensa de su actuación política y relabora las *Recomendaciones y advertencias.* En 1529, dentro del pacto de reconciliación, el emperador concede al papa (Julio de Médicis) restaurar en Florencia a los Médicis, lo cual se ve como un favor personal, dada la supremacía española en Italia. Escribe *Considerazioni intorno ai discorsi del Machiavelli sulla prima Deca di Tito Livio.* Se le ordena presentarse ante el Tribunal de los Ocho de la Defensa.

En agosto de 1530 termina el asedio a Florencia y regresa Alejandro de Médicis. Reelabora una vez más las

Recomendaciones. Después de haber sido condenado en marzo, durante su ausencia, por haber ido a Bolonia a la coronación imperial de Carlos V como invitado especial del papa Clemente VII, vuelve a Florencia a formar parte del Grupo de los Ocho de Asuntos Generales, el más alto órgano ejecutivo de ese momento.

Por todo lo anterior, se puede observar que su situación personal impone el tono y el enfoque de las *Recomendaciones.* El sueño de la burguesía florentina, expresado tanto por Maquiavelo en *El príncipe* como por todos los demás políticos, no se logra: el Estado italiano seguirá siendo un ideal hasta el siglo XIX. Así, las *Recomendaciones* adquieren un pesimismo un tanto amargo: los juicios siguen siendo objetivos, aunque ahora se expresan en forma un tanto cínica. Sorprenden, en especial, sus opiniones sobre la Iglesia católica a la que tanto sirvió, lo mismo que sobre Lutero y los Médicis. Dado que las *Recomendaciones* son un libro escrito para sí y para la posteridad, se convierten en un ejercicio personal de la memoria como testigo de la conciencia sobre una época, una clase social y una circunstancia histórica.

Otro punto importante es la consideración de la óptica de Francesco Guicciardini. Dado que la historia de Florencia, hasta su incorporación a la vida política, es la historia de su crecimiento económico y que la ciudad estaba llena de artistas y obras de vanguardia, gracias a la prosperidad de la burguesía, al convertirse en vocero de esa clase social, en memoria de su existencia, hace conscientemente su apología: es la clase que debe gobernar Florencia.

Para finalizar estas breves reflexiones sobre el enfoque burgués de Guicciardini en el análisis de la historia de Florencia, se puede mencionar el acontecimiento con que inicia su relato. Es un suceso que interesa sobre todo a la burguesía gobernante: la

rebelión de los asalariados pertenecientes a la corporación de la lana, en 1378. Sólo un historiador con conciencia de clase comienza la historia de su estado con la primera concientización de su clase social como tal, un levantamiento de trabajadores.

GUICCIARDINI Y MAQUIAVELO

El escritor político más conocido del Renacimiento italiano, y florentino por añadidura, es Maquiavelo, quien, sin embargo, no concuerda conceptualmente con Francisco Guicciardini. Las diferencias cronológicas entre ambos personajes no parecen muy grandes, pero la realidad en este breve periodo que es el Renacimiento se transforma con mucha rapidez. Maquiavelo (1469-1527) nace y muere 13 años antes que Guicciardini (1482-1540): la diferencia entre advertir el peligro y constatar el sometimiento de Italia al poder español. Maquiavelo no ve el saqueo de Roma. Una segunda diferencia: la diferente clase social a la que pertenecieron uno y otro. Maquiavelo es de familia con algunos recursos; toda su vida es un empleado público y erudito humanista. En cambio, Guicciardini, cuya familia estaba asociada a la casa Médicis en negocios y en política desde por lo menos dos generaciones atrás, es empresario y político. Por tanto, diferencia de edades y de clases sociales.

De estas desigualdades provienen las divergencias de enfoque histórico. Para Maquiavelo, erudito humanista, la maestra de la política es la historia, mientras que para Guicciardini lo es la experiencia inmediata. La burguesía en sus inicios no tuvo esquemas teóricos que seguir para desarrollarse; sus luchas fueron enfrentando y superando obstáculos de todo tipo sin patrones teóricos previamente establecidos. Las *Recomendaciones* de Guicciardini tienen múltiples exhortaciones a la reflexión y a

la consideración de los factores que intervienen en la vida política. Hay una actitud de cautela que es producto de los desastres políticos en los que participó, como por ejemplo la política antiespañola del papado que terminó con el saqueo de Roma en 1527.

Francesco Guicciardini piensa que la mejor maestra de la política es la experiencia, tanto en el plano individual como en el social. De ahí su obsesión por el cultivo de las memorias en su acepción personal y social, incluyendo los aspectos públicos y privados. La *Historia de Florencia* está expuesta a manera de explicaciones de los acontecimientos de la vida política. La vida del Estado es función de los sucesos internos, de los mecanismos sociales para su gobierno y de las personalidades que intervienen. Las *Recomendaciones y advertencias relativas a la vida pública y a la vida privada* son las reflexiones sobre la experiencia. Es su obra más singular y propia. Para el hombre renacentista, burgués y florentino, ambas vidas conforman la vida de su clase social y deben ser coherentes entre sí.

De la experiencia inmediata personal y social es de la que hay que guardar memoria,[9] de ahí que Francesco Guicciardini conciba la historia como la memoria social, cuya logicidad está dada por la política. A su vez, la vida de los hombres políticos se desenvuelve a través de la circunstancia histórica de su sociedad. Este enfoque se presenta por primera vez en el Renacimiento, y en Guicciardini mejor que en ningún otro. Hay que contar además que tuvo una participación política en mayor y más alto grado que los otros historiadores de su época, incluyendo al propio Maquiavelo. Esto le otorga una mayor originalidad sobre el grupo de historiadores florentinos, tanto anteriores como posteriores.

Como anécdota cabe recordar que es al regreso de los Médicis en 1512 cuando, bajo sospecha de conjura, Maquiavelo es

encarcelado. Después de un breve arresto y tortura se retira a su finca. En este exilio de la vida pública escribe *El príncipe,* dedicado a Lorenzo II de Médicis para obtener el perdón, quien había ascendido al poder en Florencia en relevo de Giovanni, su tío, que desde 1513 era León X. Maquiavelo no fue perdonado y nunca pudo regresar a su antiguo empleo. Su destino quiso que muriera el año de la restauración de la República (1527), por la que tanto había luchado.

LO QUE EL TEXTO NO DICE

Muchas acusaciones se vertieron contra Francesco Guicciardini por sus contemporáneos. Pitti dice que se dejó corromper por Fernando el Católico cuando estuvo en su corte como embajador en 1512. Cuando en 1527 el papa (Julio Médicis) Clemente VII es derrotado por Carlos V, los florentinos echan a los Médicis de Florencia. La República es restaurada y Guicciardini es declarado rebelde en ausencia. En 1530, con la reconciliación entre Clemente VII y Carlos V, los Médicis son reinstalados en Florencia, como un desagravio al papa. Guicciardini es nombrado miembro del Tribunal de los Ocho, con la misión de castigar a los que no se sometieran. Allí tuvo ocasión de vengarse de la ofensa de 1527. Se dice que llevó las proscripciones al límite, relegó a sus enemigos a los confinamientos más insalubres, impuso multas exorbitantes y usó todos los refinamientos para colocarlos fuera de la ley y empujarlos a la contumacia.

El gobierno del duque Alejandro de Médicis (1531-1537) se hizo insoportable por su despotismo y tropelía contra las mujeres de Florencia. Tantas fueron las quejas, que el emperador Carlos V abrió una audiencia durante su estancia en Nápoles en 1535. Guicciardini asumió la defensa y ganó la

causa para su duque, que obtuvo la confirmación imperial. Varchi y Pitti lo acusan de ser mediceo para satisfacer sus pasiones personales: dinero y venganza, pero no por convicción política. Se le describe como hombre culto, inteligente, de mundo y de voluntad férrea, pero cuya sed de poder lo inducía a servir las intrigas de los Médicis, tratando de estrujar al Estado y de mantener al príncipe en las ataduras del vicio y del placer, en beneficio de sí mismo.

Cuando Alejandro fue asesinado por su primo Lorencillo, fue gracias a la influencia de Guicciardini que Cosme pudo ponerse rápidamente a la cabeza del Estado florentino.

Varchi relata que el joven duque (18 años) era muy adicto a los juegos y deportes en campo abierto. Su astuto consejero calculaba que con una renta de doce mil florines de oro lo dejarían manejar el gobierno. Sin embargo, en cuanto subió, lo alejó, con el pretexto de haber sido antiespañol durante el conflicto de 1527. En 1537 se retira a su villa y escribe su *Historia de Italia,* y muere en 1540.

Iácopo Pitti, el más joven de los historiadores contemporáneos, descubre a Francesco Guicciardini en unos versos como sediento de dinero todo el tiempo y en cualquier lugar. Los versos terminan de la siguiente manera:

> Ni al amigo ni al hermano ni a sí mismo ama,
> hombre de industria, hombre
> de gran ingenio, de gran gobierno y gran valor se llama.

EL TESTIMONIO DE LA PRAXIS

Existe una controversia sobre Francesco Guicciardini centrada en la diferencia entre lo que escribe y lo que hace. En las líneas anteriores se ha descrito su conducta; en las dos obras siguientes se conocerá su pensamiento.

Las *Recomendaciones* las redactó a manera de una conversación confidencial acerca de su experiencia como hombre del mundo político, de lo que quiere y desea para su patria, de sus convicciones, de sus afectos y odios ideológicos, de sus represiones nunca extrovertidas, en fin, de todo cuanto conforma su mentalidad.

La causalidad de estas opiniones la expone en la *Historia de Florencia.* De nuevo conviene traer a discusión la Recomendación 143, acerca de lo que debe ser un historiador. Yo pienso que los juicios sobre Guicciardini enfocan de manera parcial su obra y su personalidad.

La divergencia entre las opiniones severas de Guicciardini, como historiador, sobre personas e instituciones, y su conducta de político leal y útil a esas mismas entidades provoca el juicio de Gramsci basado en razones de orden moral. Sin embargo, desde mi punto de vista no busca en la obra de Guicciardini lo que éste pretende hacer, es un enfoque erróneo. Primero, Guicciardini no escribió para justificarse ante nadie. El hecho de que haya cuidado tanto su elaboración y no haya intentado publicarlo confirma su propia opinión de lo que constituye el deber primordial de un historiador: escribir para que las generaciones futuras comprendan el momento y la circunstancia del que escribe. No son memorias personales; son, en todo caso, memorias sociales. Tal vez Gramsci pensó homologar esas obras con otras, en que corresponden al género de las confesiones, tan de moda en ciertas épocas de vanidad social.

Por su parte, a Francesco di Sanctis le parece que Guicciardini es un precursor de una generación débil y corrompida que no arriesga ni un cabello para alcanzar sus objetivos. Seguramente piensa en la falta de solidaridad de los estados italianos ante las invasiones extranjeras, en especial de las francesas y las españolas; también piensa en los escasos esfuerzos

y los nulos resultados por moralizar las cortes italianas, sobre todo al papado; asimismo, en la pasividad social para crear una armada propia y no depender de los ejércitos mercenarios. Sin embargo, creo que De Sanctis fundamenta su juicio más en el plano de los deseos que en el de la realidad. A De Sanctis le hubiera gustado una sociedad vigorosa, sana e idealista que luchara por la constitución de un Estado italiano. En ese sentido comparte ilusiones con muchos pensadores italianos. Pero hay que recordar la historia, como nos pide Guicciardini, tratando de revivirla ante nuestros ojos como si estuviera presente. A los ojos de los políticos del siglo XV, la política del equilibrio instaurada entre los grandes estados italianos les pareció un gran logro: es la política de la no supremacía. ¿Por qué frustrarse entonces porque no se integraran dentro de un gran Estado italiano? Por otro lado, todos estaban de acuerdo en que el papado era un Estado que debía existir, el cual, por supuesto, tenía renovadas políticas de expansión, como cualquier otro. ¿Hay mayor contradicción? ¿Era posible un Estado dentro de otro? ¿Una teocracia universal dentro de un Estado nacional? Además, como la concepción patrimonialista del Estado incluía al papado, tanto las grandes familias romanas como las dinastías europeas se aprovechaban hasta el límite de sus posibilidades. Estas contradicciones no habían sido superadas, estaban apenas planteándose. El afecto ideológico hacia Lutero era sin duda una manifestación; la desesperación en la lucha contra España, que terminó en el humillante saqueo de Roma de 1527, era otra. ¿Es juicioso, sensato, pedirle a Guicciardini más todavía? Él fue quien diseñó la política exterior antiespañola del pasado que terminó con ese desastre: es el motivo de su regreso a Florencia. Esa política antimperialista había fracasado. Habría que recordar quiénes eran los integrantes del ejército de Carlos V: soldados provenientes de los dominios europeos del imperio, suizos mercenarios y traidores franceses; todos atraídos por el sol

ascendente de España. Por otro lado, estados italianos que dejaban pasar al ejército imperial para que derrotara la altivez papal de un Médicis. Conviene señalar, además, el cambio tecnológico en el arte de la guerra, que el propio Guicciardini observa como producto del cambio de los tiempos. Este señalamiento está en las *Recomendaciones.*

En el caso de Meinecke, sus prejuicios le hacen concederle poca importancia a Guicciardini. No advierte el cambio cualitativo en el enfoque histórico. Para Croce su error es no haber sido un triunfador; también lo juzga como político y no como historiador. Pero podría preguntarse, ¿qué italiano fue un triunfador en esos años?

Otros autores en cambio lo han visto con mayor objetividad y lo han comprendido mejor; de hecho, tanto a él como a su época. Así, Ed Fuéter apunta que con la *Historia de Florencia* comienza la moderna historia analítica, el razonamiento político en la historia. Paolo Treves atenúa la contradicción en función de las circunstancias históricas. Guido de Ruggiero lo menciona como un hombre que acertó a señalar las excepciones a las reglas que estableció Maquiavelo. Reyes Heroles lo interpreta como la continuación del maquiavelismo en el siglo XVII, el estudio de la realidad para superar lo concreto y arribar a lo teórico, el cual parte del empirismo, convirtiéndolo en pedagogía, para llegar a la política.

Vale decir que en su papel de historiador, al aclararse a sí mismo las explicaciones (las cuatro relaboraciones de las *Recomendaciones),* nos facilita a nosotros, sus lectores, la comprensión de su tiempo. Al describirnos la naturaleza humana concluimos que es degenerada, pero esto es así porque en su momento se expresa de esta forma. Le debemos pues el reconocimiento en cuanto la entiende y nos la da a conocer.

Francesco Guicciardini pretendió y logró ser un historiador

innovador por su enfoque. Es el primero que intenta una historia explicada por medio de varios factores que pueden ser secuencialmente importantes: las personalidades políticas, las influencias extranjeras, la forma de gobierno, el fanatismo social y los contradictorios intereses internos. La historia de un Estado no tiene una causalidad simple y mecánica, ni se explica por analogías históricas. En esto se presenta un avance cualitativo en la historiografía.

En cuanto historiador, sus convicciones religiosas no le impiden ver con objetividad los defectos de la Iglesia y el valor de Lutero. La moral de su tiempo es un marco de referencia que describe como testigo.

La personalidad de un hombre con la praxis del político y la conciencia del historiador es verdaderamente singular. Su relevancia se enmarca, en mayor medida, en tanto que fue una época de crisis de valores culturales en el más amplio sentido de la palabra. Por un lado, el Renacimiento italiano rompía los moldes medievales con el éxito mercantil del siglo XV y el siguiente; en Italia en general, y en Florencia en especial, se instalaban los valores de la Contrarreforma: el medievo redivivo políticamente por España y el papado. Los autores que piensan que es fácil hacer política en estas circunstancias no han pasado del dogmatismo en el análisis de la historia.

DIFUSIÓN DEL TEXTO

Los textos de Guicciardini que circularon durante su vida se encontraban en forma de manuscritos,[10] seguramente prestados por él mismo, dentro de un círculo muy restringido de amigos. En el caso de las *Recomendaciones,* la edición impresa más antigua está fechada en 1576, en París. Su título original es el siguiente: *Piu Consigli et Avvertimenti di M[esser] Fr[ancesco]*

Guicciardini Gentilhomo Fior[entino] in Materia di Republica et di Privata. En 1578, 1582 y 1583 se reeditó en Venecia. Sigue un paréntesis hasta 1857, en el que Canestrini, el nuevo editor, acorta el nombre para su publicación: *Ricordi politici e civiti.* Cabe decir que en el lenguaje del siglo XIX, "ricordo" era sinónimo de consejo o advertencia. Para la presente edición se ha preferido revivir el título de 1576, en virtud de que describe mejor, sin duda, el espíritu del texto.

En cuanto a la *Historia de Florencia,* fue editada por primera vez para su difusión hasta el siglo XIX, dentro de sus obras completas, junto con las *Recomendaciones* y otras que permanecían inéditas.

El título original es *Storie Fiorentine dal 1378 al 1509.* La traducción literal sería *Historias florentinas del 1378 al 1509;* sin embargo, en el español actual, el plural *historias* da una idea más de relatos literarios que históricos. El autor se refiere a los pasajes de la historia florentina concebidos más como procesos sociales que como sucesos de héroes y villanos. Esto se ve con claridad desde el primer capítulo, el cual comienza con un hecho social, el levantamiento de los "ciompi", que eran los asalariados de la corporación de la lana, principal actividad económica de Florencia, y termina con la muerte de Cosme de Médicis, el Viejo, que fue el empresario más exitoso que hubo en esos 130 años, con lo que se cierra un ciclo en la forma y perspectiva del gobierno.

HERNÁN GUTIÉRREZ GARCÍA

México, 1989

[1] El florín de Florencia apareció en 1252. Es la primera moneda con valor estándar.

[2] Véase al final de las *Recomendaciones* el mapa político de Italia hacia fines del siglo XV, y al final del libro las fichas bibliográficas de diversos personajes y familias.

[3] Existen registros de un banco florentino que mantenía cuentas corrientes desde 1211.

[4] Información citada en J. A. Symonds, *El Renacimiento en Italia,* t. I, FCE, México, 1957, pp. 155-158.

[5] Véase al final de las *Recomendaciones* el esquema de la familia Médicis, cuadros I, II, III.

[6] Véase al final de las *Recomendaciones* una cronología política de los Médicis en Florencia de 1450 a 1550.

[7] Véase después de las *Recomendaciones* el mapa que muestra cómo creció el territorio florentino de 1300 a 1494.

[8] Véase después de las *Recomendaciones* la relación de papas de 1450 a 1550.

[9] Véase la Recomendación 143, p. 78.

[10] Para facilitar la lectura del texto, se ha elaborado una nota aclaratoria de algunos términos utilizados en el mismo. (Véase la p. 469.)

BIBLIOGRAFÍA

Historia de la historiografía moderna, Fuéter Ed., Ed. Nova, Buenos Aires, 1953.

Villari, Pasquale, *Maquiavelo, su vida y su tiempo,* Biografías Gandesa, México, 1953.

Sanctis, Francesco di, *Historia de la literatura italiana.*

Treves, Paolo, *La regione di Stato nel secolo* XVII *in Italia,* Revista Civilita Moderna, Florencia, 1931.

———, "El realismo politico di Francesco Guicciardini", *Nova Revista Storica,* noviembre-diciembre de 1931.

Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno,* Lautaro, Buenos Aires, 1962.

Gilbert, Félix, *Maquiavelli e Guicciardini,* Piccola Biblioteca Einaudi, Turín, 1970.

Ruggiero, Guido de, *Storia della filosofia,* t. III, Auterza, Bari, 1961.

Croce, Benedetto, *Ética y política,* Imán, Buenos Aires, 1952.

Meinecke, Friedrich, *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna,* Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1959.

Reyes Heroles, Jesús, "Guicciardini, un puente poco cruzado", *Siempre!,* núm. 1514, México, 30 de junio de 1982.

RECOMENDACIONES Y ADVERTENCIAS RELATIVAS A LA VIDA PÚBLICA Y A LA VIDA PRIVADA

1. Dicen las personas religiosas que quien tiene fe realiza cosas asombrosas y, como dice el Evangelio, puede mover las montañas; cosa muy cierta, porque la fe produce obstinación. La fe no es más que creer firmemente y con seguridad casi absoluta las cosas que no son racionales; o bien, si son racionales, creerlas con una firmeza mayor que la que pueda proporcionar la razón. Por lo tanto, quien tiene fe se vuelve obstinado en su creencia y acomete intrépida y decididamente, despreciando dificultades y peligros, dispuestos a cualquier sacrificio. De allí procede que, como las cosas de este mundo están sujetas a un sinfín de percances y fluctuaciones, puede suceder que, pasando el tiempo, se presenten diversos auxilios con los que antes no contaban quienes persisten en su decisión; y como ésta es un producto de su fe, el dicho "quien tiene fe… etc." es correcto. En nuestros tiempos tenemos un ejemplo asombroso en la obstinación de los florentinos, que contra todo sano juicio, decidieron enfrentarse en guerra contra el papa y el emperador,[1] sin esperanza de recibir ayuda de otros príncipes, desunidos, entre mil dificultades; y ya tienen siete meses en los muros rechazando ejércitos que todos pensaban que no hubieran podido aguantar ni siete días siquiera, y por la situación a que han llegado, ya nadie se asombraría si ganaran la guerra, mientras que antes todos los daban por derrotados.[2] Esta tenacidad es fruto de su fe, ya que, según la predicción de fray Jerónimo (Savonarola) de Ferrara, no pueden ser derrotados.

2. Hay príncipes que a sus embajadores manifiestan detalladamente todo su pensamiento y no sólo el objetivo que quieren alcanzar en los asuntos que van a negociar con el príncipe a cuya corte los envían. Otros, en cambio, opinan que es mejor no indicarles más de lo que se quiere lograr del otro príncipe, persuadidos de que si quieren engañar a éste, antes deben en cierta forma engañar a su propio embajador, que es el medio y el instrumento para exponer el asunto y convencer al

otro príncipe. Ambas opiniones están fundadas en buenas razones, porque por una parte parece difícil que un embajador, enterado del engaño que su príncipe está urdiendo contra el otro, pueda hablar y tratar el asunto con aquella energía, eficacia y aplomo que desplegaría si estuviera convencido de que la negociación se efectúa sinceramente, sin simulaciones; además podría suceder que, por descuido o maldad, permitiera al otro sospechar el verdadero pensamiento de su príncipe, cosa que no sería posible si él mismo lo ignorara. Por otra parte, sucede muchas veces que cuando la negociación es engañosa, si el embajador la cree sincera está expuesto al peligro de descuidar más de la cuenta ciertos detalles que en realidad afectan el resultado; porque si está convencido de que su príncipe quiere de verdad llegar a ese objetivo determinado, no negociará con aquella habilidad y elasticidad que con seguridad emplearía si supiera lo que está en el fondo del asunto. Y como resulta imposible indicar a un embajador absolutamente todos los detalles necesarios para todas las circunstancias, y uno se confía en lo que la habilidad del propio embajador le sugiere para ceñirse al objetivo general que se le ha encomendado, al no haber sido informado con todo detalle no actuará en forma adecuada y cometerá muchas equivocaciones. Mi opinión es que si el príncipe cuenta con embajadores hábiles, honrados, muy apegados a su persona y tan sujetos que no se les ocurriría ni siquiera pensar en buscar la protección de otro príncipe, entonces es mejor exponerles sinceramente todo el plan; pero cuando no está seguro de que llenen todos estos requisitos, es menos peligroso no dejarles comprender por completo la maniobra, y resignarse a la idea de que para convencer a otro el método menos malo es el de crear la misma persuasión en su propio embajador.

3. Todo mundo sabe que los príncipes, inclusive los más poderosos, andan muy escasos de funcionarios eficientes; esto

no es para asombrarse cuando se trata de príncipes que no saben conocer a la gente o son tan avaros que no la compensan en forma adecuada; pero sí es extraño cuando se trata de príncipes que no tienen estos dos defectos, pues sabemos que hay cantidad de gente de todos los tipos que aspira a trabajar para ellos, y ellos por su parte tienen con qué compensarla. Con todo, si examinamos la cosa un poco más a fondo no hay para qué asombrarse; en efecto, el ministro de un príncipe—hablo de funcionarios de alto nivel, que manejen asuntos de gran importancia— debe tener una preparación excelente, y esa clase de personas no abunda; además debe ser de una honradez acrisolada, y esta cualidad es aún más rara que la anterior. De modo que, si es difícil encontrar a personas que posean una de estas dotes, es casi imposible dar con alguien que tenga las dos. Esta consideración podría constituir una buena señal para un príncipe prudente que no se conformara con preocuparse únicamente por lo que va necesitando día a día, sino que, anticipándose con el pensamiento a las necesidades futuras, tomara la decisión de hacerse de funcionarios aún no completamente formados, que se fueran entrenando con la práctica diaria, se compenetraran en las actividades propias de su oficio y se entregaran con dedicación al servicio del príncipe, ya que, si es difícil encontrar así de improviso a hombres dotados de las cualidades mencionadas arriba, uno puede esperar que con el tiempo logre su propósito educándolos.

Se observará que hay más funcionarios en las cortes de los príncipes laicos que en la del papa; esto se debe a que uno les tiene más aprecio a aquéllos, y además hay más esperanza de poder continuar a su servicio por mucho tiempo, porque en general viven más años que los papas y tienen sucesores que prácticamente no tienen diferencias con respecto a ellos, y no es difícil que éstos sigan confiando en quien trabajó o empezó a trabajar para sus predecesores. Además, los funcionarios de un

príncipe laico son ciudadanos suyos o por lo menos tienen bienes dentro de su territorio, así que a fuerza deben respetarlo y temerlo, a él y a sus sucesores. En el caso del papa, estas razones no existen porque, como por lo general viven pocos años, no tienen tiempo para formar a gente nueva y además no tienen suficientes motivos para confiar en los funcionarios de su predecesor. Agréguese que dichos funcionarios son personas de otros estados que no dependen del papado, poseen bienes que no están ni bajo el control del papa reinante ni de sus sucesores; por lo tanto, no le temen al nuevo pontífice y no tienen perspectivas de continuar en su servicio; así que existe el peligro de que sean más infieles y menos apegados al servicio del patrón que los de un príncipe laico.

4. Si los príncipes, cuando les conviene, descuidan a sus servidores, los desprecian o los dejan olvidados por algún interés suyo, por pequeño que sea, ¿qué razón tiene un jefe para enojarse o quejarse cuando sus subordinados, siempre que no falten a sus obligaciones de lealtad y honradez, lo dejan y se acogen a condiciones que les resultan más favorables?

5. Si los hombres fueran discretos o agradecidos, un patrón debería beneficiar a sus servidores todas las veces que se le presenta la oportunidad, en todo lo que pueda; sin embargo, la experiencia muestra que frecuentemente cuando están satisfechos o cuando el patrón no tiene la oportunidad de tratarlos bien como lo ha hecho en el pasado —y esto lo he sentido yo mismo de mis propios servidores—, lo dejan plantado. Por tanto, quien piensa en su propio provecho debe proceder con los servidores con mano dura e inclinarse más hacia la escasez que hacia la generosidad, entretenerlos más con esperanzas que con hechos; pero para que esto los pueda engañar es necesario beneficiar a alguien alguna vez con liberalidad, y esto es suficiente, porque es natural en los hombres que pueda más la esperanza que el temor; les consuela

y entretiene más el ejemplo de alguien al que ven beneficiado, de lo que los asusta observar a muchos a los que no se les trata bien.

6. Es un grave error manejar las cosas de este mundo en forma indiscriminada y general, aplicando, por así decirlo, fórmulas de validez universal; porque todas presentan diferencias y excepciones por la diversidad de sus circunstancias, que no se pueden medir con el mismo rasero; y estas diferencias y excepciones no se encuentran descritas en los libros, sino que se las debe sugerir a uno su propia discreción.

7. Cuando hablen, tengan ustedes mucho cuidado de no decir sin necesidad cosas que al ser relatadas puedan ofender a otros, porque con mucha frecuencia, en diversas formas y en circunstancias imprevisibles, los van a perjudicar a ustedes mismos; tengan mucho cuidado, les repito, porque muchas personas, incluso muy precavidas, en este punto yerran y por otra parte es bien difícil controlarse; pero si la dificultad es grande, mucho más grande es el beneficio que recibe quien sabe hacerlo.

8. De todos modos, cuando la necesidad o el coraje los lleva a desbocarse contra otra persona, tengan ustedes cuidado de ofenderla únicamente a ella; por ejemplo, si quieren atacar a un individuo determinado, no hablen mal de su patria, de su familia o de su parentela, porque estaría loco de remate el que queriendo ofender a una sola persona va a insultar a muchas.

9. Lean con frecuencia y reflexionen sobre estas sugerencias, porque es más fácil entenderlas y estar de acuerdo con ellas que aplicarlas; esto se facilita mucho cuando uno las asimila de tal forma que quedan siempre vivas en la memoria.

10. No debe uno confiar en su prudencia natural al punto de convencerse de que con ella basta y sobra, sin la ayuda adicional que proporciona la experiencia. Efectivamente, quien haya

manejado alguna negociación ha podido percatarse de que, aunque no esté desprovisto de habilidad, con el auxilio de la experiencia se consiguen muchas cosas imposibles de obtener con la sola prudencia natural.

11. La ingratitud de muchos no debe ser un obstáculo para que ustedes dejen de ayudar a la gente, porque, aparte de que el hacer el bien, por sí mismo y sin otro objetivo, es una actividad noble y casi divina, a veces en las buenas obras también se topa uno con alguien tan agradecido que compensa todas las ingratitudes de los demás.

12. Casi todos los refranes se encuentran en todos los pueblos, con palabras idénticas, o con igual sentido, aunque con palabras diferentes; la razón es que los refranes nacen de la experiencia o de la observación de las cosas, y éstas son iguales o muy parecidas donde sea.

13. Quien quiera conocer cuáles son los pensamientos de los tiranos, lea a Cornelio Tácito en donde cita las últimas conversaciones que a punto de morir Augusto tuvo con Tiberio.

14. No hay cosa más valiosa que los amigos, así que consíganselos todas las veces que puedan, porque no podemos dejar de vivir entre muchos hombres; y los amigos ayudan, mientras que los enemigos perjudican, en momentos y lugares que ustedes nunca se hubieran imaginado.

15. Como todos los hombres, yo he deseado honores y bienes, y frecuentemente los he conseguido más allá de lo que deseaba o esperaba; sin embargo, luego no he encontrado en ellos la satisfacción que me había imaginado; si uno reflexiona, ésta es una buena razón para eliminar gran parte de las vanas codicias de los hombres.

16. El poder y los honores generalmente son ambicionados porque todo lo hermoso y bueno que tienen aparece por fuera y está grabado en la superficie, mientras que las molestias, los

afanes, los disgustos y los peligros que conllevan están ocultos y nadie los ve; pero si estos aspectos fueran visibles como los lados buenos, no existiría ninguna razón para codiciarlos, excepto una, o sea, la de que entre más enaltecido, reverenciado y venerado es un hombre, más parece aproximarse y asemejarse a Dios; y ¿quién no querría parecerse a Él?

17. No les crean a los que ostentan haber dejado la política y las pompas por su voluntad y por amor a la tranquilidad, porque casi siempre eso se debió a ligereza o a necesidad; por esto casi todos los días descubrimos que casi todos ellos, en cuanto se les abre un resquicio por donde puedan volver a la vida de antes, abandonan la tan ensalzada tranquilidad y se abalanzan con el mismo ímpetu del fuego cuando se prende a las cosas bien aceitadas y secas.

18. A los que viven bajo los tiranos, Cornelio Tácito muestra muy bien la manera de vivir y conducirse prudentemente, así como enseña a los tiranos los métodos para establecer una tiranía.

19. Las conjuraciones no se pueden urdir si no es en compañía de otros, y por esto son sumamente peligrosas, porque los hombres en su mayoría son imprudentes o malvados, y uno se pone en un riesgo demasiado grave al asociarse con semejantes personas.

20. Quien pretenda que su conjuración alcance el éxito no puede hacer cosa más contraria a sus deseos que tratar de organizarla a la perfección en todos sus detalles para conseguir una seguridad prácticamente absoluta, porque para esto necesita la ayuda de más gente, más tiempo y las mejores oportunidades, y todas estas precauciones representan otros tantos resquicios por donde se le puede descubrir. De allí verán ustedes cuán peligrosas son las conjuraciones, porque todo lo que en otras actividades constituye un factor de seguridad, en ésta es fuente

de peligros; mi opinión es que aquí algo tiene que ver la suerte, que en las conjuraciones suele tener un papel no indiferente, y se enoja contra quienes traten de sacarla del juego y dejarla a un lado.

21. Ya dije y escribí en otras ocasiones que en 1527 los Médicis perdieron el estado porque en muchos aspectos lo gobernaban como si hubiera libertad y, por otra parte, es mi opinión que el pueblo iba a perder hasta esa libertad porque en otros aspectos lo gobernaban como si se tratara de una tiranía. Estas dos afirmaciones se fundan en lo siguiente: si el gobierno de los Médicis, que en general no era bien visto por los ciudadanos, hubiese querido mantenerse en el poder, debía haberse apoyado en partidarios muy leales, quiero decir en hombres que por una parte pudieran sacar grandes provechos del gobierno, y por la otra que estuvieran convencidos de que si los Médicis fueran expulsados de la ciudad, ellos también estarían perdidos y no les sería posible quedarse en la ciudad. Ahora bien, todo esto era imposible, porque los cargos y favores del estado se repartían ampliamente; en la política matrimonial no se concedían preferencias a los amigos y se ostentaba equidad con todo mundo; este proceder, si se llevara al extremo contrario, sería evidentemente reprobable, pero tampoco en este otro extremo en donde estaba lograba conseguir amigos el gobierno de los Médicis; es cierto que a la masa no le disgustaba; sin embargo, esto no era suficiente porque en los corazones de la gente la nostalgia del Gran Consejo estaba tan arraigada que ninguna condescendencia, ningún halago, ningún favor que se le dispensara bastaba para desarraigarla. Por otra parte los amigos, aun cuando no se quejaran de la situación, de todos modos su satisfacción no era tan grande como para convencerlos de correr riesgos; y, con la esperanza de salvarse, como en 1494, si gobernaban con moderación, en caso de turbulencias estaban más dispuestos a tolerar una sublevación que a enfrentarla. Un

gobierno popular, en cambio, tiene que actuar en forma diametralmente opuesta, porque por ser una forma de gobierno muy querida por los florentinos, y por no ser un organismo que tenga un objetivo claramente determinado por uno o pocos gobernantes, sino más bien que cambia cada día su orientación por el gran número y la ignorancia de los que lo integran, para mantenerse necesita tener contenta a la masa, evitar a toda costa las discordias entre ciudadanos —ya que al no poder o saber aplicarlas se abriría el camino a un cambio de régimen— y hacer que todo proceda con justicia e igualdad; de allí se deriva la seguridad de todos y, por consiguiente, la satisfacción general, así como también la base para conservar el gobierno popular, no con pocos partidarios a los que no podría manejar, sino con un gran número de amigos, porque no es posible mantenerlo como si fuera un régimen estricto, a no ser que se transformara de gobierno popular en otro tipo, y éste no conservaría sino que destruiría la libertad.

22. Muchas veces se dice: si se hubiera actuado o no se hubiera actuado de ese modo, tal cosa se habría o no se habría logrado. Pues bien, si se pudiera de verdad hacer esa comparación, se vería que esa opinión es totalmente falsa.

23. Las cosas futuras son tan engañosas y sujetas a tantas eventualidades que hasta los más sabios muchas veces se equivocan; y si uno se fija en sus afirmaciones —en especial sobre cosas detalladas, porque en cuestiones generales es frecuente que acierten— se dará cuenta de que no difieren mucho, estos sabios, de otras personas que claramente no son tan instruidas. Por esto privarse de un bien presente por miedo a un mal futuro es casi siempre una locura, siempre que ese daño no sea muy seguro y cercano o muy grande comparado con el bien actual; de otro modo, por miedo de una cosa que luego no se realiza casi con seguridad pierdes un bien que hubieras podido disfrutar.

24. No hay cosa más frágil y caduca que el recuerdo de los beneficios recibidos; por consiguiente, es mejor apoyarse en personas tan sujetas a uno que no puedan desasirse y no en quienes uno ha favorecido, porque éstos con frecuencia o bien no se acuerdan, o bien creen que los favores recibidos son poca cosa, o incluso les parece que uno se los otorgó porque era su obligación.

25. Guárdense de hacer a los hombres aquellos favores que no se pueden conceder sin ocasionar un perjuicio equivalente a otras personas; porque el perjudicado no olvida y más bien juzga más grave de lo que es el daño recibido, mientras que el que recibe el favor lo olvida o bien considera haber sido beneficiado menos de lo que ha sido en realidad; por lo tanto, siendo iguales todas las demás circunstancias, con esos favores pierden ustedes mucho más de lo que ganan.

26. Los hombres deberían apreciar mucho más la sustancia y realidad de las cosas que las formalidades exteriores; sin embargo, es increíble la eficacia con la que uno queda condicionado casi siempre por las amabilidades y las expresiones de agradecimiento; esto se deriva del hecho de que a cada quien le parece merecer una gran estimación, y por eso se molesta cuando tiene la impresión de que no se le patentiza toda la consideración que en su opinión se le debe.

27. Con relación a las personas de dudosa lealtad, la verdadera y fundamentada seguridad consiste en mantenerlas en una situación en que no puedan perjudicarte, aunque lo quieran; la seguridad fundada en la buena voluntad y el discernimiento de los demás es engañosa, si se tiene en cuenta el hecho de que la bondad y lealtad son muy escasas entre los hombres.

28. No sé si hay otra persona a la que disgusten más que a mí la ambición, el egoísmo y la molicie de los eclesiásticos, ya sea

porque esos vicios son detestables en sí mismos, o porque cada uno —y todos juntos mucho más— no son propios de personas que ostentan llevar una vida dedicada a Dios; además, porque se trata de vicios tan opuestos que no pueden encontrarse juntos más que en individuos muy raros. Sin embargo, la posición que he tenido en la corte de vanos papas me ha obligado, por mi conveniencia, a querer su grandeza. Si no fuera por esta consideración, amaría a Martín Lutero como a mí mismo, no para liberarme de las leyes introducidas por la religión cristiana, como por lo general se interpreta y se acepta, sino para ver a esa caterva de desalmados reducida a un estado más congruente; es decir, a quedarse sin vicios o sin autoridad.

29. Dije muchas veces, y es muy cierto, que a los florentinos la adquisición de su pequeño dominio les ha costado mucho más trabajo que a los venecianos hacerse de su gran territorio; esto se debe a que Florencia se encuentra en una zona que ya había disfrutado de muchas libertades, sumamente difíciles de extinguir, que sólo a través de enormes dificultades pueden ser doblegadas y que con igual esfuerzo se logra mantenerlas sometidas. Además, como vecino tienen a la Iglesia, o sea, un Estado que es muy poderoso y nunca muere, porque, aunque alguna vez parezca zozobrar, después de un tiempo reverdece más vigoroso y con más exigencias que antes. En cambio, los venecianos fueron a ocupar ciudades que ya estaban acostumbradas a obedecer y no porfían en defenderse o rebelarse, y como vecinos tuvieron a príncipes laicos, cuya vida y memoria algún día llega a desaparecer.

30. Quien reflexione seriamente no podrá negar que la suerte tiene mucho poder en las cosas humanas, pues todos los días las vemos sacudidas violentamente por acontecimientos casuales que los hombres no pueden prever ni evitar; y aunque la habilidad y las precauciones humanas puedan suavizar muchas cosas, siempre necesitan que la suerte las ayude.

31. Inclusive aquellos que todo lo atribuyen a la habilidad y al valor y niegan categóricamente la influencia de la suerte tendrán que admitir, por lo menos, que es muy importante nacer y vivir en un tiempo en que se consideren valiosas las cualidades que se aprecian; podemos citar el ejemplo de Fabio Máximo, a quien dio fama su naturaleza pausada porque se encontró con una clase de guerra en que la impetuosidad era dañina y la lentitud provechosa, mientras que en otro momento hubiera podido resultar contraproducente. Por esto su buena suerte consistió en que en aquel momento se necesitaba la dote que él poseía; si hubiera alguien que pudiese variar su naturaleza de acuerdo con las condiciones de su tiempo —cosa muy difícil y tal vez imposible— evidentemente estaría menos sujeto a la suerte.

32. La ambición no es reprobable, y no se debe censurar a las personas ambiciosas que aspiran a conseguir la gloria por medios lícitos y honorables, y mejor dicho éstas son precisamente las que hacen cosas grandes y sublimes; las que no tienen este afán son personas frías e inclinadas al ocio más que a la actividad. Dañina y detestable es aquella ambición que tiene como su único objetivo la grandeza, cosa muy común en los príncipes, los cuales, cuando la toman como ídolo, para hacerse de los medios para alcanzarla no temen pisotear conciencia, honor, humanidad y todo lo demás.

33. Hay un dicho según el cual de las riquezas mal adquiridas no disfruta el tercer heredero; pero si esto se debiera a que son cosa contaminada, me parece que mucho menos debería disfrutarlas el que de modo injusto las adquirió. Una vez me dijo mi padre que, según san Agustín, la razón está en que no hay persona tan perversa que no haga alguna obra buena, y Dios no deja ninguna cosa buena sin premio ni cosa mala sin castigo, así que, como compensación por el poco bien realizado, le concede esta satisfacción en la vida para castigarlo plenamente

de sus maldades en el otro mundo; de todos modos, como las riquezas mal habidas deben ser expiadas, por eso no llegan al tercer heredero. Yo le contesté que no me resultaba que ese dicho fuera cierto, ya que se podían citar muchos casos contrarios; aun cuando fuese verdad, se podía mencionar otra razón: debido a que en el mundo todo está sujeto a cambio, es natural que donde hay riqueza un día llegue la pobreza, y este cambio es más fácil que se dé en los herederos que en el antecesor, porque entre más largo es el tiempo, más fácil es la variación. Además, el antecesor, o sea el que la adquirió, la cuida más y, habiendo tenido la habilidad de ganarla, también conoce la manera de conservarla, y además, habiendo sido acostumbrado a vivir en la pobreza, no la derrocha; en cambio, los herederos, que no aprecian tanto lo que se encontraron en casa sin tener que ganárselo, educados como ricos, y no habiendo aprendido la manera de juntarlo, no es nada asombroso que se lo dejen escapar de las manos, o por gastar demasiado o por su mala administración.

34. Todas las cosas que deben acabar por agotamiento y no por violencia duran mucho más de lo que uno se imagina al principio. Esto se ve, por ejemplo, en un tuberculoso, que cuando parece que se está muriendo resiste no unos días más sino semanas o meses; lo mismo en una ciudad que se debe conquistar mediante sitio, donde las existencias de víveres nunca corresponden a las estimaciones.

35. ¡Qué diferente es la práctica de la teoría!, y cuánta gente hay que comprende muy bien las cosas y luego o no se acuerda o no sabe hacerlas. Para quien actúa de este modo, su comprensión es inútil; es como tener un tesoro en la caja con la obligación de no sacarlo.

36. El que pretende conseguir la estimación de la gente, cuando se le presente alguna solicitud debe abstenerse de

contestar con una negativa directa, sino con razonamientos generales, porque a veces, más adelante, el solicitante ya no necesita de su intervención, o también pueden presentarse situaciones que justifiquen ampliamente tu excusa. Además muchos hombres son toscos y se dejan engañar fácilmente con buenas palabras, de modo que con esa forma suave de contestar, aunque no hagas lo que no quieres o no puedes hacer, dejas totalmente satisfecha a la persona que habría quedado descontenta de ti si desde un principio le hubieras contestado negativamente.

37. Niega siempre con firmeza lo que tú no quieres que se sepa, y asevera lo que tú quieres que se crea, porque, aun cuando se descubran muchos indicios y se llegue hasta casi la certidumbre en contra tuya, la afirmación o la negación tajantes con frecuencia hacen que los que te oyen enderecen sus ideas.

38. A la familia de los Médicis, a pesar de ser muy poderosa y contar con dos papas, le resultó difícil conservar el gobierno de Florencia, mucho más que a Cosme, que era un simple ciudadano, porque además del gran poder personal que tenía lo ayudó mucho la situación de sus tiempos, ya que obtuvo el gobierno luchando contra unos pocos poderosos sin disgustar a la masa que todavía no conocía la libertad, y además, en las luchas entre los grandes y en los cambios políticos, muchos de las clases media y baja tenían la oportunidad de subir. Pero en la actualidad, después de que la gente ha saboreado el Gran Consejo, ya que no se trata de apoderarse del gobierno quitándoselo a cuatro, o seis, o diez o veinte ciudadanos, sino a todo el pueblo, que añora tanto esa libertad que no se le puede inducir a olvidar, con todas las dádivas, la buena administración y los honores que los Médicis u otros poderosos quieran repartir entre el pueblo.

39. Mi padre tuvo hijos tan estimados que en sus tiempos se

le consideraba el padre más feliz de Florencia; sin embargo, muchas veces al reflexionar llegué a la conclusión de que, considerando todo bien, eran más los sinsabores que las satisfacciones que recibía de nosotros; imagínense ahora ustedes ¡qué sucederá a quien tiene hijos alocados, malvados o desgraciados!

40. Es una gran ventaja tener poder sobre los otros, porque si uno sabe usarlo correctamente atemoriza a los hombres mucho más de lo que le permitirían sus fuerzas propias; y es que el súbdito, no sabiendo a ciencia cierta hasta dónde puede llegar, más le vale resignarse a doblar las manos y no averiguar si de verdad puede llevar a efecto sus amenazas.

41. Si los hombres fuesen buenos y cuerdos, la persona que ocupa legalmente un cargo debería usar la suavidad más que la severidad; pero como la mayoría carece de bondad o de cordura, hay que fundarse de preferencia en la severidad, y el que piensa lo contrario está bien desencaminado. Desde luego admito que si alguien lograra mezclar y sazonar convenientemente una cosa con la otra conseguiría una consonancia y armonía realmente única; mas éste es un don que el cielo concede a pocos, y tal vez a nadie.

42. A las amabilidades que te prodigan no debes conceder mayor importancia que a tu prestigio personal, porque al perder tu reputación se acaban las cortesías y en su lugar encuentras el desprecio; a quien conserva su buen nombre nunca faltan amigos, cortesías y comprensión.

43. Cuando yo era gobernador observé que en muchos casos, al ocuparme de reconciliaciones, ajustes y cosas por el estilo, antes de intervenir personalmente era mejor dejar que la cosa se discutiera y se alargara por un tiempo; de este modo las partes se cansan y te suplican que las pongas de acuerdo, y al ser así solicitado puedes manejar el asunto con prestigio y sin que te

tachen de codicioso, cosa que al principio no hubieras podido conseguir.

44. En sus acciones traten siempre de parecer buenos, porque esto sirve para muchas cosas; pero como las opiniones falsas no son duraderas, ustedes no lograrán parecer buenos por mucho tiempo si no lo son de verdad; esto es lo que una vez me aconsejó mi padre.

45. También acostumbraba decir mi padre, ensalzando el ahorro, que te da más prestigio un ducado que tengas en la bolsa que diez ducados que hayas gastado.

46. Cuando yo era gobernador, nunca me gustaron la crueldad y los castigos exagerados, que a fin de cuentas ni siquiera son necesarios, exceptuando unos pocos casos que sirvan de ejemplo, pues para mantener el temor es suficiente castigar los delitos por quince por ciento de su gravedad, siempre que todos, sin excepción, sean castigados.

47. Para las mentes débiles, los conocimientos o bien no las mejoran o las echan a perder; pero cuando lo adicional se encuentra con una naturaleza buena, hace a los hombres perfectos y casi divinos.

48. No hay estados que hayan sido establecidos de acuerdo con la conciencia, pues si consideramos su origen, todos se deben a la violencia, exceptuando única y exclusivamente las repúblicas que se constituyen en su propio territorio; de esta calificación no excluyo a nadie, ni al emperador y mucho menos a los eclesiásticos, cuya violencia es doble, porque nos someten con las armas materiales y con las espirituales.

49. No digas a nadie lo que tú no quieres que se sepa, porque hay muchos motivos que impulsan a la gente a charlar: unos por estupidez, otros por utilidad, otros más para ufanarse de que están enterados; y si tú, sin necesidad, comunicaste tu secreto a otro, no debes extrañarte si hace lo propio uno a quien le

importa menos que a ti que se divulgue.

50. No te afanes en conseguir unos cambios que no corrigen lo que te molesta, sino tan sólo las caras de los hombres, porque te vas a quedar de todos modos insatisfecho. Por ejemplo, ¿qué caso tiene sacar de la corte de los Médicis a micer Juan de Poppi si en su lugar van a poner a micer Bernardo de San Miniato, persona de la misma índole y condición?

51. El que en Florencia lucha por cambiar la situación, de no hacerlo por necesidad o porque va a ser el jefe del nuevo gobierno, no es muy cuerdo que digamos, porque si no tiene éxito se pone en peligro, él y todo lo suyo, y si lo tiene ganará una parte insignificante de todo lo que apetecía. ¿No es una locura participar en un juego donde se puede perder muchísimo más de lo que se puede ganar? Además, algo que tiene su propia importancia, una vez que se haya cambiado la situación, siempre te queda el continuo temor de que se vaya a producir un nuevo cambio.

52. La experiencia nos enseña que casi todos aquellos que ayudaron a otro a conseguir el poder, con el tiempo se van enemistando con él; según parece, la razón está en que, viendo el gran poder que el otro ha conseguido, tienen miedo de que un día les quite lo que les había concedido. Pero es más probable que se deba a que aquéllos, creyendo haber ganado muchos méritos, exigen más de lo conveniente, y al negárselo se disgustan; de allí nacen los recelos y los conflictos entre ellos y el príncipe.

53. Todas las veces que tú, autor o apoyo de mi ascenso al principado, quieres que me comporte a tu manera, o que te conceda cosas que redundarían en una mengua de mi autoridad, estás borrando el beneficio que me hiciste, porque tratas de quitarme, en todo o en parte, el resultado de lo que me ayudaste a conseguir.

54. El que tiene la dirección en la defensa de ciudades fortificadas debe proponerse como objetivo principal el de atrasar todo lo que pueda, porque dice el dicho que quien tiene tiempo, tiene vida; el aplazamiento proporciona muchísimas ventajas que en un principio no esperabas ni te imaginabas.

55. No gastes de lo que piensas ganar más adelante, porque muchas veces las ganancias no llegan o son menores de lo previsto, mientras que los gastos siguen aumentando; éste es el error que lleva a la quiebra a muchos comerciantes, quienes piden a crédito para aprovechar la mercancía y obtener mayores ganancias, y todas las veces que éstas no llegan o tardan se encuentran en peligro de quedar aplastadas por los intereses cambiarios, que no se detienen ni se reducen, sino que aumentan y se lo engullen a uno.

56. La prudencia económica no consiste tanto en saber abstenerse de los gastos, que muchas veces son necesarios, como en saber gastar con provecho; es decir, gastar cien para comprar por doscientos.

57. ¡Cuánto más afortunados que los demás hombres son los astrólogos! Éstos, por decir una verdad entre cien mentiras, adquieren tal crédito que se les aceptan las falsedades; aquéllos, por una sola mentira que digan entre cien verdades, lo pierden de tal manera que no se les cree ni la verdad. Esto se deriva de la curiosidad de la gente, que se muere por conocer el futuro, y al no tener otro recurso se acoge fácilmente a los que prometen decírselo.

58. ¡Qué bien dijo el filósofo de que *futuris contingentibus non est determinata veritas!*[3] Busca como quieras y entre más buscas, más encuentras que esta afirmación es cierta.

59. Al papa Clemente VII, que se asustaba ante cualquier peligro, una vez le dije que un buen remedio para no sobresaltarse tan fácil era el de recordar todas las veces que se

había alarmado en balde; pero no quisiera llevar a la gente a no temer nunca, sino tan sólo a que no estuviera siempre temblando.

60. Una inteligencia superior a la media fue otorgada a los hombres para su desdicha y tormento, porque no sirve más que para crearles muchos problemas y angustias que no afectan a los hombres más positivos.

61. Hay varios tipos de hombres: algunos se entregan a la esperanza de manera tan ciega que dan por seguro lo que no tienen; otros son tan temerosos que nada esperan si no lo tienen en las manos. Yo me acerco más a estos últimos que a los primeros; el que es de esta índole yerra menos pero sufre más.

62. La gente en general y todas las personas poco reflexivas se dejan atraer con mayor facilidad cuando se les ofrece la esperanza de ganar que cuando se les muestra el peligro de perder, y debería ser al revés, porque es más fuerte el deseo de conservar que el de ganar. La causa de este error está en que en los hombres la esperanza por lo regular puede mucho más que el temor, y por esto fácilmente no temen lo que deberían temer y esperan lo que no deberían esperar.

63. Vemos que los viejos son más avarientos que los jóvenes y debería ser al revés, porque por lo poco que les queda de vida necesitan menos. Dicen que se debe a que son más temerosos, pero a mí se me hace que no es así, porque conozco a muchos que son más crueles, más libidinosos —si no de hecho, en deseos— y que se preocupan por la muerte más que los jóvenes; yo creo que depende de que entre más uno vive, más se le hace hábito y más se apega a las cosas de este mundo; por esto se encariñan más con ellas y se preocupan más.

64. Antes de 1494 las guerras eran largas, los combates prácticamente incruentos, los métodos para expugnar una plaza lentos y difíciles; aun cuando ya se utilizara la artillería, las

técnicas eran tan primitivas que producían poco daño; de este modo el que fuera dueño de un estado era casi imposible que lo perdiera. Llegaron a Italia los franceses e introdujeron en la guerras tal vigor que hasta 1521 el que perdía una batalla perdía el estado; pero luego el señor Próspero Colonna, dirigiendo la defensa de Milán, enseñó cómo utilizar las embestidas de los ejércitos, así que a los dueños de estados volvió la misma seguridad que antes de 1494, pero por otra razón: antes dependía de que entonces la gente no estaba adiestrada para la ofensa, mientras que ahora procedía de que se conocía bien la técnica de la defensa.

65. Fue muy acertado el que llamó "impedimenta" a los carruajes militares, y mucho más atinado el que inventó el dicho: "Cuesta más trabajo mover el campamento que hacer tal cosa", porque es un trabajo endemoniado acoplar en un campamento tantas cosas de movilidad tan dispareja.

66. No les crean a los que con gran entusiasmo andan ensalzando la libertad porque casi todos —o más bien, es casi seguro que ninguno— miran hacia otra cosa que hacia su interés particular, y la experiencia demuestra abundantemente —y es muy cierto— que si creyeran poder encontrar una situación personal mejor en un estado conservador, volarían allá con el primer correo.

67. No hay en el mundo otra actividad en que se necesite mayor habilidad que en la de un capitán de ejércitos, ya sea por la importancia de su función, como también por la necesidad que tiene de pensar y poner orden en un sinfín de cosas variadísimas; por esto debe saber prever con mucha anticipación y aplicar los remedios en el acto.

68. En las guerras ajenas la neutralidad es buena para quien sea lo suficientemente fuerte para no temer al que salga vencedor, porque permanece sin trastornos y hasta puede

esperar alguna ganancia de los desórdenes ajenos; fuera de este caso, es irrazonable y perjudicial, porque quedas al arbitrio del vencedor y del perdedor. Es todavía peor cuando no se escoge mediante un análisis, sino por indecisión, o sea cuando, por no llegar a determinar si quieres ser neutral o no, con tu conducta consigues enemistarte incluso con quien se contentaría con que le aseguraras tu neutralidad. En este último error suelen caer las repúblicas más que los príncipes, porque depende de las divisiones entre los que deben decidir, pues uno aconseja una cosa, otro otra y nunca llega a formarse un grupo lo suficientemente numeroso para que se vote por una deliberación; justo ésta fue la situación de Florencia en 1512.

69. Si ustedes observan con cuidado, notarán que al cambiar las épocas no sólo cambia la manera de hablar y las palabras, la moda en el vestuario, los estilos de las construcciones, los tipos de cultura y cosas semejantes, sino también, lo que es más curioso, el sentido del gusto, de modo que un alimento muy preciado en una época, con frecuencia es despreciado en otra.

70. La verdadera piedra de toque del valor de los hombres es la ocasión en que se les viene encima un peligro imprevisto; el que aguanta el impacto —y son muy pocos los que pueden hacerlo— de verdad puede ser considerado hombre valiente y sin miedo.

71. Si ustedes observan que se aproximan la decadencia de un estado, la transformación de un gobierno, el crecimiento de un país nuevo y cosas parecidas, que a veces se ven anticipadamente con cierta seguridad, pongan mucha atención en no equivocarse en cuanto a los plazos, porque la marcha de las cosas, tanto por su naturaleza como por inevitables avatares, es mucho más lenta de lo que los hombres se imaginan, y un error en este aspecto puede acarrear perjuicios bastante graves; tengan los ojos bien abiertos, porque en esto muchos tropiezan. Sucede lo mismo

también en los asuntos privados y particulares, pero mucho más en los públicos y universales, porque, por ser de mucho mayor tamaño, tienen un movimiento más lento y están sujetos a un mayor número de dificultades.

72. Mientras vivimos en este mundo no hay cosa que los hombres puedan ambicionar más y que les proporcione más renombre que el ver al enemigo derribado y a su disposición; y este prestigio lo puede duplicar el que sabe utilizarlo; es decir, demostrando clemencia y conformándose con haber ganado.

73. Alejandro Magno, César y otros fueron celebrados por su clemencia, pero ninguno de ellos la tuvo en los casos en que preveían que perjudicaría o pondría en peligro el resultado de su victoria —lo que más bien sería locura—, sino tan sólo cuando no disminuía su seguridad y aumentaba su prestigio.

74. La venganza no siempre es producto del odio o de una naturaleza malvada; algunas veces es necesaria para que con ese ejemplo los demás aprendan a no atacarte; y no le veo nada de raro en que uno tome venganza sin que, por otra parte, le tenga odio a la persona afectada por su venganza.

75. Relataba el papa León X que su padre, Lorenzo de Médicis, acostumbraba decir: “Sepan que quien habla mal de nosotros, no nos quiere bien”.

76. Todo lo que ha sido en el pasado y vemos en el presente también será en el futuro; sólo cambian los nombres y las envolturas de las cosas, de modo que quien no tenga buenos ojos no las reconoce y no sabe utilizar esta observación para sacar una regla y formular una opinión.

77. Cuando fui embajador en España noté que el rey católico, don Fernando de Aragón, príncipe muy poderoso y habilísimo, cuando quería emprender alguna cosa nueva o tomar alguna decisión de gran importancia, con frecuencia actuaba de manera que, antes de que se conociera su intención, ya la corte y los

pueblos la deseaban y decían: “El rey debería hacer esto”; así que al comunicar su decisión en el momento en que todos la deseaban y pedían, su actuación resultaba perfectamente justificada, y aumentaba en forma su prestigio ante los súbditos de sus reinos.

78. Las cosas que, si uno intenta realizarlas en su tiempo, se logran con facilidad y por decirlo así caen por su propio peso, si uno las emprende prematuramente no sólo no se consiguen en ese momento, sino que con frecuencia le quitan a uno la posibilidad de realizarlas en un tiempo más apropiado; por esto no se precipiten las cosas, no las aceleren, esperen su madurez, su temporada.

79. Hay un dicho que resultará peligroso si no se le entiende de manera correcta, que dice que el sabio debe aprovechar el tiempo. En efecto, cuando se te ofrece lo que deseas, si desperdicias la oportunidad no la volverás a encontrar cuando quieras, y además en muchos asuntos se necesita rapidez en la decisión y la acción; pero cuando enfrentas situaciones complicadas o difíciles, retrasa y aguarda lo más que puedas, porque el tiempo aclara los problemas o te los quita. Si lo entiendes en esta forma, el dicho es muy provechoso; en otros sentidos con frecuencia es perjudicial.

80. En verdad son muy afortunados aquellos a quienes la misma oportunidad se presenta más de una vez, porque, aunque uno sea muy prudente, puede desperdiciar o utilizar incorrectamente la primera; quien no la sabe reconocer y aprovechar la segunda ocasión es un insensato.

81. Nunca crean que una cosa futura sea tan cierta, aunque parezca más que segura, como para dejar de hacer alguna otra cosa en sentido contrario —por si llegara a realizarse lo opuesto — cuando se les ofrezca la oportunidad y siempre que no altere su forma habitual de actuar, porque las cosas a veces resultan tan

diferentes de lo que por lo general se piensa, que —y la experiencia lo comprueba— no resulta descabellado haber actuado en esa otra forma.

82. Principios mínimos y en apariencia insignificantes a veces llegan a ocasionar un enorme desastre o una gran fortuna; por lo tanto, es muy prudente percibir y pesar cuidadosamente cualquier cosa, por fútil que parezca.

83. Una vez estaba yo convencido de que si una cosa no se me ocurría de inmediato, ya no se me volvería a ocurrir; pero reflexionando descubrí que sucede lo contrario, no nada más en mi caso, sino también en otras personas; o sea que entre más y mejor se piensa en una cosa, mejor se entiende y se realiza.

84. No se dejen apartar del campo de sus actividades, si quieren seguir dedicándose a ellas, porque no podrán volver a su antojo; si ustedes están dentro, una actividad sigue a la otra, sin que tengan que buscar o luchar para conseguirlas.

85. La suerte de los hombres es diversa no solamente entre hombre y hombre, sino también en uno mismo, ya que puede tener éxito en una cosa y fracasar en otra. Yo he sido afortunado en las actividades que se realizan sin dinero, con la sola dedicación personal, y he fracasado en las otras; trabajo me ha costado conseguir las cosas buscándolas; cuando no las busqué, ellas me alcanzaron.

86. El que maneja asuntos importantes o mira al poder debe ocultar siempre las cosas que le afectan negativamente y amplificar las que lo favorecen. Esto es una especie de embuste y a mí no me gusta para nada; pero como la carrera de estas personas depende más de la opinión de la gente que de la realidad, el crear la fama de que todo te va viento en popa te ayuda; lo contrario te perjudica.

87. Son mucho más los beneficios que te proporcionan parientes y amigos sin que tú ni ellos se den cuenta, que aquellos

beneficios que se sabe de dónde provienen, porque son muy pocas las ocasiones en que debes utilizar su ayuda comparada con la que se te proporciona todos los días con el solo hecho de confiar en que puedes valerte de ellos cuando quieras.

88. El príncipe, o el que maneja asuntos importantes, no sólo debe mantener en secreto lo que conviene que no se sepa, sino que debe adquirir la costumbre —e imponerla a sus subalternos — de callar todas las cosas, incluso las mínimas y aparentemente insignificantes, excepto aquellas que conviene que se sepan. De este modo tus subalternos y súbditos, al no conocer tus pensamientos, se mantendrán alerta y como sorprendidos y se fijarán en todos tus movimientos y pasos, por mínimos que sean.

89. No me apresuro a creer, mientras no pueda disponer de una fuente segura, las novedades verosímiles, porque, como ya están flotando en el ambiente, es fácil que alguien les dé cuerpo; no se inventan con tanta facilidad las que no son verosímiles o son inesperadas y, por consiguiente, cuando una de éstas llega a mis oídos sin fuente autorizada, me tiene en suspenso más que las otras.

90. El que depende del favor de los poderosos está siempre pendiente de cualquier movimiento o ademán que hagan, por insignificante que sea, y a menudo esto ha ocasionado grandes perjuicios a los hombres. Hay que tener la cabeza bien asentada para no dejarse arrastrar por naderías, y no moverse sino por cosas positivas y sustanciales.

91. Nunca me he podido convencer de que la justicia de Dios pueda permitir que los hijos de Ludovico Sforza disfruten el ducado de Milán, que adquirió con métodos desalmados, ocasionando además una serie de desastres.

92. No digas: “Dios ayudó a fulano porque era bueno, mengano fracasó porque era malo”, porque con frecuencia

vemos lo contrario. No por esto debemos decir que la justicia de Dios sea imperfecta, porque sus deliberaciones son tan profundas que justamente fueron definidas como *abyssus multa*.[4]

93. Así como un particular yerra contra el príncipe y comete un *crimen laesae maiestatis*[5] cuando quiere hacer lo que es propio del príncipe, del mismo modo yerra el príncipe y comete un *crimen laesi populi*[6] cuando hace algo que es propio del pueblo y de los particulares; por esto merece ser censurado con severidad el duque de Ferrara, quien se dedica a comerciar, organizar monopolios y otras actividades artesanales que son propias de los particulares.

94. El que se encuentra en la corte del príncipe y aspira a que le den encargos debe estar con él lo más que pueda, porque a menudo surgen iniciativas, y viéndote se acuerda de ti y fácilmente te las encomienda, mientras que si no te viera las encargaría a otro.

95. Es propio de brutos meterse sin reflexionar en peligros que no se conocen; valiente es el que los conoce y no los teme más de lo necesario.

96. Es un dicho antiguo el de que los sabios son tímidos porque conocen todos los peligros y por eso se acobardan. Yo creo que este dicho es falso, porque no merece el nombre de sabio quien juzga un peligro más grave de lo que es en la realidad; llamaré sabio al que conoce la gravedad del peligro y lo teme en proporción. Pero se debe llamar sabio a un valiente más que a un tímido porque, suponiendo que ambos sean muy previsores, la diferencia entre uno y otro consiste en que el tímido tiene en cuenta todos los peligros posibles y siempre supone que se le presentará el peor de todos, mientras que el valiente, que también los conoce todos, considerando que muchos los puede eludir la prudencia humana y muchos otros desaparecen por circunstancias fortuitas, no se deja abrumar por

todos ellos, sino que se les enfrenta fundado en buenas razones y con la confianza de que no todo lo que puede ser, será.

97. Cuando fue elegido como papa Clemente VII, el marqués de Pescara me dijo que nunca se ha visto que tenga éxito una cosa deseada por toda la gente. La razón de esto puede consistir en que los que de costumbre mueven las cosas de este mundo son los pocos y no los muchos, y que los objetivos de aquéllos casi nunca coinciden con el deseo de éstos y, por lo tanto, resultan efectos diferentes de los que desea la mayoría.

98. A un tirano prudente, aun cuando le gusten los sabios tímidos, no le disgustan los emprendedores, siempre que esté seguro de que se trata de personas tranquilas, y se siente inclinado a concederles favores. Los que más le disgustan son los inquietos y levantiscos, porque se da cuenta de que no logrará mantenerlos contentos, y entonces se ve en la necesidad de pensar en cómo eliminarlos.

99. Con un tirano prudente, siempre que no me tenga por enemigo, yo preferiría que me considerara un valiente inquieto más que un tímido, porque así busca la manera de tenerme contento, mientras que del tímido se despreocupa.

100. Bajo un tirano es mejor ser amigo suyo sólo hasta cierto punto que estar entre sus íntimos, porque así, si eres hombre de prestigio, disfrutas de su poder y a veces más que los otros, de quienes se ocupa menos; además, cuando él caiga, tú puedes esperar salvarte.

101. Para salvarte de un tirano bestial y cruel no hay regla o remedio válido, con excepción de lo que se hace con la peste: huir de él lo más lejos y lo más pronto que se pueda.

102. El sitiado que espera ayuda pinta sus necesidades más grandes de lo que en realidad lo son; el que no la espera, al no quedarle otro recurso que el de cansar al enemigo y así quitarle toda esperanza, siempre las oculta y dice que son mínimas.

103. El tirano hace todo lo posible para inquirir con cautela y disimulo tu verdadera naturaleza, halagándote, conversando ampliamente contigo, encomendando a otros que traben amistad contigo y así te sonsaquen, y ésta es una red de la cual es difícil escaparse; por esto, si no quieres que te tomen la medida, reflexiona con seriedad y guárdate con cuidado de todas las cosas que puedan delatarte, usando en el hecho de no dejarte descubrir la misma habilidad que él usa para conocerte.

104. Entre los hombres es cosa muy digna de alabarse y muy agradable a todo mundo el que uno sea por naturaleza liberal y franco o, como se dice en Florencia, claridoso; y por otro lado, se desaprueba y se aborrece la simulación; sin embargo, ésta es más útil, dado que la sinceridad les aprovecha más a otros que a uno mismo. De todos modos, aunque no se pueda negar que es una dote admirable, yo alabaría a quien normalmente vive con franqueza y se acoge a la simulación sólo en asuntos de extrema importancia, que después de todo no son muy frecuentes. Así adquirirías la fama de ser persona liberal y franca y te atraerías la simpatía que siempre se otorga a quienes muestran esa naturaleza; sin embargo, en las cosas más importantes la simulación te resultaría más provechosa y con una ventaja adicional: de que, por tener fama de persona franca, aumentarás el crédito a tus subterfugios.

105. A pesar de que a uno se le conoce por simulador y tramposo, se observa que algunas veces hay quien se trague sus embustes. Parece increíble, pero es muy cierto, y yo recuerdo al Rey Católico, que tenía esta fama más que cualquier otro en el mundo y, sin embargo, en sus negocios nunca faltaba quien le creyera más de lo debido; de seguro esto procede de que los hombres son muy simples o muy codiciosos: éstos creen fácilmente lo que desean, aquéllos lo que no conocen.

106. En el actual mundo social no hay cosa más difícil que la

de casar a las hijas en forma adecuada, porque todos los hombres, creyéndose superiores a los demás, en un principio se imaginan que van a poder entrar en ambientes que no son de su nivel. Por esto he visto a muchos rehusar partidos que más tarde, al cabo de muchas vueltas inútiles, habrían aceptado agradecidamente. Por consiguiente, es necesario medir bien sus propias condiciones y las de los otros y no dejarse arrastrar por estimaciones más altas de lo debido, ésta es cosa que sé muy bien, lo que no sé es si actuaré de conformidad o si caeré en el error común o caso general de presumir más de la cuenta; de todos modos no quisiera que esta opinión sirviera para crearle a uno tales complejos que se rindiera, como Francesco Vettori, al primer partido.

107. Sería deseable no nacer súbdito, pero si así nos tocó es mejor serlo de un príncipe que de una república; porque la república rebaja a todos sus súbditos y a nadie hace partícipe de su grandeza, excepto a los ciudadanos; con el príncipe, en cambio, es más común a todos y para él todos son súbditos, tanto uno como otro, así que cada uno puede abrigar la esperanza de que el príncipe lo favorezca y lo llame a su servicio.

108. No hay sabio que no se equivoque; la suerte de los hombres consiste en que sus errores sean menos graves o en asuntos de poca trascendencia.

109. El que todo el mundo llegue a gobernar no es el fruto de las libertades, ni éstas fueron establecidas con esta finalidad —pues no debe gobernar sino el que tiene aptitud y merecimientos—, sino con la de poder obedecer a leyes buenas y a buenos ordenamientos, cosa más segura en una sociedad libre que bajo el poder de uno o de pocos. Éste es el error que tantos problemas ocasiona a nuestra ciudad, porque a la gente no le parece suficiente vivir libre y segura, y no se detiene hasta que llegue a gobernar.

110. ¡Cómo se equivocan los que para cada cosa citan a los romanos! Ante todo deberíamos tener una ciudad organizada como la suya y luego actuar conforme a ese modelo; pero si la gente no tiene las dotes adecuadas, es tan irrealizable como pretender que un burro corra como un caballo.

111. La gente del pueblo critica a los juristas por la diversidad de opiniones que se sostienen entre ellos, y no ven que esa variedad no depende de una falla humana, sino de la naturaleza de las cosas, porque no es posible incluir en reglas generales todos los casos particulares, así que en muchos casos no decididos en las leyes es necesario acogerse a las conjeturas de los hombres, los cuales no opinan todos en la misma forma. Lo mismo sucede con los médicos, los filósofos, en los procesos civiles, en las deliberaciones de los gobernantes, entre los cuales se encuentra una variedad de juicios análoga a la de los juristas.

112. Decía micer Antonio de Venafra y con mucha razón: "Junta a seis u ocho sabios y todos se vuelven locos, porque al no ponerse de acuerdo transforman las cosas más bien en discusión que en decisión".

113. Se equivoca el que cree que la ley deja alguna cosa al arbitrio; es decir, a la libre voluntad del juez, porque nunca lo constituye en dueño de dar y quitar; pero como se dan algunos casos que la ley no pudo resolver conforme a un principio definido, los confía a la decisión del juez, es decir que el juez, después de evaluar todas las circunstancias y particularidades del caso, debe resolver lo que crea correcto de acuerdo con su criterio y su conciencia. La consecuencia es que, aun cuando el juez no esté obligado a rendir cuentas de su sentencia ante los hombres, sí va a ser examinado por Dios, quien sabe perfectamente si ha juzgado o regalado.

114. Hay algunos que fundándose en lo que sucede escriben disertaciones sobre el futuro que resultan muy entretenidas para

el lector, cuando el que las elabora conoce su arte; sin embargo, son muy engañosas porque en el desarrollo de las argumentaciones, que dependen una de otra, si una de ellas es falsa, todas las que siguen carecen de validez, y además cualquier ligera variante puede alterar una conclusión; por eso no se puede juzgar de las cosas de este mundo desde muy lejos, sino que se debe analizarlas y resolverlas día tras día.

115. Encuentro en algunos apuntes escritos hacia el año de 1457 que un ciudadano inteligente dijo: "O bien Florencia destruye al Monte (institución de ahorro), o bien el Monte destruye a Florencia". Sostenía con mucha razón que o bien la ciudad lo desacreditaba o éste crecería tanto que ya no se le podría controlar; sin embargo, la cosa se alargó bastante antes de que se produjera el desastre, pero su evolución en realidad fue mucho más lenta de lo que él se imaginó.

116. El que gobierna a un estado no debe sobresaltarse por los peligros que vea acercarse, por grandes, próximos o inminentes que parezcan porque, como dice el refrán, el diablo no es tan feo como lo pintan. Con frecuencia, debido a varias circunstancias, los peligros de desvanecen, y aun cuando realmente llegan, siempre traen consigo algún remedio o alivio mayor de lo que se imaginaba; pongan mucha atención a esta advertencia, porque vemos que se aplica siempre.

117. Es muy engañoso eso de juzgar fundándose en ejemplos, porque si éstos no corresponden con toda exactitud, no sirven, porque cualquier mínima variación en el caso considerado puede dar como resultado una diferencia enorme; claro que para descubrir estas diversidades, cuando son leves, se necesita un ojo agudo y ejercitado.

118. El que cuida mucho su prestigio personal tiene éxito en todo, porque no para en fatigas, peligros o dinero. Yo lo he experimentado en mí mismo y por esto puedo decirlo y

escribirlo; las actividades de los hombres que no sienten este estímulo ardiente son obra muerta y vana.

119. Las falsificaciones en los documentos públicos casi nunca se introducen desde el principio, sino con el paso del tiempo y de acuerdo con las oportunidades o la necesidad; por lo tanto, para prevenir, es una buena medida la de pedir una copia auténtica del documento o la escritura inmediatamente después de la firma y guardarla en casa.

120. La mayor parte de los trastornos que azotan a las ciudades divididas en partidos procede de las sospechas, porque recelando cada uno de la sinceridad del otro, todos se ven en la necesidad de prevenirse; por lo tanto, el gobernante debe proponerse como finalidad principal y especial compromiso el de erradicar esas sospechas.

121. No traten de organizar reformas con la esperanza de que el pueblo vaya a apoyarlas, lo que es un fundamento muy peligroso, porque el pueblo es inconstante y con frecuencia piensa todo lo contrario de lo que tú te imaginas. Fíjense en el ejemplo de Bruno y Casio, quienes, después de dar muerte a César, no sólo no consiguieron el apoyo del pueblo como esperaban, sino que éste les infundió un gran miedo, así que fueron forzados a refugiarse en el Capitolio.

122. Miren cómo los hombres se engañan a sí mismos: cada uno considera feos los pecados que él no comete, y leves los suyos; y con esta regla a menudo se mide el bien y el mal, más que con el examen de los grados y cualidades de las cosas.

123. No se me dificulta creer que en todos los tiempos los hombres tomaron como milagros muchas cosas que no tenían nada de milagroso, y de todos modos es muy cierto que todas las religiones tuvieron sus milagros, así que de este hecho no se puede sacar una prueba fehaciente de que una religión sea más verdadera que otra. Tal vez los milagros son una manifestación

del poder de Dios, pero no para confirmar más el de los cristianos que el de los paganos, e incluso me parece que no sería pecado decir que los milagros, así como las predicciones, son secretos de la naturaleza, cuyas causas no puede averiguar la inteligencia humana.

124. He observado que en todos los países y casi en todas las ciudades hay cultos que producen los mismos resultados: en Florencia, Santa María Impruneta envía la lluvia y el buen tiempo; en otros lugares encontré a vírgenes Marías que proporcionan lo mismo, indicio claro de que la bondad de Dios ayuda a todo mundo; y tal vez estas cosas se derivan más de las creencias humanas que de una comprobación efectiva.

125. Los filósofos, los teólogos y todos los demás que investigan las cosas sobrenaturales o invisibles dicen una gran cantidad de disparates; en la realidad los hombres estamos en la oscuridad y la ignorancia de las cosas, y estas investigaciones han servido y sirven más para ejercitar la inteligencia que para descubrir la verdad.

126. Sería deseable que pudiéramos hacer o acabar las cosas de tal manera que estuvieran exentas de cualquier irregularidad o defecto; pero esto no es fácil de conseguir, así que es un error preocuparse en afinarlas demasiado, porque las oportunidades se esfuman mientras te esfuerzas por alcanzar la perfección; incluso cuando te parece haberla logrado y capturado, con frecuencia descubres que no la atrapaste, y por lo demás la naturaleza de las cosas de este mundo no te permite encontrar una sola que no tenga alguna parte irregular y defectuosa, así que hay que resignarse a tomarlas como son y dar por bueno lo menos malo.

127. En la guerra he notado que con mucha frecuencia llegan noticias que parecen indicar que estás en una situación apurada; de repente llegan otras que te aseguran de la victoria, y así alternativamente; esta fluctuación se presenta muchas veces y

por esto un buen capitán no se acobarda ni se entusiasma con facilidad.

128. En las cosas del gobierno no se debe tomar en cuenta lo que la razón indica que debería hacer un príncipe, sino lo que se puede presumir que vaya a hacer, habida cuenta de su índole y sus métodos habituales; porque los príncipes con frecuencia no hacen lo que deberían hacer, sino lo que saben o creen saber hacer; el que tome decisiones con base en otras reglas se expone a cometer errores gravísimos.

129. Lo que sería un perjuicio o una ofensa si se hace, no debe, sin embargo, ser considerado un bien o un beneficio si no se hace, porque entre ofender y beneficiar, entre lo loable y lo reprobable hay un término medio: abstenerse del mal, abstenerse de la ofensa. Por lo tanto, no se diga: "Yo no hice, yo no dije", porque en general el verdadero mérito consiste en poder afirmar: "Yo hice, yo dije".

130. Los príncipes deben guardarse, sobre todo, de aquellas personas que por naturaleza nunca están satisfechas, porque jamás podrán concederles favores suficientes como para estar seguros de ellas.

131. No es lo mismo tener a los súbditos descontentos que tenerlos desesperados. La persona descontenta, aunque piense en perjudicarte, no se lanza a los peligros sin reflexionar, sino que espera una oportunidad que a veces nunca llega; en cambio, la persona desesperada la busca y la provoca, se forja esperanzas descabelladas y pugna por introducir reformas; por consiguiente, de aquélla tienes que cuidarte en ocasiones, de ésta siempre.

132. Yo he sido, por naturaleza, muy franco y enemigo del estira y afloja, y por eso los que trataron conmigo nunca tuvieron dificultades; pero he observado que en todas las cosas es muy útil negociar con cierta ventaja, que en el fondo consiste

en lo siguiente: no llegar de inmediato a la decisión final, sino que, situándose a cierta distancia, uno se deja llevar por grados y con cierta resistencia; quien actúa de este modo obtiene con frecuencia más de lo que le hubiera bastado en un principio; el que negocie como yo lo hice, siempre consigue sólo lo que apenas le permite cerrar el trato.

133. Es una buena regla de prudencia, que muy pocos observan, la de saber disimular el desagrado por la falta de cooperación de alguna persona, siempre que esto no te perjudique; porque más adelante sucede, con frecuencia, que se presenta la conveniencia de utilizarla, y no podrías hacerlo si esa persona sabe que antes has quedado descontento. A mí me ha sucedido muchas veces estar en la necesidad de acudir a personas contra las cuales tenía rencor, pero como ellas creían lo contrario, o por lo menos no recelaban, me sirvieron rápida y satisfactoriamente.

134. Por naturaleza todos los hombres están inclinados más al bien que al mal y no hay nadie que no haga el bien con más gusto que el mal cuando no haya otra razón que lo impulse en sentido contrario; pero la naturaleza de los hombres es tan frágil y las ocasiones que invitan al mal son tan frecuentes en este mundo, que fácilmente se dejan apartar del bien. Por esto los sabios legisladores inventaron los premios y los castigos, lo que en el fondo no fue otra cosa que tratar, con la esperanza y el temor, de mantener a los hombres en su inclinación natural.

135. Si se diera algún individuo que por naturaleza se inclinara a preferir el mal al bien, pueden ustedes afirmar con toda seguridad que no es un hombre, sino un animal o un monstruo, ya que está desprovisto de una inclinación que es natural en todos los hombres.

136. Sucede alguna vez que los locos hacen cosas más grandes que los cuerdos; esto depende de que el cuerdo, si no lo apremia

alguna necesidad, se confía más en la razón y menos en la suerte, mientras que el loco se entrega mucho a la suerte y poco a la razón, y sabemos que las cosas favorecidas por la suerte a veces tienen resultados increíbles. Los cuerdos de Florencia hubieran doblado las manos frente a la actual tempestad; los locos que quisieron, contra toda razón, oponérsele han logrado, hasta ahora, lo que nadie hubiera creído que nuestra ciudad pudiera conseguir; esto es lo que significa el dicho: *Audaces fortuna iuvat.*[7]

137. Si el perjuicio que se deriva de las cosas mal llevadas se pudiera atribuir específicamente a cada una, el que no sabe trataría de aprender, o en forma espontánea se dejaría gobernar por los que saben más; lo malo es que los hombres, y todavía más los pueblos, en su ignorancia no ven las causas de los trastornos, no los achacan a los errores que los produjeron, y de este modo, al no admitir el daño tan grande que ocasiona el ser gobernados por quienes gobernar no saben, persisten en su error de hacer ellos lo que no saben o de dejarse gobernar por inexpertos, lo que con frecuencia es la causa de la ruina total de la ciudad.

138. Ni los locos ni los cuerdos pueden oponerse finalmente a lo que debe suceder; por esto no creo haber leído cosa mejor expresada que el famoso dicho: *Ducunt volentes fata, nolentes trahunt.*[8]

139. Es cierto que los estados son mortales igual que los hombres; hay una diferencia: los hombres, por ser de materia corruptible, forzosamente desaparecen aun cuando no hayan provocado trastornos; los estados, en cambio, no se deshacen por una falla de su materia, sino por mala suerte o por mal gobierno; esto es, por las decisiones desatinadas de los gobernantes. Un desastre ocasionado tan sólo por la mala suerte es sumamente raro, porque el estado es un organismo fuerte y

de gran resistencia, y se necesitaría que la violencia fuera tremenda para que pudiera destruirlo. Entonces la causa de la ruina de un estado consiste casi siempre en los errores de quien gobierna; si un estado fuera gobernado siempre en forma correcta tal vez sería perpetuo, o por lo menos tendría una vida mucho más larga de la que por lo común tiene.

140. Decir pueblo es lo mismo que decir, sin temor a equivocarse, un animal loco, lleno de una infinidad de errores y confusiones, sin sensibilidad, sin criterio, sin estabilidad.

141. No hay que asombrarse si no conocemos las cosas de las edades pasadas, ni las de regiones y países lejanos, porque si reflexionamos bien, ni siquiera de las presentes tenemos un conocimiento real y verdadero, como tampoco de las que a diario acontecen en una misma ciudad; y a menudo entre el palacio de gobierno y la calle hay una neblina tan espesa o un muro tan grueso que, al no poderlos traspasar el ojo humano, el pueblo sabe tanto acerca de lo que hace el gobernante o de la razón por qué lo hace como de las cosas que se hacen en la India; por eso el mundo con facilidad se llena de opiniones equivocadas e infundadas.

142. Una de las mejores suertes que le puede tocar a un hombre es la de encontrarse en la situación de poder mostrar que lo que hace para su propio provecho lo está haciendo por razones de pública utilidad. Esta coincidencia dio mucho prestigio a las iniciativas del Rey Católico, que habían sido tomadas para su seguridad y su provecho personal, pero muy seguido daban la impresión de que tenían como finalidad la expansión de la religión cristiana o la defensa de la Iglesia.

143. Me parece que todos los historiadores, sin ninguna excepción, se han equivocado en esto, que nada dijeron de una cantidad de cosas que en sus tiempos eran conocidas, justo porque todos las conocían; de allí que en la historia de los

romanos, los griegos y todos los demás pueblos, en la actualidad nos falta información sobre un sinfín de detalles, por ejemplo, la autoridad y diversidad de las magistraturas, la organización del gobierno, la estructura de los ejércitos, el tamaño del estado y muchas otras cosas del mismo tipo, que en los tiempos del escritor eran muy conocidas y, por consiguiente, fueron omitidas. Pero si hubieran reflexionado que con el pasar de los siglos los estados desaparecen y se pierde el recuerdo de muchas cosas, y que por otra parte las historias se escriben precisamente con la finalidad de recordarlas, se hubieran preocupado un poquito más por describirlas de modo que el que naciera en una época lejana pudiera tener ante los ojos un panorama completo, como los que estuvieron presentes: lo que es justo es el objetivo de la historia.

144. Estando yo en España, un día Almazán, secretario del Rey Católico, al llegar la noticia de que los venecianos se habían aliado con Francia en contra de su rey, me dijo que en Castilla existe un refrán el cual dice que el hilo siempre se rompe por lo más delgado, lo que significa que finalmente las cosas se le van encima a los más débiles, porque no se miden con la razón ni con la discreción, sino que, tratando cada quien de conseguir su provecho, se ponen de acuerdo para perjudicar al que tiene menos fuerza, ya que le tienen menos consideración; por consiguiente, el que tenga que negociar con personas más poderosas que él debe tener siempre presente el mencionado refrán, que se aplica todos los días.

145. Estén ustedes persuadidos de que, aun cuando la vida de los hombres sea breve, para quien sabe utilizar el tiempo y no desperdiciarlo en cosas sin importancia, hasta le sobra; porque la naturaleza del hombre es muy ingeniosa, y a la persona activa y decidida sus actividades le lucen muchísimo.

146. Es una gran desgracia encontrarse en la condición de no

poder conseguir lo bueno sin antes padecer lo malo.

147. El que cree que la victoria en las campañas tenga algo que ver con la justicia o la injusticia se equivoca, porque todos los días vemos que sucede lo contrario, pues no es la razón, sino la habilidad, la fuerza y la suerte las que proporcionan la victoria. Desde luego, también es cierto que en quien tiene la razón nace cierta confianza fundada en la creencia de que Dios otorga la victoria a las empresas justas, lo que vuelve a los hombres osados y porfiados, y estas cualidades a veces conducen a la victoria. Por esto el tener una causa justa puede ayudar de modo indirecto, pero es falso que influya directamente.

148. El que quiere acabar demasiado rápido una guerra, con frecuencia la alarga, porque, por no esperar los auxilios que necesita o a que la campaña madure debidamente, vuelve difícil lo que hubiera resultado fácil, de modo que por cada día que quiso adelantarse, a menudo pierde más de un mes, sin contar que esto puede ocasionar un trastorno más grave.

149. En las guerras, el que quiere gastar menos gasta más; en efecto, no hay otra cosa que exija una repartición de dinero tan grande y desmedida como ésta, ya que mientras más abundantes son las provisiones, más rápido se acaban las campañas; en esos aprietos, el que para ahorrar pone restricciones alarga la campaña, aparte de que los gastos van a resultar mucho más pesados. Por eso no hay cosa más descabellada que meterse en una guerra contando únicamente con suministros escalonados, a no ser que ya tenga de antemano todo el dinero listo; ése no es el método de acabar la guerra, sino de alimentarla.

150. Para que llegues a confiar en personas a las que ofendiste no basta con saber que el negocio, bien llevado, les proporcionaría utilidad y fama también a ellas; porque en ciertos hombres, por su naturaleza, el recuerdo de las ofensas recibidas es tan poderoso que los arrastra a vengarse incluso

contra su propio interés, bien porque aprecian más esta satisfacción, bien porque la pasión los ciega a tal punto que no alcanzan a ver con claridad dónde están su renombre y provecho; recuerden esta advertencia, porque muchos en esto se equivocan.

151. Como dije antes con referencia a los príncipes, miren siempre no a lo que según la razón deberían hacer las personas con las que van a negociar, sino a lo que se prevé que harán teniendo en cuenta su índole y su manera habitual de actuar.

152. Tengan muchísimo cuidado antes de meterse en campañas o actividades nuevas, porque después de empezarlas, a fuerza tendrán que seguir adelante; por esto sucede a menudo que los hombres pasan por muchas dificultades, que si antes hubieran sospechado la octava parte de ellas, habrían huido mil millas lejos, pero como se han embarcado, ya no está en su poder retirarse. Esto sucede sobre todo en las enemistades, los favoritismos y las guerras; en todos ellos y en otros casos más, antes de comprometerse no hay información, por minuciosa que sea, que pueda considerarse superflua.

153. A menudo parece que los embajadores toman partido en favor del príncipe ante el cual están acreditados, y esto ocasiona que se sospeche que han sido sobornados, o que tratan de hacer méritos, o cuando menos que se han vuelto incondicionales de aquél por las amabilidades y los halagos que les han prodigado; pero puede deberse al hecho de que, como están de continuo en contacto con las actividades de dicha corte y muy poco con las de otras, se imaginan que deben ser apreciados más de lo que en realidad merecen; su príncipe, sin embargo, no tiene el mismo modo de pensar y además considera todo el panorama general, así que no le cuesta trabajo descubrir la cojera de su funcionario, y con frecuencia atribuye a maldad lo que más bien se debe a alguna imprudencia; por consiguiente, el que acepta encargarse

de una embajada debe reflexionar bien sobre este fenómeno, porque no es de poca importancia.

154. Los secretos de un príncipe son infinitos, como también son infinitas las cosas en que debe pensar; por lo tanto, es muy arriesgado juzgar a la ligera sus decisiones, ya que con cierta frecuencia sucede que tú crees que hace algo por alguna razón y en cambio es por otra; lo que te parece hecho casual o imprudente está efectuado, al contrario, con habilidad y gran prudencia.

155. Se dice que no puede juzgar atinadamente quien no conoce a fondo todos los detalles; sin embargo, yo he notado muchas veces que quien no tiene mucho talento juzga mejor cuando conoce el asunto sólo en sus líneas generales que cuando se le muestran todos los particulares, porque manteniéndose en lo general con frecuencia se le ocurrirá una buena solución, mientras que se desorientará entre el gran número de detalles que se le indiquen.

156. Yo siempre he sido, por naturaleza, muy decidido y firme en mis actividades y, sin embargo, después de tomar una decisión importante, como que me da una especie de arrepentimiento por lo que he hecho; esto se deriva no de que yo crea que si pudiera volver a deliberar decidiría en otra forma, sino de que antes de la decisión yo tenía ante los ojos con mayor evidencia las dificultades de una y otra parte, mientras que después de tomar la decisión olvido las dificultades que deseché con mi resolución y en cambio se me presentan sólo las que me quedan por vencer, y al observarlas por separado me parecen más graves que cuando las estaba comparando con las otras; la consecuencia es que para eliminar esta preocupación es necesario volver a analizar con cuidado también las otras dificultades que han sido desechadas.

157. No es bueno crearse la fama de receloso y desconfiado;

sin embargo, el hombre es tan falaz, tan insidioso, actúa con tantas mañas tan engañosas y ocultas, es tan agarrado a su interés personal y tan poco considerado con el ajeno, que uno no puede equivocarse creyendo poco y confiando menos.

158. En cada momento podemos observar los beneficios que nos proporciona el buen nombre y el prestigio; sin embargo, éstos son pocos comparados con los que no se ven, que se producen instantáneamente sin que tú sepas de dónde provienen, provocados por la estimación de que eres objeto; por eso alguien dijo que vale más el prestigio que muchas riquezas.

159. No voy a criticar los ayunos, los rezos y las otras obras piadosas que nos impone la Iglesia y los religiosos nos recuerdan; pero el bien de bienes, en comparación del cual todo lo demás no vale nada, es el de no perjudicar a nadie y de ayudar a todos en la medida de tus posibilidades.

160. Es cosa digna de notarse que todos sabemos que debemos morir, y de todos modos vivimos como si estuviéramos seguros de que seguiremos viviendo siempre; no creo que esto se deba a que nos afectan más las cosas que tenemos ante los ojos y percibimos con los sentidos, y menos las lejanas y no perceptibles, porque también la muerte está cerca y podríamos decir que la percibimos en realidad todos los días; más bien pienso que se deba a que la naturaleza quiere que vivamos de acuerdo con lo que requiere la marcha o el orden de esta maquinaria terrenal, y para que no se quede como muerta y sin sentido nos dio esta característica de no pensar en la muerte, ya que si pensáramos en ella el mundo estaría lleno de pereza y modorra.

161. Cuando me pongo a pensar en el gran número de percances, de peligros, de enfermedades, de azar, de violencia y sus variedades, a los que está expuesta la vida del hombre, y en todas las cosas que deben colaborar en un año para que se

produzca una buena cosecha, no encuentro nada más maravilloso que el ver a un hombre viejo o un año fértil.

162. Con frecuencia observé que en las guerras, y en muchas otras cosas importantes, se dejaba de conseguir aprovisionamiento por creer que llegaría tarde y, sin embargo, se constataba después que sí habrían llegado a tiempo y que esta omisión había ocasionado un enorme perjuicio; todo se debe a que por lo general la marcha de las cosas es mucho más lenta de lo que uno presume, de modo que con frecuencia no se realiza en tres o cuatro meses lo que tú creías que se produciría en uno; ésta es una observación importante y digna de ser recordada.

163. ¡Qué atinado es el dicho antiguo: *Magistratus virum ostendit!*[9] No hay cosa que revele mejor la calidad de los hombres que el encomendarle trabajo y autoridad. ¡Cuántos hablan bien y no saben actuar! ¡Cuántos ante un escritorio o en una reunión parecen hombres excelentes que al utilizarlos resultan una insignificancia!

164. Con frecuencia la buena suerte resulta ser el peor enemigo del hombre, porque lo vuelve malo, superficial, altanero; por esto para un hombre es mayor reto resistir a la fortuna que a la desdicha.

165. Por una parte parece obvio que un príncipe o un patrón conozca mejor que cualquier otro la condición de sus súbditos y dependientes, porque necesariamente han de caer bajo su mirada muchos de sus deseos, aspiraciones y acciones, pero por la otra sucede todo lo contrario, porque con cualquier otra persona se comportan con mayor franqueza, mientras que con sus superiores ponen todo su empeño en encubrir su naturaleza y sus pensamientos.

166. No crean que el atacante, por ejemplo el que pone sitio a una ciudad amurallada, puede prever todas las defensas que le opondrá el enemigo, así como un litigante experimentado se

imagina fácilmente las defensas ordinarias que utilizará el acusado; el peligro y el apuro en que se encuentra el sitiado lo empujan a inventar medios extraordinarios, en los que no es posible que piense el que no se encuentra en la misma necesidad.

167. No creo que haya cosa peor en el mundo que la ligereza, porque los hombres ligeros son gente dispuesta a adoptar cualquier decisión, por malvada, peligrosa y perjudicial que sea; por consiguiente, rehuyan de ellos como del fuego.

168. ¿Qué ventaja tengo si quien me ofende lo hace por ignorancia y no por maldad? Más bien, con frecuencia es una desventaja, porque la maldad tiene objetivos determinados y sigue ciertas reglas, de modo que no siempre ofende todo lo que podría; en cambio, la ignorancia, no teniendo objetivo, ni regla, ni medida, actúa con furia y da palos de ciego.

169. Tengan como regla que, se encuentren ustedes en una ciudad libre, o bajo un gobierno conservador, o bajo un príncipe, es imposible que lleven a efecto todos sus proyectos; por lo tanto, si les falla alguno, no se enfaden, no empiecen a querer desbaratarlo todo, siempre que les quede algo que les satisfaga; de otro modo van a perjudicarse a sí mismos y hasta al estado, y al final van a encontrar que casi siempre han empeorado su situación.

170. Es una gran suerte la de los príncipes, que con facilidad pueden descargar en otros las responsabilidades que en realidad deberían recaer en ellos, pues parece que casi siempre los errores e injusticias que cometen, incluso cuando son los autores directos, la gente los achaca a consejos o instigaciones de los que están cerca.

Yo creo que esto no se debe a que ellos utilicen alguna estratagema para suscitar esta opinión, sino al hecho de que los hombres dirigen de preferencia su odio y sus acusaciones contra

los que les quedan más cerca y de quienes esperan poder vengarse más fácilmente.

171. Decía el duque Ludovico Sforza que con la misma regla se conocen los príncipes y las ballestas. Si una ballesta es buena o no sirve lo vemos por las flechas que lanza; así la excelencia de los príncipes se deduce de la calidad de los hombres que envían a otras cortes. Por lo tanto, podemos argüir qué clase de gobierno había en Florencia cuando al mismo tiempo tenía como embajadores a Carduccio en Francia, a Gualterotto en Venecia, a micer Bardo en Siena y a micer Galeotto Giugi en Ferrara.

172. Los príncipes no fueron instituidos para su provecho personal, sino para la utilidad general, y se les otorgaron ingresos y ganancias para que fueran aplicadas a la conservación del estado y de los súbditos; por lo tanto, la avaricia es más reprobable en un príncipe que en un particular porque, acumulando más de lo debido, asigna únicamente a su persona lo que debería manejar, para decirlo con claridad, no como dueño, sino como simple recolector y distribuidor en beneficio de muchos.

173. En un príncipe es más detestable y perjudicial la prodigalidad que la avaricia porque, no pudiendo existir aquélla sin despojar a muchos, resulta más ofensivo para los súbditos quitarles que simplemente no darles y, sin embargo, parece que a la gente le gusta más un príncipe pródigo que uno avaricioso. La razón es que, a pesar de que las personas a las que regala son pocas y a las que les quita son por fuerza muchas, sin embargo, como dije otras veces, en los hombres la esperanza es más poderosa que el temor, así que es más fácil esperar que uno quede incluido entre los pocos que reciben, que entre los muchos a quienes se les quita.

174. Hagan todos los esfuerzos para mantener buenas

relaciones con los príncipes y los estados que aquellos gobiernan porque, aun cuando no tengan ustedes la intención de participar en la actividad política, de todos modos se presentan muchas circunstancias en que a fuerza tienen que tratar con los que gobiernan, sin contar que el rumor de que ustedes no son personas gratas les perjudicará en muchas formas.

175. Una persona que manda al pueblo, o un magistrado, debe guardarse lo más que pueda de mostrar aversión a quienquiera, o de vengarse por alguna ofensa que se le haga, porque al utilizar el poder público contra las ofensas privadas se desprestigiaría enormemente; es mejor tener paciencia y esperar un tiempo, porque es imposible que no se le presente alguna oportunidad de poder hacer la misma cosa, pero con justificación y sin que la atribuyan a rencor.

176. Pidan siempre a Dios que puedan encontrarse del lado donde se gana, porque los elogiarán incluso por cosas en las que no han tenido ninguna participación; por el contrario, al que se encuentre donde se pierde le achacan muchísimas cosas de las cuales no tiene en absoluto ninguna responsabilidad.

177. Casi siempre en Florencia, por la ineptitud de los hombres, cuando alguien arma una agitación violenta no se intenta castigarlo, sino que todos corren a buscar la manera de asegurarle la impunidad, con tal de que deponga las armas y prometa abstenerse en lo sucesivo; sistema, éste, que en vez de reprimir a los bravucones transforma en leones hasta a los corderos.

178. Las iniciativas y las actividades económicas son muy buenas mientras casi nadie las conoce; en cuanto llegan a saberse, decaen, porque muchos acuden y la afluencia hace que ya no rindan; por esto, madrugar es bueno en todas las cosas.

179. Cuando yo era un joven hacía mofa de saber tocar, bailar, cantar y otras cosas frívolas, como escribir bien, montar,

vestir con elegancia y todo aquello que parece proporcionar a la gente más ornamento que sustancia; pero más tarde hubiera querido lo contrario porque, a pesar de que no es conveniente dedicarles mucho tiempo y educar en esta forma a los jóvenes para que no se aficionen demasiado, de todos modos he tenido que constatar que estas galas y el saber hacer las cosas con elegancia proporcionan seguridad y prestigio incluso a personas por lo demás bien calificadas, a tal punto que a los que están desprovistos de estas habilidades parece que les falta algo; sin contar que el arte de entretener abre el camino a los favores de los príncipes y que para quien sepa utilizarlas pueda ser el principio o la causa de grandes provechos y de prestigio, ya que el mundo y los príncipes no están hechos como deberían, sino como son.

180. En las guerras el peor enemigo de quien las empezó suele ser la creencia de que están ganadas de antemano, porque, aunque parezcan muy fáciles y seguras, están sujetas a mil eventualidades, que provocan más trastornos cuando el responsable no está preparado mental y militarmente como en un principio debía haber sido, pensando que se enfrentaría a una guerra dura.

181. Trabajé once años seguidos como alto funcionario de la Iglesia con tanto prestigio ante mis superiores y el pueblo que hubiera podido seguir mucho tiempo más de no haber sucedido lo que sucedió en 1527 en Roma y Florencia; en todo este tiempo no pude descubrir ninguna cosa que me consolidara más que el actuar como si no me preocupara por quedarme, porque con este principio yo desempeñaba lo que era propio de mi cargo sin miramientos ni sumisión, y esto me proporcionaba tal prestigio que por sí solo me favorecía más y con mayor dignidad que cualquier condescendencia, amistad o habilidad que yo hubiera querido utilizar.

182. Casi siempre he visto que los hombres muy entendidos, cuando tienen que solucionar algún problema importante, proceden mediante un análisis, imaginando dos o tres casos que pueden realizarse para fundar su deliberación sobre ellos, como si en efecto uno de ellos se fuera a presentar. Cuidado, porque es un método peligroso; de hecho con frecuencia, o más bien casi siempre, aparece un tercero o cuarto caso, no examinado, con el cual no se compagina la deliberación que se aprobó; es mejor tomar la decisión con un mayor margen de seguridad, incluso imaginando que pueda en realidad presentarse lo que se supone que no sucederá, y no reduciendo jamás el análisis, a no ser que haya alguna necesidad.

183. Poco prudente es aquel capitán que ordene trabar un combate si no lo obliga alguna necesidad o esté seguro de conseguir una ventaja muy grande, porque es cosa demasiado sujeta a la suerte y demasiado importante para perderla.

184. No digo que no se deba admitir a gente extraña a discusiones en común o que se deba excluir las conversaciones con otra gente en un ambiente de familiaridad agradable y afectuosa; pero afirmo que es prudente no hablar sin necesidad de asuntos personales y, si se mencionan, no aclararlos más allá de los límites requeridos por la discusión o el objetivo del momento, y guardar todo lo demás que uno podría hacer; desde luego es más agradable actuar de otra manera, pero ésta es más útil.

185. Los hombres siempre alaban en los demás los gastos espléndidos y la conducta generosa y liberal, y sin embargo la mayor parte de ellos se comportan en lo suyo en forma contraria; por lo tanto, midan ustedes sus actividades de acuerdo con sus posibilidades y una ventaja decente y razonable, pero no se dejen arrastrar a hacer lo contrario por las opiniones y las palabras de la gente, o por creer que conseguirán elogios y

renombre con personas que a la hora de la verdad no aplauden en los otros lo que ellas no acatan para sí.

186. Desde luego no se puede actuar siempre de acuerdo con una regla única y rígida. Si muchas veces es inútil extenderse en pláticas, inclusive con amigos —me refiero a cosas que merecen ser guardadas en secreto—, por otra parte permitir que los amigos se den cuenta de que hablas con reservas es como invitarlos a hacer lo propio contigo; porque no hay cosa que incline a otros a confiar en ti como la persuasión de que tú confías en él, así que al cerrarte con los demás te quitas la posibilidad de recibir informes de los demás. Por lo tanto, en ésta y en muchas otras cosas, es necesario actuar analizando la calidad de personas, circunstancias y momentos, y para esto se necesita discernimiento, cosa que si no te la otorgó la naturaleza, difícilmente la aprenderás con la experiencia; con los libros nunca.

187. Sepan que quien gobierna al azar, al azar acaba; lo correcto es pensar, examinar, estudiar bien cada cosa, por pequeña que sea; inclusive con este sistema cuesta trabajo llevar bien las cosas; imagínense cómo le irá a quien se deja llevar por la corriente.

188. Entre más te alejes de la medianía para evitar un extremo, más caes en el extremo que temes o en otro igual de malo, y entre más quieres sacarle jugo a lo que estás disfrutando, más pronto se acaba el gusto y el disfrute; por ejemplo, un pueblo que goza de la libertad, mientras más quiere aprovecharse de ella, menos la disfruta, y cae en la tiranía o en una condición no mejor que la tiranía.

189. Todas las ciudades, los estados y los reinos son mortales; todas las cosas, por su naturaleza o por alguna casualidad, terminan y acaban en cierto momento; por lo tanto, al ciudadano que le toca vivir en la etapa final de su patria no debe

quejarse de esa desgracia y de tan grave ruina, sino de su propio infortunio; porque a su patria le sucedió lo que de todos modos le debía suceder, mientras que la desgracia fue de él, que le tocó nacer en una época en que debía producirse ese desastre.

190. Se acostumbra citar como máxima con referencia a los hombres que no están en la situación que desearían: "Miren hacia atrás, no hacia adelante", o sea, observen que los que están peor son muchos más de los que están mejor que ustedes. Es un dicho muy cierto y debería hacer que la gente se conformara con su condición; pero es difícil conseguirlo, porque la naturaleza nos colocó la cara en forma que no podemos sin gran esfuerzo mirar más que adelante.

191. No hay que criticar a los hombres que son lentos en tomar una decisión porque, aun cuando haya circunstancias en que se necesite llegar rápido a una resolución, sin embargo es más fácil que se equivoque el que decide con apresuramiento que el que se tarda un poco; pero es muy censurable la tardanza en realizar lo deliberado, porque es casi seguro que en este caso la lentitud normalmente es perjudicial y sólo en circunstancias esporádicas y excepcionales resulta útil; yo lo digo para que estén prevenidos, ya que en esto muchos se equivocan, por desidia, o por evitarse molestias, o por cualquier otra razón.

192. En todas sus actividades tengan presente esta máxima, de que no es suficiente empezarlas, determinar su rumbo y darles el impulso, sino que se debe seguirlas y no dejarlas hasta llegar al término, y quien las acompaña de esta manera contribuye bastante para completarlas. El que actúa de otro modo a veces cree que están acabadas cuando apenas están empezando o cuando se traban, pues la desidia, la inepcia y la maldad de los hombres son muy grandes, así como los obstáculos y las dificultades inherentes a las cosas por su naturaleza. Apliquen esta máxima; a mí me ha traído mucho

prestigio, y mucha vergüenza a los que adoptan el método contrario.

193. Mucho cuidado debe tener quien intente cosas contra el gobierno de no tratarlas por cartas, porque frecuentemente son interceptadas y constituyen un testimonio irrecusable y, a pesar de que en la actualidad hay muchas formas cifradas para escribir, también se conocen los métodos para descifrarlas. Es mejor utilizar a gente que esté al servicio personal de uno, y por lo tanto para los particulares es demasiado difícil y peligroso meterse en estos manejos, ya que no disponen de muchos hombres a quienes confiar el encargo, y de los pocos que tienen no se pueden fiar, porque al engañar a particulares para favorecer a los príncipes, la ganancia es mucha y la pérdida insignificante.

194. Desde luego, no se debe empezar una cosa sin antes examinarla a fondo, pero con esto no quiero decir que uno deba excederse imaginando dificultades tales que por el miedo de no poder salir airoso se detenga; más bien hay que recordar que en el desarrollo de la actividad se encuentran muchas facilidades y gran parte de los problemas se resuelven por sí solos. Esto es muy cierto, y los encargados de negocios lo comprueban todos los días; y si el papa Clemente VII no lo olvidara, podría a menudo llevar sus asuntos más oportunamente y con mayor prestigio.

195. Quien está al servicio de un príncipe y desea conseguir beneficios o favores, para él mismo o para sus amigos, debe arreglárselas para no insistir muchas veces con una solicitud directa, sino buscar o esperar la oportunidad de proponerlos o solicitarlos con cierta habilidad, y cuando se le ofrece, aprovecharla de inmediato y no dejarla escapar. Al que lleva las cosas en esta forma le resultan más fáciles y con menos molestias para el príncipe, y cuando haya conseguido un favor queda más

expedito para buscar otro.

196. En cuanto los hombres se dan cuenta de que te encuentras en una situación en que por necesidad tienes que hacer lo que ellos quieren, baja su estimación y se aprovechan de ti; porque por lo general en ellos influye más la consideración de sus intereses o su índole malvada que la razón, tus méritos, sus obligaciones para contigo, o el recuerdo de que tal vez tú has caído en esa situación por causa de ellos o por apoyarlos; por eso cuídense tanto de no caer en esta condición como de la lumbre. Si los hombres tuvieran presente esta observación, muchos que hoy son desterrados no lo serían, porque no les perjudica tanto el hecho de haber sido condenados al destierro por favorecer a este o aquel príncipe, sino que éste, al verlos en el exilio, piensa: "Aquéllos ya no pueden hacer nada sin mí", y entonces con descaro los trata como tapete.

197. El que deba imponer al pueblo alguna medida grave o que vaya a suscitar mucha oposición debe adoptar la precaución de subdividirla, de ser posible, en varias partes, y no hablar de la segunda parte antes de haber acabado con la primera, porque de este modo puede suceder que los que se oponen a una sean favorables a la otra, mientras que si se proponen todas juntas, a la fuerza se opondrán a todas los que se oponen a cualquiera de las partes. Si Piero Soderini hubiera actuado en esta forma cuando quiso reformar la ley del Tribunal de los Cuarenta, lo habría logrado y tal vez con ello habrían consolidado el gobierno popular; esta precaución, de hacer tragar las comidas amargas en varios bocados cuando se puede, a menudo es muy útil en los asuntos privados no menos que en los públicos.

198. Tengan la certeza de que en todos los asuntos tanto públicos como privados lo esencial del manejo consiste en saber utilizar el método adecuado; así, el mismo asunto manejado de un modo o de otro significa llevarlo o no llevarlo a cabo.

199. Todas las veces que ustedes quieran simular o disimular algún proyecto porfíen en mostrar, con las razones más poderosas y convincentes que puedan, que su intención es por completo opuesta, porque cuando a los hombres les parece que ustedes saben que así lo exige la razón, con facilidad se convencen de que su decisión es totalmente conforme a lo que dicta la razón.

200. Una de las maneras para transformar a un adversario en partidario de algún proyecto tuyo es la de encomendárselo a él, presentándolo como autor o responsable. Con este método se gana sobre todo a los hombres ligeros, ya que en muchos esta vanidad por sí sola es tan eficaz que los mueve a atribuir más importancia a su lucimiento personal que a los aspectos sustanciales, como cualquiera haría en sus asuntos.

201. Tal vez parecerá un exceso de suspicacia o desconfianza, y Dios quiera que sea infundado, pero son más los hombres malos que los buenos, especialmente cuando se trata de dinero o de política; por lo tanto, exceptuando a los que por experiencia o familiaridad ustedes conocen por honrados, no andarán ustedes descaminados si en cualquier trato tienen los ojos bien abiertos; desde luego hay que hacerlo con habilidad para que los tilden de desconfiados; pero ustedes no confíen si no están más seguros.

202. Cuando alguien toma venganza en forma que el afectado no llegue a saber de dónde le viene el daño, lo único que se puede decir es que lo hace para satisfacer su odio y rencor; más magnánimo sería hacerlo abiertamente, de modo que todos sepan de dónde procede; así se puede pensar que no lo hace por odio o sed de venganza, sino por dignidad; o sea, para que todos se enteren de que se trata de una persona que por naturaleza no tolera injusticias.

203. Recuerden los príncipes que no deben llevar a los

súbditos a un nivel cercano a la libertad, porque los hombres por naturaleza aspiran a ser libres, y de ordinario todos están inconformes con el grado que tienen, y pujan por ir más allá de donde se encuentran; y este deseo es más fuerte que el recuerdo de las cortesías y favores que el príncipe le haya acordado.

204. No es posible impedir que los subalternos roben; yo fui honrado como el que más y he tenido bajo mis órdenes a gobernadores y otros altos funcionarios, pero, a pesar de mis precauciones y mi ejemplo, no he podido evitarlo por completo. La causa es que el dinero sirve para muchas cosas, y en la actualidad se estima más al rico que al honrado; además fomenta esta lacra la ignorancia o la ingratitud de los príncipes, quienes toleran a los malos, y a los que los sirvieron con honradez no los tratan mejor que a los que hicieron lo contrario.

205. Yo estuve dos veces con un cargo muy alto, en ejércitos durante campañas muy importantes, y la experiencia que saqué es que si son ciertas las relaciones sobre los ejércitos antiguos —y yo lo creo, por lo menos en su mayor parte— los actuales, comparados con aquéllos, no son más que sombras. Los capitanes modernos no tienen arrojo, no tienen talento; se llevan las cosas sin arte, sin estratagemas; es como marchar con lentitud por una carretera, así que cuando el señor Próspero Colonna, capitán de la primera campaña, me insinuó que yo de seguro había participado jamás en una guerra, le contesté justamente que lamentaba mucho no haber aprendido nada tampoco en ésa.

206. No quiero discutir qué sería más útil para nuestros cuerpos: si tener asistencia médica o prescindir de ella como hicieron por mucho tiempo los romanos; pero sí quiero afirmar que o por la dificultad de la cosa en sí, o por la dejadez de los médicos —que deberían ser muy cuidadosos y estudiar con esmero todos los mínimos detalles del enfermo—, en fin, que la

cuestión es que los médicos de nuestros tiempos no saben entender más que las enfermedades ordinarias y con toda su sabiduría lo máximo que pueden lograr es la curación de un par de tercianas; pero en cuanto la enfermedad se sale un poco de lo ordinario, recetan a tientas y al azar sin contar que el médico, por su ambición y para competir con sus congéneres, no es más que un bicho malvado, sin conciencia ni consideración, y amparado en la seguridad de que sus errores no se pueden comprobar, y con el fin de presumir o de humillar a un colega, todos los días anda haciendo picadillo de nuestros cuerpos.

207. Sobre la astrología; o sea, de aquella ciencia que pronuncia sentencias sobre las cosas futuras, sería una locura entretenerse: o bien dicha ciencia es falsa, o todos sus presupuestos indispensables no se pueden conocer, o la inteligencia humana no los alcanza; así que en conclusión pretender conocer el futuro por ese camino es un sueño. Los astrólogos no saben lo que dicen, no le atinan más que por casualidad, de modo que si tú tomas el pronóstico de un astrólogo y el de otro hombre cualquiera hecho al azar, ninguno acertará mejor que el otro.

208. La ciencia del derecho en la actualidad ha llegado a una situación tan lamentable que si en un pleito de una parte hay una razón concluyente y de la otra la autoridad de un doctor que haya escrito algo, en la decisión se toma más en cuenta la mencionada autoridad; por eso los doctores que practican la profesión se ven en la necesidad de leer, con el cuerpo y la mente rendidos, al punto que más se parece al trajín de un cargador que a la labor de un sabio.

209. Yo creo que las sentencias de los turcos, que se dictan a la carrera y casi al azar, son menos malas que las que se dictan con los métodos usuales de los jueces cristianos, porque lo dilatado de éstos tiene tanta importancia en cuanto a los gastos y

trastornos impuestos a los litigantes, que tal vez les perjudicaría menos aceptar el primer día una sentencia condenatoria; además, si suponemos que las sentencias de los turcos se dictan a oscuras, podemos aceptar que más o menos la mitad de ellas será justa; mientras que entre nosotros, por la ignorancia o la maldad de los jueces, las sentencias injustas tal vez son más numerosas.

210. Dice el dicho: “Poco y bueno”; es imposible que quien habla o escribe mucho no agregue mucha paja, mientras que si es poco, puede suceder que sea bien pensado y conciso; por esta razón, tal vez hubiera sido mejor seleccionar la flor de estas sentencias y no amontonar tanto material.

211. Creo poder afirmar que los espíritus, o sea, lo que nosotros llamamos espíritus; es decir, aquellos seres inmateriales que hablan familiarmente con las personas, sí existen, porque tuve una experiencia tan clara que me parece tener la absoluta seguridad; pero qué son y cómo son, creo que quien presume conocerlos lo sepa tan poco como el que ni trata de pensar en ello. Los espíritus y la predicción, como a veces vemos que alguien lo hace por arte o inspiración, son fuerzas ocultas de la naturaleza, o bien de aquel poder superior que mueve todas las cosas; él las conoce, mientras que para nosotros son misterios tan insondables que la inteligencia humana nunca podrá alcanzarlos.

212. De las tres especies de gobierno, de uno, de pocos y de muchos, creo que en Florencia el segundo resultaría el peor de todos, porque no va con el carácter de los florentinos, no les agrada (como tampoco la tiranía); por sus ambiciones y rivalidades los pocos provocarían todos los males propios de la tiranía, y hasta serían capaces de hacer pedazos la ciudad, pero no harían ninguna de las cosas buenas que incluso el tirano a veces procura.

213. En todas las actuaciones y decisiones humanas siempre

hay alguna razón en contra, porque no hay cosa tan perfectamente arreglada que no vaya acompañada de algún desarreglo; no hay cosa tan buena que no se le mezcle algo malo, ni cosa tan mala que no tenga adjunto algo bueno; de allí que muchos quedan perplejos, porque cualquier pequeña dificultad los asusta; a estas personas las llamamos "timoratos" porque le tienen temor a todo. No se debe actuar de este modo, sino que, después de examinar los inconvenientes de cada parte, acogerse a los que pesan menos; acuérdate que nunca podrás tomar un partido que sea nítido y perfecto en todos sus aspectos.

214. Todos tenemos defectos, uno más y otro menos; por lo tanto, no hay amistad, servicio o compañía que pueda perdurar si uno no tolera al otro. Debemos conocernos mutuamente y, recordando que con cambiar no se eliminan todos los defectos, sino que se encuentran otros iguales o peores, disponernos a tolerar, siempre que nos toquen cosas tolerables o de poca importancia.

215. ¡Cuántas cosas hechas se critican, que sin embargo se elogiarían si se pudiera ver lo que habría pasado si no se hubieran hecho!; ¡cuántas, en cambio, se alaban, mientras deberían reprobarse! Por eso no se apresuren a censurar o aprobar conforme a la superficie de las cosas, y lo que se les presenta ante los ojos deben analizarlo más a fondo si quieren que su juicio sea cierto y equilibrado.

216. En este mundo no se puede escoger el nivel en que uno va a nacer, las actividades y la suerte que le van a tocar; por eso para elogiar o criticar a la gente no se debe tomar en cuenta su condición, sino cómo se comporta en ella; la aprobación o la censura de los hombres debe fundarse en su conducta y no en su situación; así como en una comedia o tragedia no se alaban los papeles, pongamos más el de rey o de patrón que el de criado, sino tan sólo el modo como uno los desempeña.

217. No se preocupen en exceso por el miedo de crearse enemigos o de disgustar a otros, al punto de que dejen de hacer algo que está en su derecho, porque cuando el hombre hace lo que debe adquiere prestigio, y esto lo favorece más de lo que lo perjudique hacerse algún enemigo. En este mundo, o uno está muerto o es forzoso hacer alguna vez cosas que afectan a otros; pero el criterio por el que uno sabe en qué forma conceder favores le sirve también para saber cuándo se deben causar disgustos; o sea, hacerlos razonada y oportunamente, sin altanería, por alguna causa y con maneras civiles.

218. Llevan bien sus cosas en este mundo aquellas personas que tienen siempre ante los ojos sus propios intereses y miden todas sus actividades con este rasero; la falla, sin embargo, está en los que no conocen claramente cuál es su interés; es decir, que piensan que deba consistir siempre en alguna utilidad económica más que en ser apreciado y en conservar su reputación y buen nombre.

219. Cuando una persona tomó una decisión o aceptó una opinión, muestra su carácter franco si, antes de que se vea el resultado, manifiesta que debido a ciertos indicios quiere cambiar su decisión u opinión; sin embargo, cuando no está en su facultad corregirla, le toca a él hacerlo, conservará mejor su prestigio si no lo hace, porque retractándose perderá su reputación en todo caso, ya que siempre sucederá lo contrario de lo que dijo en un principio o antes del fin, mientras que permaneciendo en la primera posición saldrá airoso en el caso de que aquélla se realizara, lo que puede realmente suceder.

220. Cuando la patria cae en poder de un tirano, creo que es deber de los buenos ciudadanos tratar de relacionarse con él para sugerir iniciativas buenas y evitar maldades, y además no cabe duda de que a la ciudad le conviene que en cualquier tiempo haya hombres honrados con autoridad; y los ignorantes y

fanáticos ciudadanos de Florencia, a pesar de que no entienden de este modo, se darían cuenta de cuán abominable sería el gobierno de los Médicis si con ellos estuvieran sólo individuos locos y malvados.

221. Cuando varios enemigos, que antes solían asociarse en contra tuya, se están peleando entre ellos, atacar a uno con la idea de irlos derrotando por separado hace con frecuencia que se vuelvan a juntar; por lo tanto es necesario analizar qué clase de odio es el que ha nacido entre ellos, así como las otras circunstancias y condiciones, para poder decidir qué cosa es mejor: si atacar a uno de ellos o bien quedarse viendo y dejar que se peleen.

[1] Clemente VII y Carlos V, respectivamente.

[2] La ciudad cayó el 3 de agosto de 1530.

[3] Sobre los sucesos posibles en el futuro no se puede formular ninguna afirmación verdadera.

[4] Abismo insondable.

[5] Delito de lesa majestad.

[6] Delito de leso pueblo.

[7] La suerte favorece a los osados.

[8] Los hados guían a quienes ceden, arrastran a quienes se resisten.

[9] El cargo muestra al hombre.

PAPAS DE 1450 A 1550

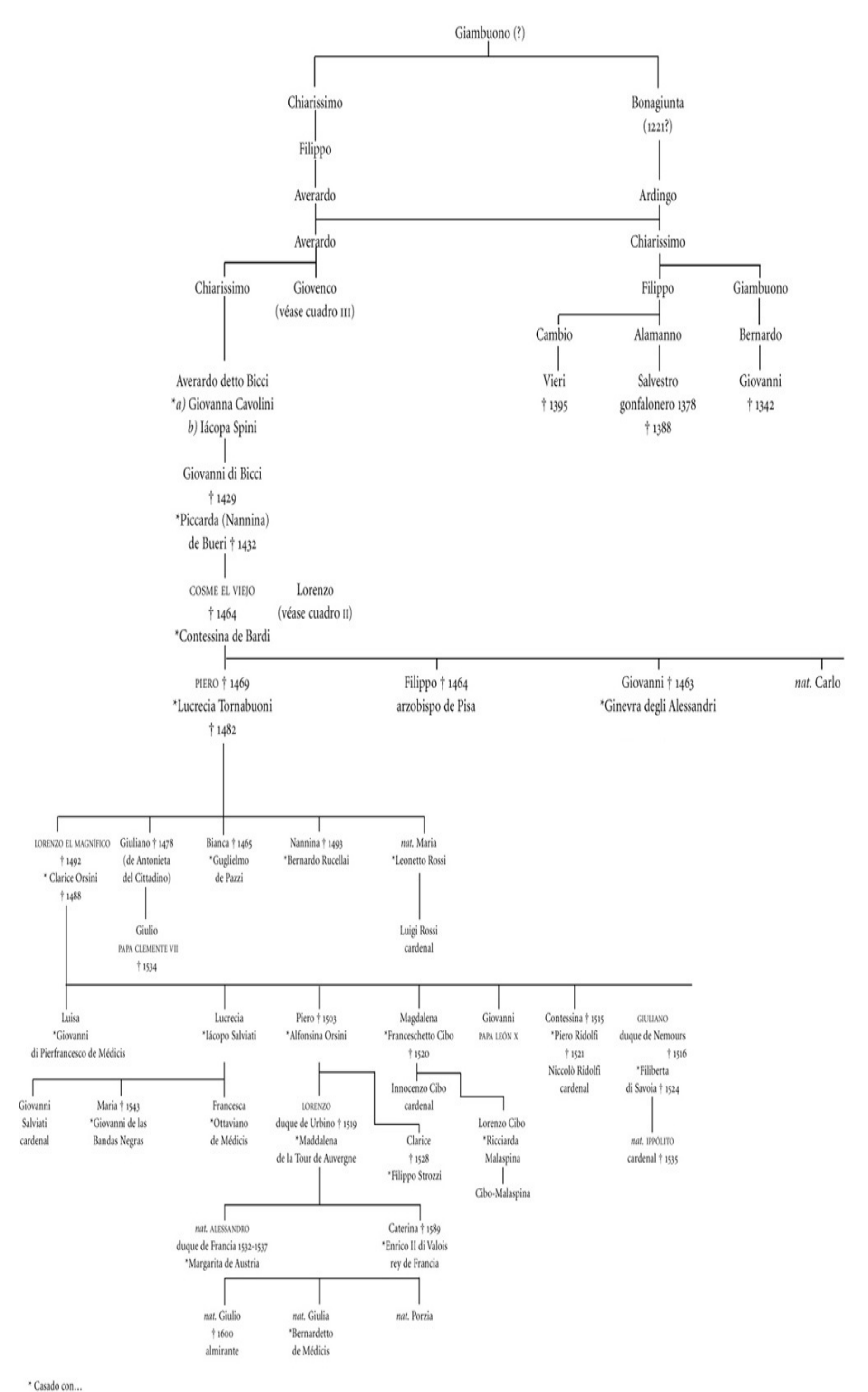
1447-1455	Nicolás V	Tomás Parentucelli
1455-1458	Calixto III	Alfonso Borgia
1458-1464	Pío II	Enea Silvio Piccolomini
1464-1471	Paulo II	Pietro Barbo
1471-1484	Sixto IV	Francesco della Rovere
1484-1492	Inocencio VIII	Giovanni Battista Cibo
1492-1503	Alejandro VI	Rodrigo Borgia
1503-	Pío III	Francesco Piccolomini
1503-1513	Julio II	Giuliano della Rovere
1513-1521	León X	Giovanni de Médicis
1522-1523	Adriano VI	(De Utrech) Adrián Florisz
1523-1534	Clemente VII	Giulio de Médicis
1534-1549	Paulo III	Alessandro Farnese

CRONOLOGÍA POLÍTICA DE LOS MÉDICIS EN FLORENCIA, 1450-1550

Jefe del Estado, formal o informalmente	*Periodo*
Cosme el Viejo (Florencia, 1389-Careggi, 1464)	1434-1464
Pedro el Gotoso (Florencia, 1416-Florencia, 1469)	1464-1469
Lorenzo el Magnífico (Florencia, 1449-Careggi, 1492)	1469-1492
Pedro el Joven (Florencia, 1472-Cassino, 1503)	1492-1494
Restauración de la República	1594-1512
Juan (Florencia, 1475-Roma, 1521) (papa León X de 1513 a 1521)	1512-1513
Lorenzo, duque de Urbino (1492-Florencia, 1519)	1513-1519
Julio, cardenal y arzobispo de Florencia (Florencia, 1478-Roma, 1534) (papa Clemente VII de 1523 a 1534)	1519-1527
Hipólito, cardenal (1511-1535)	1525-1527

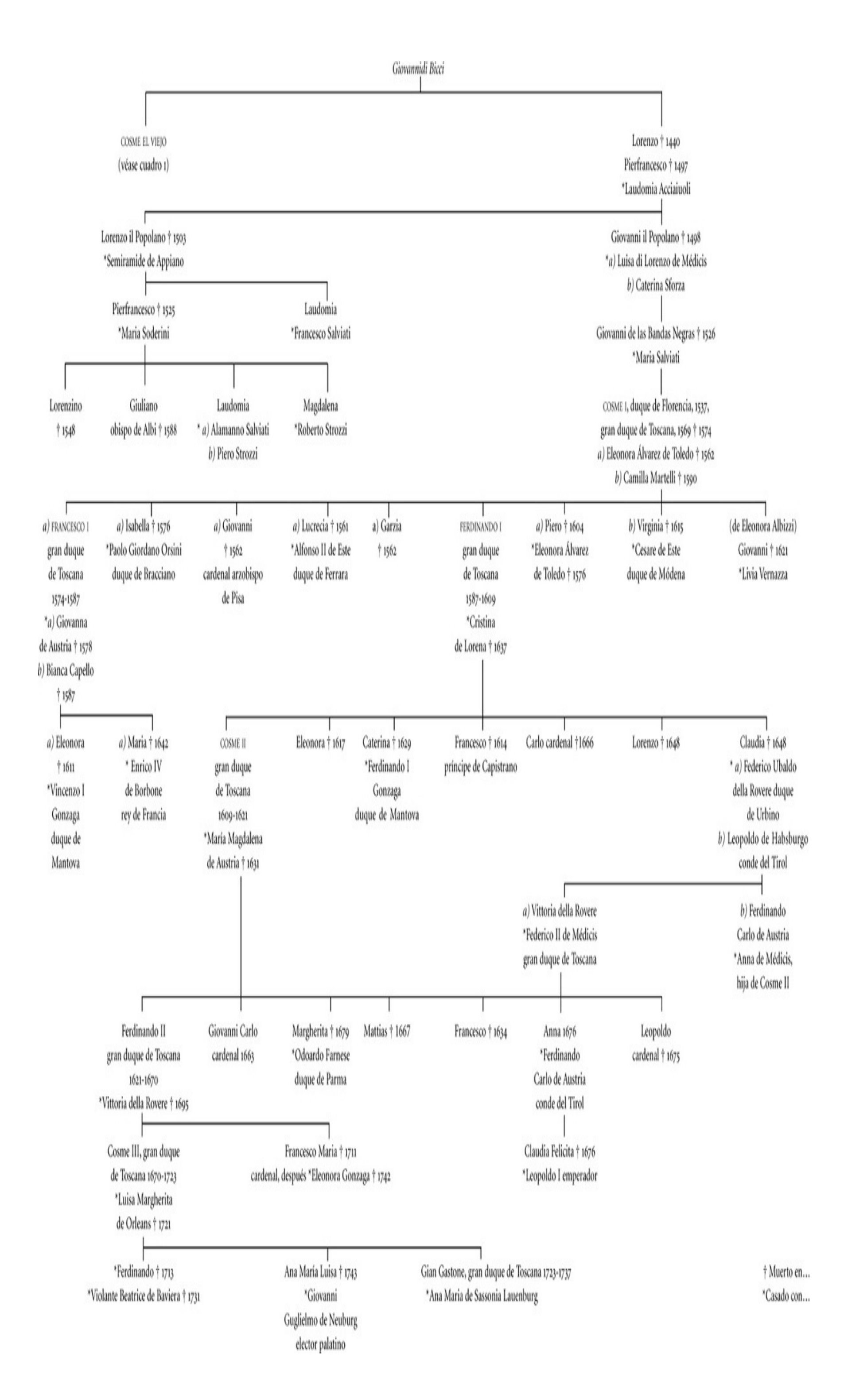
Restauración de la República	1527-1530
Alejandro, duque de Florencia (1510-Florencia, 1537)	1531-1537
Cosme, duque de Florencia y gran duque de Toscana (Florencia, 1519-Villa di Castello, 1574)	1537-1574

Cuadro i. *Genealogía de la familia Médicis*

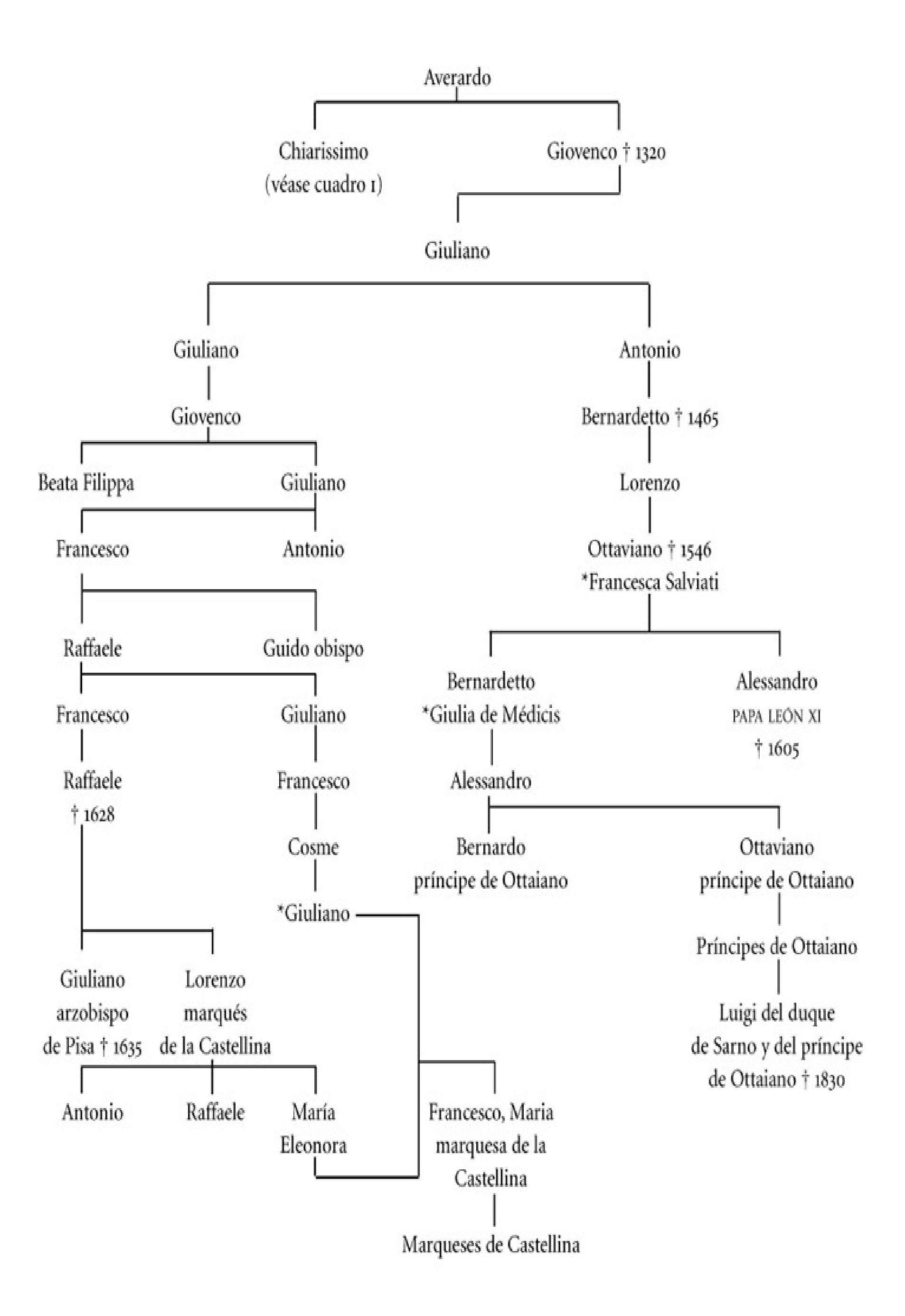


Giambuono (?)
Chiarissimo
Bonagiunta
(1221?)
Filippo
Averardo
Ardingo
Averardo
Chiarissimo
Chiarissimo
Giovenco
(véase cuadro III)
Filippo
Giambuono
Cambio
Alamanno
Bernardo
Averardo detto Bicci
*a) Giovanna Cavolini
b) Iácopa Spini
Vieri
† 1395
Salvestro
gonfalonero 1378
† 1388
Giovanni
† 1342
Giovanni di Bicci
† 1429
*Piccarda (Nannina)
de Bueri † 1432
COSME EL VIEJO
† 1464
*Contessina de Bardi
Lorenzo
(véase cuadro II)
PIERO † 1469
*Lucrecia Tornabuoni
† 1482
Filippo † 1464
arzobispo de Pisa
Giovanni † 1463
*Ginevra degli Alessandri
nat. Carlo
LORENZO EL MAGNÍFICO
† 1492
* Clarice Orsini
† 1488
Giuliano † 1478
(de Antonieta
del Cittadino)
Bianca † 1465
*Guglielmo
de Pazzi
Nannina † 1493
*Bernardo Rucellai
nat. Maria
*Leonetto Rossi
Giulio
PAPA CLEMENTE VII
† 1534
Luigi Rossi
cardenal
Luisa
*Giovanni
di Pierfrancesco de Médicis
Lucrecia
*Iácopo Salviati
Piero † 1503
*Alfonsina Orsini
Magdalena
*Franceschetto Cibo
† 1520
Giovanni
PAPA LEÓN X
Contessina † 1515
*Piero Ridolfi
† 1521
Niccolò Ridolfi
cardenal
GIULIANO
duque de Nemours
† 1516
*Filiberta
di Savoia † 1524
Innocenzo Cibo
cardenal
Giovanni
Salviati
cardenal
Maria † 1543
*Giovanni de las
Bandas Negras
Francesca
*Ottaviano
de Médicis
LORENZO
duque de Urbino † 1519
*Maddalena
de la Tour de Auvergne
Clarice
† 1528
*Filippo Strozzi
Lorenzo Cibo
*Ricciarda
Malaspina
Cibo-Malaspina
nat. IPPÓLITO
cardenal † 1535
nat. ALESSANDRO
duque de Francia 1532-1537
*Margarita de Austria
Caterina † 1589
*Enrico II di Valois
rey de Francia
nat. Giulio
† 1600
almirante
nat. Giulia
*Bernardetto
de Médicis
nat. Porzia
* Casado con…
† Muerto en…

CUADRO II. *Genealogía de la familia Médicis*


Giovannidi Bicci
COSME EL VIEJO
(véase cuadro 1)
Lorenzo † 1440
Pierfrancesco † 1497
*Laudomia Acciaiuoli
Lorenzo il Popolano † 1503
*Semiramide de Appiano
Giovanni il Popolano † 1498
*a) Luisa di Lorenzo de Médicis
b) Caterina Sforza
Pierfrancesco † 1525
*Maria Soderini
Laudomia
*Francesco Salviati
Giovanni de las Bandas Negras † 1526
*Maria Salviati
Lorenzino
† 1548
Giuliano
obispo de Albi † 1588
Laudomia
* a) Alamanno Salviati
b) Piero Strozzi
Magdalena
*Roberto Strozzi
COSME I, duque de Florencia, 1537,
gran duque de Toscana, 1569 † 1574
a) Eleonora Álvarez de Toledo † 1562
b) Camilla Martelli † 1590
a) FRANCESCO I
gran duque
de Toscana
1574-1587
*a) Giovanna
de Austria † 1578
b) Bianca Capello
† 1587
a) Isabella † 1576
*Paolo Giordano Orsini
duque de Bracciano
a) Giovanni
† 1562
cardenal arzobispo
de Pisa
a) Lucrecia † 1561
*Alfonso II de Este
duque de Ferrara
a) Garzia
† 1562
FERDINANDO I
gran duque
de Toscana
1587-1609
*Cristina
de Lorena † 1637
a) Piero † 1604
*Eleonora Álvarez
de Toledo † 1576
b) Virginia † 1615
*Cesare de Este
duque de Módena
(de Eleonora Albizzi)
Giovanni † 1621
*Livia Vernazza
a) Eleonora
† 1611
*Vincenzo I
Gonzaga
duque de
Mantova
a) Maria † 1642
* Enrico IV
de Borbone
rey de Francia
COSME II
gran duque
de Toscana
1609-1621
*María Magdalena
de Austria † 1631
Eleonora † 1617
Caterina † 1629
*Ferdinando I
Gonzaga
duque de Mantova
Francesco † 1614
príncipe de Capistrano
Carlo cardenal †1666
Lorenzo † 1648
Claudia † 1648
* a) Federico Ubaldo
della Rovere duque
de Urbino
b) Leopoldo de Habsburgo
conde del Tirol
a) Vittoria della Rovere
*Federico II de Médicis
gran duque de Toscana
b) Ferdinando
Carlo de Austria
*Anna de Médicis,
hija de Cosme II
Ferdinando II
gran duque de Toscana
1621-1670
*Vittoria della Rovere † 1695
Giovanni Carlo
cardenal 1663
Margherita † 1679
*Odoardo Farnese
duque de Parma
Mattias † 1667
Francesco † 1634
Anna 1676
*Ferdinando
Carlo de Austria
conde del Tirol
Leopoldo
cardenal † 1675
Claudia Felicita † 1676
*Leopoldo I emperador
Cosme III, gran duque
de Toscana 1670-1723
*Luisa Margherita
de Orleans † 1721
Francesco Maria † 1711
cardenal, después *Eleonora Gonzaga † 1742
*Ferdinando † 1713
*Violante Beatrice de Baviera † 1731
Ana María Luisa † 1743
*Giovanni
Guglielmo de Neuburg
elector palatino
Gian Gastone, gran duque de Toscana 1723-1737
*Ana Maria de Sassonia Lauenburg
† Muerto en...
*Casado con...

CUADRO III. *Genealogía de la familia Médicis*



* Casado con…
† Muerto en…

HISTORIA DE FLORENCIA, 1378-1509

I. COMPENDIO DE LA HISTORIA DE FLORENCIA DESDE EL TUMULTO DE LOS CIOMPI HASTA LA MUERTE DE COSME EL VIEJO

(1378-1464)

En 1378, siendo gonfalonero de justicia Luigi Guicciardini, estalló la revolución de los ciompi,[1] provocada por los Ocho de Guerra, quienes se habían atraído la envidia y las protestas de los ciudadanos[2] por haber sido reelegidos muchas veces en su cargo; por esto se volvieron contra el pueblo y provocaron esta sublevación no para que los ciompi se adueñaran del gobierno, sino para utilizarlos en la destrucción de sus enemigos y así quedarse con el gobierno. Sin embargo, la maniobra no tuvo éxito porque los ciompi tomaron el poder, nombraron magistrados a su gusto —y no como querían los Ocho— y todos los días querían armar tumultos en la ciudad; los Ocho, por cierto, no hubieran podido refrenarlos, pero Michele de Lando, uno de los ciompi, en aquel entonces gonfalonero de justicia, viendo que con esos métodos la ciudad iba al desastre, se confabuló con los Ocho y sus partidarios y logró quitar el gobierno a los ciompi; así la salvación de la ciudad nació de donde nadie lo habría esperado. El gobierno quedó en poder más de los plebeyos que de los nobles, quedando nombrados para las altas magistraturas Giorgio Scali y Tommaso Strozzi, quienes con el apoyo popular gobernaron durante tres años, en los cuales cometieron muchas fechorías, como cuando mandaron cortar la cabeza a Piero Albizzi, considerado como el más ilustre ciudadano de Florencia, a Donato Barbadori y a muchos otros, personas que no habían cometido ningún delito, y las sacrificaron únicamente para deshacerse de sus enemigos;

pero por fin, como siempre sucede, llegaron a extremos intolerables y el pueblo se rebeló contra ellos; a Giorgio Scali le cortaron la cabeza, Tommaso Strozzi salvó la vida huyendo pero fue condenado, junto con todos sus hijos, al destierro perpetuo, y Benedetto Alberti, uno de sus más allegados, también recibió como condena el destierro.

En aquella época los tumultos eran muy frecuentes en la ciudad, hasta que en una asamblea general, en 1393, se elaboró una constitución, bajo el gonfalonero de justicia Tommaso Albizzi, quien para vengar a su tío Piero echó de Florencia a casi todos los Alberti. El gobierno quedó en manos de hombres de bien y prudentes, y duró muy unido y seguro hasta 1420, lo que no es de asombrarse pues la gente estaba tan cansada de las atrocidades anteriores que al encontrar una manera de vivir bien organizada, todo mundo la aceptó con gran alivio. Por cierto que en aquellos tiempos quedó demostrado cuán poderosa era nuestra ciudad al estar unida, porque resistió durante doce años la guerra de Giovan Galeazzo Visconti, que resultó costosa en exceso al tener que enganchar ejércitos italianos y extranjeros, pues trajeron a Italia, en varias ocasiones, al duque de Bavaria, al conde de Armagnac con quince mil caballos y al rey Roberto de Wittelsbach. Acabando de salir de esta guerra, cuando todos creían que la ciudad estaba agotada y que por falta de recursos se quedaría tranquila por un tiempo, se lanzaron a la conquista de Pisa, en donde, entre la compra y la expugnación,[3] se gastó una fabulosa cantidad de dinero. Después vino la guerra contra Ladislao, rey de Nápoles, en la que se defendieron vigorosamente; es más, le compraron la ciudad de Cortona, pagando desde luego una crecida suma de dinero, y compraron también Castrocaro. En pocas palabras tuvieron tantos éxitos, tanto en la propia ciudad, que se conservó libre, unida y gobernada por hombres de bien, honrados y valientes, como fuera de ella, defendiéndose de enemigos muy poderosos y

ampliando mucho su territorio, que con justicia se dice que aquel gobierno fue el más sabio, el más glorioso, el más afortunado que nuestra ciudad haya tenido jamás.

De 1420 a 1434 se desarrolló la guerra contra el duque Filippo Maria Visconti y se produjo la división de la ciudad en dos bandos, uno encabezado por Niccolò de Uzzano, considerado muy prudente y amante de la libertad; y el otro por Giovanni di Bicci de Médicis y luego por Cosme su hijo; finalmente, después de muchas agitaciones y contiendas, en 1433 sucedió que siendo Bernardo Guadagni gonfalonero de justicia, el partido de Niccolò de Uzzano, que entonces ya había fallecido, habiendo obtenido en septiembre una señoría favorable, hizo detener en palacio a Cosme de Médicis y luego lo desterró a Venecia junto con su hermano Lorenzo y su primo Averardo; pocos meses después fue detenido también Angelo Acciaiuoli, quien fue sometido al tormento de la cuerda y luego desterrado a Grecia.

Alejado Cosme, quedaron como jefes del gobierno Rinaldo Albizzi, Niccolò Barbadori, Peruzzi, Bíscheri, Guadagni, Castellani, Strozzi y otros de la misma clase, pero no lo pudieron conservar por mucho tiempo, porque en el siguiente mes de septiembre, o sea al principio del año en que Niccolò Cocchi fue gonfalonero, la Señoría, entre grandes tumultos y con gran peligro por el bando que tomó las armas, convocó la asamblea general, llamó a Cosme del destierro y echó de la ciudad a los jefes del bando contrario. Y como ambas revoluciones, la de 1433 y la de 1434, fueron hechas por la Señoría que tomó posesión en septiembre y se eligió el 30 de agosto, día de san Juan Degollado, se estableció que en lo sucesivo la Señoría no se eligiera en ese día sino en el anterior, y así se hizo siempre, excepto por unos pocos años en el tiempo de fray Girolamo Savonarola. El regreso de Cosme se debió a las presiones de Neri de Gino Capponi, Piero Guicciardini, Luca

Albizzi y Alamanno Salviati, pero entre ellos los que más lucharon fueron Neri y Piero.

Después de su regreso, Cosme fue nombrado jefe del gobierno; entonces creó un consejo de ciudadanos y, para la seguridad del estado, echó de Florencia a todos sus numerosos enemigos, que eran miembros de familias nobles y muy ricas, y en lugar de aquéllos empezó a rodearse de individuos mediocres y de baja condición. Se cuenta que alguien le hizo ver que no era una buena medida esa de echar por la borda a tantos nobles, y que faltando hombres de bien Florencia iba a perder su prestigio. A esto, Cosme contestó que con bastante paño (rojo) de San Martín, Florencia se llenaría de hombres de bien, con lo que quería significar que con honores y riquezas los miserables se convierten en nobles.

Había entonces en la ciudad muchas casas nobles que se llamaban "de famili", las cuales en tiempos pasados, siendo grandes, oprimían con su gran poder a la gente muy débil, hasta que Giano de la Bella les quitó las principales magistraturas de la ciudad, especialmente el priorato[4] y la jefatura de las asociaciones laborales, y estableció leyes y ordenamientos muy severos que limitaban su poder, aunque se les había reservado algunos cargos en los que por ley tenían el derecho de participar; además, en el servicio diplomático y en la administración militar todavía tenían mucha importancia. Cosme no tenía aversión especial contra dichas familias puesto que al estar, en cierto modo, al margen del gobierno propiamente dicho, no le habían perjudicado en sus momentos difíciles; no obstante, no le agradaban ni confiaba en ellas por ser aquéllas muchas y orgullosas, así que, para quitarles las magistraturas que por ley eran de su competencia, sin que por ello dejaran de participar en los concursos correspondientes, emanó una disposición —dicen que por sugerencia de Puccio Pucci— mediante la cual las familias llamadas "las Grandes" fueran elegidas por el pueblo; de

este modo les quitó las restricciones legales anteriores y les abrió las puertas a todos los cargos, como a los demás ciudadanos. Por esta disposición, al principio festejaron a Cosme, pero el efecto fue que en los escrutinios no ganaban y no resultaban nombradas en ninguna magistratura, de manera que no sólo no alcanzaron los cargos que anteriormente les estaban vedados, sino que también perdieron los que antes por ley les estaban reservados.

Cosme afianzó el gobierno asignando a cierto número de ciudadanos las autoridades máximas por un periodo de cinco años, y mandó hacer nuevas elecciones de todos los magistrados, dentro y fuera de la ciudad; sin embargo, debido a su autoridad, el gobierno quedaba de hecho en sus manos, y en su época casi siempre las máximas autoridades no se sorteaban, sino que las nombraban los "escrutadores" según indicaciones de Cosme. Cuando llegaba a su término el quinquenio, mandaba prorrogar esos cargos por otros cinco años.

Sobre todo se cuidó muy bien de que ninguno de los ciudadanos que habían sido sus partidarios aumentara tanto en poder como para tenerle miedo, y por esta razón se ocupaba él mismo de la política de gobierno y de los impuestos, para de este modo poder subir o bajar a quien quisiera; en los otros campos los ciudadanos tenían bastante autoridad y actuaban con mucha libertad, inclusive más que en los tiempos de Lorenzo; y él concedía generosamente todas las facilidades, siempre que las riendas del gobierno quedaran bien firmes en sus manos. Y como le parecía que Neri de Gino tuviera más prestigio y tal vez más inteligencia que cualquier otro ciudadano de Florencia, temiendo que fuera a subir tanto como para causarle preocupación, lo utilizaba más que a cualquier otro ciudadano en los negocios importantes dentro y fuera de la ciudad; pero mientras tanto comenzó a dar crédito a Luca Pitti, que no era muy valiente, pero sí listo, liberal, animoso y más

servicial y amiguero que cualquier otro en Florencia, en fin, una persona a la que se podía encomendar cualquier cosa sin escrúpulos, pero no tan inteligente como para temer que llegara a preocupar. Empezó éste a intervenir en las deliberaciones, especialmente cuando no se trataba de cosa muy importante, después de Neri proponiendo todo lo contrario a lo que éste había sugerido, y entonces muchos, por órdenes de Cosme, reprobaban la opinión de Neri y apoyaban la de Luca; pero Neri pronto lo advirtió y, viendo que el gobierno de Cosme no ofrecía condiciones propicias para alteraciones y que querer enfrentársele era como ponerse con Sansón a las patadas, prudente como era, fingía no darse cuenta y se aguantaba esperando el momento y la oportunidad.

Se encontraba en Florencia en ese tiempo un tal Baldaccio de Anghiari, capitán de infantería, hombre de gran valentía, bastante competente en su oficio, muy estimado por sus soldados y amigo muy íntimo de Neri; esto preocupaba a Cosme, así que con el objeto de quitarle a Neri este hombre que podía ser muy apropiado para provocar alteraciones, en una ocasión en que Neri estaba fuera de la ciudad, como embajador o comisario, no recuerdo bien, por conducto de Bartolomé Orlandini, a la sazón gonfalonero de justicia, llamó a Baldaccio a palacio, y una vez que lo tuvo en su presencia lo hizo tirar a la plaza desde gran altura por unos esbirros que tenía listos para este fin.

En la época en que Cosme regresó del destierro, Florencia era aliada de Venecia en la guerra contra el duque Filippo Visconti, guerra que se arrastró por unos doce o catorce años, y por añadidura también estaba enfrascada en conflictos bélicos con el papa Eugenio IV y el rey de Nápoles, Alfonso de Aragón; pero de estos asuntos, muy conocidos, no diré más, como tampoco de los éxitos de Francesco Sforza, quien con la ayuda de Florencia conquistó el ducado de Milán. Diré sólo que cuando

los venecianos se dispusieron a defender el estado de Milán contra el conde Francesco Sforza y éste vino a Florencia para consultar sobre lo que convenía hacer —porque tanto el conde como los venecianos habían sido amigos y aliados de nuestra ciudad— la mayoría opinó que se debía mantener la amistad con los venecianos y apoyarlos contra el conde. Cosme pensó de otro modo y sostuvo con diversas razones que era preferible ayudar al conde, y así se hizo. Por lo tanto, éste conquistó Milán, lo que fue la salvación de Italia; porque si no se hubiera actuado de este modo, los venecianos sin duda se habrían apoderado de ese estado y después, en poco tiempo, de toda Italia; así que en este caso la libertad de Florencia y de toda Italia fue mérito de Cosme de Médicis.

Una vez que el conde llegó a ser el duque de Milán, no se firmó la paz con los venecianos, porque éstos prefirieron dejarle clavada esta espina pensando que, al haber entrado en un estado nuevo para él, y además saqueado, sin dinero y con la necesidad de mantenerse armado, se destruiría solo; el duque se dio cuenta de la maniobra y, viendo que no podía arreglar una paz aceptable con los venecianos, decidió reunir suficientes fuerzas para poder reanudar la guerra, recuperar los territorios ocupados por los venecianos al morir el duque Filippo Visconti y rechazarlos dentro de sus fronteras. Para esto le sobraba gente; lo que le faltaba era el dinero para organizarla. Como no podía esperarlo de Alfonso de Aragón, entonces enemigo suyo, ni del papa, que quería permanecer neutral, trataba de llevar a efecto su plan consiguiendo un financiamiento de los florentinos. En opinión de Cosme y de los más prudentes, era conveniente concedérselo, para refrenar el poderío de los venecianos, pero la suma que se necesitaba era muy alta, y por otra parte el pueblo estaba en paz, no quería otros problemas y se oponía a más gastos, así que no se atrevían a presentar el proyecto para su discusión; por lo tanto, escribieron al duque diciéndole que el

gobierno estaba bien dispuesto, pero que tuviera paciencia porque no era el momento propicio para hablar de ese asunto. Y por cierto que si los venecianos hubiesen sido más prudentes y se hubiesen dedicado a mantenerse en buenas relaciones con Florencia con amabilidades y halagos, sin pedirle ayuda sino tan sólo que se limitara, como buena amiga, a ser simple espectadora, con toda probabilidad habrían visto realizados sus deseos; en cambio, por su altanería y rigidez, franquearon el camino para darle ayuda al duque Francesco Sforza. En efecto, los venecianos se aliaron con el rey Alfonso de Aragón y pidieron a Florencia que dejara libre el paso en caso de que quisieran atravesar el territorio; y como se les negó, explicando que Italia estaba en paz y por lo tanto no era conveniente concertar otras alianzas, se envalentonaron y sacaron de su dominio a todos los comerciantes florentinos, después de haberlos hostigado de muchas formas; además, convencieron al rey Alfonso de que hiciera lo mismo. En cuanto se supo esto en Florencia, se nombró embajador a Otto Niccolini para enviarlo a Venecia; pero cuando se solicitó un salvoconducto para él, los venecianos lo negaron, creyendo que con estos métodos Florencia, por miedo o por el deseo de seguir operando en ese territorio, se sometería a aceptarlo todo. Pero sucedió todo lo contrario, porque el pueblo se enojó de tal forma que no costó gran trabajo a los gobernantes convencerlo de que sería conveniente pensar en defenderse y atacar a los venecianos; por lo tanto, enviaron a Milán a Diostesalve Neroni, se aliaron con el duque para la defensa de ambos estados y le proporcionaron bastante dinero; por consiguiente, el duque declaró la guerra a los venecianos y el rey Alfonso a nosotros, con los resultados que se describen en todas las historias, así que no voy a relatarlos.

No sé si esta actitud de los venecianos nació de ellos mismos o bien si hubo alguien que para apoyar al duque en Florencia sugiriera a los venecianos, encubierta y hábilmente, que ésa era

la manera de conseguir que la ciudad se sometiera a su voluntad, es decir, molestando al pueblo de modo que se enardeciera contra ellos. Desde luego que, si la maniobra tuvo ese origen, no pudo deberse sino a una persona sumamente hábil. Sea lo que sea, el ejemplo muestra que quien no tiene la autoridad para mandar a los pueblos y forzarlos a obedecer, con amabilidades y halagos los puede inducir a que lo complazcan más que con maneras ásperas. Lo contrario sucede con quien puede mandarlos y coaccionarlos; esta característica, si ningún otro pueblo la tiene, sí es típica del nuestro que, como se puede demostrar en mil casos todos los días, cuando el miedo de ser forzado es inmediato, por la mala puede ser llevado donde uno quiera, pero cuando no está acosado por este temor, no se le debe amedrentar, amenazar o acusar, sino sólo tratar con dulzura y esperanza.

Después (en 1454) se firmó la paz en Lodi entre el duque y los florentinos de una parte, y los venecianos de la otra, y posteriormente en Nápoles se concertó la paz general y la alianza global de toda Italia, exceptuando a los genoveses y a Segismondo Malatesta, señor de Rimini; de este modo, Florencia permaneció muchos años sin guerras, aunque con recelos hacia el exterior y agitaciones internas; de todo esto hablaré con mayor detalle y de acuerdo con mis informaciones, pues desde aquella fecha para acá nadie ha escrito nada todavía.

Firmada la paz, los venecianos despidieron inmediatamente al conde Iácopo Piccinino, su jefe militar, por las razones siguientes: primero querían quitarse de encima la compensación que le pagaban, que era de cien mil ducados; segundo, porque ya tenían arreglos con Bartolomeo Colleoni, su general en jefe, de que su sueldo quedaría en cien mil ducados mientras el conde siguiera a su servicio, pero bajaría a sesenta mil cuando aquél se fuera; tercero, porque querían aliviar un poco a sus súbditos, ya que donde acampaban las tropas del conde

Piccinino, la gente sufría molestias y perjuicios incontables.

En Milán y Florencia esta decisión no gustó para nada, dado que se temía que el conde, por su fama de gran soldado, atraería con facilidad a todos los desterrados y fugitivos, y provocaría alguna agitación en Italia, tal vez por encargo secreto de los propios venecianos, con los que se reiniciaría la guerra recién terminada, especialmente porque en aquellos días había fallecido el papa Nicolás V, que había sido el promotor de la paz general, y en su lugar había sido nombrado Calixto III (Borgia). Por esto el duque y Florencia enviaron embajadores a Venecia solicitando y presionando para que lo retuvieran por lo menos hasta que la situación italiana se consolidara. Los venecianos no quisieron hacer nada; entonces Iácopo Piccinino salió de su territorio, y mientras toda Italia estaba en suspenso observando sus movimientos, declaró la guerra a Siena, so pretexto de viejas pendencias que habían tenido con su padre, Niccolò Piccinino; mas como los firmantes de la Alianza de Nápoles, en especial el papa y el duque Francesco Sforza, se indignaron y enviaron muchas tropas en auxilio de los seneses, el conde, acosado por todas partes y no teniendo dónde refugiarse, estuvo a punto de ser aniquilado; sin embargo, el rey Alfonso le envió algunas galeras y lo puso a salvo con todas sus tropas en el territorio del reino, de donde se vio que lo de la guerra contra Siena lo habían hecho con la aprobación del rey, que era una persona muy inquieta y no podía vivir en paz. Después sucedió que el rey declaró la guerra a los genoveses y mandó, me parece, al conde Piccinino a la Romagna para hostilizar a Segismondo Malatesta, pues ambos por su interés habían quedado fuera de la Alianza General.

En aquella época seguía habiendo muchas divisiones entre los seneses y todos los días salían de Siena muchos fugitivos, así que los florentinos estaban muy preocupados y desconfiaban del rey, que todavía estaba metido en los problemas de Piombino,

temiendo que si se adueñaba de alguno de aquellos lugares, ambicioso e inquieto como era, por la cercanía era capaz de crearles peligros bastante graves. Agréguese que también en Florencia había gran desunión y muchos estaban inconformes y deseaban un cambio; el gobierno, por su parte, no era tan enérgico como de costumbre y más bien parecía irse debilitando, así que muchos ciudadanos, con el fin de conjurar los peligros y reforzar al gobierno, acordaron que en cuanto se sorteara un gonfalonero de justicia favorable, se procedería a sangrar la ciudad para sacarle sus malos humores. A Cosme no le gustaba la idea y tampoco a Neri, que murió poco después y era de la misma opinión, tal vez pensando que no valía la pena aumentar los problemas de la ciudad con los derivados de las maniobras del rey y de los temores hacia el exterior. Estando la situación en estos términos, en 1457, el rey, empeñado en la conquista de Génova, falleció dejando el reino a su hijo ilegítimo, don Fernando I; por lo tanto, desaparecidos la agitación y los peligros externos, Cosme se repuso y se dedicó a consolidar el gobierno. Así pues, en 1458, siendo gonfalonero de justicia Luca Pitti, se convocó, conforme a sus deseos, a una asamblea plenaria para restringir el número de miembros de la autoridad y gobierno de la ciudad, se reformaron los reglamentos, se desterró y amonestó a muchos ciudadanos, de modo que Cosme y sus allegados quedaron total y firmemente como dueños del gobierno; Luca Pitti, que después fue declarado caballero por el pueblo, adquirió tal renombre y prestigio que se le consideraba el primer ciudadano de Florencia, después de Cosme.

El mismo año murió el papa Calixto III, y en su lugar se eligió a Pío II, que antes se llamaba Enea Piccolómini, de Siena, quien confirmó a don Fernando como rey de Nápoles y se emparentó con él, pues con el fin de conseguir las bulas aprobatorias concedió la mano de una hija suya ilegítima al

sobrino del papa, con el ducado de Amalfi como dote. Pero poco después Juan de Anjou, llamado el duque de Calabria e hijo del rey Rinieri de Anjou, sosteniendo que con base en las antiguas disputas entre angevinos y aragoneses el reino le pertenecía a él, zarpó con una numerosa flota del puerto de Génova, donde estaba de gobernador por cuenta del rey de Francia, y se dirigió hacia Nápoles, pues ya se había confabulado con el duque de Sessa, cuñado del rey Fernando; asimismo, con el príncipe de Tarento y con muchos otros señores y barones del reino; así se provocaron muchas agitaciones contra el rey; además, poco después, el conde Iácopo Piccinino, que estaba en Romagna por cuenta de él, quejándose por la paga insuficiente, se puso de acuerdo con los franceses a cambio de dinero y otras concesiones, y se dirigió hacia Nápoles para apoyarlos. Viéndose en grandes apuros, el rey pidió ayuda a los potentados italianos, sosteniendo que estaban obligados a ello en virtud de la alianza concertada en Nápoles; por otra parte, los franceses presionaban para que se favoreciera a Juan de Anjou; el papa y Francesco Sforza ayudaron al rey Fernando, mientras que los venecianos permanecieron neutrales. Incluso a Cosme y a los más prudentes les pareció conveniente quedarse de espectadores, cuidando, como se dice, la ropa de quien quería ahogarse, y no poner en peligro su estado por problemas ajenos; además, como el rey Alfonso en 1454 había ayudado al conde Iácopo Piccinino cuando éste atacó a Siena, se podía sostener que aquella alianza había sido revocada, y por consiguiente los demás ya no tenían ninguna obligación que se derivara de ella.

El resultado de aquella guerra fue que el rey Fernando sufrió una desastrosa derrota en la ribera del río Sarno, perdió la vida su capitán general Simonetto y todos creyeron que pronto perdería su reino; así habría sucedido sin remedio si el duque Juan de Anjou hubiera aprovechado inmediatamente su victoria. Pero los príncipes del reino que estaban con él, bien por

tramposos, para alargar la guerra, bien por la buena estrella del rey Fernando, que no les dejó vislumbrar la oportunidad, fueron tan morosos que éste tuvo tiempo de recobrar las fuerzas y, al llegar los refuerzos de Roma y Milán, reorganizó su campo. El final llegó con otro combate, en que el duque de Calabria fue derrotado, y el rey aprovechó la victoria en tal forma que aquél tuvo que abandonar el reino y dejar a los príncipes amigos suyos como rehenes; éstos al poco tiempo se arreglaron con el rey lo mejor que pudieron, y el conde Iácopo Piccinino obtuvo, por intervención del duque Francesco Sforza, el permiso de salir del reino y así a Milán para reunirse con su esposa, doña Drusiana, hija ilegítima del propio duque.

Por aquel tiempo; es decir, en el año 1464, falleció Cosme de Médicis, quien había permanecido por muchos años en su casa a causa de la gota, pero sin dejar de gobernar la ciudad. Dispuso que al morir no se le hicieran exequias ostentosas, y así se efectuó, aunque de todos modos se le tributaron todos los honores que una ciudad libre puede brindarle a un ciudadano suyo; entre otras cosas se decretó que fuera llamado Padre de la Patria. En opinión de todos, Cosme fue una persona sumamente hábil; era más rico que cualquier otro ciudadano privado conocido en aquel tiempo; fue muy generoso, principalmente en cuanto a construcciones, que eran dignas de un rey y no de un simple ciudadano. En Florencia mandó construir su casa, la basílica de San Lorenzo, la abadía de Fiésole, el convento de San Marco, el castillo de Careggi; fuera de su patria construyó en muchos lugares, incluso en Jerusalén, y no sólo se trataba de edificios lujosos y costosos, sino también edificados con mucha visión; y por su largo gobierno —pues duró alrededor de treinta años a la cabeza de Florencia—, por su habilidad, sus riquezas y su esplendidez obtuvo tanta fama como tal vez ningún ciudadano privado había tenido, desde el ocaso de Roma hasta su tiempo. Y en medio de tanto esplendor, vivía

en su casa como simple particular, con modestia, cuidando al mismo tiempo sus propiedades, que eran muchísimas, y sus negocios, en los cuales tuvo tanto éxito que no hubo persona que se relacionara con él como socio o administrador que no se enriqueciera.

[1] Propiamente eran los asalariados de la Corporación de la Lana, pero luego se llamaron así todos los obreros no calificados.

[2] Los ciudadanos, o sea los que gozaban de los derechos políticos, no pasaban de tres mil en una población de noventa mil habitantes.

[3] La compraron al duque Gabriel Maria Visconti, pero tuvieron que conquistarla con las armas porque los pisanos se rebelaron.

[4] Prior era el jefe de un "arte" o corporación de profesionales (arte mayor) o de artesanos (arte menor). Los priores eran ocho, o sea, dos por cada uno de los sectores de la ciudad, y junto con un gonfalonero de justicia constituían la Señoría. Con los Médicis, los priores de las artes se llamaron priores de la libertad, y perdieron todo su poder.

II. GOBIERNO DEL HIJO DE COSME, PIERO DE MÉDICIS

(1464-1469)

Al morir Cosme, quedó como jefe del estado su hijo Piero, quien no poseía la habilidad y las dotes de su padre, pero era de buena índole y muy bondadoso, así que bajo su gobierno los ciudadanos pudieron vivir tranquilos; en realidad estaba muy enfermo y prácticamente inválido a causa de la gota y se dejaba manejar sin dificultad, al punto de que algunos alcanzaron tanto poder que poco les faltó para quitarle el estado, como diré más adelante.

Por aquel tiempo, en 1464, falleció también el papa Pío II y en su lugar fue nombrado Paulo II, de origen veneciano, perteneciente a la familia Barbo, quien al principio se mostró muy amistoso y bien dispuesto hacia el gobierno florentino, pero esta buena disposición estuvo a punto de echarse a perder por lo siguiente. En Oriente, en la guerra contra los turcos, murió el cardenal Camarlengo, patriarca de Aquileya, persona sumamente rica, que tenía depositadas en Florencia muchísimas joyas, dinero y otras cosas de gran valor; y en su testamento dejó estos bienes a ciertos miembros de la familia Scarampi, uno de los cuales era yerno de Luigi Pitti, hermano de Luca. Ahora bien, el papa quería para él este tesoro, pretextando que se trataba de bienes eclesiásticos, pero Luca era muy poderoso y para favorecer a ese pariente suyo no dejaba que se llegara a un acuerdo satisfactorio; sin embargo, como el papa se enfadó muchísimo, por fin resolvió cederle dichos bienes, y así se hizo, con gran satisfacción papal.

Por ese entonces el conde Iácopo Piccinino, por los buenos oficios de su suegro, el duque Francesco Sforza, se reconcilió

con el rey Fernando y volvió a ponerse a su servicio y, habiendo recibido dinero de él, decidió salir de Milán, donde se encontraba, e ir a Ná-poles para hacer una visita al rey y dejarlo convencido de que en verdad quería volver a ser un muy leal servidor suyo, como él y su padre (Niccolò Piccinino) ya lo habían sido del de aquél, el rey Alfonso de Aragón. Llegó entonces a Nápoles y el rey lo recibió con muchos honores y con tales demostraciones de afecto que más no se podía hacer, y todos los días iba a la corte y se entretenía horas en conversaciones reservadas con el rey; sin embargo, cuando quiso marcharse y ya se había despedido de éste, lo detuvieron y encarcelaron con su secretario, el conde Broccardo, y unos días después lo ejecutaron en la cárcel. El duque Francesco se mostró muy disgustado por este hecho y se quejó de que el conde había sido eliminado, traicionando su palabra y casi estando entre sus brazos; y como su hija, doña Hipólita, se encontraba en Siena, camino a Nápoles para casarse con Alfonso, hijo mayor del rey y duque de Calabria, acompañada por Federico, otro hijo del rey, le ordenó que se quedara allí hasta nueva orden, y en efecto mostró señales de que no quería ya formalizar ese parentesco. Esto no gustó en Florencia, porque se deseaba que se conservaran las buenas relaciones entre el rey y el duque, en beneficio de todos; por eso algunos ciudadanos, amigos del duque, hicieron muchas gestiones públicas y privadas para convencerlo de no romper esa amistad que brindaba tanta seguridad a sus amigos e incluso a él, y esto por fin se logró. Muchos adelantaron la hipótesis de que el duque, alarmado por el gran prestigio que el conde Iácopo tenía como militar y por el gran cariño que le mostraba el pueblo de Milán debido a la buena memoria de su padre, Niccolò Piccinino, acordó eliminarlo por conducto del rey. No obstante, yo no he podido aclarar la verdad; los que opinan de tal modo lo hacen con base en conjeturas y no en noticias ciertas, porque si todo fue como

ellos dicen, debió haberse tratado en el más riguroso secreto y, por otra parte, con las conjeturas es muy fácil salirse del camino; además, los que sostienen esa versión se apoyan únicamente en el hecho de que aquella muerte, por las razones arriba expuestas, fue considerada beneficiosa para el duque; desde luego podrían estar en lo cierto, pero yo por mi cuenta no quiero afirmar nada, ni en pro ni en contra.

En esta misma época comenzaron a manifestarse en la ciudad nuevas escisiones, provocadas sobre todo por la ambición de Diostesalve Neroni. Era éste un hombre muy astuto, riquísimo y de gran prestigio, pero, no conforme con la condición y la fama de que gozaba, se unió con Angelo Acciaiuoli, otra persona muy poderosa, con el fin de quitar el gobierno a Piero de Médicis. Les pareció que Luca Pitti podía ser un instrumento adecuado, debido a sus numerosos partidarios, y entonces entraron en pláticas con él y lo convencieron de que lo harían jefe de la ciudad; pero entre ellos ya habían convenido, según se afirma, que una vez eliminado Piero le quitarían el mando también a Luca; y la cosa les parecía fácil, porque Luca no era hombre muy decidido. Y para empezar a poner en marcha sus planes, propusieron que se volvieran a utilizar las bolsas, es decir, que la Señoría y los demás magistrados se escogieran no mediante elecciones, sino por sorteo. Piero aceptó la propuesta, porque ese sistema gustaba mucho al pueblo, y en la forma en que había sido presentada no se podía vetar sin atraerse graves problemas. Después, al sortear al gonfalonero de justicia, resultó nombrado Niccolò Soderini, que era de su grupo, y entonces intentaron eliminar el Consejo de los Cien, que se ocupaba de todas las cosas importantes de la ciudad. Piero y sus amigos, a la cabeza de los cuales estaban Tommaso Soderini, Luigi y Iácopo Guicciardini, Antonio Ridolfi, Otto Niccolini y otros, se opusieron abiertamente a la propuesta y luego la rechazaron. Dicho gonfalonero intentó muchas otras maniobras contra el

gobierno de Piero, y mientras él duró en ese cargo, hubo mucha agitación en la ciudad; mas cuando terminó su mandato, la situación pareció tranquilizarse un poco.

Al finalizar el año de 1465 acaeció la muerte del duque Francesco Sforza y le sucedió en el gobierno su hijo mayor, Galeazzo Maria Sforza, quien en ese momento estaba en Francia con Luis XI, en guerra contra los nobles; al llegar la noticia de la muerte de su padre, regresó inmediatamente; sin embargo, muchos no querían reconocerlo. Esta situación no resultó nada agradable para Florencia, ya sea porque en este lugar había gran amistad con él, como también porque se temía que hubiera agitaciones por ser nuevos los señores en ese estado; además, era posible que los venecianos, que siempre habían respetado el valor y el renombre del duque Francesco, ahora que había muerto, intentaran declarar la guerra a sus hijos.

Se deliberó que era conveniente hacer todos los esfuerzos por mantener ese gobierno del cual durante muchos años se había derivado la seguridad de Florencia; por lo tanto, se enviaron de inmediato a Milán dos embajadores, Bernardo Giugni y Luigi Guicciardini, para que presentaran las condolencias y asistieran a las ceremonias; además, para que pusieran a las órdenes de aquél todos los recursos de Florencia, tomaran conocimiento de lo que estaba sucediendo y enviaran informes para que se tomaran las providencias oportunas. Llegando a Milán encontraron que los súbditos ya habían jurado obediencia, pero el gobierno estaba muy mal económicamente, y había temores de una guerra de parte de los venecianos, así que se pidió a los embajadores que escribieran a Florencia solicitando tuviera a bien prestar a Milán cierta suma de dinero lo más pronto posible.

En Florencia se discutió la solicitud y se deliberó aceptarla, de modo que se contestó a los embajadores que ofrecieran cuarenta

mil ducados y que de inmediato se procedería a juntarlos. No obstante, después, al discutir las medidas concretas, Luca Pitti, Angelo Acciaiuoli y Diostesalve Neroni, pensando que ésa era una buena oportunidad para hacer perder a Piero la gran estimación que le tenía Milán, empezaron a poner trabas, de modo que no se pudo llegar a entregar el dinero, con graves cargos y descrédito para Florencia. Debido a ello, los ánimos se acaloraban más cada día y parecía inevitable que este lío acabara con la victoria de las facciones, a pesar de que habían circulado muchos escritos y se habían hecho simulacros de apaciguamiento, además de promesas y compromisos de parte de los ciudadanos. Cuando un día Piero se fue a su quinta de Careggi, sus adversarios decidieron asesinarlo en el camino de regreso y apostaron a gente armada en la localidad de San Antonio del Obispo, por donde Piero acostumbraba regresar; utilizaron ese lugar porque entonces el arzobispo de Florencia era un hermano de Diostesalve Neroni. Quiso la buena suerte de Piero y su familia que de regreso no tomara el camino acostumbrado sino que bajara por otro lado, de modo que llegó sano y salvo a Florencia. Allí las facciones aumentaban de un día a otro, por todas partes había gente armada, dondequiera se veían grupos de forasteros, hasta que por fin, habiendo sido sorteados Roberto Lioni, partidario de Piero, como gonfalonero de justicia, y una Señoría favorable, los adversarios se asustaron y Luca Pitti, que había sido involucrado con engaños, se reconcilió con Piero; así se pudo convocar una asamblea general y Angelo Acciaiuoli con sus hijos, Diostesalve Neroni, incluso sus hijos y hermanos, y Niccolò Soderini fueron echados de Florencia. Así, todo el estado se reordenó según quería Piero, quien, por otra parte, alejándose de los métodos de su padre, fue sumamente benévolo con los agitadores y no permitió que se castigaran sino tan sólo a los que de no hacerlo constituirían un grave peligro para el estado; Luca Pitti se mantuvo en Florencia,

aunque sin presunciones, posición, ni crédito; así pagó conforme a su estupidez, ya que teniendo una posición superior a sus méritos se quedó sin nada por buscar una mejor.

La reforma del gobierno de Florencia provocó cambios en toda Italia pues los venecianos, viendo la ciudad desorganizada, se imaginaron que ésta no podría oponerse a sus planes; fueron apoyados y confirmados en esa opinión por los florentinos desterrados Diostesalve Neroni y Niccolò Soderini, quienes se habían marchado a Venecia y trataban de demostrar lo fácil que sería derrocar al gobierno de Florencia y volver a instalarlos en su casa, y como además la ciudad era favorable a ellos, la empresa iba a ser muy fácil. De allí nació una confabulación entre el papa, los venecianos y Borso de Este, duque de Ferrara y amigo de los exiliados, para que Bartolomeo Colleoni, capitán general de los venecianos, quien terminaría su contrato pocos meses después, se dedicara, como capitán aventurero, a hostigar al duque Galeazzo Maria Sforza o a nosotros. Los florentinos adivinaron la maniobra y enviaron a Venecia en calidad de embajadores a Tommaso Soderini y Iácopo Guicciardini con el encargo de inclinar, si fuera posible, sus voluntades en favor de la paz general, y luego se trasladaran a Milán para consultar al duque y, de ser necesario, pensar en las medidas oportunas para defender a ambos estados. Llegaron entonces a Venecia y fueron recibidos con muchos honores, incluso en todo el territorio; les endilgaron muchas buenas palabras, vagas y genéricas, pero específicamente no les fue posible conseguir nada que pudiera tranquilizarlos acerca de la mencionada maniobra; se marcharon a Milán y consultaron sobre lo que convenía hacer; al cabo de unos cuantos días ya estaban de regreso en Florencia. Como estos peligros se cernían de igual modo sobre el rey Fernando, el duque y nosotros, se concertó una alianza particular entre estas tres potencias para defender sus estados y se determinaron los preparativos que debían efectuarse para la protección de todos.

Mas como la amenaza de Bartolomeo Colleoni se hacía más peligrosa día con día y a Florencia le parecía que los aliados se demoraban mucho en los preparativos, se envió a Antonio Ridolfi a Nápoles y a Luigi Guicciardini a Milán para solicitar que se llevaran a efecto los planes previstos; como capitán de las fuerzas aliadas se nombró a Federico (de Montefeltro), duque de Urbino, quien de inmediato se dirigió a Romagna con nuestras tropas, entonces al mando de Roberto de San Severino. Allí Astorre (III), señor de Faenza y mercenario aliado, desertó y se puso de acuerdo con los venecianos; Bolonia e Imola se quedaron con los aliados, Pésaro con los venecianos, y Rimini prefirió la neutralidad.

Por el mes de abril, Bartolomeo Colleoni salió del territorio veneciano y se dirigió a Romagna para luego pasar a Toscana y hacer el intento de derrocar el gobierno de Florencia; con él estaban Angelo Acciaiuoli, Diostesalve Neroni y Niccolò Soderini. En cuanto se tuvo noticia de los movimientos de esas tropas, el duque Galeazzo María Sforza se dirigió también hacia Romagna con un buen ejército para reunirse con el duque de Urbino; entre sus tropas había dos mil caballos pagados por nosotros, ello debido a que al principio al duque le sobraba gente pero le faltaba dinero para equiparla, mientras que Florencia no tenía suficientes hombres, así que se contrataron dos mil caballos de Milán y de este modo quedaron satisfechas las necesidades de ambos. A Romagna llegó también Alfonso de Ávalos, capitán del rey, que se unió al duque de Urbino, de manera que nuestro ejército acampó, listo para trabar combate, frente a Bartolomeo Colleoni; días después, mientras el duque Galeazzo Maria Sforza se encontraba en Florencia hospedado en la casa de Piero de Médicis, se produjo una reñida batalla en Mulinella y, aun cuando no haya sido una victoria aplastante, los aliados salieron mejor librados. Pocos días después nuestro ejército aumentó con tropas que llegaron de Nápoles y

habríamos conseguido una victoria total si el duque, con actitud infantil, quizá por no haber recibido de Florencia el dinero que quería, no hubiera abandonado el campo y no se hubiera retirado a Milán. Por lo tanto, al encontrarnos otra vez en iguales condiciones, todos empezaron a pensar en la paz, así que se estipuló una tregua temporal y a los pocos días cesó toda actividad; Bartolomeo Colleoni regresó a territorio veneciano con un resultado militar inferior a su fama y a la expectativa que en un principio había hecho concebir.

Bartolomeo Colleoni regresó a Lombardía, y Florencia permaneció en paz por casi un año; luego, en 1469, el papa Paulo II pretendió que se devolviera a la Sede Apostólica la ciudad de Rimini, en aquel tiempo en manos de Roberto Malatesta, hijo ilegítimo de Segismondo, y empezó a hostigarlo con edictos y censuras, y además organizó un ejército, así que los aliados, temiendo que por desesperación fuera a echarse a los brazos de los venecianos, con quienes ya estaba en contacto, lo contrataron y lo pusieron bajo su protección contra quienquiera que se atreviese a atacarlo. Esto provocó la ira del papa, quien una vez obtenida una promesa de apoyo de parte de los venecianos, y creyendo que los aliados no seguirían defendiéndose unidos, envió su ejército a Rimini. Los aliados se reunieron de inmediato para decidir cómo defenderse; no habiendo llegado a un acuerdo completo, se resolvió de momento enviar auxilios a Roberto en cantidad suficiente para que los enemigos no consiguieran expugnar la ciudad, y enviar embajadores a Roma para explicar al papa que habían asumido la protección de Rimini, no para enfrentarse con la Iglesia, sino para impedir que cayese en manos de los venecianos, muy dados a invadir territorios eclesiásticos; que se había concertado la alianza y se iba a proteger a Roberto Malatesta únicamente para conservar la paz de Italia, y por ese motivo le rogaban tuviera a bien retirar el ejército de Rimini, y le prometían que se

encontraría la manera de solucionar este problema; Roberto, por su parte, no faltaría a la observancia debida a la Santa Sede. En caso de que el papa no cediera, debían comunicarle con firmeza que para conservar la paz de Italia y cumplir con la palabra dada a Roberto, defenderían a éste en todas las formas a su alcance, incluso atacando, en cualquier lugar, a quien lo asaltara. Florencia envió a Roma, con los embajadores del duque, a Otto Niccolini y Iácopo Guicciardini; mientras tanto, el sitio se estrechaba, y entonces el rey mandó al duque de Calabria que cruzara el río Tronto (frontera con el estado pontificio) a fin de que su capitán, Alfonso de Ávalos, pudiera reunirse sin problemas con el conde de Urbino, quien deseaba mucho esta ayuda porque le tenía miedo al poder de la Iglesia; así quedaron apretados en la ciudad Roberto Malatesta y algunas tropas del duque de Milán, pero muy escasas, porque éste no tenía mucho entusiasmo, y en cuanto se pudieron reunir los dos ejércitos se trabó un combate en que el conde de Urbino desbarató al ejército de la Iglesia.

El papa en general se mostró muy apacible; luego, al faltarle las promesas de apoyo de los venecianos, empezó a inclinarse por la paz; y como entre los aliados no se llegó a un acuerdo unánime acerca de lo que convenía hacer, se efectuó una reunión en Florencia con los delegados del rey y del duque; aquí tampoco se llegó a una solución por desacuerdos entre estos últimos, así que las negociaciones para la paz volvieron a reanudarse en Nápoles, a donde fue Otto Niccolini como representante de Florencia. Hubo largas discusiones y hasta corrieron voces de que el rey se iba a aliar con los venecianos; pero por fin, después de muchos debates, en el año de 1470 se renovó la alianza entre el rey, el duque y nosotros, con algunos capítulos especiales relacionados con la paz y la Liga General de toda Italia, como se expondrá más adelante.

Antes de que se firmara la paz y precisamente en el mes de

diciembre de 1469, falleció Piero de Médicis en Florencia; toda la ciudad sintió mucho esta muerte, porque Piero era de carácter muy accesible, humano y todo dedicado al bien, como se manifestó de modo especial cuando la rebelión de 1466, por la cual castigó sólo a los que no se podía dejar de castigar, y además no por su voluntad sino porque lo obligaron muchos miembros del gobierno. Dejó a dos hijos, Lorenzo y Julián, el mayor de los cuales, Lorenzo, tenía veinte o veintiún años; pese a que muchos, dentro y fuera de la ciudad, temieron que con esa muerte se produjera una revolución, en la tarde del día en que Piero murió, o en la tarde siguiente, se reunieron en San Antonio más de seiscientos ciudadanos, lo más selecto de la ciudad, quienes acordaron mantener la unión y el gobierno como estaba y conservar su condición a los hijos de Piero; toda la ciudad estuvo de acuerdo, principalmente por la labor de Tommaso Soderini, que en aquel entonces era el ciudadano más estimado y tal vez el más sabio. Tommaso, por eso, se imaginó que, debido a que Lorenzo era muy joven y en cierto modo todo se lo debía a él, iba a poder manejarlo; sin embargo, este intento luego se frustró. Para consolidar el prestigio del gobierno y demostrar la unión de la ciudad —además de que era una medida necesaria en ese momento porque todavía no se firmaba la paz— se ordenó, con la inmediata aprobación de todos los consejos, una aportación de trescientos mil ducados; y en efecto el estado pasó por sucesión a Lorenzo, quien lo gobernó hasta el día de su muerte con las dotes y los éxitos que se describirán más adelante.

III. LOS PRIMEROS AÑOS DEL GOBIERNO DE LORENZO DE MÉDICIS

(1474-1476)

Como dijimos, en 1470 se firmó la alianza entre el rey, el duque y los florentinos, con un capítulo especial en donde se estipulaba que estas tres potencias debían enviar conjuntamente sendos embajadores al Sumo Pontífice para pedirle que bendijera la alianza y participara en ella, para constituir una coalición general de toda Italia con las mismas cláusulas que se habían aprobado en los tiempos del papa Nicolás V en 1455, pero manteniendo en vigor la alianza particular concertada en Nápoles, que la nueva coalición general no debía afectar de ninguna manera.

La razón de este capítulo fue que el Gran Turco (Mahomet II) había arrebatado Negroponto (Eubea) y muchos otros lugares a los venecianos y las acciones de guerra no se habían suspendido, así que el rey Fernando estaba muy preocupado porque su estado, con tantos lugares y playas donde el turco podía atacarlo, estaba en un gravísimo peligro; por esto quería unirse y aliarse con los venecianos a fin de planear conjuntamente una defensa contra el peligro común; tal vez habría actuado él solo, pero consideraba que si el duque y los florentinos no entraban en la coalición, ni él ni los venecianos se sentirían tan tranquilos con la situación de Italia como para dedicarse a fondo al problema turco. Además pensaba que al estar unido al duque y a los florentinos, y formando en conjunto una alianza general con los venecianos, no sólo obtendría de éstos el apoyo que deseaba, sino incluso sería posible conseguir, en tan grave aprieto, alguna ayuda de toda

Italia contra los turcos; por ello con bastante prudencia había concertado esta alianza particular, aunque insertando el citado capítulo acerca de la coalición general. Para concretar el proyecto se enviaron conjuntamente embajadores a Roma para empezar las negociaciones; Florencia encargó la misión a Otto Niccolini y a Piero Francesco de Médicis, pero pocos días después Otto Niccolini falleció, y en su lugar se envió a Iácopo Guicciardini.

En la negociación de estos acuerdos se encontraron muchas dificultades, así que se demoró mucho más de lo que se esperaba, porque los firmatarios de la alianza (de Nápoles) querían en absoluto conservar vigente ese pacto, y el papa no se oponía, pero insistía en que en el arreglo se tuviera en cuenta el mantenimiento de su honor, y ponía dificultades a todas las soluciones que se le presentaban; la razón verdadera estaba en que este pacto no le gustaba porque tenía miedo de que, estando Italia en paz, se viera obligado a luchar contra los turcos, y esto no le agradaba dado que no quería gastar, mientras que si esta coalición general no se realizaba habría tenido el pretexto de que antes había que pacificar a Italia.

Del lado de los aliados también había dificultades por culpa del duque de Milán, que no tenía ganas de participar; pero al final fue tanta la insistencia del rey y también de los venecianos para que se concretara esa coalición, que el duque, por miedo a enemistarse con el rey y el papa y quedar aislado en Italia, acabó por aceptar. Así se concluyó una coalición general de toda Italia sin derogar la alianza particular del rey Fernando, el duque Galeazzo Maria Sforza y los florentinos, y se empezó a discutir lo del subsidio general contra los turcos, con mucha insistencia por parte del rey Fernando; en estas negociaciones participó sólo Iácopo Guicciardini, porque Piero Francesco de Médicis regresó a Florencia.

Pero, como sucede con las cosas que se hacen con desgano, que por cualquier pequeña dificultad se detienen, así resultó que al no ponerse de acuerdo en la redacción del documento por algunas palabras que los delegados ducales querían agregar, por cierto de importancia muy secundaria y el papa no quería aceptarlas, el duque se rehusó a ratificar la alianza; la ratificación de Florencia sí llegó, pero el delegado no quiso firmar el documento, y tampoco su secretario, a quien se le pidió; en efecto éstas eran las instrucciones del gobierno florentino, que no quería separarse del duque, aunque sin una orden explícita y pública, para que la responsabilidad de este rechazo no recayera en quien gobernaba; y así, en concreto, la iniciativa quedó en veremos.

En este tiempo, en el año de 1470, Lorenzo de Médicis empezó a consolidarse en Florencia por lo siguiente: al nombrarse los escrutadores que debían elegir a la Señoría por cuenta del Consejo de los Cien,[1] el estado acostumbraba tener algunas reuniones privadas durante la noche, y allí se determinaba quién debía ser elegido; luego la lista para la Señoría y otras magistraturas se presentaba en el Consejo de los Cien, que por lo regular daba trámite al nombramiento. Pero en cierto momento en el Consejo de los Cien se empezó, en algunos casos, a modificar la lista de los elegidos sin acatar las consignas, y entonces Lorenzo y sus amigos empezaron a preocuparse de que de repente se produjera un cambio también en los escrutadores, lo que fácilmente produciría una alteración del estado. Por lo tanto, después de muchas reuniones en privado, acordaron que se prorrogara por cinco años la Señoría que estaba en cargo en julio y agosto, y ésta, junto con los escrutadores vigentes, nombrarían a nuevos escrutadores; tomando este acuerdo, la Señoría, en la cual era gonfalonero Angelo de la Stufa, de inmediato convocó a los colegios[2] y a los Cien, y en la misma mañana, antes de levantar la sesión, ya

había dejado ratificada esta disposición. Con esto el gobierno se consolidó y Lorenzo ganó prestigio y fuerza; de este modo, habiéndose afirmado, empezó a querer ser él el árbitro de la ciudad y a no dejarse guiar por otros, vigilando que no se engrandecieran demasiado Tommaso Soderini y los otros que tenían prestigio y séquito de parientes. Desde luego seguía encargándoles legaciones y concediéndoles honores y las más altas magistraturas, pero los frenaba, a veces impidiendo que sacaran provecho de sus iniciativas y favoreciendo a personas que consideraba inofensivas por no tener parientes ni crédito, como por ejemplo, en aquel tiempo, a cierto Bernardo Buongirolami, a un Antonio Pucci y, unos años después, a Angelo Niccolini, Bernardo Neri, Piero Filippo Pandolfini y otros de condición parecida; también acostumbraba comentar que si su padre hubiera actuado de este modo, frenando un poco a Luca Pitti, Diostesalve Neroni, Angelo Acciaiuoli y otros parecidos, en 1466 no se habría puesto en peligro de perder el estado.

Habiéndose calmado un poco la situación en Italia, sobrevino la muerte de Paulo II, y en su lugar fue elegido el cardenal de San Pietro in Vinculis, Francesco (della Ròvere), originario de Savona, quien había sido de los frailes franciscanos menores y también superior general de esa orden; fue entronizado enseguida (con el nombre de Sixto IV), y poco tiempo después se produjo una nueva agitación en nuestro estado. Sucedió que en el territorio de Volterra existían unas minas de alumbre, propiedad de la comuna, y Lorenzo quiso conseguirlas, pero los de Volterra se negaron y entonces Lorenzo, temiendo que si no lograba obtenerlas quedaría afectado su prestigio y decidido a salirse con la suya, empezó a presionarlos en forma tal que aquéllos se enfadaron (aunque yo no sé bien lo que querían); nacieron así recelos y sospechas, y no obedeciendo ellos rigurosamente a la Señoría, el asunto acabó en que, en 1472, los

de Volterra tomaron las armas y, protestando en forma abierta que no se someterían a nuestros gobernantes, se sublevaron.

En Florencia hubo fundadas sospechas de que ese incendio hubiera sido avivado por los venecianos o por el rey Fernando, porque los de Volterra habían enviado embajadores para informar a ambos y a casi toda Italia, excepto al duque de Milán; así que se acordó tratar de apagarlo, rápida y enérgicamente. Para esta campaña se creó un consejo de veinte ciudadanos, los mejores de la ciudad; luego, al llegar informes de que no sólo el duque, sino también el rey y el papa aprobaban nuestras medidas para apagar ese incendio, este consejo envió a Iácopo Guicciardini en calidad de comisario general, quien debía reunir nuestras tropas y dedicarse a recuperar el condado mientras llegaba el duque de Urbino, nombrado capitán para esta empresa, pues ya había enviado por él, a Urbino, a Bongianni Bonfigliazzi.

El condado fue recuperado de inmediato y sin lucha, y poco después llegó el duque; a Bongianni se le ordenó que se quedara con el ejército con el cargo de comisario, junto con Iácopo Guicciardini; sin perder tiempo se puso sitio a la ciudad, y el duque de Urbino desplegó toda su habilidad y técnica para expugnarla. Por consiguiente los de Volterra, al verse rodeados, sin esperanza de recibir auxilios externos y en realidad sin ninguna salida, se rindieron, a condición de que se respetaran los bienes y las personas. Pero al efectuar la ocupación de la ciudad se produjeron tales tumultos —provocados, según se cree, por el duque de Urbino— que la ciudad fue saqueada desenfrenadamente, a pesar de que los comisarios tomaran todas las medidas para impedirlo, lo que causó gran disgusto a los nuestros, que deseaban recuperar la ciudad en buen estado y rica como era antes de la rebelión. Por cierto que muchos, en especial los habitantes de Volterra, supusieron que esto se debió a una orden de nuestro gobierno; pero esto es falso, y nuestra

ciudad se conmovió como nunca por este suceso.

Siguió el año de 1474, durante el cual se formaron nuevas agrupaciones y alianzas en Italia porque como el papa Sixto IV era muy amigo del rey Fernando, y por otra parte el conde de Urbino se había entregado en cuerpo y alma a dicho rey, éste, confiando en tales apoyos, quería ser el árbitro de Italia; por esto el duque de Milán se disgustó, y con él los otros potentados, así que se formó una alianza defensiva entre el duque, los venecianos y los florentinos; luego en ésta entró Hércules I, duque de Ferrara, y no como simpatizante sino como animador principal. El duque empezó a intimar mucho con los venecianos, con grandes manifestaciones de afecto y simpatía, prodigando grandes honores a sus embajadores, concediéndoles la precedencia —cosa que había ocasionado muchos problemas a sus embajadores en Roma y otras partes de Italia— y ofreciéndoles subsidios para la guerra que tenían contra los turcos; en efecto, en 1475 la ciudad les entregó como regalo quince mil ducados para equipar galeras.

Esta alianza no agradó para nada al rey y al papa, a tal punto que el rey en persona y el duque de Urbino se trasladaron sin demora a Roma para estudiar cómo podrían deshacer esta unión; y convinieron en que el mejor modo sería que el papa propusiera una alianza general de toda Italia como la que se había concertado en los tiempos de Nicolás V y de Paulo II, declarando que lo hacían porque querían prepararse para defender la religión contra los turcos. Ellos se imaginaban que los venecianos aceptarían sin dificultad la propuesta con el fin de hacerse de medios contra los turcos, que les creaban muchos problemas; si se lograba esto, aunque el duque y los florentinos no hubieran querido participar, su alianza quedaría rota, y si aceptaban entrar en esta liga general, se disolvería la alianza particular.

Los aliados se enteraron de esta maniobra, y por consiguiente cuando enviaban embajadores a Roma lo hacían conjuntamente, con la orden de que no se separaran nunca uno de otro, sino que participaran todos juntos en las pláticas y reuniones, ya sea con el papa como con cualquier cardenal, y que contestaran unánimemente que sí aceptaban entrar en la liga general, pero sin afectar la particular. Y como esta contestación no fue del agrado del papa, las negociaciones se interrumpieron; se reanudaron unos meses después, pero el papa y el rey persistían en su intento de deshacer la alianza particular. Su propósito se hacía más y más asequible puesto que, por una parte, los venecianos deseaban con ansia que los príncipes cristianos cooperaran en la lucha contra los turcos, y por la otra el duque de Milán se resistía a cooperar porque pensaba que mientras los venecianos siguieran enzarzados en esa guerra no tendría que preocuparse por ellos, mientras que si se lograba terminarla ya no se sentiría tan seguro en su estado. Por eso empezó a crearse cierto ambiente de desconfianza entre el duque y los venecianos, al punto de que el duque en cierto momento pensó —y hasta hizo sondeos— en unirse y aliarse con el rey; mas no lo hizo, tal vez porque temía que su estado, disgustado por tanta inconstancia y tantos cambios, no aprobara su decisión.

Sucedieron luego hechos y agitaciones muy graves con la muerte del duque Galeazzo Maria Sforza, quien en 1476, el 26 de diciembre, día de San Esteban, fue asesinado en Milán por Giovanni Andrea Lampugnani; y como el hijo que le sobrevivió, Giovan Galeazzo Sforza, era muy pequeño, hubo gran temor de que las poblaciones sometidas a él se sublevaran, lo que no hubiera agradado a Florencia, ya sea por amistad y unión que por tanto tiempo había tenido con aquella familia, como también por la seguridad y el prestigio que obtenía nuestra ciudad sin interrupción. Entonces se nombró a Tommaso Soderini y a Luigi Guicciardini como embajadores, quienes en

seguida salieron para Milán, donde encontraron la situación bastante tranquila, y se dedicaron a consolidarla y reforzarla activa y hábilmente. El resultado fue que el estado quedó en manos de la que había sido la esposa del duque Galeazzo, doña Bona de Saboya, con el fin de guardarlo y cuidarlo para su hijo; el gobierno quedó en poder de Cicco Simonetta, que era originario de Calabria, de extracción humilde; había sido canciller y secretario del duque Francesco Sforza con bastante éxito, y después gozó de gran aprecio con el duque Galeazzo; por fin la suerte le otorgó, en el tiempo de doña Bona, el supremo poder y la ilimitada administración de todo ese dominio. Hubo negociaciones entre Bona y los hermanos del duque Galeazzo, Ascanio Maria Sforza y Ludovico Sforza, duque de Bari; arreglada esta situación, considerando que era superfluo mantener allá a dos embajadores, Luigi Guicciardini fue llamado a Florencia y Tommaso Soderini se quedó en aquella legación, que era muy prestigiosa por las buenas relaciones existentes entre ambos estados, y además por la confianza, el poder y la autoridad de que disfrutaban los embajadores de Florencia, y más una persona tan calificada como Soderini.

Más tarde en ese estado se produjo una agitación, porque Ludovico y monseñor Ascanio trataban de introducir reformas con el fin de apoderarse del gobierno, y con ellos se había confabulado el conde Roberto de San Severino; al confirmarse la sospecha, Ludovico fue desterrado a Pisa, Ascanio a Roma y el conde Roberto fue echado del territorio. Esto se hizo con el consentimiento y el apoyo de nuestra ciudad y nuestro gobierno, que sólo buscaba mantener ese dominio para los hijos del duque Galeazzo, y aprobaba el gobierno de Bona y la autoridad de Simonetta. Si Florencia se hubiese mantenido en paz y tranquilidad, hubiéramos logrado ese propósito; pero las agitaciones de nuestra ciudad, de las que hablaré más adelante,

provocaron alteraciones, discordias y sublevaciones en toda Italia.

Por aquel entonces falleció sin herederos el marqués Spinetta, señor de Fivizzano y muchos otros poblados, y aquella gente se entregó a los florentinos; para tomar posesión y reorganizar ese dominio, que tenía mucha importancia porque nos protegía de ese lado, fueron enviados Antonio Ridolfi y Iácopo Guicciardini.

[1] Creado por los Médicis con la facultad de dar por aprobados todos aquellos acuerdos que hubieran podido ser rechazados por el Consejo del Pueblo y el Consejo de la Ciudad.

[2] Eran dos comisiones que asistían a la Señoría, una compuesta de doce “hombres buenos” y la otra de dieciséis “gonfaloneros de barrio”.

IV. LA CONJURACIÓN DE LOS PAZZI
(1478)

La ciudad de florencia, como se dijo antes, estaba go-bernada por Lorenzo de Médicis; él era el jefe del estado, y aunque estuviera rodeado de algunos ciudadanos nobles y hábiles, entre los cuales se repartían los cargos de la ciudad y que manejaban los asuntos importantes, en muchos casos él se guiaba por sus propias ideas y opiniones contra la voluntad de los otros, y cuidaba con mucha atención que en la ciudad nadie adquiriera tanto poder como para causarle preocupación.

Vivía entonces en Florencia la familia Pazzi, mucho más rica que cualquiera otra de la ciudad, pues tenía negocios en muchas partes del mundo y gozaba de gran prestigio en muchos lugares de Italia y del extranjero; en Florencia pertenecía a la clase de los nobles, contaba con un gran número de parientes, todos ellos espléndidos y muy liberales, y sin embargo nunca habían tenido mucho poder porque se les consideraba demasiado orgullosos y altaneros, cosa que en una ciudad libre no se tolera; de todos modos su nobleza, los parientes, las riquezas y la generosidad les habían granjeado crédito y amigos. El jefe de esta familia se llamaba Iácopo, una persona muy honorable y decente, si dejamos a un lado su vicio de jugar y blasfemar; no tenía hijos, y por esto todos los parientes se le quedaban muy cerca, para aprovecharse de él en vida y después de muerto. Tenía muchos sobrinos, uno de los cuales, hijo de su hermano Piero, que se llamaba Renato, era considerado el más prudente y cuerdo de toda la familia, y fuera de ella gozaba de la simpatía del pueblo. Otro, llamado Guglielmo, hijo de Antonio Pazzi, se había casado con una hija de Piero de Médicis, de modo que era cuñado de Lorenzo; había otro, también hijo de Antonio, de

nombre Francesco, solterón, muy inquieto, animoso y ambicioso; pasaba la mayor parte de su tiempo en Roma, donde había trabado amistad con aquellos prelados, y más con el conde Girolamo Riario, sobrino del papa Sixto IV, a quien éste había concedido el dominio de Imola y Forli.

En opinión de Lorenzo de Médicis, esta familia era ya demasiado poderosa, y concediéndoles más favores llegaría a ser peligrosa para su posición; por lo tanto, los tenía muy restringidos en cuanto a honores y magistraturas, y no les concedía todo lo que hubiera sido correcto de acuerdo con su grado. De allí los ánimos empezaron a alterarse, a manifestarse antipatías y rivalidades y a crecer los recelos; agréguese que Sixto IV y el conde Girolamo le tenían mala voluntad a Lorenzo, y en cambio llenaban de favores a los otros. El origen de todo estuvo en que cuando Sixto IV fue elegido papa, la ciudad de Imola estaba en venta y Lorenzo deseaba que Florencia la comprara; considerando entonces que el papa, por ser nuevo en su estado, no tendría dinero para adquirirla a menos que alguien se lo proporcionara, es decir, o él mismo, Lorenzo, que era su banquero, o los Pazzi, que eran sus tesoreros, suplicó a éstos que no se lo dieran, de modo que, no pudiendo adquirirla el papa, la ciudad de Imola llegara a nuestras manos. Ellos lo prometieron, pero poco después proporcionaron al papa treinta mil ducados para esta compra, y además revelaron a éste y al conde Girolamo la petición de Lorenzo; el papa se enfadó y le quitó el cargo de banquero, que a Lorenzo le era muy útil; por consiguiente, Lorenzo se quejó amargamente de los Pazzi y, con la opinión pública a su favor, los acusó de que habían impedido a la ciudad la compra de Imola. Esta mala voluntad iba en aumento cada día, y mientras tanto Lorenzo, siempre preocupado de que aquéllos no fueran creciendo en poder y riquezas, en 1476 hizo aprobar una ley sobre las herencias *ad intestato,* por la cual los Pazzi perdieron la de una dama Borromei, que conforme a una

ley antigua sí les pertenecía.

Por esto los Pazzi se enojaron muchísimo, y Francesco, al que apodaban Franceschino por su corta estatura y que vivía casi permanentemente en Roma, empezó a confabularse con el conde Girolamo para quitarle el estado a Lorenzo haciéndole ver que éste, su enemigo encarnizado, en cuanto falleciera Sixto IV, lo acosaría hasta quitarle su posesión de Romagna. En esta confabulación participó también Francesco Salviati, arzobispo de Pisa, quien no teniendo más que las órdenes menores pretendía obtener la sede arzobispal de Florencia que había quedado vacante, con la anuencia del papa; sin embargo, Lorenzo, con el apoyo de la Señoría, se opuso y la otorgó a su cuñado Rinaldo Orsini; después, al quedar vacante la sede de Pisa, la obtuvo del papa, mas como no agradaba a Lorenzo, le costó mucho tiempo y sufrimiento tomar posesión; por esta ofensa Francesco Salviati odiaba profundamente a Lorenzo.

Al discutir estas personas sobre la manera de conseguir su propósito, descartaron la idea de declarar la guerra a Florencia, porque sería una empresa larga, llena de riesgos y nada segura, y además porque a esa ciudad no faltaría la ayuda de algún potentado de Italia, y llegaron a la conclusión de que les quedaba un solo camino, el de liquidar a Lorenzo, cosa que les parecía bastante fácil, porque él se movía sin escolta y desarmado, y sin sospechar que se tramaba ese atentado en contra suya; sobre todo porque estaban muy seguros de que, muerto Lorenzo, no les faltarían apoyos, ya que, aparte de su parentela y poderío, contaban con que el pueblo, añorando las antiguas libertades, los seguiría. En este proyecto el único estorbo era Julián, hermano de Lorenzo, porque eliminarlo al mismo tiempo que Lorenzo sería mucho más difícil, y si él quedara con vida, nada habrían logrado, porque a Julián el pueblo le tenía mucha simpatía, y además, teniendo a un jefe a quien recurrir, los ciudadanos con seguridad tomarían las armas

y se irían con él. Deliberaron entonces esperar el momento en que uno de ellos se encontrara fuera de la ciudad, y confiaban en que esta oportunidad no tardaría mucho, porque se decía que Julián iba a casarse con una hija de Iácopo de Appiano, señor de Piombino, y era natural que antes de la boda tendría que ir a Piombino a verla. Pero este enlace no se efectuó, y entonces decidieron esperar a que Lorenzo, que había manifestado la intención de viajar a Roma, se pusiera en camino, con la idea de matar a Julián mientras Lorenzo estuviera allá, y detenerlo en esa ciudad. Pero también esta esperanza se esfumó y, temiendo que la conjuración llegara a ser descubierta porque ya muchos sabían de ella, acordaron que era necesario no esperar más tiempo y matar a los dos en la forma y orden que se describirá a continuación.

En este arreglo no participaba sólo el conde Girolamo, sino también su santidad el papa, quien estaba perfectamente enterado y lo apoyaba, aunque para conservar su respetabilidad manejara la cosa en forma indirecta por conducto del conde Girolamo. Tomaba parte también el rey Fernando, quien había trabado mucha amistad con el papa y tenía muchos arreglos con él, y estaba muy enfadado porque Florencia se había unido a Venecia y Milán con un pacto recíproco; además creía que al instalar un nuevo gobierno en Florencia podría manejar la ciudad a su antojo, y luego, con respecto a su poder y autoridad, disponiendo de esta república, podría llegar, según insinuaba el propio pontífice, a ser casi el árbitro de toda Italia, especialmente ahora que había fallecido el duque Galeazzo, pues de haber estado en vida, el rey no se habría abandonado a semejantes desvaríos. Participaba también el duque Federico de Urbino, que ya tenía varios años de haberse unido y entregado al rey; la cosa era útil también para Cittá di Castello, donde, bajo el gobierno eclesiástico, gobernaba Lorenzo Iustini de Castello, también partícipe y partidario de este convenio y

enemigo de Lorenzo de Médicis, que siempre había apoyado a Niccolò Vitelli de Castello, enemigo suyo.

Tantos apoyos no sólo engallaron al arzobispo (de Pisa) y a Fran-ceschino, hombres ellos animosos e inquietos, sino que convencieron hasta a Iácopo (Pazzi), quien por mucho tiempo se había mostrado frío y renuente, no porque no aborreciera a Lorenzo, sino porque, más cuerdo, sabía perfectamente cuán difícil y peligroso resultaría aquel intento, y cuán hermosa situación y cuántas riquezas estaban apostando en la mesa de juego. Decididos entonces a realizar su proyecto, de acuerdo con lo establecido el arzobispo regresó a Pisa, Franceschino se fue a Florencia, Giovan Francesco de Tolentino se marchó a Romagna en el estado del conde Girolamo y el mencionado Lorenzo se dirigió a Castello: estos dos últimos con la orden de ponerse en marcha hacia Florencia con caballos y tropas en el día fijado.

Hechos estos preparativos conforme a sus planes, en el mes de abril de 1478 salió de Pisa, donde estaba estudiando, el cardenal de San Jorge (Raffaele Riario), hermano o sobrino del conde Girolamo, quien debido a su edad no sabía nada de este arreglo, y con la excusa de ir a Roma fue a hospedarse en Montughi, residencia de Iácopo Pazzi; luego, antes de entrar en Florencia, invitado por Lorenzo, fue a comer a Fiésole en su casa; los conjurados pensaron aprovechar esta oportunidad, pero no hicieron nada por Julián, que estaba indispuesto y no fue a la comida. Entonces dejaron la cosa para Florencia, donde llegó el cardenal, y como el domingo… iba a comer con Lorenzo, juzgaron que no podían hacer eso en la casa de Lorenzo, temiendo que Julián no iría a comer allá; y se decidieron por la mañana de ese día, pues iba a haber una misa cantada en Santa Reparata, la catedral, y estaban seguros de que asistirían Lorenzo y Julián.

Entonces llegó a la misa el cardenal acompañado por el arzobispo Salviati, por Giovan Battista de Montesecco, capitán del conde Girolamo, que se encontraba allí precisamente para este trabajo, y muchos perusinos, todos convocados para lo mismo; en cuanto el sacerdote que celebraba la misa comulgó, de inmediato, de acuerdo con la orden y la señal, Franceschino Pazzi, que caminaba por la iglesia del brazo de Julián, se le echó encima y lo mató. En otra parte de la catedral, cierto Stéfano, secretario de Iácopo Pazzi, y algunos otros se abalanzaron contra Lorenzo, pero les faltó valor y nada más lo hirieron en un hombro; él empezó a alejarse y a defenderse con un puñal, y al acudir la gente trató de ponerse a salvo; en esa refriega fue muerto Francesco Nori, que estaba cerca de él; por fin, con la ayuda de los presentes y de los sacerdotes, Lorenzo fue conducido vivo a la sacristía, y cerradas las puertas se evitó que lo asesinaran.

Mientras esto sucedía en la iglesia, el arzobispo (de Pisa), que poco antes había salido acompañado de muchos parientes y amigos (la mayoría de los cuales no sabía nada), de algunos hombres de confianza y gente de Perusa, se dirigió al Palacio de la Señoría para ocuparlo, con el pretexto de ir a saludar a los señores; Iácopo Pazzi se había marchado a su casa para montar a caballo y correr por la ciudad gritando "libertad" y así sublevar al pueblo. En el palacio el arzobispo no pudo llevar a cabo su intento; es más, al intentar imponerse con la fuerza, fue rechazado y tuvo que encerrarse él mismo en algunas salas cercanas; por lo tanto la Señoría, viendo el tumulto, mandó cerrar las puertas con la intención de custodiar y defender el palacio contra quien fuera. Llegó mientras tanto Iácopo Pazzi, y viendo cerrada la puerta, trató de forzarla, pero fue rechazado por las piedras que le aventaron desde las galerías.

Mientras tanto el griterío había cundido por la ciudad, y a pesar de que en un primer momento los ciudadanos estaban

asustados, luego, al saberse que Lorenzo estaba con vida y que el palacio había sido asaltado pero se estaba defendiendo, los amigos del gobierno cobraron ánimo, tomaron las armas y una parte fue a ayudar a palacio y otra corrió a Santa Reparata para sacar a Lorenzo y llevarlo sano y salvo a su casa. El pueblo, por su parte, considerando que el asesinato de Julián, que gozaba de su simpatía, era una acción muy fea y propiamente una salvajada, en especial por haber sido ejecutado en la iglesia y en un día sagrado, se dirigió al palacio, por donde se avizoraba la victoria, y considerando que querer ocuparlo era como atentar contra la libertad, empezó a correr por toda la ciudad gritando "bolas, bolas", que eran el emblema del escudo de los Médicis; así que, como el favor general apoyaba a Lorenzo, Iácopo Pazzi huyó de Florencia, y los amigos de Lorenzo, ya dueños del gobierno, empezaron a sacar provecho de su victoria.

El arzobispo (de Pisa), que como dije se había encerrado en el palacio, fue detenido y de inmediato colgado de una ventana del palacio del capitán; con él fue colgado su hermano Iácopo, quien estaba al tanto de la conjuración; también otro Iácopo Salviati, quien por muchos años había sido adversario del arzobispo y luego, hechas las paces con él y a oscuras de todo, por su mala suerte aquella mañana lo había acompañado al palacio; fueron colgados todos los perusinos y los hombres armados que iban con él, y en ese desorden y furia también algunos inocentes. Franceschino, que en la pelea se había lastimado él solo un talón y por lo tanto no había podido escapar sino que se había encerrado en su casa, fue sacado de allá, conducido al palacio y colgado en seguida junto a los demás; el cardenal (Raffaele Riario) fue detenido en la catedral y a duras penas fue protegido de la furia y cólera del pueblo; Giovan Battista de Montesecco fue detenido. En un solo día fueron colgados más de cincuenta, y creo que Florencia nunca antes se había encontrado en un desorden tan grande. Al día

siguiente Iácopo Pazzi, que había huido, pero todavía estaba en territorio florentino, fue arrestado, juzgado y ahorcado. Antes confesó que después de la ley sobre las herencias siempre había estado pensando en vengarse de ese modo y que se había animado y confiado, aparte de los otros motivos y apoyos, en la buena estrella de Franceschino, en quien tenía una fe ciega; a lo que Bongianni Gianfigliazzi, uno de los examinadores, contestó que más asombrosa había sido la estrella de Lorenzo. También Renato fue ahorcado ese mismo día. Éste, viendo mucho antes cuáles eran las intenciones que Iácopo y los demás abrigaban contra Lorenzo, les había aconsejado que tuviesen paciencia y dejaran actuar al tiempo, porque Lorenzo era tan desorganizado en sus negocios que forzosamente en pocos años tenía que quebrar, y perdiendo las riquezas y el crédito perdería también el gobierno, y les decía: "Mejor denle todo el dinero que quiere, porque éste, aun con alguna pérdida de nosotros, lo ayudará a quebrar más pronto". Por último, viendo que sus palabras de nada servían y sospechando por algunos vagos indicios —pues lo tenían apartado— lo que habían planeado hacer, para no quedar inmiscuido se fue a una quinta suya; allá lo capturaron y lo colgaron. Lo perjudicó el hecho de que se le considerara persona muy sabia y de que gozaba de prestigio y simpatía en el pueblo, así que los que tenían el gobierno juzgaron útil eliminarlo.

Giovan Battista de Montesecco quedó en la cárcel por varios días; sometido a un severo interrogatorio, confesó que había ido a Florencia por orden de su patrón, el conde Girolamo, y que había aceptado el encargo de matar a Lorenzo; sin embargo, cuando se decidió que esto debería realizarse en Santa Reparata, se horrorizó por el lugar y se rehusó a obedecer; esto fue lo que salvó a Lorenzo, porque si ese capitán, valiente, enérgico y entrenado como era, hubiese aceptado, con certeza lo mata; se le cortó la cabeza. El cardenal (Raffaele Riario) quedó detenido

muchos días porque tenía en mano una buena carta, o sea que el papa podía ejercer represalias contra los comerciantes florentinos residentes en Roma; por fin, solucionado este problema, se le despidió y acompañó honorablemente. Stéfano y Bernardo Bandini, que habían atacado a Lorenzo, huyeron. Bernardo, para mayor seguridad, fue a Turquía; pero un año después Lorenzo lo sacó de allá y lo trajo a Florencia, donde lo colgaron. También Guglielmo (Pazzi) fue detenido; pero luego por el parentesco y las súplicas de su esposa, hermana de Lorenzo, fue excarcelado y desterrado. Se arrestó a Giovanni, hermano de Guglielmo, así como a Andrea, Niccolò y Galeotto, hermanos de Renato (Pazzi), todos ellos inocentes, y fueron condenados a prisión perpetua en las cárceles de Volterra. Fueron confiscados los bienes de todos, se requisaron las armas en toda la ciudad y se ordenó que los pocos que quedaban de la familia (Pazzi) cambiaran, especialmente en los documentos oficiales, su apellido, y se publicó un decreto: que las hermanas e hijas de los muertos y desterrados no pudieran casarse por un tiempo determinado. Algunos años después ese decreto fue derogado y los presos en las cárceles de Volterra fueron liberados, pero se les expulsó para siempre del territorio de Florencia.

En esta rebelión Lorenzo corrió un riesgo gravísimo de perder el gobierno y la vida; pero le procuró tanto prestigio y provecho que ese día puede considerarse como el más afortunado para él: murió su hermano Julián, con quien hubiera tenido que repartir sus bienes y disputar el gobierno; honrosamente y por medio de la fuerza popular fueron barridos sus enemigos y toda sombra o sospecha que lo afectaban en la ciudad; el pueblo tomó las armas en favor de él, y en la duda de si estaba vivo corrió a su casa gritando que quería verlo, y él se presentó en las ventanas con gran regocijo de todos y, en una palabra, en ese día lo reconoció como amo de la ciudad; la población le otorgó el privilegio de hacerse acompañar por todos los servidores

armados que quisiera, para proteger su vida; y en efecto, en lo sucesivo quedó total e íntegramente árbitro y casi señor de la ciudad, y su poder, que hasta entonces había sido muy grande pero no exento de recelos, se tornó inmenso y seguro. Aquí es donde acaban las divisiones y discordias civiles: un bando queda exterminado, el jefe del otro se vuelve señor del estado, sus partidarios y simpatizantes, de compañeros se tornan en simples súbditos, el pueblo y la gente común quedan esclavizados, el poder se transmite por herencia y con frecuencia de una persona cuerda pasa a un loco, que por fin acaba por hundir el estado.

V. LA GUERRA DE SIXTO IV Y FERNANDO DE ARAGÓN CONTRA FLORENCIA

(1479)

De este reordenamiento de Florencia y del peligro en que se encontró el estado se originó una guerra muy grave contra nuestra ciudad, porque el rey Fernando y el papa Sixto IV, considerando la terrible ofensa hecha a quien gobernaba y arguyendo que ya no podría existir lealtad o amistad, decidieron intentar abiertamente por la fuerza desde el exterior lo que habían tratado de hacer en forma oculta y con medios civiles; y para dar un fundamento legal a su iniciativa, el papa excomulgó a Lorenzo y lanzó la interdicción contra la ciudad por haber colgado al arzobispo de Pisa y haber encarcelado al cardenal de San Jorge (Raffaele Riario). La ciudad rechazó con energía esta injusticia, enviando públicamente cartas a todos los príncipes cristianos con las que justificaban su acción y acusaban al papa, y además pidiendo a todos los más eminentes juristas de Italia que dictaminaran que esa interdicción era jurídicamente nula y carecía de validez. Por último, pasando de las censuras y la guerra moral a las armas y guerra material, el papa y el rey de modo mancomunado contrataron como capitán a Federico de Urbino, y con el apoyo de los seneses enviaron sus tropas por el territorio de Siena para atacarnos. En ese ejército se encontraba también el duque de Calabria, hijo mayor del rey, con el duque Federico de Urbino, que dirigía toda operación. Por otro lado los venecianos y el duque de Milán, conforme a las obligaciones de la alianza, enviaron militares y tropas para ayudar a los florentinos pero no en la cantidad necesaria, así que el ejército enemigo resultaba superior, y el nuestro no podía enfrentársele

en batalla campal, de modo que se agrupó en Poggio Imperiale bajo la dirección de los comisarios generales Iácopo y Luigi Guicciardini. Las cosas no marchaban muy bien, porque no habiendo un capitán general contratado en conjunto por los aliados, sus tropas no obedecían según se necesitaba; de este modo el ejército enemigo, además de contar con fuerzas superiores, podía dedicarse a atacar todos los lugares que se le antojaran. Así, conquistaron Radda, Récine, Brolio, Cocchiano y Castellina; ahí se mantuvieron acampados veintinueve días.

En ese tiempo llegó al campo, como capitán general de los aliados, el duque de Ferrara (Hércules I de Este), pero como las tropas seguían siendo inferiores, no bajó de Poggio Imperiale y únicamente se dedicó a hostilizar a los seneses con redadas e incursiones, siempre manteniendo el campo en Poggio Imperiale, que era una plaza bien fortificada y constituía un obstáculo para los enemigos, que después de ocupar unos cuantos lugares fronterizos no se arriesgaban a extenderse más, hacia las plazas cercanas a Florencia. Sin embargo, a fin de no perder tiempo, para fines de ese año los enemigos se dirigieron con el ejército a Valdichiana y acamparon cerca de Monte San Savino. En la ciudad esta maniobra causó mucha preocupación, porque Monte San Savino era una plaza importante por la calidad de las fortificaciones y por el fácil acceso a los otros poblados de la zona, así que se acordó ayudarla a como diera lugar, y de inmediato se envió allá a Bongianni Gianfigliazzi en calidad de comisario, para que con el conde de Pitigliano (Niccolò Orsini) estudiara las formas y los campamentos adecuados para este auxilio. Al mismo tiempo se enviaron instrucciones al campo de Poggio Imperiale (que, al marcharse los enemigos, había quedado con fuerzas superiores en esa zona y había hecho grandes redadas, así como ocupado algunos lugares de menor importancia) para que el capitán y Iácopo Guicciardini dejaran tropas suficientes para custodiar la plaza y

se trasladaran a Monte San Savino y a los campamentos predispuestos por el conde de Pitigliano y Bongianni Gianfigliazzi. Se dirigieron allá; después de muchas discusiones y disensiones, se estableció el campo en la cercanía de los enemigos; allí se concertó una tregua temporal de algunos días. Ésta fue aceptada por los nuestros, pues siendo otoño, les pareció una ventaja todo el tiempo que se les hacía perder a los enemigos, puesto que estaba por finalizar el año; aquéllos la aceptaron porque el duque de Urbino, que por su carácter acostumbraba actuar siempre en la forma más segura, decidió fortificarse en un lado por donde temía ser atacado, cosa que los nuestros ni siquiera habían calculado. Por fin, terminada la tregua, los defensores de Monte San Savino se entregaron a los enemigos espontáneamente, a pesar de que con sus fuerzas habrían podido resistir algunos días, además de que tenían la esperanza de una pronta ayuda y el tiempo dejaba suponer que en breve el campo tendría que retirarse.

En la ciudad, el pueblo se atemorizó y se agitó mucho por la pérdida de Monte San Savino, porque era por completo lo contrario de lo que todos esperaban, ya que la plaza estaba bien fortificada y los habitantes habían sido siempre muy leales, y por eso se censuró ásperamente al capitán, a los comisarios y a nuestras tropas, acusándolas de cobardía, como si no hubiesen tenido el valor de acudir en su ayuda, y por eso los habitantes, perdida la esperanza de recibir auxilio, se habían rendido. Sin embargo, los más avanzados arguyeron que todo se debía a la maldad de varios funcionarios de aquella ciudad, los cuales poco a poco habían convencido a la gente, la cual de por sí era favorable a nosotros; así que nuestros militares debían ser exculpados, porque no podían enfrentarse a los enemigos sin graves pérdidas.

En ese mismo tiempo, en Florencia hubo cierta agitación provocada por los Ocho de Bailía (tribunal penal). Esa

magistratura había sido creada en tiempos pasados, dotada de la máxima autoridad en los asuntos criminales, y sometida a las leyes y estatutos en cuanto a sentencias, pero no a procedimientos, y además con poderes absolutos, autónomos y superiores a la ley en los delitos contra el estado; fue el invento de alguien que tenía en sus manos el gobierno para tener a su disposición un arma con la cual aplastar a quien quisiera urdir alguna mala jugada y subvertir el gobierno. Y a pesar de que era el producto de la violencia y la tiranía, resultó una institución muy saludable; porque, como bien sabe el que conoce la ciudad, si el miedo a esta magistratura, por su rapidez en descubrir los delitos y sancionarlos, no mantuviera a raya a los malvados, en Florencia la vida sería imposible; y mientras que por una parte esta magistratura era por completo autónoma en los asuntos criminales, por otra le estaba explícitamente vedado intervenir en los asuntos civiles. Pero esta orden no fue observada con rigor, porque poco a poco, por la parcialidad de quien ocupaba el cargo y por los medios económicos y los favores de los que acudían a él, se empezaron a introducir muchos casos civiles, llamándolos criminales por algún concepto secundario; y como este modo de proceder había ido demasiado lejos, Lorenzo creyó oportuno corregirla, así que se dictó una ley en la que se especificaban con claridad muchos casos en que los Ocho no tenían competencia. Esta ley fue propuesta por Gismondo de la Stufa, entonces miembro de los Ocho, y por eso fue conocida como la "gismondina"; y después de haber sido respetada durante unas cuantas magistraturas, los Ocho que estaban en cargo en este tiempo, no encontrándola de su gusto, un día, de improviso, sin consultar a otros magistrados o al gobernante, la rompieron y la quemaron. Esta acción pareció ir directamente contra el estado, y como actuaron por su propia iniciativa y a pesar de los tiempos que corrían, desagradó mucho a quien gobernaba; de inmediato fueron exonerados de su cargo y se

nombró a otros en su lugar. No se les impuso ninguna pena, porque se consideró que no había sido por aversión al gobierno, sino más bien por ligereza y por haber sido inducidos por los secretarios de la magistratura, a quienes convenía que se conocieran todos los casos, porque así se aprovechaban más; se revalidó la "gismondina" —que hoy ya no se observa— y todo volvió a la calma.

Los enemigos, ocupado Monte San Savino, se retiraron a los campamentos de invierno; en Florencia, pensando en el año venidero, se dedicaron a hacer preparativos para la primavera, y con este fin se pusieron en contacto con los aliados explicándoles nuestra situación y presionando para que nos proporcionaran ayuda. Se envió a Venecia como embajador a Tommaso Soderini, mientras que Girolamo Morelli ya se encontraba en Milán; éstos conferenciaron repetidas veces y demostraron que los ejércitos que habíamos tenido el verano anterior, aun sumando el nuestro y los de ellos, habían sido insuficientes para mantenernos en campo y enfrentarnos a los enemigos; así que si no se hacía un esfuerzo más grande, ellos se irían adueñando poco a poco de nuestro territorio y nos debilitarían en tal forma que nos veríamos obligados a pactar con ellos, con gran perjuicio de nosotros y también de los aliados, aun cuando estábamos decididos a morir antes que salirnos de la alianza y faltar a nuestra palabra; por consiguiente, si querían proteger en realidad nuestro estado conforme a lo pactado, era necesario que enviaran ayudas más consistentes y que se elaboraran planes distintos de los del año anterior. Agregaron que, aun cuando nos enviaran bastantes tropas para resistir al enemigo y no sufrir una derrota, de todos modos eso no era suficiente para salvarnos, porque los perjuicios que nuestros soldados y los enemigos infligían a nuestros ciudadanos y súbditos eran tan graves y numerosos que de continuar más tiempo no podríamos aguantar, en especial porque era muy

pesado eso de sostener todos los gastos y aprovisionamientos de guerra con el dinero de los particulares; el país se iría poco a poco desgastando y, si no se le ayudaba, llegaría el momento en que se derrumbaría por sí solo; el verdadero y único remedio para esta situación era que entre todos se pudiera reunir tanta fuerza como para sacar a los enemigos de nuestro territorio, acosarlos por todas partes y hacer enérgicamente la guerra en su propia casa.

En estas conferencias y discusiones se pudieron examinar varios métodos para lograr el objetivo, y se llegaron a proponer dos: uno, organizar una armada y hostilizar las costas del rey Fernando y de este modo obligarlo a retirar tropas de la guerra de Toscana; el otro, llamar a Italia a los angevinos y animarlos a realizar sus pretensiones sobre Nápoles. Pero luego los aliados encontraron que el gasto sería muy fuerte y no los aceptaron; en cambio, se decidió defendernos en la forma siguiente: Florencia, con fondos propios, contrataría como capitán a Roberto Malatesta, señor de Rimini, y con él se vería cómo instalar el campo en la zona de Perusa para separar a esa ciudad de la autoridad de la Iglesia y de allí empezar a atacar otras posiciones en el estado del papa; y para facilitar la iniciativa se pensó escoger como capitán al conde Carlos de Montone, esperando que por el prestigio, la simpatía y los partidarios que él tenía en Perusa lograría sublevarla más fácilmente; por el rumbo de Siena, donde estaba el ejército enemigo, se propuso como capitán general de toda la coalición al duque de Ferrara (Hércules I de Este) y como capitán por el estado de Milán al marqués de Mantua (Federico I Gonzaga). Hubo también cierta esperanza de obtener ayuda del rey de Francia, a quien todos los aliados enviaron embajadores —por nuestra ciudad fue Guido Antonio Vespucci— para quejarse del papa y tratar de convencerlo para que conjuntamente con los otros príncipes citara al papa a un concilio, y nos proporcionara ayuda para

nuestra defensa; el rey prometió en varias ocasiones que enviaría a Italia un buen contingente de soldados, pero en concreto no hizo nada; sin embargo, con cartas y embajadores el papa, con amenazas y protestas, ayudó bastante a nuestra causa.

Perfeccionados en 1479 estos planes y acercándose la primavera en que se debían llevar a efecto, un expatriado de Milán, Roberto de San Severino, con gente y apoyo del rey saqueó el territorio de Génova, llegando hasta las puertas de Pisa, que estaba desprovista de todo lo necesario, pues no esperaba una guerra. De inmediato fueron enviados allá como comisarios Bongianni Gianfigliazzi y Iácopo Guicciardini, y poco después se dirigió allá también el duque de Ferrara, así que se contuvieron los ataques enemigos y se llegó a un convenio, porque Roberto de San Severino, viéndose con fuerzas inferiores y temiendo que llegaran más refuerzos de Milán y quedara copado, se retiró y salió de nuestro territorio.

Eliminado este peligro, el duque y Bongianni se dirigieron a Poggio Imperiale, mientras que Iácopo Guicciardini se marchó a Arezzo, donde pocos días después llegó nuestro magnífico capitán Roberto Malatesta y donde se esperaba al conde Carlos de Montone, que estando enfermo se había detenido en Cortona, donde a los pocos días falleció, truncando las esperanzas que abrigábamos por su llegada, en lo referente al prestigio y partidarios que tenía en Perusa; de todos modos se siguió la campaña con la gente que traía y se ocuparon algunas plazas perusinas. Y como el ejército del papa y del rey, bajo el mando del duque de Calabria y del duque de Urbino, seguía acampado en la cercanía de Siena y no hacía nada para defender la zona de Perusa, los enemigos enviaron allá otro ejército al mando del prefecto, sobrino del papa, y de Matteo de Capua; al llegar trabó combate con los nuestros, y después de un brillante hecho de armas, en que se pudo apreciar la habilidad y la eficaz organización de nuestro magnífico capitán Roberto Malatesta,

los nuestros obtuvieron una clamorosa victoria, capturando un gran número de soldados y caballos enemigos y adueñándose también de su campamento.

Por el rumbo de Siena no se había efectuado todavía ninguna acción notable, porque los nuestros estaban en Poggio Imperiale ocupados más en defender nuestras posiciones que en atacar al enemigo, y éste, por miedo a nuestro ejército, no podía forzar nuestros castillos y no se atrevía a emprender acciones de guerra porque saldría perdiendo por nuestra fortaleza de Poggio Imperiale. Pero habiéndoles llegado la noticia de la derrota de Perusa y preocupados por aquel estado, se dirigieron allá a marchas forzadas; los nuestros, que ya habían acampado frente a algunas plazas del lago de Perusa, al enterarse de esto y debido que en número eran inferiores a los enemigos, se retiraron a salvo en las inmediaciones de Cortona, mientras que las tropas de Poggio Imperiale, eliminado el obstáculo del campo enemigo que se había ido, bajaron de allá y fueron a acampar frente a Casoli, poblado importante de los seneses que colinda con nosotros del lado de Volterra; emplazaron la artillería, lo tomaron a fuerza y lo saquearon. Por cierto que en el saqueo y repartición del botín se originaron dificultades y peleas entre la tropa del duque de Ferrara y la del marqués de Mantua; incluso llegaron a los puños, de modo que a nuestros comisarios, Bongianni Gianfigliazzi y Girolamo Albizzi, les costó mucho trabajo separarlas.

La derrota de Perusa y la ocupación de Cásoli fueron éxitos tan importantes para nosotros que ya podíamos considerarnos superiores en la guerra, y todos estaban seguros de que la victoria final sería nuestra; pero la suerte cambió, y la gloria y dicha que lógicamente iban a ser de nosotros fueron otorgadas a nuestros adversarios; porque la discordia que se produjo en el saqueo de Cásoli entre ferrareses y mantuanos tuvo tales consecuencias, debido también a que desde tiempo atrás existía

cierta tensión y enemistad entre los dos capitanes, que para evitar un desbarajuste más grave fue necesario tomar la decisión de separarlos. Por consiguiente, el marqués de Mantua fue enviado a Perusa a reunirse con el magnífico Roberto, y el duque de Ferrara, junto con Costanzo (Sforza) de Pésaro, se quedó a guerrear en la zona de Siena.

Por lo tanto, nuestras tropas se dividieron en dos partes casi iguales, y mientras que juntas eran superiores al enemigo, separadas así, cada parte resultaba muy inferior. Los enemigos, examinada su situación, decidieron mantener unido su ejército, situándolo entre el territorio de Siena y el de Valdichiana, de modo que, si el campo de Poggio Imperiale empezaba a moverse, en tres o cuatro días podían caerle encima; así con este temor lo tenía inmovilizado y no le permitía arriesgarse con la artillería; de este modo no le quedaba manera de tomar la iniciativa, limitándose a efectuar redadas, incursiones y otras cosas sin importancia; en la misma forma hubiera podido mantener a raya nuestro ejército de Perusa, en caso de que quisiera moverse. Con esta táctica consideraban que su ejército, más numeroso que cualquiera de los nuestros, seguramente tendría la oportunidad de desbaratar a uno de ellos; y aun cuando esta ocasión no se presentara, de todos modos era una gran ventaja dejar pasar ese año obligándonos a mantenernos en pie de guerra, pues el duque de Urbino decía: “Los florentinos en el primer año de guerra son activos y valientes, en el segundo mediocres y en el tercero perdidos”, y que nos esperaba para el tercer año.

Esta táctica en gran parte tuvo éxito, porque en cuanto nuestro ejército de Perusa empezaba a moverse, los enemigos se dirigían contra él, así que, viéndolos muy superiores, los nuestros se veían obligados a retirarse a lugares seguros; por esta razón no iban a sitiar ninguna plaza usando la artillería, considerando vergonzoso que luego tuvieran que retirarla, y así

se limitaban a hostilizar a los peru-sinos únicamente con incursiones, y si se dirigían a una plaza, no podían pelear más que con armas de corto alcance. Lo mismo sucedía a los nuestros en la cercanía de Siena, y con esta estratagema los enemigos tenían bloqueadas a fuerzas muy superiores a las suyas; examinando en qué forma se podía remediar esta situación embarazosa, parecía necesario reunir a los dos ejércitos, contra los cuales, siendo el número mayor, los enemigos con seguridad fracasarían; pero esto era imposible debido a la pelea que hubo entre ferrareses y mantuanos; además, el magnífico Roberto Malatesta y nuestro capitán Costanzo de Pésaro estaban enemistados y no habrían podido quedar en un mismo campo. No quedaba otra que reforzar ambos ejércitos de modo que cada uno pudiera enfrentarse al enemigo; pero tampoco esto se pudo hacer porque la ayuda de los venecianos era escasa y desganada, y lo mismo la de Milán, particularmente en ese momento, en que Ludovico Sforza, monseñor Ascanio Sforza y Roberto de San Severino, con el favor y las ayudas del rey, ocuparon Tortona y otras plazas de ese estado, así que Bona de Saboya los llamó a Milán en el gobierno de su hijo, y ellos, acabando de llegar, encarcelaron a Cicco Simonetta y luego lo mandaron decapitar.

Al saberse la noticia de estas agitaciones de Milán, se hizo necesario que regresaran allá el marqués de Mantua, capitán milanés, y el duque Hércules, capitán de toda la coalición, aunque Hércules dejó sus tropas en Poggio Imperiale bajo las órdenes de su hermano, Gismondo de Este. Debilitados de este modo nuestros ejércitos y continuando los enemigos en su táctica, transcurrió todo el verano; sin embargo, los perusinos en cierto momento se rehusaron a soportar más tiempo la guerra, enviaron protestas al papa y estaban a punto de llegar a un acuerdo con nosotros cuando los enemigos, informados de que en Poggio Imperiale no había una vigilancia rigurosa y que ese

ejército, a las órdenes de Gismondo de Este y del comisario Girolamo Albizzi, estaba desorganizado, se confabularon con uno de sus puestos de guardia, se dirigieron a marchas forzadas desde el puente de Chiusu y cayeron de improviso sobre los nuestros de Poggio Imperiale; éstos, aterrorizados por dicho asalto inesperado y no confiando en las sólidas fortificaciones, cobardemente huyeron sin siquiera intentar defenderse y fueron derrotados.

Esta pérdida fue un golpe mortal para la ciudad, que llena de temor, preocupada sólo por defender su libertad, se dedicó a reorganizar lo mejor que pudo las tropas vencidas, solicitó con gran insistencia la ayuda de los aliados e inmediatamente llamó a Florencia a las tropas acampadas cerca de Perusa; de esta manera las negociaciones acerca de la rendición de aquella ciudad se interrumpieron. Costanzo Sforza de Pésaro fue enviado a Arezzo para custodiar aquella zona; y como no podía estar en el mismo campo con el magnífico Roberto, nuestro ejército se quedó en San Casciano; los enemigos, después de su gran victoria, vinieron a sitiar Colle de Valdelsa, donde permanecieron sesenta días; finalmente, como no le llegaron auxilios, se negoció su rendición en el mes de…

VI. LORENZO DE MÉDICIS VIAJA A NÁPOLES Y SE FIRMA LA PAZ CON FERNANDO DE ARAGÓN. NUEVOS ORDENAMIENTOS EN FLORENCIA

(1479-1480)

En este tiempo, después de la derrota de Poggio Imperiale, Florencia recibió algunos auxilios de Venecia, pero se veía con claridad que el sitio puesto a Colle de Valdelsa era tan riguroso que no había esperanzas de conservar esa plaza; también se acercaba el momento de recoger al ejército en los campamentos de invierno, y se pronosticaba una situación extremadamente grave para el año siguiente, y sobre todo se temía que el estado de Milán apoyara al rey o se quedara neutral; entonces era en absoluto necesario tomar providencias para la protección del estado, bien consiguiendo de los aliados auxilios más consistentes que en tiempos pasados, bien aceptando la paz con las mejores condiciones posibles; por lo tanto, enviaron a Venecia en calidad de embajador a Luigi Guicciardini para exponer a ese gobierno, como se había hecho el año anterior por conducto de Tommaso Soderini, en qué condiciones se encontraba nuestro estado y que el único recurso era el de llevar la guerra al territorio enemigo, iniciativa ésta que, por la debilidad de nuestro estado y las reformas en el de Milán, se fundaba casi exclusivamente en la aportación de ese gobierno. Nuestro embajador informó sobre esta situación, pero no consiguió el resultado que con razón esperábamos, así que escribió a Florencia comunicando que de los venecianos no podíamos esperar más ayuda que en el pasado. Entonces Lorenzo de Médicis, reflexionando sobre el peligro en que se encontraba su estado y temiendo que esa guerra tan larga y peligrosa llegara a

cansar a la gente a tal punto que para liberarse de esta enfermedad los ciudadanos le quitaran el gobierno, comenzó a pensar en la paz. Para ello le pareció que la mejor forma era la de apaciguar al rey, ya que del papa no se podía esperar nada, así que, después de comunicar esta idea a unos cuantos —o tal vez a nadie—, la tarde del 6 de diciembre pidió a los Diez que convocaran a reunión a unos cuarenta ciudadanos de los más influyentes, a quienes comunicó que los había mandado llamar para informarles acerca de una decisión suya; no para recabar su aprobación, sino tan sólo para que estuvieran enterados: que había estado pensando en que la ciudad necesitaba con urgencia la paz; que por sí sola, con sus únicas fuerzas, no podía defenderse de tan poderosos enemigos; que los aliados no querían cumplir con sus obligaciones; por otra parte, que los enemigos afirmaban que no odiaban a la ciudad sino tan sólo a él, y de manera particular el rey había expresado que no era enemigo de Florencia, sino que la quería y deseaba su amistad, y que trataba de conseguirla atacándolo directamente a él ya que con otras medidas no había conseguido nada; por estas razones había decidido ir personalmente a Nápoles, considerando que este viaje sería el remedio más eficaz, porque si era cierto que los enemigos sólo deseaban apoderarse de él, lo tendrían en sus manos, y al desquitarse con él ya no tendrían que hostigar a la ciudad; si ellos querían la amistad pública más que a él, ésta era la forma para comprender rápido su punto de vista, y además para mejorar las condiciones de la paz; si en cambio querían otra cosa, con este viaje quedaría bien claro, y al saber lo que pedían, los ciudadanos encontrarían otra forma más eficaz de luchar para defender la libertad y el estado. Estaba perfectamente consciente del peligro que corría, pero había decidido que era preferible la salvación pública antes que su interés particular, ya sea porque todos los ciudadanos en general deben cumplir con la patria, o porque él en particular había recibido de ella más

beneficios y honores que ningún otro. Tenía la absoluta seguridad de que los ciudadanos allí presentes no cejarían en defender su estado y su constitución; les recomendaba su vida, su casa y su familia; sobre todo confiaba en que Dios, considerando la justicia pública y la buena intención particular, favorecería su propósito, de modo que por medio de él, Lorenzo, se detuviera y se apaciguara aquella guerra que había empezado con la sangre de su hermano y suya.

Estas palabras dejaron azorados a los que todavía no estaban enterados y, como en todos los asuntos de gran importancia, hubo opiniones muy variadas; pero, como él había dicho que no se trataba de pedir consejos, nadie se opuso. Así que encomendó la ciudad y el gobierno a los amigos políticos y se marchó aquella misma noche. Al día siguiente, llegando a San Miniato al Tedesco, escribió una carta a la Señoría pidiendo que lo disculparan por no haber informado antes sobre ese propósito suyo, porque pensaba que la situación más bien pedía hechos que palabras; luego exponía las razones de su viaje casi con las mismas palabras que había utilizado con los Diez y los de la reunión. Después llegó a Liorna, donde encontró dos o tres galeras que el rey Fernando había enviado para trasladarlo y, en cuanto recibió de Florencia la autorización para negociar lo que el pueblo florentino deseaba, se dirigió por mar a Nápoles. El rey Fernando, informado de esta decisión, creo que por los embajadores milaneses que negociaban la paz en Nápoles, a su petición había enviado las galeras a Puerto Pisano, y para dar una muestra de sus intenciones pacíficas, antes de que Lorenzo se marchara había ordenado al duque de Calabria que propusiera a la ciudad la suspensión de las hostilidades por un plazo de diez días, a lo que habían accedido.

Los venecianos se molestaron mucho por este viaje de Lorenzo al no haber sido informados por anticipado, por la sospecha de que la paz ya había sido firmada, que Lorenzo había

emprendido el viaje cuando todo ya estaba hecho y que ellos habían quedado abandonados a disposición de los demás; así que para impedirla si todavía no se firmaba o para tener una información segura si de verdad ya estaba firmada, y en cualquier caso para estar bien pertrechados y armados, de inmediato dieron la orden de que regresaran a Romagna las tropas que se encontraban en Toscana para auxiliar a los florentinos; luego solicitaron al estado de Milán y a los de Florencia que se renovara la alianza con motivo de que, por quién sabe qué indiscreción, en Roma y en muchos lugares circulaba el rumor de que había sido rota porque no se había respetado el articulado; así que era conveniente renovarla a fin de eliminar cualquier recelo que pudiera surgir. El estado de Milán aceptó, mientras que Florencia, para no interferir con las negociaciones de Nápoles, se rehusó. Los venecianos escogieron como capitán al magnífico Roberto Malatesta; pero como éste tenía el mismo cargo con los florentinos bajo contrato por varios años rehusó comprometerse con los venecianos antes de obtener la autorización de Florencia. Ellos insistieron tanto en que se le diera licencia, que la ciudad, para no enemistarse por completo, aun si después seguía una guerra, se la concedió, pero de muy mala gana. Mientras las hostilidades estaban suspendidas, Ludovico y Agostino de Campofregoso nos arrebataron la ciudad de Sarzana; Florencia se quejó con el duque de Calabria y el duque de Urbino de que esa plaza nos había sido quitada aprovechándose de sus promesas y utilizando incluso su gente; ellos aceptaron que se trataba de una cosa indebida y prometieron que presionarían con cartas y embajadores para que nos la devolvieran; pero no se vio ningún resultado, o por la terquedad de los Campofregoso o porque en realidad aquéllos hicieron todo lo contrario.

En esa época Florencia estaba como enferma; las virtudes cívicas habían bajado mucho, ya sea por aquella guerra tan larga,

como también por el hecho de que muchos ya no tenían miedo de hablar mal del gobierno, de buscar cambios y decir abiertamente que hubiera sido más justo que los cargos y los impuestos se repartieran no según el arbitrio de unos cuantos, sino de acuerdo con el dictamen de los consejos. Esta osadía se fundaba en que muchos creían que el rey detendría a Lorenzo, y conjeturaban que éste había perdido la esperanza de poder manejar la situación y que se había echado temerariamente a los brazos de aquel rey sin haber recibido ninguna promesa o seguridad; y, aun cuando la hubiese recibido, dicho rey no cumpliría por ser hombre desleal, como los hechos lo habían demostrado en el caso del conde Iácopo Piccinino y de otros. Y como este sentimiento iba cundiendo más y más en la ciudad, era imposible dedicarse a los preparativos de la guerra; algo más grave aún era que muchos ciudadanos funcionarios del estado, ya sea porque el gobierno de entonces no era de su agrado, o bien porque estaban convencidos de que Lorenzo nunca regresaría, pensaban en reformas y empezaban a apoyar a Girolamo Morelli. Éste, que gozaba de un enorme prestigio y era tan sabio, creo, como cualquier otro en la ciudad, y tal vez tenía la misma opinión acerca de Lorenzo, era considerado como algo sospechoso por el gobierno, bien por esa reputación, bien por alguna conducta suya poco clara. Los amigos del gobierno pensaban que ya era bastante si lograban mantener el estado sin cambios hasta que Lorenzo regresara, y trataban de hacer nombrar señorías en las que pudieran confiar.

Al llegar a Napóles Lorenzo fue recibido por el rey con grandes honores. Trató de convencerlo de que si le concedía la paz y lo dejaba continuar como jefe de estado, sacaría de Florencia, para sus propósitos, mucho más que eliminándolo; porque si en Florencia se cambiaba el gobierno, podría caer en manos de gente de la que el rey no podría disponer como del propio Lorenzo si quedara solo. El rey estuvo reflexionando

muchos días, ya que por una parte el papa lo incitaba a deshacerse de él, y por la otra le parecían verdaderas las razones de Lorenzo; mientras tanto, aguardaba para ver si esta ausencia provocaba algún cambio en Florencia. Por fin, viendo que en Florencia no se producía ninguna alteración, se decidió por la paz y por la conservación de Lorenzo, el cual, viendo que las cosas caminaban muy despacio, no se sentía muy tranquilo; en realidad la firma se aplazaba porque el rey quería realizarla causando el menor enojo posible al papa; y como la anuencia de Roma no llegaba, el rey permitió que Lorenzo partiera, después de asegurarle que de todos modos lo iba a hacer. Por lo tanto, Lorenzo se fue por mar, y llegando a Florencia fue recibido con grandes manifestaciones de alegría y afecto; poco después llegó la noticia de la paz que todos ansiaban, lo que le dio un enorme prestigio; de manera que el final fue tan lleno de alegría y gloria como su decisión inicial había sido peligrosa y tal vez demasiado temeraria.

En cuanto a nosotros, la paz incluyó algunas de las condiciones que por lo regular afectan a los vencidos, porque quedaron excluidos los señores de la Romagna que estaban bajo la protección de nuestra alianza, pero se confió en la palabra del rey que verbalmente había hecho concebir esperanzas de que se salvarían; no hubo problemas para la devolución de las plazas perdidas, que se dejaron al arbitrio del rey, quien en 1481, a fines de marzo, nos devolvió Vico, Certaldo, Poggio Imperiale, Colle de Valdelsa y Monte San Savino; Castellina y las otras fueron asignadas a Siena de acuerdo con un convenio que tenían firmado con el rey; se pagó cierta cantidad de dinero; de todos modos fue una paz con una desventaja menor de la que dejaba suponer nuestra situación. Además se concertó una liga general de toda Italia, disolviendo la anterior liga particular, y para que los venecianos no tuvieran dificultad en aceptarla se dispuso que todos los príncipes enviaran sus embajadores al rey, así como se

hizo en 1454, en la época del rey Alfonso. Todo fue ratificado por el rey, Milán, Ferrara y nosotros; el papa ratificó la paz; los venecianos, a quienes la liga no gustaba, no lo hicieron así; es más, contra lo que todos esperaban, concertaron una nueva alianza con el papa. Florencia envió a felicitar a éste y al rey, así como a los embajadores Antonio Ridolfi y Piero Nasi; sucesivamente se nombraron once embajadores para que fueran a Roma a pedir la dispensa de las censuras: Francesco Soderini, obispo de Volterra, Luigi Guicciardini, Bongianni Gianfigliazzi, Piero Minerbetti, Guido Antonio Vespucci, Gino Capponi, Domenico Pandolfini, Antonio de Médicis, Iácopo Landredini, Piero Mellini… los cuales con muchas reverencias y súplicas pudieron obtenerla.

La situación del territorio fuera de la ciudad se tranquilizó, mientras que la de la ciudad no pareció muy satisfactoria a los miembros del gobierno, así que se dedicaron a ajustar los ordenamientos para hacer más difícil el acceso al gobierno de la ciudad. Para la creación de los consejos comisionaron a treinta ciudadanos por varios meses, y luego a doscientos diez; éstos nombraron a nuevos escrutadores, establecieron una nueva contribución y agregaron otros cuarenta ciudadanos a los treinta anteriores, confiriéndoles muchas facultades, como la de nombrar a la Señoría y otros magistrados y la de controlar el provisionamiento de la ciudad; a esta última comisión se le conoció como Consejo de los Setenta, y originariamente debía durar en el cargo cinco años, pero luego se fue refrendando a cada vencimiento, así que resultó un cargo vitalicio. Y como la magistratura de los Diez había quedado vacante, al terminar la guerra se estableció que de entre los miembros del Consejo de los Setenta cada seis meses se eligiera a ocho ciudadanos, llamados los Ocho de Consulta, que debían vigilar los asuntos importantes del territorio externo, dedicándoles en tiempo de paz los cuidados que los Diez les dedicaban en tiempo de

guerra; de este modo ajustaron y reformaron el gobierno, aumentando el poder y la estabilidad de Lorenzo.

VII. GUERRA ENTRE VENECIA Y FERRARA. PAZ DE BAGNOLO. CAMPAÑA DE PIETRASANTA

(1482)

Establecida esta paz, Italia permaneció tranquila hasta 1482, cuando se produjeron divergencias entre los venecianos y Hércules, duque de Ferrara, acerca de las fronteras y algunos de sus antiguos convenios. Los venecianos no podían tolerarlas, ya sea por su altanería natural, o porque siempre habían dispuesto libremente de ese estado, y por otra parte Hércules se mostraba más reacio que en el pasado, pues se sentía muy seguro siendo yerno del rey Fernando y miembro de la alianza concertada entre el rey, Milán y Florencia; además a últimas fechas el representante de Venecia en Ferrara había sido excomulgado por el vicario del obispo, así que los venecianos, después de consultar con el papa y recibir su aprobación, decidieron declararle la guerra. Convencidos de que la victoria estaría segura actuando con rapidez, enviaron una gran flota hacia el río Po y dos ejércitos por tierra, uno del lado de Ferrara, al mando de Roberto de San Severino, y el otro en la Romagna, bajo las órdenes del Magnífico Roberto Malatesta; y así empezaron a hostilizar enérgicamente al estado de Ferrara. Por el otro lado los aliados, instigados no tanto por las obligaciones de la alianza sino más bien por el peligro general para toda Italia en el caso de que los venecianos llegaran a apoderarse de aquel estado, enviaron comisarios y tropas a Ferrara, no en la cantidad esperada, al mando de Federico, el duque de Urbino, esperando que con su presencia y prestigio se consiguiera algún beneficio.

El duque de Calabria se dispuso a salir del reino para ir en auxilio de su cuñado, pero el papa Sixto, que apoyaba a los

venecianos, le negó el paso y entonces él se unió a los Savelli y los Colonnesi, y juntos empezaron a hostigar las plazas de la Iglesia. Mientras el papa, el conde Girolamo y Virginio Orsini estaban ocupados en la defensa, los florentinos quitaron Cittá di Castello al dominio de la Iglesia, estableciendo en el gobierno a Niccolò Vitelli, que había sido expulsado por Lorenzo Iustini, jefe del partido enemigo. Para que el papa pudiera defenderse del duque de Calabria, los venecianos le enviaron al Magnífico Roberto; de este modo la guerra en el estado de Ferrara se aligeró en el frente de Romagna. Sin embargo, del lado de Ferrara, los venecianos, no teniendo obstáculos, ocuparon Rovigo y toda la zona del Polésine y fueron a sitiar Ficherolo, rodeando la plaza por tierra y por agua; pero los de adentro, gente muy esforzada, se defendían bravamente, también porque recibían toda la ayuda posible del duque Federico, acampado en la orilla opuesta, así que tardaron unos cuarenta o cincuenta días para expugnarla. En ese tiempo el duque Federico, enfermo por los malos aires de aquellos pantanos, falleció, con un perjuicio enorme para toda la alianza, por su gran lealtad, valor y prestigio. En los mismos días el Magnífico Roberto, con las tropas del papa, trabó combate con el duque de Calabria en un lugar llamado Campomorto, cerca de Velletri, y después de una lucha larga, encarnizada y brillante, el duque de Calabria fue derrotado y fueron capturados muchos barones romanos que lo acompañaban; pero él con la fuga se escapó de las manos de los enemigos. Después de aquella brillante victoria, el Magnífico Roberto, que se había enfermado por la enorme fatiga soportada en la batalla, fue trasladado a Roma, donde pocos días después falleció en la cumbre de la fama; fue sepultado en San Pedro y se le puso el siguiente epitafio en la lengua vulgar italiana:

Roberto soy, que vine, vi y vencí
al duque invicto y a Roma liberé,
y a él la fama y a mí la vida extinguí.

Murió por esas mismas fechas —algunos aseguran que exactamente el mismo día— en Ferrara el duque de Urbino.

Estos acontecimientos, como la derrota del duque de Calabria, la expugnación del Ficherolo y la muerte del duque de Urbino, favorecieron muchísimo a los venecianos, así que, al cesar la oposición, Roberto de San Severino, después de construir puentes y terraplenes en los puntos más adecuados, especialmente en Lagoscuro, muy importante por la debilidad de esa zona, atravesó el Po con su ejército y llegó hasta las puertas de Ferrara. El duque se asustó muchísimo, y ya habían decidido abandonar Ferrara y refugiarse en Módena si no lo hubiesen retenido las palabras enérgicas y alentadoras de Bongianni Gianfigliazzi, que se encontraba allá en calidad de comisario de los florentinos. Por lo visto, la victoria ya estaba en manos de los venecianos: ya habían cerrado el cerco alrededor de Ferrara con un poderoso ejército y una gran armada en el río Po; y por otra parte la ayuda de los aliados de Ferrara era muy limitada y no se podía esperar que enviaran más, porque el rey, después de la derrota, ni siquiera tenía tropas suficientes para obligar al papa a concederle el pago por su territorio; el estado de Milán estaba en guerra con los Rossi de Parma, quienes aprovechando las hostilidades de los venecianos, se habían rebelado, y todas las fuerzas de aquel estado estaban ocupadas en la reconquista de San Secondo, plaza muy fortificada; los florentinos por sí solos no podían ni querían detener aquella crecida; y como sucede en lo que se debe hacer con la colaboración de muchos, es inevitable que la frialdad de uno enfríe a los demás.

Pero el dominio de Italia todavía no estaba destinado a los venecianos, pues empezó a cambiar el viento de modo que toda la situación general también cambió, y no solamente se salvó Ferrara, sino que los venecianos estuvieron en gravísimo peligro de perder todo el territorio de tierra firme. El caso es que el papa

y el conde Girolamo, que hasta entonces los habían apoyado, les dieron la espalda y se unieron a la liga para la defensa de Ferrara. Las razones pueden ser varias: tal vez se irritaron con los venecianos porque éstos no habían cumplido con algún convenio mutuo; o bien porque los aliados los convencieron con alguna promesa; o incluso porque se asustaron, pensando que si los venecianos ganaban, llegarían a tener tanto poder que todos, amigos y enemigos, quedarían a su disposición. Por lo tanto, el papa ordenó a los venecianos que levantaran el sitio a Ferrara y devolvieran lo que habían arrancado a ese estado; y como aquéllos no obedecieron, en consecuencia, aunque no de inmediato, lanzó para ellos la excomunión y la interdicción; y a fin de establecer la manera de defenderse, se reunió una junta en Cremona en la que, además de los delegados de todos los otros estados de Italia, excepto Génova, intervinieron personalmente: el duque de Calabria, Ludovico Sforza, Lorenzo de Médicis, el marqués de Mantua, Giovanni Bentivogli y, si no me equivoco, el conde Girolamo, además de Francesco Gonzaga, cardenal de Mantua y legado pontificio. Terminada esa reunión, el legado pontificio y el conde Girolamo se dirigieron a Ferrara, y mientras se dedicaban a la defensa aumentando las tropas, Ludovico expugnó San Secondo y eliminó del estado a los Rossi, así que al poder contar con todo el ejército milanés se decidió atacar a los venecianos del lado de Milán en la zona de Brescia. Esta campaña fue más rápida porque el conde Roberto (de San Severino), esperando poder infiltrarse en Milán y crear agitaciones, abandonó la zona de Ferrara, tendió un puente sobre el río Adda y llegó hasta las puertas de Milán; pero no viendo alteraciones, regresó sin conseguir nada; y como la estación ya estaba muy adelantada para guerrear, las actividades bélicas fueron suspendidas.

En ese mismo verano, Florencia recuperó las ciudades que los seneses nos habían ocupado en la guerra de 1478; esto se debió a

que los seneses habían cambiado su gobierno y habían desterrado a muchos ciudadanos, los cuales se habían reunido en la frontera, esperando ayuda del papa o del rey, así que los gobernantes se preocuparon y para su seguridad y recursos concertaron una alianza con Florencia, y devolvieron Castellina y las otras plazas. Luego fueron a poner sitio a Sarzana, pero no la ocuparon porque en Lunigiana tenían pocas tropas y las anteriores no podían demorarse porque debían estar en Lombardía.

Al año siguiente el ejército de la alianza, muy fuerte y ampliamente superior a los venecianos, ocupó Asola y muchos lugares de las zonas bresciana y bergamasca; y como la racha favorable no cesaba, el duque de Calabria fue informado de que el baluarte de Lagos-curo no estaba bien protegido y pensó que cayéndole de sorpresa podría expugnarlo y así liberar a Ferrara de toda la guerra, de modo que con su gente marchó de inmediato hacia Ferrara. Pero en esos días se desató una violenta tempestad en el Po, y las barcas que había solicitado no llegaron a la desembocadura oportunamente para cruzar el río; y mientras se quedaba esperándolas, el conde Roberto, que venía atrás de él con el ejército, lo alcanzó y llegó al baluarte antes que él.

En el mismo año Giovan Francesco, conde de Caiazzo, y Galeazzo, hijos del conde Roberto, tomaron contacto con Ludovico con el fin de ser contratados por él, y al principio incluso le dieron esperanzas acerca de su padre Roberto; luego, pensando que él no lo haría, con algunas personas leales huyeron en secreto del campo veneciano y entraron en la zona de la alianza. Esto fue considerado un hecho muy favorable, porque se pensaba que los venecianos empezarían a recelar del conde Roberto y tratarían de protegerse de él o simplemente de no utilizarlo; pero él, muy hábil, en cuanto se enteró de la situación, se dirigió a una fortaleza veneciana, y llamando al

alcaide le ordenó, con la autoridad que había recibido del gobierno en virtud de su capitanía, que lo encerrara a disposición del gobierno, cosa que aquél no quiso hacer. Con esta estratagema y otras artes logró tranquilizar a los venecianos al punto de que éstos le enviaron comisionados para darle ánimo y asegurarle que le tenían más confianza que nunca.

Los venecianos, con gran habilidad, habían iniciado pláticas de paz, especialmente con el papa, pero no tanto para llevarla a efecto sino para tratar de introducir sospechas entre los aliados a fin de separarlos o cuando menos restarles ánimo, con el señuelo de lapaz, en los preparativos que se estaban organizando; pero su maniobra fue descubierta y no sólo se pensaba en una condición pacífica, sino que al finalizar ese año los aliados se reunieron en Milán con el fin de definir las disposiciones oportunas para continuar enérgicamente la guerra el año siguiente, así que durante ese invierno los venecianos estuvieron muy angustiados haciendo planes y tratando de conseguir gente y dinero para defenderse. Al llegar el verano, el duque de Calabria salió en campaña con el ejército de la alianza, tan aguerrido que el conde Roberto no podía enfrentársele en campo abierto, así que conquistaban todos los lugares donde ponían sitio. Por ello los venecianos, viendo que su fama menguaba cada día, atemorizados y con pocas esperanzas, ni siquiera lograban tomar las medidas necesarias y se debilitaban cada día más, a pesar de que su flota había expugnado Gallípoli, en el reino; de modo que parecía evidente que no hubieran podido impedir a los enemigos ocupar Brescia o Bérgamo, y luego, con mayores fuerzas y más prestigio, y apoyados por poblaciones importantes, quitarles todo el dominio de tierra firme en Italia.

Pero aquella fortuna, que muchas veces fue favorable para prestigio, defensa y ornamento de Italia frente a los extranjeros y para perjuicio y desgracia de Italia para los italianos, no los abandonó en ese grave peligro. En efecto, mientras el ejército de

la liga se encontraba en Bagnolo, por una parte Ludovico Sforza comenzó a preocuparse de que al ser liquidados los venecianos, el duque de Calabria, con el favor de los aliados, podría quitarle el estado de Milán que él gobernaba en nombre de Giovan Galeazzo, sobrino suyo y yerno del duque de Calabria; por la otra, los venecianos calladamente le prometieron ayudarle para conservar su gobierno y quizá conseguirle el título de duque de ese estado, y además es probable que le ofrecieran en secreto una buena suma de dinero; así que empezó negociaciones de paz con Roberto de San Severino, y al poco tiempo la firmó con condiciones humillantes para la liga: ésta debía devolver todas las ciudades y plazas conquistadas a los venecianos en esta guerra, y recíprocamente los venecianos devolveríanal rey y al duque de Ferrara todos los lugares ocupados, exceptuando Rovigo con todo el Polésine, y conservarían en Ferrara y su territorio las antiguas exenciones, privilegios y preferencias, y el estado de Milán conservaría los lugares que había quitado a los Rossi; no se mencionó la disputa entre los florentinos y los Campofregoso por el territorio de Sarzana, y tampoco la inclusión del actual estado de Siena en la Liga General; Roberto de San Severino seguiría al servicio de los venecianos y se le daría el título de capitán general de toda Italia.

Esta paz disgustó a todos los aliados, porque en su opinión se perdía la oportunidad de proteger a Italia por algún tiempo de los venecianos y les causaba desazón las condiciones humillantes, especialmente al duque de Ferrara porque volvía a la antigua dependencia, se quedaba sin el Polésine, zona muy importante de su estado, y otra vez tenía a los venecianos a cuatro millas de las puertas de Ferrara; desagradó a los florentinos porque no se habían tomado en cuenta sus problemas particulares de Sarzana y Siena, cosa que ellos deseaban vivamente, y además se quejaban de que, después de haber hecho por la defensa de Ferrara y el provecho general más

de lo que les tocaba, los habían dejado a un lado; sin embargo, como no se podía continuar la guerra sin el estado de Milán, todos, de común acuerdo, ratificaron la paz.

No mucho después de firmada la paz, de pronto murió el papa Sixto IV, quien había sido un hombre muy valiente, inquieto y tan enemigo de la paz que en su tiempo Italia estuvo de continuo en guerra, y ya sea porque esta inclinación era natural en él como también porque, como todos sabían, la última paz le había causado un disgusto y un coraje grandísimos, corrió la voz de que había muerto de dolor por esa paz y circuló ampliamente un dístico que decía:

Nulla vis saevum potuit extinguere Xistum;
audito tantum nomine pacis obit.[1]

En su lugar fue nombrado…[2] cardenal de Molfetta, originario de Génova, quien tomó el nombre de Inocencio VIII.

En ese tiempo los florentinos, deseosos de recuperar Sarzana, con la aprobación del rey y del gobierno de Milán, decidieron enviar allá un ejército; reunieron gente y provisiones y nombraron comisario a Iácopo Guicciardini; ya estaban cerca de Sarzana cuando su condestable, Paolo del Borgo, pasando por Pietrasanta, que pertenecía a Génova, escoltando algunas mulas cargadas de víveres en camino hacia el campamento, fue asaltado y despojado incluso de las bestias por los del poblado; de inmediato las tropas de Sarzana se dirigieron a Pietrasanta, donde pusieron el campo, fundándose en un artículo del tratado de paz respecto a que si alguien fuera a recoger cosas suyas y algún poblado se lo impidiera, se le podía atacar. Ésta fue una treta urdida por los florentinos, porque les gustaba mucho más Pietrasanta, por la calidad del lugar y por su utilidad e importancia en caso de una guerra contra Lucca.

Mientras nuestras tropas estaban acampadas cerca de Pietrasanta, de las costas de Génova llegaron varios miles de infantes que no encontraron resistencia porque nuestro ejército carecía

de infantería y los caballos eran inútiles por ser esos lugares muy abruptos; por esto nuestro ejército se encontró en tan grave peligro que fue obligado a levantar el campamento y retirarse. Pero Florencia no quiso soportar de ninguna manera esa humillación, así que aumentaron las infanterías, les enviaron todos los pertrechos necesarios y para dar mayor importancia a esa campaña y llevarles órdenes de pago les despacharon en calidad de comisarios, junto con Iácopo Guicciardini, a Bongianni Gianfigliazzi y a Antonio Pucci; se cerró el sitio en tal forma que no podía llegar ninguna ayuda a la plaza. Los de adentro se defendían valientemente, y afuera en nuestro ejército a causa de los malos aires se enfermó mucha gente; los tres comisarios fueron transportados enfermos a Pisa, donde pocos días después fallecieron Bongianni Gianfigliazzi y Antonio Pucci. Por fin los sitiados, perdida la esperanza de que les llegaran auxilios, serindieron, a condición de que se respetaran los bienes y las personas, y así se les cumplió. Ésta fue una buena adquisición porque, además de la calidad de la plaza, era un peldaño que facilitaba la empresa de Sarzana; constituía algo así como un freno a la boca de Lucca que la obligaba a permanecer de manera constante en estado de alerta, y por último representaba un recurso muy poderoso contra las otras plazas y lugares cercanos de Lunigiana.

[1] “Ninguna fuerza pudo apagar al feroz Sixto; / pero con sólo oír la palabra ‘paz’ se murió.”

[2] El nombre que falta es el de Giovanni Battista Cibo.

VIII. LA CONSPIRACIÓN DE LOS BARONES EN NÁPOLES (1484). POLÍTICA DE LORENZO

(1484-1491)

Después de la elección de Inocencio VIII en Italia estallaron nuevas guerras y tumultos; la causa fue que en 1484 muchos barones y príncipes del reino de Nápoles, y con ellos los habitantes de Aquila, descontentos con el rey Fernando, se rebelaron en su contra, y fueron puestos bajo la protección de Inocencio, quien esperaba de este modo destruir al rey, adueñarse de ese reino y disponer de él a su arbitrio, y por esto contrató a Roberto de San Severino para enviarlo contra el monarca. Esta iniciativa desagradó mucho a Milán y a Florencia, y previendo hacia dónde miraba la codicia del papa, ya por anticipado habían decidido —para oponerse a las ambiciones eclesiásticas que no acabarían nunca, y para cumplir con las obligaciones de la alianza— ayudar al rey Fernando con todas sus fuerzas; de todos modos trataron de convencer al papa de que no se entrometiera, manifestándole claramente que si actuaba de otro modo se sentirían ofendidos. Por su parte, Ludovico expuso a los venecianos lo pernicioso que sería para toda Italia ese movimiento, y les suplicó que para mantener la tranquilidad común no concedieran licencia a Roberto de San Severino para ir al servicio del papa; así, quitándole de las manos ese instrumento le quedarían pocas fuerzas para perturbar a Italia. Ellos prometieron hacerlo, pero luego le concedieron la licencia, tal vez para no enemistarse con el papa o porque les gustaban las guerras ajenas, quedándose ellos neutrales para sacar provecho según sus costumbres.

La situación interna del reino, por las muchas rebeliones, era

muy desfavorable para el rey, y las cosas empeoraban por la llegada de Roberto en forma tal que si no le llegaba apoyo de los aliados, no tendría salvación; de todos modos, si la guerra se desarrollaba totalmente en el reino, las cosas estaban tan enredadas que la ayuda no podría ser muy eficaz. Por lo tanto se pensó, para distraer la atención, llevar la guerra al territorio de Roma y se contrató a Virginio Orsini, al conde Niccolò de Pitigliano y a los otros Orsini. El duque de Calabria, con una parte de las tropas aliadas, entró en el territorio de Roma, pero mientras esperaba que el ejército aumentara sus efectivos al unírsele los Orsini que estaban en Bracciano, Roberto de San Severino expugnó el puente Nomentano (donde la artillería desgarró la boca de su hijo Fracasso) y algunas otras plazas de los Orsini, de modo que el cardenal Battista Orsini, Giulio y Organtino Orsini, contra la voluntad de los otros miembros de la familia, se entregaron al papa con muchos otros poblados. Así, los aliados no podían disponer de esas posiciones; además, el estado del rey se encontraba en un peligro bien evidente y era imposible que las tropas de la liga llegaran a unirse en Bracciano con Virginio Orsini y el conde de Pitigliano, a menos que se hiciera un esfuerzo más grande; en realidad esta gente y el reino estaban a merced del enemigo; por eso el duque de Calabria se dirigió a Florencia para consultar sobre esta situación, y estando en Montepulciano pidió que se le enviaran dos de los Ocho de Consulta para conferenciar con ellos. Salieron para allá Giovanni Serristori y Pierfilippo Pandolfini, quienes informaron a Florencia que en opinión del duque, para alejar la guerra del reino, sería bueno declararla a Perusa. Florencia y Milán examinaron esta opinión y llegaron a la conclusión de que eso no lograría librarnos de aquellos males, porque la empresa de Perusa sería difícil, como demostró la experiencia de 1479, y además porque era necesario atacar al papa justo en el centro de su potencia; es decir, el territorio de Roma; por lo tanto,

decidieron aumentar los efectivos del ejército lo suficiente como para lograr que el duque pudiera hacer contacto con los Orsini; lográndose esto, pensaban, la guerra estaba ganada.

Por lo tanto, se enviaron tropas según lo acordado, y a pesar de que los milaneses se demoraron más, Ludovico entregaba el dinero despacio y de mala gana; de todos modos, presionado con mucha insistencia por los florentinos —quienes al principio de la guerra habían enviado allá, con este objeto, a Iácopo Guicciardini como embajador— por fin cumplió con su obligación. Con este ejército el duque llegó a Pitigliano, pero allí perdió muchos días porque Roberto de San Severino, con sus tropas asentadas ventajosamente en lugar intermedio, le impedía el pago; luego, una tarde trabaron batalla en el cerro de Campagnano, donde los enemigos no podían resistir y hasta perdieron terreno; los nuestros atacaron en tal forma que si no sobreviene la noche, con seguridad los habrían desbaratado. Por fin, como los nuestros eran más numerosos, pasaron y llegaron a Bracciano y, debido a que los enemigos no podían arriesgarse a atacar, se recuperaron las plazas de los Orsini que se habían perdido, las que se habían acordado con el papa se rebelaron y se ocuparon algunas más.

Ya con anterioridad el papa, viendo que la liga se mantenía efectiva, por medio del cardenal de San Pietro in Vinculis se había puesto en contacto con el duque de Lorena, quien sostenía las pretensiones de la Casa de Anjou sobre el reinado, para que viniera a Italia, prometiendo favorecerlo en la empresa del reino; convencido, el duque se preparaba para venir a Italia, contando con cierto favor del rey de Francia y de los genoveses, y había enviado embajadores a Florencia pidiendo que se dejara de apoyar al rey Fernando y de hostilizar a la Iglesia; asimismo, que lo ayudaran en su empresa, haciendo memoria de las ofensas que Florencia había recibido del rey Fernando, de los beneficios obtenidos de la Casa de Francia, y la antigua y debida

reverencia a la Iglesia. Se le contestó que Florencia por naturaleza deseaba la paz y que precisamente para conservarla se había aliado, bastantes años atrás, con Nápoles y Milán; que en forma sucesiva, debido a que el papa, olvidando sus obligaciones, había provocado una nueva guerra, se había visto obligada a tomar, junto con Milán, la defensa del rey Fernando, ya sea para cumplir con la palabra dada, como también para detener a quien quisiera invadir lo ajeno; que el papa hasta entonces no había mencionado al duque de Lorena, antes bien había llevado la guerra como asunto particular suyo; que esta maniobra no era para favorecer al duque, sino para aprovechar su nombre y reputación; por lo tanto, Florencia no podía tomar ninguna decisión hasta que se aclarara si ésa era de verdad la intención del papa, y en caso positivo consultaría el asunto con los aliados, y en todo lo que fuera conforme a honradez se acordaría de las obligaciones que tenía con la Casa de Francia.

En la contestación se les indicó ese pretexto para evitar que se molestaran, porque eran embajadores no exclusivamente del duque, sino también del rey, con quien había que tratar con mucho tacto por el problema de los comerciantes; sin embargo, en Milán, que podía actuar con mayor franqueza, cuando expusieron los mismos requerimientos se les dio una respuesta más enérgica. Mientras tanto, la llegada del duque de Lorena, tema diario de conversación, suscitaba bastante temor, al punto de que Lorenzo de Médicis, sabiendo que la ciudad en general simpatizaba con Francia y en cambio odiaba al rey Fernando, temiendo cargar con una responsabilidad demasiado grave y además recordando que la iniciativa de ayudar al rey había disgustado a muchos ciudadanos, ya estaba a un paso de cambiar su decisión, cuando los venecianos, que no querían extranjeros en Italia, se acercaron al rey y una paz inesperada calmó toda la situación. Ello debido a que Inocencio VIII, viendo que en el reino de Nápoles los barones se estaban

debilitando y que muchos ya habían vuelto a la obediencia del rey, que además la liga, muy reforzada, representaba un serio peligro dentro del territorio de Roma, de repente por conducto de Gian Giacomo Triulzi y de Gioviano Pontano, secretario del duque de Calabria, firmó la paz con la liga; con ella se arregló lo de Roma, mientras que los barones y Aquila fueron abandonados al arbitrio del rey; se acordó que Roberto de San Severino dejara el servicio del papa y saliera de su territorio; de Sarzana y otras aspiraciones de los florentinos no se habló, dejando descontenta a la ciudad.

Firmada la paz, Roberto de San Severino, cesado, se encaminó hacia Romagna para establecerse con sus tropas en territorio veneciano; pero esto no se le permitió, y para no atraerse hostilidades, tuvo que dejar sus tropas en poder de los enemigos y marcharse con pocos caballos a Ravena y de allí a Venecia. El rey, al ser informado de la paz, antes de publicarla mandó detener a Cóppola, conde de Sarino y secretario, al señor Impou, al señor Anello y a otros que secretamente habían confabulado contra él, y al castigarlos como se merecían descubrió que poseían un patrimonio de más de trescientos mil ducados; después empezó a arreglar sus asuntos personales, sin encontrar resistencias por parte de los enemigos, que habían sido abandonados, y los eliminó a todos; así se volvió dueño único y absoluto de aquel reino, como nadie lo había sido en mucho tiempo; tanto que se considera que fue muy afortunado con esa guerra pues le dio la oportunidad de librarse de los barones.

El papa, al fracasar su primera iniciativa, trocó por completo sus pensamientos a pacíficos y se acercó mucho a nuestra ciudad; casó a Franceschetto, hijo suyo ilegítimo, con Magdalena, hija de Lorenzo de Médicis, y a un hijo de éste, Juan de Médicis, todavía niño, lo nombró cardenal; trabó amistad tan íntima con Lorenzo que este último durante toda su

vida lo manejó a su gusto en sus iniciativas, consiguiendo un enorme prestigio. Debido a que en la negociación de la paz no se tuvieron en la debida cuenta los requerimientos de Florencia como lo exigían sus méritos en cuanto a los gastos sostenidos durante la guerra, nuestra ciudad se quejó amargamente con el rey y el duque Ludovico, y ellos, persuadidos de que era justo, prometieron favorecernos en la empresa de Sarzana; la ciudad, ansiosa de recobrar lo suyo, mostraba que pronto realizaría la empresa, cuando los genoveses, en el año de 1487, fueron a asistir a Serezzanello, para vengarse del perjuicio sufrido en Pietrasanta, y debido a que el lugar estaba muy fortificado y parecía inexpugnable con los métodos habituales, por consejo de un ingeniero suyo empezaron a abrir un túnel para llegar abajo de los muros del castillo, colocar allí pólvora para morteros y encenderla, esperando que la fuerza del explosivo llegara a cuartear y derrumbar el castillo.

Florencia, al enterarse del ataque inesperado, destacó allá las tropas que teníamos en Pietrasanta, ordenó que se dirigieran allá todas las de infantería que fuera posible, y enviaron en calidad de comisarios a Iácopo Guicciardini y Piero Vettori; éstos, con las tropas que ya tenían, acamparon cerca de Serezzanello, con el fin de dar ánimo a los sitiados y con la esperanza de recibir ayuda, pero decididos a no atacar hasta que engrosara el ejército con la gente que se estaba reuniendo y con la ayuda que debía llegar de Milán. Mientras tanto los genoveses seguían cavando y ya habían llegado debajo del revellín; pero al intentar seguir más adelante se encontraron con una roca muy dura que requería mucho esfuerzo para poder romperla, y el tiempo ya no sobraba, porque el enemigo aumentaba sus efectivos cada día más. Por lo tanto, pusieron fuego a la pólvora y con la explosión el revellín se abrió con estruendo y se derrumbó, ocasionando la muerte de los doce o dieciséis hombres que estaban adentro; el castillo se cimbró pero no se derrumbó, porque el túnel no había podido

llegar debajo de él, pero se vio que la idea había sido buena y que iba a tener éxito; por lo tanto, los sitiados, espantados por la explosión, empezaron a hacer señales pidiendo ayuda porque ya no podían resistir más; por esto se acordó anticipar el ataque sin esperar más tiempo, temiendo llegar demasiado tarde si seguían esperando. La mañana siguiente, día de la Pascua de Resurrección, asaltaron el campo enemigo y se produjo un choque tremendo y reñido; por fin los nuestros resultaron vencedores, con una sangrienta vapuleada en la que muchísimos enemigos quedaron prisioneros, entre los cuales estaba Gian Luigi Fiesco. Después de esta victoria los comisarios se dirigieron con nuestras tropas a Sarzana, donde les llegaron los refuerzos de Nápoles y de Milán y establecieron el sitio; allí continuaron los éxitos, pues tomaron a San Francesco por asalto, y después de haber peleado bastante y bombardeado la plaza, se acordó intentar otro vigoroso ataque, pero los sitiados se rindieron, a condición de que se respetaran los bienes y las personas.

En esta forma terminaron las empresas Pietrasanta y Sarzana y su gobierno, logrando asegurar, como se creyó entonces, el flanco de Pisa y las otras plazas de esta zona, con mucha vergüenza para los genoveses. Éstos, ardidos por dichas pérdidas, al año siguiente vinieron a sitiar Liorna con muchas galeras y otras naves, y para poder bombardear nuestras torres marinas pusieron en el mar, con bastante trabajo, una plataforma de vigas, sobre la cual instalaron las artillerías. En la torre del faro estaba el comisario Piero Vettori, y en Pisa, para ayudar a Liorna, los comisarios Iácopo Guicciardini, Pierfilippo Pandolfini y Piero Capponi; éstos ya temían que Liorna se perdería, pero los vientos empezaron a soplar en dirección contraria a los genoveses, y entonces se animaron lo suficiente para hacer llegar ayuda a los sitiados; así que los ofensores, viendo que ya no podían hacer nada, se retiraron.

El año siguiente, yendo Isabel de Aragón, hija de Alfonso, duque de Calabria, a casarse con Giovan Galeazzo, duque de Milán, y debiendo pasar por Liorna, por consideración a su padre y a su esposo, como también por la amistad que los unía a Florencia, se deliberó tributarle grandes honores, y para este fin se enviaron a Liorna para organizar la recepción a los comisarios Iácopo Guicciardini, Pierfilippo Pandolfini y Paolantonio Soderini, los cuales, de acuerdo con la comisión que les fue encargada, la recibieron con todos los honores.

En este mismo tiempo, siendo gonfalonero de justicia Nero Cambi y debiéndose sortear la nueva Señoría (sorteo que no se puede efectuar sino con la asistencia de dos terceras partes de los señores y los colegios), sucedió que estando fuera de Florencia muchos colegios y no habiendo un número suficiente de asistentes, el sorteo no se pudo efectuar a la hora fijada; se envió por ellos a los estableros a sus quintas; el número se integró por la tarde y entonces se llevó a cabo el sorteo. El gonfalonero en cargo se molestó y propuso a sus colegas que se excluyeran tres o cuatro colegios que se habían ausentado de Florencia sin permiso, y como con esta sola razón no hubieran accedido, agregó que ésta era la voluntad del gobernante; Lorenzo de Médicis se molestó mucho por esto y también muchos ciudadanos miembros del gobierno; su temor era que si se establecía la costumbre de que una Señoría pudiera excluir a ciudadanos sin consultar con el gobernante, su gobierno caminaba por el filo de una navaja y bastarían seis habas negras[1] para echarlos de Florencia; por consiguiente, cuando ese gonfalonero dejó el cargo, se discutió el caso, se readmitieron los colegios excluidos y a Nero Cambi se le excluyó para siempre.

En la misma época, estando toda Italia en paz y la situación de Florencia en gran tranquilidad y dicha, se empezaron a reajustar muchas cosas internas: se quitó a los Setenta la facultad de nombrar a la Señoría, y para que todo quedara bajo un

control más estricto, se escogieron los escrutadores que debían nombrarla; además parecía conveniente poner en orden muchas otras cosas en la ciudad, por ejemplo, el nombramiento de los magistrados, los impuestos, el Monte, las aduanas; para evitar los problemas y el aburrimiento de las deliberaciones y reuniones de los consejos, las autoridades competentes confirieron poder y jurisdicción a diecisiete ciudadanos, para que pudieran acordar sobre todos los asuntos de la ciudad como si fueran el propio pueblo de Florencia; así se nombraron los dichos diecisiete ciudadanos, que fueron: Lorenzo de Médicis, Iácopo Guicciardini, Bernardo Neri, Niccolò Ridolfi, Pierfilippo Pandolfini, Giovanni Serristori, Agnolo Niccolini, Piero Alamanni… Antonio di Bernardo (Dini). Y como Iácopo Guicciardini murió estando en cargo, en su lugar se nombró a su hijo Piero. Estas personas hicieron muchas reformas en la ciudad, y entre otras cosas volvieron a ordenar que los derechos aduanales se pagaran con moneda blanca, que valía un cuarto más que la otra, y en la misma forma los súbditos pagaran impuestos y avalúos; con esto aumentaron muchísimo los ingresos de la ciudad, pero con grandes protestas generales y del pueblo, quien se lamentaba de que por esta orden hubieran subido los precios de los víveres y lo necesario para comer.

En el mismo año el papa Inocencio enfermó de gravedad y se temía que falleciera, así que se nombraron dos embajadores para Roma, con la orden de montar a caballo en seguida, Guidantoni Vespucci y Piero Guicciardini; el motivo era el de luchar denodadamente en nombre de Florencia para que fuera admitido en el cónclave, en calidad de cardenal, el hijo de Lorenzo de Médicis, Juan, que sí había sido nombrado cardenal por Inocencio, pero no se había dado a conocer, por su edad, ni había recibido el capelo; pero después el papa de modo inesperado recobró la salud, de manera que no fueron.

En el año siguiente, 1491, en medio de una gran tranquilidad

general, Lorenzo se dedicó totalmente a las artes de la paz, y además, según afirman algunos, a reformar el gobierno y conseguir el nombramiento de gonfalonero vitalicio; al mismo tiempo pensó en reordenar la ciudad de Pisa, que se había empobrecido muchísimo y se estaba despoblando y reduciendo sus actividades; y como le pare-cía conveniente encargar esta empresa a los cónsules llamados del Mar, cambió el método de su nombramiento, que se hacía mediante escrutinio, su número, que era de cinco, así como su autoridad, que había sido ordinaria. Dispuso que se seleccionaran por nombramiento directo, en número de setenta, tres de los cuales con poderes amplísimos, o sea: Lorenzo Morelli, Filippo de la Antella y Piero Guicciardini; éstos debían controlar la reforma de Pisa, dedicarse a fortificar Liorna y armar grandes barcos para volver a la navegación como antes de la guerra contra los genoveses. Todas estas iniciativas estaban empezando a tomar cuerpo, pero se interrumpieron por el suceso que describiré más adelante. En este mismo tiempo se fortificó Sarzana haciéndola prácticamente inexpugnable, por la razón de que cualquier ejército de cierta consistencia procedente de Lombardía debía pasar por allí; se construyeron magníficas fortificaciones en Poggio Imperiale y en todo el territorio; nuestra situación era inmejorable tanto en lo referente a leyes como a nuestro poder bélico.

[1] Se refiere a los seis votos que darían la aprobación de dicha medida. Véase pp. 223-225. [N. del E.]

IX. MUERTE DE LORENZO DE MÉDICIS. SU SEMBLANZA. COMPARACIÓN CON COSME I

(1492)

FLORENCIA GOZABA DE LA TRANQUILIDAD MÁS ABSOLUTA, estaban bien unidos e integrados los ciudadanos del grupo gubernamental, y el régimen tan fuerte, que nadie se atrevía a criticarlos; todos los días el pueblo se divertía con espectáculos, fiestas y nuevas distracciones; la comida no faltaba porque en la ciudad había abundancia, y todas las actividades estaban florecientes y sólidas; las personas cultas y de talento también estaban satisfechas porque las buenas letras, las artes y cualquier tipo de actividad artística tenía aceptación y consideración; en una palabra, internamente disfrutaba de paz y tranquilidad total, mientras que en el exterior gozaba de gran prestigio y fama por la inmensa autoridad de su gobierno y su caudillo, por haber ampliado su territorio hacía poco y por haber sido el elemento más importante en la defensa de la independencia de Ferrera primero, y después del rey; por la posibilidad de contar con el papa sin restricciones, por su alianza con Nápoles y Milán, y por ser, en cierto sentido, el centro equilibrador de toda Italia; pero de repente se produjo algo que cambió toda la situación con gran desconcierto no sólo en Florencia, sino en toda Italia. Se trataba de lo siguiente: durante el año de 1491 Lorenzo sufrió una enfermedad larga, a la que en un principio los médicos no dieron mucha importancia y tal vez no trataron con la debida atención; ocultamente se fue agravando, hasta que el día… de abril de 1492 falleció.

Las graves consecuencias de esta muerte fueron anunciadas por varios presagios: poco tiempo antes apareció un cometa; se

oyeron aullar los lobos; en la iglesia de Santa María Novella una mujer enloquecida gritó que un toro con cuernos de fuego incendiaba toda la ciudad; algunos leones se pelearon y uno de ellos, el más hermoso, fue despedazado por los otros; y por último, uno o dos días antes de su muerte, durante la noche, un rayo dio en la linterna de la cúpula de Santa Reparata y provocó la caída de unas piedras muy grandes en dirección de la casa de Médicis; algunos consideran prodigioso también el hecho de que el maestro Piero Lione de Spoleto, considerado el primer médico de Italia, después de curarlo, corrió como desesperado a echarse en un pozo, donde se ahogó, aunque algunos afirmaron que lo habían echado al pozo.

Lorenzo de Médicis tenía cuarenta y tres años cuando murió y había sido jefe del gobierno de la ciudad durante veintitrés, pues cuando falleció su padre Piero, en 1469, él tenía veinte años; y a pesar de que era tan joven y estaba bajo el control de Tommaso Soderini y otros viejos políticos, en poco tiempo se consolidó y adquirió tanto prestigio que gobernaba la ciudad de acuerdo con su propio criterio. Su reputación luego fue creciendo día con día, llegando a lo máximo cuando la conjuración de 1478 y después de su regreso de Nápoles, así que hasta su muerte gobernó y dispuso de la ciudad como si fuera dueño absoluto de ella. Ahora bien, considerando que la grandeza de este hombre fue en realidad excepcional, que Florencia nunca tuvo un ciudadano que se le pareciera y que su reputación fue tan espléndida, después de muerto igual que durante su vida, no me parece superfluo, sino más bien sumamente útil, describir con cierto detalle su manera de portarse y sus dotes, aunque estos datos no los puedo tomar de mi experiencia personal, porque cuando murió yo era un niño, sino de personas y fuentes auténticas, fidedignas y de tal naturaleza que, puesto que yo estoy bien orientado, lo que escribiré no será más que la pura verdad.

Lorenzo tuvo muchas y muy insignes virtudes, aunque también se observaron en él algunos vicios, algunos naturales, otros forzosos. Su autoridad fue tan absoluta que en su época, no se puede negar, la ciudad de Florencia no fue libre, aunque en ella hubiera profusión de todas las satisfacciones y dichas que pueden encontrarse en una ciudad nominalmente libre pero de hecho y de verdad sometida a la tiranía de un ciudadano; las cosas que él hizo, aunque en ciertos aspectos puedan ser censuradas, fueron extraordinarias; su magnitud asombra más al examinarlas en detalle que al enumerarlas debido a características de la época, y no porque les faltara algo, ya que no fueron acompañadas por aquellos resonantes hechos de armas ni de aquel arte y rigor militar que tanta gloria proporcionó a los antiguos. De él no se dirá que haya defendido de modo brillante una ciudad o que haya expugnado valientemente alguna plaza fortificada, ni que se haya valido de alguna ingeniosa estratagema en alguna guerra o que haya ganado alguna fulgurante victoria sobre los enemigos; por esto en sus hazañas se extraña el halo guerrero, pero abundan en él todas las señales y características de aquella grandeza que se puede observar y admirar en la vida civil. Además, ninguno de sus adversarios o de los que lo denostaron niega que tuviera una inteligencia superior y única, y el hecho de haber gobernado por veintitrés años la ciudad, aumentando sin cesar su poder y prestigio, constituye una prueba que sólo un loco podría negar; especialmente si se considera que ésta es una ciudad en que rige la más amplia libertad de expresión, en donde abundan las inteligencias muy sutiles e inquietas, que su territorio es muy limitado, así que no puede con sus utilidades mantener a todos los ciudadanos, pues sólo una pequeña parte queda satisfecha y los demás deben ser excluidos. Lo atestiguan la amistad y el gran prestigio que tuvo con muchos príncipes, en Italia y fuera de ella: el papa Inocencio, el rey Fernando, el duque Galeazzo

Sforza, el rey Luis XI de Francia y hasta el emperador de los turcos, el sultán, quien le obsequió, en los últimos años de su vida, una jirafa, un león y unos potros; esto se debía únicamente a su gran habilidad al tratar a estos príncipes con tacto y talento. Para quienes pudieron escucharlo, lo atestiguan sus conversaciones públicas y privadas, llenas de agudeza y donaire, con las cuales en muchos tiempos y lugares, pero especialmente en la junta de Cremona, se hizo famoso. Lo atestiguan también sus escritos, tan vehementes y sustanciosos que más no se puede pedir; y todo ello lució mucho más porque lo acompañaba una elocuencia brillante y una dicción refinada.

Su criterio era bueno, de hombre experimentado, pero no era de una excelencia comparable con su inteligencia; y en efecto se le censuraron varias empresas por temerarias: la guerra de Volterra, que por arrebatar a esa gente las minas de alumbre la orilló a rebelarse y encendió una hoguera que casi trastorna a toda Italia, aunque lo hiciera con buen fin; después de la conjuración de 1478, si se hubiera portado con más miramientos con el papa y el rey tal vez no le hubieran declarado esa guerra que provocó un gravísimo perjuicio y un terrible riesgo para Florencia y para él también; su viaje a Nápoles fue considerado como una decisión demasiado atrevida y precipitada, pues fue a entregarse a las manos de un rey muy inquieto, desleal y enemigo personal suyo; aunque lo disculpe la necesidad de paz en que se encontraba Florencia, de todos modos muchos opinaron que habría podido conseguirla quedándose en la ciudad, con mayor seguridad para su vida y con beneficios no inferiores.

Ambicionó la gloria y la excelencia más que nadie, y se le podrá censurar por haberse excedido en este afán incluso en cosas de poca importancia, pues no quería que ningún ciudadano lo igualara o imitara en escribir poesías, en los juegos o en los ejercicios, y se enfadaba con los que no le hacían caso;

también en cosas más importantes fue más allá de lo debido, ya que pretendía compararse y rivalizar con todos los príncipes de Italia, lo que molestó bastante a Ludovico Sforza. Sin embargo, en general ese apetito fue digno de elogio, pues a él se debió que por todas partes, incluso fuera de Italia, se reconociera su fama y su renombre, debido a sus esfuerzos para que en sus tiempos todas las artes y técnicas fueran más excelentes en Florencia que en cualquier otra ciudad de Italia. En cuanto a la cultura, por ejemplo, ordenó que se reabriera en Pisa un centro universitario de derecho y literatura, y cuando se le mostró que por muchas razones no podrían asistir tantos estudiantes como en Padua o Pavía, contestó que se conformaba con que el colegio de los profesores fuera mejor que los otros. Por esto en sus tiempos siempre enseñaron, con sueldos muy altos, los más excelentes y famosos intelectos de Italia, y no paraba en gastos o dificultades con tal de conseguirlos; así brillaron en Florencia las disciplinas humanísticas con Angelo Poliziano, la lengua griega con Demetrio (Calcondila) y luego con (Giano) Lascaris, los estudios de filosofía y arte con Marsilio Ficino, el maestro Giorgio Benigno, el conde G. Pico de la Mirandola y otros maestros excelentes. Dio el mismo impulso a la poesía en vulgar italiano, a la música, la arquitectura, la pintura, la escultura y a todos los productos del talento y la aplicación, de modo que Florencia disfrutaba de una abundancia increíble de todas estas cosas hermosas; y éstas se hacían más y más perfectas porque él, que entendía de todo, manifestaba su opinión y elogiaba a los artistas, de modo que todos rivalizaban para hacer cosas que le gustaran. Lo favorecía su extraordinaria liberalidad, por la cual asignaba altas compensaciones a los hombres de mérito, y les proporcionaba todo el material que necesitaban; como cuando para constituir una biblioteca de griego envió a Lascaris, persona doctísima que impartía la cátedra de griego en Florencia, a buscar hasta en Grecia libros antiguos y útiles.

Esta misma esplendidez le aseguraba el prestigio y las buenas relaciones con los príncipes dentro y fuera de Italia, pues no descuidaba ninguna forma de agasajarlos, con grandes gastos y perjuicios económicos personales, para poder ganarse a los personajes importantes; de modo que, al aumentar en Lyon, Milán, Brujas y otros lugares donde tenía negociaciones y firmas, los gastos para el decoro y los donativos, y disminuyendo sus ingresos por el mal manejo de hombres incompetentes como Lionetto de Rossi, Tommaso Portinari y semejantes, y además porque no le entregaban cuentas exactas y él, que no sabía de comercio, no se preocupaba, muchas veces llegó a situaciones tan desequilibradas que estuvo a punto de quebrar y se vio obligado a valerse del dinero de amigos y del erario. Así, en 1478 recibió de los hijos de Pierfrancesco de Médicis un préstamo de sesenta mil ducados, y no pudiendo devolvérselos, los compensó unos años después entregándoles la quinta de Cafaggiuolo con las propiedades que tenía en Mugello; ordenó que en aquella *(sic)* guerra los soldados se pagaran por conducto del banco Bartolini en el cual tenía participación; por orden suya en los pagos se retenía una cantidad de más o menos el ocho por ciento, lo que perjudicaba a la ciudad, porque los jefes militares contratados tenían proporcionalmente menos tropas, y la ciudad tenía que contratar más. Asimismo, tiempo después se valió del dinero público para hacer frente a sus necesidades y apuros, que a veces llegaron a tal punto que, como en 1484, para no quebrar se vio obligado a aceptar de Ludovico Sforza un préstamo de cuatro mil ducados, y además a vender, por otros cuatro mil, una casa que poseía en Milán y que había sido obsequiada a su abuelo Cosme por el duque Francesco Sforza; teniendo en cuenta su índole liberal y espléndida, podemos creer que lo hizo con las lágrimas en los ojos. Entonces, viendo que sus negocios no le producían dinero, se decidió a hacerse de fondos con sus propiedades, por unos quince o veinte mil

ducados, y además de sus antiguas, afectó también las que poseía en el territorio de Pisa, aproximadamente por unos diez mil ducados.

Fue de carácter muy altanero, y en una forma muy curiosa, porque no sólo no quería que se le opusieran, sino que exigía que adivinaran su pensamiento, pues en asuntos de importancia se expresaba con pocas palabras y además poco claras; de ordinario en la conversación era muy festivo y agradable; en su vida privada, más que lujoso era moderado, excepto en los banquetes con los cuales agasajaba de manera espléndida a cuantos nobles forasteros llegaran a Florencia; fue libertino y muy sensual, pero constante en sus amores, que duraban años, lo que, en opinión de muchos, le debilitó tanto el cuerpo que lo llevó a la tumba, se puede decir, todavía joven. Su último amor, que duró bastantes años, fue Bartolomea Nasi, mujer de Donato Benci, de quien, aunque no era muy bella, pero sí gallarda y cariñosa, se enamoró en tal forma que durante un invierno en que ella se quedó en su quinta, Lorenzo salía de la ciudad como a media noche o a la una con unos amigos a la carrera e iba a verla, pero la dejaba a tiempo para estar de vuelta en Florencia antes de que amaneciera. De esto se quejaban mucho Luigi de la Stufa y Butta de Médicis, que lo acompañaban; ella se dio cuenta y tanto insistió en hablar mal de ellos con Lorenzo, que éste para contentarla envió a Luigi como embajador ante el sultán y a Butta ante el emperador de los turcos. Pensándolo bien, fue una locura que un hombre de tanto poder, de tanto prestigio y de tanta prudencia, ya cuarentón, estuviera tan enamorado de una mujer, ni siquiera hermosa y ya bastante grande, como para llegar a hacer cosas que hasta serían impropias para un niño.

Alguien lo acusó de ser cruel y vengativo, por la severidad que mostró en el asunto de los Pazzi, cuando mandó encarcelar a jóvenes inocentes y prohibió que las muchachas se casaran,

después de la degollina de aquellos días. Sin embargo, ese hecho fue tan atroz que nadie se asombró de que reaccionara tan violentamente; además, hay que recordar que después, ablandado con el tiempo, concedió a las mujeres el permiso de casarse y aceptó que los Pazzi salieran de la cárcel y fueran a vivir en el destierro; también en otros procesos que tuvo se vio que no se ensañaba y no era sanguinario. Lo que sí en él fue más grave y molesto que cualquier otra cosa fue la desconfianza; tal vez ésta no dependía de su carácter sino más bien de la conciencia de que debía mantener sujeta una ciudad libre, en la que todo lo que se hiciera debía hacerse por conducto de magistrados y de acuerdo con los ordenamientos aprobados, con la apariencia y las formas de un régimen libre; por esto, ya desde un principio, en cuanto empezó a consolidarse, se dedicó a controlar a los ciudadanos que a su modo de ver deberían ser estimados por todos, debido a su nobleza, o riqueza, o poder, o prestigio. A estas personas, si pertenecían a familias o linajes leales al gobierno, se les otorgaban liberalmente las magistraturas de la ciudad, las embajadas, las delegaciones y otros cargos; sin embargo, como desconfiaba de ellas, escogía los escrutadores, los encargados de los impuestos, y comunicaba sus pensamientos secretos a los que él consideraba de tal condición que no llegarían a tener partidarios sin su apoyo. Entre ellos se contaron Bernardo Bongirolami, Antonio Pucci, Giovanni Lanfredini, Girolamo Morelli (quien subió tanto que en 1479 le causó miedo), Angelo Niccolini, Bernardo Neri, Piero Alamanni, Pierfilippo Pandolfini, Giovanni Bonsi, Cosimo Bartoli y otros de la misma condición, en distintas épocas; y molestándose a veces con Tommaso Soderini, Luigi y Iácopo Guicciardini, Antonio Ridolfi, Bongianni Gianfigliazzi, Giovanni Canigiani, y más tarde con Francesco Valori, Bernardo Rucellai, Piero Vettori, Girolamo Albizzi, Piero Capponi, Paolantonio Soderini y otros semejantes. Ésta es la razón por la que levantó a Antonio

di Bernardo, que era un artesano, poniéndolo a la dirección del Monte con facultades tan amplias que se puede decir que gobernaba dos terceras partes de la ciudad; micer Giovanni, notario de las Reformas, hijo de un notario de Pratovecchio, muy favorecido por Lorenzo, tuvo todas las magistraturas y con su apoyo iba a llegar a gonfalonero de justicia; Bartolomeo Scala, hijo de un molinero de Colle, siendo canciller mayor de la Señoría fue nombrado gonfalonero de justicia, con una violentísima oposición de todos los hombres acomodados; en una palabra, aunque los hombres de cierto nivel, como los que acabo de nombrar, participaran en el gobierno, sin embargo en el Consejo de los Cien, en las comisiones escrutadoras y las de los impuestos introducía muchos hombres medianejos con los que se ponía de acuerdo, y éstos en realidad eran los dueños del juego.

Esta misma desconfianza lo llevaba a impedir que determinados hombres, ya poderosos individualmente, se relacionaran mediante parentesco, y procuraba formar las parejas de tal modo que no le crearan sombra; a veces obligando a jóvenes de la alta sociedad, para evitar combinaciones indeseables para él, a casarse con mujeres con quienes no hubieran querido hacerlo; en una palabra, las cosas habían llegado a un punto que no se formaba un parentesco de nivel superior al mediano sin su intervención y anuencia. La misma desconfianza fue la razón por la cual, a fin de que los embajadores no se salieran de la pauta indicada por él, en Roma, Nápoles y Milán puso un canciller fijo, pagado por el gobierno, al servicio del embajador residente, y con él tenía intercambio secreto enterándose de todo lo que sucedía. No quiero atribuir a desconfianza el hecho de que se hiciera acompañar por un gran número de palafreneros armados, a los que favorecía mucho, asignando a algunos de ellos hospederías y hospicios, porque esto se debió a la conjuración de los Pazzi; de todos modos no

era cosa propia de una ciudad libre ni de un ciudadano privado, sino de un tirano y de una ciudad esclavizada. En una palabra hay que admitir que bajo su gobierno la ciudad no era libre, pero de todos modos sería imposible que tuviera un tirano mejor y más agradable; de él provinieron muchísimas cosas buenas por su inclinación y bondad natural, algunas malas por necesidad del régimen autoritario, pero moderadas y limitadas a lo que las circunstancias exigían, y muy pocos inconvenientes por su voluntad personal. Desde luego, los que estaban bajo su estricto control se alegraron por su muerte, pero a los que formaban el grupo gubernamental, e incluso a los que alguna vez chocaron con él, su muerte causó hondo pesar, no sabiendo a dónde irían a parar con el cambio. También la población en general y el pueblo humilde se afligió mucho, porque Lorenzo no dejaba que les faltaran víveres, placeres, diversiones y fiestas; les causó dolor a todos los italianos que en alguna forma sobresalían en letras, pintura, escultura y otras habilidades, porque Lorenzo los favorecía, bien contratándolos con altas retribuciones, bien obligando a los otros príncipes a tratarlos liberalmente, por miedo a que los abandonaran para irse a Florencia.

Dejó tres hijos varones: Piero, el mayor de unos veintiún años; el segundo, Juan, cardenal, que unas pocas semanas antes había recibido el capelo y había sido confirmado en su dignidad cardenalicia; el tercero, Julián, todavía niño. Lorenzo era de mediana estatura, feo de cara y de color muy moreno, pero de semblante serio; la pronunciación y la voz ronca y poco agradable, porque parecía que hablaba con la nariz.

Muchos tratan de decidir si fue más excelente Cosme o él, pues Piero, a pesar de que superaba a ambos en bondad y clemencia, en las otras cualidades fue decididamente inferior. A ese respecto parece que Cosme poseía más firmeza y mejor criterio, pues el estado lo creó él, y después de crearlo lo disfrutó

durante treinta años sin problemas, se puede decir, y sin oposición, tolerando con prudencia a gente como Neri y otros en quienes no confiaba mucho, sin romper con ellos pero de manera que no le crearan preocupaciones. Y con tanto quehacer por el gobierno, no descuidaba el comercio y sus asuntos privados; mejor dicho los manejó con tanto esmero y habilidad que siempre se encontraba más rico que el propio estado, que no era pobre, y nunca ningún apuro lo forzó a tocar los ingresos públicos o a apoderarse del dinero de particulares. Lorenzo no tuvo tanta sabiduría, a pesar de que su única tarea era la de conservar el estado, habiéndolo encontrado ya hecho; y lo conservó a través de muchos peligros, como la rebelión de los Pazzi y su viaje a Nápoles; para el comercio y los negocios privados no tenía capacidad, de modo que cuando le iba mal se veía forzado a aprovecharse del dinero público y tal vez en algunos casos del privado, con gran desprestigio y críticas; pero estaba magníficamente dotado en cuanto a elocuencia, destreza, talento multiforme, que le permitía gozar de todas las cosas artísticas y fomentarlas, cosa en que Cosme falló por completo, porque se dice que, más que nada en su juventud, se le dificultaba hablar.

Ambos fueron muy espléndidos, pero en cosas distintas: Cosme en construir palacios e iglesias en su patria y en el extranjero, o sea, obras que perduraran y siguieran manteniendo viva su fama; Lorenzo empezó a construir un edificio a todo lujo en Poggio a Caiano, pero la muerte no lo dejó terminar; y aunque en sí era algo excepcional, pero comparándolo con las muchas y muy suntuosas construcciones de Cosme, se puede decir que no edificó nada; pero en cuanto a donativos fue inigualable, ya que con sus obsequios y su liberalidad consiguió grandes amistades entre los príncipes y los que frecuentaban sus cortes. Por todas estas cosas, en mi opinión se puede concluir que juzgando todo en conjunto, Cosme fue más valiente; de

todos modos por su capacidad y su buena suerte ambos fueron tan excelentes que tal vez Italia, después de la caída de Roma, nunca tuvo un ciudadano privado que se les pudiera comparar.

Al saberse en Florencia que Lorenzo había muerto en su quinta de Careggi, de inmediato muchos ciudadanos acudieron allá para dar el pésame a Piero, su hijo, a quien, por ser el mayor, le tocaba suceder en el gobierno; después en Florencia se celebraron las exequias, sin lujos ni ostentación, pero con la presencia de todos los habitantes de la ciudad, llevando cada uno igual señal de luto, como para indicar que había muerto el padre de todos y el dueño de la ciudad, la cual, viendo las cosas en conjunto, como había sido dichosa durante su vida, así después de su muerte se precipitó en tantas calamidades y desgracias que aumentaron todavía más el recuerdo y la añoranza de su grandeza.

X. PRIMEROS TIEMPOS DE PIERO DE MÉDICIS. ELECCIÓN DEL PAPA ALEJANDRO VI BORGIA. PIERO ECHA A PERDER LA AMISTAD CON MILÁN

(1492-1493)

Después de la muerte de Lorenzo, los ciudadanos que formaban parte del gobierno se reunieron y acordaron que la jefatura quedara en manos de Piero; así que por conducto de los diversos colegios le confirieron los honores, cargos y prerrogativas que fueron de su padre, y concretamente le transfirieron toda esa autoridad y poder. El papa, Nápoles, Milán y los otros príncipes y señores de Italia lamentaron mucho la muerte de Lorenzo, enviaron embajadores a Florencia para dar el pésame, recomendar a los hijos de Lorenzo y sugerir que para conservar la buena situación de la ciudad otorgaran a Piero la jerarquía de su padre, rivalizando para ganarse el ánimo de Piero y granjearse su buena voluntad. Entre las demás embajadas destacó la de Ludovico, quien envió como embajador a Antonio Maria, hijo de Roberto de San Severino, persona muy estimada y a quien el propio Ludovico quería mucho, multiplicando lo más que podía las muestras de su afecto y benevolencia. Estos inicios de Piero fueron tan extraordinarios, al estar tan unida la ciudad y los príncipes en favor de él, que si a una suerte tan favorable hubiese correspondido una habilidad incluso mediana, habría quedado anclado en ese nivel en tal forma que hubiera sido prácticamente imposible quitarlo; pero sus pocos sesos y la mala suerte de Florencia hicieron muy fácil lo que parecía que nunca llegaría a suceder. A este respecto me esforzaré por exponer no solamente los efectos y sus causas en general, sino también, lo más detalladamente que me sea posible, los orígenes y las

fuentes de todos esos males.

Traspasada, o mejor dicho consolidada, en Piero la grandeza de su padre, al principio parecía que se consultaba con los miembros del grupo directivo anterior, como se decía que le había recomendado Lorenzo al morir; pero luego sucedió lo siguiente: Bernardo Rucellai, que se había casado con una hermana de Lorenzo, y Paolantonio Soderini, primo hermano de este último por ser hijo de una hermana de su madre, en los tiempos de Lorenzo habían tenido muchos encargos, siempre con la debida consideración para aquellas personas que incluso sin el apoyo de Lorenzo merecían disfrutar cierto prestigio en Florencia; ahora bien, en cierto momento se reunieron —creo que siempre con el deseo de mantener el gobierno para Piero, pero eliminando o moderando algunas cosas que en los tiempos del padre de éste resultaban pesadas para los ciudadanos, y que Bernardo Rucellai había incluso censurado al propio Lorenzo— y empezaron a recomendar a Piero que accediera a usar su autoridad con cierta moderación y, en todo lo que no fuera incompatible con el mantenimiento de su rango, a acercarse de preferencia a una forma de vida de clase media y no seguir con actitudes que lo hacían aparecer como tirano, que a Lorenzo le habían granjeado el odio de muchos ciudadanos; asimismo trataban de demostrarle que esto de seguro consolidaría su posición, pues se atraería el favor y la simpatía de toda la ciudad.

Pero el cerebro de Piero por su naturaleza no era capaz de apreciar estas recomendaciones porque, como a diario lo demostraba su manera de portarse, tenía un carácter despótico y altanero; a esto se agrega que en cuanto se llegó a saber lo anterior, de inmediato Piero de Bibbiena, su canciller, y algunos otros ciudadanos, entre los cuales se dice que el más apasionado era Francesco Valori, le dijeron que esto iba contra su interés y que quien se lo aconsejaba lo que quería era que perdiese el estado; así que no sólo no siguió los consejos de Bernardo y

Paolantonio sino que, desconfiando de ellos en el interior de su ánimo, empezó a rechazarlos en forma más o menos encubierta. Ellos se dieron cuenta, pero no actuaron con prudencia como hubieran debido; es más, poco después, sin informar a Piero sino de cosas hechas, establecieron un parentesco con la familia Strozzi, porque Bernardo casó a una hijita suya con Lorenzo, hijo del finado Filippo Strozzi, todavía niño, y Paolantonio casó a su hijo mayor Tomás con una hija de Filippo Strozzi, con una dote muy cuantiosa.

Este parentesco no podría haber disgustado más a Piero, porque pensaba que al unirse dos hombres de ese prestigio con una familia que, pese a no ser del grupo político, era importante porque era noble, rica, con muchos parientes y descontenta del gobierno, significaba el inicio de un plan para levantarse contra él y quitarle el gobierno, y con base en este segundo indicio se convencía de que aquellas recomendaciones se las habían dado con mala intención. Por lo tanto, empezando a sospechar con seriedad de ellos, muy molesto y además instigado por Piero (de Bibbiena) y otros que, más estimados por él, confirmaban sus sospechas, rompió con ellos y los exoneró de todos los cargos del gobierno, mostrando abiertamente que los consideraba enemigos personales. Ellos, al verse rechazados, reaccionaron de diferente manera: Paolantonio declaró que se arrepentía de lo que había hecho y pacientemente, con la ayuda de su cuñado Niccolò Ridolfi, se le acercaba tratando de reanudar sus buenas relaciones; Bernardo, con un carácter que se podía quebrar pero no doblar, agravaba cada día más esta mala disposición de Piero hacia él manifestando que ese gobierno no le gustaba.

La ruptura entre estos personajes y Piero no sólo le hizo concebir a éste graves sospechas contra ellos, sino que comenzó a pensar que todos los hombres notables, o la mayor parte de ellos, estaban en la misma disposición de ánimo, y esto facilitó a Piero (de Bibbiena), a Angelo Niccolini y a otros bribones

convencerlo de que no confiara en los amigos de su padre; de este modo, sin alejarlos abiertamente como a Bernardo y Paolantonio, sino manteniéndolos en sus cargos y jerarquía, se guió con sus opiniones personales o las de Angelo y Piero de Bibbiena antes que con las de ellos; así estos dos lo manejaban todo o casi todo, y adquirieron una autoridad ilimitada, como desde un principio habían pérfidamente planeado y luego luchado por conseguir, con enorme perjuicio de Piero, y si uno examina a fondo el asunto, verá que el principio de la ruina de Piero estuvo en dejarse convencer de no tener fe en los ciudadanos prudentes y amigos del gobierno.

En el mismo año, en el mes de…, murió el papa Inocencio y en su lugar fue nombrado Rodrigo Borgia, (obispo) de Valencia, vicecanciller, sobrino del papa Calixto III, llegando a la dignidad pontificia con el apoyo de Ludovico y monseñor Ascanio (Sforza), quien como compensación fue nombrado vicecanciller, pero principalmente con simonía, porque con dinero, cargos, beneficios, promesas y con toda su fuerza y recursos se puso de acuerdo y compró los votos de los cardenales y del colegio, cosa en verdad fea y abominable y comienzo muy adecuado para sus perversas actividades y comportamientos futuros. De inmediato Florencia, según la costumbre vigente en los estados cristianos, nombró como delegados para ir a protestar obediencia al papa a Gentile (Bechi), obispo de Arezzo, nativo del ducado de Urbino, que había sido maestro de Lorenzo, y por ser persona docta y virtuosa con el apoyo de éste había sido elevado a ese cargo; a Puccio de Antonio Pucci, doctor en derecho; a Tommaso Minerbetti, quien fue allá para que el papa lo nombrara caballero, como efectivamente consiguió; a Francesco Valori, Pierfilippo Pandolfini y Piero de Médicis. Mientras se hacían los preparativos del viaje, Ludovico propuso que, siendo Nápoles, Milán y Florencia aliados, le daría más prestigio a la liga si los delegados de los tres se reunieran en

algún lugar cerca de Roma y luego fueran conjuntamente a presentar un mensaje en nombre de los tres. Florencia y Nápoles estuvieron de acuerdo; luego el obispo Gentile, deseando hacer el discurso que tocaba al delegado del rey, convenció a Piero de que sería mejor que cada uno entrara y hablara por separado. Se escribió a Nápoles, pidiendo al rey que advirtiera de ese cambio a Ludovico, y efectivamente así lo hizo, pero aclarándole que lo hacía para satisfacer a los florentinos; Ludovico se molestó porque no le gustaba la modificación y empezaba a temer que Piero no se llevaría muy bien con él. Se llevaron a cabo las cosas en esta segunda forma, pero se agregó otro motivo de disgusto: los delegados de Milán eran Hermes, hermano del duque, y algunas otras personalidades de primer plano, y se desenvolvieron muy bien; pero los arreglos de Piero fueron tan lujosos y ostentosos que dejaron atrás a los de Milán; por ello el duque se enojó muchísimo, pues parecía que Piero quisiera rivalizar con él, y no sólo emparejarse con el mismo y los otros príncipes de Italia, sino superarlos. Estos detalles de poca importancia, aunque no lo enemistaron con Piero, de todos modos prepararon el terreno en forma que otros pormenores, más graves, llegaran más fácilmente a provocar alteraciones que a su vez serían el origen de la ruina de ambos.

Francesco Cibo, hijo del papa Inocencio y cuñado de Piero de Médicis, había obtenido, viviendo aún su padre, algunos poblados en el territorio de Roma, que pertenecían a la Iglesia, y temiendo perderlos al haber sido nombrado un nuevo papa, por conducto de Piero los vendió a Virginio Orsini, pariente de Piero, ya que la madre y la esposa de éste eran de la familia Orsini. El arreglo fue concluido con la aprobación del rey Fernando, y porque Virginio pertenecía al ejército de Nápoles; además el rey, considerando que el papa había sido nombrado con el apoyo de Milán, quería que estos poblados fueran algo así como un huevo atravesado en la garganta del papa, con el cual

los Orsini pudiesen presionarlo a su antojo; con el mismo propósito apoyaba a Giuliano (della Rovere), cardenal de San Pietro in Vinculis, que tenía en su poder la ciudad de Ostia y no quería devolverla al papa. El papa se disgustó mucho y Ludovico también; éste quería mantener alto el prestigio y la reputación del pontífice, porque siendo su amigo también él resultaba beneficiado; además veía con malos ojos que el rey siguiera aumentando sus fuerzas y su prestigio, porque temía que en cuanto pudiera hacerlo lo echaría del gobierno de Milán para que ese estado volviera a las manos del duque (Visconti). Aparte de lo dicho acerca del rey y el papa, le molestó mucho que Piero se hubiese echado en brazos del rey; estaba convencido de que por conducto de los Orsini el rey siempre podría manejarlo, mientras que él no podría sacar ningún provecho; y se irritaba al pensar en esto, así que decidió no tolerar esta injusticia. Por lo tanto, mencionó muchas veces a Antonio de Gennaro, delegado del rey, y a Angelo Niccolini y luego a Piero Guicciardini, que fueron sucesivamente delegados de Florencia en Milán, que le dolía mucho ver que se tratara con desconsideración al papa, y que si Virginio (Orsini) no devolvía las plazas, él no iba a tolerarlo; pero viendo que las cosas no prosperaban mucho y que todo lo que obtenía eran palabras, por fin a principios de 1493 concertó una alianza con el papa y los venecianos, con la cual, además de las obligaciones generales de defender mutuamente los respectivos estados, los venecianos y él se comprometieron a financiar cierta cantidad de tropas para el papa, para que pudiese recuperar las plazas ocupadas por Virginio (Orsini). Y poco después, como le parecía que los venecianos no se apuraban para ayudar al papa y movilizar las tropas, persuadido de que ya había quedado por completo enemistado con el rey y los florentinos, enfurecido y queriendo al mismo tiempo protegerse y vengarse, empezó a tratar con Carlos VIII, rey de Francia, para que viniera a Italia y

conquistara el reino de Nápoles, ya que según Carlos le pertenecía por ser heredero de los angevinos, y que para esta empresa le proporcionaría dinero. Y como el rey era joven, animoso y bien dispuesto para esta empresa, encontró en la corte para esta negociación un ambiente más favorable de lo que esperaba; dado que la iniciativa se iba redondeando y conociéndose por toda Italia, pues el rey ya estaba listo para salir y tanto él como la corte lo anunciaban públicamente, Florencia envió allá como delegados, pero sin autorización a tomar decisiones, a Gentile, obispo de Arezzo, y a Piero Soderini, a quien Piero empezaba a dar prestigio para molestar a Paolantonio, su hermano mayor.

Éstos fueron los inicios y el origen de la ruina de Italia, y en especial de Piero de Médicis, quien, además de crear desunión en la ciudad, se enemistó por completo con el estado de Milán, de donde, mientras gobernaban los Sforza, Florencia y especialmente la familia de Médicis habían obtenido prestigio y seguridad sin límites. Y como por los informes se consideraba cada día más firme la decisión del rey de venir a Italia, el rey Fernando aconsejó a Virginio (Orsini) que se pusiera de acuerdo con el papa, no devolviéndole las plazas, sino volviendo a comprárselas y tomándolas, por cierta cantidad de dinero, como feudo eclesiástico. Y mientras en Nápoles y Milán los ánimos seguían enardeciéndose y llenándose de sospechas y odio, Ludovico no dejaba de negociar con los franceses, quienes ya no decían nada más que tenían intención de venir a Italia, sino que en efecto se estaban alistando para salir en breve. Florencia buscaba intentar un arreglo con ellos y poner las cosas en claro; mientras tanto, para hacer tiempo y entretenerlos, retiraron a los anteriores delegados y en su lugar enviaron a Guidantonio Vespucci y a Piero Capponi.

A fines de ese año murió el rey Fernando y el gobierno pasó a su hijo mayor, Alfonso, duque de Calabria, quien de su puño y

letra escribió una carta a Ludovico, tan afectuosa y tan llena de amabilidades y promesas de que quería seguir siendo su amigo, que lo conmovió profundamente y lo animó a pensar en pacificar a Italia y apaciguar las intenciones de los franceses. Pero luego, no recuerdo por qué insignificancia, los ánimos volvieron a alterarse, y mientras la situación en Francia se iba haciendo más acalorada cada día, el papa, tal vez temiendo que se volcara sobre Italia una crecida demasiado violenta, se puso de acuerdo con el rey Alfonso y los florentinos; con esto Ludovico se enfureció más y se enemistó totalmente con el rey y con Piero de Médicis; y seguro que si ellos no eran destruidos, él no podría salvarse, no cesaba de luchar por alcanzar su fin.

XI. CONDUCTA POLÍTICA DE PIERO DE MÉDICIS. LLEGADA DE CARLOS VIII. PIERO HUYE DE FLORENCIA

(1494)

Vivían en Florencia Lorenzo y Giovanni, hijos de Pier-francesco de Médicis, jóvenes muy ricos y muy queridos por el pueblo, porque no habían participado en cosas que le disgustaran; ellos no estaban muy satisfechos del gobierno de Piero, especialmente Giovanni, que era de carácter muy inquieto y andaba excitando también a Lorenzo, de índole más tranquila, así que empezaron a tomar contacto con Ludovico (el Moro), mediante Cosimo, hijo de Bernardo Rucellai, que se había ido de Florencia por ser enemigo de Piero. Estas pláticas estaban todavía en sus comienzos y no se habían tratado cosas de importancia cuando fueron descubiertas, y en abril de 1494 ambos jóvenes fueron detenidos; confesaron lo que habían hecho y, a pesar de que Piero les tenía muy mala voluntad, fueron excarcelados y confinados en sus propiedades de Castello fuera de Florencia, pues los miembros del gobierno no querían mancharse las manos de sangre; Cosimo Rucellai, como rebelde, fue condenado, en ausencia, al destierro.

Por aquellos días llegaron a Florencia cuatro embajadores franceses que iban a Roma; de pasada informaron sobre la decisión del rey y los preparativos que éste estaba haciendo para venir a Italia, y solicitaron que Florencia lo ayudara o por lo menos permitiera el paso de sus tropas y les proporcionara víveres. Por voluntad de Piero, que por conducto de los Orsini se había ligado estrechamente con el rey de Nápoles, y contra la opinión de todos los ciudadanos más avisados, se denegaron ambas cosas, alegando que no se podía porque estaba todavía

vigente la alianza con el rey Alfonso; y como la situación se enturbiaba cada día más se enviaron a Venecia dos embajadores, Giovanni Battista Ridolfi y Paolantonio Soderini, para informarse acerca de sus intenciones frente a estos movimientos y además convencerlos de que no dejaran progresar la ruina de Italia. Así la posición oficial de la ciudad se definía cada día más claramente en favor de Nápoles contra Francia, con mucho disgusto del pueblo, que por su carácter estaba contra los aragoneses y en favor de Francia, y también con descontento de los miembros del gobierno, que veían a Piero muy aferrado a esta decisión y no se atrevían a oponérsele; de modo especial porque Angelo Niccolini y sus allegados en las reuniones no paraban de criticarlos.

Piero había formado un grupito selecto de ciudadanos con quienes trataba estos asuntos políticos: Piero Alamanni, Tommaso Minerbetti, Angelo Niccolini, Antonio Malegonnelle, Puccio Pucci, Bernardo Neri, Giovanni Serristori, Pierfilippo Pandolfini, Francesco Valori, Niccolò Ridolfi, Piero Guicciardini, Piero de Médicis y Antonio di Bernardo, y a todos éstos, menos unos pocos, les desagradaba esa decisión; pero, como era apoyada por los más íntimos, no se oponían, excepto alguna vez y sin mucha insistencia Francesco Valori y Piero Guicciardini. Sin embargo, como Piero tenía la firme voluntad de llevarla a cabo, no discutía con ellos todas las cartas y los informes, sino sólo los que rebajaban y eran adversos al rey de Francia. Éste, por su parte, seguía preparándose; en Génova se armaban barcos por cuenta de él y se hacían otros preparativos para la guerra.

Por consiguiente, el rey Alfonso, pensando que sería muy útil quitarle la cómoda base de Génova, con la colaboración de algunos genoveses desterrados, decidió derribar el gobierno de esa ciudad, así que envió a Pisa una poderosa flota al mando de su hermano Federico; éste luego se dirigió al puerto de Spezia y

desembarcó una parte de la tropa, pero al llegar a tierra fue rechazada y derrotada; por lo tanto Federico, al no haber podido lograr su objetivo, regresó a Pisa. El rey y Piero estaban seguros de que defendiendo bien la plaza de Sarzana, ya de por sí muy fortificada, bastaría para impedir que el rey Carlos pasara por esa zona; además pensaron quitarle también el paso por Romagna, así que enviaron allá a Fernando, duque de Calabria e hijo mayor del rey, con un gran ejército, a fin de que con la ayuda de Cesena, plaza fuerte de la Iglesia, y de Faenza, nuestro protectorado, bloqueara a los franceses. En ese tiempo el rey Carlos, quien deseaba pasar por nuestro territorio en forma pacífica, envió de nuevo un embajador a Florencia solicitando el permiso y ofreciendo generosamente, con su amistad, todos los favores y beneficios que pudiera brindar a la ciudad; como se le volvió a denegar, sacó de su reino a todos los mercaderes florentinos. Ni con eso se ablandaba la obstinación de Piero; más bien, en parte por su amistad con el rey Alfonso y los Orsini, en parte por la prevención contra Ludovico, que había apoyado la venida del rey Carlos, y además porque Lorenzo y Giovanni de Pierfrancesco se habían fugado de su confinamiento y se habían refugiado en Milán, cada día más se empecinaba en perjudicarse, se dedicó por lo tanto a fortificar a Pisa reuniendo allá el grueso de sus fuerzas por lo de Sarzana y su territorio, y se enviaron allá, en calidad de comisarios generales encargados de toda la guerra, Pierfilippo Pandolfini y Piero Guicciardini.

Una parte del ejército del rey Carlos había cruzado los Alpes poco tiempo antes, y en lo sucesivo había llegado a Italia él personalmente con el resto del ejército, que contaba con un gran número de gente de armas, infantes y artilleros, pero no sé con exactitud cuántos. En Italia cundió una fiebre y una epidemia que afectó no sólo a los varios países, sino también la manera de gobernarlos y la estrategia militar. En efecto, antes Italia estaba

dividida en cinco estados principales: el papa, Nápoles, Venecia, Milán y Florencia, y los esfuerzos de cada uno para mantener su situación se dirigían a cuidar que nadie invadiera territorios ajenos y creciera tanto que llegara a preocupar a los otros; por consiguiente, se controlaban todos los movimientos y las modificaciones que se producían, y se protestaba incluso por la alteración del castillo más insignificante; hasta en los casos en que se llegaba a declarar la guerra, los pertrechos eran tan balanceados, la estrategia tan calmada, la artillería tan lenta que para expugnar un castillo se necesitaba todo un verano, así que las guerras eran muy largas y las batallas acababan con un número reducidísimo de muertos o hasta ninguno, pero ahora, con la llegada de los franceses, todo se trastornó como por la furia de un huracán, se desbarató y se desgarró la unión de Italia, así como la preocupación de todos para la protección de los bienes comunes; por consiguiente, si veían atacar o agitarse una ciudad, o un ducado, o un reino, cada quien se quedaba pasmado, pero se ocupaba nada más de sus cosas y no hacía ningún movimiento, temiendo que el incendio cercano o el desastre inminente llegara a quemar o destruir su propio estado. Estallaron guerras de improviso y violentísimas, se perdió o se conquistó un reino en un tiempo menor del que antes se necesitaba para un poblado; la expugnación de una ciudad era rapidísima y se realizaba no en meses, sino en días o en horas; y las batallas eran encarnizadas y muy sangrientas. En la realidad los estados empezaron a ser conservados o destruidos, a ser entregados o arrebatados no a través de negociaciones y proyectos de gabinete como antes, sino en el campo de batalla y con las armas en la mano. Una vez entrado en Italia, el rey Carlos se dirigió a Milán. Ludovico, a pesar de que el rey llegaba como invitado suyo y le profesaba mucha amistad, estaba preocupado por la deslealtad de los príncipes, y en especial de los franceses, quienes por su provecho y ventaja toman a risa la

lealtad y el honor, y empezó a temer que el rey, con el pretexto de que el estado quedara en manos de su joven sobrino, el duque Giovan Galeazzo, sin ninguna traba, lo sacara del gobierno, para algún objetivo suyo personal, así que para quitar al duque toda oportunidad de perjudicarlo, lo mandó envenenar. Una vez muerto ese joven, absolutamente inocente, convocó a una asamblea a los ciudadanos de Milán, en la que, tras la propuesta de algunos pagados por él, fue elegido como duque, a pesar de que quedaba un pequeño y hermoso niño del duque asesinado. Después el rey Carlos entró en Milán y fue recibido con grandes honores; de allí se dirigió hacia Lunigiana por el camino de Pontrémoli con una parte del ejército, enviando la otra a Romagna contra el duque de Calabria; y como la plaza de Sarzana estaba muy bien fortificada, dotada abundantemente de artillería y de todo lo necesario para la defensa, para no perder tiempo se marchó contra Fivizzano, y la tomó y saqueó, provocando terror en toda esa zona.

En Florencia la situación estaba muy inquieta y desorganizada, y el gobierno de Piero muy debilitado; el pueblo, viendo que se había echado encima una guerra feroz e imposible de detener, sin ninguna obligación o necesidad, y además para ayudar a los aragoneses, a los que todos odiaban, y contra los franceses, que eran muy queridos en la ciudad, se criticaba públicamente a Piero, sobre todo porque se sabía que se trataba de una decisión personal contra la voluntad de los principales miembros del gobierno. A esto se agregaban todas las demás razones que hacen al pueblo enemigo de los grandes: el deseo natural de cambiar las cosas, la envidia, y las imputaciones contra quienes había cubierto de altos cargos; además todos aquellos que eran enemigos del gobierno y sufrían por su opresión reaccionaban y empezaban a esperar que la ciudad volviera a la libertad de antes, en la que ellos conseguirían el nivel jerárquico que creían merecer; todo ello acrecentaba el

peligro de la tensa situación. Además la manera de gobernar y el carácter de Piero no eran para ganarse la simpatía, no digo de los enemigos, sino hasta de sus amigos que ya a duras penas lo toleraban, pues era altanero y brusco, de un temperamento que prefería ser tímido que querido, colérico, cruel, que en sus años mozos había atacado y herido a gente en la noche, y había tenido que ver con la muerte de uno que otro ciudadano; totalmente falto de esa dignidad que se requiere en quien ocupa ese tipo de cargo, ya que a pesar de los graves peligros en que se encontraban él y el estado, se pasaba el día en la calle jugando en público a la pelota grande; terco por naturaleza, y si no entendía una cosa, la manejaba de todos modos con su cabeza, confiando única y exclusivamente en sí mismo, o bien, si confiaba y consultaba en privado a alguna persona, no se trataba de aquellos ciudadanos que tenían experiencia en los problemas de la ciudad por haberla gobernado por largo tiempo, y tenían prestigio como gente preparada que era, se interesaban en lo que afectaba a la ciudad en beneficio o en perjuicio, y desde luego eran amigos suyos, de su padre y de su familia; él se confabulaba con Piero de Bibbiena, con Angelo Niccolini y tipos semejantes, ambiciosos, malvados, que en todas las cosas lo aconsejaban según los arrastraban la ambición y las otras codicias, y para agradarle y poder intimar más con él casi siempre lo encarrilaban por donde ya sabían que le gustaba o se inclinaba.

Por consiguiente, encontrándose Piero en gran peligro por los trastornos externos y la mala situación interna, llegó a la conclusión de que le convenía ponerse de acuerdo con Francia, imaginando con acierto que si se arreglaba este asunto se tranquilizarían todos los que estaban alterados por temor u otra cosa; así que imitando, en circunstancias diversas y con poco tino, el ejemplo de su padre Lorenzo cuando fue a Nápoles, una tarde, atropelladamente, acompañado por Iácopo Gianfigliazzi, Giannozzo Pucci y otros amigos, se fue a ver al rey a Sarzana,

donde también había llegado de Milán el duque Ludovico. Allí, después de muchas negociaciones y discusiones, se llegó al acuerdo de que Florencia entregaría al rey, para seguridad suya, las fortalezas de Pisa, Sarzana, Pietrasanta y Liorna; y de inmediato, sin otra autorización de la ciudad y sin establecer contraseñas, Piero de Leonardo Tornabuoni y Piero de Giuliano Salviati entregaron las de Sarzana y Pietrasanta.

En Florencia, una vez salido Piero, todos habían cobrado ánimo y audacia, así que no nada más en la calle continuaba y aumentaba la crítica pública, sino que también en palacio los ciudadanos empezaron a reaccionar; entre ellos estaba Luca Corsini (que era miembro de la Señoría y había sido nombrado por Piero como leal y fogoso partidario del gobierno, por consideración a Piero Corsini, hermano suyo), Iácopo de Tanai de los Nerli, y Gualterotto Gualterotti, que eran gonfaloneros de barrio, aleccionados, según se decía, por Piero Capponi, enemigo rabioso del gobierno. Empezaron entonces a hablar mal de Piero en las reuniones: que la ciudad bajo su dirección iba al desastre, que sería conveniente quitarla de sus manos y de este régimen tiránico y llevarla otra vez a una vida libre y democrática. Luego, al conocerse los acuerdos por los cuales se iban a entregar al rey esas plazas, y que además Sarzana ya había sido entregada en la ciudad, se empezó a protestar que se entregaran, sí, pero en nombre del pueblo y no del tirano; así que se nombraron unos delegados para ir a ver al rey: fray Girolamo Savonarola de Ferrera, que en aquel entonces predicaba en Florencia y de quien se hablará más adelante, Tanai de los Nerli, Pandolfo Rucellai, Piero Capponi y Giovanni Cavalcanti.

Era gonfalonero de justicia Francesco del Scarfa, y los miembros de la Señoría eran todas personas que habían sido escogidas por ser leales y apegadas al gobierno, y sin embargo Luca se había declarado abiertamente enemigo, y con él estaba

Chimenti Cerpellone; el gonfalonero parecía más bien tolerante. En cambio, Antonio Lorini, Francesco de Antonio de Tadeo y Francesco Niccolini sostenían de modo apasionado la causa de Piero; y una tarde, después de una discusión muy acalorada, Luca salió corriendo como desesperado y fue a tocar a rebato la campana grande; pero alguien lo siguió y lo detuvo, así que no pudo dar más de dos o tres tañidos; ya eran como las nueve de la noche, y toda la población al oír la campana corrió a la plaza; pero luego, como cesó de tocar y en el palacio o fuera de él no se vio ningún movimiento, todos se regresaron a sus casas sin saber qué había pasado. Estando así la ciudad en estado de alerta y alterada, Piero fue informado por sus amigos de que la situación era muy tensa y que todo el mundo había cobrado ánimo y audacia al estar él ausente. Entonces pidió licencia al rey y volvió a Florencia el día ocho de noviembre. No fue como el regreso de su padre Lorenzo cuando volvió de Nápoles y toda la población fue a su encuentro porque les traía la paz y la conservación de la ciudad; al encuentro de Piero fueron unos pocos amigos y fue recibido con pocas manifestaciones de contento ya que regresaba sin haber definido ningún acuerdo, excepto el de reducir al país arrancándole Pisa y Liorna, que eran como los ojos de nuestro estado, y Pietrasanta y Sarzana, plazas que su padre había adquirido con enormes gastos y ganando mucho prestigio.

En cuanto regresó, de inmediato fue a ver a la Señoría, a la que expuso someramente lo que había hecho; entonces sus amigos y los que se habían expresado en contra suya se asustaron muchísimo y decidieron que era necesario jugarse el todo por el todo. Al día siguiente, nueve de noviembre de 1494, día de San Salvador, al llegar la noticia de que Paolo Orsini, capitán de nuestro ejército, se había acercado a las puertas con quinientos hombres a caballo para dar ayuda a Piero, y debido a que la mayor parte de la Señoría le era adversa, Iácopo de los Nerli con algunos grupos de ciudadanos que lo apoyaban se dirigió con las

armas al palacio, lo mandó cerrar y se quedó de guardia en la puerta; entonces Piero, con el fin de animar a los amigos que tenía en el palacio y seguro de que nadie se atrevería a impedirle entrar, se dirigió allí con sus palafreneros y un buen número de gente armada y armado él también, aunque debajo de la capa; pero en la puerta le dijeron que si quería entrar, entrara solo y por el postigo, y entonces, asustado, viendo que había perdido el mando, regresó a su casa. Al llegar allá se enteró de que los miembros de la Señoría que le eran adversos habían hecho un llamado al pueblo y que éste empezaba a levantarse gritando: "Viva el pueblo y la libertad"; además un mensajero oficial le notificó que la Señoría lo había declarado rebelde, declaración ratificada también, por miedo y casi a la fuerza, por sus amigos; entonces, cediendo a los ruegos de los que lo acompañaban, montó a caballo y se dirigió a Bolonia. Al saberse que Piero no había podido entrar en el palacio, se movieron en su favor únicamente el cardenal y Pierantonio Carnesecchi, quienes se dirigieron a la plaza con gente armada; pero luego, viendo que el pueblo hostil a Piero iba en aumento y que él había sido declarado rebelde y estaba huyendo, todos se regresaron a sus casas, y el cardenal, disfrazado de fraile, de incógnito salió de Florencia; huyeron también su hermano Giuliano, Piero de Bibbiena y su hermano Bernardo, a quienes el pueblo odiaba de corazón.

Durante este tumulto llegó a Florencia Francesco Valori, que regresaba de Pisa donde había sido enviado hacía poco con otros ciudadanos como delegado ante el rey; y como gozaba de mucha simpatía entre el pueblo por haber sido siempre una persona limpia y amante del bien, y además corría voz de que se había opuesto a Piero, fue recibido con gran alegría y fue llevado en hombros al palacio de los ciudadanos. Después el pueblo corrió en tumulto a la casa de Piero y la saqueó; de allí se dirigió a las de Antonio di Bernardo y de Giovanni de Pratovecchio, notario

de las Reformas, las saqueó y las incendió; éstos se escondieron en iglesias y conventos, pero luego los encontraron y los llevaron al Palacio de Justicia. Después corrieron a la casa de Angelo Niccolini, y ya le habían pegado fuego a la puerta con el propósito de incendiarla; pero Francesco Gualterotti y algunos otros hombres de bien, temiendo que eso degenerara en graves desmanes, corrieron allá, frenaron a la gente y la encaminaron a la plaza, siempre gritando desaforadamente: "Viva el pueblo y la libertad"; allí, por encargo de la Señoría, Francesco Gualterotti se asomó al balcón y comunicó que se había derogado lo de las monedas blancas.

Viendo que el gobierno de Piero estaba perdido, Bernardo del Nero y Niccolò Pandolfini se dirigieron a la plaza a caballo y con gente armada gritando "Pueblo y libertad"; pero los detuvieron y rechazaron por sospechosos, así que temiendo por su vida regresaron a sus casas, y en la noche, bien escoltados por encargo de la Señoría para su mayor seguridad, se fueron al palacio; también Pierfilippo Pandolfini en la tarde había regresado de Pisa sin autorización, bien porque no estaba seguro de la situación en Pisa, o tal vez porque, habiendo oído que en Florencia se le criticaba agriamente, quería ocuparse de sus asuntos en la mejor forma que podía. Angelo Niccolini, otro de los delegados enviados al rey, convencido de que Piero estaba liquidado, por miedo a Lorenzo y Giovanni de Pierfrancesco, de los cuales había sido enemigo encarnizado y contra quienes había instigado a Piero, salió de Pisa y por el camino de la sierra de Pistoia se fue a Lombardía. Así, una vez expulsado Piero y calmada un poco la agitación, a pesar de que el pueblo armado montaba la guardia de la ciudad día y noche, la Señoría acordó que se suspendieran las actividades de los Ocho de Consulta y de los Setenta, prohibiéndoles reunirse hasta recibir alguna orden contraria.

En el mismo día de San Salvador, nueve de noviembre, el rey

Carlos, después de recibir las ciudades de Liorna, Pietrasanta y Sarzana, entró en Pisa y se le hizo entrega de las fortalezas que según el convenio debían estar en poder del rey para su seguridad, mientras que la administración civil de Pisa y de las otras plazas quedaba en manos de los florentinos. Pero en esa misma tarde los pisanos se reunieron y fueron a pedir al rey que les devolviera la libertad; habiéndola conseguido, al grito de "Libertad" se dirigieron a atacar a los funcionarios florentinos, quienes viendo el tumulto se habían refugiado en el banco de los Capponi; o sea, Tanai de los Nerli, Piero Capponi y Piero Guicciardini; allí consiguieron un cuerpo de guardia del rey y pudieron protegerse de la maldad y perfidia de los pisa-nos. Pero viendo que la ciudad entera se había rebelado y que al irse el rey su vida estaría en peligro, al día siguiente salieron de la ciudad con él; después, en el camino, se separaron y regresaron a Florencia. Así en el mismo día de San Salvador se produjeron dos enormes catástrofes: el cambio de régimen en Florencia y la rebelión de Pisa, las dos cosas más importantes que pudieron haberse echado a perder en nuestro estado.

No cabe duda de que fue algo asombroso el hecho de que el gobierno de los Médicis, que había dominado con tanto prestigio por sesenta años y que se suponía firmemente anclado en el favor de casi todos los ciudadanos más importantes, tan de súbito se echara a perder por la acción de Luca Corsini y Iácopo de los Nerli, personas jóvenes, sin prestigio, sin poder, sin criterio y bastante superficiales. En la realidad la catástrofe no había tenido otro origen que los métodos y la conducta de Piero y la arrogancia de los que lo rodeaban, que habían indispuesto gravemente a todo el mundo; sobre todo haberse echado encima, de loco, una guerra pesadísima, que no se podía sostener, y haber puesto en peligro y en estado de guerra, sin necesidad ni razón, todo nuestro territorio; en tal forma que el que empezó a declarársele enemigo encontró las cosas dispuestas

de modo tal que en cuanto se les dio el primer empujón siguieron rodando solas. Éste fue el final de todo, y así se perdió el gobierno de la casa de Médicis, una familia nobilísima, riquísima, renombradísima en toda Italia, y en el pasado muy querida en la ciudad, cuyos jefes, en especial Cosme y Lorenzo, a través de grandes dificultades, con mucha habilidad, aprovechando los momentos y las oportunidades, habían hecho, conservado y acrecentado el estado, aumentando no sólo sus propiedades privadas, sino también el dominio público de la ciudad, como Borgo San Sepolcro, Pietrasanta y Sarzana, Fivizzano y su zona de Lunigiana, Casentino, el territorio de Pietramala y Val Di Bagno, todos territorios que se anexaron a la ciudad durante el gobierno de esa familia. Familia que al final se arruinó en brevísimo tiempo bajo el gobierno de un joven temerario, que encontró ya echados los cimientos del poder y la autoridad, que fue favorecido y apoyado en tal forma que si no hubiese esforzado y hasta porfiado por destruirlos era imposible que no se conservasen; y su locura lo arruinó a él y a la ciudad, despojándola, en ocho días, de Pisa, Liorna, Sarzana y Pietrasanta, lugares de donde, como luego demostraron los resultados, se derivaban nuestro poder, nuestra seguridad, nuestro prestigio y nuestras galas, de modo que se puede decir que un solo día borró todos los beneficios que nuestra ciudad había recibido de esa familia en el transcurso del tiempo. De manera especial la pérdida de Pisa fue tan grave y tan perjudicial para nuestra ciudad que muchos estuvieron discutiendo qué cosa más sustancial nos había traído el día de San Salvador, si la recuperación de la libertad o la pérdida de Pisa; dejando a un lado todas las razones que se podrían alegar me conformaré con afirmar que tanto más se debe apreciar la primera frente a la segunda en cuanto es más natural para los hombres tratar de alcanzar primero su libertad personal y después el dominio sobre los demás, sobre todo porque hablando con verdad no se puede

decir que domine a otro quien en sí mismo no tiene libertad.

Una vez expulsado Piero, la Señoría acordó rehabilitar a todos los ciudadanos que habían sido confinados o desterrados por el gobierno desde 1434 hasta el nueve de noviembre de 1494; cosa que debía alegrar a todo el mundo, pero los peligros que acechaban por todas partes no permitían que la gente la saboreara. Yo estoy seguro de que en muchísimos años Florencia no se había encontrado en problemas tan graves: en el interior, la expulsión de una familia muy poderosa que había tenido en sus manos el gobierno por sesenta años, y la readmisión de todos sus enemigos; este cambio iba a trastornar toda la estructura y la composición del gobierno: los que habían tenido autoridad en los tiempos de Lorenzo o de Piero estaban asustadísimos, así como los que habían ofendido a los desterrados o a sus antepasados, ellos personalmente o sus antecesores, y además los que mediante compra o asignación oficial o despojo estaban en posesión de bienes que habían sido de los que fueron declarados rebeldes; en el exterior, el haber sido arrancado tanto territorio, casi la mayor parte de nuestras posesiones, lo que evidentemente iba a debilitar la ciudad por la mengua en ingresos y fuerzas, y luego con una guerra en puerta, muy difícil y peligrosa, no sólo contra Pisa, sino contra todos los que querían impedir nuestra recuperación. Agréguese que en nuestro territorio se encontraba, con un gran ejército, el rey de Francia, enemigo nuestro y a quien habíamos ofendido, lleno de codicia y crueldad, que nos hacía temer no nada más la devastación de nuestro territorio y el apoyo a la sublevación de nuestros súbditos, sino también el saqueo de Florencia, la reinstalación de Piero o tal vez hacerse dueño de la ciudad; en caso de que se alejara, el menor daño que se podía esperar era el de tener que entregarle una suma enorme de dinero; o sea, el de vaciar a la ciudad de su carne y su sangre.

XII. CARLOS VIII ENTRA EN FLORENCIA. GIROLAMO SAVONAROLA. REFORMAS A LA CONSTITUCIÓN DE FLORENCIA

(1494-1495)

El rey Carlos, como se dijo, salió de Pisa y se encaminó hacia Florencia de pésimo humor y, como algunos afirmaron, decidido a saquearla; pero al recibir la información de que se había derribado el gobierno y que todo el pueblo había tomado las armas en la expulsión de Piero y todavía no las dejaba, conjeturando que se trataba de un pueblo muy arrojado, empezó a temer que no podría atacar y saquear la ciudad, y además que al entrar a Florencia el pueblo en armas se le echaría encima; por lo tanto, se detuvo en el camino y envió mensajeros que explicaran que él deseaba entrar pacíficamente en la ciudad, pero como en su ejército había mucha gente de diferentes lenguas y nacionalidades, y por otra parte le había informado que nuestro pueblo seguía armado, tenía miedo de que se suscitara algún desorden; por consiguiente, pensaba aguardar hasta que el pueblo depusiera las armas; así, amistosamente y sin agitaciones, entraría en Florencia. Se le contestó que se haría lo solicitado, y entonces el rey avanzó hasta Signa, donde se hospedó en la casa de Battista Pandolfini, y allí se quedó muchos días esperando a que la ciudad se tranquilizara por completo; mientras tanto fue consiguiendo tela y paño para adornar hombres y caballos, con el fin de hacer un ingreso muy espectacular y fastuoso; por lo demás, ya había prácticamente desistido del propósito de saquear la ciudad, y en cambio estudiaba el modo de sacarle la mayor cantidad de dinero que pudiera; así que envió por Piero de Médicis, imaginando que

éste, con tal de volver a entrar en la ciudad, le haría propuestas muy interesantes, o que cuando menos podría funcionar como una amenaza seria, de modo que los florentinos desembolsarían bastante dinero para evitarla. Piero, al huir de Florencia, se fue a Bolonia y de allí a Venecia; en esta ciudad recibió la solicitud del rey, y por una parte deseaba ir, y por la otra tenía miedo de que el rey lo entregara a los florentinos por dinero; así que consultó con los venecianos, los cuales le confirmaron sus sospechas y lo convencieron de que no regresara, no porque pensaran que esto era conveniente para Piero, sino porque temían que en las manos del rey pudiera ser un instrumento para disponer de Florencia a su antojo y adueñarse de ella; cosa que, a pesar del odio que nos tienen, no les hubiera gustado para nada, pues podría suceder que Carlos se consolidara tanto en Italia que ellos y los demás se vieran obligados a aceptarlo. El rey, por lo tanto, permaneció muchos días en Signa, donde la ciudad enviaba continuamente comisiones a reverenciarlo, como antes por todo el camino, y por fin entró en Florencia el domingo (diecisiete de noviembre).

Su ingreso fue muy espléndido y espectacular como no se había visto en Florencia en muchos años. Por parte de la ciudad no se escatimaron todas aquellas distinciones que se podían brindar a príncipe de tal consideración; fueron a su encuentro muchísimos jóvenes a caballo con lujosas libreas, luego los ciudadanos más importantes y la Señoría fueron, según la costumbre, a pie hasta la puerta de San Frediano; y en Santa Reparata, donde se apearía primero, los mejores adornos que se pudo; pero la esplendidez y la suntuosidad más grandes fueron de parte del rey. Entró en Florencia con todo el ejército armado: primero las infanterías, formadas por las lanzas en ristre, ballestas y arcabuces, que en gran parte o casi todas eran suizas; luego la caballería con los jinetes completamente armados, un espectáculo fantástico por el número; el aspecto de los hombres,

la hermosura de las armas y de los caballos, con sus espléndidos atavíos de paño y brocado; por último el rey, totalmente armado, bajo el pabellón, como si fuera el vencedor y el triunfador de la ciudad; una exhibición en verdad magnífica, pero no muy apreciada porque todos estaban llenos de miedo y pavor. Tuvo el rey un rasgo de amabilidad porque cuando la Señoría quiso tomar la rienda del caballo, como se acostumbra al entrar en la ciudad el papa o un emperador o un rey, de ninguna manera lo permitió. Con todo este esplendor, de la puerta de San Frediano llegó a Fondaccio y al barrio de San Iácopo, y de allí, pasando por el puente viejo y la puerta de Santa María, a la plaza y luego a la iglesia de Santa Reparata y a la casa de Piero de Médicis, donde se le había preparado alojamiento. Toda la tropa, de infantería y de caballería, encontró acomodo en la ciudad distribuyéndose en las casas de los ciudadanos, cosa desacostumbrada para éstos, porque la repartían en casas ajenas, no propiamente como se les había obligado en las suyas.

El rey se quedó en Florencia… días, y cuando se llegó a redactar el acuerdo, exigió el dominio de la ciudad, alegando, entre otras razones, que le pertenecía conforme a las tradiciones de Francia por haber entrado en la ciudad armado; además pidió el regreso de Piero. En estos asuntos los florentinos no se dejan convencer muy fácilmente, y de inmediato enviaron a Milán a Bernardo Rucellai para informar al duque de la situación; imaginando, como era cierto, que tampoco a él le gustaría que el rey se asentara en Florencia, éste entonces comisionó al conde de Gaiazzo y a Galeazzo de San Severino, que lo representaban en el séquito del rey, para que trataran de hacerlo desistir de semejantes requerimientos, y apoyaron resueltamente la causa de Florencia.

La situación permaneció sin cambios por unos cuantos días durante las negociaciones; pero mientras tanto la ciudad estaba

asustada, porque los ciudadanos no estaban acostumbrados a las actividades de la guerra y a ver en su propia ciudad a un ejército perfectamente armado; por otra parte los franceses veían que la población era muy numerosa y sabían que cuando la expulsión de Piero todo el pueblo, al tocar la campana grande, había tomado las armas, y que los poblados aledaños estaban prestos para hacer lo mismo, así que no tenían todo de su parte y vigilaban con mucho cuidado para que no se tocaran campanas, y de este modo el miedo estaba compartido; pero a pesar de que dos o tres veces corrieron rumores por la ciudad y los franceses tomaron las armas, de todos modos, como eran puras reacciones del miedo, nunca llegaron a más.

Los comisionados para las negociaciones con el rey eran Francesco Valori, Piero Capponi, Braccio Martelli y varios otros ciudadanos; para llegar a una conclusión presentaron al rey un borrador de los artículos en que la ciudad estaría de acuerdo; el borrador no gustó al rey y presentó otro proyecto que serviría de base para el documento definitivo; pero en él se incluían cosas muy indignas, y entonces Piero Capponi lo asió y muy valientemente lo hizo pedazos ante el mismo rey, exclamando: "Como usted no quiere llegar al acuerdo, las cosas se concluirán de otro modo: toque usted las trompetas y nosotros tocaremos nuestras campanas"; palabras en verdad de un hombre de gran dignidad y osadía, ya que se encontraban en la casa de un rey bárbaro y orgulloso, donde se corría el riesgo de que a las palabras coléricas siguieran hechos salvajes. El rey y sus hombres se amedrentaron al ver tanto atrevimiento, y como ya antes tenían miedo por la gran cantidad de gente y por la campana grande que, según habían oído, con sus repiques llamaría a las armas a más de treinta mil hombres de la ciudad y alrededores, se turbaron profundamente, y renunciando, tal vez por estas amenazas, a sus indignas exigencias, llegaron a condiciones más razonables para el convenio. Por fin, después de muchas

discusiones, el día… de diciembre de 1494 se llegó a redactar un texto aceptado por el rey, que fue firmado en Santa Reparata ante la presencia del rey, la Señoría y todo el pueblo; el rey juró personalmente, tocando la piedra sagrada del altar mayor, que cumpliría con el articulado. En las estipulaciones se incluían amistad, paz, confederación y alianza entre el rey de Francia y nosotros según la fórmula general de las otras alianzas; los amigos o enemigos de uno serían amigos o enemigos del otro; la ciudad debería pagar al rey Carlos por daños y gastos la suma de ciento veinte mil ducados de oro, de los cuales cincuenta mil se le entregarían de inmediato antes de que saliera de la ciudad, los otros setenta mil en dos pagos posteriores, pero a corto plazo; el rey retendría, para su seguridad y durante toda la guerra y la empresa en el reino de Nápoles, las fortalezas de Pisa, Liorna, Pietrasanta y Sarzana, quedando sin embargo el dominio y la administración civil a cargo de los florentinos, como antes de su llegada a Italia; una vez terminada la empresa de Nápoles, sería obligado a devolverlas automáticamente y sin excepciones.

Ratificado el acuerdo y contados los cincuenta mil ducados, a los dos días el rey salió de Florencia y se dirigió a Roma para continuar con su empresa. En cuanto se marchó, habiendo bastante desorden en la ciudad, tomó la determinación de reformar la constitución; los principales miembros del gobierno, entre los cuales sobresalían Tanai de los Nerli, Piero Capponi, Francesco Valori, Lorenzo de Pierfrancesco y Bernardo Rucellai, elaboraron un anteproyecto, y una vez aprobado, se convocó la asamblea general, en la cual por gran mayoría se aprobaron las modificaciones propuestas, que fueron las siguientes: fueron abolidas las magistraturas de los Ocho de Consulta y de los Setenta; se haría una lista de los candidatos para la Señoría y todas las magistraturas y oficinas públicas, de la ciudad y foráneas, y una vez terminada dicha lista se procedería al nombramiento por sorteo; para este fin los miembros de la

Señoría y de los colegios en función nombrarían de inmediato a veinte escrutadores que se dedicarían a integrar dicha lista en el plazo de un año, duración de su cargo; durante este periodo deberían efectuar el nombramiento de la Señoría por votación ordinaria levantando la mano. Dichos escrutadores debían tener no menos de cuarenta años, excepto uno, que podía tener una edad inferior —esto se hizo para que pudiera ser escrutador Lorenzo de Pierfrancesco—; se dejaba sin efecto la prohibición de ser estructurador para Francesco del Scarfa, gonfalonero de justicia; ya no se pagarían los impuestos con moneda blanca; se crearía la Comisión de los Diez de Bailía para ocuparse de la guerra de Pisa, con autoridad ordinaria conforme a los ordenamientos de la ciudad y durando en dicho cargo seis meses. La asamblea general se desarrolló sin incidentes, y al día siguiente se nombraron los veinte escrutadores, que fueron: Domenico Bonsi, Ridolfo de Pagnozzo Ridolfi, Tanai de los Nerli, Piero Capponi, Antonio de Sasso, Bardo Corsi, Bartolomeo Giugni, Niccolò di Andreuolo Sacchetti, Giuliano Salviati, Iácopo del Zaccheria, Francesco del Scarfa, Guidantonio Vespucci, Piero Popoleschi, Bernardo Rucellai… Francesco Valori, Guiglielmo de los Pazzi, Braccio Martelli, Lorenzo de Pierfrancesco y… Los colegas se maravillaron de que no resultara nombrado Paolantonio Soderini, que era persona de mucho prestigio y había sido agraviado por Piero de Médicis; se dijo que se debió a Piero Capponi, muy poderoso y enemigo personal suyo, y luego circuló el rumor de que por este desaire Paolantonio comenzó a pensar en cambiar el gobierno, y para ello convenció y utilizó a fray Girolamo para predicar la necesidad de instituir un gobierno democrático. Después se nombraron los Diez: Piero Vettori, Piero Corsini, Paolantonio Soderini, Piero Guicciardini, Piero Pieri, Lorenzo Morelli, Lorenzo Lenzi, Francesco de los Albizzi, Iácopo Pandolfini y Lorenzo Benintendi. También se eligieron los nuevos Ocho de

Bailía: Guido Mammelli, Andrea Strozzi, y otros, quienes de los ingresos de la dependencia gastaron tanto en banquetes que les pusieron el apodo de los Ocho Bienaventurados.

Una vez nombrados estos magistrados, para complacer al pueblo fue colgado de una ventana del Palacio de Justicia Antonio di Bernardo, que era una persona instruida y sabía todo lo que podía saberse del Monte y demás ingresos de la ciudad, y además, considerando el poder y la autoridad que tenía, había sido un hombre muy limpio; pero el haber manejado por tanto tiempo un oficio de por sí odioso y el no ser de familia noble, lo que le provocaba mucha envidia y tener unas maneras algo toscas, que los que lo trataban achacaban a orgullo y crueldad contra los pobres, le atrajeron tanto odio en el pueblo que ni siquiera con su sangre quedaba satisfecha. Lo mismo se planeaba hacer con Giovanni, el de las Reformas, al que le profesaban un odio mortal, y no era una gran personalidad; pero fray Girolamo lo salvó gritando desde el púlpito que ya no era tiempo de justicia sino de misericordia; se le perdonó la vida y fue condenado a prisión perpetua en la cárcel de Volterra; pero algunos años más tarde fue liberado y absuelto.

En la ciudad había muchas personas a las que se hubiera querido enjuiciar, como Bernardo del Nero, Niccolò Ridolfi, Pierfilippo (Pandolfini), Angelo (Niccolini), Lorenzo Tornabuoni, Iácopo Salviati y otros ciudadanos importantes del régimen pasado; a esto se oponían muchos hombres de bien, principalmente Piero Capponi y Francesco Valori, en parte por consideración al bienestar público, porque con eso se hubiera trastornado a la ciudad, y en parte por interés personal, porque ellos y sus antepasados habían sido amigos de los Médicis y habían reinstalado a Cosme en 1434; por consiguiente, temían que una vez liquidados los otros partidarios del régimen pasado, apodados los “Cenizos”, les tocaría a ellos quedar a disposición de los que habían sido agraviados en 1434, quienes

evidentemente eran enemigos suyos; por esta razón, al nombrar a los Diez y a los Veinte habían introducido a varios que no habían sido perjudicados por Piero, como Giuliano Salviati, Lorenzo Morelli, Piero Guicciardini y otros semejantes, quienes en sus relaciones con el pueblo tenían menos compromisos que los demás. Y pese a que sostenían una tesis justa y razonable y a que en ese momento tenían una autoridad inmensa, sin embargo difícilmente hubieran podido contener esa avalancha, apoyada por tantos enemigos del gobierno anterior y grata al pueblo, al que le satisfacen cuantas novedades y desórdenes se presenten, si no les hubiera llegado una ayuda inesperada de parte de fray Girolamo; de él, que fue persona muy valerosa y el causante de sucesos y agitaciones de gran importancia en nuestra ciudad, relataré lo que ayude a iluminar los acontecimientos que no se deben olvidar.

Fray Girolamo de Ferrara, de apellido Savonarola, fue de una familia del pueblo, de medianos recursos; estudió arte e ingresó a la orden de los frailes observantes de Santo Domingo; después de un tiempo, habiendo progresado muchísimo en filosofía y más aún en Sagrada Escritura, fue enviado a Florencia; allí empezó a predicar ya en los tiempos de Lorenzo, insinuando con mucha precaución que se estaban acercando grandes calamidades y sufrimientos. A Lorenzo estos sermones no le gustaban mucho; sin embargo, por un lado no lo tocaban directamente, y por el otro, recordando que el pueblo lo había censurado cuando expulsó de Florencia a fray Bernardino de Feltre, considerado un gran santo, e inclusive por cierta estimación que sentía por fray Girolamo, que en general parecía de vida incensurable, no le prohibió predicar, aunque alguna vez, por conducto de Angelo Niccolini, Pierfilippo y otros, claro que sin mencionarlo a él, le aconsejó que no hablara tanto del futuro (de Florencia). Fray Girolamo había adquirido entre el pueblo gran fama de sabiduría y santidad en la época en que

murió Lorenzo; y siguió predicando en los tiempos de Piero, ampliando más sus sermones, anunciando la renovación de la Iglesia, una inminente calamidad para Italia, que sería invadida por pueblos bárbaros, para quienes conquistar fortalezas era como coger manzanitas, y que todo quedaría destruido. También consiguió del papa Alejandro, aunque con mucha dificultad, una bula por la que los frailes dominicos de Florencia y de los otros conventos de Toscana dejaban de depender de la congregación de Lombardía para gobernarse en forma autónoma; esto lo arraigó en Florencia, eximiéndolo de la obligación de cambiar de residencia anualmente, como acostumbran los religiosos. Seguía entonces insistiendo con sus predicciones ante un gran número de feligreses que lo veneraban como santo y profeta, pues iban a escucharlo toda suerte de personas, entre las cuales Giovanni Picco, conde de la Mirandola (uno de los más sabios de nuestros tiempos y que planeaba hacerse fraile, pero murió muy joven); en los tiempos de Piero su prestigio alcanzó tal nivel que se envió como delegado, junto con el propio Piero, a Sarzana al rey Carlos, con la esperanza de que su santidad lograra algún provecho; el rey siempre lo escuchó con gusto y lo trató con mucha veneración, de modo que en ese momento fue de ayuda para la ciudad, para la cual también después, cuando el rey ya estaba entre sus muros, continuó batallando sin reservas.

Cuando se expulsó a Piero, hablaba enérgicamente afirmando que las cosas futuras que él anunciaba le eran reveladas por Dios, así que mucha gente creía firmemente en él; y él por su parte se dedicaba a proteger a los ciudadanos y a insistir para que se tuviera clemencia, consiguiendo el perdón para Giovanni (de Pratovecchio), que incluso era su amigo. Luego empezó a predicar, siempre por parte de Dios, que Dios y no los hombres habían liberado a la ciudad de la tiranía, y que Dios quería que se mantuviera libre y adoptara un gobierno democrático al estilo

veneciano, que era el más apropiado para nuestra ciudad. Y su predicación fue tan eficaz, por ayuda divina o habilidad suya, que se empezó a ventilar en forma oficial el proyecto, a pesar de que no era del agrado de Bernardo Rucellai, Francesco Valori, Piero Capponi, Lorenzo de Pierfrancesco, Nerli y los otros miembros del gobierno, que de todos modos no se le oponían abiertamente, y además que la Señoría era favorable; por fin, concretando, se comisionó a los gonfaloneros, los Doce, los Veinte, los Diez y los Ocho para que cada dependencia redactara un proyecto de constitución democrática. Se elaboraron los proyectos y entre ellos gustó más el de los Diez; entonces se citó a fray Girolamo, y en la presencia de la Señoría se leyó dicho proyecto; él lo aprobó, agregando algunas palabras de circunstancia y comentando que por el momento ya era bastante establecer un régimen que fuera bueno en línea general, porque los inconvenientes que dependieran de circunstancias particulares con el tiempo se irían conociendo mejor y se ajustarían y corregirían después de las debidas consideraciones; y efectivamente, al convocar al Consejo del Pueblo y al Consejo de la Comuna, se ganó y se obtuvo la aprobación. El resultado fue que se debía crear un consejo formado por todos los ciudadanos no incluidos en el registro de los causantes morbosos, no menores de veintinueve años, cuyos padres, abuelos o bisabuelos habían sido miembros de alguno de los consejos mayores;[1] de este consejo se escogerían todos los funcionarios de la ciudad y del territorio, con excepción de la Señoría, que debía ser nombrada en ese mismo año por la Comisión de los Veinte y, una vez terminado el mandato de ésta, por el Consejo Grande. El sistema de elección era el siguiente: para cada cargo se sacaba de una bolsa general cierto número de electores; cada elector escogía un nombre, que no fuera el de un pariente suyo; los que así resultaban escogidos se sometían a una votación que decidía por mayoría absoluta, y

quedaba nombrado para ese cargo el que sacara más habas negras; se exceptuaban algunos oficios del territorio fuera de la ciudad de cierto salario para abajo; en este caso no se sometían a votación los que fueran nombrados por los electores, sino los mismos sorteados, ganando naturalmente el que obtuviera más habas negras; y con el fin de que los electores se sintieran motivados a hacer buenos nombramientos, se estableció que el elector que escogía una persona que luego resultaba nombrada recibiera una compensación de acuerdo con la importancia del cargo. El Consejo Grande debía nombrar un consejo de ochenta miembros, de cuarenta años, que se renovaría cada seis meses, con la posibilidad de ser confirmados, con la función de asesorar a la Señoría y de nombrar embajadores y comisarios; por sus manos también deberían pasar todas las disposiciones dictadas por la Señoría o los colegios, quedando sin embargo la aprobación final a cargo del Consejo Grande; por otra parte, éste debería funcionar con todas las personas hábiles, que eran más de mil, pero como en el palacio no había un lugar en donde pudiera caber tanta gente, se ordenó que para este fin se construyera un salón grande sobre los Almacenes Aduanales; pero mientras se le construía, no participarían en el consejo todas las personas hábiles, sino tan sólo mil a la vez, que era el mínimo legal, que se sacaría por sorteo de la bolsa grande por un periodo de cuatro o seis meses.

Aprobada la ley y creado el consejo, fray Girolamo siguió predicando y mostrando cómo Dios se había apiadado de Florencia y la había liberado de las manos de un rey poderosísimo; que en la misma forma se debía solucionar el problema de los ciudadanos del gobierno anterior, o sea usando clemencia; y para mantener tranquila a la población sugirió que se expidiera un decreto cancelando todas las obligaciones de los ciudadanos originadas antes de la expulsión de Piero, y se promoviera la paz y la concordia de los ciudadanos. Además,

para que cada quien pudiera disfrutar de lo suyo con absoluta seguridad, en ese momento y por todo el tiempo futuro, y no quedara en poder de seis señores trastornar a su antojo a la ciudad, y expulsar o ajusticiar a los ciudadanos según su capricho como se había hecho en épocas pasadas, y con ese sistema crear influyentes, se quitara ese poder a las seis habas, y se decretara que todas las veces que un ciudadano fuera condenado a cualquier pena por la Señoría u otros magistrados por cuestiones políticas pudiera apelar al Consejo Grande, y que el magistrado que no concediera esa apelación incurriera en la misma pena por la que se interponía la apelación. Estas disposiciones encontraron una violenta oposición por parte de muchos ciudadanos importantes; pero por fin, después de un debate que duró varios días, se pusieron a votación en el consejo y se aprobaron por mayoría; de verdad parecía que todas las reformas propuestas por fray Girolamo tenían una fuerza sobrehumana.

Arreglada por el momento la situación interna, los Diez contrataron capitanes, establecieron un impuesto extraordinario y enviaron tropas al territorio de Pisa que se obstinaba en su rebeldía; los mejores capitanes fueron Francesco Secco, el conde Rinuccio de Marciano y Ercole Bentivoglio; el comisario fue Piero Capponi. Éstos ocuparon Palaia, Peccioli, Marti, Buti y algunos poblados de poca importancia, pero no lograron expugnar Vico, Cascina, Ripafratta y Verruca; las otras plazas se encontraban en una situación fluctuante, pues a veces se conquistaban y a veces se volvían a rebelar. También se enviaron a Milán, para felicitar al nuevo duque, dos delegados: Luca Corsini y Giovanni Cavalcanti; iniciativa poco feliz, pues en aquella corte hizo bajar la estimación que tenía nuestra ciudad, porque el duque pensaba que aquí mandaba la masa y no había sucesión dinástica. Mientras sucedía lo anterior, se nos vino encima otra calamidad, porque los de Montepulciano se

revelaron y se entregaron a los seneses; entonces se declaró la guerra a los seneses, pero se tuvo que enviar una parte de las tropas hacia Montepulciano, ya sea para intentar recuperar la plaza, lo que no se consiguió, como también para proteger Ponte a Valiano y las otras posesiones. Se perdió también Fivizzano y los otros poblados de Lunigiana, que fueron ocupados nuevamente por los marqueses Malaspina, y se abandonó el protectorado de Faenza, ya que no podríamos defender ni siquiera a nosotros mismos.

[1] Eran el Consejo Grande, el Consejo de los Cien y el Consejo de los Setenta.

XIII. LA EMPRESA DE NÁPOLES. LIGA ITALIANA CONTRA CARLOS VIII. CONDICIONES DEL ESTADO FLORENTINO

(1495)

Estando entonces Florencia en estado de guerra, llegó a la ciudad el cardenal de San Maló, el personaje más importante de la corte del rey de Francia, y después de recibir cuarenta mil ducados se fue a Pisa prometiendo devolvérnosla, o cuando menos la administración civil; se quedó allá unos días sin arreglar nada para nosotros y regresó con el rey Carlos. Éste había terminado victoriosamente la campaña de Nápoles con una rapidez increíble; en efecto, al marcharse de Florencia se dirigió a Roma, donde el papa Alejandro, no pudiendo defenderse, logró ponerse de acuerdo con él con la condición de entregarle, para su seguridad, algunas plazas y a un hijo suyo (Giovanni) como rehén; le entregó al hermano del Gran Turco (Bayazet II) que se encontraba prisionero en Roma (quien poco después murió, tal vez, según dijeron, envenenado oportunamente por el papa), y el rey Carlos entró en Roma durante la semana mayor; consiguió que se nombrara cardenal al obispo de San Maló y se dirigió hacia el reino de Nápoles. En cuanto el rey Alfonso se enteró de la situación, desesperado por no poder defenderse, entregó el gobierno a Fernando, su hijo mayor y duque de Calabria, lo hizo coronar como rey y él, ya sin título y como un simple particular, se fue a Sicilia a un convento de monjes, donde falleció unos pocos meses después. Sin embargo, también el nuevo rey, Fernando, al poco tiempo tuvo que huir, porque el rey Carlos no encontró ningún obstáculo organizado, y como hubo una sublevación general de todas las poblaciones, cada día

ocupaba tanto territorio cuanto alcanzaba marchando, así que en muy pocos días se adueñó de todo el reino de Nápoles, cosa que apenas se puede creer. El rey huyó a España; Virginio Orsini y el conde Niccolò de Pitigliano, otro Orsini, fueron capturados en Nola; las pocas fortalezas napolitanas que quedaron en poder de los aragoneses no tardaron en capitular.

En Florencia se echaron a vuelo las campanas y se organizaron grandes demostraciones de alegría por esta noticia, aunque en realidad por dentro todos estaban bien asustados; pero, como se dependía de él, y todas nuestras fortalezas estaban en sus manos, tuvimos que hacerlo. Se le enviaron como delegados a Guidantonio Vespucci, Lorenzo Morelli, Bernardo Rucellai y Lorenzo de Pierfrancesco, para felicitarlo por tan brillante victoria y para solicitar la devolución de nuestras propiedades, que estaba obligado a entregar al terminar la guerra de Nápoles, teniendo en cuenta, además, que de nuestra parte habíamos entregado el dinero establecido en los acuerdos.

Esta victoria de Nápoles tan rápida, mucho más de lo que uno hubiera podido imaginar, asustó mucho a todos, porque se temía que agregándose a Francia ese gran reino y estando presente un ejército envalentonado por tantas victorias y con las armas en la mano, toda Italia quedaría a su disposición. Esto disgustó no sólo a los potentados italianos, sino también a Maximiliano, rey de los romanos, y a Fernando, rey de España, para los cuales, ya sea por la cercanía, como por las antiguas controversias, cualquier aumento de Francia no podía más que despertar sospechas y preocupaciones. Por consiguiente, para seguridad de los respectivos estados, se organizó una liga general para la protección de todos contra el rey de Francia, en la cual participaban el papa, el emperador, el rey de España, los venecianos y el duque de Milán. Se nombró capitán a Francesco de Gonzaga, marqués de Mantua, en aquel entonces a sueldo de los venecianos; se juntó mucho dinero en Lombardía y Venecia

y en todas partes se reunieron tropas para detener al rey Carlos, de cuyo séquito, al formarse la liga, había huido clandestinamente el hijo del papa (César). Los florentinos no participaron, a pesar de que se les rogó, y no se separaron del rey, porque esperaban la devolución de las fortalezas, como les había prometido.

En esa época en la ciudad se estaba trabajando para dejar asentado y reforzar el régimen democrático; esto no agradaba mucho a los Veinte y a muchos otros ciudadanos de gran autoridad, y se temía que al ver acercarse el término de su mandato, con lo que serían reducidos al nivel de simples ciudadanos, intentaran nombrar una Señoría a su gusto y desbaratar el gobierno democrático; pero entonces fray Girolamo, hábilmente, empezó a predicar contra ellos, sosteniendo que convendría eliminar esa comisión. El nombre y la función de ésta ya de por sí eran odiosos al pueblo, bien por el miedo de que alteraran la composición del consejo, bien por sus métodos y tratos, que eran torpes y desagradables, sin una sombra de comprensión. La primera vez que eligieron la Señoría nombraron gonfalonero de justicia a Filippo Corbizzi, persona falta de clase, autoridad y honradez, pero sostenida por Tanai de los Nerli; a este nombramiento se había opuesto con tenacidad Francesco Valori, quien apoyaba a Paolo Falconieri, hombre todavía más adocenado que Filippo (esto precisamente era lo que se buscaba, para halagar al pueblo), pero con más sesos y carácter; como las opiniones eran muy encontradas y no lograban ponerse de acuerdo, a la fuerza tuvieron que aceptar al que obtuvo más habas negras, aunque no había ganado por mayoría simple. Luego nombraron gonfalonero a Tanai de los Nerli, persona noble, muy rica e influyente por el número de sus hijos y en especial porque uno de ellos, Iácopo, había colaborado vigorosamente en la expulsión de Piero, pero falto de experiencia en las cuestiones de gobierno; esto molestó a

todos, porque les parecía mal que un escrutador se nombrara a sí mismo; además, como ya había sido gonfalonero en los tiempos de Lorenzo, se pensaba que lo hacía por mera ambición. Después nombraron a Bardo Corsi, él también miembro de los Veinte, pero su nombramiento no disgustó tanto porque se trataba de una persona ya grande y además porque había sido retenido y confinado por los Médicis. Pero como todos estos funcionarios representaban diversas corrientes, se habían dividido a tal punto que entre ellos no había cohesión ni concordia y, pese a haberlo intentado muchas veces, no lograban unificarse. Esta desunión empezaba a trascender al pueblo y todos los criticaban, así que también su autoridad bajaba; luego se agregó la autoridad y el prestigio de fray Girolamo, así que el pueblo empezó a faltarles al respeto y amenazarlos, con lo que su situación se había vuelto muy grave; y como los ánimos se iban exacerbando más y más, Giuliano Salviati, asustado o convencido por fray Girolamo, fue a presentar su renuncia. Por consiguiente los otros miembros, viendo que además de la desunión se enfrentaban a un agravio público, convencidos de que se trataba de ataques a sus personas, presentaron al consejo la propuesta de una renuncia colectiva, que fue aceptada con aplausos. Ellos dimitieron inmediatamente, en el mes de mayo de 1495; la facultad de nombrar la Señoría fue transferida al pueblo, que por primera vez eligió al gonfalonero de justicia Lorenzo Lenzi.

En ese tiempo el rey Carlos, al saber que se había organizado una liga, decidió regresar a Francia; dejó una parte de los hombres de armas francesas a las órdenes de algunos capitanes suyos y cierto número de italianos al mando de Camillo Vitelli para controlar el reino, y con el resto del ejército se dirigió a Toscana. Ahora bien, por una parte él persistía en denegar a nuestros delegados la devolución de lo nuestro, por otra éstos se habían percatado de que estaba mal dispuesto hacia los italianos

y en particular que algunos de sus principales funcionarios tenían gran aversión a nuestra ciudad, así que nuestros ciudadanos tuvieron tanto miedo que, aleccionados por el peligro pasado, todos se procuraron armas, llenaron las casas con soldados de los suburbios y dotaron a la ciudad de todos los medios adecuados para la defensa, de modo que si el rey Carlos quisiera hospedarse otra vez en Florencia se le pudiera permitir la entrada sin ningún peligro. Cuando supo de estos preparativos, ya sea porque no quería arriesgarse en ese lugar, o porque temía no contar con fuerzas superiores, al ser informado que los venecianos y el duque de Milán habían reunido un poderoso ejército en la zona de Parma para bloquearlo, se marchó a Siena y sin tocar Florencia prefirió dirigirse a Pisa. En Poggibonsi encontró a fray Girolamo y conversó con él mostrándole mucha consideración, pero sin ningún provecho con referencia a nuestro asunto de Pisa; luego se fue a Pisa con la intención de dirigirse a Lombardía, y mientras estaba allí, o por aquel entonces, le llegó la noticia de que Ludovico, duque de Orleans, había ocupado, mediante negociaciones, la ciudad de Novara, plaza del duque de Milán. Después se fue de Pisa, dejando custodiadas nuestras fortalezas, pasó por Lunigiana, saqueó Pontrémoli, plaza del estado de Milán, y llegó a la zona de Parma, donde encontró acampados a la orilla del Taro a los ejércitos de los venecianos y del duque, que en cuanto a número tan sólo el de los venecianos era muy superior al suyo.

Al llegar allí, con la intención de seguir para Francia si no hallaba obstáculos, en el campo italiano se suscitó una discusión sobre lo que convenía hacer. Rodolfo de Gonzaga, tío del marqués, y algunos de los capitanes más maduros, opinaban que no se debía atacarlos, sino más bien ir acompañándolos mientras transitaban por el estado de Milán; con esto era seguro que no perjudicaría este estado, e inclusive podía suceder que la escasez de víveres los apretara tanto que se vieran en la necesidad de

trabar combate en situación desventajosa o de aceptar las condiciones que la liga quisiera imponerles. El marqués, por afán de pelear, opinó de otro modo, y creo que fue de la misma opinión también Marchionne Trevisan, proveedor de los venecianos; por fin se inició la pelea que fue muy encarnizada y duró bastantes horas; los franceses eran en menor número, pero se ayudaban con la artillería. El resultado fue que al anochecer la batalla se suspendió y cada quien regresó a sus campamentos; como nadie huyó, no se puede decir que cualquiera de ellos fuera derrotado. Pero el daño de los franceses no fue muy grande; en cambio, el de los italianos fue bastante grave, pues quedaron muertos unos cuatro o cinco mil soldados y muchos oficiales, entre ellos el propio Rodolfo de Gonzaga. Toda esa matanza fue en perjuicio de las tropas del marqués, porque las del duque, al mando del conde de Gaiazzo, por orden del propio duque casi no participaron en el encuentro. La razón fue ésta: que el duque sabía que los venecianos tenían un ejército más poderoso que el suyo y además se encontraban en territorio milanés; si el rey de Francia resultara derrotado, tal vez él quedaría a disposición de los venecianos, sus enemigos naturales y poco propensos, por ambición, a respetar alianzas o promesas. Además puede ser que considerara que si él enviaba al peligro a su gente y saliera derrotado, él resultaría más afectado que los venecianos, porque los franceses se encontraban en su territorio y él sería el primero en perder el estado. También puede habérsele ocurrido que si el rey fuera derrotado, ésta sería una ofensa tan grave que nunca más podría estar en paz con Francia; esta posibilidad debía ponderarla más él que los otros, primero porque era su vecino, y luego porque considerarían más grave la ofensa inferida por él que había sido el primero en llamarlos a Italia, y luego, una vez conseguido el título de duque de Milán, dirigía su ejército contra él. Estas razones pudieran haberlo inclinado a preferir que sus tropas y las del rey quedaran a salvo,

cualesquiera que fueran las situaciones futuras.

Concluida la batalla, los franceses, al no encontrar oposición, se marcharon y llegaron a Asti, donde pactaron una breve tregua con los aliados, lo que agradó a ambas partes; el duque de Milán, con parte de las tropas venecianas y con las suyas, fue a poner sitio a Novara y la recuperó más por hambre que por las armas.

En su época o poco antes; es decir, aproximadamente cuando el rey llegaba a Asti, siendo las gentes del reino muy descontentas del gobierno de los franceses, los napolitanos y otras poblaciones, animados por la ausencia del rey y por la constitución de la liga, se rebelaron y el rey Fernando, apodado Fernandino, regresó a Nápoles. Pero en el reino había mucha gente importante todavía favorable al rey de Francia y muchas ciudades seguían siendo sus partidarias, y queriendo recuperar todo el reino, pero no teniendo dinero, por medio del rey de España y el duque de Milán obtuvo cierta suma de dinero de los venecianos, entregándoles en prenda Otranto, Brindisi y otros puertos del reino; los venecianos, por su parte, prometieron a él y al rey de España que devolverían dichos puertos al serles rembolsado su préstamo. Ratificado este acuerdo, el marqués de Mantua, capitán de los venecianos, se puso en marcha hacia el reino contra los franceses. En unos pocos meses los franceses fueron vencidos y luego reducidos a un número muy pequeño a causa de hambre en Atella, donde murió Camillo Vitelli, sin esperanza de recibir otra ayuda del rey Carlos, que tan vergonzosamente los había abandonado a la muerte, tuvieron que salir del reino; esos pocos que habían quedado buscaron un arreglo con el rey, le entregaron todo el estado y se embarcaron para Francia.

Durante todo este tiempo; es decir, cuando el rey estuvo en Asti, estaban con él nuestros delegados Guidantonio Vespucci y

Neri Capponi y tal vez también Soderini, obispo de Volterra; se redactaron entonces nuevos acuerdos con el rey, se le entregó otra suma de dinero y él prometió y aseguró que se nos devolverían nuestras posesiones; esto parecía muy factible porque él ya estaba casi fuera de Italia y no las necesitaría más, y nosotros por nuestra parte le habíamos cumplido enteramente y habíamos quedado como sus únicos amigos en toda Italia. Mientras se negociaba este convenio, se envió nuestro ejército a Vicopisano, en el mes de agosto de 1495; pero después de quedar allí muchos días sin provecho alguno y con bastantes bajas, se levantó el sitio, con mucho desprestigio. Después llegaron de Francia las órdenes a los que ocupaban nuestras fortalezas para que nos devolvieran éstas y las insignias de las ciudadelas; en vista de ello se reunieron nuestras tropas, coordinadas por los comisarios Francesco Valori y Paolantonio Soderini, y un día, de improviso, asaltaron el suburbio de San Marco; lo ocuparon inmediatamente, y al encontrar la puerta abierta, nuestras tropas empezaron a entrar sin encontrar resistencia, mientras los pisanos, asustados, se retiraban al otro lado del río Arno, cuando, de repente, el comandante francés de la ciudadela nueva empezó a disparar la artillería contra los nuestros; al ser informados de dicho suceso los comisarios, que no sabían nada del éxito obtenido en San Marco y de la estampida de los pisanos, ordenaron de inmediato la retirada; así se perdió una magnífica oportunidad de recobrar la ciudad de Pisa, que de no quedar interrumpida la acción ese día iba a quedar por completo en nuestro poder. Los comisarios fueron criticados violentamente por el pueblo, pero con injusticia, porque cuando la ciudadela empezó a disparar era absolutamente razonable hacer lo que hicieron; si actuando de distinto modo hubiéramos ganado, esto debería atribuirse más a la casualidad que a la razón. Se quedaron entonces algunos días en San Marco, pero viendo que el comandante de la ciudadela

no quería entregarla, o por una orden secreta del rey o por otras razones, nuestro ejército se retiró sin lograr nada positivo. Así resultaron inútiles todas las iniciativas de ese verano, en las cuales se gastó tal suma de dinero que los Diez en función fueron apodados los Diez Gastadores; desafortunadamente eran los primeros que habían sido elegidos para ese cargo por el pueblo y eran casi todos de edad y estimados, pero no tenían dotes para dirigir una dependencia del gobierno. Los jefes de esa comisión eran Francesco Pepi y Filippo Buondelmonti.

Después llegó de Francia el cardenal de Lilla, enviado precisamente para la devolución, llenando toda la ciudad de grandes esperanzas, pero nuestra mala suerte quiso que enfermara y muriera en Florencia, donde fue sepultado con grandes honores públicos. Por fin, después de muchas delegaciones y cartas de un lado y de otro, se nos devolvió sólo Liorna, que estaba ocupada por el cardenal de Beaumont. El comandante de Pisa, por cierta cantidad de dinero que le obsequiaron los pisanos, proporcionado por el duque de Milán, les entregó la ciudadela nueva, que había sido construida por los florentinos, y ellos inmediatamente la destruyeron, conservando la ciudadela vieja que existía allí desde mucho tiempo atrás. Pietrasanta fue ocupada por los de Lucca, por haberla comprado al rey mediante una buena cantidad de dinero; Sarzana pasó a los genoveses; y así se esfumó nuestro territorio, repartido entre nuestros vecinos. Es para llorar, de verdad, considerar que esa gente de Génova, Siena y Lucca, que poco tiempo antes temblaba ante nuestro poderío militar, ahora con tanta desfachatez destrozara y engullera nuestras posesiones, pero no por sus fuerzas y su arrojo, sino utilizando la ayuda de un rey de Francia, que no respetó los pactos concertados con nosotros, confirmados además con juramento solemne ante el altar, ni los convenios firmados sucesivamente, en Asti, ni el hecho de que nosotros le cumplimos por entero, ya sea entregándole

determinada cantidad de dinero, ya sea manteniéndonos leales a él, siendo los únicos en toda Italia; en cambio, con toda perfidia, nos revendió, a nosotros y a nuestras posesiones, a nuestros enemigos.

Los pisanos, que con dificultad hubieran podido defenderse de nosotros, solicitaron formar parte de la liga y fueron aceptados; por consiguiente, llegaron allá tropas del duque de Milán y de los venecianos. Poco después el duque, tal vez para enredar a los venecianos en muchos compromisos y así debilitarlos con grandes gastos, o bien por otra razón, les pidió que se quedaran ellos solos en Pisa. La propuesta fue discutida acaloradamente en Venecia, y fue impugnada por Filippo Tron y muchos otros nobles de edad, a quienes no agradaba meterse en tantos líos, pero la apoyaban con vigor el dux Agostino Barbarigo y sus partidarios, que eran muchos y más jóvenes. Por fin se deliberó aceptarla; el duque se fue y los venecianos quedaron solos en Pisa con el pretexto de custodiarla por cuenta de la liga; a los pisanos les dejaron una libertad nominal, pero de hecho tenían ocupadas las fortalezas y las utilizaban a su arbitrio. Después la liga solicitó con gran insistencia nuestra participación, porque los aliados querían unir a toda Italia y así quitar al rey Carlos cualquier deseo de volver; Florencia no aceptó, porque ellos no querían devolver la ciudad de Pisa, y al no conseguir esto la unión de toda Italia no nos servía de nada; más bien nos resultarían provechosos la desunión, el regreso del rey Carlos y cualquier revolución, tanto más cuanto que el dicho rey repetía a nuestros embajadores (en ese entonces el obispo Soderini y Gioacchino Guasconi) que quería volver a Italia y que, considerando las numerosas pruebas de nuestra lealtad y por otra parte la perfidia de los venecianos y del duque, quería compensarnos de tantos sufrimientos y castigar a los otros por las injusticias que habían cometido.

A esta disposición del ánimo se agregaban los sermones de

fray Girolamo, quien después de la expulsión de Piero y la creación del Consejo Grande seguía predicando en Santa Reparata, con un auditorio que ningún otro predicador había tenido jamás, y decía sin rodeos que había sido enviado por Dios para anunciar el futuro, y muchas veces proponía diversas soluciones, ya sea con relación a la situación general de la religión cristiana, ya sea con respecto a la situación particular de nuestra ciudad; insistía en que la Iglesia debería renovarse y progresar hacia una vida mejor y que a ello no llegaría con los bienes y las satisfacciones del mundo, sino con los castigos severos y las grandes penalidades; que Italia primero sería afectada horriblemente por hambruna, epidemias y guerras, y que llegarían muchos peluqueros extranjeros que mediante las armas la rasurarían hasta el hueso; que ante todo debían cambiarse los gobiernos italianos pues no sería posible oponerse con negociaciones, dinero o ejércitos; que nuestra ciudad padecería muchas adversidades y llegaría al extremo de casi perder su libertad; sin embargo, como había sido escogida por Dios para que en ella se dieran a conocer estas predicciones y de ella se esparciera en todo el mundo la luz de la renovación de la Iglesia, por eso no iba a sucumbir; es más, aun cuando se perdiera todo nuestro territorio, la ciudad siempre se salvaría; por último ésta, inducida por los castigos y una vida de simplicidad verdaderamente cristiana, recuperaría Pisa y las demás posesiones que había perdido, pero no mediante ayudas y recursos humanos, sino por la intervención divina, en el momento en que nadie la esperara y en forma tal que nadie pudiera negar que fuera obra exclusiva de Dios; también adquiriría cosas que nunca antes había poseído, y llegaría a ser pujante, gloriosa y poderosa como nunca; que el gobierno democrático y el Consejo Grande recién establecidos eran obras divinas y que por consiguiente no se debía cambiar; es más, quienquiera que osara impugnarlo sería eliminado; y agregaba

que estas cosas se realizarían tan pronto que no había en la catedral persona tan vieja que estuviera oyendo sus sermones que no llegara a ver estos sucesos. Dijo también muchas otras cosas más detalladas y sobre las persecuciones que iba a padecer en lo espiritual y en lo material; pero no las voy a referir porque no se relacionan directamente con nuestro asunto; además existen publicados sus sermones, que en forma exhaustiva pueden informar sobre ellas.

Este tipo de sermones suscitó la aversión del papa, porque al predecir la renovación de la Iglesia atacaba y desacreditaba con gran energía los gobiernos y las costumbres de los prelados; le granjeó la enemistad de los venecianos y del duque de Milán, convencidos de que era partidario de los franceses y responsable de que Florencia no aceptara sumarse a la liga, y también provocó diversas reacciones en la ciudad. En efecto había muchos ciudadanos que tal vez por su índole no creían en estas cosas, o a quienes no gustaba el gobierno democrático que fray Girolamo apoyaba y defendía apasionadamente; otros más que tenían mayor confianza en los frailes de San Francisco; asimismo otros religiosos que se oponían a él por el gran prestigio de los frailes de San Marco, y también muchas personas viciosas a quienes molestaba que él, combatiendo la sodomía y otros pecados, así como los juegos, había coartado mucho su forma de vida: todos ellos en conjunto se habían levantado rabiosamente contra él, persiguiéndolo en público y saboteando sus actividades lo más que podían. Los principales de este grupo eran Piero Capponi (aunque, por la importancia del otro bando, a veces titubeaba y disimulaba), Tanai de los Nerli y sus hijos, especialmente Benedetto e Iácopo, Lorenzo de Pierfrancesco, Braccio Martelli, los Pazzi, Guidantonio Vespucci, Bernardo Rucellai y su hijo Cosimo, y con ellos Piero de los Alberti, Bartolomeo Giugni, Giovanni Canacci, Piero Popoleschi, Bernardo de Diacceto y muchos otros de su clase.

Por otra parte, sus actividades eran muy bien vistas y apreciadas por muchos ciudadanos; algunos, por su carácter bondadoso y dedicado a la religión, se inclinaban a creerle, convencidos de que sus obras eran buenas y que sus predicciones se realizaban a diario; otros, malvados y con mala reputación, lo hacían para disfrazar sus acciones y granjearse una buena reputación con esta capa de santidad; otros más, interesados más bien en la vida práctica y realista, viendo el prestigio y el poder de este grupo, buscaban de este modo llegar más fácilmente a los cargos públicos y ganar crédito y prestigio con el pueblo. Los principales de este bando eran Francesco Valori, Giovan Battista Ridolfi, Paolantonio Soderini, Domenico Bonsi, Francesco Gualterotti, Giuliano Salviati, Bernardo Nasi y Antonio Canigiani. Se le acercaban también Pierfilippo Pandolfini y Piero Guicciardini, quienes, sin embargo, cuando surgían discusiones se portaban más bien en forma moderada, de modo que casi ni se consideraban del grupo; los seguían Lorenzo y Piero Lenzi, Pierfrancesco y Tommaso Tosinghi, Luca de Antonio de los Albizzi, Domenico Mazzinghi, Matteo del Caccia, Michele Niccolini, Battista Serristori, Alamanno e Iácopo Salviati, Lanfredino Lanfredini, Antonio Malegonnelle, quien no había progresado mucho por haber sido del gobierno anterior, aunque, por ejemplo, Pierfilippo Pandolfini ya había sido nombrado miembro de los Diez y había recuperado su prestigio; Francesco de Antonio de Taddeo, Amerigo Corsini, Alessandro Acciaiuoli, Carlo Strozzi, Luigi de la Stufa, Gioacchino Guasconi, Gino Ginori y muchos otros de su clase. Se sumaba a ellos el pueblo en general, pues muchos eran muy propensos a estas cosas, de modo que, teniendo en cuenta que sus perseguidores eran odiados y despreciados mientras sus partidarios eran bien acogidos y estimados, los cargos y las magistraturas citadinas se asignaban más a la gente de este bando que a la del otro; por consiguiente, ya que sus partidarios

eran muy influyentes, además estaban convencidos de que según las predicciones de fray Girolamo los potentados de Italia iban a desaparecer, y por añadidura se figuraban que el rey de Francia iba a resultar otra vez victorioso; era natural que influyeran, además de otras razones, en la decisión de Florencia de no adherirse a la liga. Esto provocó una profunda división y una enconada hostilidad entre los ciudadanos, a tal punto que por causa del fraile se producían discordias entre hermanos, entre padres e hijos; y otro gran motivo de disensión era el hecho de que todos los que apoyaban al fraile eran partidarios de Francia, mientras que los que se le oponían hubieran querido acercarse a la liga.

Al finalizar dicho año de 1495 se levantaron los muros y se acabó de construir el salón grande para el consejo, arriba de los Almacenes Aduanales, y allí se reunió todo el pueblo para nombrar a la nueva Señoría, después de escuchar un sermón de fray Girolamo; el nuevo gonfalonero de justicia, que entró en funciones el primero de marzo, fue Domenico Mazzinghi; de este modo iba continuamente creciendo y consolidándose el régimen democrático.

XIV. SUBLEVACIÓN CONTRA EL GOBIERNO DEMOCRÁTICO. LLEGADA DE MAXIMILIANO DE HABSBURGO A ITALIA

(1496)

Llegó después el año de 1496, turbulento y lleno de peligros dentro y fuera de la ciudad. Al principio de ese año, a fines de abril, se descubrió en la ciudad una conspiración de muchos ciudadanos que estaban en contra de fray Girolamo, pero se trataba de gente de poca importancia. Su finalidad era la de formar una asociación para ayudarse mutuamente en la obtención de cargos públicos, y una vez logrado este propósito intentarían cosas mayores. Como la iniciativa iba extendiéndose, llegó a ser descubierta, y en la mañana en que se reunía el consejo para nombrar a la nueva Señoría y dar el cambio a Domenico Mazzinghi, los ciudadanos Filippo Corbizzi, Giovanni Benizzi y Giovanni de Tignano fueron detenidos y llevados al Palacio de Justicia por orden de la Señoría y de los Ocho. Luego, al ser interrogados y al aclararse todo el asunto, se encontró que no se trataba de una simple agrupación particular, sino que tenía visos de ser una conspiración para derrocar al gobierno, pero no tan grave que ameritara una condena a muerte, de modo que esos tres fueron consignados y encerrados de por vida en la cárcel llamada Stinche, mientras que Schiatta Bagnesi, persona de escasa importancia, y otros de la misma clase fueron inhabilitados por un tiempo; así se eliminó ese peligro, que sin esa medida oportuna habría provocado graves trastornos. Esa trastada fue la causa por la cual el consejo desechó la candidatura de Francesco de los Albizzi, que iba a ser nombrado gonfalonero de justicia, por considerar que dicha conspiración,

en la que Francesco no había tenido nada que ver, era obra de gente enemiga tanto de fray Girolamo como del consejo, dos elementos que, según se rumoraba, tampoco agradaban a Francesco, y por consiguiente dio sus votos a Piero de Lucantonio de los Albizzi, pariente suyo, hombre de edad, bonachón y de poca energía. Durante su mandato los presos en Stinche, fundándose en la ley aprobada en 1494, apelaron al consejo; y como ellos no podían presentarse, primero se leyó su expediente y luego lo que ellos escribieron en su defensa; por último habló Francesco Rinuccini, que había sido miembro de la Señoría o de los Ocho, justificando lo que se había hecho, y después de su explicación fundamentada, se les negó la absolución.

Liquidado este problema, mientras nuestras tropas se encontraban en territorio pisano para intentar recuperarlo, bajo la dirección del comisario Piero Capponi, en un ataque a Soiana, plaza de escasa importancia, un arcabuzazo alcanzó y mató al comisario. Así murió Piero Capponi, hombre que fue muy valiente, de gran talento, elocuencia y tacto, pero algo inconstante y no muy firme en sus decisiones; caballeroso, ambicioso, de un enorme prestigio ya desde los tiempos de Lorenzo, aunque no se servían mucho de él, pese a su fama como persona prudente y enérgica; por sus dotes y prestigio hasta le infundía cierto temor al propio Lorenzo; en los tiempos de Piero fue el responsable principal de la insurrección que derrocó al gobierno, hecho por el cual adquirió una popularidad y una autoridad enormes; en los momentos en que el rey de Francia estuvo en Florencia se dedicó a fondo en favor de la ciudad, tanto participando en la elaboración de los acuerdos como reuniendo el dinero que tuvimos que entregar al rey Carlos; posteriormente, nombrado miembro de los Veinte, luchó sin descanso para proteger a los ciudadanos del gobierno anterior, y durante unos meses fue el que más poder tenía en la

ciudad; luego se enemistó con fray Girolamo, despertó la sospecha de que el consejo le desagradaba y que se confabulaba con otros príncipes para quitarlo, así que perdió el favor del pueblo; y a pesar de que era el jefe reconocido del bando contrario al fraile, por el sabotaje del partido opuesto que le temía mucho, nunca logró nada en el consejo; y toda la estimación, el prestigio y el gran número de admiradores que tenía no impidieron que el pueblo se sintiera muy satisfecho por su muerte.

La situación en que se encontraba la ciudad no era muy buena; por dentro estaba dividida y llena de contrastes, por fuera estaba enzarzada en la campaña de Pisa en la que no se lograba prácticamente nada, por falta de apoyo, mientras que los pisanos estaban bajo la protección de los venecianos; ellos en efecto se mantenían firmes en Vicopisano, Cascina, Ripafratta, Verrucola y la desembocadura del río; las otras plazas se encontraban alternativamente en poder de unos o de otros, porque estando en nuestras manos, en cuanto se les presentaba la oportunidad se rebelaban. La situación era crítica: la esperanza de que el rey Carlos volviera a Italia se iba esfumando, y no se vislumbraban medios para tomar aliento y reconstituir el estado, debido a que las relaciones con los príncipes italianos eran muy tensas. Al papa no le agradaba que recuperáramos nuestras posesiones porque al solucionarse este problema la situación general de Italia tendría que apaciguarse, y esto era contrario a sus planes, que eran muy ambiciosos y tendientes a agrandar su estado, cosa que no podría conseguir si en Italia se restableciera rápidamente la paz. Tampoco agradaba a los venecianos, los cuales, ahora que tenían a Pisa en sus manos, no querían dejarla bajo ningún pacto, porque pensaban que esa ciudad podía constituir un recurso formidable para controlar a toda Italia. Al duque Ludovico tampoco gustaba, porque planeaba engrandecerse aprovechando los desórdenes italianos, y

además, aun cuando hubiera aceptado aliarse con Florencia, primero habría querido instalar en ella el gobierno de uno o de pocos, en el que pudiera confiar y obtener más beneficio que con un gobierno de muchos, con el cual no se pueden establecer relaciones fundadas en la lealtad o la amistad, ni tratar ningún asunto en forma secreta; por esto, hablando con sus funcionarios, en presencia de nuestro embajador Francesco Gualterotti, no dejaba de criticar esta forma de gobierno, a veces vituperando los métodos que se usaban en la ciudad para nombrar a los magistrados, y a veces expresándose con desprecio de los hombres que formaban el consejo. A estas salidas Francesco Gualterotti, de acuerdo con su carácter, siempre contestaba de inmediato y conforme a la honorabilidad de los presentes.

Por consiguiente, estaba bien claro que Florencia nunca recobraría sus dominios con la ayuda de estos príncipes, así que siguió negándose a entrar en la liga y a abandonar al rey Carlos, a pesar de que se lo pidieron con gran insistencia y hasta con amenazas; antes bien, apoyó la actitud de Gualterotti y renovó sus solicitudes al rey Carlos para que viniera a Italia. Como consecuencia de esto, los aliados, para quitar al rey Carlos la tentación de venir a Italia y para frustrar cualquier plan que tuviese con referencia a nuestros asuntos, a fines de septiembre invitaron a Italia a Maximiliano, rey de los romanos, prometiéndole apoyo de gente y dinero para que pudiera obtener la corona imperial, en cantidad suficiente como para poder forzarnos a entrar en la liga. Al llegar a la frontera de Italia, Maximiliano envió embajadores a Florencia para que solicitaran el permiso de pasar víveres, y aprovechando la oportunidad, para amonestar a los florentinos sugiriéndoles que se portaran como buenos italianos. Se le contestó que se enviarían embajadores a su majestad y que se le dejaría satisfecho. Poco después, al saber que ya había llegado a Milán,

se mandaron para allá con dicho cargo diplomático a Cosimo de los Pazzi, obispo de Arezzo, y a Francesco Pepi, pues Piero Guicciardini se rehusó, y luego también Pierfilippo Pandolfini declinó el encargo.

Llegando a Lombardía, los embajadores se encontraron con que Maximiliano ya había ido a Génova, en donde se embarcaría para Pisa; lo siguieron allá, le expusieron nuestras razones, le demostraron que teníamos mucho deseo de complacerle y por él podría beneficiarse mucho nuestra amistad, siempre que quisiera tratar lo relacionado con nuestras posesiones; en cuanto a su requerimiento de que entráramos en la liga, le manifestaron que eso les parecía conveniente porque contrastaba con nuestros anteriores compromisos, y porque los que injustamente nos habían despojado no querían devolver nuestras posesiones, y éste era un asunto que afectaba también a su majestad, porque era evidente que los estados que eran sus enemigos naturales iban agrandándose cada día más. El emperador sabía que se le estaba diciendo la verdad, pero no podía contestar sino lo que le habían encargado los aliados; por consiguiente, el día en que se embarcó para Pisa dijo a nuestros embajadores que por sus múltiples ocupaciones no había podido darles una contestación definitiva, y que les contestaría el delegado pontificio que se encontraba en Génova. Fueron con el delegado y éste les informó que la respuesta se las daría el duque de Milán. Por lo tanto, dejaron Génova y llegando a Milán solicitaron audiencia al duque, quien los recibió en presencia del delegado pontificio y de los embajadores de los aliados. Él esperaba que los nuestros solicitaran esa contestación, pero ellos le dijeron que, habiendo recibido la orden de regresar a Florencia y debiendo tomar el mismo camino por donde habían llegado, habían creído que era su obligación ir a saludar al duque, ponerse a sus órdenes y recomendarle su ciudad. El duque se dio cuenta de que se estaban burlando de él y les

preguntó si querían la contestación, pero ellos explicaron que no se les había encomendado ese asunto; él replicó que el emperador los había enviado a Milán y que por lo tanto le expusieran lo que habían dicho al emperador, para que él pudiera contestar; pero ellos dijeron que no hacía falta y además no estaban autorizados a hacerlo; el duque insistió diciendo que no entendía si esas maneras dependían de una prudencia exagerada o de una escasa amabilidad, a lo que Gualterotti, nuestro embajador residente en Milán, le contestó que efectivamente dependían de una falta de amabilidad, pero no nuestra, sino ajena; de este modo quedaron burlados el duque y los embajadores de los aliados, y los nuestros pidieron licencia y regresaron a Florencia.

Maximiliano, una vez que hubo recibido dinero de Génova por cuenta de los aliados, se embarcó para Pisa, pero se quedó varios días en alta mar impedido por los vientos contrarios y el mal tiempo, de modo que cuando llegó a Liorna ya había gastado todo el dinero y había llegado el momento de la siguiente entrega. Se quedó unos días en Liorna, y como los venecianos no se la enviaban, se fue a Pisa, dejando algunos barcos para protección de Liorna, donde a fines de octubre llegaron algunas galeras de Francia para apoyarnos. Las naves del emperador, teniendo en contra suya las galeras francesas y los vientos, fueron derrotadas; el emperador, encontrándose sin dinero y habiendo perdido toda esperanza, dio marcha atrás y deshonrosamente regresó a Alemania.

La razón por la cual los venecianos no enviaron dinero fue la siguiente: ellos empezaban a sospechar que al duque ya no le agradaba que siguieran solos en Pisa y veían cómo el emperador era más amigo del duque que de ellos; por consiguiente, recelando del emperador, no quisieron gastar su dinero para mantener una palanca que luego podría actuar de acuerdo con los deseos del duque. No tengo palabras para expresar lo

provechoso y oportuno que resultó este rompimiento para Florencia, porque los ciudadanos, al ver que estaban totalmente desprovistos de apoyos y que toda Italia les era contraria, se creían ya desahuciados, así que muchos atribuyeron nuestra salvación a un milagro más que a obra humana, porque tenían la seguridad de que el hecho de que el emperador se haya quedado bloqueado en alta mar debido al mal tiempo, el de haberse producido este rompimiento en un momento tan oportuno y el de haber contribuido los vientos a este desenlace, debían haber sido un misterioso designio de Dios, tanto más cuanto que en esos días fray Girolamo había insistido mucho en sus sermones en que no temiéramos, pues Dios nos iba a liberar.

Después de que se marchó el emperador, para el primero de enero Francesco Valori fue nombrado gonfalonero de justicia, a pesar de que apenas dos meses antes no había podido conseguir ser miembro de los Diez y había perdido no sólo frente a Pierfilippo Pandolfini, sino hasta a un Taddeo Gaddi, ejemplo claro de la inconstancia del pueblo que primero lo rechazó y poco después lo escogió para un cargo tan alto, además de que en las votaciones estaba también, como candidato, el propio Pierfilippo Pandolfini. Fue nombrado con el apoyo del bando de fray Girolamo, del cual había llegado a ser el jefe absoluto; por consiguiente, durante su mandato se dedicó a favorecerlo todo lo que podía, incluso expulsando de Florencia a muchos predicadores de la orden de San Francisco que actuaban abiertamente contra él. Mientras tanto el partido de los Médicis había ido decayendo tanto que se le atacaba en público en forma hasta abusiva, así que muchos eclesiásticos y hombres políticos se marcharon a Roma amparándose con el cardenal Giovanni de Médicis; pues bien, el gonfalonero propuso leyes severísimas para obligarlos a regresar prohibiendo toda relación con ellos; pero encontró gravísimas dificultades para conseguir su aprobación a pesar de que utilizara a fondo todo su poder y

autoridad, tanto que a veces confesaba que hubiera sido mejor para él no haber tocado ese punto; y esto no dependía tanto de los partidarios que tenían los Médicis en Florencia, como de los enemigos de fray Girolamo y de los que estaban descontentos con el gobierno vigente. También se dedicó a fortalecer el consejo con una ley que prohibía participar en él a los inscritos en el registro de los deudores fiscales morosos; pero eso redujo mucho el número de los asistentes, así que admitió a los jóvenes de veinticuatro años, mientras que antes no podían hacerlo los que tuvieran menos de treinta. También eliminó a muchos que de por sí no hubieran podido participar, pero en la confusión de los primeros tiempos habían entrado bajo el nombre de otras familias o con otras falsas motivaciones. Por estas iniciativas y porque se le consideraba persona muy honrada y amante de la patria y además con un grandísimo prestigio, los enemigos del fraile no encontraban un jefe con tanto crédito como para enfrentarlo a él, ya que Piero Capponi había fallecido; así que empezaron a apoyar a Bernardo del Nero. Éste, a pesar de haber pertenecido al gobierno anterior, ya había sido miembro de los Diez y había recuperado su prestigio; además ya era grande y se le consideraba persona muy prudente y con tanta experiencia y autoridad, que difícilmente se encontraría en Florencia otra persona que pudiera oponerse a Francesco Valori. Entonces lo nombraron gonfalonero de justicia en lugar de Valori, y al haber sido escogido como jefe del otro partido, entre él y Valori se produjo una tenaz rivalidad y un odio mortal.

XV. PIERO INTENTA INÚTILMENTE VOLVER A FLORENCIA. FRAY GIROLAMO SAVONAROLA ES EXCOMULGADO

(1497)

Llegó después de 1497, año de grandes agitaciones y transformaciones. En dicho año, en los últimos días de abril, siendo todavía gonfalonero de justicia Bernardo del Nero, Piero de Médicis se dirigió a Siena con Bartolomeo (Orsini) de Alviano y bastante tropa, por instigación de los venecianos, los cuales, con el fin de conservar en sus manos la ciudad de Pisa, lo apoyaban para derrocar el gobierno de Florencia. Piero se imaginaba que la empresa iba a ser fácil, porque sabía que el pueblo bajo estaba muy descontento por la gran escasez de víveres (el trigo se cotizaba en diez liras la fanega) y que además en la ciudad había muchos ciudadanos importantes que no estaban conformes y también muchos amigos suyos con algunos de los cuales, como se dirá más adelante, tenía contactos, como por ejemplo Bernardo del Nero, gonfalonero de justicia, Battista Serristori y Francesco Lorenzo Davanzati, en ese tiempo miembros de la Señoría y antes partidarios fanáticos de su gobierno. Con esta persuasión salió de Siena el 27 de abril y llegó a Tavernelle en la tarde, con la intención de encontrarse a la mañana siguiente, al amanecer, ante las puertas de Florencia; pero la cosa no le resultó porque durante la noche llovió copiosamente y no pudo partir a la hora fijada.

En Florencia, al difundirse la noticia de que Piero había ido a Siena y que luego había salido de allá, no se creyó que avanzara mucho; de todos modos, aprovechando que en esos días había llegado de Mantua Paolo Vitelli (había estado preso allá,

después de que lo detuvieron en Nápoles donde se encontraba con su hermano Camilo), lo contrataron. Luego, en la mañana del día veintiocho, al oír que Piero se dirigía a la ciudad, temprano se sorteó la nueva Señoría, en la cual el gonfalonero de justicia fue Piero de los Alberti, y todos los otros miembros eran personas muy leales al gobierno y enemigas de Piero de Médicis; luego, siendo inminente la llegada de Piero, se envió a Paolantonio Soderini y a Piero Guicciardini para ordenar a Paolo Vitelli que ya se encaminara y lo acompañaran; se escogió a estos dos, especialmente a Guicciardini, más por ser amigos de Vitelli que enemigos de los Médicis. Cabalgaron juntos hasta la puerta de San Piero Gattolini, y al enterarse de que Piero ya se encontraba a una o dos millas, se detuvieron y mandaron cerrar la puerta; como se temía que Piero tuviera contactos en la ciudad, se ordenó encerrar en palacio a unos doscientos ciudadanos, de los más sospechosos por haber pertenecido al gobierno anterior. Sin embargo, en la ciudad, después de llegar la noticia de que Piero ya se estaba encaminando, nadie tomó las armas con excepción de unos pocos que eran sus enemigos mortales, y no muy recientemente por cierto, como los Nerli, los Capponi, los Pazzi, Lorenzo de Pierfrancesco, los Strozzi y otros de esa clase. Piero se quedó varias horas frente a la puerta, pero viendo que en la ciudad no había agitación y que permanecer allí era muy peligroso, dio la vuelta y regresó a Siena sin que se le hiciera ningún daño.

Después de marcharse Piero y tomar posesión del cargo la nueva Señoría, se suscitó una acalorada discusión por las actividades del religioso: Giovanni Canacci y Benedetto de los Nerli, ambos miembros de la Señoría y encarnizados enemigos de fray Girolamo, querían liquidarlo; del otro lado Antonio Canigiani y Baldo Inghirlani lo defendían, y a duras penas lograron mantener cuatro votos favorables. En esta tormenta los ánimos de los ciudadanos estaban ya al rojo vivo y peleados, así

que Bernardo del Nero, Tanai de los Nerli, Niccolò Ridolfi, Paolantonio Soderini, Piero Guicciardini, Angelo Niccolini, Guidantonio Vespucci, Bernardo Rucellai, Francesco Valori, Pierfilippo Pandolfini y Lorenzo de Pierfrancesco fueron por toda la ciudad pidiendo que se dejara de pelear y se volviera a la tranquilidad. Sin embargo, no lograron nada, y los ánimos iban excitándose más y más, con peligro de que se produjera un escándalo mayúsculo, hasta que un día, la mañana de la fiesta de la Ascensión, aconteció un griterío terrible, sin que se conociera claramente su origen, aunque no faltaban indicios; y como el clamor era de verdad espantoso, se notaron en el rostro del fraile las señales de un gran miedo; por fin tuvo que interrumpir el sermón y regresar al convento de San Marco acompañado por muchos ciudadanos armados, entre los cuales iba Giovan Battista Ridolfi que cargaba la lanza en el hombro, ya listo para atacar.

No cesaron con éstos las discordias entre los ciudadanos, sino que seguían aumentando, hasta que en el mes de junio el papa Alejandro hizo saber a los florentinos que había excomulgado a fray Girolamo porque con descaro predicaba doctrinas heréticas y porque, habiéndolo citado a Roma, no había querido ir. Creo que el papa seguramente lo habría hecho de su propia iniciativa; sin embargo, también fue instigado desde Florencia por los adversarios del religioso. Como consecuencia en San Marco se redactó un escrito firmado por muchos ciudadanos, para demostrar que era un verdadero y ferviente católico. Firmaron unos quinientos, o sea que casi nadie de ese partido se rehusó a poner su nombre; así, absteniéndose el fraile de sus sermones por la excomunión y habiendo quedado satisfechos sus enemigos, pareció que las peleas se calmaron un poco.

En la misma mañana en que se comunicó la excomunión de fray Girolamo llegó a Florencia también la noticia de que el duque (Giovanni) de Candia, hijo del papa, a quien éste quería

entrañablemente, había sido asesinado por orden, según se afirmó después, del cardenal (César) de Valencia, otro hijo del papa, quien no podía tolerar que su hermano fuese el preferido; a los partidarios del fraile esto pareció una señal con que Dios quiso mostrar al papa su error al excomulgar a fray Girolamo. Luego, en agosto, siendo gonfalonero de justicia Domenico Bartoli, se produjo un acontecimiento gravísimo, y a fin de que se entienda mejor su desarrollo, lo relataré desde poco antes de su inicio.

El gobierno interior de la ciudad era una confusión; todos los magistrados recibían su nombramiento del Consejo Grande, que al principio favorecía a personas que fueran populares, estuvieran disponibles y no contemplaran ambiciones políticas, más que a las que tenían autoridad y experiencia; luego, poco a poco, se fue dando cuenta de que el gobierno necesita ser manejado por gente prudente y experimentada; así se fue eliminando la aversión contra gran parte de los que habían tenido poder en el gobierno anterior, y la elección de los magistrados más altos, especialmente del gonfalonero de justicia y de los Diez, empezó a hacerse con más cordura. Por consiguiente, mientras antes un Antonio Manetti y otros de la misma condición habían ganado, el nombramiento de gonfalonero de justicia, frente a, por ejemplo, Paolantonio Soderini, del mismo modo tipos como Piero del Benino, Pandolfo Rucellai y Andrea Giugni habían sido preferidos, para la magistratura de los Diez, frente a personas consideradas como las más experimentadas de la ciudad; en lo sucesivo para el cargo de gonfalonero de justicia fueron escogidos hombres como Francesco Valori y Bernardo del Nero; asimismo para la magistratura de los Diez se empezó a nombrar sistemáticamente a personas de esta clase, como Guidantonio Vespucci, Pierfilippo Pandolfini, Paolantonio Soderini y Bernardo Rucellai.

Por lo tanto, también en las magistraturas más importantes del territorio fuera de la ciudad, como en Arezzo, Pistoia, Volterra, Cortona, etc., las elecciones se volvieron más razonables; así que en este aspecto el Consejo Grande había mejorado bastante, y se preveía que continuando en las elecciones con el método de la mayoría de votos, las magistraturas y el gobierno se confiarían sólo a un determinado número de personas, desde luego las mejores. Sin embargo, los del partido de Savonarola lograban más nombramientos que los del bando contrario, en parte por el prestigio de ese religioso, en parte porque, es necesario decirlo, en el partido contrario al fraile únicos hombres de relieve entre tanta gente eran Bernardo del Nero, Guidantonio Vespucci, Bernardo Rucellai y unos cuantos más; así que todos los enemigos de fray Girolamo estaban empeñados en cambiar el régimen, pero su propósito, especialmente el de Bernardo del Nero, no era reinstalar en Florencia a Piero de Médicis, sino instituir un gobierno más reducido, integrado por pocas personas de la clase alta, encabezado por Lorenzo y Giovanni de Pierfrancesco. Ya habían obtenido secretamente la anuencia del duque de Milán, y Giovanni, a invitación suya, había ido a Imola, donde de modo encubierto se había casado con la señora de Imola, y Forlí (hija ilegítima del duque Galeazzo y por lo tanto sobrina del duque Ludovico, que antes había sido esposa del conde Girolamo, y gobernaba ese estado como regente en nombre de los hijos de dicho conde), tal vez con la intención de hacerse de tropas en el momento en que se derrocara al gobierno de Florencia.

Ahora bien, los enemigos del consejo temían que de seguir mejorando el proceso electoral acabarían aceptando el régimen democrático muchos ciudadanos importantes, de modo que la democracia iría consolidándose más y más; así que se propusieron ampliar el proceso electoral quitando el sistema de la mayoría simple de los votos; se imaginaban que entre más

amplia fuera la base de las elecciones, más desorden se introduciría en el consejo y así más desagradaría a los pudientes porque verían asignar los cargos a gente que, por su baja extracción, o sus vicios u otras razones, no los merecían. Y para llegar a este resultado, ya que no tenían suficiente poder para introducir directamente esos cambios, empezaron con las designaciones de los funcionarios externos, dando votos negativos a todos los que se presentaban como candidatos a las votaciones, y así, como nadie ganaba, tuvieron que pensar en algún remedio; en esto muchas personas ayudaban sin entender los objetivos de la maniobra, pues en realidad no se quería quitar el consejo, sino tan sólo eliminar ese sistema tosco de la mayoría simple.

Así pasaron varios meses de discusiones, hasta que por fin los que no querían desórdenes propusieron lo siguiente: que cuando un cargo hubiera sido enviado a votación en el consejo por tres veces consecutivas sin obtener la mayoría, se le asignara al candidato que hubiese conseguido el mayor número de votos en las tres votaciones; así quienes no daban votos favorables para que nadie ganara, con el fin de crear desorden, al ver que a pesar de que nadie llegaba a la mayoría absoluta el cargo quedaba asignado, se retirarían de la contienda. Pero cuando ya casi se formalizaba esta disposición, Bernardo del Nero, percatándose de que esto iba contra sus objetivos, se opuso enérgicamente y con tal vehemencia que no se hizo nada. Pero al final, para evitar mayores inconvenientes, fue necesario establecer una disposición para que se modificara el método de efectuar los nombramientos foráneos, y mientras antes se sometía por nombre a cierto número de candidatos y ganaba el que obtenía la mayoría de votos, ahora se sometería a votación por sorteo en la forma siguiente: todos los nombres de los hábiles para el cargo se pondrían en una bolsa general; de allí se sortearía cierto número y se sometería a votación; los que ganaran por mayoría

simple se volverían a poner en una bolsa y de allí se sacaría por sorteo el que iba a desempeñar dicho cargo. Por consiguiente, las elecciones empezaron a empeorar y a extender la base electoral, pues debido a los sorteos no siempre iban a la votación las personas adecuadas, como sucedía en las listas por nombre; además los sometidos al escrutinio, siempre que consiguieran la mayoría absoluta, aunque alguno obtuviera un número mucho mayor de votos favorables, todos quedaban emparejados por el sorteo. Este desacierto no quedó limitado a los funcionarios foráneos, sino que, poco a poco, como se dirá más adelante, se extendió también a los funcionarios de la ciudad; sin embargo, los autores de esta maniobra no consiguieron su propósito, porque mientras que antes el número de los elegibles era más bien restringido porque se circunscribía a unos doscientos ciudadanos o poco más, de modo que sólo éstos eran favorables al consejo y hostiles los otros, mucho más numerosos, ahora, habiendo sido ampliada la base electoral a un gran número de candidatos, casi todos los que habían estado en contra del consejo empezaron a serle favorables, así que con eso el consejo llegó a tener un número de amigos mucho mayor que antes.

Las maniobras de esos ciudadanos no terminaron aquí, sino que, oponiéndose y enredando sin cesar todas las actividades públicas, habían fomentado una dañina libertad de hablar mal en público del consejo por parte de los ciudadanos de cualquier bando, y de comentar que estábamos mejor con los Médicis. Estos abusos no fueron reprimidos, porque así sucede en las ciudades desunidas, en las cuales los ciudadanos no se fijan en todo, ocupados como están en sus rivalidades, y además si uno tiene enemigos por una parte, no le faltan amigos por otra; también, pensando que el gobierno y la ciudad no son propiedad exclusiva de uno o de pocos, sino de muchos, nadie quiere cargar con las riñas y enemistades públicas. Y como esa libertad iba continuamente en aumento, Niccolò Ridolfi,

Lorenzo Tornabuoni, Giannozzo de Antonio Pucci y otros más que deseaban el regreso de los Médicis, se imaginaron que Piero tenía bastantes partidarios en Florencia, así que con base en las críticas públicas que se hacían y sabiendo que muchos ciudadanos estaban descontentos, empezaron a tener contactos con él. Con esto Piero se animó, y como los aliados le dijeron que lo iban a ayudar, a fin de romper las relaciones de la ciudad con Francia, envió a Florencia, con el objeto de preparar mejor el ambiente, al maestro Mariano de Ghignazzano, superior de la orden de San Agustín, quien ya en los tiempos de Lorenzo había predicado en la ciudad, con mucha concurrencia. Llegó entonces a predicar con el pretexto de oponerse a la actividad de fray Girolamo, pero en sus sermones se deslizaba hábilmente la sugerencia de que a la ciudad le convenía ponerse de acuerdo con la liga; además se reunía en secreto con los amigos de Piero. Desde luego su presencia en la ciudad y las reuniones que tuvo con esos ciudadanos hicieron sospechar y casi desenmascararon los propósitos de su visita, pero las discordias intestinas no dejaron que se investigara y se castigara.

Debido a esa desidia, Piero ya se sintió dueño de la situación; pidió formalmente ayuda a los aliados, pero le falló el duque de Milán por consolidar a los venecianos en Pisa; o también porque él había sido uno de los promotores de la expulsión de Piero y temía que, aunque ahora le diera su respaldo, de todos modos nunca más obtendría su confianza. Por consiguiente, al faltarle la ayuda de Milán, Piero se quedó únicamente con el apoyo de los venecianos, que sin embargo no fue todo lo poderoso que él había esperado. Pero tenía mucha confianza en los amigos con quienes había estado en contacto, además en el hecho de que los miembros de la Señoría de ese momento eran personas que habían recibido beneficios de la familia Médicis, pero sobre todo en la información de que muchos ciudadanos estaban bastante inconformes y que tanto el pueblo como los

campesinos estaban hambrientos y deseaban un cambio; así que, con la seguridad de que al acercarse a las puertas la muchedumbre se levantaría y lo llamaría (todo no era más que castillos en el aire, fundados en las esperanzas que por lo general acarician los desterrados, quienes siempre están seguros de tener numerosos amigos y partidarios en la ciudad), se acercó, como ya se dijo antes, con mucha confianza a la ciudad cuando Bernardo del Nero era gonfalonero de justicia; y a pesar de que acerca de su llegada la opinión pública sospechaba que él tenía contactos en Florencia, sin embargo, ya sea porque no había datos concretos, como también porque toda la atención estaba puesta en el problema de fray Girolamo, la cosa quedó olvidada hasta el siguiente mes de agosto.

En ese tiempo Lamberto de la Antella, que unos años antes había sido desterrado como rebelde por haber escrito a Piero, se encontraba en Roma y, listo como era, se enteró de las negociaciones que éste había llevado a cabo en Florencia; entonces, bien porque estaba descontento con él, o bien porque esperaba que lo readmitieran en su patria y algún provecho más, con mala intención escribió a Florencia a algunos ciudadanos y también, creo recordar, a Francesco Gualterotti; en sus cartas prometía, si le proporcionaban un salvoconducto, ir a Florencia y revelar cosas muy importantes. Pero como la cosa se alargaba mucho, por fin se atrevió a entrar en nuestro territorio; en cuanto se supo, fue detenido; luego fue sometido a tortura y dejó entrever algunos datos con los cuales se podía desentrañar toda la confabulación; y como parecía asunto muy grave, la Señoría nombró una comisión de veinte ciudadanos, a los cuales delegó toda su autoridad para que pudieran citar, examinar y poner en claro toda la trama.

Se empezó la investigación y fueron citados y detenidos Bernardo del Nero, Niccolò Ridolfi, Lorenzo Tornabuoni, Giannozzo Pucci y Giovanni Cambi; fueron citados muchos

otros, como Pandolfo Corbinelli, Gino de Ludovico Capponi, Piero de Luca Pitti, Francesco de Roberto Martelli, apodado Tinca, Galeazzo Sassetti, Iácopo de Bongianni Gianfigliazzi, pero no estaban en la ciudad y no se presentaron; también se mencionó a doña Lucrecia, esposa de Iácopo Salviati e hija de Lorenzo; a ella se le confinó en la casa de Guglielmo de los Pazzi. Empezaron las investigaciones y a los cinco mencionados se les aplicó la tortura; se averiguó que Giannozzo y Lorenzo Tornabuoni se habían carteado frecuentemente con Piero, le habían informado sobre la situación de la ciudad y lo habían animado a intentar su regreso con la ayuda de la liga; en lo de la llegada de fray Mariano se había comprometido mucho Niccolò Ridolfi tratando con él sobre el mismo asunto; de esto había informado a Bernardo del Nero, gonfalonero de justicia; pero éste sólo había recibido la noticia y no había escrito, ni aconsejado, ni hablado, ni hecho nada; doña Lucrecia había sido informada y había actuado en forma parecida, sin que lo supiera su esposo Iácopo, del cual se había guardado mucho; Giovanni Cambi y los que se habían fugado habían cometido errores diversos al respecto.

Reunida esta información y debidamente confirmada, se convocó a alrededor de doscientos ciudadanos a una reunión para discutir sobre el asunto. Los presentes expusieron diversas opiniones y apreciaciones; los que deseaban el regreso de los Médicis querían salvarlos, pero eran pocos y sin mucha autoridad, y si hubo alguien de relieve seguramente no se atrevió a hablar; hubo algunos a quienes parecía una cosa muy grave condenar a tantos hombres notables, pues pensaban que al derramar tanta sangre se provocarían serios trastornos en la ciudad; otros, por lástima o por la amistad que tenían con alguno de ellos hubieran querido ayudarlos, entre ellos Guidantonio Vespucci y los Nerli, a quienes dolía mucho perder a Bernardo del Nero, jefe del bando enemigo del fraile, al

cual pertenecían. Por otra parte, todos aquellos que con anterioridad se habían declarado enemigos de los Médicis —exceptuando los Nerli— por el miedo de que regresaran, así como todos aquellos a quienes agradaba el régimen democrático y el gobierno vigente, unidos y en gran mayoría pedían su cabeza. Todos ellos estaban acaudillados por Francesco Valori, quien violentamente atacaba a los acusados, bien por haber sido bautizado enemigo número uno de los Médicis, bien por querer conservar el Consejo Grande, en el cual se sentía jefe de la ciudad, o bien, según los rumores que luego circularon en la ciudad, para eliminar a Bernardo del Nero, el único capaz de enfrentársele y frenar su poder. Y a pesar de que le dolía mucho condenar a Lorenzo Tornabuoni y hubiera querido salvarlo, sin embargo, como éste había delinquido en cierta forma más gravemente que los otros, salvándolo a él hubiera tenido que salvar también a los demás; por otra parte, su odio fue tan fuerte que resolvió con decisión acabar con todos.

Terminado el debate, Antonio Strozzi, en nombre de los gonfaloneros de barrio, habló muy severamente, recordando que las conspiraciones contra la libertad del estado eran de tal naturaleza que según las leyes debían perder la vida no tan sólo los que las realizaran, sino también quienes supieron de ellas y no las delataran. En el mismo sentido habló después, en nombre de los Doce, Bernardo de Inghilesi Ridolfi, a pesar de que Piero de Giuliano Ridolfi era pariente de Niccolò; en forma análoga hablaron también otros magistrados, hasta que Guidantonio Vespucci se levantó e intentó ayudarlos de alguna manera, argumentando que sus delitos eran de varios tipos, que algunos habían participado más y otros menos y en forma distinta, algunos nada más se habían enterado pero no actuado; por consiguiente, era necesario estudiar y comparar las leyes y los estatutos de la ciudad y determinar con todo cuidado qué clase de castigo merecían, recordando además que tratándose de

infligir un daño irreparable como era la privación de la vida no se debía poner reparos en el tiempo.

El resultado de ese debate fue que casi todos estuvieron de acuerdo en que se les cortara la cabeza, y al día siguiente por orden de la Señoría y por encargo de ésta los Ocho dictaron la sentencia. De inmediato los parientes de los condenados apelaron de acuerdo con la ley de 1494, como se hizo en el caso de Filippo Corbizzi, Giovanni Benizzi y otros. La Señoría no logró la unanimidad acerca de esta solicitud, así que se realizó otra reunión, en la que algunos pidieron que se aplicara esa ley, y la mayoría exigió lo contrario, argumentando que en la demora podría producirse una sublevación del pueblo, así como la derogación legal de cualquier apelación en caso de peligro de tumulto. Los responsables principales de esta deliberación fueron Francesco Valori, líder general, Guglielmo de los Pazzi, Francesco Gualterotti, Luca y Piero Corsini, Lorenzo Morelli, Pierfrancesco y Tommaso Tosinghi, Bernardo Nasi, Antonio Canigiani, Luca de Antonio de los Albizzi y Carlo Strozzi.

Por último, esta resolución votada por la asamblea fue sometida varias veces a la Señoría por Luca Martini, que fungía de presidente, pero siempre se encontraba que nada más había cuatro habas negras (votos favorables): la del gonfalonero de justicia, la de Luca de Tommaso, la de Niccolò Giovanni y la de Francesco Girolami; los otros cinco; es decir, Piero Guicciardini, Piero de Antonio de Taddeo, Niccolò Zati, Michele Berti y Bernardo Neretti, decididamente se oponían. Al no lograr la aprobación, la asamblea presentó muchas instancias para que la Señoría accediera, pero sin éxito. Entonces Francesco Valori se levantó furioso gritando que o se moría él o se morían ellos, así que por su influencia se produjo tal alboroto que muchos, envalentonados, empezaron a insultar y a dirigir amenazas a la Señoría; entre ellos Carlo Strozzi cogió de la garnacha a Piero Guicciardini y lo amenazó con aventarlo a la

plaza desde la ventana, pensando que siendo Piero el de más autoridad, al eliminarlo a él la cosa estaría lograda. Viendo tanto desorden, de nuevo se pasó a votación logrando la aceptación con seis habas negras, porque Niccolò Zati y uno de los representantes de las Artes cedieron, tal vez temiendo por su vida o bien para evitar mayores trastornos; Piero Guicciardini, Piero de Antonio de Taddeo y el otro representante de las Artes no cedieron. De este modo, ganada la votación, en esa misma noche, pocas horas después, les enviaron a un padre que los confesara y les cortaron la cabeza a los cinco.

Éste fue el final, completamente inesperado, de esos cinco ciudadanos, algunos de los cuales habían cubierto los máximos cargos de la ciudad. Giovanni Cambi no había tenido mucha relevancia; era amigo de los Médicis no por sus antepasados o por relaciones políticas, sino porque había estado con ellos en los negocios de Pisa; luego, arruinado por la rebelión de esa ciudad, se había enredado en esta locura. Giannozzo era un joven de gran inteligencia, valiente y bastante rico, pero incondicional de Piero de Médicis por su padre, Antonio de Pucci, y otros antepasados suyos, y por haber sido compañero de Piero; además, como no era noble y no era popular por los malos manejos de su padre, sabía que en el gobierno democrático no tenía esperanza de progresar, así que luchaba por el regreso de Piero. Otros motivos fueron los que impulsaron a Lorenzo, joven todavía, noble y caballeroso, estimado y querido por el pueblo más que cualquier otro de su edad; pero, por una parte, su parentesco con Piero de Médicis, que era su primo carnal, así como el poder que se le ofrecía en ese gobierno, y por otra su esplendidez y sus grandes gastos, y el hecho de estar ligado al grupo de los Médicis, lo habían desequilibrado económicamente a tal punto que estaba por quebrar; todo ello lo empujaba a buscar actividades que le permitieran reponerse; agréguese que en su opinión el Consejo

Grande no iba a durar, y además temía que llegaran a mandar en la ciudad Lorenzo y Giovanni de Pierfrancesco, a los que odiaba entrañablemente y les tenía miedo, por lo que quiso adelantarse.

A Niccolò no le faltaban riquezas y tampoco le hubieran faltado oportunidades para situarse en altos cargos y honores en el gobierno democrático, como Pierfilippo y otros; pero su hijo Piero estaba casado con la Condesita, hermana de Piero de Médicis, y por esa razón en el gobierno anterior había tenido un enorme poder; así que por ambición y por estar inconforme con lo que podría conseguir en esa época, trató de hacerse de una situación mejor, pero acabó en una forma que no merecían ni su prudencia y conducta, ni la nobleza de su familia, ni los honores, el prestigio, la autoridad y el poder que había tenido, pues bien podía estar al par de cualquier ciudadano de sus tiempos.

Bernardo del Nero era ya anciano, sin hijos y con regular riqueza, y por estas circunstancias así como por los grandes honores que se le habían conferido y por la experiencia que se le reconocía, y con razón, gozaba de tanto prestigio que no fue posible encontrar a otro que pudiera ser escogido como jefe de un partido y capaz de enfrentarse a Francesco Valori; y pese a que en el régimen democrático seguía conservando un enorme crédito, sin embargo no le agradaba el Consejo Grande, tal vez porque le había cargado, muy injustamente por cierto, un impuesto de cuatrocientos ducados, o porque estaba acostumbrado al régimen anterior y no sabía acomodarse al tipo de equilibrio y popularidad que se exigen en esta clase de gobierno, o bien porque tenía que ceder a las presiones de sus partidarios. Sin embargo, su intención no era la de restablecer a Piero de Médicis, sino de llevar a la jefatura del gobierno a los hijos de Pierfrancesco; de todos modos, a últimas fechas prestó oídos a Niccolò, así que su primer propósito le pareció muy

difícil y se inclinó a lo que se le presentaba como más fácil: el regreso de Piero, prefiriendo esta solución a seguir viviendo en ese régimen; de todos modos su error no fue tan grave y se habría salvado si no hubiera sido por el odio mortal que existía entre él y Francesco Valori y por el encarnizado propósito que éste tenía con semejante rival. A esto se debió que Francesco impugnara tan violentamente la apelación, porque temía que su popularidad y la confianza que el pueblo le tenía fueran tan fuertes que, unidas a la levedad de su culpa, le valieran la absolución.

La muerte de estas personas, que eran ricas, tenían poder, prestigio y apoyo de una numerosa parentela, que gozaban de popularidad y simpatía prácticamente generales, puede servir de ejemplo para todos los ciudadanos: cuando estén bien y disfruten en forma razonable de los bienes de la vida, deben quedarse satisfechos y no buscar más, porque de lo contrario, en la mayoría de los casos, van a dar en el suelo; si de todos modos quieren meterse por caminos nuevos, recuerden que deben escoger iniciativas que se puedan realizar y que no los enfrente al pueblo, porque con tantos enemigos es imposible ganar; además tengan siempre presente que el final de esas iniciativas es el de conseguir el objetivo o el de perder la vida, o cuando menos la patria y la ciudad; recuerden bien que cuando hayan sido descubiertos y se encuentren en peligro, el favor y la simpatía general no son más que un sueño: el pueblo empieza a interpretarlo todo en mal sentido, a veces con razón y a veces injustamente; si quieren disculparse, no se les escucha o no se les cree, por lo que el afecto se transforma en odio, de manera que todos los quieren sacrificar; todos los parientes y amigos los abandonan y no quieren ponerse en peligro por ellos; es más, muchas veces, para justificarse, contribuyen a perseguirlos; el poder y la autoridad que tuvieron antes los perjudican, porque todos comentan: “Se lo merecen. ¿Les faltaba algo?, ¿qué estaban

buscando?" Así les sucedió a estos cinco, contra quienes el pueblo hablaba sin reparo y con toda saña que seguramente la apelación no habría podido prosperar, aunque unos meses después, pasada aquella furia, todos lloraran su muerte, lo que por supuesto no podía devolverles la vida. Por cierto que si los gobernantes hubieran insistido en permitirles aprovechar la ley de 1494, se habría podido celebrar un proceso mucho más justo, más honorable para la ciudad y limpio de cualquier censura; pero a quien desea demasiado, el temor y el recelo lo ciegan.

Después de la ejecución de los citados ciudadanos, los que habían huido fueron confinados en sus propiedades foráneas, algunos por diez años, otros por cinco, según la gravedad de sus culpas, pero la mayor parte de ellos, después de un año o dos, pudieron regresar a la ciudad; esto constituye una enseñanza para los que cometen alguna falta de que es mejor huir que presentarse; porque si se hubieran presentado, estarían muertos, y por lo contrario, si los otros hubiesen huido, habrían salvado su vida y además ni siquiera habrían sido declarados rebeldes y no habrían perdido sus propiedades. A doña Lucrecia, esposa de Iácopo Salviati, la dejaron libre, principalmente por la intervención de Francesco Valori, quien quería mucho a Iácopo y además le disgustaba actuar contra una mujer. Así, una vez terminado este proceso y eliminado Bernardo del Nero, Francesco Valori quedó como jefe absoluto de la ciudad hasta su muerte, apoyados principalmente por el partido del fraile y en particular por un grupo de ciudadanos que le obedecían ciegamente: Francesco Gualterotti, Bernardo y Alessandro Nasi, Antonio Canigiani, Pierfrancesco y Tommaso, Alessandro Acciaiuoli y otros de esa clase; por su enorme poder se asustó mucho Pierfilippo Pandolfini, su enemigo; luego aterrorizado y como muerto de miedo por la ejecución de aquellos cinco, cayó enfermo y pocos días después falleció. Con este implacable proceso se consolidó el régimen popular, y para seguridad del

gobierno se instaló en la plaza de la Señoría un cuerpo de guardia de infantes, que duró hasta los sucesos relacionados con fray Girolamo.

En el mismo año de 1497, en el mes de enero o febrero, era gonfalonero de justicia Giuliano Salviati, y fray Girolamo, que a causa de la excomunión desde junio había dejado de predicar —aunque en San Marco seguía celebrando y mostrando que no tenía miedo a ésta—, viendo que su obra iba debilitándose, y con la oportunidad de que la Señoría y el gonfalonero eran tolerantes y de seguro no se opondrían, reanudó sus sermones en Santa Reparata, afirmando con muchísimas razones engañosas que no estaba obligado a respetar y temer esa excomunión. Con eso volvieron a despertarse las pasiones y disensiones de antes, que se habían calmado un poco cuando dejó de predicar, y el papa, informado de su desobediencia, muy enojado, y además instigado por muchos eclesiásticos y ciudadanos nuestros, ratificó la condena y ordenó que nadie, so pena de la misma excomunión, fuera a oírlo. Como consecuencia los asistentes disminuyeron mucho, y el cabildo de Santa Reparata ya no le permitió predicar en esa iglesia, así que para evitar un escándalo fray Girolamo se redujo a predicar en San Marco. Mientras lo hacía allí, se creó la nueva Señoría para marzo y abril, cuyo gonfalonero fue Piero Popoleschi; en ella el fraile tenía poco apoyo, a pesar de que dos miembros, Lanfredino Lanfredini y Alessandro de Papi de los Alessandri eran simpatizantes suyos. Luego llegaron cartas muy irritadas del papa a la Señoría, pidiendo que se le prohibiera predicar. Sobre este asunto hubo una larga reunión y luego muchas discusiones y debates; por fin la mayoría aconsejó que no se le dejase predicar; la Señoría lo ordenó así y fray Girolamo obedeció, dejando como su sustituto para predicar en San Marco a fray Domenico de Pescia, y a otros frailes de su convento en otras iglesias.

Sus adversarios eran mucho más fuertes que antes por varias razones: primero porque por costumbre los pueblos, después de haber simpatizado con algo, con el tiempo cambian y lo atacan, incluso sin motivo; también la excomunión no sólo le había alejado a muchos que antes lo seguían, sino incluso enemistado a los neutrales y a los indiferentes, porque les parecía muy desconsiderado y grave que los buenos cristianos desobedecieran las órdenes del papa; y por último porque, percatándose los jefes del bando contrario de que muchos jóvenes, ricos, decididos, bravos y turbulentos eran enemigos del fraile, se reunieron formando una pandilla llamada de los "compagnacci" (amigotes), cuyo jefe era Doffo Spini, que frecuentemente se reunían a cenar y a conspirar. Y debido a que eran de familias ricas y turbulentas, todos les tenían miedo. Por otra parte, Paolantonio Soderini, quien quería entrañablemente al fraile, con la intención de poder negociar con ellos en el caso de que se produjera una situación hostil, había hecho que su hijo Tommaso participara en la pandilla. Por todo esto las actividades del fraile iban bajando, hasta que su situación se solucionó de una manera inesperada, como se expondrá a continuación.

XVI. PROCESO, CONDENA Y EJECUCIÓN DE FRAY GIROLAMO SAVONAROLA. JUICIO SOBRE SU PERSONALIDAD

(1498)

Siguió el año de 1498, un año tremendo, lleno de varios acontecimientos muy graves, empezando con la tragedia de fray Girolamo. Éste, por orden de la Señoría, había dejado de predicar, así que había disminuido un poco la feroz persecución de que había sido objeto por parte de religiosos y laicos, cuando se produjo un pequeño incidente que precipitó su situación. Fray Domenico de Pescia, su compañero en el convento de San Marco, hombre sencillo y de vida irreprochable, que en sus sermones imitaba el estilo de fray Girolamo, cerca de dos años antes, predicando en Santa Reparata había afirmado desde el púlpito que, si fuese necesario, para probar la verdad de lo que predecían podrían resucitar un muerto o entrar en una hoguera y salir de ella incólumes por la gracia de Dios; también fray Girolamo lo había reafirmado. De esto ya no se había vuelto a hablar cuando, en esos días, cierto fray Francesco de la orden de los franciscanos observantes, que predicaba en la iglesia de Santa Croce y detestaba las actividades de fray Girolamo, empezó a decir en sus sermones que para desenmascarar tantas falsedades le hubiera gustado que se hiciera una hoguera en la plaza de la Señoría; él estaba dispuesto a entrar en la lumbre, siempre que entrara también fray Girolamo, y estaba seguro de que él se quemaría, y lo mismo sucedería a fray Girolamo; de este modo se demostraría que era un embustero, ya que muchas veces había afirmado que saldría indemne del fuego. La cosa fue relatada a fray Domenico, quien predicaba en lugar de fray Girolamo, y

sin más desde el púlpito aceptó el desafío, ofreciéndose para la prueba en lugar de fray Girolamo.

La propuesta agradó a muchos ciudadanos de ambos bandos, quienes deseaban que ya se acabaran tantas disensiones y que de una vez se aclararan todas las dudas, así que se empezó a tratar el asunto con los dos predicadores con el fin de llevar a cabo el experimento. Por fin, después de muchas discusiones, se llegó a la determinación, con la conformidad de todos los religiosos, de que se haría una hoguera en la cual entraría un fraile de la orden de fray Girolamo, quien debía escogerlo, e igualmente por el otro lado entraría un fraile de la orden de San Francisco designado por sus superiores. En la tarde de ese día, fray Girolamo obtuvo de la Señoría el permiso de predicar, y en un sermón pronunciado en San Marco explicó la importancia de los milagros, que no se utilizaban sino en caso de necesidad cuando la razón y la experiencia no bastaban; siguió diciendo que la religión cristiana había sido demostrada en muchísimas formas, y que en cuanto a la verdad de las cosas que él había profetizado con tanta eficacia y tanta razón que sólo los malvados empedernidos no la podían aceptar, no se había acudido a los milagros para no tentar a Dios. Pero ahora habían sido provocados y por ello aceptaban de buena gana; todos podían estar seguros de que cuando entraran en la hoguera el resultado sería que el fraile de su orden saldría vivo y completamente ileso y el otro en cambio se quemaría; si sucediera de otro modo, todos estarían autorizados a decir con toda libertad que él había predicado falsedades; y agregaba que no sólo a sus frailes, sino a cualquiera que entrase a la hoguera para defender esta verdad le sucedería lo mismo. Preguntó luego a los presentes si, de ser necesario para la glorificación de una obra ordenada por Dios, entrarían, a lo que casi todos gritando contestaron que sí; cosa en verdad asombrosa si uno reflexiona que con toda seguridad muchísimos habrían entrado en la

hoguera si fray Girolamo se los hubiese ordenado. Por fin el día fijado, que fue el… de abril, el sábado anterior al domingo de palmas, habiéndose ya preparado en la plaza de la Señoría un entarimado lleno de leña, a la hora indicada llegaron a la plaza los frailes de San Francisco y se acomodaron bajo el portal de la Señoría; luego se presentaron los de San Marco, muchos de ellos dispuestos a la prueba, cantando el salmo "Exsurgat Dominus et dissipentur inimici eius";[1] con ellos iba fray Girolamo llevando en sus manos las sagradas formas y acompañado, por respeto, de otros frailes y laicos con antorchas; se presentaron con tanto fervor y ardor para participar en la prueba que no sólo reafirmaron a sus partidarios, sino que también hicieron titubear a sus adversarios.

Ellos también se dispusieron bajo el portal, aunque separados de los frailes de San Francisco por un tablado, pero de inmediato surgió una dificultad acerca de la indumentaria que fray Domenico de Pescia llevaría puesta al entrar en la hoguera, porque los de San Francisco tenían miedo de algún encantamiento o brujería. Y como no lograban ponerse de acuerdo, la Señoría para tratar de conciliarlos envió varias veces a dos funcionarios para cada bando, o sea a Francisco Gualterotti y Giovan Battista Ridolfi, Tommaso Anti-nori y Piero de los Alberti; éstos lograron llegar a una fórmula aceptable para todos, y entonces acompañaron al palacio a los representantes de los frailes, pusieron por escrito las dificultades y se redactó el acuerdo de las partes. Se estaban encaminando para ir a efectuar la prueba, cuando llegó a oídos de los frailes de San Francisco que fray Domenico entraría en la hoguera llevando en sus manos el cuerpo de Cristo, y entonces empezaron a protestar enérgicamente, argumentando que si la hostia se llegare a quemar se provocaría un enorme escándalo y se pondría en gravísimo peligro toda la religión cristiana; por otra parte, fray Girolamo insistía en que lo llevara, así que

después de enconadas discusiones, persistiendo cada quien con mucha obstinación en su opinión y no habiendo manera de ponerlos de acuerdo, todos regresaron a sus conventos sin que siquiera se empezara a encender la hoguera. De inmediato fray Girolamo subió al púlpito y declaró que el fracaso se debía a los frailes de San Francisco y que él de seguro iba a triunfar; pero muchos pensaron que esa dificultad de la sagrada forma era más bien un pretexto y no una razón verdadera, así que muchos amigos suyos en ese día empezaron a darle la espalda y todo el pueblo se convirtió en su enemigo encarnizado. Al día siguiente los partidarios del fraile fueron encarnecidos e insultados por la calle, mientras que sus enemigos se envalentonaron por tener el apoyo de todo el pueblo y el de los "compagnacci" que iban armados, y además por estar en funciones una Señoría favorable a ellos. En ese día, después de comer, un fraile de San Marco estaba predicando en Santa Reparata, cuando se suscitó en forma tal vez casual un gran alboroto, que se fue esparciendo por la ciudad, como sucede cuando la gente está exacerbada y con los ánimos preocupados y desconfiados. Los enemigos del fraile y los "compagnacci" tomaron las armas y empezaron a dirigir al pueblo hacia San Marco, donde se encontraban muchos partidarios de fray Girolamo asistiendo a las vísperas, y antes de que aquéllos los atacaran se les enfrentaron a pedradas y con armas. Entonces la turba enardecida se dirigió a la casa de Francesco Valori, y mientras los de afuera atacaban y los de adentro se defendían, la esposa de Francesco, hija de Giovanni Canigiani, se asomó a una ventana y fue alcanzada en la cabeza por un venablo que la mató al instante. Después la gente entró en la casa y encontró a Francesco Valori escondido en un desván; al suplicar que lo llevaran vivo al palacio, lo sacaron de su casa, y mientras se dirigía al palacio acompañado de un macero, apenas alcanzó a dar unos pasos, porque inmediatamente fue atacado y muerto por Vincenzo Ridolfi y

Simone Tornabuoni, para vengar a sus parientes Niccolò Ridolfi y Lorenzo Tornabuoni, y por Iácopo de Luca Pitti, fanático del bando contrario, aunque éste le pegó cuando ya estaba muerto.

El caso de Francesco Valori nos brinda un ejemplo contundente de la volubilidad de la fortuna que se tomó de golpe, pues apenas unos momentos antes tenía aún autoridad, partidarios a favor y era, como quien dice, el primer hombre de Florencia; en el mismo día fue saqueada su casa, su mujer muerta ante sus propios ojos y él casi al mismo tiempo asesinado ignominiosamente por sus enemigos. Luego muchos atribuyeron esa desgracia a que Dios quiso castigarlo porque pocos meses antes había negado la apelación, en una sentencia en que se trataba de la vida, a Bernardo del Nero y a otros ciudadanos eminentes que durante mucho tiempo habían sido amigos suyos y pertenecían a la misma ciudad, mientras que ese beneficio, recién establecido por ley, había sido concedido a Filippo Corbizzi, Giovanni Benizzi y otros, a quienes habría podido ser negado con menos descrédito teniendo en cuenta su rango y sus merecimientos; así, al invertirse la situación, fue muerto por los parientes de los ciudadanos mencionados. Y mientras que esos cinco, pese a que fueron eliminados sin apelación, tuvieron de todos modos la posibilidad de exponer sus razones, habían sido condenados mediante una sentencia de los magistrados y en forma civilizada, y al último habían podido recibir los sacramentos de la Iglesia muriendo como buenos cristianos, Francesco fue asesinado con alboroto por simples particulares, sin siquiera poder hablar, en un tumulto tan imprevisto y un final tan repentino que ni tiempo tuvo para darse cuenta y ponderar su caída y ruina definitiva.

Francesco Valori fue un hombre ambicioso y orgulloso, y tan apasionado y violento en sus opiniones que las sostenía sin ninguna consideración, atacando e insultando a todos los que se le oponían; por otro lado tenía mucha experiencia y era tan

honrado en lo que se refiere a dinero o a aprovecharse de lo ajeno que pocos ciudadanos como él ha habido en Florencia; estaba totalmente dedicado, sin contemplaciones con nadie, al bienestar público. Por estas cualidades y además por ser de familia noble y sin hijos, durante una época gozó de enorme simpatía y crédito entre el pueblo; pero luego empezó a chocar por sus extravagancias y por su costumbre de regañar y fustigar con demasiada libertad en una ciudad libre, así que el favor se trocó en aversión, lo cual facilitó mucho a los enemigos del fraile y a los parientes de los cinco ejecutados el propósito de liquidarlo.

Después de acabar con Francesco Valori y saquear su casa, la furia popular se volcó contra la de Paolantonio Soderini, quien era, después de Francesco, uno de los jefes de ese partido junto con Giovan Battista Ridolfi; pero acudieron muchos ciudadanos influyentes, que no eran tan enemigos de Paolantonio como de Francesco, y la Señoría envió resguardos, de modo que se pudo detener esa avalancha; por cierto que, si no se hubiese podido pararla, se habrían provocado daños y trastornos gravísimos a la ciudad en general, y en particular se habría causado la ruina de todos los jefes del partido savonaroliano. La muchedumbre entonces se precipitó a San Marco, donde encontró una defensa encarnizada; fue allí donde, si bien recuerdo, un golpe de ballesta le sacó un ojo a Iácopo de los Nerli, quien encabezaba el ataque acompañado de un gran número de jóvenes armados y de gente descontenta. Por fin, después de varias horas, lograron meterse violentamente en San Marco, capturaron a fray Girolamo, a fray Domenico y a fray Silvestro de Florencia (éste no predicaba, pero era muy íntimo de fray Girolamo y era opinión general que conocía todos sus secretos), y los llevaron al palacio.

Después de este éxito, todos depusieron las armas y ya que la autoridad y el poder del gobierno había pasado a las manos de

los enemigos del fraile, la preocupación fue la de afianzar la situación. Éstos no tenían mucha confianza en los Ocho y en los Diez, porque los consideraban "piagnoni" (llorones), pues así apodaban entonces a los savonarolianos; así que provocaron el Consejo Grande y nombraron a los nuevos miembros de los Diez y de los Ocho, todas personas incondicionales a los dueños del gobierno; entre los Ocho fue nombrado también Doffo Spini, amo y jefe de los Nerli, Piero de los Alberti, Piero Popoleschi, Iácopo Pandolfini y otros fanáticos de ese partido. Lo notable del caso fue que Guidantonio Vespucci y Bernardo Rucellai, con más autoridad y séquito que los demás, y autores intelectuales ocultos de ese motín contra los savonarolianos, cuando se presentaron como candidatos para la comisión de los Diez fueron rechazados, pues en su barrio los ganaron Giovanni Canacci y Piero Popoleschi; así que, seguramente por haber reflexionado lo engañosos que son los juicios del pueblo y sobre los afanes y peligros a los que se habían enfrentado sin ningún provecho, fueron, como se dirá más adelante, acalorados defensores de los ciudadanos que pertenecían al partido contrario.

Seguidamente el interrogatorio de fray Girolamo y sus compañeros fue encomendado a veinte ciudadanos, todos ellos de los más enconados enemigos del fraile; los sometieron, sin permiso del papa, a una breve tortura y después de algunos días se celebró el proceso. Se reunió el Consejo Grande y allí expusieron lo que decían haber averiguado. El texto del informe había sido leído con anterioridad a fray Girolamo y se le había preguntado si era correcto, a lo que había contestado que todo el contenido era cierto; esto había sido efectuado en presencia de los vicarios de Florencia y de Fiésole, así como de algunos de los principales frailes del convento de San Marco, quienes habían firmado de conformidad el documento. En resumen, el tenor de las principales conclusiones fue el siguiente: que las cosas que

había predicho no las había recibido de Dios ni por revelación o algún otro medio sobrenatural, sino que eran invenciones suyas, sin participación ni conocimiento de alguna otra persona laica o religiosa; que lo había hecho por orgullo y ambición, y que su propósito había sido el de estimular a los príncipes cristianos para que convocaran un concilio en el cual se depusiera al papa y se reformara la Iglesia, y que si lo hubiesen elegido papa, habría aceptado; de todos modos, más que ser nombrado papa le agradaba eso de poder realizar personalmente una obra de tal importancia, porque cualquier hombre, incluso mediocre, puede ser papa, mientras que ser autor y jefe de una iniciativa de tal envergadura no lo habría logrado más que una persona de verdad eminente; que él mismo había ideado, para dar estabilidad al gobierno de la ciudad, que el gonfalonero de justicia fuera vitalicio o por lo menos durara muchos años, y que para ese cargo le parecía que Francesco Valori era el más indicado, pero no le agradaban su carácter y sus extravagancias; después de él le hubiera gustado Giovan Battista Ridolfi, pero le chocaba su gran parentela; que no había sido él quien propuso la prueba del fuego, sino fray Domenico, sin su consentimiento, pero después lo aceptó porque no podía desmentirlo sin descrédito, y además con la esperanza de que los frailes de San Francisco se asustaran y se rehusaran; en caso de que se llegara a efectuar la prueba, confiaba en que el cuerpo de Cristo salvaría al fraile que lo llevaba en sus manos. Estas declaraciones fueron en su contra; las otras fueron más bien en su favor porque, aparte del orgullo, demostraban que no había tenido vicio alguno, se había mantenido siempre limpio de lujuria, avaricia y semejantes pecados, y además nunca había tenido contactos de índole política, ni con príncipes extranjeros, ni con ciudadanos de Florencia.

Terminadas estas formalidades, se aplazó unos días la determinación de la pena, porque el papa, informado de la

detención de fray Girolamo y luego de su confesión, se alegró mucho y envió la absolución no sólo para los ciudadanos que le habían dado tortura sin la debida licencia eclesiástica, sino también para aquellos que contraviniendo la orden apostólica habían asistido a sus sermones; luego el papa solicitó que fray Girolamo fuese enviado a Roma. Esta solicitud fue denegada, porque no era conveniente para el prestigio de la ciudad rebajarse a la función de policía; por lo tanto, el papa nombró como comisarios apostólicos al superior general de la orden de San Domenico y a un señor Romolino, español, a quien después nombró cardenal, para que vinieran a Florencia a examinar a fray Girolamo y sus compañeros. Mientras se esperaba su llegada, se empezó a discutir la causa de los ciudadanos que habían sido sus partidarios. En ellos no se encontró ninguna culpa, de acuerdo con la confesión de fray Girolamo, ni pruebas de confabulaciones contra el gobierno; sin embargo, el pueblo clamaba contra ellos, y además muchos ciudadanos de mala entraña que iban al palacio y participaban en las sesiones querían ponerles las manos encima; entre ellos Franceschino de los Albizzi, quien el día en que victimaron a Francesco Valori se presentó a la Señoría diciendo: "Sus señorías oyeron lo que le pasó a Francesco Valori. ¿Qué quieren que se haga ahora con Giovan Battista Ridolfi y Paolantonio Soderini?", casi ofreciendo: "Si ustedes quieren, nosotros vamos a matarlos". Por otra parte Guidantonio Vespucci, Bernardo Rucellai, los Nerli y los demás que eran los jefes reales del movimiento contra el fraile abogaban para que no se les condenase, motivados principalmente, en opinión de muchos, por el hecho de que se habían imaginado que abatiendo al fraile se derrumbaría el Consejo Grande y por esto lo habían atacado con tanto encarnizamiento, pero luego quedaron frustrados viendo que muchos de sus propios partidarios y de manera especial los "compagnacci" y todo el pueblo en general desearon

conservarlo. Por consiguiente, no quisieron condenar a unos ciudadanos sin sacar provecho y situarse políticamente; tanto más cuanto que Guidantonio Vespucci y Bernardo Rucellai habían podido saber directamente, en el nombramiento de los Diez, qué tanta confianza se podía tener en el favor del pueblo; el propio Bernardo llegó a afirmar que se debía exonerar a los ciudadanos de la responsabilidad de los errores cometidos y cargarla al fraile. Por lo tanto, se terminó declarándolos absueltos, aunque con algunas opiniones contrarias e incluso protestas; para dar satisfacción al pueblo sólo se condenó a Giovan Battista Ridolfi, a Paolantonio Soderini y a algunos otros cabecillas a pagar cierta suma de dinero. Con esto se calmó la agitación y Giovan Battista y Paolantonio, que por consejo de sus amigos y para aminorar la aversión del pueblo se habían ausentado, regresaron a Florencia.

Posteriormente se eligió a la nueva Señoría, en la cual fue gonfalonero de justicia Vieri de los Médicis, y entre los otros miembros estuvieron Ormannozzo Deti, Pippo Giugni, Tommaso Gianni y otros. Durante su mandato llegaron de Roma los comisarios apostólicos y de nuevo fueron sometidos a interrogatorio fray Girolamo y los otros; finalmente fueron condenados todos a la hoguera. El día… de mayo, en la plaza de la Señoría, fueron degradados, ahorcados y quemados, con tanto concurso de gente como nunca se había visto asistir a sus sermones. Se consideró muy significativo el hecho de que ninguno de ellos, ni siquiera fray Girolamo, en semejante situación no dijeron nada públicamente, ni para acusar, ni para disculparse.

Así fue ejecutado con ignominia fray Girolamo Savonarola, y no estará fuera de lugar hablar un poco más extensamente sobre su personalidad y sus cualidades, porque nunca, ni en nuestra época, ni en los tiempos de nuestros padres y abuelos, se vio a un religioso tan dotado de virtudes ni con tanto prestigio como

él. Incluso sus adversarios admiten que era bastante docto en muchas disciplinas, en especial en filosofía, que conocía tan a fondo y utilizaba tan hábilmente en todas sus actividades como si él la hubiese inventado; pero sobre todo en la Sagrada Escritura, campo en que se cree que en varios siglos no hubo una persona que lo igualara. Tuvo muy buen juicio no sólo en la cultura, sino también en las cosas concretas de la vida real, y fue muy entendido en los principios generales, como, a mi modo de ver, lo demuestran sus sermones; en éstos sus dotes lo llevaron a superar ampliamente a todos los de su tiempo, en especial porque su elocuencia no era artificiosa y abstrusa, sino natural y comprensible; en la predicación tuvo tanto prestigio y tan numeroso auditorio que fue considerado como un hecho casi milagroso que haya podido predicar tantos años seguidos, y no nada más en las cuaresmas, sino en muchas festividades del año, en una ciudad en donde sobran inteligencias agudas y hasta quisquillosas, y donde los predicadores, por excelentes que sean, después de una o dos cuaresmas empiezan a aburrir; estas virtudes y cualidades fueron tan claras y evidentes que las admiten unánimemente tanto sus adversarios como sus favorecedores y secuaces.

Pero el meollo de su superioridad está en la bondad de su vida; sobre este punto aclararé que si tuvo algún vicio, éste fue la simulación, efecto del orgullo y la ambición; los que observaron por largo tiempo su vida y sus costumbres no descubrieron ni un asomo de avaricia, o de lujuria, o de otras codicias y debilidades; al contrario, llevó siempre una vida ejemplarmente religiosa, llena de caridad, de oraciones, de observancia del culto divino, no en la exterioridad, sino en la sustancia; por eso durante su interrogatorio, a pesar de que sus calumniadores hurgaran con minucia, no se le encontró en este aspecto el más pequeño defecto. Sus iniciativas a favor de la práctica de las buenas costumbres fueron limpias y admirables, y nunca hubo

tanta bondad y religiosidad en Florencia como en sus tiempos; después de su muerte las costumbres se relajaron tanto que quedó bien comprobado que el bien que se hacía había sido iniciado y sostenido por él. En público ya no se jugaba, y en las casas, con temor; estaban cerradas las cantinas, que por costumbre son el lugar de reunión de toda la juventud depravada y el antro de todos los vicios; la sodomía había bajado mucho y casi había desaparecido; las mujeres en gran parte habían abandonado la indumentaria deshonesta y provocativa; casi todos los niños habían sido alejados de los entretenimientos deshonestos y se habían acogido a una vida devota y bien educada, pues por su iniciativa y bajo el cuidado de fray Domenico habían sido reunidos en hermandades, asistían a las iglesias, llevaban el pelo corto, perseguían a pedradas y escarnios a los hombres deshonestos y a los jugadores, así como a las mujeres que llevaban vestidos indecentes; durante el carnaval iban juntando dados, barajas, cosméticos, ilustraciones y libros obscenos y los quemaban públicamente en la plaza de la Señoría después de haber efectuado, en ese día que habitualmente rebosaba de inmoralidades, una procesión con mucho fervor y devoción; los hombres de edad se dedicaban a la religión, asistían a la misa, a las vísperas, a los sermones, y se confesaban y comulgaban con frecuencia; el día de carnaval se confesaba un número enorme de fieles, se hacían muchas limosnas y obras de caridad. Estimulaban de continuo a los hombres para que dejaran el lujo y las vanidades y se acogieran a una vida sencilla, religiosa, como buenos cristianos; para ello propuso leyes sobre los adornos y el vestuario de mujeres y niños, pero encontraron tal oposición de parte de sus enemigos que nunca lograron ser aprobadas en el Consejo Grande, excepto las relacionadas con los niños, que de todos modos no fueron observadas. Su predicación atrajo un gran número de vocaciones a su orden, de todas las edades y clases sociales: jóvenes de la nobleza y de las

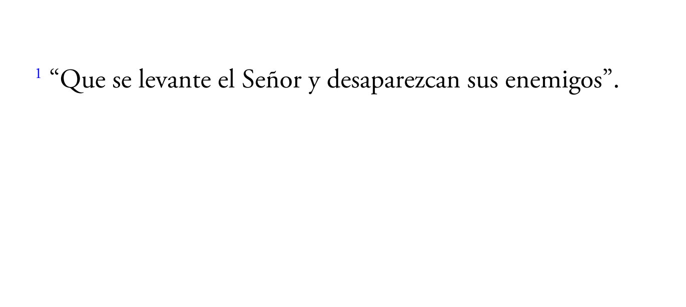
familias más encumbradas de Florencia, personas adultas y de prestigio, como Pandolfo Rucellai, que era miembro de los Diez e iba a ser nombrado embajador ante el rey Carlos VIII; Giorgio y Antonio Vespucci y el señor Malatesta, canónigos de Santa Reparata, personas doctas, buenas y prudentes, Piero Paolo de Urbino, médico renombrado y de vida incensurable; Zanobi Acciaiuoli, una eminencia en letras griegas y latinas, y muchos otros de semejante categoría. En Italia, por lo tanto, no había un convento igual, y él encaminaba a los jóvenes a los estudios no sólo del latín, sino también del griego y el hebreo, esperando que llegaran a ser lumbreras de la religión. El progreso en el campo espiritual fue muy grande; sin embargo, no fueron menores las obras que llevó a cabo en favor del estado y en beneficio público.

Después de la expulsión de Piero y la creación del nuevo gobierno, la ciudad estaba en una situación muy mala; los amigos del gobierno anterior eran objeto de animosidades y se encontraban en tan grave peligro que si Francesco Valori y Piero Capponi no hubieran logrado defenderlos, de seguro iban a ser liquidados, y en gran número, lo que habría sido un grave perjuicio para la ciudad, porque en gran parte se trataba de personas buenas, ilustradas, ricas y con parentelas y familias muy amplias; si esto hubiera sucedido, habría surgido, como se vio en el caso de los Veinte, el desacuerdo de los gobernantes, que se habrían enemistado porque entre ellos había varios miembros, de prestigio prácticamente igual, que ambicionaban el mando supremo; se habrían producido alteraciones y nuevos gobiernos, expulsiones de ciudadanos y más de una revolución; y por último también era posible un regreso violento de Piero, con una despiadada matanza y la ruina de la ciudad. Sólo fray Girolamo pudo detener estos intentos y agitaciones, al establecer el Consejo Grande que puso freno a todos los que querían escalar el poder; él hizo aprobar la apelación a la Señoría, que

funcionó como medio para salvar a los ciudadanos, y consolidó una paz general, que en la práctica consistió en impedir que se condenara a los amigos de los Médicis con el pretexto de investigar querellas pasadas.

No cabe duda de que todas estas iniciativas fueron la salvación de Florencia y, como él con acierto decía, un gran beneficio ya sea para los nuevos gobernantes como para los que anteriormente habían gobernado; sus obras fueron en efecto tan buenas, incluyendo la realización de algunas de sus predicciones, que en los años siguientes muchos persistieron creyendo que de verdad fue un enviado de Dios y un gran profeta, pese a la excomunión, la tortura y la muerte. Yo estoy en duda y no he llegado a ninguna valoración definitiva, y por consiguiente voy a esperar, si vivo lo suficiente, el tiempo en que sea posible aclararlo todo; mi única conclusión es que si fue bueno, nuestros tiempos han visto un gran profeta; si fue malo, pudimos conocer a una personalidad notabilísima porque, si frente a todos y por tantos años supo simular en cosa tan importante sin que nadie nunca lo pudiera sorprender en una falsedad, hay que reconocer que además de su cultura tenía un juicio, un talento y una inventiva verdaderamente fenomenales.

Con él, como se dijo, fueron ejecutados fray Domenico y fray Silvestro; el primero era una persona muy sencilla y de vida incensurable, de modo que si falló fue por ingenuidad y no por maldad; fray Silvestro era considerado más listo y tenía más relación con los ciudadanos; sin embargo, según el proceso, no había simulado nada; fueron sacrificados para satisfacer el odio de sus enemigos, que en ese tiempo se apodaban los *arrabbiati* (rabiosos).



[1] "Que se levante el Señor y desaparezcan sus enemigos".

XVII. ALIANZA ENTRE LUIS XII, ALEJANDRO VI Y CÉSAR BORGIA. ALIANZA ENTRE FRANCIA, EL PAPA Y VENECIA

(1498)

DURANTE EL MISMO AÑO, EN EL MES DE ABRIL, ESTANDO TO-davía fray Girolamo en la cárcel, falleció casi de improviso el rey de Francia, y al no tener hijos le sucedió en el reino el duque Luis de Orleans, de familia real, primo suyo, por ser el pariente más cercano que tenía; y como sostenía que le pertenecía no sólo el estado de Francia, sino también el reino de Nápoles por derechos del rey Carlos VIII, y el ducado de Milán por derechos de los propios orleaneses, al ser coronado se declaró rey de Francia, de Jerusalén, de Sicilia, y duque de Milán. Se había casado con una hermana del rey Carlos, estéril, cuya fealdad la hacía parecer un monstruo, obligado por el rey Luis XI, padre de ella; entonces la repudió con la dispensa del papa Alejandro VI, y con la misma dispensa se casó con la viuda de Carlos VIII, para obtener el estado de Bretaña, del cual ella era duquesa por herencia. Esta concesión papal era bastante difícil de conseguir y además evidentemente inmoral, así que no la habría obtenido sin una adecuada compensación al papa; negoció entonces con éste un convenio secreto según el cual, en el caso de que se adueñara del estado de Milán, como planeaba hacer, lo ayudaría a recuperar los vicariatos de Romagna, que aquél pretendía que se devolvieran a la Sede Apostólica. El papa, ya con el favor del rey, se propuso crear un estado para su hijo, y habiendo fallecido, como se dijo antes, el duque de Candia, Giovanni, no le quedaba, para un cargo de tanta responsabilidad, más que César Borgia, también hijo suyo, a quien antes había nombrado

cardenal. Entonces le quitó el capelo alegando pruebas de que era bastardo y por consiguiente inhabilitado para esa dignidad, a pesar de que anteriormente, cuando lo hizo cardenal, había hecho probar lo contrario, o sea que era hijo legítimo de otro y no suyo. Luego lo envió como embajador a Francia ante el nuevo rey y lo casó con una francesa de sangre real, Carlota de Albret, hija del (que luego fue nombrado) cardenal de Albret; antes había tratado de casarlo con la hija del rey de Nápoles, que entonces estaba en Francia, pero no lo logró porque la joven no obtuvo el permiso de su padre y nunca quiso aceptarlo.

A la corte del nuevo rey, que parecía bien dispuesto hacia nosotros, fueron enviados tres embajadores: Cosimo de los Pazzi, obispo de Arezzo, Piero Soderini y Lorenzo de Pierfrancesco, quien se hallaba en Galicia, adonde había huido antes de la ejecución de fray Girolamo, porque éste y sus partidarios lo habían acusado de querer hacerse jefe y tirano de Florencia. En este tiempo se aprobó una ley que, de haber sido aplicada, habría resultado muy útil para las nuevas generaciones; es decir, que todo embajador o comisario general que viajara al extranjero debía llevar consigo a un joven, designado por los Ochenta, de edad entre veinticuatro y cuarenta años, que estuviera presente en todas las negociaciones, incluso las secretas, para que aprendiera y adquiriera experiencia, de modo que al llegar a la edad adecuada resultara más provechoso para el gobierno y la política.

En cuanto fray Girolamo fue detenido y quemado, como relaté antes, todos los pensamientos de los ciudadanos se ciñeron a la empresa de Pisa, aprovechando que el duque de Milán favorecía esta idea y prometía apoyarla. Éste, ya con anterioridad, había reflexionado sobre la insensatez de haber dejado que los venecianos se posesionaran de Pisa y sobre el peligro de que esa ciudad con el tiempo llegara a ser la base para que los venecianos controlaran a toda Italia, y por esto deseaba

que los florentinos la recuperaran. Sin embargo, no había querido delatarse enviando tropas de apoyo, bien porque no confiaba mucho en Florencia por haber sido hostil a fray Girolamo y tal vez a Francesco Valori, bien porque se imaginaba que con maneras suaves y sin enemistarse podría convencer a los venecianos de que nos la devolvieran, o bien porque, siempre con el temor de que el rey Carlos regresara a Italia, no quería provocar nuevas contiendas que proporcionarían a éste el pretexto para volver a dicho lugar. Por estas razones había maniobrado en Roma y Venecia para que los embajadores del emperador y en especial los del rey de España y de Nápoles insistieran en sugerir que, ya que en Italia no había potentados amigos de los franceses excepto los florentinos, los cuales reiteradamente los presionaban para que regresaran, no sería mala idea, a fin de evitar desórdenes o hasta una nueva guerra, que se les devolviera (a los florentinos) la ciudad de Pisa, con lo que se los ganarían y los unirían a la liga.

No obstante, todos los esfuerzos habían sido inútiles, porque los venecianos, ambiciosos y deseosos de controlar a Italia, y fundándose precisamente en Pisa para lograr este propósito, estaban decididos a no devolverla. El duque tuvo que convencerse de que no saldrían de allá más que mediante la fuerza; por otra parte, empezaba a tener más confianza en el partido que gobernaba en Florencia, y además suponía que por ser nuevo el rey de Francia, de momento no habría mucho que temer de su actitud, aunque estaba seguro de que todos los pensamientos franceses estaban pendientes de la situación italiana; así que animó a Florencia para que organizara una enérgica campaña contra Pisa, sugiriendo que nosotros tratáramos también de obtener la aprobación del emperador, de Roma y de Nápoles; por su parte prometía que no dejaría de proporcionarnos todas las ayudas que estuvieran en sus posibilidades. Estas sugerencias y ofrecimientos fueron

aceptados y se empezó a realizarlos, en parte solamente, pues no hacía falta enviar ningún embajador a Roma, donde ya estaba Francesco Gualterotti; para Nápoles se designó a Bernardo Rucellai.

Varios meses antes había fallecido el rey Fernandino, y no teniendo hijos le sucedió su tío Federico, segundo hijo del rey Fernando I. Ahora bien, al duque de Milán le pareció más prudente buscar el apoyo de Nápoles con mayor cautela, ya que enviar a un embajador sería una medida demasiado evidente, cuya consecuencia sería que el nuevo rey de Francia se enemistara con Florencia, lo que iba contra su propósito de utilizar a nuestra ciudad para mejorar sus relaciones con los franceses; por consiguiente, aconsejaba que no se enviara ningún embajador, y así se hizo. Y para definir mejor con él la manera de proceder y los recursos que se iban a necesitar en esta campaña, se envió a Milán como delegado a Guidantonio Vespucci, a pesar de que allá estaba Francesco Pepi como embajador residente, tal vez para dar mayor relieve a nuestro aprecio, o bien pensando que Guidantonio, por su gran prestigio, era el más indicado y además más hábil que Pepi en esta clase de negociaciones. Para conseguir que los genoveses no ayudaran a los pisa-nos y no permitieran que los venecianos se engrandecieran tanto siendo sus enemigos, por consejo del duque se envió allá un delegado, que fue Braccio Martelli, acompañado de Piero de Niccolò Ardinghelli, éste en calidad de vicedelegado. Se dio inicio entonces a la campaña. Los venecianos reforzaron su ejército en la zona de Pisa y se trabó un combate cerca de San Régolo, mismo que no voy a relatar porque desconozco los detalles. El resultado fue que los nuestros fueron derrotados, y a duras penas pudieron salvarse en ese lugar el comisario Guglielmo de los Pazzi y el gobernador de campo, conde Rinuccio de Marciano. Por esto Guglielmo de los Pazzi se ganó una severa censura general, debido a que se atribuyó el

desastre sobre todo a su excesiva temeridad, pues él con mucho ímpetu no sólo en el campo había ordenado el ataque, sino también antes, estando en Florencia, había sostenido acaloradamente, no me acuerdo si en el Consejo Grande o en una sesión de los Ochenta, que lo que hacía falta era blandir las armas, pero ya.

De momento esa derrota causó grandes trastornos y no nada más en el distrito de Pisa, donde los enemigos, si hubiesen querido empeñarse y explotar la victoria, no habrían encontrado resistencia, sino en todo el territorio aledaño, que en forma constante padecía incursiones y pillajes por parte de la caballería albanesa que los venecianos habían llevado a Pisa, pues hacía correrías ora en el distrito de Volterra, ora en Valdiniévole, ora cerca de San Miniato, y hasta llegaron a Castello Florentino. Pero, después, ese descalabro animó y enardeció a todos; entonces se deliberó doblegar a los pisa-nos, y para ello se contrató como capitán general a Paolo Vitelli, poniendo a las órdenes de él y de su hermano menor Vitellozzo un cuerpo de trescientos hombres de armas y se ratificó al conde Rinuccio el cargo de gobernador de campo, aunque opusiera algunos reparos para quedar bajo nuestro contrato con los Vitelli como jefes. También el duque Ludovico estaba bastante entusiasmado, ya que después de consultarse con Guidantonio Vespucci y examinar en detalle la situación, convocó a una reunión en Mantua para aclarar las perspectivas italianas y envió a Pisa, para apoyarnos, un buen contingente de caballería a las órdenes del señor de Piombino, Carlo de los Ingrati, y de otros capitanes. Se sabía que los venecianos, para alejarnos de la campaña de Pisa, quizá nos atacarían por el lado de Romagna, así que para reforzarnos en esa zona, por orden del duque se contrató a Ottaviano, hijo de la señora de Imola. A esta señora (Caterina Sforza), a sus hijos y a sus descendientes se otorgó la ciudadanía de Florencia, para que pudiera legalizar su calidad de

esposa de Giovanni de Pierfrancesco, porque en 1494, cuando la actitud de Piero de Médicis parecía alejarse de la tradición de su familia acercándose a los Orsini, gente que había perjudicado bastante a Florencia, se estableció por ley que ningún ciudadano podía casarse con una mujer extranjera que fuera señora o de sangre de señores; ese matrimonio había sido contraído de hecho, pero nunca había sido notificado mientras vivía Giovanni, quien poco tiempo después había fallecido dejándola embarazada.

Se organizó entonces la campaña de Pisa, siendo comisario Benedetto de los Nerli y en lo sucesivo Iácopo de Luca Pitti, y vice-comisario Francesco de Pierfilippo Pandolfini. El nuevo capitán se mostraba muy activo y hábil entrenando a las tropas con marchas y acarreo de artillerías por zonas montañosas y casi intransitables, y preparando con todo anticipo todo lo que hacía falta para la expedición. El duque de Milán, por su parte, contrató como capitán al marqués de Mantua, prometiéndolo a los florentinos para la empresa de Pisa; pero temiendo que nuestro capitán se ofendería al imponerle un superior, los Diez enviaron al campo a Piero Guicciardini para tranquilizarlo en este aspecto y, para sondear su reacción, a estimularlo a emprender alguna acción militar; pero luego esta iniciativa fue abandonada porque el marqués de Mantua se puso de acuerdo con los venecianos, aunque poco después se enojó con ellos y regresó con el duque. Algunos pensaban que los venecianos para evitar esta guerra posiblemente estaban dispuestos a llegar a un acuerdo, siempre que se encontrara una manera decorosa de abandonar Pisa; para encaminar las negociaciones se envió a Venecia a Guidantonio Vespucci y Bernardo Rucellai como delegados y a Niccolò de Piero Capponi como subdelegado; éstos permanecieron allá unos dos meses, pero, viendo que los venecianos nada más simulaban, regresaron a Florencia sin arreglar nada.

Mientras tanto nuestro capitán, ya bien organizado, había efectuado algunas escaramuzas perjudicando bastante a los pisanos; luego se dirigió a Vicopisano, se apoderó en un santiamén de un bastión que los pisanos habían construido para proteger el lugar, y en pocos días expugnó Vicopisano. El éxito de esta primera expedición le ganó un enorme prestigio, porque Vicopisano era una plaza bien fortificada, que para invadirla en la campaña anterior contra Pisa fue necesario un ejército mucho más numeroso y varios meses. En 1495 nuestro ejército había sido rechazado, a pesar de que estaba dirigido por Francesco Secco y otros valientes capitanes, y no era menos numeroso que éste; y sin embargo había tenido que retirarse sin lograr nada y con mucho daño causado por los enemigos.

Después de la ocupación de Vicopisano hubo muchas discusiones sobre lo que convenía hacer; el capitán, como sabía que Pisa estaba bien fortificada, que contaba con hombres valientes que estaban desesperados y tenía artillería y todo lo necesario para defenderse, lo que hacía sumamente difícil su expugnación, opinaba que sería mejor ocupar las plazas cercanas, adueñarse de todo el territorio aledaño y construir bastiones y fortines para impedir que recibieran ayuda desde afuera. Muchos otros, más que nada los menos experimentados, envalentonados por la victoria de Vicopisano y por el hecho de que no había ejército enemigo en campo, sostenían lo contrario e insistían que de inmediato se marchara a sitiar a Pisa, y con ellos estaba toda la población de Florencia. Este debate duró varios días, pero el capitán no se dejó convencer y para llevar a efecto su plan se dirigió a poner sitio a Ripafratta, la ocupó, luego conquistó Torre di Foce, construyó bastiones muy reforzados en los lugares que no se podían defender de otra manera, y así pasó todo el verano. Por esto el pueblo empezó a acusarlo de que no quería acabar la campaña y deseaba mantenernos en continuo estado de guerra; y no criticaban sólo

a él, sino también al duque de Milán, achacándole que pretendía mantener esa guerra local para que los venecianos y nosotros siguiéramos gastando.

Mientras tanto los venecianos, no pudiendo enviar suficientes refuerzos a Pisa, para alejarnos de esa empresa trataron de ganarnos por el lado de Siena. Para eliminar este peligro Florencia, ya con anterioridad, por consejo y conducto del duque de Milán, había firmado la paz con los seneses, una paz muy deshonrosa por cierto, pero necesaria, porque se aplazó por unos cinco años el problema de Montepulciano y se destruyó el puente de Valiano. Pandolfo Petrucci, que en aquel entonces gobernaba Siena, denegó las solicitudes de los venecianos, pero, temiendo algún levantamiento en su ciudad debido a que el pueblo por odio a los florentinos les era favorable, pidió que para su seguridad se enviaran tropas a la frontera, por lo que se destacó en Poggio Imperiale al conde Rinuccio de Marciano con doscientos hombres de armas. Entonces, frustradas sus esperanzas en esta zona, los venecianos enviaron tropas a Romagna en dirección de Marradi; para oponérseles se envió allá una parte de nuestras tropas, y el duque de Milán también despachó para esa zona un buen contingente de refuerzo a las órdenes del conde de Caiazzo y de Fracasso; con esas fuerzas y el apoyo de las plazas de la señora de Imola se pudo proteger de modo adecuado nuestro territorio en ese sector. De este modo, en todas partes los intentos de los venecianos fueron desbaratados, y pareció que nuestra situación mejoraba cada día más y se estabilizaba satisfactoriamente. Agréguese que en Florencia la concordia parecía ganar terreno, pues, por ejemplo, en el Consejo Grande ya no se rechazaba a los savonarolianos más que a los otros, de manera que al nombrar en octubre el Consejo de los Diez que iba a tomar posesión en diciembre, junto con Guidantonio Vespucci, uno de los jefes del partido contrario, se eligió a Domenico Bonsi, Battista Serristori y Luca

de Antonio de los Albizzi, que habían sido anteriormente partidarios del fraile.

Sin embargo, al finalizar ese mes sobrevino un incidente que alteró todo nuestro estado: los venecianos, que tenían consigo a los Médicis, obtuvieron subrepticiamente la plaza de Bibbiena en Casentino por un acuerdo concertado con algunos parientes de Piero Dovizi que había sido canciller de Piero de Médicis, y también por el descuido de Cappone de Bartolomeo Capponi, que había sido enviado allá en calidad de comisario justo porque se sospechaba esta jugada. Ese revés fue muy grave porque con ello teníamos a los enemigos dentro de nuestro territorio y muy cerca de Florencia, además de ser en extremo peligroso pues los acompañaban los Médicis, que contaban con muchos amigos en esa zona. Esto hizo temer también por la suerte de Poppi, Pratovecchio y otras plazas de Casentino, así que enviaron allá tropas y comisarios; se fijó una recompensa contra Giuliano de Médicis (antes la había sólo contra Piero) y se dirigieron allá las tropas de Milán a las órdenes de Fracasso, porque el conde de Caiazzo había regresado a Lombardía; y en el intento de sacar a como diera lugar a los enemigos de esa ciudad, se retiró a Paolo Vitelli de la zona de Pisa, donde no hacía nada, enviándolo directamente a Casentino, acompañado del comisario Piero Corsini, porque Piero Guicciardini se había quedado de comisario en la zona de Pisa. Para finales del mismo mes se nombró la nueva Señoría y Bernardo Rucellai resultó electo gonfalonero de justicia; pero como estaba un poco enfermo y para no desmentir su carácter y su conducta que detallaré en otro lugar, se rehusó; por esto se le censuró mucho, como si el cargo de gonfalonero fuera insuficiente y no llenara sus aspiraciones; en su lugar fue nombrado Guidantonio Vespucci.

Al llegar Paolo Vitelli a Casentino, nuestras plazas se consolidaron y además se empezó a presionar sistemáticamente a los enemigos; con esto los campesinos de la zona, que por

naturaleza son belicosos y viven en lugares abruptos donde no se pueden utilizar los caballos, mataron a muchos soldados; los encabezaba un tal Basilio, abad camaldulense, que tenía una abadía en Casentino. También Paolo Vitelli los derrotó y persiguió, hasta que tuvieron que refugiarse en Bibbiena con el duque de Urbino y Giuliano de Médicis; de allí no podían salir con libertad y no tenían víveres para mucho tiempo. Los progresos de nuestro capitán en esa zona eran de verdad positivos y bien estudiados; pero como los ataques iniciales y más frecuentes se debían al abad Basilio y sus seguidores, en el pueblo se agravó la mala opinión que se había formado en el verano anterior, como si él, para complacer al duque, tratara de alargar la guerra; además, una vez que los enemigos habían quedado encerrados en Bibbiena, se pensaba que debía ser fácil expugnarla, y al pueblo le parecía que las cosas iban demasiado despacio; pero esto se debía a que nuestro ejército no podía hacer gran cosa debido a que estábamos en pleno invierno y en una zona montañosa y escarpada.

Otro inconveniente fue que cuando el duque de Urbino enfermó de gravedad en Bibbiena, nuestro capitán y nuestro comisario Pier Giovanni de Ricasoli, sin informar a los Diez, le permitieron salir y regresar a Urbino, justificándose con la razón de que si hubiese fallecido en Bibbiena, su estado habría caído en poder de los venecianos; ambos fueron censurados con severidad, pero la cosa no pasó a más. Por esto en toda Florencia se ensalzaba y celebraba el nombre del abad Basilio, y al contrario se hablaba mal en público de nuestro capitán y también del duque de Milán; éste constantemente apresuraba la empresa de Bibbiena, pedía que se le informara sobre lo que se necesitara y prometía ayudar con generosidad, y en efecto hasta entonces había proporcionado gente y dinero; pero como se pensaba que era ambicioso y ladino y que actuaba más con cuentos y trampas que con verdad, no conseguía que en

Florencia el pueblo y muchos miembros del gobierno le creyeran.

Así estaba la situación de Florencia, y por otra parte en toda Italia amenazaban graves turbulencias, porque el nuevo rey de Francia, después de anexar al reino el estado de Bretaña mediante su casamiento con la ex reina y haberse consolidado en el reino con toda clase de precauciones, había empezado a considerar seriamente regresar a Italia, primero para apoderarse de Milán y luego de Nápoles; y como ese plan implicaba gravísimas consecuencias, en todas las potencias de Italia una y otra vez se hacían especulaciones de acuerdo con sus ambiciones y pasiones y conforme a la situación en que se encontraban.

El papa deseaba crear un estado para su hijo Valentino y, no encontrando otro camino para ello que el regreso de los franceses, no dejaba de insistirles que se decidieran a volver. Los venecianos estaban abrumados de problemas porque, aparte de las dificultades y derrotas en Casentino y además de estar persuadidos de que en cuanto a Pisa no podían seguir ocupándola, ni tampoco abandonarla sin perjuicio y descrédito, veían, aunque no con claridad, perfilarse el peligro de una guerra con los turcos, pues habían llegado noticias de que estaban haciendo grandes preparativos en mar y en tierra para lanzarse contra ellos; también temían que el duque de Milán, en caso de ponerse de acuerdo con el emperador y los florentinos, podría atacarlos en Lombardía; agréguese que, además de esta sospecha, se sentían gravemente ofendidos porque él era el responsable de las derrotas sufridas en la campaña de Pisa: si hubiesen tenido que enfrentarse sólo a los florentinos, habrían conseguido todo lo que querían; por último, incluso sospechaban que el duque animaba e instigaba a los turcos contra ellos; así que, impulsados por el miedo y el resentimiento, empezaron a considerar las relaciones con Francia y trataron de aliarse con el rey contra el duque, a lo que,

por cierto, no era ajena su ambición, porque se proponían ocupar algunas plazas del estado de Milán.

Los florentinos tenían dos preocupaciones: sacar de Casentino a los venecianos y recuperar la ciudad de Pisa; pero ninguna de las dos cosas, y especialmente la primera, se podía llevar a cabo sin la colaboración del duque, así que por una parte se veían obligados a estar con él y por otra tenían mucho miedo al poderío del rey de Francia, e incluso cierta esperanza, despertada por éste, de que mediante su alianza se les devolvería la ciudad de Pisa; por esto en un principio titubearon pero luego, para satisfacer al duque, decidieron pactar con él.

El rey Federico de Aragón no estaba muy bien consolidado en su estado y casi no tenía poder, y a pesar de que también él iba a ser una víctima, sin embargo, como le tocaba primero a Milán, bien por impotencia o por desconocimiento, no parecía preocuparse por la situación como habría debido.

El duque estaba bastante preocupado, pues sabía que las fuerzas de Francia eran muy superiores a las suyas y estaba persuadido de que no podría contar con la unión de Italia, pues el papa de seguro estaba con los franceses, y los venecianos no se habían defendido; por otra parte tenía mucha confianza en Paolo Vitelli y pensaba que en su conflicto le sería muy útil; por esto sinceramente deseaba que con su ayuda pudiéramos recuperar nuestras posesiones; si con su apoyo y suministros podíamos reponernos, creía poder satisfacer su deseo de utilizar a Paolo Vitelli y además lo auxiliarían todas las fuerzas de Florencia. Además se daba cuenta de que los venecianos ya estaban hartos del problema pisano y que se retirarían mediante negociación. Sin embargo, también sabía que ellos se consideraban ofendidos por él, así que con el afán de calmarlos para que por coraje no fueran a aliarse con Francia, para hacerles un favor empezó a solicitar al duque de Ferrara que entablara

negociaciones como intermediario para llegar a un acuerdo entre los venecianos y nosotros, y recomendaba vivamente a Florencia que aceptara cualquier arreglo mediante el cual los venecianos salieran de Casentino y de Pisa. Además, temiendo que todo esto no fuera suficiente, insistía con los florentinos para que se aliaran con Francia, ya que esto le parecía una buena oportunidad para que él pudiera llegar a un convenio razonable con el rey, y además un medio para impedir que los venecianos trabaran amistad con este último; porque, según los rumores que circulaban, el rey iba a prometernos la devolución de Pisa, con lo que se comprometería contra los venecianos; por consiguiente, al lograr nosotros un acuerdo con el rey, quedaba automáticamente excluido cualquier pacto con ellos; así éstos se verían obligados a unirse con el duque para defender los estados italianos o a permanecer neutrales; él, con sus fuerzas y alguna ayuda de Alemania, podría defenderse de Francia con mayor facilidad.

Mientras la situación se encontraba en esta fase de incertidumbre e inseguridad, los Diez enviaron a Ferrara a Antonio Strozzi para las negociaciones de paz promovidas por el duque; con el objeto de definir mejor nuestra posición con éste, se envió a Milán como embajador al obispo Francesco Soderini, a pesar de que allá se encontraba todavía Francesco Pepi en calidad de embajador residente; luego, por el afán de llegar a la expugnación de Bibbiena, se decidió enviar al ejército dos comisarios de prestigio para que averiguaran las necesidades de la empresa y presionaran a fin de que se acabara pronto; para esto se escogió a Giovan Battista Ridolfi y a Paolantonio Soderini. Pocos días después, al encaminarse satisfactoriamente las negociaciones de Ferrara, el duque se dio cuenta de la buena intención que tenían los venecianos de terminar con todas las dificultades e inconvenientes que impedían solucionar la cuestión, y para acelerar dichas negociaciones pensó incluso

transferirse a Venecia con dos embajadores plenipotenciarios florentinos, que pidió a nuestro gobierno; para este fin se designó a Giovan Battista Ridolfi y Paolantonio Soderini, y como vicembajador a Alessandro de Donato Acciaiuoli; para sustituir a los dos embajadores mencionados en Casentino se nombró a Antonio Canigiani y a Lorenzo de Pierfrancesco; en la misma tarde se designó a Antonio Malegonnelle como embajador residente en Roma, acompañado de Roberto de Donato Acciauioli como vicembajador. Pero antes de que salieran los embajadores para Venecia y Ferrara y estando todos convencidos, por informes provenientes de Francia, de que se estaba llegando a un acuerdo con el rey y que los venecianos, al parecer, se habían enemistado con éste, llegó de improviso la noticia, que nadie se hubiera esperado, de que se había concertado un acuerdo y una alianza entre el rey de Francia, el papa y los venecianos, y que éstos se habían comprometido a entregar al rey cierta suma de dinero, y que en cambio al apoderarse el rey del estado de Milán, ellos ocuparían Cremona con todo su territorio y Ghiaradadda, aunque estas cláusulas al principio quedaron en secreto.

Florencia se sobresaltó por esta noticia, pero mucho más se alteró y se asustó el duque, considerando que disponía de escasísimos recursos; pero, decidido a no caer en el desaliento, envió de inmediato a Florencia a un gentilhombre de Milán que gozaba de toda su estimación, Galeazzo Visconti, para averiguar de qué dependía la lentitud de las operaciones en Bibbiena, y presionar al capitán y sus hombres para que las acabaran de una vez; también para pedir a Florencia que estuviera bien armada y pertrechada para cualquier contingencia; por último, para apresurar la partida de los embajadores a Venecia, porque no sabía cuánto tiempo duraría esta alianza entre el rey y los venecianos y con este favor se proponía apaciguarlos, si fuera posible; en caso de que no lo lograra, insistía en que se

regularizara nuestra situación para que él pudiera utilizar los servicios de los Vitelli. Después de exponer lo anterior, Visconti se marchó a Casentino y ordenó a Fracasso que regresara a Milán, donde inmediatamente se le condenó al destierro por haber tenido contactos ilegales con los venecianos mientras estaba en Casentino.

En este tiempo los Diez aumentaron el sueldo al conde Rinuccio, cosa que resultó muy perjudicial para la ciudad. Para que se entienda mejor el problema, aclararé que entre los Vitelli y el conde de Rinuccio existía una aguda rivalidad, debido a que el conde, de la misma edad que Paolo Vitelli, había estado a nuestro servicio más tiempo y no le parecía justo que se hubiera preferido dar el cargo de capitán a Paolo, de tal manera que cuando se efectuó este nombramiento, él pretendió separarse de nuestro servicio; pero, como se le apreciaba por valiente y leal, se le rogó encarecidamente que no lo hiciera, se le conservó el cargo de gobernador de campo y se igualó su sueldo al de los Vitelli. Pese a todo, no había quedado muy satisfecho, y en vez de colaborar entorpecía y ponía obstáculos a las acciones de Paolo, tratando, con obstinación, de conseguir un sueldo y una jerarquía más altos. Por otro lado a Paolo, que lo superaba en valentía y nivel jerárquico, le desagradaba mucho este antagonismo y no le parecía correcto que el conde percibiera un sueldo igual al suyo; de todos modos pidieron su comprensión y se conformó, pero no iba a tolerar que se pagara más al conde que a él. Cada día nacían desacuerdos y pleitos entre ellos, lo que provocaba divisiones no sólo entre los capitanes y los soldados, sino también en Florencia, donde ambos tenían simpatizantes, algunos porque eran amigos y otros porque pensaban alinearse con aquello que precisaba el bien de la ciudad; así por estas disensiones, que no eran tan pacíficas, las operaciones de Casentino progresaban con mayor lentitud y flojedad de lo que hubieran podido.

El conde se había confabulado en secreto con sus amigos para que se le aumentara el sueldo, y a este fin había urdido la siguiente estratagema: hizo que de Milán y muchos otros lugares llegaran informes de que iba a ser contratado por los venecianos con un sueldo muy alto, y sus amigos, fundándose en estas noticias, demostraban que esa separación resultaría muy dañina para la ciudad, porque reduciría la efectividad de nuestro ejército y aumentaría en Toscana la de los venecianos, los cuales, además de tener más tropas, contarían con un hombre valiente, que por haber estado largo tiempo a nuestro servicio conocía perfectamente el país y los pasos entre montañas, y para colmo tenía amistad con muchos de nuestros súbditos. Al oír estos comentarios, los Diez, entre los cuales se encontraban Luca de Antonio de los Albizzi y Bernardo Rucellai que lo apoyaban mucho (Bernardo remplazaba a Guidantonio Vespucci, comisionado en Pistoia), por fin aprobaron el aumento, y no hubo entre ellos alguien que viera las consecuencias de esa decisión. Además, en lugar de Giovanni Menetti, que había fallecido, formaba parte de los Diez Piero Guicciardini, que se encontraba en Pisa como comisario; los otros miembros, temiendo que él vetara esta deliberación por su apego al bien de la ciudad o por su amistad con Paolo, apresuraron la decisión tomándola en la tarde en que Piero regresó a Florencia. Llegando éste fue a la Señoría, luego a tomar posesión del cargo y por último, como no sabía nada de este asunto y estaba muy cansado, se despidió de sus colegas y se retiró a su casa; ellos no le dijeron palabra de lo que planeaban hacer, pero en cuanto hubo salido efectuaron la votación. Cuando Paolo Vitelli lo supo, envió a su canciller Corrado a quejarse enérgicamente, así que para calmarlo fue necesario aumentarle el sueldo igual que al conde Rinuccio.

De este modo, la ciudad se encontró con tantos hombres de armas a su cargo que el gasto ya era superior a sus posibilidades,

a pesar de que repetidas veces se había calculado el número de los que se podían sostener, mismo que no debía ser superado. Los Diez y los principales ciudadanos fueron muy criticados por esto, ya que la generalidad tenía la impresión de que gobernaban para su camarilla y no para el bien de la ciudad. Los pésimos resultados de esta conducta los relataré más adelante.

Los delegados salieron para Ferrara, se reunieron con el duque Ercole y unos días después se fueron con él a Venecia, pues se decía que los venecianos en verdad deseaban llegar a un acuerdo. Allá se discutieron nuestros problemas durante varios días y luego se dejó al duque Ercole el encargo de allanar todas las diferencias; Florencia iba con mucho tiento, porque temía que ese intermediario se dejara guiar más por el miedo que les tenía a los venecianos que por la justicia; pero de todos modos, para satisfacer al duque de Milán, accedieron.

XVIII. LAUDO DEL DUQUE DE FERRARA. PAOLO VITELLI

(1499)

Con la referida iniciativa terminó el año de 1498 en que hubo muchos desastres, pero peores fueron las calamidades de 1499. A principios de año el duque Ercole presentó en Venecia el laudo sobre los desacuerdos entre Florencia y los venecianos, que fue del siguiente tenor: los venecianos se retirarían de Pisa y Bibbiena con toda la gente que tuvieran en esas zonas a más tardar el 25 de abril, día de San Marco; como compensación parcial por los gastos sostenidos en la guerra recibirían de los florentinos la suma de ciento ochenta mil ducados en un plazo de quince años, a razón de doce mil ducados anuales; al recuperar Bibbiena, los florentinos concederían una amnistía a los habitantes; en caso de que los pisanos quisieran acogerse a este acuerdo, devolverían comercio y gobierno a los florentinos, quienes recuperarían toda la zona de Pisa y enviarían a dicha ciudad un prefecto, pero Vicopisano y las fortalezas quedarían en poder de los pisanos, para su seguridad; el duque de Ferrara también enviaría a Pisa un jurisperito para las apelaciones y, si bien recuerdo, para los asuntos criminales.

Los venecianos no quedaron nada satisfechos con este laudo; según ellos, al quedar abandonados los pisanos de seguro serían sojuzgados por los florentinos; éstos, por otra parte, ya que prácticamente recuperarían Pisa en virtud del fallo, deberían ser condenados a indenmizarlos de inmediato por una parte sustancial de los gastos sostenidos en esta guerra, que llegaban a setecientos mil ducados o más. Se quejaron además con el duque de Ferrara con tal vigor que éste pensó que lo iban a maltratar, así que se vio obligado, para satisfacerles, a introducir

en el laudo, pocos días después, algunas aclaraciones que restringían las prerrogativas y la jurisdicción de los florentinos en Pisa y ampliaban las medidas de seguridad para los pisanos. Una vez que consiguieron estas modificaciones, a los pocos días aceptaron el laudo sin protestas; no lo ratificaron formalmente pues declararon que lo harían con los hechos al retirar en la fecha establecida sus tropas de Pisa y Casentino.

También los florentinos se quejaron, pues les dolían principalmente dos cosas: la primera, que al quedar las fortalezas en manos de los pisanos para su protección, era inexacto decir que se había recuperado el dominio de aquella ciudad, porque los pisanos quedaban libres para rebelarse de nuevo cuando lo quisieran, cosa que con toda seguridad harían por su terquedad y maldad, y por el odio tan encarnizado que nos tenían; la segunda, que les parecía absurdo volverse deudores de los venecianos, siendo que ellos habían invadido el territorio florentino y habían ocasionado injustamente tantos trastornos y sin discusión debían indemnizar a Florencia por lo que había gastado, ahora, en vez de eso les iban a deber ciento ochenta mil ducados; tampoco les parecía que los venecianos estuvieran haciéndoles un gran favor retirándose de Pisa y de Casentino, porque era notorio que debido a la situación en que se encontraban no habrían podido quedarse allá por mucho tiempo. Por esto no se decidían a ratificar; pero el duque de Milán los presionaba alegando que cualquier posibilidad de entrar en Pisa, por limitada que fuera, siempre resultaría una ventaja muy grande, porque más adelante no faltarían oportunidades para adueñarse por completo de ella; que la suma de dinero, repartida como estaba en un plazo muy largo, en realidad no era pesada; además prometía que ayudaría a pagar; así que por fin ratificaron el laudo.

Los pisanos no tuvieron duda, estaban convencidos de que los venecianos los habían revendido, desconfiaban de las promesas

de los florentinos y preveían que el convenio no sería respetado; así que de ninguna manera quisieron acceder, a pesar de que el duque de Milán con reuniones y razonamientos tratara de persuadirlos. Así que para el duque resultaron ilusorias las esperanzas por las cuales había luchado en favor de ese acuerdo, porque los venecianos no se lo agradecieron y los florentinos, por la terquedad de los pisanos, no quedaron libres de problemas para que él pudiera recibir ayuda y tropas.

Concluido el convenio y cumplimentado por las partes principales, los florentinos entraron en Bibbiena evacuada por los venecianos, y lo primero que hicieron fue mandar tirar los muros, cosa que fue criticada porque parecía contraria al acuerdo en el cual se prometía el perdón a los habitantes, e inclusive fue considerada inoportuna, porque pensando en los pisanos, hubiera sido mejor un trato más comprensivo. Además, así como Pisa quedó en poder de los pisanos, todos se persuadieron de que era necesario usar la fuerza para someterla y estaban animándose a la empresa. Pero una vez que se hubo firmado el convenio, Paolo Vitelli se retiró a Castello, indeciso de continuar a sueldo de Florencia, por lo que los Diez enviaron allá a Piero Corsini, quien arregló con él un nuevo contrato y lo llevó de vuelta a Pisa, donde también él se quedó como comisario junto con Francesco Tosinghi, que antes había estado allá en calidad de comisario residente.

Por aquel entonces se iban a nombrar los nuevos funcionarios del Consejo de los Diez, y de acuerdo con la tradición se presentaron en el Consejo Grande los nombres de los candidatos; pero, a pesar de que se trataba de personas muy distinguidas, en las votaciones no pudieron ganar; la Señoría repitió varias veces el procedimiento, pero todo fue en balde, de modo que se tuvo que dejar la ciudad, en un periodo de guerra y de iniciativas importantes, sin la magistratura de los Diez. Había razones para ello: en primer lugar, la guerra de Pisa había sido

muy larga, y entre lo que se gastó en ésta y lo que se entregó al rey de Francia, el desembolso fue enorme y, lo que es peor, sin ningún provecho; por esta causa se había aumentado la agitación en la ciudad y la gente, que no tiene idea de lo que son las circunstancias concretas, pensaba que los responsables eran los jefes del gobierno, como si no les hubiera interesado la recuperación de Pisa y les conviniera mantener la ciudad en zozobra permanente para que así se les considerara indispensables en sus cargos, y por añadidura se les ofreciera más fácilmente, entre más cansados y debilitados estuvieran los ciudadanos, la oportunidad de desbaratar el Consejo Grande. Como los citados ciudadanos siempre figuraban en el Consejo de los Diez, esta magistratura se había atraído un odio violento, al punto de que entre la gente humilde era común el estribillo: "Los Diez y el dinero han fastidiado al pueblo". Luego, como sucede cuando los ciudadanos no tienen un jefe irrebatible a quien temer o respetar, las parcialidades de los Diez habían llegado a extremos intolerables, concediendo favores extraordinarios a capitanes, como en el caso que mencioné del conde Rinuccio, o consiguiendo jugosas ganancias a los ciudadanos que fueran parientes o amigos, y cuando lograba integrarse alguna camarilla, enviaba fuera de la ciudad, sin motivos, un gran número de comisarios; esto aumentaba en forma exorbitante los gastos públicos, así que se había vuelto muy difícil obtener que el Consejo Grande aprobara una contribución en dinero, y el nombre de los Diez había llegado a ser para el pueblo lo más odioso que se le pudiera mencionar. Por lo tanto, la Señoría de mayo y junio, que tenía como gonfalonero de justicia a Francesco Gherardi, perdida la esperanza de poder integrar la Comisión de los Diez, manejaba directamente los asuntos de guerra, efectuando reuniones de ciudadanos destacados en cuyos consejos se fundaba para tomar las decisiones más importantes. Al ocuparse de la cuestión de

Pisa, que era el problema principal del momento, se examinó la consistencia de nuestro ejército y de nuestros enemigos, y se llegó a la conclusión de que los pisanos estaban desamparados y por la situación general de Italia no podían esperar una ayuda sustancial de parte de nadie; por consiguiente, nuestras tropas podrían expugnarla sin el apoyo del duque de Milán, a quien por cierto no agradó que no se le solicitara, pensando que en esta circunstancia Florencia no quería quedarle obligada y así no tener que ayudarlo en la guerra contra Francia, que seguía preocupándolo.

Tomada esta determinación, hacía falta conseguir el dinero para llevarla a cabo, por lo que en el Consejo Grande se propuso una nueva contribución que, a causa de las dificultades mencionadas arriba, encontró una oposición tenaz; además el pueblo deseaba que los nombramientos internos de funcionarios de prestigio se efectuaran como los foráneos de funcionarios a sueldo; o sea, presentando como candidatos a todos los que ganaran por mayoría simple; por esto votaban contra cualquier propuesta. Se puso a discusión el asunto, y considerando que el asunto de Pisa era muy importante para Florencia, asimismo que la empresa era muy factible por haber quedado desamparados los pisanos, más fácil aun que en cualquier otro momento después de 1494, y a pesar de que estaban conscientes de que la exigencia de los ciudadanos de seguro iba a perjudicar a la ciudad, se deliberó que en forma conjunta se impusiera una nueva contribución y se concediera que los magistrados internos se eligieran como los foráneos, con la única diferencia de que en la ciudad la presentación debía hacerse nominalmente. Con respecto a la contribución los ciudadanos estaban tan molestos por tanta sangría y tan poco confiados en Paolo Vitelli que con toda seguridad no iban a aprobarla; pero el gonfalonero Francesco Gherardi supo presentarla con tanta habilidad y gentileza, con maneras tan suaves y discretas, que por mérito de

él, aunque con mucha resistencia, se logró la aprobación.

Ganada la votación, enseguida se envió dinero al ejército y nuestro capitán fue a atacar Cascina, expugnándola en pocos días, lo que le proporcionó mucho prestigio. Sin embargo, su mala suerte hizo que esta victoria aumentara la aversión de los ciudadanos contra él. La cosa fue así: en Cascina fue capturado Rinieri, hijo de Pietro Paolo de la Sasseta, quien había estado a sueldo de Florencia en la guerra contra Pisa y luego, no sé por qué razón, había desertado pasándose a los pisanos. Allá se dedicó activamente a hostigar a Florencia, sobre todo cuando el duque Ercole presentó su laudo, pues insistió mucho con los pisanos para que no lo ratificaran, y esta conducta resultaba tanto más molesta cuanto que no era propia de una persona a la que habíamos tratado bien y que había cobrado nuestro sueldo, así que los ciudadanos le tenían mucho rencor. Además ese señor poco antes había estado en Milán, y se suponía que si el duque tramaba algo contra Florencia, cosa que no se había podido aclarar, él seguramente debía saberlo; por lo tanto, fue hecho prisionero y se escribió de inmediato al capitán, que lo tenía en su poder, pidiéndole que lo enviara a Florencia; el propósito era obligarlo a decir lo que sabía mediante tortura y después cortarle la cabeza. Sin embargo, mientras se le esperaba en Florencia, llegó la noticia de que se había fugado; en efecto, había sido dejado en libertad por Paolo Vitelli, quien no quiso portarse como gendarme contra un militar cumplido y valiente. No obstante, en Florencia los que desconfiaban de él se imaginaron que de ese modo quiso evitar que Rinieri, quien conocía los secretos de los pisanos y presumiblemente los del duque, revelara las confabulaciones que el propio Vitelli había tenido con el duque y los pisanos contra Florencia; este rumor aumentó por supuesto la mala reputación que se tenía de él y fundamentó la acusación de que en este asunto actuaba de mala fe.

Tras la ocupación de Cascina terminó su mandato la Señoría en la que Francesco Gherardi se había granjeado tanta simpatía y estimación que indudablemente ningún gonfalonero de justicia, desde hacía muchos años, había dejado su cargo rodeado de tanta admiración; estoy seguro de que en ese momento era el ciudadano que más prestigio y autoridad tenía en Florencia. Tomó posesión la Señoría nueva, elegida por sorteo, y dentro y fuera de la ciudad se trabajaba preparando lo necesario para ir a sitiar Pisa.

En esta época las preocupaciones del duque iban en aumento: el rey de Francia se estaba organizando y pertrechando con gran rapidez; el papa, después de algunos contactos en vista de un acuerdo, se había declarado favorable al rey, así que el cardenal Ascanio Sforza, habiendo perdido toda esperanza de conseguir algo del papa y hasta temiendo por su vida, abandonó la corte pontificia y se fue a Milán; los venecianos habían hecho lo mismo, decididos como estaban a destruir al estado de Milán por la codicia de adueñarse de Cremona; en Alemania la situación era tan mala que confiar en ese estado era como construir castillos en el aire; nosotros estábamos absorbidos en la campaña de Pisa, así que no se podían utilizar los servicios de Paolo Vitelli. De ahí que el duque se encontraba en graves apuros; además, por su culpa, se quedó sin un recurso que tenía en sus manos: el marqués de Mantua, su capitán, porque habiéndose producido cierto desacuerdo entre ellos acerca del sueldo, desacuerdo fomentado por Galeazzo de San Severino que deseaba suplantar al marqués como capitán del duque, éste tuvo tan poco criterio que no se preocupó por resolver la desavenencia, así que el marqués se enemistó con él, y por su culpa se le escapó de las manos un elemento que podía ser muy apropiado ya sea para mandar su ejército contra los franceses, como también para defender el estado de Milán contra los venecianos.

Los florentinos por una parte veían que la situación del duque era muy precaria, y por la otra recibían insistentes solicitudes del rey de Francia para que se alinearan con él, así que los ciudadanos no lograban ponerse de acuerdo. Algunos no querían enemistarse con el duque, lo que no había sido una buena recompensa por las ayudas y el apoyo que nos había proporcionado, que habían sido tan considerables que se podía decir que los venecianos habían sido expulsados de Toscana por obra de él; además calculaban que el duque, con sus fuerzas y con la ayuda que obtendría de Alemania, podría defenderse con eficacia y no se le podría engullir con tanta facilidad como suponían algunos; en esta opinión coincidían especialmente los que habían luchado contra fray Girolamo y que siempre se habían inclinado en favor del duque y eran hostiles a Francia. Otros ponían de relieve el gran poderío del rey de Francia al estar aliado con el papa y los venecianos, y llegaban a la conclusión de que el estado de Milán ya estaba perdido y que sería una locura querer hundirse con él; además mencionaban los desastres que se habían abatido sobre Florencia en 1494, cuando quiso oponerse al rey Carlos VIII; así, persistiendo el desacuerdo entre los ciudadanos, no se podía llegar a una decisión unánime.

En este tiempo, ya terminados los preparativos de guerra, Paolo Vitelli con nuestro ejército acampó frente a Pisa; dispuesta la artillería empezó a batir la plaza; luego, el día de San Lorenzo, sin que hubiera orden de atacar, sus soldados ocuparon Stampace, una fortaleza de Pisa. Por esta pérdida los pisanos se asustaron tanto que empezaron a retroceder, y Piero Gambacorti y otros huyeron a Lucca, de modo que si se hubiera aprovechado esa victoria, seguramente en el mismo día, Pisa habría podido ser nuestra. Esta oportunidad duró, según dijeron, unas ocho o diez horas; pero el capitán, que no tenía programado atacar en ese día y no quería que los enemigos

estuvieran tan aterrorizados y desorganizados, detuvo a sus soldados; por consiguiente los pisanos, reanimados, construyeron bastiones en ese lado para impedir que por la brecha de Stampace se pudiera penetrar en la plaza. Mientras tanto, por los malos aires que privan en esa zona en esta temporada, en nuestro ejército empezaron a presentarse fiebres epidémicas, y muchos habían enfermado, entre ellos los dos comisarios; uno de éstos, Piero Corsini, falleció. Para remplazarlos se envió a Francesco Gherardi y Paolantonio Soderini, que también enfermaron pocos días después, así que los ciudadanos iban allá de mala gana; enviaron también a Luigi de la Stufa y Pierantonio Bandini, que sucesivamente cayeron enfermos; después se envió a Piero Vespucci, quien también a los pocos días regresó enfermo a Florencia.

Mientras tanto el capitán con la artillería había derribado un buen tramo de los muros, y muchos pensaban que si se efectuaba un asalto, Pisa caería en nuestras manos. Él no lo negaba, pero sostenía que sólo se podría lograr con grandes pérdidas de vidas y que era mejor aplazarlo unos tres o cuatro días; mientras se destruiría tal trecho de muros que seguramente se ganaría con pocos daños y peligros para nuestra tropa; por consiguiente, convenía acogerse a una decisión más segura, además de que en tan corto plazo no podía suceder nada que empeorara nuestra situación. Fijó entonces el día del ataque y pidió que se llevara a Florencia la imagen de Santa María Impruneta; pero el número de soldados enfermos había crecido tanto que fueron muy pocos los sanos que se pudieron reunir; además enfermó el propio capitán, así que el asalto no se pudo efectuar. Pocos días después, mientras la consistencia de nuestro ejército se reducía más y más, entraron en Pisa trescientos soldados enviados por Lucca, así que se perdió la esperanza de ganar, y nuestro ejército tuvo que retirarse. Esto naturalmente intensificó las acusaciones que se hacían al capitán y no nada

más por parte de la gente común, sino también de muchos ciudadanos que despachaban en palacio y tenían autoridad.

En esta forma terminó la empresa de Pisa, que en principio hizo concebir tantas esperanzas de ganar, pues teníamos un ejército bien pertrechado y un capitán esforzado, mientras que los enemigos estaban solos, sin poder contar con ayuda de ningún potentado de Italia. El final fue vergonzoso y muy dañino tanto por la enorme suma gastada inútilmente como también por la muerte de los comisarios Piero Corsini, Francesco Gherardi, Paolantonio Soderini y Pierantonio Bandini. Por cierto que la pérdida de Francesco Gherardi fue muy sentida en la ciudad por la gran simpatía que éste se había ganado a últimas fechas; en cambio, no pesó la muerte de Paolantonio Soderini, porque, en efecto, era una persona muy valiente, muy experimentada, elocuente y amante de la libertad, pero tenía fama de ambicioso y de ser partidario de cambiar la forma de gobierno, poniéndolo en manos de un grupo limitado de ciudadanos.

Después de retirarse de la campaña de Pisa se nombró la nueva Señoría, con Giocchino Guasconi como gonfalonero de justicia, y al principio de su mandato Paolo Vitelli, deseoso de recobrar su buen nombre, insistía en que se reorganizara el ejército y se regresara a Pisa, esgrimiendo muchas razones y convenciendo a unos cuantos hombres de gobierno de que la empresa no presentaba dificultades; pero la ciudad se echó para atrás y decidió no hacer nada, en parte por cansancio y en parte porque ya no confiaba en él, porque las sospechas iban agravándose de un día a otro por varios indicios y especialmente después del regreso de Piero Vespucci, que presentó una relación muy desfavorable. Era evidente que no se podía seguir en una situación en la que nuestro capitán era considerado como enemigo, y para tratar de solucionar el problema, de acuerdo con los comisarios Antonio Canigiani y Braccio

Martelli, se reunieron con Francesco Guiducci y Niccolò de Alessandro Machiavelli, miembros de la Señoría, y con el propio gonfalonero de justicia, y convencieron a éste de que se debía castigar a Paolo Vitelli. Estos tres miembros de la Señoría obtuvieron la aprobación de los otros colegas, excepto Antonio Serristori, a quien no se informó porque estaba en su casa enfermo; y entonces la Señoría indicó a los comisarios de Cascina lo que debían hacer. Éstos, con el pretexto de discutir la reorganización del ejército, lo llamaron a una reunión en Cascina y lo detuvieron; inmediatamente, de acuerdo con las órdenes recibidas, Piero del Monte y el conde Pirro de Marciano se dirigieron a la tienda de Vitellozzo Vitelli para arrestarlo, pero algunos de sus hombres, sospechando sus intenciones, los interceptaron, así que tuvo tiempo de salvarse huyendo a Pisa y de allí a Castello.

Al llegar a Florencia la noticia del arresto de Paolo Vitelli, cosa que ni los más encumbrados ciudadanos conocían, excepto los autores de la medida, la Señoría ordenó que se le trajera a Florencia, y a ese efecto envió por él a Filippo Buondelmonti y Luca de Antonio de los Albizzi, quienes lo encontraron bien custodiado a medio camino, y en la tarde del día siguiente lo llevaron a Florencia. En seguida le aplicaron unos golpes de cuerda, pero no le sacaron nada, y entonces lo sometieron a tortura, sin ningún provecho. Se buscó en sus cartas y papeles, se aplicó la tortura a su secretario Cerbone de Castello y a uno de sus íntimos, Cherubino del Borgo y San Sepolcro, pero no se encontró nada que permitiera comprobar que él hubiera traicionado a la ciudad mediante contactos con otros príncipes o simplemente por mala voluntad. El gonfalonero y sus colegas estaban convencidos de que era culpable, pero que por ser hombre valiente no se dejaba ablandar con la tortura, y que los otros dos, Cherubino y Cerbone, no hablaban porque él no les confiaba sus secretos, así que por orden de la Señoría los Ocho

le mandaron cortar la cabeza, a las cinco de la tarde siguiente, con gran satisfacción de todo el pueblo, que lo consideraba culpable; algunos ciudadanos importantes desaprobaron la ejecución pero se quedaron callados por temor a que se les sospechara de haber tenido tratos con él sobre estos asuntos. De este modo tan lamentable terminó Paolo Vitelli, el más famoso capitán de Italia en sus tiempos.

No hay duda de que fue un hombre muy experimentado en el arte militar, de criterio seguro y capaz de grandes cosas; en la campaña de Pisa había manejado las operaciones en tal forma que se puede decir que estuvo a punto de conseguir la victoria; pero en muchos aspectos no podía agradar a una república como la nuestra; era codicioso y buscaba todas las argucias con tal de aprovecharse en los contratos y los pagos; fue grosero y al sostener sus opiniones mostraba que no le importaban un comino los comisarios y los ciudadanos encargados de tratar con él, lo que le granjeó la aversión de muchos; en las acciones que iba a realizar, exigía siempre tantas precauciones y provisiones, para actuar con seguridad y ventaja, que ocasionaba gastos intolerables a la ciudad, que agotada por tantos años de trastornos soportaba a regañadientes tanto derroche; siempre mantuvo amistades y relaciones en Pistoia, Borgo a San Sepolcro y en muchas plazas nuestras, así que algunas personas sagaces sospechaban que tal vez intentaba crearse un dominio personal dentro de nuestro territorio.

Por lo que se refiere al motivo principal de su condena a muerte, está casi seguramente probado que era inocente, por una razón indiscutible: él vivía de los contratos a sueldo y toda su situación y seguridad se fundaba en que era hombre valiente y leal, y en la campaña de Pisa la victoria lo habría consolidado en esta reputación, mientras que una derrota se la habría quitado, así que se puede decir que su gloria y su fama dependían del resultado de esta empresa; es evidente que la

expugnación de Pisa le habría proporcionado un altísimo prestigio y grandes provechos sin ningún perjuicio, y en cambio una derrota le habría causado un daño incalculable, sin que podamos imaginar algún beneficio marginal. Además, si hubiera conspirado, no es creíble que lo hiciera por su interés personal sino para cumplir con los intereses de algún otro: de los pisanos con seguridad no, porque de ellos no podía recibir dinero, honores u otra cosa, excepto el dominio de la ciudad; pero esto habría sido una carga para él, porque esa ciudad estaba destrozada y habría tenido que levantarla con su dinero; además, con tantos pisanos que se capturaron más tarde y fueron sometidos a tortura, y entre ellos había algunos que conocían todos los secretos de la ciudad, debería haberse encontrado alguno que había oído hablar de esas negociaciones; de otros potentados de Italia, tampoco es probable, y nadie jamás pensó en esta posibilidad, si se exceptúa el duque de Milán, de quien sí se sospechó; pero también en este caso, si se examinan bien las cosas, se llegará a la misma conclusión, porque está fuera de duda que más que nada en ese tiempo el duque deseaba vivamente que recuperáramos la ciudad de Pisa para poder contratar como su capitán a Paolo Vitelli, en quien confiaba mucho; y si su propósito hubiera sido diferente, es muy improbable que Paolo Vitelli lo hubiese tenido en consideración, pues lo veía en una situación tan peligrosa con el rey de Francia que nada podía esperar de él. Por todas estas razones, yo estoy del todo seguro de que Paolo Vitelli se haya comportado en forma absolutamente leal con Florencia, mas lo que trató de conseguir, por sobre cualquier otra cosa, por su interés y su reputación, fue una victoria en Pisa.

Esto resulta aún más cierto si se examinan con cuidado las acusaciones calumniosas que se le hicieron y que lo indicaron como sospechoso. En primer lugar, si después de tomar Vicopisano no quiso marchar enseguida a Cascina y luego a

expugnar Pisa, y en cambio pasó todo el verano conquistando Ripafratta y Torre di Foce, y levantando bastiones, la razón fue que en Pisa se encontraban muchos hombres valerosos y muchos soldados venecianos, y además tenían abierto el camino para recibir ayudas, así que se consideraba imposible conquistarla si antes no se cerraban los lugares por donde podían llegarle auxilios; hecho esto, se preveía que los pisanos, al verse rodeados y sin esperanza de recibir más ayuda, se desanimarían y podrían ceder más fácilmente, y faltándoles todas las provisiones, con las armas o con el hambre saldríamos victoriosos. Y que ésta era una razón de hombre experimentado lo ha demostrado la realidad, pues hemos visto cuán difíciles han sido las campañas efectuadas contra los pisanos, incluso cuando estaban solos y abandonados por todos. En segundo lugar, si las operaciones en Casentino se desarrollaron con más lentitud que lo esperado o deseado, las razones fueron que estábamos en pleno invierno y en una zona de montañas abruptas, que había rivalidad entre él y el conde Rinuccio, que tenía repercusiones en la propia Florencia y que los suministros, por el cansancio de la ciudad y la ineficiencia del gobierno, llegaban con retraso y en cantidad insuficiente. En tercer lugar, se dejó escapar a Rinieri de la Sassetta, que no fue por miedo a que revelara sus negociaciones con el duque, porque si éstas en realidad hubieran existido, ninguno de los dos se las habría confiado, sino porque estaba seguro de que Rinieri iba a encontrar la tortura y la muerte, así que en esto siguió la tradición de los capitanes de Italia, que previendo lo que les podría suceder, se protegen mutuamente. En cuarto lugar, si en el día de San Lorenzo, cuando se ocupó Stampace, no continuó el ataque, se debió a que esa victoria fue inesperada y contra las órdenes y en un día en que no se había programado dar batalla, de modo que, al no estar informado acerca del desorden de los enemigos, se ciñó a los planes ya establecidos, y si luego aplazó

el ataque fue porque, sin considerar los casos esporádicos de enfermedad, juzgó que Pisa ya estaba lista para ser ocupada, y por lo tanto prefirió aplazar tres o cuatro días la operación para realizarla con facilidad y escaso peligro en vez de expugnarla de inmediato pero con dificultades y graves perjuicios. Por último, si no se realizó el ataque, la causa fue la epidemia, que él no podía ni prever ni impedir. Por todo esto se puede concluir, con toda seguridad, que era inocente; pero la opinión contraria se había arraigado tanto en casi todo el pueblo que su muerte causó mucha satisfacción, y con ella Gioacchino Guasconi ganó mucha fama y prestigio, a pesar de que no era un hombre de mucho arrojo, sino, como después se comprobó, una persona débil e incapaz.

Paolo Vitelli se enfrentó a la muerte con mucha serenidad y la entereza propia de los valientes, sin rebajarse a llorar o quejarse, sin mostrar señales de estar asustado o trastornado por una muerte violenta y cercana, y afirmando que nunca por su causa sus hijos o sus parientes podrían ser tachados de traidores. Al mismo tiempo fue ahorcado Cherubino del Borgo, que era uno de nuestros desterrados, mientras que Cerbone fue condenado a prisión perpetua en la cárcel Stinche.

Acto seguido, el gonfalonero, con el afán de hacer cosas que agradaran a la muchedumbre, propuso una ley que creaba una comisión de cinco hombres encargados de averiguar dónde había ido a parar el dinero que Florencia había gastado, examinando las cuentas de quienes los habían manejado y declarando deudores a los que se encontraban en posesión de dinero perteneciente a la ciudad. Acabando de ser aprobada la ley y nombrada la comisión, el gonfalonero quedó en ridículo, porque al salir del palacio fue denunciado a los Cinco y resultó ser el primero a quien condenaron. La razón fue que cuando él era embajador en Francia y Francesco Pepi en Milán, se aprobó una disposición que aumentaba los sueldos de los embajadores;

y como se trataba de embajadores futuros, Francesco Pepi y él quedaban excluidos, y no fueron incluidos expresamente o por descuido de quien elaboró la disposición o bien porque ésta era la intención del legislador. Al regresar a Florencia pensaron que, a pesar de que el texto de la ley los excluía de gozar de ese beneficio, por razones de igualdad les asistía el mismo derecho que a los embajadores de nueva creación, y trataron de cobrar ese aumento; y cuando Gioacchino Guasconi fue nombrado gonfalonero, tontamente ordenó que se le pagara a él y a Francesco Pepi. Así que al salir del palacio fueron denunciados a los Cinco, fueron declarados deudores por esa suma y condenados a reponer lo que habían cobrado de más; y así la ley creada por Gioacchino Guasconi en perjuicio y descrédito de otros para halagar al pueblo se revirtió contra él.

XIX. FIN DEL PODER DE LOS SFORZA EN MILÁN. PRIMERAS CONQUISTAS DE CÉSAR BORGIA

(1499-1500)

En esta época, entre nuestra retirada de Pisa y la ejecución de Paolo Vitelli, los franceses, con quienes iba Gian Iácopo Triulzi, desterrado de Milán y enemigo del duque, se dirigieron hacia el estado de Milán y conquistaron el poderoso castillo de Non y otras plazas milanesas; del otro lado los venecianos atacaron en la zona de Lodi. El duque calculaba que podría defenderse de éstos con pocos daños y le preocupaban más los franceses, así que envió todas sus tropas a Alessandria de la Paglia, cerca de la frontera francesa, bajo las órdenes de Galeazzo de San Severino, que como justador era habilísimo, pero por miedo y poca experiencia era totalmente inadecuado para conducir un ejército. Para allá se dirigieron los franceses después de ocupar con acciones fulminantes Valenza, Tortona y otras plazas cercanas; los milaneses se acobardaron horriblemente y sin siquiera esperarlos abandonaron Alessandria, de modo que toda esa zona se entregó en el momento a los franceses. El duque, asustadísimo, no teniendo un lugar adónde refugiarse y temiendo quedar atrapado en Milán, huyó a Alemania con su hermano, el cardenal Ascanio, con Galeazzo de San Severino y algunos otros nobles, sus hijos y su tesoro; dejó el fortín bien custodiado, cuyo alcaide era Bernardino de Corte, a quien él había entrenado, y calculaba que, conservando el fortín y reuniendo un ejército en Alemania, podría con esa base recuperar su estado.

Pero una vez que se hubo marchado, los milaneses, que ya habían escogido algunos nobles para gobernar la ciudad,

enviaron embajadores a los franceses y se entregaron. Pocos días después éstos entraron en la ciudad y, por la defección del alcaide, a quien el duque había escogido como la persona más leal, ocuparon también el fortín; así todo el estado de Milán cayó en manos del rey, excepto Cremona y Ghiaradadda, que según el convenio pasaron a poder de los venecianos. Por cierto que los cremoneses resistieron varios días a los venecianos que presionaban fuera de los muros, y enviaron embajadores al rey suplicándole que él ocupara su ciudad. Pero el rey, a pesar de que los milaneses también se lo solicitaban, no quiso acceder por no faltar a lo acordado. De este modo los venecianos, sin siquiera descargar un golpe de espada, ganaron un estado que dejaba un ingreso anual de doscientos cincuenta mil ducados y que en extensión era la tercera parte del estado de Milán, pese a que en ese mismo tiempo los turcos les infligían graves daños ocupados Modone, Lepanto y Corone, que eran plazas muy importantes. Así, sin esfuerzos, el estado de Milán se desbarató, quedando repartido entre sus enemigos.

Esto fue un golpe para aquellas personas que sufrían viendo Italia destrozada y sometida a los bárbaros y por otra parte observando que los venecianos se engrandecían cada día más; pero todos admitían que por los métodos y la conducta de ese príncipe recibía su merecido. Porque, si bien es cierto que fue un señor de gran talento y coraje, que no mostró crueldad y otros excesos muy comunes en los tiranos, por lo que en muchos aspectos podía ser considerado como una persona ejemplar, por otra parte sus buenas cualidades fueron empañadas y cubiertas por muchos vicios; fue escandaloso por su sodomía, pues muchos afirmaban que inclusive ya grande se abandonaba a ella como *partenaire* activo y pasivo; fue avaro, ligero, tornadizo y poco enérgico; pero lo que menos se le toleró fue su desmedida ambición que, con el propósito de llegar a controlar toda Italia, lo llevó a llamar al rey Carlos VIII y a

llenar ese lugar de bárbaros; luego, cuando el rey Carlos hubo regresado a Francia y era el momento adecuado para unificar el territorio italiano, permitió o más bien animó a los venecianos a ocupar Pisa, a fin de que con la guerra y los trastornos ajenos se le facilitara realizar algún otro capricho; todo esto, por justo juicio de Dios, aunque con daño y ruina de otros, acabó por recaer en su cabeza.

Eliminado el estado de Milán, nuestra ciudad quedó muy incierta y vacilante porque, ya antes de que los franceses invadieran Italia, el rey había solicitado a los florentinos que pactaran con él, pero siempre se habían rehusado explicando que no podían hacerlo porque el duque les habría echado a perder la empresa de Pisa, y ante su insistencia le habían prometido secretamente que no se le opondrían, en la inteligencia de que pactarían una vez que terminara la campaña de Pisa. Más tarde, cuando sus tropas llegaron a Italia, volvió a insistir en el acuerdo, pero Florencia alargó tanto las cosas que él llegó a ocupar Milán antes de que se decidiera algo en firme; sin embargo, nuestros embajadores suscribieron en Lyon una promesa de unirse a él, bajo condiciones muy razonables y a reserva de que antes de un plazo determinado fuera aprobada por nuestra ciudad.

Después, estando ya en Italia, el rey pensó que podía sacarnos más dinero debido a que estaba en una mejor situación, y tal vez recibió informaciones desfavorables para nosotros, como si estuviéramos confabulados con el duque de Milán, o porque fue presionado por los venecianos, nuestros encarnizados enemigos, y por Gian Iácopo Triulzi, a quien los pisanos habían ofrecido el dominio de su ciudad, mientras que él trataba de conseguir la aprobación del rey; el hecho fue que modificó las condiciones que habíamos acordado en Lyon, de manera que hubo muchas dificultades y discusiones muy largas antes de llegar a una decisión; de todos modos se llegó a elaborar un convenio en que

intervinieron, por parte de Florencia, con todos los poderes, los embajadores anteriores y los nuevos que habían ido a felicitarlo; es decir, Francesco Gualterotti, Lorenzo Lenzi y Alamanno Salviati. En definitiva fuimos admitidos en una alianza con el rey, quien se comprometió a enviar tropas suyas para recuperar y devolvernos Pisa y demás posesiones nuestras, excepto Sarzana; Florencia por su parte se obligó a entregarle el dinero que debíamos al duque Ludovico por el préstamo que nos había hecho, unos veinticinco mil florines; además debíamos proporcionarle un contingente de hombres, tanto de armas como de infantería, en el caso de que se le disputara el estado de Milán; para la campaña que proyectaba efectuar en el reino de Nápoles debíamos enviarle cuatrocientos hombres de armas y cinco mil suizos pagados por tres meses o, en lugar de los suizos, la suma de cincuenta mil ducados; por último, a petición del cardenal de San Pietro in Vinculis, Giuliano della Rovere, debíamos contratar como nuestro capitán a Giovanni della Rovere, su hermano, entonces prefecto de Sinigaglia. Se ratificó el acuerdo y por muchas expresiones suyas y otros indicios dedujimos que tenía buena disposición hacia nosotros. En Milán se detuvo poco tiempo y regresó a Francia, adonde, por cuenta de Florencia, lo acompañaron Francesco Gualterotti y Lorenzo Lenzi.

En la misma época, cuando era gonfalonero de justicia para noviembre y diciembre, Giovan Battista Ridolfi, persona considerada como la más prudente entre sus parientes, y muy estimada por sus buenas cualidades en la ciudad, en el Consejo Grande se propuso una contribución en dinero, que no fue aprobada a pesar de que pasara repentinamente a votación. Entonces Giovan Battista Ridolfi, no pudiendo resignarse a que se rechazara una contribución tan necesaria, se levantó y dijo que si los ciudadanos querían desentenderse de la ciudad, la Señoría no iba a permitirlo, y si no se encontraba otro remedio

se reeducarían los abonos del Monte (Instituto de la Deuda Pública) al tres, cuatro y siete por ciento. Dijo esto con buena intención y por amor a la ciudad, pero a los presentes no les agradó para nada, así que pasando de inmediato a una nueva votación, los votos favorables bajaron todavía más y no fue posible conseguir la aprobación. Quise mencionar este episodio para que los que se encuentran gobernando una ciudad tengan siempre presente que si no están en condiciones de poder coaccionar al pueblo, deben actuar con suavidad y paciencia; si se llega a la aspereza, el pueblo empieza a enojarse y resistirse, de modo que ya toda cooperación resulta imposible.

En este tiempo César Borgia, apodado el Valentino por tener en Francia un estado de ese nombre, con un ejército de su padre, Alessandro VI, se dirigió a la conquista del estado de Imola y Forli, y el rey de Francia, de acuerdo con el convenio estipulado con el papa cuando obtuvo la dispensa, le envió un refuerzo de trescientas o cuatrocientas lanzas y diversos capitanes, a las órdenes del cardenal Allegri; nosotros insistimos mucho para que primero dejara arreglado el asunto de Pisa, y el rey era favorable, pero la anticipación del papa nos ganó. Frente a esto Caterina Sforza, que era una mujer animosa y varonil, envió a Florencia a sus hijos, ya jovencitos; pero nadie la ayudó porque nadie se atrevía a oponerse a quien ostentaba las señas y el favor de Francia; luego sus poblaciones se sublevaron y ella quedó encerrada y sitiada en la ciudadela de Forli. El Valentino, por descuido o connivencia con los defensores, la ocupó, capturó a Caterina y la envió a Roma; y con la conquista de ese estado sentó sus bases y empezó a provocar temores, debido a que tenía un ejército y podía contar con el dinero y las tropas de la Iglesia.

En estos mismos tiempos venció el plazo para la primera entrega a los venecianos de los quince mil ducados fijados en el laudo del duque de Ferrara, pero no se cumplió y los

venecianos, como represalia, decretaron la confiscación de los bienes florentinos existentes en su territorio; mas no nos perjudicaron porque a la mayor parte de los mercaderes florentinos que se encontraban allá no pudieron quitarles nada en virtud de privilegios comerciales, y los otros, oportunamente informados, habían hecho desaparecer sus cosas, así que no sufrimos daños. De todos modos, en cuanto se supo, Florencia nombró a Guidantonio Vespucci como embajador para ir a defender nuestros derechos; pero luego se consideró que sería un viaje inútil, se tomó una decisión mejor y se canceló el nombramiento.

Durante el mismo año, siendo gonfalonero de justicia por enero y febrero Francesco Pepi, y teniendo Florencia gran necesidad de dinero, después de muchas discusiones se presentó por fin un proyecto de impuesto injusto e inmoral, que iba a causar un enorme daño a los que tenían ingresos por bienes inmuebles. Después de 1494 el magistrado encargado de este asunto había establecido un diezmo general para todos los bienes privados no eclesiásticos, que había sido aplicado durante unos años, cobrándolo una, dos o tres veces, según las necesidades; pero como este diezmo producía poco, un descubridor de nuevos impuestos dictaminó en ese tiempo que se estableciera, para los que pagaban un diezmo mayor de cinco ducados, una tasa escalar que aumentara de cinco en cinco; de este modo cuando se cobraba el diezmo, el que tenía un ingreso de cincuenta ducados pagaba solamente cinco, y el que tuviera un ingreso de trescientos tendría que pagar de ochenta a cien ducados; así, mientras que el primero pagaba un décimo de sus ingresos, el segundo pagaría un cuarto o un tercio; a esto se le llamó el diezmo escalar. Con esto, cuando había que pagar tres o cuatro veces el diezmo en el mismo año, el que tenía un ingreso de cincuenta ducados pagaba un tercio o un cuarto de dichos ingresos; el que ganaba trescientos, tenía que entregarlos todos,

y quien ganara quinientos o seiscientos ducados debería pagar, en un año, de una y media a dos veces el importe de sus ingresos.

Esta manera de cobrar impuestos, a pesar de que era sumamente injusta y dañina para el bienestar colectivo —proteger la riqueza es beneficioso para una ciudad—, sin embargo, como cada cual pensaba sólo en su interés personal, tenía bastante aceptación, de manera especial los pobres, que de todos modos tenían que pagar un impuesto; prefería éste a otro método, porque no los afectaba mucho; los ricos en dinero lo apoyaban porque no los tocaba; quedaban los que tenían muchos bienes inmuebles, que no eran muchos, y además unos cuantos que se oponían a la medida porque era inmoral. Se puso a votación en el Consejo Grande y las primeras veces no se consiguió la aprobación. Entonces Luigi Scarlatti, representante de un colegio, habló con fuerza y violencia sosteniendo que era perfectamente razonable que quien poseía más riquezas resintiera más los gravámenes de la ciudad, agregando que si se quejaban de que este impuesto los empobrecía, que disminuyeran sus gastos, y si no podían tener caballos y servidumbre, que lo imitaran a él, que iba a pie a su terreno y se servía solo; con éstas y otras expresiones igual de violentas se acaloró tanto que su intervención resultó más desagradable e injusta que el propio impuesto. Por fin fue aprobada, pero los ciudadanos acomodados se enfadaron mucho con la Señoría, teniendo en cuenta, además, que este proyecto había sido presentado a la Señoría anterior y el gonfalonero de justicia de entonces, Giovan Battista Ridolfi, a pesar de que él era rico en dinero y no en bienes inmuebles, siempre lo había rechazado, así que durante su mandato nunca se había aplicado.

Después de que el rey regresó a Francia, como dijimos, dejando la ciudadela bien defendida y muchas tropas presidiendo el territorio recién conquistado, los milaneses, que

habían deseado ardientemente la caída del duque Ludovico, cambiaron su modo de ver; en verdad los franceses no se portaron mal con ellos y no los oprimieron, así que no podían quejarse de su gobierno; sin embargo, eran de naturaleza y temperamento muy diversos, de manera que no podían conformarse con la ausencia de las diversiones y los festejos que organizaba la corte anterior, así que se habían aburrido y ya no lo soportaban. Por lo tanto, algunos nobles de manera encubierta fueron a ver al duque en Alemania y lo incitaron a regresar, asegurándole que sería fácil reconquistar su estado. Por lo tanto, el duque, acatando estos consejos, reunió un buen ejército y con el cardenal Ascanio y los que habían huido con él a Alemania se puso en marcha hacia Milán, y no encontrando oposición recuperó todo lo que los franceses tenían ocupado, exceptuando la ciudadela. Desde luego tenía conciencia de que los franceses regresarían a Italia con un gran ejército y por lo tanto trató de conseguir todo lo que podía ayudarlo a defenderse; contrató a muchos suizos y lasquenetes, de modo que pudo integrar un ejército bastante fuerte; inmediatamente mandó solicitar el apoyo de Venecia, prometiéndole que le dejaría Cremona, Ghiaradadda y otras ventajas; escribió a los florentinos saludándolos como a viejos amigos y solicitando que en ese apuro le devolvieran el dinero que les había prestado; hizo los mismos intentos con el papa; pero todo fue en balde, porque ni el papa, ni los venecianos, ni los florentinos quisieron separarse del rey, por ninguna razón. Hizo muchos intentos de recuperar la ciudadela; sin embargo, los franceses se defendieron bravamente y tenían abundantes provisiones, así que no lo consiguió.

En cuanto llegó a Francia la noticia de esta insurrección, con gran rapidez se reorganizaron las tropas para regresar a la reconquista y a toda prisa cruzaron las montañas. En esos momentos Florencia, de acuerdo con el convenio estipulado,

entregó al rey la suma de dinero que se había obligado a pagarle a cambio de los hombres de armas e infantería, para defender el ducado de Milán. Por otra parte los franceses que se encontraban en Romagna como auxiliares del Valentino, en forma compacta se retiraron a Novara, pasando por todo el estado de Milán, y el duque, temiendo no poder detener semejante avalancha y considerando que no le quedaba más que probar fortuna, reunió todo su ejército y se dirigió a Mortara, en la frontera de los franceses, decidido a trabar combate. Pero los suizos de su ejército se confabularon con los que estaban en el del rey, y al momento de empezar el ataque se hicieron a un lado; así, abandonado por la infantería, el duque quedó fácilmente derrotado, y por desgracia fue hecho prisionero junto con Galeazzo de San Severino, mientras que el cardenal Ascanio pudo huir; mas en territorio veneciano fue capturado por Bartolomeo de Alviano, capitán de los venecianos, y llevado prisionero a Venecia.

Los milaneses, al oír la noticia, no teniendo ninguna defensa, se entregaron a condición de que se respetaran los bienes y las personas y obligándose a pagar al rey, a plazos, trescientos mil ducados, que más tarde les fueron condonados en parte. Este arreglo no gustó nada a los suizos, a quienes se había prometido el saqueo de Milán, así que se adueñaron de la artillería del rey y se retiraron en un lugar seguro; para contenerlos fue necesario entregarles, me parece, cien mil ducados, que se acababan de recibir de los milaneses. Milán volvió al poder del rey y el duque fue trasladado a Francia como prisionero. Poco tiempo después el cardenal Ascanio lo alcanzó allá, porque los venecianos, cuando el rey lo pidió, de mala gana lo entregaron a causa del miedo, y también por el mismo motivo cancelaron todos los salvoconductos de los nobles milaneses que se habían refugiado en su territorio y los enviaron al rey como prisioneros. Así los Sforza perdieron definitivamente su poder, pues el duque y el

cardenal Ascanio habían sido capturados, Caterina Sforza fue expulsada de su dominio, y el hijito de Giovanni Galeazzo Sforza fue llevado a Francia y nombrado abad de un gran monasterio; sólo quedaban Giovanni Sforza, señor de Pésaro, que al poco tiempo perdió su estado, y Ermes Sforza, hermano menor de Giovanni Galeazzo, persona de escaso juicio; los hijos del duque Ludovico estaban en Alemania, en la corte de Maximiliano de Habsburgo. Es digno de notarse el hecho de que tres grandes familias, Aragón, Sforza y Médicis, que habían ganado mucho poder en Italia, casi al mismo tiempo lo perdieron.

XX. GUERRA DE PISA. DESÓRDENES EN PISTOIA. EL VALENTINO CONQUISTA FAENZA

(1500)

El año de 1500 empezó con muchas esperanzas de recuperar nuestras posesiones. Florencia se había alegrado mucho por la victoria del rey porque se imaginaba que al quedar libre de ese problema podría decidirse a enviarnos tropas para la empresa de Pisa, de acuerdo con el convenio firmado en Milán; y tanto más confiábamos que debía hacerlo cuanto que nos habíamos mantenido fieles a él cuando perdió el estado de Milán y le habíamos entregado el dinero para los auxiliares, según los acuerdos, y él había repetido varias veces que recuperando Milán recompensaría nuestra lealtad y nuestros esfuerzos; y estábamos seguros de que si nos enviaba las tropas, con su reputación y su poderío bastaba para recuperar nuestras propiedades. Por lo tanto, se encargó oficialmente a nuestros embajadores que le recordaran nuestra fidelidad y nuestro apego y solicitaran que cumpliera con lo prometido, y Lorenzo Lenzi, con buena intención pero poca prudencia, y sin autorización, le preguntó acerca de Siena y Lucca, a lo cual el rey a su vez preguntó: “Si yo se las entregara ¿qué me darían ustedes?”, y entonces nuestro embajador le contestó insinuando vagamente que compensaciones en dinero. En Florencia fue reprochado severamente porque con este ofrecimiento podía sugerir al rey la idea de buscar la manera de sacarnos esa suma de dinero sin que de todos modos llegáramos a adquirir Siena o Lucca; se escribió entonces a nuestros embajadores que negociaran nuestras posesiones y no pensaran en las ajenas.

El rey entonces, al solicitarle el cumplimiento de los acuerdos,

contestó que él estaba listo y dio la orden de que un fuerte ejército de hombres de armas franceses y de infantes suizos y gascones salieran en cierta fecha para Pisa; como capitán fue nombrado el cardenal de Beaumont, quien en los tiempos del rey Carlos nos había devuelto Liorna, y por lo tanto en Florencia se le consideraba amigo y confiable. Se entregó a estas tropas el salario de mayo, pero en todo ese mes estuvieron haciendo tiempo sin ponerse en marcha; la razón fue que Giovanni Bentivoglio, recelando de ese ejército, había convenido con el rey que le entregaría a plazos cuarenta mil ducados, y mientras tanto le prometía su apoyo; lo mismo hicieron los señores de Mirandola, Correggio y Carpi, así que el cardenal de Rouen, que se encontraba en Milán, adonde también estaba Piero Soderini, no quiso dar a esa gente la orden de ponerse en marcha antes de recibir la confirmación de esas promesas; y así perdieron todo el mes de mayo en Lombardía, a las órdenes del rey pero a sueldo de nosotros. Por lo tanto, como no podían encaminarse sin que se les entregara otra mesada, se celebró una larga reunión para discutir lo que convenía hacer, porque muchos, alarmados por este retraso, pensaban que todo era un engaño y por consiguiente sostenían que más valía guardar el dinero y no intentar una empresa que exigiría un gasto enorme y seguramente en vano. Por último, como de costumbre, el afán de recuperar Pisa prevaleció, se decidió seguir adelante y se envió otra mesada. Al llegar el dinero, en la cercanía de Parma se hizo el recuento de las tropas y se encontró que había mil quinientos soldados más de los convenidos, a quienes tuvimos que pagar. En cuanto recibieron el dinero, las tropas se pusieron en camino para ir a Pisa, pasando por Pontrémoli; pero llegando a Pietrasanta, enviaron delegados a Lucca pidiendo que entregaran esa plaza, amenazando que los tratarían como rebeldes y enemigos del rey. En Lucca este requerimiento causó gran revuelo, porque los ciudadanos más

prudentes y destacados opinaban que se accediera, para evitar males mayores, y la muchedumbre se oponía, pero al final entregaron la ciudad y su fortaleza.

Las huestes se trasladaron a las cercanías de Pisa, donde ya se encontraban los comisarios generales Giovan Battista Ridolfi y Luca de Antonio de los Albizzi, y allí establecieron el campo durante el mes de junio. La opinión general, confirmada por la reputación que tenían y las vehementes palabras que habían pronunciado, era que en pocos días se la comerían. Pero esa opinión fue desmentida por los hechos, debido más que nada a la desobediencia y los desórdenes de la tropa, pero también por ciertas fallas de parte nuestra, por haber proporcionado municiones y víveres en cantidad insuficiente y con poco orden. En efecto, esa gente consumía y devoraba habitualmente una cantidad enorme de víveres y, como en los primeros días en que llegaron a nuestro territorio no había gran abundancia, las infanterías empezaron a robar las que llegaban y a crear desórdenes en el campo. El capitán no puso freno a este desbarajuste, porque, a pesar de su deseo de ganar la guerra, no sabía hacerse respetar y obedecer como se debe. Es cierto que cuando se estableció el campo cerca de Pisa se portaron con cierta moderación y hasta habían concertado formar una numerosa partida para batir los muros de la plaza con la artillería y empeñar un vigoroso asalto, pero todas las veces que los víveres escaseaban volvían los tumultos, los desórdenes crecían cada día más y no sólo asaltaban los víveres que llegaban al campamento, sino que empezaron a exigir cosas indebidas y a chantajear; no satisfechos con esto, gritaban y amenazaban a nuestro comisario, Luca de los Albizzi, que había quedado allá solo, pues Giovan Battista Ridolfi, quejándose de estar enfermo, había regresado a Florencia. Por último, el día en que se pagó a los suizos, el salario de los gascones se iba a pagar unos ocho o diez días después, éstos empezaron a gritar que en un mismo

ejército el pago no debía hacerse en fechas diversas, y de repente se separaron del campo y se dirigieron a Lucca. Se les mandó decir que regresaran, pero no quisieron hacerlo, así que el ejército, al reducirse la infantería, tuvo que levantar el campo, como si hubiera sido derrotado, con gran menoscabo de su fama, hasta entonces altísima porque habían ganado todas las campañas que habían emprendido. Enseguida de marcharse, una compañía de suizos regresó al campamento, como si fuera de mercenarios independientes; de modo brutal y sin ninguna razón, cogió a nuestro comisario, Luca de los Albizzi, exigiéndole dinero, de modo que para escapar de sus manos tuvo que prometerles mil trescientos ducados como salario, y en cuanto lo dejaron libre se los envió, tomándolos de la caja común.

Cuando llegó a Florencia la noticia de la retirada, de inmediato la gente pensó que ésta era una trampa urdida por orden del rey, así que se hablaba de él en la peor forma que se pueda imaginar; por otra parte el rey se apenó mucho por esta trastada, porque con esto su honor quedaba en entredicho, y quería detener en nuestro territorio cuando menos a los hombres de armas para continuar contra los pisanos una guerra fluida, hasta que reuniéramos dinero y suministros en cantidad suficiente para reiniciar la campaña, pero su ofrecimiento no fue aceptado, en parte porque la ciudad no podía y en parte por las sospechas del pueblo. Entonces él empezó a enfadarse con nosotros, sosteniendo que esos desórdenes se habían producido porque nosotros no habíamos proporcionado víveres y municiones como era debido; decía esto porque creía en los informes de los capitanes que habían estado presentes o porque, a pesar de conocer la verdad, quería salvar el honor de su ejército lo mejor que podía. También se enojó porque no quisimos pagar a los suizos, de acuerdo con sus costumbres, el salario para el regreso, debido a que nos parecía que por su mala

conducta no lo merecían, y además porque el gobierno no hubiera podido convencer al pueblo a efectuar tales desembolsos, que no se podían hacer sin imponer una nueva contribución; así que los ánimos empezaron a alterarse. El rey, enojadísimo, ordenó el regreso de sus tropas, pero mantuvo ocupada Pietrasanta, que unos meses después devolvió a Lucca a cambio de una buena suma de dinero. Así, con los ánimos mal dispuestos en ambas partes, Florencia quedó en relaciones muy tensas con el rey, y sólo el miedo nos impidió que rompiéramos formalmente con él, pues por mala voluntad y desconfianza no quedaba.

Después de que los franceses se retiraron de Pisa y más tarde de nuestro territorio, mientras nosotros estábamos desprovistos de tropa y prestigio, y en bancarrota, porque el pueblo, cansado de tantos gastos y sin ninguna esperanza de conseguir algún provecho, no quería aprobar ninguna contribución en dinero, los pisanos empezaron a hacer correrías por el distrito de Pisa, por lo que el presidio de Ripafratta y del muy guarnecido fortín de Ventura, al escasear los víveres y algunos pertrechos, avisaron repetidamente a Florencia; se trataba de necesidades de muy escasa cuantía, que con doscientos o trescientos ducados podían ser satisfechas. No obstante la Señoría, con Piero Gualterotti como gonfalonero de justicia, persona inepta en cuestiones de gobierno, y como colegas, entre otros, Filippo Buondelmonti, Piero Adimari, Piero Panciatichi y Piero de Niccolò Ardinghelli, no hizo nada; es más, algunos de ellos prefirieron cobrarse algunos dineros que habían prestado al gobierno en vez de ayudar esas plazas, que se habían adquirido y fortificado con grandes gastos y pérdida de tiempo. Por consiguiente, cuando los pisanos llegaron a ponerles sitio, los defensores, desprovistos de víveres y otras cosas necesarias para la defensa, se rindieron, y los pisanos, conseguida esta victoria, ocuparon Ripafratta y destruyeron hasta los cimientos del fortín de Ventura. Y

mientras que nuestro estado iba haciéndose pedazos, sucedió, en el tiempo de esta misma Señoría, otro desastre peor.

La ciudad de Pistoia tenía siglos de estar dividida en dos bandos, los Panciatichi y los Cancellieri, dos familias muy antiguas que con sus discordias habían infectado y manchado la ciudad y el distrito, de modo que entre ellas y sus partidarios se habían producido repetidamente matanzas y expulsiones, ora de una familia, ora de otra. Estos odios y peleas con el pasar de los años y a través de tantas broncas habían llegado a ser tan naturales que continuaron incluso cuando perdieron su libertad y fueron sometidos al dominio de Florencia, a pesar de que al perder la administración de su ciudad, había dejado de existir una parte del objeto por el cual los hombres acostumbraban pelear. Y como en sus discordias tenían que acudir a Florencia, sucedió que todos los ciudadanos que participaban en el gobierno, así como sus descendientes, fueron catalogados como simpatizantes de una u otra facción; de todos modos este apoyo era más bien moderado y se realizaba más mediante indulgencia que con armas y condenas.

Esta antipatía seguía existiendo también después de 1494, y más entre los partidarios y simpatizantes que entre los propios jefes, porque a resultas de las antiguas revoluciones en las ciudades de Italia se había creado la clase de los Grandes, los cuales, de acuerdo con las leyes de Pistoia, no podían participar en los altos cargos de la ciudad; además los Cancellieri habían venido a menos y carecían de crédito y talento. También los Panciatichi, sin llegar a ese grado de pobreza, sus riquezas, parientes y poder ya no eran los de antes; esto dependía de que allá ambas familias habían soportado todas las cargas y gastos, sin participar en las pequeñas utilidades eventuales; en cambio sus partidarios participaban más en las utilidades que en los gastos, así que habían progresado y su número había crecido al punto de que constituían el núcleo principal de los partidos; los

demás, viendo que les iba muy bien, con el fin de aprovecharse, aumentaban y ahondaban la división. Desde luego la aversión entre ellos no era más encarnizada que anteriormente a 1494, pero Florencia había decaído en poder y prestigio, así que el escándalo era mayor; por lo tanto, como las reyertas eran más frecuentes, Florencia en esos años había dejado allá en forma casi permanente unos comisarios para tratar de apaciguarlos y no dejar que llegaran a cosas más graves. A últimas fechas los dos bandos habían tenido choques inclusive con muertos, así que los Cancellieri, precisamente durante esta Señoría, consiguieron tropa en el territorio de Bolonia, de donde siempre habían obtenido apoyo gracias a que Rinuccio y luego Chiarito, originarios de Pistoia, y sus simpatizantes estaban al servicio de Giovanni Bentivogli, y con las armas atacaron al partido de los Panciatichi y, no pudiendo nuestros funcionarios y comisarios detenerlos, los expulsaron de la ciudad y quemaron las casas de sus jefes.

Hubo muchas críticas contra la Señoría que, viendo cómo la situación empeoraba, no tomó las providencias necesarias y cerró los ojos dejando que se produjeran hechos que más tarde provocarían la rebelión de esa ciudad, como explicaré más adelante; así que los señores terminaron su mandato entre ásperas censuras, mientras que la turba gritaba que era necesario actuar como en tiempos pasados y no nombrar señores a gente de familia noble; en efecto, Piero Gualterotti, gonfalonero, y Filippo Buondelmonti, Piero Adimari y Piero Panciatichi, miembros de la Señoría, pertenecían a la nobleza. Los Panciatichi expulsados llegaron lastimeramente a Florencia, donde se examinó su situación y se produjo una grave disensión entre los ciudadanos, con vehementes discusiones entre los simpatizantes de uno y otro bando. Los amigos de los Panciatichi no eran muchos y se portaron con más moderación; sus jefes eran, en cierta forma, Piero Soderini, Piero

Guicciardini y Alamanno y Iácopo Salviati, quienes no hacían mucha ostentación y actuaban con prudencia, mientras que la masa estaba por completo en favor de ellos, impulsada por la compasión, como por lo normal sucede en las muchedumbres.

Se esgrimían muchas razones en favor de los Panciatichi: que era deber de la ciudad protectora mantener a los súbditos en la mayor tranquilidad posible, de manera que pudieran usar y disfrutar de sus cosas sin ser molestados cuando se portaban bien; y cuando fallaran, a los superiores les tocaba castigarlos, y no se debía permitir que los súbditos fueran jueces y verdugos unos de otros. Se añadía que los Cancellieri no sólo habían delinquido al cometer semejantes desmanes, sino que habían despreciado todas las órdenes y disposiciones de nuestros funcionarios y comisarios, y contra mil prohibiciones, en sus mismas narices, habían continuado por varios días quemando casas y destruyendo Pistoia; por consiguiente era necesario hacer un escarmiento, para la seguridad del estado, que sirviera de ejemplo para todos los demás súbditos, de que no debían atreverse a suscitar agitaciones contra la voluntad de Florencia; por último era necesario tener en cuenta que, como su delito había sido muy grave y estaban conscientes de que habían ofendido a Florencia muy seriamente, perderían la confianza en nosotros y a la primera oportunidad se rebelarían, intención ésta bastante bien demostrada con su desobediencia; por consiguiente, debíamos prevenirnos y asegurarnos de modo que ya no tuviéramos temores, reinstalando a los Panciatichi en su patria así como sus propiedades.

Los Cancellieri tenían muchísimos partidarios: algunos por temperamento; otros por haber sido enemigos de los Médicis, odiaban a los Panciatichi, pues Lorenzo y la familia de Médicis siempre los habían favorecido; otros más por haber sido enemigos de los Vitelli, quienes siempre habían apoyado ese partido porque una hermana suya estaba casada con un hijo de

Niccolaio Braciolini, uno de los cabecillas de los Panciatichi. Los principales simpatizantes eran Guidantonio Vespucci, Bernardo Rucellai, Francesco Gualterotti, Giovan Battista Ridolfi, Guglielmo de los Pazzi, los Nerli, Lorenzo de Pierfrancesco, Luca de Antonio de los Albizzi y Iácopo Pandolfini; entre ellos, Giovan Battista Ridolfi se portó siempre con mucha moderación, mientras que Guidantonio Vespucci y Bernardo Rucellai se exhibieron con tanta ostentación que además de las críticas luego se les achacó la responsabilidad principal de ese desorden.

Éstos trataban de justificar las acciones de los Cancellieri sosteniendo que si se habían cometido faltas y culpas, la responsabilidad era de los Panciatichi, pues por ellos se había iniciado la agitación que luego, justamente, se había revertido contra ellos; disculpaban la desobediencia, que no se debía a un plan predeterminado ni pretendía ir contra la población y las órdenes o la jurisdicción de Florencia, sino que habían sido cegados por el coraje, y se dirigían nada más contra sus enemigos; agregaban que los Panciatichi, favorecidos por los Médicis y los Vitelli a quienes habíamos desterrado, eran amigos de nuestros enemigos; por consiguiente debíamos tratar bien a los Cancellieri para impedir que estos últimos alteraran el estado de Pistoia. Terminaron con la observación de que, en el caso de que fuera conveniente para Florencia proceder contra los Cancellieri, sería necesario antes examinar si era posible hacerlo: la ciudad de Pistoia estaba en sus manos, y nosotros estábamos sin armas, sin fuerza, sin prestigio y sin dinero; por lo tanto existía el peligro de que los Cancellieri, viendo nuestras intenciones, se nos adelantaran y se rebelaran; lo aconsejable era que con razones, recomendaciones y buenas maneras se les indujera a resolver sus dificultades, hicieran las paces y en buena forma los Cancellieri volvieran a admitir a los Panciatichi en la ciudad.

El tiempo se fue en estas discusiones y no se tomó ninguna medida, y las pocas que se tomaron no se llevaron a efecto, porque Florencia carecía de fuerza y timonel; así que por fin los Panciatichi, perdida la esperanza de volver a su ciudad con el apoyo de Florencia, se dedicaron a reunir fuerzas en el distrito de Pistoia, donde tenían muchos simpatizantes, llegando a producirse muchos desmanes y hasta asesinatos, como diré más adelante, con gran desprestigio y deshonra de Florencia. Entonces se vio que habría sido más provechoso no dejarse arrastrar por el coraje y dejar que se quedaran acampadas las tropas francesas, porque así los pisanos no habrían expugnado el fortín y Ripafratta, y los de Pistoia, por temor a esas tropas y a su reputación, no habrían hecho tanto desbarajuste.

En este tiempo, estando en funciones la Señoría por septiembre y octubre, se volvió a constituir el Consejo de los Diez que había quedado vacante por más de un año, y a pesar de que varias señorías habían intentado reponerlo, nunca lo habían logrado; pero ahora, considerando la necesidad de que la ciudad contara con una magistratura de personas experimentadas que vigilara permanentemente los asuntos públicos permaneciendo en el cargo varios meses, fue más fácil convencer a la comunidad. De todos modos, como el nombre de los Diez era tan aborrecido, y su autoridad ilimitada tan repugnante, que el pueblo nunca habría accedido, así que fue necesario, ya que de otro modo no sería posible, promulgar una disposición por la cual los Diez se nombrarían en la forma acostumbrada con una modificación, que mientras antes se escogían los que alcanzaban más votos, ahora se sortearían entre los que alcanzaran la mitad de los votos más uno, y que tendrían la autoridad que la ley les concedía con exclusión de la facultad de concertar la paz o una tregua o una alianza, de contratar tropas a caballo y de nombrar comisarios por un periodo mayor de ocho días: todo esto quedaba reservado al Consejo de los

Ochenta. De este modo, aprobada esta disposición y limitados los poderes de esa magistratura, se nombraron los Diez, entre los cuales estaban: el gonfalonero, Francesco Gualterotti, Piero Soderini, Giuliano Salviati, Gioacchino Guasconi y otros.

Después se creó una nueva Señoría, cuyo gonfalonero fue Giovan Battista Bartolini, quien superó a Antonio Malegonnelle, persona cultísima y de mucho prestigio, porque en ese momento Giovan Battista gozaba de tanto favor que superaba en votos a todos los demás ciudadanos, a tal punto que cuando uno de los Diez, Antonio del Vigna, fue a Pistoia como capitán o prefecto, en unos cuantos días fue nombrado —y creo que ejercitó estos cargos simultáneamente— gonfalonero de justicia, miembro de los Diez y funcionario del Monte, dispensándolo de la obligación de depositar una fianza a favor del estado y de haber obtenido la mayoría de los votos; de ese modo, aquella magistratura fue asignada no a los más ricos, sino a quien tenía más prestigio y apoyo en el pueblo.

En el tiempo de esta Señoría, el Valentino fue a poner sitio a Faenza, cuyo señor, Astore Manfredi, todavía niño, estaba bajo la protección de los venecianos; pero como el Valentino contaba no sólo con las fuerzas del papa, sino también con el apoyo del rey de Francia, los venecianos, anteponiendo lo útil a lo justo, renunciaron a esa protección y se rehusaron a ayudarlo, así que esa ciudad quedó desamparada y el Valentino se dispuso a atacarla. Pero los asediados no cejaron en la defensa de su señor y presentaron una resistencia tenaz, lo que, aunado a la nieve y el tiempo tempestuoso, pues estábamos en pleno invierno, obligó al Valentino a levantar el campo, no sin haber hecho antes todos los intentos, con artillería y asaltos, para expugnarla.

En la nueva Señoría, por enero y febrero estaba de gonfalonero de justicia Piero de Simone Carnesecchi, un hombre muy tratable pero con poca experiencia y criterio en los

asuntos de Estado; en su tiempo la ciudad estaba sin dinero, sin fuerza y sin tropas, pero el pueblo, terca y extrañamente desconfiado de sus conciudadanos, no quería aprobar ninguna contribución, así que en la ciudad privaba el desorden; por un lado el distrito de Pisa estaba en gran peligro y expuesto a las correrías de los pisanos; por el otro teníamos la situación de Pistoia, alborotada y ulcerada a tal grado que se temía que uno de los bandos se echara en brazos del Valentino, en especial los que estaban dentro de la ciudad. La Señoría, impotente para solucionar este problema, decidió convocar a una reunión a casi cuarenta ciudadanos de los más importantes, les expuso hasta qué punto había llegado la ciudad y les pidió que por su amor a la patria le dieran algún consejo sobre la manera de enderezar las cosas, y ella estaba dispuesta a hacer todo lo que se decidiera en esa reunión. La cosa fue presentada de tal modo que se comprendió que la Señoría colaboraría inclusive para abolir el Consejo Grande, si ésta era la sugerencia de aquellos ciudadanos.

Entonces se empezó a discutir sobre lo que convenía hacer y se vio que las opiniones eran muy discordantes; algunos opinaban que se cambiara el régimen democrático y se creara un consejo de ciudadanos que tuviera la misma autoridad que el pueblo para reformar y estatuir la cosa pública; otros sostenían que no se debía tocar el Consejo Grande, y en cambio se escogieran todos aquellos ciudadanos que habían sido gonfaloneros de justicia, comisarios generales, embajadores ante papas, reyes y duques, y con ellos se integrara un consejo vitalicio con la misma autoridad que el Consejo de los Ochenta, con alguna prerrogativa más, como la de escoger de su interior a los miembros de los Diez y otras cosas análogas; otros decían que de efectuarse ese cambio se provocarían muchas dificultades, protestas y peligros, y por consiguiente, como no se podían corregir todos los defectos del gobierno actual, se

corrigieran los que eran más fáciles de reformar y más dañinos para la ciudad; entre otras cosas la tardanza y la dificultad de conseguir dinero eran la causa de muchos perjuicios y desórdenes, ya que en efecto no se aprobaba la contribución económica o, cuando se alcanzaba la aprobación, ésta llegaba tan tarde y a destiempo que el dinero se hacía disponible cuando todo ya había terminado, de modo que lo que en un principio se habría podido evitar con mil ducados, después no se podía arreglar con cien mil; y como se había averiguado que estas contribuciones siempre alcanzaban más de la mitad de los votos favorables y lo difícil consistía en hacer que se llegara a las dos terceras partes, sería conveniente una disposición por la cual, mientras que antes se necesitaban dos tercios de los votos favorables para que en el Consejo Grande se diera por aprobada una contribución en dinero, en lo sucesivo fuera suficiente la mitad más uno.

Con estas opiniones encontradas las discusiones se alargaron varios días y luego, empecinándose cada quien en su manera de pensar y resultando imposible el acuerdo, no concretaron ninguna decisión y empezaron, ora uno, ora otro, a no querer asistir a la reunión, entre otros Piero Soderini, quien a pesar de ser convocado, nunca quiso participar, para dar la impresión de que era partidario del gobierno actual y ganar el favor del pueblo. De este modo quedó evidente que si bien los principales ciudadanos no estaban satisfechos con el régimen y deseaban que se cambiara o se corrigiera, sin embargo la variedad de las opiniones y la discordia provocada por diversos motivos eran tan grandes, así como la desconfianza y la incomprensión mutua, que en este asunto de componer el gobierno nunca se habría podido reunir una docena de ciudadanos que pensaran lo mismo. Cosa verdaderamente fea que hubiera tan poca unión y tan escaso valor en los principales ciudadanos, quienes tenían los mismos intereses en la cosa pública y razonablemente debían

tener el mismo criterio en lo que, bien se puede decir, afectaba su misma existencia.

Para marzo y abril, Piero Soderini fue nombrado gonfalonero de justicia y le tocó una Señoría débil, así que la dominaba y la manejaba a su gusto. Su propósito era el de ganar popularidad y ejercer esta magistratura en forma que agradara a la plebe; por ejemplo, mientras que sus antecesores acostumbraban reunir a los ciudadanos más importantes para consultarlos en los asuntos de gobierno —y así siempre se había hecho después de 1494—, él los llamó muy pocas veces, y en cambio consultaba con los representantes de los colegios, que casi siempre y casi todos eran personas mediocres y de escaso talento. De allí se derivaban dos cosas favorables a su propósito: una, que con esto se atraía el favor del pueblo por considerársele como defensor del Consejo Grande y poco afecto a tratar con aquellos ciudadanos que despertaban las sospechas del gobierno; la otra, que siendo sus colegas y los representantes de los colegios personas poco dotadas de carácter e inteligencia, siempre se acogían a sus ideas, de modo que él resultaba ser amo y árbitro de las decisiones que se tomaban. El resultado fue muy dañino para Florencia, porque los colegios se acostumbraron en su tiempo a enterarse de todos los secretos de la ciudad y a tomar decisiones sobre asuntos de importancia, así que quisieron seguir manteniendo esa posición y dictaminando todos los asuntos importantes también con los gonfaloneros sucesivos, de modo que esta mala costumbre que él introdujo resultó ser la causa de que Florencia se arruinara, por ejemplo en el caso de Arezzo, como explicaré más adelante.

XXI. CONQUISTA DEL VALENTINO EN ROMAGNA. LUCRECIA BORGIA. REFORMAS EN FLORENCIA

(1500-1501)

Vino después el año de 1501, y mientras Piero Soderini seguía siendo gonfalonero de justicia, el Valentino, ya dueño de Imola y Forli, se apoderó de Rimini y Pésaro, sin ningún esfuerzo porque los señores Pandolfo Malatesta y Giovanni Sforza, viendo sus intenciones, ni siquiera lo esperaron; luego volvió a sitiar Faenza. Los faentinos en un principio rechazaron con fuerza y valor sus asaltos, pero luego, agotados y sin esperanzas de ayuda, se rindieron, estipulando antes que se respetaría y se dejaría libre a Astore Manfredi, su príncipe. Sin embargo, César Borgia no cumplió y se lo llevó prisionero, abusó de él sexualmente, según dijeron, porque era un adolescente muy hermoso, y por último lo mandó matar, demostrando al mismo tiempo perfidia, lujuria y crueldad. Así el Valentino, conquistada Faenza y hecho señor de varios estados de Romagna, empezó a adquirir renombre, más que nada porque tenía un ejército muy eficiente, era un señor arrojado, muy liberal y querido por sus soldados, y además porque tenía a su servicio a Giampaolo Baglioni, Vitellozzo Vitelli, Paolo Orsini y a casi todos los mejores capitanes de Italia. Por consiguiente, nuestra ciudad, desorganizada en cuanto a fuerzas y dinero, con la herida de Pisa y Pistoia, con discordias intestinas y un mal gobierno, sin contactos o relaciones con Francia, empezó a preocuparse seriamente, en especial porque César Borgia tenía a sueldo a los Vitelli y Orsini, enemigos nuestros.

Después de expugnar Faenza, el Valentino se dirigió a Bolonia con la intención de derrocar ese gobierno y adueñarse

de la ciudad en nombre de la Iglesia, pero viendo que los Bentivogli estaban bien pertrechados y que la guerra iba a ser larga y difícil, se puso de acuerdo con ellos, les cobró una buena suma de dinero y se marchó. Todavía no acababa de salir del territorio boloñés cuando Giovanni Bentivogli mandó matar a Agaménnone, hijo de Galeazzo Mariscotti, y a unos hermanos suyos, alegando que se habían confabulado para entregar Bolonia al Valentino, haya sido ésta la verdad o el pretexto para eliminarlos, ya que le parecía que Agamén-none era una persona de talento y ambiciosa y que por su nobleza y otras razones tenía mucho prestigio y partidarios en Bolonia. En el mes de mayo, siendo gonfalonero de justicia Lorenzo de Lotto Salviati, el Valentino, después de alejarse de Bolonia, llegó a nuestro territorio, y por el camino de Valdimarina llegó a Campi, dejando a Piero de Médicis en Luiano, en territorio boloñés, y llevando consigo a Vitellozzo y los Orsini.

Este hecho ocasionó una gran agitación en Florencia, porque el pueblo supuso que había algún acuerdo con los principales ciudadanos, que mediante esta maniobra intentaban cambiar el régimen, y esta sospecha se agravó porque cuando el Valentino entró con su tropa en Valdimarina, valle largo y angosto, la gente juzgó que si se hubiera enviado allá a los soldados que podíamos reunir, lo habríamos copado, y en cambio los que lo habían llamado habrían tratado de salvaguardarlo. Con esto los ánimos se exacerbaron y públicamente se criticaba a muchos ciudadanos, sobre todo a Bernardo Rucellai, Lorenzo de Pierfrancesco, Benedetto de los Nerli, Alfonso Strozzi y otros de esa categoría; hasta hubo peligro de que la gente fuera a incendiar las casas de esos ciudadanos, pero poco después, al firmarse un acuerdo con el Valentino, la agitación se calmó. Efectivamente cuando el Valentino llegó y se detuvo en Campi, mientras sus tropas hacían grandes destrozos en los lugares aledaños, se le enviaron varios delegados, entre ellos el obispo

Cosimo de los Pazzi, Benedetto de los Nerli, Piero Soderini y Alamanno Salviati, quienes por fin estipularon un acuerdo con él en los términos siguientes: él se marcharía de nuestros territorios sin hacer otros daños y destrozos; a él se le nombraría nuestro capitán general por tres años con cierto número de hombres de armas y un sueldo de treinta mil ducados anuales; se dejaría en libertad a Cerbone, secretario de los Vitelli, a petición de Vitellozzo. Firmado el acuerdo, el Valentino se marchó, acompañado por Piero Soderini, Luigi de la Stufa y Alessandro Acciaiuoli en calidad de embajadores y para que, como comisarios, tomaran las medidas oportunas en los lugares por donde iba a pasar, para que no se suscitaran desórdenes; pero, a pesar de todas las precauciones, sus soldados hicieron muchos daños en nuestro territorio.

Esta intromisión del Valentino en nuestra provincia tal vez fue iniciativa suya, por imaginarse que podría sacar algún provecho con los desórdenes que había en Florencia, o bien con la idea de conseguir un contrato o alguna otra ventaja; pero más tarde dijo a nuestros funcionarios, para justificarse, que cuando se retiró de Bolonia su intención era la de ir a Romagna sin tocar nuestro territorio, pero Vitellozzo y los Orsini le insistieron tanto que no pudo negarse, y luego, encontrándose ya en nuestro territorio, quiso sacar todas las ventajas posibles. Por otra parte Vitellozzo y los Orsini, conversando por separado con nuestros embajadores en Campi, adonde habían ido a alcanzar al duque Valentino, insistieron, con palabras y ademanes muy expresivos, en que Vitellozzo no se consideraba ofendido por la ciudad de Florencia, sino por unos pocos ciudadanos, y si se podía en alguna forma tomar medidas para restablecer su honor, sin lesionar a los ofensores, prometía que se portaría como un buen hijo y servidor de Florencia; lo mismo dijeron los Orsini, porque sabían muy bien cuán útil podía ser esta amistad para ambas partes. Sus ofrecimientos no fueron

aceptados, porque nuestros embajadores desconfiaban de ellos y sospechaban que lo hacían para crear discordias o protestas.

Sea cual fuere la causa de esa llegada, los ciudadanos más avisados se asustaron mucho por varias razones. En primer lugar por las sospechas, injustificadas, de los ciudadanos, de que los políticos tuvieran algo que ver con ello; las sospechas y los insultos se habían intensificado tanto que en las paredes de la casa de Piero Soderini aparecieron pintados grilletes y horcas; en segundo lugar porque las relaciones de Florencia con el rey Luis XII eran muy tensas, sobre todo después de que, no habiendo nosotros efectuado los pagos que debíamos hacer en determinada fecha de acuerdo con el convenio de Milán, se le echó feamente en cara a Pierfrancesco Tosinghi, nuestro embajador, y hasta le dijo que no quería que permaneciese en su corte, porque allí no debían estar embajadores de sus enemigos; por consiguiente los más sagaces supusieron que la maniobra del Valentino había sido sugerida por él, que nos quería pegar con ese palo. Y para quitarse de encima esa angustia habíamos aceptado firmar un contrato con el Valentino que no podríamos cumplimentar, ya sea debido a la cantidad de dinero, como también porque Florencia no podía confiar en él; por lo tanto se envió dinero al rey, de modo que se aplacó y ordenó al Valentino que no nos molestara. Al salir de nuestro territorio, el Valentino entró en el de Siena y por encargo de Pandolfo Petrucci, íntimo amigo suyo, llevó sus tropas a Piombino, echó al señor de esa ciudad y se la apropió, con gran disgusto de Florencia, que veía con preocupación cómo aumentaba en su cercanía el poderío del Valentino.

Casi al mismo tiempo Italia padeció un nuevo revés, porque el rey de Francia, que no dejaba de tratar de recuperar el reino de Ná-poles, informado de que el rey Federico de Aragón estaba negociando con el rey Fernando de España con el fin de no verse obligado a pelear simultáneamente contra los dos, hizo un

pacto secreto con España para repartirse ese reino, la mitad cada quien; luego envió tropas hacia Nápoles, que pasaron por nuestro territorio pocos días después de que el Valentino se había retirado. Por otro lado el rey de España, mientras ese pacto era todavía secreto, envió a Calabria una poderosa armada con un gran ejército a las órdenes de Consalvo Ferrando, hombre muy valiente, indicando al rey Federico que lo hacía para ayudarlo; pero en cuanto los franceses entraron en el territorio de Nápoles, declaró que estaba con ellos. El rey Federico, viendo llegar semejante marejada, había planeado defender la ciudad de Capua, y colocó allá un buen contingente de infantería y caballería con el conde Rinuccio de Marciano, a quien había contratado unos meses antes; pero el ataque de los franceses fue tan violento y masivo que en el primer combate y, si bien recuerdo, en el primer día después de emplazar la artillería expugnaron la ciudad, cometiendo grandes atrocidades y una espantosa matanza de soldados, entre los cuales fue muerto el conde Rinuccio, y de civiles, porque en la furia no perdonaron ni el sexo ni la edad. Al ser informado de la derrota, el rey Federico huyó de Nápoles refugiándose en Ischia, y pocos días después firmó un pacto con los capitanes del rey de Francia, entregándoles Ischia y las fortalezas que estaban todavía en su poder, mientras que él se iría a Francia, donde el rey le asignaría una pensión anual de treinta mil escudos. Firmado el pacto, se dividió el reino, según el convenio, entre Francia y España; a España le tocó Calabria y, si no me equivoco, también Abruzos; a Francia: Nápoles, Capua, Gaeta, Aquila y el resto del reino.

En el mismo año, en el mes de septiembre u octubre, el papa Alejandro VI casó a su hija Lucrecia con Alfonso, hijo mayor de Ercole, duque de Ferrara. Ese parentesco era bastante vergonzoso para el duque, porque ella era ilegítima, de familia no principesca, y además ya había tenido dos maridos: el primero, Giovanni Sforza de Pésaro, quien convivió con ella,

pero luego el papa hizo demostrar que era impotente y disolvió el matrimonio; el segundo, un ilegítimo de la familia de Aragón, que una noche fue asesinado por el duque Valentino; y por último porque se aseguraba que su padre, el papa, y su hermano, el Valentino, habían tenido relaciones con ella. En cambio la casa de éste era de mucho abolengo y acostumbrada a grandes parentescos, porque la esposa del duque Ercole era hija del rey Fernando de Nápoles, y la primera esposa de Alfonso, que había fallecido sin hijos, era hija del duque Galeazzo Sforza; sin embargo, las presiones del rey de Francia, quien quería satisfacer al papa, fueron tan insistentes, la dote tan cuantiosa y la seguridad que iba a ganar tan importante —pues al duque le pareció que con ese parentesco consolidaría su estado— que dio más peso a la utilidad que al honor. Así, las cosas del papa progresaban con gran favor de la fortuna.

En la misma época se estaba negociando un tratado entre el rey de Francia de una parte y Maximiliano de Habsburgo y Filippo de Borgoña de la otra, cosa que Francia consideraba de gran importancia, de modo que el cardenal de Rouen, quien gobernaba con poderes ilimitados la ciudad de Milán por cuenta del rey, vino a Italia y de allí se marchó a Alemania para entrevistarse con el emperador. Allá, unos días después, se concertó una alianza y un acuerdo entre dichos príncipes, con muchas cláusulas secretas, mediante las cuales se proponían disponer las cosas de Italia a su criterio; públicamente se indicó que se iba a casar a un hijito del archiduque Filippo con una chiquilla, hija del rey de Francia, a la que como dote se asignaría el ducado de Milán; pero este propósito, como diré más adelante, no llegó a realizarse.

Terminada esta negociación, el cardenal de Rouen regresó a Milán, adonde Florencia le envió como embajadores a Antonio Malegonnelle y Benedetto de los Nerli. La razón fue que el rey sostenía que, debido a que no pagamos ciertas sumas en los

plazos convenidos y no le hicimos entrega de los cincuenta mil ducados que en el convenio de Milán habíamos aceptado pagarle en sustitución de las tropas de infantería, ese convenio debía considerarse rescindido, y por consiguiente él ya no estaba obligado a proporcionarnos protección. Desde luego Florencia podía justificarse perfectamente, de manera especial por los cincuenta mil ducados, que no se debían pagar sino después de que hubiéramos recuperado Pisa y demás posesiones nuestras; pero él era el más fuerte, y en nuestra disputa él era al mismo tiempo juez y parte, y no aceptaba nuestras justificaciones, mostrando sin reservas de ningún tipo que estaba mal dispuesto hacia nosotros; por consiguiente, el miedo que le teníamos y el deseo de que no se enemistara con nosotros impulsaron a los ciudadanos a buscar un arreglo con él. Pero el motivo principal consistía en que carecíamos de tropas y fuerzas y no teníamos relaciones con ningún potentado que nos pudiera defender; en cambio veíamos al duque Valentino con un poderoso ejército en pie de guerra, con un enorme poder, dueño de Romagna y Piombino, ambicioso y enemigo de nosotros, con suficientes motivos para perjudicarnos debido a que no le habíamos cumplido con el contrato aquel que habíamos firmado por necesidad; además estaban con él, con contrato y muy buenas relaciones, Vitelli, Orsini, Giambattista Baglioni, el estado de Siena y todos sus partidarios. Otro problema era que los Médicis estaban libres e, informados de nuestros trastornos internos y de la mala voluntad del papa y del rey, estaban en permanente contacto con ellos, prometiéndoles grandes sumas de dinero si se les reinstalaba en Florencia; Giuliano de Médicis se encontraba en Francia precisamente con este propósito.

Esta situación había sido prevista mucho tiempo antes por algunos expertos ciudadanos, quienes en aquel tiempo habían presionado para que se intentaran nuevas negociaciones con el rey; pero la gente estaba cansada de gastar, mal dispuesta y

descontenta con el rey, y por sí sola no podía darse cuenta de los peligros y sin embargo no creía a los otros ciudadanos; por eso nunca había querido oír nada sobre semejante medida; pero ahora que los peligros de nuestra situación se agrandaban y agravaban día con día parecía que empezaba a entender. Como se sabía que el cardenal de Rouen tenía una gran influencia sobre el rey y que, contento él, todos quedaban satisfechos, se enviaron a Milán para entrevistarse con él a los embajadores ya mencionados; mas no pudieron hacer nada porque el cardenal demoró mucho el encuentro con varios pretextos y luego salió hacia Francia, adonde lo siguieron los nuevos embajadores florentinos, el cardenal Francesco Soderini y Luca de Antonio de los Albizzi, quienes se desenvolvieron entre muchas dificultades por la codicia de los franceses y por los enemigos que teníamos en Italia. Nosotros estábamos seguros de que en la primera entrevista se fijaría una cita, pero de Lyon los remitieron a Bles (¿Blois?) y allí los entrevistaron con varias excusas, tanto que perdieron allá unos ocho meses en forma inútil, sin recibir jamás una palabra atenta, siempre rechazados con malas maneras por el rey, el cardenal de Rouen y toda la corte, mientras que, en su presencia, se trataba con todo miramiento y se concedían largas audiencias a Giuliano de Médicis, quien les prometía grandes sumas de dinero con seguridades bancarias a través de instituciones de Roma. Por consiguiente, tuvimos que convencernos de que nuestras negociaciones eran aplazadas intencionalmente y que el rey estaba decidido a no ponerse de acuerdo con nosotros, dejando que se nos viniera encima algún desastre, y así, forzados por la necesidad, nos abandonáramos a sus manos en provecho suyo, o incluso nos viéramos precisados a reinstalar en Florencia a los Médicis, pues se imaginaba que de ellos podría sacar más ventajas que del régimen actual; pero no tenía la desfachatez de hacerlo con su ejército y su poderío, porque no tenía motivos

razonables, teniendo en cuenta nuestra conducta y la lealtad que mantuvimos hacia su casa.

Por consiguiente, Florencia estaba muy incierta, insegura y sin esperanzas de que llegáramos a conseguir algo aceptable; pero sucedió que las relaciones del rey con Maximiliano se enfriaron y éste envió a Italia a algunos embajadores, entre ellos Ermes, hermano del duque Giovan Galeazzo Sforza. Se quedaron unos días en Florencia y concertaron un acuerdo por el cual, en el caso de que Maximiliano viniera a Italia por la corona del imperio, Florencia se comprometía, en virtud de las obligaciones que tenía con éste, a proporcionarle, a plazos, treinta mil ducados. La estadía de estos embajadores en Florencia y luego el convenio hicieron temer al rey que si nos desairaba demasiado nos enemistaríamos definitivamente con él y nos echaríamos a los brazos de Maximiliano, con el cual, como dije antes, las relaciones empezaban a empeorar; haya sido por esto o por alguna otra razón, el hecho fue que contra toda expectativa fijó una cita con nosotros. El resultado fue que nos comprometimos a pagarle cuarenta mil ducados anuales por tres años, y él por su parte se obligó a protegernos contra cualquiera que quisiera atacarnos, y, en caso de necesidad y a petición nuestra, a enviarnos cuatrocientas lanzas. Y a pesar de que este desembolso resultaba muy pesado para la ciudad, bien cansada ya de tantos gastos, sin embargo fue considerado positivo, porque nos sentimos seguros de que, frente a la reputación y al poderío del rey, ni el Valentino, ni los Vitelli, ni ningún otro potentado de Italia se atrevería a molestarnos.

Concluido este pacto, cesó el temor de guerras con el exterior, y como no era el momento de pensar en Pisa, porque la estación no permitía organizar campañas, Florencia se dedicó a dos asuntos internos de gran importancia: el primero, que el gobierno en estas guerras había tomado en préstamo de los ciudadanos una suma enorme, así que se encontraba con una

deuda crecida y con el problema de pagar los intereses, y había que determinar en alguna forma el plazo para liquidar este adeudo de modo que no se perjudicara a los ciudadanos y fuera lo menos oneroso posible para el estado; el segundo, acerca de los prefectos y capitanes que venían a administrar la justicia de Florencia, los cuales traían consigo a personas inexpertas e ignorantes, que eternizaban los pleitos o dictaban sentencias que no se apegaban a la justicia, así que se debía obtener que vinieran a administrar la justicia personas activas y honradas, para que desempeñaran correctamente esta actividad básica para la ciudad.

En cuanto al primer problema, después de largas discusiones se llegó a un proyecto con el cual el estado pagaría toda la deuda de los préstamos en seis años; pero por los reveses y los gastos que fue preciso hacer no se pudo llevar a efecto. En cuanto al segundo, se decidió que se nombrara un Consejo de Justicia, que empezaría a funcionar en noviembre de 1502, y se integraría con cinco jurisperitos extranjeros que fueran personas activas, quedando su selección a cargo de la Señoría y los representantes de los colegios; tendrían un sueldo anual de quinientos ducados cada uno, durarían en el cargo tres años y juzgarían colegiadamente las causas civiles, y contra sus sentencias no se podía apelar más que a ellos mismos. Y para que aceptaran venir personas de cierto nivel con el aliciente del prestigio además de la utilidad, se estableció que cada uno por turno tuviera el cargo de capitán de justicia por seis meses. Esta medida, aunque fundada en buenas razones, acabó por abaratar el cargo de capitán, porque los jurisperitos fueron escogidos entre personas de tal clase que muchos nobles, que antes acostumbraban solicitar ese cargo para ganar prestigio, ahora ya dejaron de hacerlo. Este método de administrar la justicia, bajo el nombre de Consejo de Justicia, o “Routa”, sigue en vigor en esta fecha, 23 de febrero de 1508, aunque se hayan introducido

algunas modificaciones en los procedimientos, el número de los jueces y el sueldo; sin embargo, no ha dado los resultados que se esperaban y que habrían debido dar, porque nuestra maldad e ignorancia fueron tan grandes que casi siempre se nombraron personas incapaces que después de tomar el cargo se corrompían y funcionaban mal, y nosotros, por estupidez y maldad, hemos seguido tolerándolos.

XXII. REBELIÓN DE VALDICHIANA Y AREZZO. RECUPERACIÓN DE PISTOIA

(1502)

Llegó luego el año de 1502, año de grandes agitaciones y alteraciones en nuestra ciudad. A principios de año, los ciudadanos que por el convenio con el rey de Francia no iban a ser molestados empezaron a ocuparse otra vez del problema de Pisa, que después de la intervención francesa se había descuidado. Se consultó sobre lo que convenía hacer y se llegó a la conclusión de que no se debía pensar en una campaña, porque el gasto sería muy grande, tan exorbitante que la ciudad, agotada y con muchos compromisos, difícilmente podría soportarlo; en segundo lugar la campaña no sería fácil, porque no teníamos a sueldo a militares calificados, y en Italia no había a quién contratar, como no fueran los Vitelli y los Orsini, nuestros enemigos declarados, o el marqués de Mantua, Gianfrancesco III Gonzaga, a quien no podíamos contratar para no disgustar al rey de Francia, que era su enemigo; quedaban algunos capitanes de prestigio, pero estaban comprometidos con los venecianos y con el rey de España, como por ejemplo Niccolò Orsini, el conde de Pitigliano, Bartolomeo de Alviano y los Colonna; por consiguiente, no se podía organizar un ejército eficiente para hacer la guerra en Pisa. Aun suponiendo que se pudiera hacerlo, los pisanos eran tan obstinados, tan arrojados y su ciudad tan pertrechada y surtida de artillería y medios defensivos, que no era razonable esperar someterlos rápidamente; además, podían recibir auxilios de infantería de parte del Valentino, o de los venecianos, o de nuestros vecinos, cosa que cualquier potentado, aunque no fuera muy grande,

podía efectuar sin mucho esfuerzo, por tratarse de un gasto en pocos días.

Estas razones, analizadas con escrupulosidad y confirmadas con las experiencias de muchos años de las que se podía deducir qué ganancias habíamos sacado con campañas aparatosas, indujeron los ánimos a pensar que lo más conveniente sería destruirles los sembradíos y luego recuperar Ripafratta, manteniendo allí y en otros lugares adecuados tropas a caballo para impedir que por tierra entraran víveres en Pisa. Después de hacer esto, se podría contratar algún barco para cerrar el acceso por mar y de este modo, alargando las operaciones, tratar de acabarlos en un año o dos con el hambre, contra la cual no podrían resistir ni las fortalezas de Pisa, ni el coraje de los hombres que la defendían; por otra parte los otros potentados de Italia no podrían hacer gran cosa para abastecerlos, porque implicaría grandes gastos y problemas tener que introducir constantemente víveres en Pisa para mantenerla abastecida; agregaban que si hubiéramos actuado en esta forma desde 1494 en vez de dedicarnos a campañas deslumbrantes, ahora tendríamos bastante más dinero y los pisanos estarían tan debilitados y agotados que Pisa habría podido ser nuestra años antes.

Una vez aprobada esta conclusión y debido a que no funcionaba el Consejo de los Diez, porque el pueblo, enojado contra los principales ciudadanos por la llegada del Valentino, no había querido nombrarlo, la Señoría encargó la preparación de estas operaciones a varios ciudadanos, y mientras se dedicaban con entusiasmo a esta labor, los pisanos, contra todas las previsiones, ocuparon sorpresivamente Vicopisano, o por traición de algunos soldados de la defensa o por la ineptitud o perfidia de Puccio Pucci, que era el alcaide; a éste se le condenó al destierro. Pero esta pérdida encendió aún más los ánimos; se envió allá a Ercole Bentivogli, capitán de nuestras tropas, y para

comisario general fue escogido Antonio Giaco-mini; éste había militado a las órdenes de Roberto de San Severino; era un hombre dinámico y en cuanto a actividades militares el pueblo lo consideraba muy valiente en las acciones de guerra, y además le tenía confianza porque pasaba por amante de la ciudad y partidario del Consejo Grande, así que de seguro se enfrentaría sin contemplaciones a los ciudadanos influyentes. Los pisanos, informados de nuestros preparativos, pidieron ayuda y ofrecieron su ciudad a los venecianos, al Valentino y a todas las potencias de Italia, pero no encontraron manera de juntar un ejército capaz de estar en campaña; así que al recibir, me parece, algún dinero de Lucca, contrataron a Fracasso (Gáspare de San Severino), que se encontraba en Sacchetto, en el territorio de Mantua, sin dinero ni pertrechos. De inmediato éste se puso a la orden y con unos hombres a caballo se dirigió a Pisa; pero pasando por Barga fue asaltado por los habitantes del lugar, que habían sido informados por Florencia de que iba a llegar; y como ese lugar es angosto y no se pueden utilizar los caballos y él tenía poca gente, no se pudo defender y huyó; pero los habitantes lo persiguieron y cuando ya había salido de nuestro territorio, los nuestros lo agarraron en la zona de Ferrara y lo llevaron prisionero a Florencia. En cuanto se supo, los colegios, que entonces tenían el gobierno en sus manos, empezaron a gritar que se le cortara la cabeza, pero no me parece razonable que se le quitara la vida a un militar por el simple hecho de que iba a prestar sus servicios a quien le pagaba.

Mientras tanto nuestras tropas empezaron a destruir sembradíos, pero no en todas partes, porque, por ejemplo, no pudieron llegar a Barbericina ni a otros lugares muy cercanos a Pisa, y luego se dirigieron a Vicopisano, donde acamparon; pero en ese entonces sucedió un hecho gravísimo, que obligó a pensar en cosas más importantes, y para que se entienda mejor el desastre, voy a describir la situación en la que se encontraba

Florencia.

El acuerdo con Francia y la confianza de que con ello estábamos protegidos contra el Valentino, los Vitelli, los Orsini y todos los demás enemigos, y además la esperanza de la recuperación, si no muy cercana, de todos modos tampoco muy remota, de la ciudad de Pisa, habían reanimado a los ciudadanos, así que la situación de los Montes había mejorado, y al acercarse el día de San Juan, en el mes de junio, se habían efectuado, se desarrollaban y se organizaban grandes festejos; parecían haber regresado los felices tiempos anteriores a 1494. De repente, de parte de nuestro embajador en Francia, Luca de los Albizzi, pues Soderini, cardenal de Volterra, estaba en viaje de regreso a Italia, llegaron informes de que se presumía que nuestros enemigos, a pesar de la protección del rey, planeaban atacarnos; que si queríamos conocer los detalles, debíamos tratar de agarrar a un tal Pepo, secretario de Pandolfo Petrucci, que regresaba a Siena después de haber estado en Francia para solicitar del rey la licencia para asaltarnos, cosa que le había sido negada; así que él estaba al tanto de todo el complot.

Recibida la información, se envió a Arezzo y sus alrededores, donde la cercanía de los Vitelli despertaba temor, a Guglielmo de los Pazzi, hombre voluble y no muy disciplinado, lo que era del dominio común en la ciudad; sin embargo, en cuanto se le mencionó la idea, de inmediato aceptó y se dispuso a partir, y como los ciudadanos más notables no querían saber nada de estas cosas por los continuos borlotes en la ciudad, se le dejó el encargo, favoreciéndole el hecho de que su hijo Cosimo era obispo de Arezzo. Poco después, con una medida apropiada, se logró detener en Firenzuola al tal Pepo, se le llevó a Florencia y se le sometió a un interrogatorio únicamente verbal; no logrando sacarle nada, se dejó allí la cosa, porque Pandolfo Petrucci, al recibir la noticia, había escrito enseguida a Florencia advirtiendo que lo que se hiciera contra Pepo él lo haría y en

forma muy aumentada contra los varios ciudadanos florentinos que se encontraban en Bagno a San Filippo, en territorio de Siena, que ya habían sido arrestados. Entonces, por consideración a esos ciudadanos particulares, se puso en libertad a Pepo y se le dejó volver a Siena sin poder enterarnos de los malos humores que bullían en Arezzo y que de improviso explotaron.

Algunos de los principales ciudadanos de Arezzo se habían confabulado con Vitellozzo para rebelarse contra Florencia, y todo el complot fue revelado detalladamente a Guglielmo de los Pazzi mientras se encontraba en Anghiari por Aurelio de Castello, enemigo de Vitellozzo. Guglielmo regresó a Arezzo para tomar las medidas necesarias y llenar la ciudadela de soldados para protegerse contra la ciudad; luego se reunió con el capitán de justicia y entre los dos lograron que la traición fuera descubierta antes de que pudiera consolidarse. Los aretinos, al verse desenmascarados, tomaron las armas, capturaron a Guglielmo de los Pazzi, a Alessandro Galilei, capitán de justicia, y al prefecto Piero Marignolli, y gritando "libertad" se amotinaron. Al oír los gritos el obispo, que estaba en la ciudad, se refugió en la ciudadela, y así lo hicieron algunos funcionarios florentinos, Bernardino Tondinelli y algunos aretinos leales a Florencia. Los sublevados informaron inmediatamente a Vitellozzo, pero éste se quejó de que la rebelión había sido descubierta demasiado pronto y que él no estaba preparado, así que se dirigió a Arezzo con pocos caballos; y durante unos cuantos días los preparativos y las fuerzas revolucionarias permanecieron tan escasos que si hubiéramos enviado allá nuestras tropas, habrían podido entrar fácilmente en la ciudadela y de allí recuperar sin esfuerzo toda la ciudad; pero no se hizo nada, ya sea porque Dios lo haya querido para algún buen fin, ya sea porque la fortuna haya decidido burlarse otra vez de nuestros afanes y mostrar, para nuestra vergüenza, que

éramos unos locos e ineptos.

La noticia de la rebelión llegó a Florencia el día… de junio a las nueve de la noche, e inmediatamente la Señoría, cuyo gonfalonero de justicia era Francesco de Antonio de Taddeo, convocó a los representantes de los colegios y a los ciudadanos más notables; se expuso la situación, se pidieron opiniones y en el transcurso de las discusiones quedó evidente que lo de Arezzo era muy grave y que por consiguiente debía dejarse a un lado el problema de Pisa y la conquista de Vicopisano, que parecía cuestión de días, y se enviaran de inmediato nuestras tropas de Arezzo, antes de que la ciudadela se rindiera o los enemigos se reforzaran más.

Los representantes de los colegios, como sucede con los hombres ignorantes e incapaces, declararon que en su opinión la noticia de Arezzo era falsa, una trampa urdida por los ciudadanos notables, quienes de este modo querían impedir la conquista de Vicopisano; sus sospechas se fundaban en la idea de que, con el fin de cambiar el régimen, querían mantener la ciudad en zozobra permanente e impedir la recuperación de Pisa. Por consiguiente propusieron que no se quitara a la gente de Pisa, sino que se continuara la operación contra Vicopisano y lo demás que se había planeado. Apoyaban esta deliberación algunos miembros de la Señoría, especialmente Giovan Battista de los Nobili y un tal Battistino Puccini, artesano, persona atrevida, terca, que tenía más lengua que cuerpo, y enemigo acérrimo de los ciudadanos notables. Y no hubo más remedio que aceptar su opinión porque, desde que Piero Soderini había sido gonfalonero y había establecido la costumbre, los colegios se habían asignado tanta libertad y autoridad que querían examinar todos los asuntos públicos y exigían que se solucionaran a su manera; así se perdió la oportunidad de recuperar Arezzo sin mucho esfuerzo y con pocos gastos, por culpa, como dije, de los colegios. Entonces se dieron cuenta, no

todos, sino tan sólo los más reflexivos, de lo grave que había sido el error de Piero Soderini, quien por ambición había echado sobre los hombros de aquéllos todo el peso de la ciudad.

Después llegaron las informaciones de que Vitellozzo estaba en Arezzo y que la revolución era un hecho, pero los colegios y el pueblo, cegados por esa locura, no quisieron creerlas; por fin, como en todas partes se hacían comentarios, enviaron hacia Arezzo a Simone Banchim, miembro de los colegios, para que averiguara si Vitellozzo estaba o había estado allá. Este señor regresó afirmando que no era cierto; los aretinos habían tomado las armas y se habían levantado, pero ningún extranjero había entrado en la ciudad. Por consiguiente, los representantes de los colegios se afirmaron en su idea de que no era necesario quitar tropas de la campaña de Pisa para someter a Arezzo y que serían suficientes los campesinos y aldeanos, a quienes ya en los primeros días se les habían enviado comisarios a fin de reunirlos y organizarlos. Nuestros enemigos actuaban en otra forma y hacían todo lo posible para no perder esa oportunidad: Vitellozzo, al llegar a Arezzo, examinando la situación juzgó que si nosotros enviásemos allá las tropas ocupadas en la campaña de Pisa, la rebelión fracasaría, y a las pocas horas, después de animar a la gente con las promesas de proporcionar ayuda, dejó allá a Giullo, su hermano bastardo y obispo de Castello, y se marchó, tal vez por miedo, o tal vez para juntar provisiones. Unos días más tarde, informado de que no había llegado ningún auxilio, regresó a Arezzo con un buen contingente de caballería, siguiéndole, días después, Paolo Orsini y su hijo Fabio, Piero de Médicis y algunos hombres de armas de Giampaolo Baglioni. Al llegar noticias de estos movimientos, por fin ya no quedaron dudas de que se trataba de una verdadera rebelión y de que era necesario ponerle remedio con la máxima energía; se escribió al comisario de la zona de Pisa que inmediatamente pusiera en marcha nuestras tropas hacia Arezzo, y así se levantó el campo

de Vicopisano, donde, si se hubieran quedado un día o dos más, se habría ocupado la plaza. Se intentó otra vez nombrar un nuevo Consejo de los Diez, y a pesar de que los colegios no estaban muy conformes, por fin, considerando el peligro en que se encontraba nuestra ciudad, se efectuó el nombramiento y salieron elegidos, para ejercer de inmediato, Piero Soderini, Piero Guicciardini, Niccolò Zati, Giuliano Salviati, Filippo Carducci, Antonio Giacomini, Pierfrancesco Tosinghi…

Se había escrito a Luca de Antonio de los Albizzi, nuestro único embajador en Francia, informándole sobre el caso de Arezzo y la circunstancia de que habían ido allá primero los Vitelli, luego los Orsini y tropas de Giampaolo Baglioni, todos ellos a sueldo del duque Valentino, así que con seguridad se trataba de una iniciativa del papa y del Valentino; se le comunicó también que había una coalición entre los Vitelli, Orsini, Baglioni y Pandolfo Petrucci, enemigos tanto de su majestad como de nosotros; asimismo que aquéllos no habrían organizado tal expedición para detenerse en nuestro territorio, sabiendo que al atacarnos a nosotros atacaban a su majestad que nos tenía bajo su protección, si su propósito no fuera, después de consolidar esta base y aumentar sus fuerzas, el de sacar de Italia a su majestad; por consiguiente, se le pidió suplicara a éste insistentemente que, tratándose de mantener su promesa y de defender su propio interés, ordenara al cardenal de Chaumont, su lugarteniente en Milán, que nos enviara las cuatrocientas lanzas convenidas, y si éstas no bastaran, un número mayor, porque al agredirnos a nosotros, lo agredían a él.

El rey estaba dirigiéndose a Lyon cuando le llegaron estos informes y se enfadó muchísimo; afirmó que conocía muy bien la perfidia de quienes nos atacaban y sabía que si pudieran lo sacarían también a él de Italia; que quería protegernos de ese peligro no sólo con las cuatrocientas lanzas, sino con toda su energía y fuerza, y que él mismo se pondría de inmediato en

marcha a Italia. Escribió a Chaumont para que con prontitud enviara hacia Toscana a los hombres de armas que se encontraban en el estado de Milán, y como en total apenas llegaban a doscientas lanzas, ordenó que otras tropas se encaminaran hacia Lombardía; escribió a su embajador en Roma para que enérgicamente mostrara al papa lo mucho que le disgustaba ese atropello y le exigiera retirar a su gente de nuestro territorio, pues de otra forma lo consideraría como su enemigo; envió un heraldo a Toscana con cartas para Vitellozzo, Pandolfo, Giampaolo y los Orsini ordenándoles que nos devolvieran nuestras propiedades, y que en caso contrario los perseguiría como a enemigos capitales; dijo a nuestro embajador que informara a Florencia que se mantenía en favor nuestro y que el aparato de guerra estaba listo, agregando que defendiéramos esforzadamente los linderos de la ciudad, porque aun cuando perdiéramos todo el resto del territorio, él nos lo devolvería.

En esa circunstancia se trató con muchos capitanes para contratarlos, pero nadie aceptó excepto Morgante Baglioni, primo de Giampaolo; mas el papa y el Valentino se lo prohibieron, así que se demoró unos días; pero al final, para cumplir con su palabra y de acuerdo con su carácter franco, se organizó y se dispuso a venir a pesar de todo; pero Giampaolo, viendo que su primo se adelantaba y temiendo que con ese contrato fuéramos a conseguir su apoyo, en secreto lo mandó envenenar. Mientras tanto nuestras tropas habían llegado a Valdarno, pero como nuestros enemigos se habían reforzado mucho en Arezzo y nos superaban en número y buenos capitanes, por miedo muchas tropas no quisieron seguir adelante; de este modo los de la ciudadela de Arezzo (que hasta entonces habían presentado una buena resistencia y se habían portado muy valientemente, ganándose los elogios del obispo de la ciudad) perdieron la esperanza de recibir ayuda, y no teniendo

qué comer tuvieron que entregarse con la condición de que todos quedaran libres excepto nueve que se entregarían como prisioneros a Vitellozzo, quien los seleccionaría. Éste entonces escogió al obispo de Arezzo y a todos los florentinos presentes, y además a Bernardino Tondinelli, a quien odiaba porque había sido secretario del conde Rinuccio, su rival, y que pocos días después fue asesinado con mucha saña, junto con todos sus hijos que se encontraban en Arezzo, por su yerno Bernardino Camarani.

En este tiempo había ido a Siena, con licencia de la Señoría y por invitación de Pandolfo Petrucci, un tal Antonio Guidotti de Colle, persona muy enterada de las cosas de Estado y amigo íntimo de Pandolfo, pues había participado en todas las maniobras que se habían urdido en la ciudad de Siena; regresando a Florencia relató que Pandolfo, considerando que los éxitos del Valentino y las conquistas que éste efectuara en Toscana acabarían por ser la ruina de él y de los otros aliados, deseaba que se apagara ese incendio reconciliando a Vitellozzo con Florencia y estipulando un acuerdo entre todos los estados de Toscana. Con base en esta información, inmediatamente se envió allá, con todo sigilo, como nuestro emisario, a Francesco Gualterotti, autorizándolo a negociar un convenio en el que participara también Vitellozzo, a quien se le ofrecería un contrato razonable, con la condición de que no se hablara de los Médicis, no se tocara lo de la disculpa a Vitellozzo por las ofensas recibidas de algún ciudadano florentino, ni nada que fuera en contra de la majestad del rey de Francia, y que se nos devolvieran todas las cosas perdidas en esta guerra. Gualterotti permaneció varios días en una quinta cerca de Siena y al final regresó sin haber podido concluir nada, o porque desde el principio habían planeado esto con el fin de dormirnos en nuestros preparativos, o bien porque le hicieran cambiar de opinión los éxitos de Vitellozzo, que voy a relatar. En efecto

éste, después de ocupar la ciudadela de Arezzo, se dirigió a Cortona y la obtuvo enseguida por negociación y también la ciudadela, por cobardía del alcaide; de este modo, en un abrir y cerrar de ojos consiguió apoderarse de Borgo a San Sepolcro, Anghiari, Castiglione Aretino, Pieve a San Stefano, Monte a San Savino y lo que teníamos en esa zona. Esta rapidez se debió a que los habitantes de esas plazas, viendo que no llegaba ninguna ayuda, se entregaban para no perder sus cosechas, y además porque se les dijo que las ocupaban en nombre de Piero y el cardenal Giovanni de Médicis, así que no creían que se trataba de rebelarse y rechazar el gobierno florentino pero dirigidos por un gobierno más que por otro, aunque algunos se entregaron por simpatía a Vitellozzo. Del mismo modo, los gobernadores de las fortalezas se rindieron en parte por cobardía y en parte por apego a los Médicis, a pesar de que las fortalezas estaban en lugares muy fortificados y podían resistir por un tiempo, aun cuando mal abastecidas por los desórdenes de Florencia.

Así toda esa zona, exceptuando Arezzo, que se proclamaba libre, aunque nominalmente estaba en poder de Piero de Médicis, en realidad estaba en manos de Vitellozzo, quien la tenía ocupada, para hospedar a Piero de Médicis o para utilizarla según quisiera el Valentino, o bien, como se sospechó más tarde, para crearse un estado personal. Pero, a pesar de esta conquista muy importante, mucho más considerable fue la oportunidad desaprovechada, pues Ercole Bentivogli y nuestros soldados estaban tan asustados, y en Florencia el desaliento por esta repentina amputación era tan grande —a todo esto había que agregar que faltaban dinero, organización, gobierno eficiente, energía, concordia, lealtad—, que si acabando de conquistar Arezzo, Vitellozzo se hubiese dirigido a Florencia, con la bandera y el favor de los Médicis, con seguridad nuestras tropas no se le hubieran enfrentado, y la opinión general es que en Florencia se habría efectuado un cambio de régimen y habrían

vuelto a establecerse los Médicis; en esta forma habrían podido tener a su disposición no sólo Valdichiana, sino todo nuestro territorio. No obstante, aquel Dios que muchas veces nos ha ayudado en nuestras angustias no quiso que Florencia muriera; efectivamente Vitellozzo, ya sea desconfiando de que un ataque a Florencia pudiera tener éxito con facilidad, ya sea arrastrado por la codicia de conquistar Borgo y Valdichiana con el objeto de formarse un estado personal, se dirigió a esa zona, de modo que nuestra ciudad, con las buenas noticias que llegaron de Francia y las providencias tomadas por el rey, en quien antes no se creía, volvió a reanimarse.

Los Diez, informados de la orden enviada por el rey a Chaumont, para dar importancia al asunto y apresurarlo enviaron inmediatamente a Lombardía a fin de que se hiciera cargo de aquellas tropas a Piero Soderini, quien encontró poca gente y tan mal organizada que el envío se retrasó muchos días, mientras se esperaban de Francia nuevas disposiciones y provisiones; así que Florencia, insegura y recelando de la intención del rey —fue entonces cuando Vitellozzo se dirigió a Borgo—, debiéndose nombrar la Señoría por julio y agosto, el pueblo, que seguía con sus sospechas de que los ciudadanos notables pretendían cambiar el régimen, no escogió entre ellos al gonfalonero de justicia y nombró a Giovan Battista Giovanni, persona de escasa calidad, poco conocido y de evidente carácter débil; pero la suerte de la ciudad quiso que los miembros de la Señoría fueran de alto nivel, entre los cuales sobresalían Alamanno Salviati, Alessandro Acciaiuoli y Niccolò Morelli.

Tomó posesión la nueva Señoría el primero de julio, encontrándose Florencia en tales peligros y desórdenes como ni siquiera cuando el rey de Francia entró en la ciudad, porque en aquel tiempo la situación sin duda era intolerable, pero se trataba únicamente de los bienes de los ciudadanos, del regreso de Piero de Médicis y de los tumultos de los que lo habían

expulsado, y no de la pérdida de la libertad y del cercamiento de nuestro territorio, que entonces permanecía íntegro; en cambio, ahora habíamos perdido Arezzo y gran parte de nuestro territorio, y la ciudad estaba tan postrada que si el rey no ponía un remedio habríamos tenido que rendirnos en las condiciones que los enemigos quisiesen, y que se preveían tan duras como para desear, como mal menor, el regreso de Piero, porque se temía que caeríamos bajo el dominio del papa y del Valentino; por otra parte, la ayuda del rey de Francia se demoraba tanto que ya estaba cundiendo la desesperanza.

Después de que la nueva Señoría tomó posesión, la situación de la ciudad empezó a mejorar, debido no al gonfalonero, hombre débil y mediocre, sino a sus principales miembros, Alamanno Salviati, Alessandro Acciaiuoli y Niccolò de Girolamo Morelli; entre ellos Salviati gozaba de tanta confianza y prestigio que se puede decir sin reservas que era él quien manejaba todos los asuntos y que todo lo bueno que se realizó se debió principalmente a su habilidad y dedicación, y de modo secundario a los otros miembros. Estos ciudadanos, profundamente comprometidos con la defensa de la libertad y soberanía, viendo que la base de todo consistía en reunir dinero, en el primer día de su mandato ordenaron a los jefes del partido güelfo que vendieran ciertos molinos, y como era necesaria la aprobación de sus colegios y gran parte de sus miembros estaban fuera de la ciudad, se ordenó a dichos jefes que borraran los ausentes y los remplazaran. Hecho esto y reunidos los colegios, la contribución no fue aprobada, y entonces les ordenaron que no abandonaran la reunión hasta que se consiguiera la aprobación, así que tuvieron que venderlos; en pocos días se realizó la venta y el dinero llegó.

Mientras tanto se impuso un préstamo para los ciudadanos más ricos y, como muchos no pagaban, la Señoría les ordenó que lo hicieran so pena de ser demandados ante el capitán de

justicia, y así se cobró todo el préstamo, pues los señores no tuvieron miramientos ni con parientes ni con amigos. De este modo iban aumentando con gran energía los fondos y bienes disponibles de la ciudad, la cual tuvo la suerte de tener en ese tiempo, en cierta forma como jefe, a una persona como Salviati, que era activo, franco, fogoso, se dedicaba al bien sin contemplaciones y le gustaban más las medidas enérgicas y fuertes que las moderadas, como, por otra parte, exigían entonces las necesidades públicas, en las que las demoras constituían un peligro, de manera que si la dirección hubiese estado en manos de una persona que actuara con lentitud y consideraciones, aun cuando fuera muy hábil, se expondría al riesgo de que la ciudad se le muriera entre las manos.

Por el mismo tiempo llegaron de Francia noticias de que el rey venía directamente a Italia con la firme decisión de salvarnos a nosotros y derrotar a nuestros adversarios, y muy enojado contra el papa y el Valentino; el ejército francés ya había llegado a nuestro territorio en marcha hacia Montevarchi, donde estaban reunidas nuestras tropas. Con la llegada de los franceses, gente muy corpulenta, nuestra ciudad se sintió aliviada, a pesar de que había dificultades para conseguir víveres, pues los franceses comen y devoran en cantidades extraordinarias, y si hubiese habido escasez, se hubiera corrido el riesgo de que esos hombres brutales e impacientes dieran al traste con todo; sin embargo, con voluntad y empuje todas las dificultades fueron superadas.

Mientras tanto el rey había llegado a Asti, y allá encontró a nuestros nuevos embajadores, Francesco Gualterotti y Luigi de la Stufa, a los cuales se agregó Piero Soderini que iba a saludar al rey; éste lo recibió de muy buen humor y comentando nuestros asuntos se le ocurrió que convendría juntar a sus tropas que ya estaban en Toscana unos cuatro o cinco mil suizos, pidiendo que Florencia pagara tres mil, y como temía que el papa y el

Valentino, junto con los Vitelli, Orsini y su agrupación, opondrían resistencia y que por esto las cuatrocientas lanzas no serían suficientes, ordenó que se enviara allá al cardenal Trémouille, capitán muy famoso, con otras cuatrocientas, afirmando que si esto tampoco bastara, él en persona continuaría haciendo todos los esfuerzos, porque su decisión era la de hacer que nos devolvieran lo que nos habían quitado y luego aplastarlos. Tomada esta determinación, encomendó a uno de sus hombres reclutar a los suizos, y quiso que Luca de los Albizzi corriera a Florencia para informar verbalmente sobre este acuerdo y solicitar el pago de los tres mil suizos; la ciudad aceptó.

El duque Valentino en este tiempo se encontraba en la frontera de Urbino, y después de negociar cierto acuerdo con el duque de este lugar, en forma inesperada lo asaltó, así que cogiéndolo desprevenido en unos cuantos días le arrebató el ducado; el duque de Urbino con gran dificultad pudo escapar y se refugió en Venecia. El Valentino también deseaba destruir nuestra ciudad; de hecho iba preparando soldados y pertrechos y deseaba unir su ejército con el de Vitellozzo; sin embargo, sabiendo que el rey estaba muy enfadado por su ofensa y que había llegado a Italia con grandes fuerzas, se detuvo e hizo saber a Florencia que si le enviaban un delegado tal vez podrían terminar esas contiendas; también el papa, con el mismo propósito, pidió que se le enviara un funcionario, y entonces de inmediato se envió a Francesco Pepi a Roma y al cardenal Soderini al Valentino. Los puntos a tratar fueron distintos, porque el papa prometía devolvernos todo si se le dejaba la ciudad de Borgo a San Sepolcro, que jurídicamente pertenecía a la Iglesia; el duque Valentino prometía la devolución total si se le mantenía el contrato y si en Florencia se establecía un nuevo régimen de pocos ciudadanos, con quienes pudiera estar en confianza y tratar lo que fuera necesario. No se aceptó ninguna

de estas peticiones, más que nada porque se tenía presente la buena voluntad del rey; al obispo se le retiró de Urbino, mientras que Pepi permaneció en Roma, pero sin autorización para negociar.

Llegando los franceses a Montevarchi, Vitellozzo se retiró hacia Arezzo, y aunque antes había afirmado que se enfrentaría a los franceses en batalla campal o que se quedaría en Arezzo organizando una defensa espectacular, ahora, considerando que el papa y el Valentino le estaban fallando e inclusive temiendo que para contentar al rey se le sublevaran de modo que todas las fuerzas del rey se volcarían sobre él, le faltó el ánimo y decidió buscar un acuerdo; se entrevistó en forma encubierta con algunos capitanes franceses, que eran el cardenal de Lancre y el de Imbalta, y cerró con ellos un trato a espaldas de Florencia, estipulando que se nos devolverían todas nuestras posesiones con excepción de Arezzo, que permanecería como ciudad libre. Se informó con urgencia a nuestros embajadores que estaban con el rey, y éste escribió a sus capitanes que se dejara sin efecto este acuerdo, puesto que él quería que se devolviera también Arezzo; por consiguiente Vitellozzo acabó por pactar con ellos y entregarles, por requerimiento del rey, Arezzo y todas las plazas que había tomado; de este modo Vitellozzo, los Orsini y los Médicis se marcharon y los capitanes franceses ocuparon toda la zona en nombre del rey, quien detuvo la devolución hasta que se pagaran los tres mil suizos; solventada esta partida, envió a Florencia al cardenal de Melun con la orden de que procediera a la devolución e hiciera para ello todo lo que la ciudad le solicitara.

Llegó el cardenal de Melun a Florencia, pero antes de ir a Arezzo fue necesario ponerse de acuerdo con el cardenal de Ravel, sobrino del cardenal de Rouen, a quien los Médicis debían ocho mil ducados; para liquidar este asunto, Alamanno Salviati hipotecó sus propiedades y así el cardenal de Melun

partió para Arezzo, acompañándolo Piero Soderini y Luca de Antonio de los Albizzi en calidad de comisarios para recibir las plazas; efectivamente, sin tropiezos, tomaron posesión de Arezzo y los demás pueblos que habíamos perdido. Los comisarios encontraron que Vitellozzo había retirado toda la artillería y que los aretinos que habían encabezado la rebelión en gran parte habían huido, por lo que se les condenó al destierro; así, después de tantos gastos, peligros y ajetreos, toda esta tormenta se apaciguó, cosa que, de no haber sido por la insensatez de los colegios, se habría podido arreglar con poco trabajo e incomodidad y sin quedar obligados con nadie.

La llegada del rey a Italia nos había hecho concebir la esperanza de recuperar Pisa sin dificultades, ya que el rey había decidido enviar al cardenal Trémouille para aplastar a sus enemigos de modo que nosotros íbamos a quedar seguros por todos lados y con el apoyo de ese ejército; sin embargo, esta esperanza se frustró porque el duque Valentino, en cuanto supo que el rey había llegado a Italia, y que habían ido a verlo, además de nuestros embajadores, los de Venecia, el duque de Ferrara en persona, el marqués de Mantua, el cardenal Federico de San Severino, a quien se había devuelto libre a su hermano Fracasso, y además Orsini, que había ido a quejarse de las malas maneras del papa, y que, en una palabra, toda Italia se había reunido con él, y además, informado de que el rey estaba muy enfadado y había enviado a Toscana al cardenal Trémouille con muchos hombres de armas e infanterías, muy atemorizado y no encontrando otra salida, corrió a Milán a justificarse con el rey, logrando reconciliarse con él, con los resultados que expondré más adelante, y de ese modo tuvimos que persuadirnos de que en todo ese año no se tocaría el problema de Pisa.

Durante el mandato de esta Señoría, Florencia estaba afligida por otra calamidad, que le causaba peligros y desprestigio, quiero decir la cuestión de Pistoia, que había ido empeorando y

gangrenándose. Efectivamente, después de que los Panciatichi fueron expulsados de Pistoia y mientras los Cancellieri los iban persiguiendo en las aldeas aledañas, del bando de los perseguidos surgió un joven campesino llamado Franco, un tipo fornido, de buen juicio y de carácter tranquilo, que lo único que buscaba era atender sus asuntos. Este joven, al defender su aldea de los Cancellieri que la habían asaltado, se desempeñó con tanta energía y habilidad que empezó a ganar reputación y en poco tiempo llegó a encabezar no sólo a la gente de su aldea sino a todo el bando de los Panciatichi, en tal forma que se le consideraba el jefe absoluto y manejaba a su gente de acuerdo con sus ideas; con estos partidarios ya se había enfrentado dos veces en combate contra los Cancellieri y los había derrotado, matando a unos doscientos adversarios en cada encuentro.

Estos éxitos de los Panciatichi fueron muy útiles para Florencia, porque impidieron a los Cancellieri organizar una rebelión, cosa que habrían hecho seguramente de haber estado sin este problema, porque al considerar que habían ofendido y desobedecido a Florencia ya empezaban a desconfiar. Sin embargo, la situación era peligrosa porque ambos bandos estaban muy insatisfechos; los Panciatichi, a pesar de haberse defendido en las afueras, no tenían tanta superioridad como para volver a entrar en Pistoia; los Cancellieri, pese a que mantenían a los Panciatichi fuera de la ciudad, no podían aprovechar la mayor parte de los alrededores, así que estaban en grandes apuros; por esto cualquiera de las dos partes podría pactar con algún príncipe extranjero, rebelarse y prestarse para una mala jugada; así que en esos momentos Florencia no podía valerse de Pistoia y estaba segura de que se rebelaría. Por consiguiente la Señoría, sobre todo por la insistencia y animosidad de Alamanno Salviati, decidió acabar con ese peligro y, como no servían ungüentos y cataplasmas, acudió al cuchillo y al fuego. A esta decisión no se oponían los Diez,

explicando a la Señoría qué peligros entrañaba este método; y entonces Salviati, después de obtener de sus colegas la licencia de exponer lo que creyera conveniente, los atacó con energía y les dijo que ésta era la intención de la Señoría, y que si no obedecían ésta informaría a todo el pueblo que ellos eran los que se oponían a la recuperación de Pistoia, por lo que los Diez se desistieron y se dedicaron con diligencia a cumplir con las órdenes. Por lo tanto, se conminó a muchísimos cabecillas de ambos bandos que en fecha determinada se presentaran en Florencia, apercibidos de que se tomarían otras medidas si no obedecían. Aquéllos se quedaron titubeando, pero luego, escogiendo el mal menor, y además temerosos porque Florencia tenía tropas francesas en Toscana, en el día fijado se presentaron todos, excepto unos pocos que huyeron y fueron condenados al destierro; y quiso la suerte que compareciesen ante la Señoría en el mismo día o un día después de que llegaban los embajadores de Arezzo, que acababa de ser recuperada. De este modo Florencia volvió a tener en sus manos Pistoia, se readmitieron los Panciatichi, y en los meses siguientes se expidieron varias disposiciones que ahora no tiene caso citar.

En este tiempo se produjo un incidente que por poco provoca un nuevo desorden en Florencia y de no haber sido copado habría echado a perder los ordenamientos establecidos. Se trataba de lo siguiente: después de la elección de los Diez se había dejado de comunicar, como se hacía antes, todos los asuntos a los colegios; por lo tanto un día en que se solicitó a dichos colegios que aprobaran una disposición, el resultado de la votación fue negativo, y uno del colegio de Peri, en nombre de la corporación menor, dijo que la causa estaba en que ya se había dejado de informarles sobre los asuntos corrientes. Se hizo saber esto a la Señoría y Alessandro Acciaiuoli, que presidía la reunión, propuso a los otros miembros que se le destituyera, y la medida fue aprobada de inmediato. Pero los colegios se

encolerizaron y querían defenderlo apelando al Consejo Grande; si lo hubiesen hecho, se habrían enemistado tanto con la Señoría que nunca más colaborarían en ninguna iniciativa provechosa; pero algunos ciudadanos influyentes los convencieron de que la situación de la ciudad no permitía semejantes discusiones, así que por fin se calmaron y el que había sido cesado no apeló.

XXIII. REFORMAS A LA CONSTITUCIÓN DE FLORENCIA. EMPRESAS DEL VALENTINO. PIERO SODERINI NOMBRADO GONFALONERO VITALICIO

(1502)

Arreglados con grandes elogios y satisfacción estos trastornos relacionados con la soberanía y la paz foráneas, la Señoría empezó a ocuparse de la organización y el gobierno de la ciudad, ya que de esa desorganización se derivaban todos los otros desórdenes y problemas, los cuales, de haber continuado, hacían prever que la ciudad acabaría en su destrucción total. Quiero decir que sería difícil imaginar una ciudad tan desbarajustada y desgobernada como la nuestra; y todo el mal dependía de que no había uno o varios hombres determinados que vigilaran con firmeza las cosas públicas y tuvieran tanta autoridad que, una vez establecido lo que fuera conveniente hacer, pudieran luego ser también el órgano que asegurara su ejecución; en cambio, como las Señorías se cambiaban cada dos meses y los representantes de los colegios cada tres y cada cuatro meses, todos los funcionarios, debido al poco tiempo en que iban a ejercer el cargo, actuaban con poco miramiento y trataban los asuntos del gobierno como si fueran cosas ajenas que poco tenían que ver con ellos. Agréguese que los miembros de las señorías y de los colegios, por las numerosas restricciones que las leyes de la ciudad imponían a sus familias y a ellos mismos durante su mandato, en general no podían ser sino hombres débiles y con escasas dotes y experiencia para la cosa pública, de manera que, como no confiaban en los ciudadanos hábiles y experimentados y querían actuar de acuerdo con sus ideas y

facultades —lo que sucedía entonces porque sospechaban que los ciudadanos notables querían cambiar el régimen—, era imposible que la ciudad no corriera hacia el desastre. A esto se añadían todos los inconvenientes que dependen de los consejos —muy numerosos cuando tienen que decidir sobre asuntos no estudiados a conciencia—, la lentitud en deliberar y el hecho de no guardar nada en secreto, que es causa de muchos males.

De estas fallas se derivaba que, como nadie se ocupaba permanentemente del estado, se vivía desconociendo la situación y los movimientos de Italia; nuestros peligros no se conocían sino después de haber caído en ellos; no había informaciones reservadas, porque todo se publicaba en seguida; los príncipes y las potencias extranjeras no tenían en quién confiar ni de quién valerse; el dinero, pasando por muchas manos y camarillas y por el más torpe descuido de quien lo administraba, se gastaba antes de juntarlo; y en la mayoría de los casos costaba tanto trabajo conocer nuestras necesidades y conseguir el dinero, que éste llegaba tarde y se tiraba sin provecho, y lo que en su oportunidad se habría podido hacer con cien ducados, más tarde no se lograba con cien mil.

El resultado era que, como todos los días necesitaba gestionar aportaciones en dinero, y aportaciones fuertes, la asamblea estaba tan cansada después de tantos años, que ya no quería votar por ninguna contribución, así que, faltando el dinero, la Señoría llamaba diariamente al palacio a los ciudadanos más ricos y los obligaba a prestar al estado; y sin embargo no se lograba juntar lo suficiente, de modo que al final se veían obligados a dejar las cosas como estaban, quedando sin tropas y dejando sin presidio y abastecimiento nuestras plazas y fortalezas. Por consiguiente los ciudadanos sabios y renombrados, quienes se daban cuenta de dónde procedían nuestros males y no podían ponerle remedio porque de inmediato se gritaba que querían cambiar el régimen, estaban

descontentos y desesperanzados y se desentendían por completo del estado; además la mayoría de ellos estaba en el registro de los deudores morosos, y no querían encargarse de comisarías o embajadas más que a la fuerza y cuando no podían evitarlo pues a causa de nuestra desorganización era fatal que toda gestión fracasara, y ellos no querían atraerse las acusaciones y los denuestos del pueblo sin tener la culpa.

Por esta razón, por lo regular se enviaban comisarios del tipo de un Piero Corsini o Guglielmo de los Pazzi, porque como las personas hábiles y destacadas no querían ir, forzosamente había que echar mano de gente a quienes les gustaba el cargo; así fueron a Francia embajadores como Gioacchino Guasconi, Luigi de la Stufa y otros de la misma madera, que no viene al caso nombrar, porque hombres como Guidantonio Vespucci, Giovan Battista Ridolfi, Bernardo Rucellai o Piero Guicciardini no iban, a no ser que no pudieran rehusarse. De allí que Florencia careciera de prestigio y no sólo frente a otras potencias, sino también frente a sus propios súbditos, como se vio en el caso de Pistoia, que no habría llegado a los excesos a que llegó si hubiese temido o respetado nuestra ciudad. A estos males generales se agregaba que, no habiendo en la ciudad ninguna autoridad permanente, los funcionarios en cargo, por ser temporales, actuaban con recelos y contemplaciones, así que se había introducido una licencia tan generalizada y extendida que cada hijo de vecino, especialmente si no era de familia noble, creía que le estaba permitido todo lo que se le antojara. Los funcionarios también, si en los asuntos que manejaban había manera de conseguir algún provecho o satisfacer alguna ambición, por justa o injusta que fuese, querían salirse con la suya.

Este sistema era tan desagradable para las personas prudentes y acostumbradas a que se respetara la autoridad, que casi estaban cansadas de vivir, porque veían que la ciudad se desbarataba y se

iba al abismo con una rapidez impresionante y se encontraban en absoluto sin prestigio ni poder; y esto les dolía, ya sea por su situación personal, ya porque cuando no hay personas que tengan, no digo un poder tiránico, sino una autoridad proporcional a su importancia, también la ciudad tiene que perjudicarse. Además, todas las veces que se producía un zafarrancho, de inmediato el pueblo se lo achacaba a ellos y había riesgo de que corriera a asaltar sus casas, de modo que de continuo estaban expuestos a posibles peligros, y por consiguiente deseaban ardientemente que ese régimen se cambiara o al menos se reformara de manera que la ciudad pudiera ser gobernada en forma correcta, ellos recuperaran un poco de su prestigio y pudieran vivir y disfrutar de lo suyo sin zozobras. El mismo deseo animaba a los que se habían declarado enemigos de los Médicis, porque por la desorganización de la ciudad siempre vivían con el miedo de que aquéllos regresaran, pues sin duda serían víctimas de represalias. De igual manera las personas ricas, que no participaban en la política y se quejaban de que todos los días se les convocaba y se les forzaba a prestar dinero al estado, deseaban un régimen en el cual no siguieran siendo perjudicados económicamente, gobernara quien fuera.

A los habitantes de la ciudad en general, ya sea a los de condición humilde, que sabían que en un régimen oligárquico su situación quedaría por los suelos, ya sea a los de condición más desahogada que, sin embargo, tenían parientes en la clase política y veían que en un régimen oligárquico quedarían marginados, a todos ellos, que en efecto eran la mayoría, les gustaba mucho el presente gobierno, en el cual no se hacían distingos entre un hombre y otro, entre una familia y otra; y a pesar de que estaban conscientes de que algo estaba fallando, sin embargo eran tan celosos de él y tan temerosos de que se quitara, que en cuanto se empezaba a discutir alguna modificación o enmienda, al momento se oponían. Pero poco a

poco, cansados por los frecuentes y pesados gravámenes que se les imponía y porque el Monte ya no pagaba intereses, y por último impresionados por los reveses de Arezzo y los graves peligros que nos había traído, lo que por fuerza tenían que achacar a nuestra desorganización, empezaron a entrever con cierta claridad que si no se establecía un método mejor la ciudad se encaminaba al desastre, así que se tornaron más accesibles a la idea de buscar alguna providencia para modificar el gobierno, siempre que el resultado no fuera la desaparición del Consejo Grande o que el gobierno se pusiera en manos de pocos ciudadanos.

Por lo tanto, encontrando la materia bien dispuesta, la Señoría, y de modo especial Alamanno Salviati, con entusiasmo empezó a discutir y consultar lo que se debía hacer, y por fin llegaron a la conclusión de que quedaba excluida la idea de hacer escrutinios y asignar el gobierno a determinados ciudadanos, eliminando el Consejo Grande, por varias razones: primero, porque al restringir el gobierno en manos de pocos se producirían divisiones y facciones entre sus miembros, como había sucedido con los Veinte y en otras ocasiones, de modo que después de haberse peleado encarnizadamente sería necesario escoger un jefe y luego se llegaría a la tiranía; en segundo lugar, aun cuando ésta fuera la medida conveniente, al pueblo le era tan hostil que nunca la aceptaría; por consiguiente no tenía caso discutir y perder el tiempo en algo imposible; era mejor buscar una manera con que, conservando el Consejo Grande, se redujeran lo más que se pudiera sus fallas y las de la ciudad, fallas que en resumidas cuentas consistían en que los asuntos graves e importantes eran manejados por gente que ni siquiera los entendía, en que los ciudadanos competentes y talentosos no tenían ni el nivel ni el prestigio que merecían, y en que en nuestra ciudad los magistrados administraban muy mal la justicia, especialmente la penal.

Una solución podía ser la de crear una magistratura vitalicia de veinte, cuarenta, sesenta, ochenta o cien ciudadanos, quienes nombrarían a los comisarios y embajadores como lo hacían entonces los Ochenta, pero sin la facultad de crear otros funcionarios o magistrados para no reducir la autoridad del Consejo Grande; harían aprobar las contribuciones en dinero, con ratificación definitiva para que no fuera necesario proponerlas al Consejo Grande; los Diez se escogerían entre ellos; con este grupo se tratarían los asuntos importantes del estado, como se hace en Venecia con los "pregadi" (senadores). De este modo, al ser su cargo permanente, la ciudad tendría a quienes velaran por sus cosas; como serían las personas más experimentadas de la ciudad, sus dictámenes serían bien interpretados y provechosos; conseguirían el dinero oportunamente cuando se necesitara; estarían siempre bien informados sobre los asuntos en curso, porque serían ellos los encargados de atenderlos; recibirían informes sin dificultad y en forma regular, porque nadie temería que se le delatara, y las potencias de Italia no se rehusarían a tratar con ellos porque tendrían en quién confiar y de quién valerse. De este modo la cosa pública sería manejada correctamente, los ciudadanos experimentados y talentosos recobrarían autoridad y respeto, la licencia de muchos sería reprimida y los jueces penales cumplirían mejor con su oficio, y si no lo hiciesen de seguro se encontrarían medidas para regularizar su actuación.

Esta solución agradó a todos, pero se temía que el pueblo, que en todo veía intentos de cambiar el régimen, al oír que se proponía una comisión de ciudadanos, no aceptara; por consiguiente optaron por establecer un cargo de gonfalonero que fuera vitalicio o durara por un periodo bastante largo, digamos de tres o de cinco años, y eso por dos razones; la primera porque, aun logrando constituir la mencionada comisión de ciudadanos, de todos modos parecía que no sería

perfecta sin un gonfalonero que por lo menos durara bastante tiempo; en segundo lugar consideraron que al nombrar como gonfalonero a una persona prudente y destacada que tuviera la confianza del pueblo, se contaría con un medio eficaz para lograr el mencionado propósito u otro que diera como resultado que los asuntos importantes fueran manejados por los mejores ciudadanos y que los hombres notables obtuvieran la autoridad y el respeto que merecidamente se les debía. Pero no pensaron que si la suerte les hubiese proporcionado un gonfalonero ambicioso, éste no habría querido tener a su lado a personas de prestigio, porque no los podría guiar y manejar a su modo, y habiendo sido nombrado como autoridad irrestricta no habría querido atarse por sí solo; por consiguiente primero había que establecer los reglamentos y después a quien debía actuar de acuerdo con ellos, y no primero al hombre sin trabas, que decidiera él si quería conformarse y atarse o no.

Una vez aprobada esta resolución en la Señoría, hábilmente se logró convencer a los colegios y se empezó a discutir con los ciudadanos más experimentados las facultades y los procedimientos del gonfalonero vitalicio, y se llegó a la conclusión de que sus facultades debían ser las que siempre habían tenido los gonfaloneros de justicia, sin aumentos ni reducciones en ningún aspecto, con una excepción: que él pudiera tener voz y asistir a la votación en todas las magistraturas de la ciudad en las causas criminales. Esta medida fue tomada con el fin de que cuando se tratara del delito de una persona noble, si los magistrados trataran de alargar el proceso, él pudiera hablar y con su presencia y autoridad apremiarlos a observar las leyes.

Después se presentó el problema de si era mejor un cargo vitalicio o sólo por unos años. Muchos sostenían que no debía ser vitalicio para que alguna vez se pudiera cambiar al titular y dar la oportunidad a otros; y si luego resultara persona

inadecuada por ignorancia o por maldad, de ese modo tendría que cesar algún día y la ciudad no tendría que soportarlo para siempre; además, para obtener los buenos resultados que se apetecían con ese nombramiento bastaba con que durara por un periodo largo, ya que así la ciudad tendría quien vigilara la cosa pública y un timonel estable que podría determinar buenos reglamentos; por último, sabiendo que su cargo sería temporal, no se imaginaría tener tanto poder como si fuera vitalicio y resultaría más fácil que buscara la colaboración de otros ciudadanos en el gobierno que si fuese de por vida.

A muchos otros, entre ellos Giovan Battista Ridolfi, parecía mejor lo contrario y alegaban sobre todo dos razones: la primera, que al ser vitalicio tendría el grado más alto que se pudiera desear en la ciudad y de este modo se tranquilizaría y conformaría, y se dedicaría al bienestar de la ciudad sin otras preocupaciones o consideraciones, mientras que si fuera temporal su estado de ánimo tal vez no sería tan sosegado y trataría de tornar vitalicio su cargo, o con el apoyo popular o con algún otro medio extraordinario, lo que no podría efectuarse más que con gran perjuicio y alteración de la ciudad; la segunda, porque al ser vitalicio podría exigir más enérgicamente la observancia de la justicia y el castigo de los delitos, ya que, estando seguro de que no se le podría cesar, no tendría consideraciones o miedo a nadie, mientras que si fuera temporal tendría siempre presente que un día volvería a ser un simple particular y no se portaría con la suficiente firmeza; más bien actuaría con contemplaciones como lo hacían los otros magistrados de la ciudad, y así no se conseguiría la observancia de la justicia, que era el objetivo principal por el cual se iba a introducir ese nuevo método. Por fin se decidió crear un cargo no vitalicio, sino por el periodo de tres años; se formuló la propuesta pero antes de que se pudiera seguir adelante se levantaron Piero de los Alberti, Bernardo de Diacceto y otros

parecidos gritando que era mejor vitalicio, y armaron tanto alboroto que la propuesta no fue aprobada; esto lo hicieron porque querían que no se creara ese cargo en ninguna forma y porque estaban convencidos de que el pueblo nunca aceptaría a un gonfalonero vitalicio.

Entonces la Señoría, que empezaba a exacerbarse, especialmente Alamanno Salviati, y molesta por esa oposición, propuso que el gonfalonero fuese vitalicio, con las siguientes limitaciones: que debía tener al menos cincuenta años; que no ocuparía ninguna magistratura de la ciudad; que sus hijos no pudieran ocupar ninguna de las tres mayores; que sus hermanos y sobrinos no pudieran ser miembros de la Señoría; que ni él ni sus hijos se dedicaran a negocios o comercio —esto se hizo con el fin de que en la contabilidad no abusaran de los demás—; que cobrara un sueldo anual de mil doscientos ducados; que en caso de comportarse mal pudiera ser relevado del cargo por así solicitarlo las tres cuartas partes de los votos emitidos por el conjunto de los señores, los colegios, los Diez, los jefes del partido güelfo y los Ocho; estos ciudadanos podrían ser convocados a petición de un miembro de la Señoría, y se admitirían incluso los inhabilitados y los incluidos en la lista de los deudores morosos; esta base fue establecida con tanta amplitud que se interpretó que podían ser llamados también los inscritos en las artes menores, ya fuera esto por descuido o como una cosa intencional, con el objeto de que dichas artes menores participaran más gustosamente.

El procedimiento para la elección sería el siguiente: se convocaría el Consejo Grande, en el cual podrían participar en ese día todos los habilitados, incluso los deudores morosos; esto se hizo para que la persona que saliera nombrada tuviera el consentimiento del pueblo en la forma más amplia posible; cada uno de los asistentes en el Consejo Grande podía señalar el nombre de quien quisiera; todos los nombrados se someterían a

votación y todos los que tuvieran cincuenta por ciento más uno de los votos, fuera uno solo o más, se someterían a otro proceso de elección, y el o los que ganaran pasarían a otra votación; de nuevo los ganadores se someterían al tercer escrutinio; de aquellos que consiguieran el número determinado de votos en esta ronda se escogería el que obtuviera más del cincuenta por ciento de los votos favorables y éstos fueran más altos que los de cualquier otro participante; si lo había, éste sería el gonfalonero de justicia vitalicio.

Se adoptó este sistema porque nunca se habría podido efectuar la elección si se hubiese consultado directamente al pueblo; así se establecieron estas selecciones para que resultara la más razonable posible. Se agregó que esta elección se efectuaría en el tiempo de la siguiente Señoría, para que el pueblo tuviese la oportunidad de reflexionar y escoger al más adecuado; el que resultara elegido sería presentado el día en que se nombrara la Señoría por noviembre y diciembre, y tomaría posesión de su cargo el primero de noviembre próximo. Se agregó otra disposición: mientras antes los Ochenta se sorteaban directamente entre los que habían ganado la votación, ahora se seleccionarían poco más de cien ganadores, y de éstos se sortearían los Ochenta, asignando una parte proporcional de ellos a cada uno de los cuatro distritos de la ciudad. Se tomó esta medida para que los miembros de ese consejo fueran hombres mejor seleccionados porque, como dije antes, si en esa magistratura participaran todos los hombres prudentes y talentosos, sería una gran ventaja para la ciudad.

Elaborada y definida esta disposición, de inmediato fue aprobada por la Señoría y los colegios, y se pasó a proponerla a los Ochenta, donde se preveían dificultades, porque se temía que muchos ciudadanos, que aspiraban a ser gonfaloneros de justicia cuando ese cargo duraba dos meses, se opondrían para no perder la oportunidad de llegar a tener ese honor. Otra

dificultad era que Bernardo Rucellai la rechazaba públicamente porque, según ciertas voces, veía que las simpatías apuntaban a Piero Soderini, que era su gran adversario; sin embargo, presionados por la Señoría y los colegios, no costó mucho trabajo conseguir la aprobación de los Ochenta en la segunda ronda. Luego se convocó al Consejo Grande, donde hablaron primero los representantes de los colegios y luego Piero Guicciardini, Iácopo Salviati y otros hombres notables; en el primer día faltaron pocos votos para la aprobación, de modo que al día siguiente se logró sin dificultad. Entre los que la apoyaron se distinguió particularmente Piero de Niccolò Ardinghelli, un joven de treinta y uno o treinta y dos años, miembro de los Doce, quien en nombre de sus colegas tomó varias veces la palabra y con tanta eficacia que pocos días después los Ochenta lo nombraron comisario en Castiglione Aretino y se abrió el camino para alcanzar una buena situación como cualquier ciudadano de Florencia, si no se hubiese perjudicado él solo.

Aprobada esta disposición y mientras se empezaba a reorganizar la ciudad terminó su mandato la Señoría (por julio y agosto) que había encontrado la ciudad en gran desorden, Arezzo y todo su distrito arrancados de nuestro territorio, Pistoia a punto de alzarse y perderse, y había podido recuperar Pistoia, Arezzo y todo lo que se había perdido en esa revolución, y por último había conseguido hacer aprobar el proyecto de reformar el régimen, dejando a todo el mundo satisfecho y esperanzado; por lo tanto, dejó el cargo entre grandes elogios, pero todos atribuyeron estos éxitos a Alamanno Salviati, Alessandro Acciaiuoli y Niccolò Morelli y especialmente a Salviati, así que a él le tocó por tres cuartas partes la gloria de esa Señoría.

En la siguiente Señoría fue gonfalonero de justicia Niccolò de Matteo Sacchetti, y fue en ese tiempo cuando Florencia pidió al

rey Luis XII que para nuestra seguridad dejara que las tropas que habían venido a Toscana bajo las órdenes del cardenal de Londres, o al menos una parte de ellas, se quedaran acuarteladas en nuestro territorio. El rey contestó que con gusto las dejaría por un tiempo, pero en caso de necesitarlas quería poder retirarlas a su juicio, independientemente de si quedáramos protegidos o no. Florencia en principio estaba de acuerdo, pero luego, no habiendo llegado a una definición concreta, todas las tropas se retiraron y regresaron a Lombardía. Con esto la ciudad empezó a preocuparse de nuevo porque el rey, hechas las paces con el Valentino, se regresó a Francia, y el Valentino, al contrario de lo que muchos pensaban, acerca de que el rey se lo llevaría consigo a Francia y lo retendría allá por algún motivo plausible, lo acompañó hasta Asti y luego regresó a sus estados de Romagna. Florencia, encontrándose sin tropas, empezó a tenerle un gran miedo; se sabía que al despedirse el rey le había recomendado nuestra ciudad, pero se temía que si se presentaba la oportunidad de atacarnos lo haría sin preocuparse por el rey, con quien, conforme al carácter de los franceses, encontraría con facilidad un arreglo después de los hechos; el Valentino lo sabía por experiencia, porque se había reconciliado completamente con él, a pesar de que el rey estaba convencido de que todo lo que había hecho había sido con el propósito de sacarlo de Italia; y tanto más cuanto que cuando recuperamos Arezzo y los otros territorios nuestros el papa, los Vitelli y los Orsini habían dicho en público que en cuanto el rey saliera de Italia volverían a atacarnos y en tal forma que los franceses ya no tendrían la posibilidad de liberarnos. Pero mientras estábamos en esta situación de incertidumbre, se produjo un suceso que nos tranquilizó por un tiempo; para entenderlo mejor es necesario remontarnos a sus orígenes.

Pese a que los Orsini, Vitelli, Baglioni y Pandolfo Petrucci eran soldados, partidarios o estaban en buenas relaciones con el

papa y el Valentino, formaban entre ellos un grupo muy unido, una especie de bando, por muchas razones y además porque estaban corriendo los mismos riesgos, así que tenían propósitos idénticos. Ellos conocían la ambición del Valentino y su desmedida codicia de poder, y veían que empezaba a extenderse hacia los territorios cercanos y a donde se le ofreciera alguna razón o pretexto, así que en realidad recelaban de él y le tenían miedo, más que nada porque Perusa y Cittá di Castello jurídicamente pertenecían a la Iglesia, y lo mismo una parte de los estados de los Orsini, mientras que la otra parte estaba en territorio de Roma; así que en cuanto pudiera engullirse aquellos estados, le tocaría el turno a Siena. Por esto, después de la conquista de Faenza, se habían alegrado de que fracasara en la empresa de Bolonia, y como ellos solos no creían ser lo suficientemente aguerridos contra el papa y la Iglesia, en especial ahora que tenían el favor de Francia, les habría gustado reinstalar a Piero de Médicis en Florencia, ya que con las fuerzas de esta ciudad quedarían bastante protegidos.

Por otro lado, el Valentino de modo oculto los odiaba y deseaba destruirlos, en parte porque habían llegado a sus oídos rumores de aquellos planes y en parte por su ambición y el ansia de apoderarse de aquellos estados; algunos efectivamente pensaron que mientras por un lado le agradaba que hubiésemos perdido, por la esperanza de adueñarse de algunas de nuestras plazas o porque se figuraba que nosotros para defendernos nos veríamos obligados a pactar con él, con algún importante provecho suyo; por otro lado, en cambio, le disgustaba, temiendo que Vitellozzo se apropiara de algunas de nuestras plazas, o que los Médicis volvieran a Francia. Pero luego, cuando el rey llegó a Italia, el Valentino, primero por cartas y luego verbalmente en una entrevista personal, siempre insistió diciendo que él no sabía nada de esa ofensa, sino que había sido obra de Vitellozzo y los Orsini, sin participación suya. El rey

entonces ordenó a Vitellozzo que lo alcanzara en Milán, pero él, asustado, no quiso ir con el pretexto de que estaba enfermo; debido a ello el rey se enojó mucho contra Vitellozzo y empezó a considerarlo enemigo.

De modo general, el rey habría deseado que Vitellozzo y los Orsini fueran eliminados, porque pensaba que sería muy útil para la conservación de su estado que desaparecieran los capitanes italianos, así que al añadirse la aversión particular contra Vitellozzo se había reforzado en esa idea; por otra parte, a pesar de estar enfadado con el papa y el Valentino y desconfiar de ellos, sin embargo, habiéndose enemistado con los españoles en el reino de Nápoles, como diré más adelante, pensaba que reconciliándose podría valerse de ellos en aquel estado; y por último temía que si seguían siendo enemigos podrían perjudicarlo en lo del reino y a lo mejor podría concertarse una alianza entre el papa, el rey de España y los venecianos, que lo pondría en graves dificultades. Por esto, especialmente por consejo del cardenal de Rouen, con quien el papa se mantenía en buenas relaciones —lo había nombrado delegado suyo al otro lado de los Alpes y había conferido dignidades eclesiásticas a sus sobrinos—, se concertó un convenio y una alianza entre ellos, con el cual el rey permitía al Valentino apoderarse de Bolonia, Perusa y Cittá di Castello, y el papa le prometía todos los apoyos posibles en el reino. Así que habiendo regresado el Valentino a Romagna y preparándose para la empresa de Bolonia, en cuanto se enteraron de esto Vitellozzo, los Orsini y su bando, sin saber todavía nada de lo que se había decidido acerca de sus estados, pensaron que si el Valentino tomaba Bolonia, todos ellos quedarían a su disposición, así que se reunieron y decidieron luchar para detener el poderío del Valentino antes de que creciera demasiado. En esta convención participaron Giovanni Bentivogli, por el peligro que lo amenazaba y por su interés, y además porque acababa de

emparentarse con los Orsini, luego Pandolfo Petrucci, Giampaolo Baglioni, los Orsini, Vitellozzo, Liverotto de Fermo y el duque Guidobaldo de Urbino, a quien prometieron devolver y proteger su estado. De este modo, al prenderse la mecha de un nuevo incendio, en Florencia se redujo mucho el miedo al Valentino, así como a Vitellozzo y a los otros.

En este tiempo, de acuerdo con la deliberación tomada en agosto, llegó el momento de nombrar al gonfalonero vitalicio. En la reunión del Consejo Grande, en donde intervinieron más de dos mil ciudadanos, se efectuó la designación nominal en la que cada uno señaló al que quería, y se sometieron a votación los designados, que fueron más de doscientos. En el primer escrutinio ganaron sólo tres: Antonio Malegonnelle, Giocchino Guasconi y Piero Soderini; sometidos a la segunda votación, ganó únicamente Piero Soderini, quien, presentándose solo en la tercera votación, resultó el ganador; de manera que, aunque los presentes no descubrieran quién iba a ser nombrado, de todos modos pudieron adivinarlo, pues en la segunda y tercera rondas se presentó tan sólo él; y así Piero de Tommaso Soderini, quien casi tenía cincuenta años, pero no cumplidos, fue nombrado gonfalonero de justicia vitalicio.

Las razones por las cuales Soderini fue preferido a todos los demás para este altísimo cargo fueron muchas: era de buena familia, aunque no muy numerosa y con poca parentela, era rico y sin hijos, tenía fama de ser un ciudadano experimentado y valiente, se le consideraba amante del pueblo y del Consejo Grande y sabía hablar. Agréguese que desde 1494 había trabajado incansablemente en los asuntos de estado, y mientras que otros ciudadanos, tan destacados como él, habían rehuido los problemas y los encargos, él siempre los aceptó y desempeñó todas las veces que lo nombraron, con lo que se había ganado la reputación de buen ciudadano y amante de la cosa pública; además la gente, viendo que lo utilizaban más que a otros, y no

sabiendo que esto se debía a que los ciudadanos de su categoría rechazaban los encargos, creía que dependía de que él era más activo que los demás. Añádase el apoyo que le dieron Alamanno y Iácopo Salviati, quienes tenían muchos parientes y amigos y gozaban del afecto y la estimación del pueblo, y no teniendo todavía la edad requerida, se dedicaron con todas sus fuerzas a impulsar la elección de Piero Soderini, no por el parentesco y la íntima amistad que los ligaban a él, sino porque estaban convencidos de que su nombramiento sería muy beneficioso para Florencia; y este apoyo fue tan eficaz que seguramente una cuarta parte de los votos favorables se debió a ellos. Su nombramiento se llevó a cabo mientras él estaba ausente, todavía comisionado en Arezzo con Antonio Giacomini, porque Luca de Antonio de los Albizzi había fallecido en esos días y fue sustituido más tarde por Alamanno Salviati; al recibir la noticia de su nombramiento, salió para Casentino y pocos días después llegó a Florencia, donde se quedó en su casa hasta que fue presentado oficialmente.

En este tiempo los Orsini, Vitelli y los otros asociados se reunieron en la Magione, en el territorio de… y después de concertar y hacer del conocimiento público su nueva alianza y colaboración, se dirigieron al estado de Urbino, lo recuperaron sin mucho esfuerzo y lo devolvieron a su antiguo señor. El papa y el Valentino se alarmaron por este ataque y buscando parar el golpe informaron de inmediato a Francia solicitando ayuda; reunieron todas las tropas de infantería y caballería que pudieron, y pidieron con insistencia a Florencia que se aliara con ellos y les diera su apoyo. También por parte de los otros aliados se hicieron muchas solicitudes por conducto de Pandolfo Petrucci, ofreciendo algunas ventajas en lo de Pisa; para aclarar este punto se envió en secreto a Siena a Antonio de Colle y, resultando que en realidad no estaban autorizados para hacer ese ofrecimiento, Florencia decidió permanecer neutral hasta que se

conocieran claramente las intenciones del rey de Francia. Y como se suponía que se inclinaría en favor del Valentino, los Diez, para entretenerlo mientras tanto con entrevistas, le enviaron a Imola, donde se encontraba, a Niccolò Machiavelli, a la sazón secretario de esa magistratura, mientras que a Roma fue enviado Alessandro Bracci, hombre muy ducho en estos menesteres, para que entretuviera al papa hasta que pudiera salir para allá Giovan Vittorio Soderini, que había sido escogido como embajador.

En ese mismo tiempo Florencia, viéndose desprotegida, contrató como capitán general al marqués de Mantua, Gianfrancesco Gonzaga, quien el día en que se aprobó su contrato estaba en Milán, camino a Francia, recién reconciliado con el rey de este lugar después de haber sido por mucho tiempo su enemigo; pero el rey, que no confiaba enteramente en él, vio con malos ojos este contrato, porque se imaginaba que el poner las fuerzas de nuestra ciudad en manos del marqués podría en alguna circunstancia ocasionarle perjuicio. Por consiguiente, el rey y el cardenal de Rouen dijeron a Luigi de la Stufa, único embajador que entonces teníamos allá, pues Francesco Gualterotti todavía no cruzaba los Alpes, que su deseo era que ese contrato no surtiera efecto, pero la cosa debía manejarse con tacto para que el marqués no se percatara de la causa, así que fue necesario inventar muchos pretextos para impedirlo, y en efecto el contrato no se realizó; sin embargo, el marqués llegó a saber que no se debía a una falta de nosotros, sino a la intromisión del rey.

Más adelante, el primero de noviembre, tomó posesión el nuevo gonfalonero de justicia, cosa en que se echaron de ver dos detalles insólitos y únicos: uno, que su nombramiento era vitalicio, y el otro que se le había asignado el cargo tan sólo dieciocho meses después de haberlo desempeñado anteriormente, ya que según la ley ordinaria de Florencia entre

un nombramiento y otro debían pasar cuando menos tres años. Después se presentó otra circunstancia también excepcional, porque durante su mandato algunos Soderini, parientes suyos, fueron miembros de la Señoría y de los colegios, mientras que antes estaba prohibido no sólo que dos de la misma familia se encontraran en algunos de los tres cargos más altos, sino que cuando una persona de cierto apellido había sido miembro de la Señoría ningún otro de sus consanguíneos podía serlo sino un año después de que aquél terminara su mandato, o seis meses después para el caso de los colegios. Empezó, como digo, con una enorme simpatía y estimación; toda la ciudad esperaba que la situación se volviera bonancible, y no nada más durante su mandato, sino que, al reformarse por su intervención el régimen, se estableciera una democracia tan buena y honrada que nuestra ciudad, en aquel entonces sacudida por oleajes amenazadores, pudiera disfrutar por largo tiempo.

Por lo que se refiere al gobierno interior de la ciudad, al crear un gonfalonero vitalicio ya se había establecido una buena base; pero como en los barcos no basta contar con un buen piloto si no están bien organizados todos los demás recursos que lo hacen navegar, del mismo modo no era suficiente para el bienestar de la ciudad el que se creara un gonfalonero vitalicio, que en este organismo realizara en cierta forma las funciones del piloto, si no se ponía orden en todos los medios necesarios para una república que quiera mantenerse libre y evitar los extremos de la tiranía y el libertinaje. Y como no puede ser considerado buen piloto de un barco quien no se preocupa por dotarlo de los elementos que hemos llamado necesarios, del mismo modo no podría ser considerado un buen gonfalonero vitalicio en esta ciudad quien no la dotara de los otros órganos necesarios y eliminara los inconvenientes ya mencionados.

En cuanto al exterior, la ciudad adolecía de dos males que la afectaban sustancialmente: uno era el problema de Pisa, que si

no se resolvía en el sentido de que volviera a ser nuestra, nunca nos dejaría tranquilos; el otro era representado por los Médicis, los cuales, a pesar de que parecían muy débiles, con pocos amigos y sin partidarios en Florencia, sin embargo, aun cuando se descartara que ellos por sí solos pudieran atacarnos y desbaratarnos, de todos modos por el poder que habían tenido en nuestra ciudad y en la provincia constituían un buen recurso con el cual nuestros enemigos nos podrían apalear con más facilidad. Además la ciudad tenía algún otro achaque más accidental que profundo: la enemistad con Vitellozzo, hombre tan inquieto y de tanta fama entre los militares —y además sostenido por ese bando de los Orsini, Petrucci y Baglioni— que a la fuerza teníamos que admitir que o nos reconciliábamos con él o lo destruíamos; de otro modo nos mantendría en permanentes recelos y sobresaltos; luego el poder y la ambición desmedida del papa y el duque Valentino, que nos causaban gran temor ya sea por las grandes fuerzas de la Iglesia, como también por la cercanía de los estados de Romagna; por último el hecho de que el Valentino era un hombre arrojado y con ejército en pie de guerra, mientras que nuestra ciudad se encontraba debilitada y en la ruina por el asunto de Pisa; éstos eran los males que todo el mundo podía ver y apreciar mejor. Se puede agregar también la potencia de los venecianos, que en aquel tiempo no atacaban ni se disponían a hacerlo; pero se debía tener presente que eran tan poderosos que si por muerte u otra causa el rey de Francia perdiera su dominio de Milán y Nápoles, toda Italia quedaría desprotegida y a disposición de ellos. Evidentemente esta calamidad era tan grave que la ciudad no podía por sí sola protegerse, pero tenía que hacer algo de su parte, incitando al rey de Francia contra ellos y manteniendo los ojos bien abiertos sobre la situación de Romagna, que no fuera a alterarse por la muerte del papa u otro acontecimiento. Por una parte no podíamos desestimar la posición de Francia con la cual

nuestra ciudad parecía estar en buenas relaciones, así como el hecho de que el rey y el cardenal de Rouen, en cuyas manos estaba todo el manejo de la política, nos veían con buenos ojos; por otra parte, debíamos estar persuadidos de que de los franceses, por su codicia, ligereza y presunción, podíamos obtener más problemas y muchísimos más gastos que utilidad.

Nuestra situación entonces estaba en los términos mencionados, pero como en ese tiempo los aliados y el Valentino causaban alboroto en Italia más que cualquier otro, ellos eran los que acaparaban los ánimos y los pensamientos de todos. La imprevista reconquista del estado de Urbino y el aumento del prestigio de Vitellozzo provocaron pánico en el Valentino, entonces en Imola, y en sus súbditos que, en opinión de muchos, si los aliados se hubiesen trasladado en seguida a Romagna habrían causado un gran desgarro y tal vez habrían conseguido una victoria absoluta y total; pero se demoraron muchísimo, o porque no era cosa fácil unificar las fuerzas de tanta gente, donde siempre surgen mil dificultades, o porque los entretuvieran con pláticas de paz, así que el Valentino tuvo tiempo, primero, de fortificar sus fortalezas y plazas y contratar caballerías e infanterías suficientes para defenderse, y luego esperar tranquilamente los auxilios de Francia, que se dirigían allá para ayudarlo en gran medida, pues el rey había escrito de inmediato al cardenal de Chaumont, que estaba en Milán, ordenándole que despachara a Romagna todas sus tropas y dando a entender que no escatimaría otra ayuda que hiciera falta. Por consiguiente los venecianos, que no se sabía a qué parte se irían a adherir, informaron al papa que estaban dispuestos a apoyarlo con todas las fuerzas disponibles; los florentinos decidieron que se unirían al papa o se quedarían neutrales.

Con esto los aliados se atemorizaron mucho e iniciaron contactos en vista de un acuerdo; al final los Orsini, Vitelli y su

bando concertaron un convenio por el cual se devolvía Urbino al Valentino y ellos regresaban a su sueldo; para Bolonia y las posesiones de Giovanni Bentivogli se formuló un compromiso. Pero esta cláusula fue redactada sin que Bentivogli supiera nada, así que él se enojó e hizo otro pacto por separado con el Valentino, en que se estipulaba que el Valentino ya no molestaría ese estado y recibiría durante cierto número de años una cantidad de dinero y de hombres de armas; así el Valentino, a pesar de que tenía a disposición un poderoso ejército integrado por sus propias tropas y las de los franceses que habían llegado a Romagna, optó por dejar en paz a Bolonia, o porque éste era el deseo del rey, o porque quería estar más libre para dedicarse a otras empresas, como lo demostraron los hechos sucesivos.

Poco después, fingiendo haberse reconciliado con los aliados, éstos —es decir, Vitellozzo, Paolo Orsini, Liverotto de Fermo y el duque de Gravina, que pertenecía a la familia Orsini— fueron a verlo en Sinigaglia; el Valentino mañosamente tenía más tropas que ellos, pues sin que lo supieran había contratado un gran número de guardias selectos y poco a poco había reunido caballos en cantidad que nadie había podido averiguar. Entonces los capturó y de inmediato, míseramente, mandó ahorcar en forma extraña y cruel a Vitellozo y Liverotto, y pocos días después a Paolo Orsini y al duque de Gravina. Al mismo tiempo el papa hizo detener en palacio al cardenal Orsini, a Rinaldo Orsini, arzobispo de Florencia, y a Iácopo de Santa Croce, noble romano y uno de los principales cabecillas del partido Orsini; al primero lo mandó matar y a los otros dos, después de mantenerlos encerrados durante algún tiempo, y quién sabe por qué, les devolvió su libertad.

De este modo acabaron Vitellozzo y aquel ejército que era considerado el más fuerte de toda Italia. Recordaré que su padre Niccolò tuvo cuatro hijos legítimos: Giovanni, Camillo, Paolo y Vitellozzo, quienes progresaron tanto en el arte militar que en

sus tiempos se les tenía por los primeros capitanes de Italia, de modo que todos se imaginaban que por la valentía de estos cuatro hermanos esa familia llegaría a tener una gran potencia y autoridad. Sin embargo, la suerte quiso que esos príncipes tan brillantes tuvieran un final muy feo: Giovanni, antes de 1494, siendo capitán del papa Inocencio en la batalla de Osimo, en las Marcas, fue muerto por un proyectil de artillería; Camillo, mientras militaba en el reino, a sueldo del rey Carlos VIII, en la expugnación de un castillo fue muerto por una piedra que le aventaron del muro; a Paolo le cortaron la cabeza y Vitellozzo fue ahorcado, así que todos, muy jóvenes todavía, acabaron en forma violenta.

Acerca de Liverotto diré que era de Fermo, de familia noble; y como era un militar muy valiente, con cierta reputación por ser cuñado de Vitellozzo y protegido por el partido de los Orsini, se propuso adueñarse del estado de Fermo; y como vio que no podía sin violencia, ordenó que en cierta fecha muchos soldados de confianza, cada uno por su cuenta y con el pretexto de otros asuntos, se encontraran en Fermo; en ese día, estando allí, invitó a su casa a Giovanni Frangiani, su tío, hombre de gran prestigio, y a otros ciudadanos notables de Fermo, y después de la comida con algunos serviles partidarios suyos los asesinó bárbaramente; luego hizo correrías por todo el territorio en su nombre, con el terror de todos los ciudadanos, que no se atrevieron a levantar la voz. Pero la justicia divina quiso que, como había cometido esta atrocidad el día de San Esteban de 1501, así en el mismo día de San Esteban, el año siguiente, fue privado de la vida por el duque Valentino en la forma que ya mencioné.

Después del asesinato de Sinigaglia, el duque se dirigió con su ejército hacia Cittá di Castello, donde se encontraban Giulio Vitelli, obispo del lugar y hermano bastardo de Vitellozzo, y algunos jovencitos, hijos de Giovanni, Camillo y Paolo, quienes

al oír que se acercaba, no teniendo fuerzas ni esperanzas, huyeron, y él, después de ocupar la plaza, se marchó en el acto a Perusa, entrando en esta ciudad sin encontrar resistencia, porque Giampaolo Baglioni, no teniendo con qué oponerse, había huido. Luego se marchó hacia Siena, con el pretexto de sacar de allí a su enemigo Pandolfo Petrucci, pero en realidad era para sondear si podía apoderarse de la ciudad; pero los habitantes se defendieron valerosamente, de modo que Siena quedó como estaba y Pandolfo tuvo que irse, refugiándose en Pisa; de todos modos el gobierno quedó en manos de sus amigos y partidarios, de modo que se puede decir que lo mantenían en el destierro contra su voluntad y tan sólo para evitar la guerra con el Valentino, estando él de acuerdo con esta solución.

Luego el Valentino entró en el territorio de Roma para someter los dominios de los Orsini y en poco tiempo los ocupó por completo, exceptuando unas plazas de Gian Giordano Orsini. En este tiempo Florencia, por conducto de Giovan Vittorio Soderini, nuestro embajador en Roma, había iniciado negociaciones con el papa; al mismo tiempo nombró a Piero Guicciardini embajador ante el Valentino; pero como aquél se excusó, fue enviado Iácopo Salviati, en el tiempo en que el Valentino estaba todavía cerca de nuestras fronteras y no se había adentrado en el territorio de Roma. Por fin, después de muchas discusiones y cuando ya estaban casi listas y afinadas las varias cláusulas, no se llegó a cerrar el acuerdo, en parte porque el papa pedía condiciones irrazonables, y en parte porque nosotros queríamos antes averiguar las intenciones del rey de Francia.

XXIV. RIVALIDAD ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN ITALIA. ELECCIÓN DE JULIO II

(1503)

Siguió el año de 1503, en el cual se produjo un grandísimo trastorno en la situación de Italia. Al principio del año Florencia deseaba armarse, y con tropas francesas para tener más prestigio; como el rey de Francia y el cardenal de Rouen eran favorables, por conducto de nuestros embajadores en Francia, el cardenal Soderini y Alessandro de Francesco Nasi, se contrató a un capitán francés llamado Baglí de Cane (Balí de Caen), hombre valiente y con buena reputación en el arte militar. Su contrato incluía cien lanzas, cincuenta de las cuales serían pagadas por Florencia y las otras cincuenta corrían por cuenta del rey; se hizo esto porque se consideraba que tratándose de franceses, el papa y el Valentino serían más prudentes antes de atacarnos. De este modo se iban balanceando las situaciones italianas, cuando en el reino de Nápoles se produjo un acontecimiento de enorme importancia.

Entre franceses y españoles había surgido una controversia acerca de la aduana de Puglia y, al no lograr ponerse de acuerdo con negociaciones, acudieron a las armas; los franceses, más fuertes y numerosos, ocuparon casi toda Calabria; pero luego el rey de España envió nuevas tropas a las órdenes de su general Consalvo Ferrando (Gonzalo Fernández de Córdova), hombre de gran arrojo, y empezaron a esfumarse las ventajas y emparejarse las operaciones. Entonces el duque de Borgoña, Felipe, hijo de Maximiliano, rey de los romanos, y yerno del rey de España, viajó personalmente a Francia para tratar con el rey; negoció y esbozó un tratado entre los dos soberanos en virtud

del cual cesarían las hostilidades y ambas partes depondrían las armas, pero el rey de España, quien tenía que ratificar lo que su yerno había arreglado en nombre de él, empezó a encontrar pretextos fútiles, de modo que Consalvo se enfrentó en batalla campal a los franceses en el territorio del reino y los derrotó. Luego, siguiendo de victoria en victoria, en pocos días conquistó Nápoles y todo el reino, expugnando con gran habilidad y gloria las fortalezas de Nápoles que se consideraban inconquistables; y así todo cayó en sus manos con excepción de Gaeta, en la que se refugió una parte de las tropas francesas.

El rey se enfadó terriblemente por este desastre, y España en seguida presentó sus disculpas e intentó reanudar las negociaciones para llegar a un acuerdo; pero todo quedó en palabras, así que el rey decidió hacer un gran esfuerzo, organizar una campaña en verdad poderosa y tratar de recuperar su estado y su honor, así como vengar la ofensa que se le había hecho a espaldas de las promesas de arreglo.

En ese tiempo había surgido cierta desavenencia entre él y el papa, que tal vez tenía orígenes más profundos debido a que el rey empezaba a desconfiar y preocuparse por la potencia de aquél; pero las razones oficiales fueron que el rey, después de la muerte de los Orsini, había escrito al papa y al Valentino pidiendo que no se tocara por ningún motivo el estado de Gian Giordano Orsini, que era uno de sus capitanes; pero ellos, después de desbaratar los estados de los otros Orsini, con excepción de Pitigliano, pusieron cerco a ciertos castillos de Gian Giordano; por ello, el rey tomó tan a pecho el asunto y con cartas y delegados hizo tanta presión que después de muchas protestas del papa y del Valentino llegaron a un acuerdo por el cual las plazas disputadas quedarían confiadas al propio rey.

Además el Valentino, que estaba obligado a trasladarse en el reino para ayudar a los franceses, se retrasó tanto que se produjo

la derrota ya mencionada, cosa que agradó mucho al papa y a él, porque confiaban en que ese cambio los iba a favorecer. Por esto el rey empezó a sospechar que aquéllos pensaban pactar con España, y se convenció de que si pudiera disponer de Toscana, esto le ayudaría mucho para la seguridad de sus estados, así que propuso una alianza con Florencia, Siena y Bolonia. Con este propósito tomó contacto con nuestra ciudad, que se mostró favorable a su iniciativa, y apoyó el regreso de Pandolfo Petrucci al gobierno de Siena; cosa que resultó muy fácil porque los amigos de Pandolfo, que tenían en sus manos el estado de Siena, en cuanto se enteraron de la intención del rey y del apoyo que recibirían de Florencia, olvidaron el miedo que le tenían al papa y al Valentino, y en forma pacífica, sin tumultos, lo reinstalaron en Siena. Éste, al principio, prometió con mucho calor al rey y a Florencia que al regresar a Siena nos devolvería Montepulciano, pero no lo hizo, con el pretexto, principalmente, de que no dependía de él sino de la población, que no lo aceptaría nunca, y por lo tanto había que esperar alguna oportunidad, y en cuanto ésta se presentara, nos la devolvería con mucho gusto; y con estas evasivas aplazó tanto las cosas que mientras tanto cambió toda la situación.

En este tiempo Florencia, con su ejército ya reorganizado, se dedicó a destruir los sembradíos de los pisanos, quienes enviaron delegados al papa y al Valentino y recibieron de ellos alguna ayuda en dinero y tropas de infantería; de todos modos los destrozos fueron efectuados casi en todas partes, bajo la dirección del comisario Antonio Giacomini, que en ese tiempo superaba a todos los demás ciudadanos en ese tipo de actividades. Sin embargo no faltaba quien, por mar, proporcionara abastecimientos a los pisanos, así que los resultados no eran los que se esperaban, ya que, a pesar de que se producía cierta escasez y complicación en el aprovisionamiento, de todos modos la terquedad de los pisanos

era tan empecinada que no era difícil imaginar que aguantarían cualquier cosa antes que volver a someterse a Florencia, y que no serían las dificultades y la escasez de alimentos lo que los abatiría, sino tan sólo la ineludibilidad y la violencia. En ese año, o tal vez en el siguiente, se recuperaron Vicopisano y Ripafratta, y casi de casualidad se ocupó Verrucola, que durante esta guerra había quedado siempre en poder de los pisanos; allí se proyectó y se empezó a construir una poderosa fortaleza.

En ese tiempo el papa nombró muchos cardenales, entre ellos a Francesco Soderini, obispo de Volterra y hermano del gonfalonero, una persona que por su edad —se acercaba a los cincuenta años—, por haber estado mucho tiempo en la corte, por ser muy culto y de mucho talento en las cosas de este mundo y muy morigerado en comparación con los otros eclesiásticos, sí merecía ese honor. Sin embargo, no lo debió a estos merecimientos, sino que lo adquirió aparentemente por cierto apoyo del rey de Francia y de Florencia, pero en realidad lo compró con una buena suma de dinero, pues así acostumbraba entonces el papa; y Soderini, muy respetable en otros aspectos, en cuanto a dinero era de una avaricia desmesurada e inconstante respecto a cualquier consideración, y para él no había cumplimiento de palabra ni escrúpulos de conciencia.

Durante este tiempo el rey había organizado un ejército poderoso con más de mil quinientas lanzas francesas y quince mil soldados de infantería, en gran parte suizos, y lo envió a Italia bajo las órdenes del cardenal de la Trémouille, a quien había nombrado capitán general y era el más famoso entre los capitanes franceses; luego pidió al marqués de Mantua que participara personalmente, y solicitó otras tropas a Ferrara, Bolonia y Siena; nosotros le enviamos a Balí de Caen con sus cien lanzas, para que esta gente no encontrara obstáculos, considerando que había tres cosas que podían impedirle ganar;

es decir, un gran contingente de soldados enviados por el rey de España, un apoyo por parte de los venecianos o una alianza con el papa y el Valentino; a fin de desviar las fuerzas de España organizó otro ejército igualmente poderoso y lo envió a Languedoc para atacar a los españoles, con el objeto de que, obligados a defenderse en esa zona, descuidaran el problema de Nápoles; a los venecianos, para entretenerlos, envió al griego Constantino Lascaris, que había enseñado griego en Florencia y luego, en 1494, se había marchado a Francia, donde tenía la protección del cardenal de Rouen; en Roma había encargado a sus embajadores que presionaran al papa para que aclarara sus intenciones. Pero no pudo sacar más que contestaciones nebulosas y ambiguas, porque el papa y el Valentino, muy taimados, consideraban que por una parte el favor del rey les había permitido conquistar muchos estados: el de los Colonna, Imola, Forli, Faenza, Rimini, Pésaro, los estados de Romagna, el ducado de Urbino, Camerino, Fermo, gran parte de la Marca, Perusa, Piombino, los estados de los Orsini y Cittá di Castello, pero ya no podrían disfrutarlo para adueñarse de otros porque ésa era la voluntad del rey, de la que habían tenido que enterarse primero con referencia a nuestro estado, y luego en lo de Bolonia, del estado de Gian Giordano y de Siena; además temían que si el rey hubiese ganado la campaña del reino de Nápoles, ellos y toda Italia quedarían a su disposición, mientras que si, en cambio, se pusieran de acuerdo con los españoles, éstos les harían jugosas concesiones y los apoyarían en la conquista de Siena, Bolonia y de nuestro estado, así que se inclinaban a abandonar la amistad del rey de Francia; por otra parte, si se fijaban en el enorme poderío de su ejército y los impresionantes dispositivos bélicos con que venía a Italia, y en el hecho, cada día más evidente, de que los venecianos, si bien deseaban que ganara el rey de España, se quedarían neutrales o cuando mucho enviarían a éste auxilios pequeños y ocultos, les

parecía que se iban a meter en un peligro demasiado grave. Pero teniendo en cuenta el poderío del ejército español que tenía ocupado el reino, el hecho de que su capitán era nada menos que Consalvo Ferrante, hombre de gran arrojo y reputación, el de que tenía a su servicio a los Colonna, además de que se esperaba de España un fuerte contingente de tropas inmutables ante el peligro —que más tarde en efecto llegó—, y luego la noticia de que estaban contratando o habían contratado a Bartolomeo de Alviano Orsini, considerado como uno de los más esforzados capitanes de Italia, quien había dejado el servicio de los venecianos, o por no estar de acuerdo con las compensaciones o porque con este pretexto los venecianos lo querían facilitar al rey de España sin responsabilizarse oficialmente, al papa y al Valentino les parecía que sumando sus tropas a este ejército, de por sí tan poderoso, estaba a la vista la oportunidad de grandes victorias; todo esto, bien evaluado, debió de inclinarlos, arrastrados también por su ambición que crecía con el aumento de sus posesiones, a romper las relaciones con Francia para aliarse con España; cuando, inesperadamente, en el mes de (agosto) el papa falleció.

Acerca de la causa de su muerte circularon varias versiones, pero la mayoría coincidió en que se debió a veneno, porque, habiendo organizado un banquete en un jardín en que planeaba envenenar a ciertos cardenales para vender después sus cargos y beneficios, y habiendo llegado él y el Valentino muy temprano, antes de que llegaran los alimentos, como hacía mucho calor pidieron algo de beber, y no habiendo otro vino, alguien que no estaba al tanto les sirvió el que tenía veneno, que ellos tomaron despreocupadamente y se envenenaron. Que ésta haya sido la verdadera causa está confirmado por el hecho de que el papa murió en la misma noche, o al día siguiente, mientras que el Valentino y los otros que estaban con ellos cayeron en enfermedades largas y peligrosas, con síntomas de

envenenamiento, y no murieron porque eran muy jóvenes y el veneno no actuó en la forma acostumbrada, como lo hizo con el papa que era muy grande, y así pudieron salvarse.

Así murió el papa Alejandro VI, en el vértice de la gloria y la dicha, y en cuanto a su naturaleza hay que admitir que fue un hombre muy valiente, de mucha inteligencia y coraje, como lo demuestran sus métodos y actividades; pero como el modo de subir al papado fue deshonesto y vergonzoso, pues compró con dinero ese altísimo cargo, su actuación no podía ir en contra de un inicio tan inmoral. En él se encontraban, y en forma desmedida, todos los vicios del cuerpo y del alma, y en la administración de la Iglesia utilizó los peores métodos que uno pueda imaginar; fue exageradamente lujurioso, con uno y otro sexo, pues mantenía sin reservas a hembras y muchachos, aunque sobre todo a mujeres, y en esto fue tan inmoderado que según la opinión pública llegó a acostarse con su hija Lucrecia, a quien quería con pasión; fue sumamente avaro, no en conservar lo que conseguía, sino en acumular nuevas riquezas, y cuando vislumbraba la posibilidad de sacar dinero no tenía contemplaciones; en sus tiempos todo se vendía como en subasta: beneficios, dispensas, indultos, obispados, cardenalatos y todos los cargos de su corte, para lo cual tenía a dos o tres personas de absoluta confianza y muy taimados, que los entregaban a quienes ofrecían más.

Mandó envenenar a muchos cardenales y prelados, incluso cuando eran sus amigos íntimos, si los veía en posesión de muchos beneficios o llegaba a saber que en sus casas habían acumulado muchas riquezas, para quitárselas. Fue muy cruel, pues por orden suya muchos fueron salvajemente asesinados; y su ingratitud no fue menor, porque provocó la ruina de los Sforza y los Colonna, que lo habían apoyado para llegar a papa. No tenía consideración para nada, ni fe en la palabra dada; prometía en abundancia, pero no cumplía sino en la medida en

que le resultara provechosa; no le importaba nada de la justicia, al punto de que en sus tiempos Roma se había vuelto una cueva de ladrones y asesinos; su ambición fue desmesurada, pues entre más ganaba y aumentaba sus posesiones, más crecía; sin embargo, sus delitos no fueron castigados en este mundo y hasta el último momento fue dichoso.

Era todavía muy joven, casi un niño, cuando su tío, el papa Calixto III, lo nombró cardenal y luego vicecanciller, cargo en que permaneció hasta que fue elegido papa, con muchos ingresos, reputación y tranquilidad. Cuando fue nombrado papa, hizo cardenal a César, su hijo bastardo y en ese entonces obispo de Pamplona, contra todos los ordenamientos y decretos de la Iglesia, que prohíben nombrar cardenal a un bastardo, incluso con dispensa papal, demostrando con testigos falsos que era legítimo. Luego lo redujo al estado laico y le quitó el capelo; se dedicó entonces a consolidar su estado y con frecuencia logró mucho más de lo que se había propuesto; empezó en Roma, desbaratando a los Orsini, los Colonna y los Savelli, y todos los varones romanos a quienes los pontífices anteriores tenían un gran miedo, así que llegó a ser el dueño absoluto de Roma como ningún otro papa lo había sido; con gran facilidad adquirió las señorías de Romagna, de la Marca y el ducado, constituyendo un estado muy sólido y poderoso, tanto que los florentinos lo temían, los venecianos recelaban y el rey de Francia lo respetaba. Con el ejército que organizó demostró cuán grande podía ser la potencia de un pontífice al tener a su servicio un capitán esforzado en quien pudiera confiar; a últimas fechas había llegado a una situación tal que se le consideraba árbitro de la guerra entre Francia y España; en una palabra fue tal vez el papa mucho más malo y, al mismo tiempo, el más afortunado que haya podido existir durante muchos siglos.

Al morir Alejandro VI se formularon nuevos conceptos del papado y los príncipes idearon nuevos propósitos; de modo

especial el cardenal de Rouen avivó sus esperanzas, pues calculaba que habiendo en el colegio de cardenales varios franceses y bastantes italianos dependientes del rey de Francia, y además estando en Italia un poderoso ejército francés, con seguridad sería elegido papa, cargo al cual tenía muchos años de aspirar. Y como sabía que el cardenal Ascanio Sforza tenía mucho prestigio y muchos amigos en el colegio, unos meses antes había obtenido del rey que para este propósito lo sacara de la cárcel y lo mantuviera en la corte con muchos honores; al llegar la noticia de la muerte de Alejandro VI, el cardenal Ascanio lo fue a ver manifestándole su gran deseo de que lograra ese nombramiento, y lo convenció de que, sumando su propio prestigio y sus amistades al crédito que el cardenal de Rouen tenía normalmente en Roma por influencia del rey de Francia, el asunto no presentaba dificultades. Con esta esperanza, el cardenal de Rouen se marchó a Italia para participar en la nueva elección, llevando al cardenal Ascanio, después de obligarlo a jurar que en cuanto así lo indicara u ordenara el rey regresaría a Francia. Llegaron ellos con cierto retraso, pero como se esperaba a los cardenales ausentes hubo en Roma tanta demora que alcanzaron a entrar en el cónclave; en los días que pasaron por Florencia transitaban por allá muchas tropas francesas con el marqués de Mantua y el cardenal de Trémouille, a quien se trató con muchos honores, inclusive enviando a Alamanno Salviati a recibirlo hasta Parma.

En cuanto llegaron, los cardenales, unos treinta y ocho, entraron en cónclave y se efectuó el escrutinio, en el cual, después de muchas discusiones y maniobras, quedaron frustradas las esperanzas del cardenal Rouen, porque además de la oposición de los cardenales españoles, que eran once, lo rechazaron todos los del mismo cargo que no tenían compromisos, así que no le quedó más que el apoyo de los cardenales franceses, los italianos súbditos del rey, los cardenales

Soderini y Médicis y unos cuantos más que estaban obligados al rey, que en total no llegaban a la tercera parte. Perdida la esperanza para él, insistió en que se nombrara al cardenal de Santa Prassede, originario de Génova, que por haber sido amigo de Alejandro VI era del agrado de muchos cardenales españoles; pero a esta propuesta se opusieron, entre otros, los cardenales Ascanio y Médicis, así que después de doce días de discusiones fue escogido Francesco Piccolomini, cardenal de Siena, persona ya grande, de buenas costumbres y buen carácter, quien, en memoria de su tío Pío II, asumió el nombre de Pío III. Terminada la elección, las tropas francesas que todavía no cruzaban el Tíber se pusieron en camino hacia el reino; el cardenal de Trémouille, por estar enfermo o por alguna otra razón, se regresó, así que el cuidado y la dirección de todo el ejército quedó en manos del marqués de Mantua.

Después de la muerte de Alejandro VI, el Valentino, que estaba enfermo, se quedó muchos días con su gente en Roma, y se cree que trataba de presionar para que se creara un papa a su gusto; luego, habiendo mejorado un poco, o siguiendo otros planes, salió de Roma con la intención de ir a Romagna, pero su enfermedad volvió a empeorar, así que tuvo que detenerse en Civita Castellana. Mientras tanto, los Vitelli habían regresado a Castello, Giampaolo Banglioni a Perusa, el duque Guidobaldo de Montefeltro a Urbino, y los Orsini a sus estados; en Piombino entraron tropas y comisarios en nombre de nuestra ciudad, y a pesar de que hubieran podido conservar para nosotros esa plaza, por encargo oficial la devolvieron a su dueño. Sólo los estados de Romagna se mantuvieron fieles, y en éstos de seguro el Valentino habría podido consolidarse si no hubiera estado enfermo, porque había confiado el gobierno de dichos estados a personas que los habían administrado con tanta justicia y honradez que se había granjeado su afecto; también lo habrían apoyado en esto los florentinos, quienes temían que los

venecianos se apoderaran de algunos de esos territorios. Pero como no pudo llegar a esa región por su enfermedad, Pésaro y Rimini volvieron a llamar a sus antiguos señores, mientras que Imola y Forli se entregaron al nuevo papa, a pesar de que la ciudadela había estado por mucho tiempo en manos de un alcaide español que planeaba entregarla con algún provecho personal.

Quedaba Faenza, en la cual los venecianos estaban en trato con los habitantes y el alcaide; también los florentinos estaban negociando en favor de algunos miembros de la familia Manfredi que habían quedado allá, no tanto por el afecto que tuvieran a éstos como para impedir que cayera en manos de los venecianos; y para este fin habían enviado a Giovan Battista Ridolfi a Castrocaro en calidad de comisario; y a últimas fechas las negociaciones habían llegado a tal punto —aunque yo desconozco los detalles porque en aquel tiempo no estaba en Florencia— que con pocos gastos los florentinos habrían podido hacer lo que querían con esa ciudad, y en efecto muchos ciudadanos experimentados aconsejaban que se llegara a un arreglo para impedir que los venecianos se adueñaran de aquella ciudad, misma que les proporcionaría muchas ventajas en los problemas de Romagna y en relación con nosotros, porque estaba cerca de nuestra frontera y a menos de treinta millas de Florencia. Al gonfalonero no le pareció, o porque le tenía mucha consideración a la Iglesia, o porque temía, infundadamente, verse envuelto en una nueva guerra con los venecianos, así que no llegando a un acuerdo, éstos acabaron por comprar la ciudadela al alcaide y ocupar la ciudad; y en esos mismos días atemorizaron a Pandolfo Malatesta, señor de Rimini, hombre vil y de baja condición y voluble, y le compraron la ciudad compensándolo con una buena suma de dinero, el castillo de Cittadella en la zona de Padua y un contrato como capitán.

En este tiempo quedó nuevamente vacante la Sede Pontificia, porque el nuevo papa, viejo y enfermizo, falleció aproximadamente un mes después de su elección; ahora bien, en esta ocasión, al retirar su candidatura el cardenal de Rouen, había habido mucho forcejeo entre el cardenal de San Pietro in Vinculis y el de Santa Prassede; en el nuevo cónclave fue elegido el primero, de nombre Giuliano, originario de Savona y sobrino de Sixto IV, quien lo había hecho cardenal, y asumió el nombre de Julio II. La pérdida de Faenza y Rimini provocó la ira de éste, pero en balde, porque los venecianos no la habían comprado para devolvérsela; y como estaban enfadados se abstuvieron más de un año antes de enviarle delegados a prometerle obediencia.

Florencia inmediatamente envió a seis delegados para protestar obediencia: Cosimo de los Pazzi, el obispo Arezzo, Guglielmo Capponi, protonotario y maestro de Altopascio y amigo del papa, Antonio Malegonnelle, Francesco Girolamo, Tommaso de Paolantonio Soderini y Matteo Strozzi, en cuya selección se buscó que hubiera personas de prestigio y sobre todo hombres ricos, que pudieran desempeñarse con el decoro que exigía ese tipo de encargo. Éstos, después de jurar obediencia, devolvieron al papa la ciudad de Citerna, que había sido de los Vitelli; luego había pasado a poder del Valentino y, por último, después de la muerte de Alejandro VI, se había entregado a los florentinos; pero como jurídicamente pertenecía a la Iglesia, el papa la exigió, y Florencia, para no provocar enemistades por una cosa de poca importancia y con el fin de que no se enojara aún más con los venecianos, accedió sin dificultad.

Mientras tanto Baglioni y los Orsini habían ido a buscar al Valentino para matarlo, pero éste, no teniendo otro recurso y todavía enfermo, se había retirado a Roma, donde colaboró con los cardenales españoles en la elección del cardenal de San Pietro in Vinculis, quien le hizo grandes promesas, así que aquél fue a

ponerse en sus manos; pero no consiguió nada, y después de algunos meses de cárcel se fugó y se refugió en Nápoles con Consalvo, quien lo recibió amistosamente, pero luego lo encerró y lo envió como prisionero a España; allí quedó en la cárcel por más de un año y luego de nuevo se escapó yendo con sus parientes a Navarra, donde en una batalla fue copado, atacado y muerto.

Mientras tanto los franceses habían entrado en el reino, y como el marqués de Mantua, enfermo, había regresado a su ciudad, el ejército, bajo las órdenes de capitanes franceses, llegó al río Garigliano, donde Consalvo había organizado una línea defensiva para cortarle el paso. Allí se quedaron muchos días sin lograr nada, y entonces, como acostumbran cuando encuentran algún obstáculo, empezaron a desorganizarse y dispersarse por acá y por allá; entonces Consalvo, viendo que ésa era su oportunidad, los atacó y les infligió una gravísima derrota. En esta batalla fue muy elogiado el valor de los italianos, especialmente de las tropas de los Colonna y de Bartolomeo de Alviano; una parte de los franceses huyó a Gacta, y entre ellos estaba Piero de Médicis, quien al cruzar el Garigliano pereció ahogado; pocos días después los franceses encerrados en Gaeta, viéndose sin esperanzas de auxilio, pactaron el respeto de sus vidas y entregaron la ciudad a Consalvo, así que todo el reino quedó en manos del rey de España, y la fama de Consalvo, llamado el Gran Capitán, creció de manera que en toda Italia no se hablaba más que de él y se le tenía miedo y respeto.

La suerte del rey de Francia no fue mejor al otro lado de los Alpes, porque en Salsas y en Languedoc su ejército fue barrido por los españoles; por lo cual, muy enojado y convencido de que en gran parte esos reveses se debían a la desorganización de su gente, decidió que en lo sucesivo estaría en persona en todas las empresas que fuera a realizar, mientras que antes las había manejado por conducto de sus capitanes; así, siendo muy

castigada y debilitada la potencia del rey, y abatidos en Italia sus amigos y súbditos, todos estaban convencidos de que si Consalvo hubiese seguido adelante con su ejército, con el apoyo económico de los mismos italianos habría echado por tierra el dominio francés en toda Italia. Pero él, por no pensar en esta posibilidad, o por alguna otra razón o finalidad que no conocemos, después de conquistar todo el reino, excepto algunos puertos que estaban en poder de los venecianos, con quienes mantenía buenas relaciones, suspendió las operaciones, y así, poco tiempo después, se firmó una tregua entre Francia y España, y se empezó a negociar un acuerdo que, como veremos, fue efectivo.

XXV. LA EMPRESA DE PISA

(1504)

Llegó luego el año de 1504, y al principio empezaron a manifestarse nuevos desasosiegos en los ciudadanos. Ya hablé ampliamente acerca de las razones que llevaron a la creación de un gonfalonero vitalicio, y cómo el pueblo apoyó con entusiasmo a Piero Soderini, con el apoyo de muchos ciudadanos importantes, en especial de Alamanno y Iácopo Salviati; ahora diré algo sobre los resultados, que en gran parte no respondieron a esa elección. En efecto, Soderini tal vez se imaginó que si dejaba en manos de los ciudadanos importantes la dirección de los asuntos principales, ellos, por experimentados y respetados, tomarían decisiones acordes a su criterio y no se plegarían a su voluntad sino en el caso de que las opiniones de ambas partes coincidieran, mientras que hombres menos hábiles y talentosos, cuando se tratara de buscar nuevas soluciones, se dejarían convencer y manejar por él; así que, movido por la ambición, o tal vez sospechando, sin fundamento, que si aquellos ciudadanos cobraban fuerza, planearían restringir el gobierno y sacarlo de ese cargo que le habían ayudado a conseguir, o preocupado por ambos motivos, la ambición y los recelos, empezó a reducir la frecuencia con que solía proponer los asuntos públicos en esas reuniones técnicas, ya que en ellas tendrían que participar los ciudadanos más connotados; y cuando lo hacía, si ellos llegaban a una conclusión contraria a la suya, no daba curso a los trámites y se las arreglaba para que se hiciera lo que él quería. Para ello tenía el camino libre de estorbos porque, en cuanto fue nombrado, la masa —ya segura de que con un timonel bien puesto en palacio la ciudad no iría a la ruina— casi siempre nombraba como miembros de la Señoría a hombres débiles y de

tal carácter que se dejaban guiar por él, así que por lo general o todos le seguían la corriente o por lo menos nunca le faltaban los seis votos necesarios. De este mismo tiempo eran los colegios, y también el nombramiento de los Diez había empezado a ser menos riguroso; igualmente para los Ochenta, de modo que lo que no lograba hacer aprobar en las reuniones técnicas lo proponía a estas otras magistraturas, así que en forma indirecta, con el apoyo de ésta o de aquélla, casi siempre obtenía su propósito.

Agréguese que cuando él tomó posesión encontró la ciudad abrumada de gastos y gravámenes, con una administración económica desastrosa y la situación del Monte gravemente revuelta; en cambio, con él los gastos habían sido recortados enérgicamente, el Monte pagaba intereses más altos y los gravámenes iban poco a poco reduciéndose. Todo esto se debía principalmente a su meticulosidad, pues él había tomado a su cargo el manejo del dinero y lo administraba con diligencia y una extremada parquedad —que en él era natural, incluso en sus asuntos privados, a pesar de que era riquísimo y sin hijos— recortando muchísimos gastos. Claro que también la suerte lo ayudaba, porque la ciudad, al no estar ya con la preocupación continua por el papa, el Valentino, los Vitelli y los Orsini, había dejado de hacer muchos gastos que antes eran necesarios; de este modo, habiendo mejorado la ciudad en tres aspectos que agradaban mucho a la masa: las magistraturas con la base más amplia que jamás habían tenido, el Monte que cada día mejoraba su situación, y los gravámenes que seguían disminuyendo, su gobierno conseguía con facilidad los aplausos generales.

Además algunos ciudadanos importantes y algunos jóvenes que iban adquiriendo prestigio se habían entregado a él en alma y cuerpo, unos por ambición, otros para crecer a su sombra, otros más por diversas razones; por ejemplo, Francesco

Gualterotti, quien luego se peleó y se enemistó con él; Bernardo Nasi, Antonio Canigiani, Niccolò Valori, Alessandro Acciaiuoli, Alessandro Nasi, Francesco Pandolfini y otros de la misma clase; pero a la mayor parte de los otros ciudadanos experimentados, viejos y jóvenes, su gobierno no les agradaba, porque en su opinión al querer manejarlo todo personalmente y a su criterio se causaban dos males: el primero, como quedó demostrado con frecuencia, que cometía errores en perjuicio de la ciudad, y el segundo, que alejaba y reducía al silencio a los hombres de talento.

En cuanto a la administración de la justicia, él no se ocupaba para nada, de modo que en este aspecto, después de su nombramiento, la ciudad no sólo no había mejorado, sino empeorado y propasado; pero esta falla todavía no se notaba, o muy poco. Pero en este año se destapó, porque Tommaso Soderini, sobrino del gonfalonero, casó a una hijita suya con Pierfrancesco de Médicis, hijo de Lorenzo de Pierfrancesco, que había fallecido el año anterior; y como este parentesco fue arreglado no por conducto de los parientes y los hombres destacados, sino a escondidas mediante notarios, Giuliano Salviati, que era pariente de Pierfrancesco, y Alamanno y Iácopo Salviati se enfadaron y los Médicis, azuzados por ellos, hicieron pedazos el contrato y armaron tal escándalo que este parentesco quedó en el aire y no se efectuó.

Los Salviati estaban enojados con él porque no les gustaban sus métodos y porque después de haberlo apoyado y haber luchado para que alcanzara ese cargo, les parecía que estaba pagando con ingratitud, y de modo especial porque siendo Iácopo de Martino, su amigo íntimo, secretario de la corporación de los comerciantes, unos meses antes lo había cesado de su cargo con los consabidos seis votos de la Señoría. La razón fue la de castigar a los Salviati, porque veía que éstos tenían en el campo comercial a un hombre como Iácopo

(persona muy calificada y experimentada en esa magistratura, de modo que tenía mucho peso en las sentencias que se dictaban) y muchos ciudadanos que se ocupaban en esa actividad forzosamente debían tratar con ellos; él se justificaba afirmando que se rumoraba que querían adueñarse del gobierno y por lo tanto había tenido que quitarles ese poder en beneficio de la ciudad. De este modo Florencia empezó a dividirse: de un lado el gonfalonero Soderini y del otro muchas personas importantes, entre las cuales sobresalían los Salviati y después también Giovan Battista Ridolfi; sin embargo, como la masa y el Consejo Grande no daban importancia a estas cosas, esta división se manifestaba casi exclusivamente entre los hombres más importantes, en reuniones y en círculos limitados.

En esta época resurgió el interés por la recuperación de Pisa y, como se pensaba que era muy conveniente continuar destruyendo los sembradíos para doblegar a los pisanos con el hambre, se contrató a Ercole Bentivogli, Giampaolo Baglioni y algunos de los Colonna y Savelli, se les asignó como comisario a Antonio Giaco-mini y se llevó a efecto la destrucción en forma prácticamente total; luego se comprobó que seguían llegándoles víveres por mar y entonces se contrató a Francesco Albertinelli con algunas galeras, para que vigilara Porto Pisano y Torre di Foce, e impidieron el desembarco de víveres. Estas medidas pusieron en aprieto a los pisanos, pero a pesar de las galeras que patrullaban por nuestra cuenta la costa, no se podía evitar que alguna vez les llegaran abastecimientos. Entonces fue presentado al gonfalonero el proyecto de desviar el cauce del río Arno antes de que entrara en esa ciudad y hacerlo desembocar en Stagno; así Pisa quedaría en seco y, no pudiendo entrar víveres por barco, pronto se agotaría. El proyecto fue discutido en una reunión de diez ciudadanos experimentados, quienes lo rechazaron porque más bien les parecía una broma; pero el gonfalonero quería llevarlo a cabo, y le dio tantas vueltas en

reuniones y maniobras que se hizo el intento; se gastaron miles de ducados, pero todo fracasó como habían previsto los mencionados ciudadanos.

Luego se cometió un error más grave: el gonfalonero tenía la idea de que los pisanos y sus campesinos estaban en una situación tan mala que si tuvieran la oportunidad de hacerlo sin peligro uno tras otro se escaparían de Pisa hasta que ésta quedara vacía, así que contra la opinión de los principales ciudadanos, más experimentados, hizo aprobar una disposición por la cual a todos los pisanos que en un plazo determinado salieran de Pisa y vinieran a nuestro territorio se les devolverían sus propiedades, se les concedería amnistía total y se les condonarían todas sus deudas. Aprobada esta disposición, los pisanos aprovecharon hábilmente la oportunidad, porque fueron muy pocos los que se convencieron y dejaron la ciudad, pero con ello se deshicieron de mucha gente inútil; y así, teniendo menos bocas que alimentar pudieron continuar en su resistencia, ya que, según se supo además por muchos informes, sufrían tal escasez que si no se les hubiese ofrecido esta oportunidad habrían tenido que tomar una decisión. Además sucedió que muchos pisanos que habían recuperado sus propiedades en la cercanía de Pisa seguían ayudando en forma clandestina a los de su ciudad, como teníamos razón de sospechar; pero como no había pruebas evidentes, fue necesario cumplir con las promesas que se les habían hecho. A estos perjuicios que dependían de nuestra tontera se agregó otro por causas fortuitas, porque las galeras de Albertinelli naufragaron en una tempestad, y así se volvió a abrir el camino por mar, por el cual Génova, Siena y Lucca introdujeron tanto trigo que se salvaron de la hambruna.

En este invierno el rey de Francia estaba muy grave, porque había tenido una larga enfermedad y, según decían los médicos, se había vuelto hidrópico, lo que se consideraba irremediable;

por lo tanto, no teniendo hijos varones y viendo que el reino iba a parar a manos del cardenal de Angouléme, todavía jovencito, deshizo el parentesco entre su hija y el hijo del archiduque y la casó con el cardenal de Angouléme, quien no estaba en la corte, así que muchos cortesanos se marcharon para ir a saludarlo como nuevo rey, ya que todos daban por desahuciado al rey Luis XII. En Italia hubo alivio y el cardenal Ascanio Sforza, que se encontraba en Roma porque a pesar del requerimiento del cardenal de Rouen no había querido regresar a Francia y había obtenido del papa Pío III la dispensa del juramento, pensó que le había llegado la oportunidad de recuperar el estado de Milán de acuerdo, como se afirmó, con el papa y los venecianos; contrató, con dinero suyo o de otros, a Bartolomeo de Alviano; así, con el apoyo de Consalvo Ferrante, el auxilio de Pandolfo Petrucci y, como quedó evidente después, de Giampaolo Baglioni, con estas fuerzas planeó invadir primero nuestro territorio para reinstalar en Florencia al cardenal Giovanni de Médicis y su hermano Giuliano, y luego, establecido un gobierno que le fuera favorable y en el cual pudiera apoyarse, dirigirse a Milán, donde con la muerte del rey la victoria le parecía muy fácil; todos estos planes llegaron a conocerse en Florencia, ocasionando intranquilidad y preocupación; y mientras tanto llegó el año siguiente.

XXVI. POLÍTICA DESACERTADA DE PIERO SODERINI. LAS MILICIAS CIUDADANAS. BERNARDO RUCELLAI

(1505)

El año de 1505 empezó con una grave carestía, durante la cual el precio del trigo subió a dos ducados la fanega, y se temió que los pobres y el pueblo se rebelaran; sin embargo, la población aguantó porque en previsión de la escasez se había importado de Francia y Polonia una buena cantidad de trigo que había sido almacenado en Liorna; pero sucedió que nuestras tropas, al hacer una incursión, debido a que estaban mal organizadas, fueron vencidas en Ponte a Cappelletto por unos pisanos muy inferiores en número, así que quedaron controlando la zona y trataron de impedir que nos llegara el trigo de Liorna; pero como se tomaron providencias para que una parte de trigo llegara a Florencia y como además se estaba acercando la época de la cosecha, se pudo sobrellevar la escasez.

En ese tiempo el rey de Francia empezó a mejorar, y contra lo que se imaginaba, se recuperó con tanta rapidez que en pocos días quedó fuera de peligro; por otra parte —¡qué infundados y engañosos son los propósitos humanos!—, el cardenal Ascanio Sforza, que se encontraba en Roma en perfecta salud, en dos o tres días falleció, según dijeron, de peste; así la imprevista recuperación del rey y la súbita muerte de Ascanio Sforza dieron al traste con el formidable plan que se había fraguado. Sin embargo, Bartolomeo de Alviano, que no tenía nada que hacer y con el ejército en pie de guerra, seguía pertrechándose, decidido a continuar la ofensiva contra los florentinos, por orden de Pandolfo Petrucci y Giampaolo Baglioni; por consiguiente se

discutió lo que convenía hacer y se contrató como capitán al marqués de Mantua, que vino a Florencia con la intención de aceptar, pero, sea cual fuere la causa, el contrato no fue firmado. Además Giampaolo Baglioni regresando a Perusa rescindió el contrato que tenía con nosotros, así que la ciudad, habiendo quedado sin tropas, contrató a Marcantonio y Muzio Colonna, por voluntad del gonfalonero, quien confiaba en ellos porque eran enemigos de los Orsini y porque así lo deseaba su hermano el cardenal, que de este modo tendría su apoyo en Roma y podría hacer frente al cardenal de Médicis, que era pariente y estaba protegido por los Orsini.

Acerca de esta medida, en todo el invierno había habido fuertes discusiones, porque el gonfalonero, para satisfacer al cardenal, quien, según se afirmaba, se lo había prometido e incluso les había adelantado dinero, la defendía porfiadamente, mientras que se oponían los Diez, encabezados por Alamanno Salviati y Lanfredino Lanfredini; por ello más tarde se sospechó que el gonfalonero había echado a pique el contrato con el marqués de Mantua justo para que Florencia se viera obligada a contratar a los Colonna. Y como sospechaba Consalvo, los Diez le enviaron a Roberto de Donato Acciaiuoli, consiguiendo la autorización con mucha dificultad porque el gonfalonero se oponía y quería enviar, para disponer de una persona amiga, a Niccolò Machiavelli, secretario de los Diez, en quien tenía mucha confianza. También los Ochenta enviaron a Milán al cardenal de Chaumont a Niccolò de Girolamo Morelli; en Nápoles se averiguó que Consalvo no tenía intención de ayudar a Bartolomeo de Alviano, pero nos pidió que no molestáramos a los pisanos, que estaban bajo la protección de su rey. Se negoció con Giampaolo Baglioni para que volviera a nuestro servicio, pero sin resultado; de todos modos se contrató a un hijo suyo, muy joven, con veinte hombres de armas, con el permiso de su padre, que veía muy debilitados los planes contra Florencia

después de la muerte del cardenal Ascanio Sforza, y la ciudad lo hizo de buena gana, ya que Giampaolo por esta razón se abstendría de atacarnos.

Mientras tanto Bartolomeo de Alviano, ya bien organizado, se puso en marcha a principios de agosto por el camino de Siena, y como Giampaolo Baglioni no quiso unírsele con el pretexto de que su hijo estaba a sueldo de Florencia, se dirigió a Pisa pasando por Maremma de Siena y luego por Volterra. Si hubiera podido entrar en Pisa habría creado un problema muy grave para nuestras operaciones, dirigidas por el capitán Ercole Bentivogli y el comisario Antonio Giacomini, así que nuestras tropas acudieron inmediatamente para coparlo; por fin se formaron en un lugar cercano, y teniendo nosotros igual número de hombres de armas pero más infanterías, el día… de agosto se trabó combate; la lucha fue larga pero los enemigos fueron derrotados y se hizo un gran número de prisioneros; Bartolomeo de Alviano fue perseguido pero logró escapar. También capturaron todos sus carros y sus banderas, que fueron colgadas en la sala del Consejo Grande; el gonfalonero se enorgulleció mucho de esta victoria como si hubiera sido un triunfo personal.

Con este éxito Ercole Bentivogli y Antonio Giacomini ganaron mucho prestigio, así que enviaron mensajes oficiales y cartas privadas al gonfalonero solicitando la autorización para ir contra Pisa, pues según ellos teníamos partidarios en esa ciudad y por lo tanto la victoria iba a ser fácil; el gonfalonero estaba muy entusiasmado y actuaba como alguien que ya tiene la presa en sus manos y no nada más con la esperanza de conseguirla. Los ciudadanos más experimentados e influyentes opinaban de otro modo; se sabía de antemano cuán obstinados eran los pisanos y cuántas veces con maña habían entretenido en falsas negociaciones, así que debíamos fundarnos tan sólo en la fuerza, pues todo lo demás eran puros cuentos; por consiguiente había

que pensar cómo hacernos de fuerzas suficientes, y acerca de este punto no se debía olvidar que los pisa-nos eran gente esforzada y entrenada, y que su ciudad estaba provista de artillería y demás pertrechos defensivos con abundancia. Por lo tanto, para conseguir una victoria contra Pisa se necesitaban tres cosas: primero, un capitán arrojado, y Ercole Bentivogli no era tal, porque sí se le consideraba muy prudente y hábil para planear, pero apocado e ineficiente para ejecutar, y si había derrotado a Bartolomeo de Alviano, la suerte de un día no bastaba para borrar la opinión que se tenía de él, opinión fundada en su actuación de muchos años; segundo, un ejército poderoso, constituido principalmente por infantería eficiente y entrenada, cosa entonces imposible ya sea por la dificultad de reunir dinero, ya sea porque nos faltaría el tiempo necesario y no podríamos empezar de inmediato la campaña; tercero, que se debía poder seguir luchando un tiempo suficiente, de modo que si no se ganaba en el primer asalto se pudiera obtener la victoria con un sitio prolongado, cosa que tampoco se podía realizar debido a la estación, porque el clima se descompondría al poco tiempo de poner el campo, ya que esta operación no se podía efectuar antes del seis o el ocho de septiembre; además les llegaría ayuda de parte de Consalvo, con la que se les facilitaría la defensa. En cambio, convendría más, aprovechando el renombre ganado con la victoria reciente, enviar las tropas hacia el territorio de Siena, que estaba tan aterrorizada y acobardada que con sólo incursionar por la Maremma y ocupar la ciudad de Massa u otra plaza importante para canjearla con Montepulciano, resultaría muy fácil derrocar el gobierno de Siena; después dirigirse al territorio de Lucca, hacer lo mismo y obligarla a firmar algún convenio provechoso; con esto se quitaría a los pisanos la ayuda que los mantenía con vida; después suspender las operaciones por ese año, y no ir a atacarla temerariamente, perder la oportunidad de vengarnos y arreglar

cuentas con Siena y Lucca, tirar una gran suma de dinero, provocar la enemistad de Consalvo y anular la reputación y el prestigio que habíamos ganado con la derrota de Bartolomeo de Alviano.

Éstos eran los razonamientos de los ciudadanos prudentes, y en una reunión que efectuaron los Diez con unos cuarenta ciudadanos importantes casi todos apoyaron estas medidas. Pero el gonfalonero, previendo lo que iban a sugerir aquellos ciudadanos, decidido como estaba a hacer lo contrario, había tomado otra provisión: reunió rápidamente a los Ochenta, les aseguró la victoria contra Pisa y consiguió que se aprobara la guerra contra Pisa; de inmediato comunicó este resultado a los ciudadanos de la citada reunión y éstos, viendo que sus esfuerzos habían sido inútiles y además habían sido puestos en ridículo por el gonfalonero, se retiraron a sus casas. Al día siguiente convocó al Consejo Grande, preguntó si se debía marchar contra Pisa y ganó, pues de los más de mil presentes hubo sólo ciento seis votos en contra. Por consiguiente, habiendo sido aprobada esta decisión, se empezó a ejecutarla, ordenando que para el día… de septiembre estuvieran en campaña.

Mientras tanto Consalvo, informado de estos preparativos, mandó llamar a Roberto Acciaiuoli y se quejó de que esto era contrario a la promesa que se le había hecho de no ir contra Pisa y amenazó con enviar ayuda a esa ciudad, y como Roberto le contestó que no sabía que existiese esa promesa, él llamó como testigo a Próspero Colonna, quien afirmó que el cardenal Soderini se lo había prometido en nombre del gonfalonero. Repuso Roberto, como justificación, que las promesas del gonfalonero no comprometían la ciudad, pero Consalvo, no satisfecho, le pidió que regresara a Florencia e informara que en ocho días sus tropas estarían en Pisa. Regresó Roberto y lo comunicó al gonfalonero, quien sonriendo le contestó: “Roberto, en ocho días ya tendremos arreglados nuestros

asuntos"; tan empecinado estaba en su idea. Mientras tanto, Ercole Bentivogli, habiendo terminado de organizar el ejército, pidió el nombramiento de capitán, cosa que se le concedió, no por iniciativa de la ciudad, sino para evitar que se marchara.

Nuestro ejército, por lo tanto, acampó cerca de Pisa el día seis de septiembre, y mientras se instalaban fue muerto el caballo en que montaba Ercole Bentivogli; el día ocho la Señoría pidió que se llevara a Florencia el cuadro de Santa María Impruneta. Pero esa empresa fue arrebatada y temeraria, así que el resultado no podía ser más que nulo y bochornoso, porque en Pisa no se encontró ningún partidario nuestro, y entonces el capitán y el comisario, que principalmente en eso habían fundado sus esperanzas, se asustaron mucho; luego con la artillería tiraron unos metros de muros, pero al intentar el ataque, nuestra infantería fue tan cobarde y desorganizada que fue rechazada en forma vergonzosa sin ningún resultado; más tarde llegaron a Pisa algunas tropas enviadas por Consalvo, así que en definitiva se tuvo que levantar el campo, hecho del que se responsabilizó al capitán, al comisario y al gonfalonero. Sucedió por lo tanto lo que habían previsto los ciudadanos prudentes, porque había que actuar de acuerdo con sus consejos y no con las opiniones de la muchedumbre, que no conoce ni sabe evaluar las situaciones circunstanciales y se deja arrastrar ciegamente por cualquier espejismo; aunque el gonfalonero no había actuado por presiones de la muchedumbre, sino que, decidido a realizar su propósito, la había utilizado para desanimar a los opositores y al mismo tiempo quedar cubierto en cualquier caso, una manera bastante fea y perjudicial de encauzar y propiciar iniciativas públicas de tanta importancia.

Poco tiempo después de retirarnos de Pisa, falleció la reina Isabel de España, acontecimiento de mucha importancia porque, como no tenía hijos varones, una parte de los reinos que le pertenecían debían pasar, por herencia, a manos de su hija,

que era la esposa de Filippo, duque de Borgoña, de modo que se reducía muchísimo la potencia del rey Fernando, y pese a que él trató de consolidarse como gobernador vitalicio, esas poblaciones llamaron al duque Filippo, quien de inmediato se dirigió a España con su esposa.

En este tiempo al gonfalonero se le ocurrió, como relataré más adelante, crear un cuerpo de infantería nuestro, y quería ponerlo bajo las órdenes del español Micheletto, que había estado al servicio del Valentino, y era un hombre muy cruel, desalmado y temido; y para evitar problemas pensó contratarlo como jefe de la policía foránea; pero temía que si presentaba esta propuesta a los Diez la rechazarían, y entonces hábilmente encargó al secretario de ese consejo, Niccolò Machiavelli, que sondeara las intenciones de Francesco Gualterotti, Giovan Battista Ridolfi, Piero Guicciardini y algún otro de los más influyentes; al saber que se oponían, sin consultar con nadie presentó la propuesta del contrato a la aprobación de los Ochenta y, encontrándolos bastante ingenuos, ganó en la segunda y tercera votación. Los ciudadanos importantes se irritaron mucho, imaginando que este deseo de contratar a Micheletto se debía a algún propósito turbio, y que este señor pudiera ser utilizado para hacerse tirano, o bien, cuando se encontrara en algún apuro, para eliminar a los ciudadanos que resultaran sus enemigos; pero, aunque se hablara mucho contra este proyecto, como el contrato ya había sido aprobado por los Ochenta, forzosamente tuvo que ser ejecutado.

En esa época se empezó a organizar las milicias ciudadanas, cosa que ya existía antiguamente en nuestro estado, pues en ese tiempo las guerras no se hacían con soldados mercenarios y extranjeros, sino con nuestros ciudadanos y súbditos; luego ese sistema había sido abandonado por unos doscientos años, pero antes de 1494 alguna vez se había pensado en restablecerlo, y después de 1494, entre tantas dificultades, muchos habían

sugerido la conveniencia de volver al sistema antiguo, pero nunca se había presentado el proyecto a discusión y ni siquiera se habían esbozado los lineamientos generales. Luego se ocupó de este asunto Niccolò Machiavelli, lo presentó al gonfalonero y viéndolo bien dispuesto empezó a describirle en detalle la organización; por supuesto, para que esa institución fuera aceptada y pudiera mantenerse era necesaria la aprobación del Consejo Grande; por otra parte, siendo cosa nueva y nunca vista, el pueblo no accedería a aprobarla sin haber observado antes alguna muestra, y además con seguridad los ciudadanos más influyentes se opondrían y la rechazarían en las discusiones preliminares; entonces el gonfalonero, sin convocar a discutir el proyecto, con la autoridad de la Señoría empezó a escribir a varias partes de nuestro territorio, como a Romagna, Casentino, Mugello y a las zonas más belicosas para reunir a los que pareciesen más apropiados para esa actividad, les asignó jefes y empezó a hacerlos maniobrar y entrenar al estilo suizo durante las festividades; en la propia ciudad no se hizo nada porque, por ser cosa tan nueva e insólita, había que introducirla poco a poco.

No todos los ciudadanos importantes pensaban igual; todos coincidían en que el proyecto en sí era bueno, pero se necesitaban dos cosas: una, que a todos los reclutas se concediera algún incentivo para que entrenaran de buena gana y sirvieran lealmente; la otra, que con ellos se mantuviera una disciplina muy estricta porque, estando armados, se acostumbrarían a cometer abusos, y además existía el peligro de que algún día se levantaran contra la ciudad y el gobierno. Ahora bien, algunos estaban seguros de que estas cosas llegarían a producirse mientras que otros creían que no, así que las opiniones estaban divididas; algunos pensaban que de seguro algún día el gonfalonero utilizaría estas milicias para sofocar la libertad y para eliminar a los ciudadanos que le fueran hostiles, y por consiguiente rechazaban enérgicamente el proyecto; el pueblo

no podía decidirse, y para granjeárselo el gonfalonero empezó a organizar exhibiciones en la plaza de la Señoría con seiscientos u ochocientos a la vez, haciéndolos maniobrar al estilo suizo, y así se empezó a ganar el favor de la muchedumbre.

En este tiempo Bernardo Rucellai, enemigo acérrimo del gonfalonero, a tal grado que después de su elección nunca había querido participar en consultas ni interesarse en los asuntos públicos, a escondidas abandonó Florencia y se fue a Vignone, tal vez sin confiar a nadie que se iba y por qué, así que se supusieron varias razones; algunos pensaban que cuando vio que se organizaban grupos militares y se contrataba a Micheletto tuvo miedo de que el gonfalonero planeara con alguna disposición extraordinaria y tiránica destruir a sus enemigos, y si esto sucedía, él sería el primero o uno de los primeros afectados, y parece que él en efecto hizo esta interpretación; otros se imaginaron que Bernardo, enemistado con el gonfalonero, se había puesto en relación con los Médicis o con Pandolfo Petrucci acerca de un derrocamiento del gobierno, tanto más cuanto que su hijo Giovanni, de pensamiento y actitudes iguales a las de su padre, había efectuado diversos viajes rápidos y de incógnito a Roma, y por consiguiente se había marchado, por temor a ser sometido al juicio de “cuarentía”, procedimiento pavoroso que explicaré más adelante. Esta opinión, quizá compartida por los más experimentados, se confirmaba con el hecho de que unos meses antes había enviado a Giovanni a Venecia, llevándoselo luego a Vig-none. El motivo principal, sin embargo, debe haber sido que Bernardo, inclusive inocente de esa sospecha, soportaba tan a disgusto al gonfalonero y su gobierno que para no tener de continuo ante sus ojos ese agravio y con el deseo de alejarse de ese sufrimiento decidió marcharse; avalaba esta opinión el carácter y la conducta de Bernardo, y acerca de esto no estará fuera de lugar hablar un poco, ya que fue un hombre excelente y en algunos momentos muy

respetado.

Bernardo Rucellai fue hombre de gran inteligencia, culto y elocuente; además, según opinión de los sabios, de criterio muy certero; por su modo de hablar, por los discursos elegantes e ingeniosos que hacía, por sus brillantes ocurrencias, todos lo consideraban muy sabio. Pero, o porque aspirara a ser jefe y guía de la ciudad, o porque fuera muy amante de la libertad y deseara un estado libre gobernado por hombres ilustres (aunque se le atribuyeron muchas cosas que no se podían deducir más que de ciertos rasgos de su conducta), tuvo un carácter que nunca pudo conformarse y estar satisfecho con ninguno de los gobiernos que tuvo la ciudad. En los tiempos de Lorenzo, que era su cuñado, tenía muchísimo crédito y autoridad, y sin embargo respingaba y criticaba sus acciones, no en público, sino tan sólo con determinadas personas; Lorenzo se enteraba y le dolía, pero lo toleraba porque lo quería mucho y era su cuñado. Al morir Lorenzo, quedó muy bien con Piero, de modo que entre su prestigio, su parentesco y su edad se le podía considerar casi como su padre; pero luego sus relaciones se enturbiaron y se volvió su enemigo a tal punto que por conducto de su hijo Cosimo estableció relaciones con los hijos de Pierfrancesco (nietos de Lorenzo y enemigos de Piero) y con el duque de Milán; los hijos de Pierfrancesco fueron sometidos a interrogatorio y Cosimo fue condenado al destierro, mientras que Bernardo permaneció en la ciudad, pero en una situación muy peligrosa y sujeto a continuas sospechas. Después de la expulsión de Piero se creó el Consejo Grande, cosa que le desagradaba terriblemente, así que fue gran adversario de las actividades de Savonarola y sistemáticamente rechazó todos los cargos quedándose únicamente de observador y escudriñador, como cualquier otro ciudadano de Florencia, todo lo que hacía el gobierno, así que se le consideró ambicioso y amargado y se ganó la aversión general del pueblo. Después de la ejecución de

Savonarola se dedicó activamente a defender a los amigos de ese fraile, se le escogió como gonfalonero y rechazó el cargo; esto le restó mucho prestigio porque se sospechó que tenía una ambición desmedida que no podía quedar satisfecha con los honores tradicionales y ordinarios, sino que aspiraba a un poder y una autoridad extraordinaria; sin embargo, seguía siendo considerado como persona tan sabia que sus opiniones eran respetadas y tenían mucho peso en las discusiones. Luego, cuando fue nombrado el gonfalonero vitalicio, de que ya antes era enemigo en forma privada, continuando con su modo de portarse, nunca quiso ir a verlo, nunca participó en reuniones técnicas y vivió siempre inconforme; y a pesar de que mostró su descontento sólo con circunscribirse a reuniones con gente culta y dedicándose a la literatura y a escribir, algunos sospecharon que tenía contactos con los Médicis, así que a últimas fechas, por miedo o por coraje, abandonó la ciudad por iniciativa propia y no por condena; cosa verdaderamente triste la de que un hombre como él, ya viejo, y habiendo tenido tanto prestigio en varios gobiernos, huyera en esa forma, y por cierto que no se notó ninguna reacción entre los ciudadanos más destacados y a nadie pareció importarle; tan desagradable se había vuelto con su carácter y su conducta inquieta.

XXVII. JULIO II CONTRA LOS VENECIANOS. FERNANDO DE ARAGÓN EN NÁPOLES

(1506)

Llegó 1506 y a principios de año se propuso el ajuste ordinario del Monte y, para poder liquidar los intereses, una contribución de veinticinco por ciento más un impuesto arbitral de otro veinticinco por ciento; se sometió a votación en el consejo de los Ochenta y fue aprobado pero con mucha dificultad y después de muchas votaciones, encontrando una enérgica oposición en especial por parte de Antonio Malegonnelle, quien demostró que ese gravamen era injusto e insistió en que se impusiera el impuesto ordinario que repercutía casi exclusivamente en el precio de la sal. Pero el gonfalonero se opuso y lo rechazó con violencia; ganó con los Ochenta y propuso la contribución en el Consejo Grande, pero no lograba la aprobación y se estaba creando una especie de desafío entre el gonfalonero que seguía convocando el Consejo Grande y presentándola y presionando, y por la otra parte muchos hombres importantes, sobre todo jóvenes, que no cejaban en su enérgica oposición, tanto más cuanto temían que con pocos votos más se alcanzaría la aprobación.

El gonfalonero, muy enfadado, una mañana en que estaba reunido el Consejo Grande, mandó decir que según el reglamento no podían asistir los que habían sido declarados deudores morosos después del último sorteo, disposición que afectaba a muchos ciudadanos, la mayoría de los cuales eran jóvenes de buena posición y contrarios al gravamen; el gonfalonero creyó que con esta medida, al quedar eliminados muchos votantes contrarios, ganaría la aprobación. Pero por esta

maniobra sucia se enojaron muchos de los que habían quedado en el Consejo Grande y que antes eran favorables, así que éstos votaron en contra y la aprobación se alejaba más; en ese ambiente encendido se procedió a la votación ciento seis veces y no se logró la aceptación. El gonfalonero estaba furioso y en cuanto la Señoría nueva tomó posesión quiso obligarla a aprobar esta medida, pero Giovan Battista Ridolfi, miembro de esa Señoría, le objetó que era una equivocación querer enfrentarse al pueblo; por lo tanto, se hicieron los ajustes al Monte por un periodo de ocho meses sin imponer ningún gravamen. Sin embargo, cuando salió esa Señoría se propuso un gravamen de diez por ciento, además un impuesto arbitral y un aumento de doce y medio por ciento en los derechos aduanales, y como no parecieron tan pesados fueron aprobados sin dificultad.

En ese tiempo se presentó un caso privado que mantuvo la ciudad alborotada durante unas semanas. Alessandro de Leonardo Mannelli estaba casado con una hija de Alamanno de Médicis, una joven notoriamente deshonesta y perversa; ahora bien, estando ella en el campo y Alessandro en Florencia, una noche fue asesinada por un criado de Alessandro y, como parecía probable que éste lo hubiera ordenado, se le acusó ante los Ocho. Éstos no llegaron a aclarar la responsabilidad, así que el proceso fue turnado al juicio de "cuarentía", de acuerdo con una ley expedida antes de que se nombrara el gonfalonero vitalicio, en la que se establecía que todas las veces que un caso criminal radicado en cualquier magistratura no se resolviera en cierto plazo, tenía que ser turnado a la "cuarentía", que era un juicio en que intervenía el gonfalonero, un miembro de la Señoría, tres pertenecientes a los colegios, el magistrado que había dado entrada al proceso y cierto número sorteado de los miembros de los Ochenta; el número de éstos lo fijaban la Señoría y los colegios, pero no podía ser inferior a veinte ni mayor de cuarenta, y tenían un plazo de quince días para

dictaminar el caso.

Empezó entonces el proceso de "cuarentía" en que participaban los hermanos de la asesinada como parte acusadora, y Francesco, hermano de Alessandro, como defensor; como primera medida se ordenó a Alessandro que se presentara en el palacio de justicia y, pareciendo que había indicios muy fuertes en contra suya, se mandaron sortear a unos examinadores para que lo sometieran a un interrogatorio verbal y con azotes. Entre los sorteados estaba Antonio Malegonnelle, que también formaba parte de la "cuarentía", y éste no quiso que se le azotara por no considerar suficientes los indicios; así pasaron los quince días sin que se aclarara nada, y como ya no se podía formular una sentencia, los jueces absolvieron a Alessandro, apercibiéndolo de que el proceso se podría reabrir en cualquier momento y de que quedaría en la cárcel mientras no nombrara a fiadores y depositara una fianza de cinco mil ducados, garantizando que estaría a disposición para presentarse a solicitud de cualquier magistrado. Pero la cosa no terminó allí, porque los Médicis, habiendo sabido que el criado que había cometido el asesinato había huido a Siena, informaron al cardenal Giovanni de Médicis; éste tenía mucho interés en el asunto, ya sea por razón del parentesco, como también porque sabía que los Mannelli eran enemigos de su familia y partidarios del gonfalonero; así que por su conducto, Pandolfo Petrucci lo mandó detener en Siena, donde, al ser sometido a los azotes, confesó que la había matado por orden de Alessandro; en cuanto el acta llegó a las manos de los hermanos de la asesinada, volvieron a acusar a Alessandro ante los Ocho. Y como este proceso ya se había vuelto un problema de estado entre el gonfalonero, por una parte, y los amigos de los Médicis y enemigos suyos, por la otra, los Ocho, decididos a descubrir la verdad, pidieron a Pandolfo la entrega de ese criado, y al no obtenerla, dos de los Ocho, Pellegrino Lorini y Giovan Battista

Guasconi, fueron a Siena para interrogarlo; la contestación del criado fue contraria a Alessandro, así que regresando a Florencia de inmediato lo mandaron detener. Pero poco después, mientras que Alessandro, a pesar de haber sido ligeramente azotado, no confesaba, no sé por qué razón Pandolfo Petrucci permitió la extradición del criado, quien fue trasladado a Florencia con salvoconducto, y allí afirmó lo contrario de lo que había dicho en Siena, o sea que Alessandro era inocente, de modo que los Ocho lo absolvieron, a pesar de que muchos seguían convencidos de que Alessandro sí era culpable. Así terminó este caso, del cual se habló mucho y no sólo en Florencia, sino también en Siena y en Roma, donde se opinaba que bajo el disfraz de un proceso criminal se escondía un rencor y un conflicto de estado. Durante el primer proceso de "cuarentía", Antonio Malegonnelle fue muy criticado, como si hubiera querido absolver a Alessandro quebrantando su deber, y algunos miembros de ese juicio hicieron circular muchos escritos agraviándolo y echándole en cara que no había sido igual de comprensivo cuando fueron detenidos Lorenzo y Giovanni de Pierfrancesco de Médicis; por esto él, que era considerado una persona íntegra y amante del honor, se angustió tanto que al fallecer, unas pocas semanas después, se atribuyó su muerte a ese asunto.

En este mismo tiempo circuló la noticia de que una hija de Piero de Médicis, residente en Roma, se había casado con Francesco de Piero de Luca Pitti, residente en la Marca; por lo tanto, se presentó ante los Ocho una acusación contra Piero Pitti y se pidió la "cuarentía", que se integró el mismo día que la de Alessandro Mannelli. Pero después de escuchar a Piero Pitti y poner en claro que ese parentesco no existía, en seguida lo absolvieron; mas la opinión general —y verdadera— fue que la demanda fue presentada por alguien que sí sabía la verdad, no para castigar a Piero Pitti, sino para avisar a quien quisiera

contraer semejante parentesco que la ciudad no lo toleraría y lo consideraría como asunto de estado, y que quien lo intentara sería sometido al juicio de “cuarentía”,

En el mismo periodo se informó que se había firmado un convenio entre el rey Fernando y el duque de Borgoña, Felipe, en virtud del cual el reino de Nápoles y Sicilia así como el de Aragón eran para el rey Fernando, y Castilla, Granada y otros estados para el rey Felipe; de este modo el título de rey de España pertenecía a Felipe, y el de rey de Aragón a Fernando. Poco después el rey Fernando se casó con una francesa de sangre real y el rey de Francia le cedió, como dote, todos los derechos que tenía sobre el reino de Nápoles, así que se estableció la paz, se firmó una alianza y se juró amistad entre estos dos monarcas, el de Francia y el de Aragón. Este último, por otra parte, tenía muchos indicios para sospechar que Consalvo quería apoderarse del reino de Nápoles, así que, por éste y otros motivos, decidió viajar a Nápoles con la reina y toda la corte, con la intención de quedarse allá por un tiempo, y empezó los preparativos para el viaje. Por aquel entonces llegó también la noticia de que Maximiliano, con el apoyo del rey Felipe, su hijo, se estaba preparando para viajar a Italia en pos de la corona imperial y contra el rey de Francia, lo que causó cierto alivio en toda Italia, pero, por la razón que indicaré más adelante, este proyecto no se realizó.

El papa Julio II, todavía muy enfadado con los venecianos por la pérdida de Rimini y Faenza, y con el deseo de recuperar esas plazas y otros territorios de la Iglesia, en especial Bolonia, se puso en contacto con el rey de Francia, de quien obtuvo la promesa de un contingente de tropas para apoyarlo, y manifestó que tenía la intención de organizar una campaña contra Bolonia dirigiéndola él mismo en persona, y que después de recuperar dicho territorio se ocuparía de los estados de la Iglesia que estaban en poder de los venecianos en la zona de Romagna;

además se preveía que el rey de Francia atacaría en Lombardía. Salió entonces de Roma, pero se quedó varios días en los alrededores esperando noticias de los auxilios del rey de Francia; al recibir confirmación se dirigió a Perusa, se puso de acuerdo con Giampaolo Baglioni que gobernaba esa ciudad, lo contrató como capitán, instaló allá un legado suyo y anexó ese territorio a su estado, permitiendo que regresaran a Perusa muchos desterrados enemigos de Giampaolo, a quienes devolvió los bienes que les habían incautado. También a Florencia pidió cien hombres de armas para su campaña; se puso a discusión ese requerimiento y muchos se opusieron, encabezados principalmente por Francesco Gualterotti, Francesco Pepi y Alamanno Salviati, quienes se apoyaban en razones no muy convincentes y callaban la razón verdadera, que era la de poner en aprieto al gonfalonero y a su hermano, el cardenal, quienes de seguro habían prometido al papa en forma privada ese auxilio y querían con este subsidio público sacar un provecho personal. Sin embargo, no era fácil negar esa ayuda al pontífice, y además Giovan Battista Ridolfi, Piero Guicciardini y muchos otros eran favorables, de modo que al apoyarla la mayoría y al estar de acuerdo el gonfalonero, fue aprobada y se envió a Marcantonio Colonna con los mencionados soldados.

Luego el papa continuó su viaje, y como estaba enojado con los venecianos se desvió de la ruta corta para no pasar por su territorio y vino al nuestro por un camino más largo y difícil; lo acompañaba Pierfrancesco Tosinghi, nuestro comisario en Romagna, y el papa le dijo que había llegado el momento de que viéramos el desquite contra nuestros enemigos y los de la Iglesia, aludiendo claramente a los venecianos. Al acercarse con un poderoso ejército a Bolonia, lanzó una terrible excomunión contra Giovanni Bentivogli y sus hijos incluyendo a todos los que les proporcionaran cualquier clase de auxilio y apoyo; del otro lado se acercaba el ejército francés, así que el gobierno de

Giovanni Bentivogli se encontraba en una situación gravísima; de modo que, al llegar el papa a Faenza, adonde habíamos enviado a Francesco Pepi como embajador, Giovanni Bentivogli y sus hijos, descorazonados y faltándoles confianza en sí mismos, tomaron ciertas providencias y huyeron a Bolonia, y los boloñeses se entregaron al papa. Al saber esto los franceses, que deseaban saquear la ciudad, como gente brutal e irrazonable que eran, quisieron entrar en Bolonia por la fuerza, pero los de adentro se defendieron bravamente y los rechazaron; de todos modos el papa, para sosegarlos, les entregó cierta suma de dinero y luego entró en forma pacífica con toda su corte en Bolonia, donde empezó a construir una fortaleza.

En este tiempo el rey de Aragón estaba llegando por mar, camino hacia el reino, mientras que muchos de sus nobles y barones, con sus mujeres y servidumbres, llegaban por tierra; y como debía hacer escala en Piombino, Florencia envió allá a Giovanni Vittorio Soderini para recibirlo y saludarlo, a Niccolò del Nero, que era su amigo por haber estado muchos años en España dedicado al comercio, Giovan Battista Ridolfi y Alamanno Salviati; pero Battista se enfermó en el camino y regresó a Florencia. Allí estuvieron esperando más de un mes, porque el rey, al llegar a Portofino en el territorio de Génova, se había demorado muchos días a causa del mal tiempo; luego, al llegar a Piombino manifestó que la recepción de los florentinos le había encantado. Después de zarpar de allí recibió la noticia de que su yerno, el rey Felipe, después de haber estado enfermo dos o tres días, había fallecido; demostración ésta de la fragilidad humana, de la que dependió que un príncipe tan poderoso y afortunado por el reino de España, el ducado de Borgoña y la inminente corona imperial, joven todavía y muy sano, muriera tan repentinamente.

Esta muerte obligó a Maximiliano a suspender su viaje a Italia, porque al faltarle este apoyo y al ser insuficientes sus

fuerzas, tenía que buscar ayuda en otras partes; mientras que para el rey de Francia resultó muy grata pues había sido eliminado un vecino muy poderoso y enemigo y el poder del rey de los romanos había quedado debilitado; asimismo agradó al rey Fernando, porque al quedar el estado español en manos de su hija, podía esperar que se le volviera a llamar al gobierno. De todos modos éste continuó su viaje, y Consalvo fue a su encuentro poniéndose espontáneamente a su disposición, mientras Nápoles lo recibió con grandes manifestaciones de alegría y contento. Estando allá, en los primeros días trató con mucha benevolencia a Consalvo, pero luego hizo todo lo posible para restarle ocultamente su prestigio. A este rey, considerado muy prudente y bueno, y además esperado por todos los que deseaban ver arreglada la situación italiana, Florencia envió como embajadores a Francesco Gualterotti y Iácopo Salviati, esperando que haría alguna declaración referente a Pisa, pero, como diré más adelante, nuestra esperanza no se realizó.

Luego fue aprobada la disposición de crear la milicia en el territorio aledaño, y con el objeto de darle mayor prestigio se constituyó una nueva magistratura de nueve ciudadanos con autoridad inferior a la de los Diez, para que se ocuparan de esta iniciativa, y se procedió al nombramiento de sus miembros.

Una vez que el papa tuvo en su poder la ciudad de Bolonia, todos se imaginaban que iniciaría su campaña contra Venecia; también el rey de Francia le había informado que estaba organizando un fuerte ejército para venir personalmente a Italia y a Bolonia a fin de rendirle pleitesía y negociar con él; sin embargo, de modo inesperado nombró un legado para Bolonia, dio instrucciones con el objeto de formar el gobierno y regresó a Roma con toda su corte, pasando por los territorios venecianos.

Esta decisión se interpretó como que Julio II debió haber pensado que, estando el reino de Francia nominalmente en

manos del rey, pero de hecho en poder del cardenal de Rouen, si en efecto el rey hubiera llegado a Italia y Bolonia con semejante ejército, ese cardenal por su codicia de ser nombrado papa tal vez lo apresaría y le quitaría el papado. Pero no se supo si esta sospecha surgió en él en forma espontánea o por insinuaciones del cardenal de Pavía, muy influyente con él, o de otras personas de su confianza sobornadas por los venecianos; sea cual fuere la causa, su regreso a Roma dio al traste con todos los planes que se habían hecho contra Venecia, planes establecidos con tanta firmeza que los venecianos se habían seriamente asustado.

Al finalizar este año, estando el papa en Roma, se le envió como embajador a Roberto Acciaiuoli, mientras que para Nápoles, en lugar de Francesco Gualterotti y Iácopo Salviati, que querían regresar, se nombró a Niccolò Valori.

XXVIII. LUIS XII EN ITALIA. MAXIMILIANO DE HABSBURGO. DISCORDIAS EN FLORENCIA

(1507)

Al principio del año siguiente, 1507, se produjeron nuevas agitaciones por la situación de Génova. A fines del año anterior en Génova se habían desencadenado nuevas luchas entre la nobleza y el pueblo, llegando a tal punto de gravedad que el pueblo tomó las armas y echó de la ciudad a todos los nobles con sus esposas y sus familiares; éstos acudieron al rey de Francia, a cuyas manos había ido a parar Génova cuando se apoderó del ducado de Milán, y él trató por las buenas de reinstalarlos en su ciudad. Pero los ánimos del pueblo no cedieron, y al enterarse de que el rey al ver la inutilidad de las maneras blandas se disponía a usar la fuerza, volvieron a tomar las armas, se rebelaron contra el rey, pusieron cerco al Castelletto, fortaleza custodiada por franceses, y pidieron ayuda al papa, al emperador, al rey de Nápoles y a los venecianos. Por lo tanto, a principios de este año el rey de Francia organizó un ejército numeroso y bien pertrechado y se encaminó hacia Italia. Florencia, al ser informada de estos movimientos por Francesco Pandolfini, en aquel entonces nuestro embajador en sustitución de Niccolò Valori que había remplazado a Alessandro Nasi, nombró a Giovan Batista Ridolfi y a Alamanno Salviati para ir a reverenciarlo al llegar a Italia, pero éstos se rehusaron y entonces envió a Pierfrancesco Tosinghi y a Giovanni de Tommaso Ridolfi.

Mientras tanto, el rey de Francia había llegado a Milán y de allí se puso en marcha hacia Génova, a pesar de que el cardenal de Rouen y otros altos funcionarios habían tratado

insistentemente de disuadirlo, porque podría encontrarse en graves peligros por el camino abrupto y erizado de dificultades, y aun cuando no hubiese graves riesgos, pondría en peligro su prestigio si la empresa fracasaba. Y por cierto que esta operación se consideraba tan arriesgada que toda Italia estaba pendiente de los resultados, porque además de los pasos muy duros y salvajes entre Milán y Génova, por donde tenían que transitar las tropas francesas, y la posición prácticamente inexpugnable de la ciudad por la naturaleza del lugar y las fortificaciones, se sabía que los genoveses eran muy belicosos, peleoneros bien obstinados en su defensa. Habían nombrado como dux a uno del pueblo, de muy baja extracción, habían llenado la ciudad de soldados e infantes extranjeros y aguardaban con mucho ánimo la llegada de los enemigos. Pero en cuanto el rey en persona y su gente se acercaron a la ciudad, de modo inesperado se manifestó tanta cobardía y desorganización, en especial después de haber sido desalojados de un paso muy fortificado, que en cuestión de días se entregaron.

Parece que esta victoria no fue del agrado del papa y del rey de Nápoles, pero ninguno de los dos, y sobre todo el segundo, lo manifestaron abiertamente, ni en este momento ni después. Pero con seguridad afectó mucho a los venecianos, ya que al ver al rey en Italia con tamaño ejército y con tanta fama adquirida en la fulminante ocupación de Génova, ciudad muy fortificada y poderosa, empezaron a temer por su estado, así que se dirigieron al emperador Maximiliano de Habsburgo y le suplicaron que les garantizara que los ayudaría en caso de que el rey de Francia los atacara; el emperador lo hizo gustosamente y les proporcionó cinco mil soldados, prometiéndoles que los ayudaría con todas sus fuerzas.

Florencia se alegró mucho por esta victoria francesa porque, como los pisanos habían enviado muchos soldados de refuerzo a Génova, el rey lo había tomado a mal y muchas veces dijo a

nuestros embajadores que después de ocupar Génova nos devolvería Pisa, y que de ser necesario él mismo encabezaría la empresa como capitán nuestro. Pero, como todas nuestras esperanzas, también ésta se vino abajo, porque el rey, después de ocupar Génova, se dio cuenta del terror de los venecianos, quienes estaban dispuestos a echarse en brazos de los alemanes y llamarlos a Italia; así que a pesar de no estar en buenas relaciones con los venecianos, con el fin de no echarse encima semejante alud, les ofreció muchas garantías de que no iba a atacarlos; por consiguiente, mandó regresar a Francia a una parte de sus tropas, despidió a los suizos que había contratado y manifestó que tenía intención de regresar pronto a su país. Y en efecto así lo hizo, porque en cuanto hubo readmitido a los nobles de Génova, tras la entrega de una buena suma de dinero, mandó decapitar al nuevo dux y a otros cabecillas, desterró a muchos otros, planeó fortificar la ciudad en muchos lugares a su criterio, se entrevistó en Savona con el rey de Nápoles y regresó a Francia, adonde lo acompañó Giovanni de Tommaso Ridolfi como nuestro embajador.

En esta misma época el rey de Nápoles fue llamado por su hija al gobierno de sus estados, así que decidió volver a España; dejó en Nápoles a un virrey y, llevándose a Consalvo, se embarcó para Savona, donde lo esperaba el rey de Francia; allá se quedó unos días conversando con dicho rey y luego se embarcó y, llevándose a Consalvo, se dirigió a España, donde se le entregó la administración de todos los estados de su hija, no con el título de rey, sino con el de gobernador. Su partida de Italia no suscitó el regocijo y la popularidad como su llegada, y en especial las poblaciones del reino, que lo habían esperado como a un dios, quedaron muy descontentas porque les impuso grandes contribuciones en metálico y todo su empeño había consistido en exprimir dinero del reino.

Así, quienes esperaban que fuera a poner orden en la

situación de Italia quedaron decepcionados, pues parecía que sus pensamientos estaban dirigidos a cosas totalmente distintas; muchos, y en especial nuestros embajadores, trataban de convencerlo de que él y todos los demás deberían preocuparse por la potencia de Venecia, insistiendo en que volviera a ocupar los puertos cedidos a los venecianos y pusiera a éstos en su lugar; también le exponían lo mucho que en ese aspecto podría hacer nuestra ciudad una vez que hubiésemos recuperado Pisa, como lo demostraba la experiencia de los tiempos pasados; sin embargo, en todas las conversaciones que sostuvimos con él acerca de Pisa no hizo más que hablar de dinero. Esta conducta en parte se debía a su carácter muy tacaño, pero en parte también a las necesidades en que se encontraba a causa del convenio firmado con Francia, en virtud del cual debía entregarles cierta suma de dinero, precisamente cincuenta mil ducados anuales durante cierto número de años; además debía mantener en sus estados o compensar a muchos que se habían adherido a los franceses, conceder premios y remuneraciones a sus propios partidarios; y como no había tantos estados como hombres a quienes compensar, forzosamente tenía que desobligarse con dinero. Con todo, su partida no agradó a Florencia porque se esperaba que quedándose en Nápoles le entraría el deseo de constituirse en dueño absoluto y definitivo de ese reino, lo que reduciría la potencia de los venecianos.

Una vez que esos dos reyes se marcharon de Italia, se suscitaron nuevas agitaciones en relación con Alemania, porque se decía que el emperador, firmemente decidido a venir a Italia, había convocado en Constanza una dieta de los príncipes y colectividades de Alemania, y que apoyado por esas fuerzas se trasladaría a Italia, no tanto por la corona imperial, sino para reafirmar sus derechos sobre la península; y ésta iba a ser una empresa colectiva de toda Alemania. Se sabía que el rey de Francia atribuía mucha importancia a estos planes, y que por su

parte estaba organizando grandes fuerzas, y que el papa y los venecianos habían enviado delegados a Alemania; así que en Florencia se comenzó a considerar que de verdad se trataba de algo de gran magnitud, por lo que muchos aconsejaban que se enviara allá un representante nuestro. Por deseo del gonfalonero, que quería una persona de su confianza, se propuso a Niccolò Machiavelli, quien de inmediato empezó a prepararse para el viaje; sin embargo, muchos ciudadanos importantes empezaron a protestar pidiendo que se enviara a otra persona, ya que en Florencia había muchos jóvenes excelentes e idóneos para ese encargo y que era conveniente que empezaran a practicar. Entonces se canceló el anterior nombramiento y se comisionó a Piero Vettori, con facultades generales para oír e informar, pero no para negociar ni concertar acuerdos.

Pero como este asunto iba cobrando cada día más fuerza, se empezó a discutir la conveniencia de enviar embajadores, y a pesar de la tenaz oposición del gonfalonero se acabó por aprobar el envío, especialmente por la insistencia de Giovan Battista Ridolfi, que en esas reuniones técnicas tenía un crédito y una autoridad muy grandes. Por lo tanto los Ochenta escogieron a Piero Guicciardini y a Alamanno Salviati, quienes aceptaron; pero al momento de marcharse hubo otro desacuerdo, porque el gonfalonero no quería dejarlos ir, mientras que Giovan Battista Ridolfi y los Salviati insistían en que se fueran. Los que defendían esa misión; es decir, Giovan Battista Ridolfi y los Salviati, a los que se sumaron Lorenzo Morelli, Francesco Pepi, Lanfredino Lanfredini, Guglielmo de los Pazzi, Piero Popoleschi, Piero de los Alberti y muchos otros, sostenían que debía considerarse segura la llegada del emperador al estar reunida toda Alemania a favor de esa empresa, y que no era razonable pensar en que quisieran exponerse al riesgo de quedar en ridículo, cosa que sucedería si no emprendieran el viaje;

confirmaban esta opinión los favores, el dinero y toda clase de ayuda que el emperador recibiría del papa, quien con el afán de vengarse del rey de Francia y de los venecianos había efectuado largas negociaciones con el emperador y a últimas fechas le había enviado al cardenal de Santa Croce (Bernardino Carvajal) como legado *a latere* con amplísimas autorizaciones y comisiones; otra confirmación consistía en los preparativos y los enormes gastos del rey de Francia, cosa que por cierto no haría si no estuviese seguro del arribo del emperador a Italia.

Ahora bien, si el emperador venía a Italia, podíamos dar por segura su victoria, porque las fuerzas de Alemania eran muy superiores a las del rey de Francia, y más aún si con él venían los suizos, cosa que se daba por segura; además el estado de Milán, donde se efectuaría el ataque, estaba mal dispuesto contra el rey de Francia y suspiraba por un cambio; así que se podía prever la victoria del emperador. Si ésta se realizaba y nosotros no habíamos firmado un acuerdo con él con anterioridad, con razón estaría disgustado con nosotros por no haber tenido con él las consideraciones a las que estábamos obligados ante la autoridad imperial; no debíamos fijarnos en lo que harían los venecianos, porque con toda probabilidad se pondrían de acuerdo con el emperador, que era su amigo, contra el rey de Francia, que era su enemigo; si no se pusieran de acuerdo eso dependería de que estando los venecianos enemistados con el papa, el emperador no aceptaba su alianza, y esto reafirmaba otra vez el gran poder del emperador y la necesidad de alinearnos con él para contribuir a la ruina de los venecianos. También había que tomar en cuenta que si estuviésemos aliados con el emperador y él ganara, recuperaríamos Pisa y quedaríamos bien relacionados con él; si el emperador perdiese, no nos faltaría la oportunidad para calmar a Francia con dinero, como repetidamente nos enseñaba la experiencia. Por otra parte, si nos uniéramos a Francia y ésta ganara, no sacaríamos ningún

provecho, porque con los franceses nunca nos había resultado beneficioso portarnos bien; y si Francia perdiera sufriríamos muchísimo, así que con ellos iríamos a perder y no a ganar; por consiguiente debíamos tomar una resolución en el sentido que se sugería no escuchar al gonfalonero, quien no se separaría de Francia aun cuando viera a Florencia precipitarse en la ruina, por las obligaciones que él y el cardenal, su hermano, tenían con ese rey, pues el cardenal Soderini poseía en Francia beneficios e ingresos por varios miles de ducados. Éstas eran las razones esgrimidas por los que pedían que se enviaran los embajadores; pero es probable que entre ellos muchos se agitaran pensando que al llegar el emperador la situación de Florencia se enturbiaría y quitaría el cargo al gonfalonero.

Por otra parte, éste se resistía tercamente a enviarlos, de seguro debido al secreto deseo de no perder la amistad de Francia, tan provechosa para él y su hermano, el cardenal; además, en cuanto a los embajadores escogidos, de Alamanno pensaba que, siendo enemigo suyo, trataría de perjudicarlo; de Piero Guicciardini sabía que, aun sin actuar en su contra, no lo favorecería de manera especial, y sólo se ocuparía de los intereses del estado. Esta idea de no enviar embajadores la compartían los que ordinariamente acataban las opiniones del gonfalonero, como Niccolò Valori, Alessandro Acciaiuoli, Francesco Pandolfini y otros de la misma clase, que por lo demás no tenían mucho prestigio; pero la apoyaba también Piero Guicciardini, quien la defendió calurosamente en las discusiones y la sostuvo con su gran autoridad, y también Francesco Gualterotti la prefería, aunque a veces hablaba en forma ambigua.

Éstos sostenían que al enviar embajadores sin facultades para pactar y nada más para entretener al emperador y figurar en las celebraciones y ceremonias no nos granjearía su favor, porque con seguridad al saber que llegaban los embajadores de Florencia se imaginaría que tenían autorización para firmar un acuerdo, y

cuando viera que esto no se realizaba pensaría que nos estábamos burlando de él, y se enojaría; de este modo también ofenderíamos al rey de Francia, quien se imaginaría que queríamos abandonarlo, y además no le gustaría que abiertamente exhibiéramos tanta consideración y acatamiento a sus enemigos; por consiguiente había que escoger entre dos soluciones: o no enviar embajadores, o enviarlos con facultad y autorización para negociar un convenio, así que el punto clave consistía en ver si convenía o no firmar un pacto con el emperador. Otra cosa era segura y no debía ser olvidada: cualquier acuerdo con el emperador implicaba una entrega de dinero, cuantiosa e inmediata; para juntarlo sería necesario imponer una nueva contribución, y podíamos estar seguros de que el Consejo Grande no la aprobaría, porque el pueblo nunca se resigna a soltar dinero excepto cuando los peligros o las esperanzas son inmediatos, y si no se deja impresionar por las agitaciones cercanas en Italia, menos por las lejanas de Alemania. Por consiguiente se debía concluir que, aun cuando un convenio con el emperador podría ser provechoso para Florencia, sin embargo, la dificultad de conseguir el dinero era tan seria y podía provocar tales trastornos que más valía desechar esta idea, a no ser que nos viéramos obligados por un caso de fuerza mayor. Y profundizaban aún más: suponiendo que tuviéramos el dinero a la mano, el convenio podía ser redactado en dos formas distintas: una, que nos aliáramos con él para cualquier empresa, incluso contra Francia; la otra, que tan sólo le proporcionáramos dinero sin comprometernos contra nadie. Pero ambas formas disgustarían profundamente al rey de Francia, y no nada más la primera, sino también la segunda, porque lo que le hacía falta al emperador no era la gente sino el dinero, así que al proporcionárselo era lo mismo que armarlo y ponerlo en campaña contra él; por lo tanto, con cualquier tipo de convenio que se firmara con el emperador, el rey de Francia

se ofendería y se enemistaría con nosotros, así que esa decisión era de suma importancia. Además no era absolutamente seguro que el emperador viniera a Italia, porque él solo no tenía fuerzas suficientes, y aun tomando en cuenta que los príncipes alemanes lo apoyaban, no debíamos olvidar que las deliberaciones que dependen de la voluntad de mucha gente son muy difíciles de realizar; en particular no era muy creíble que las colectividades alemanas que iban a constituir el grueso del ejército, considerando su hambre de dinero y la pobreza de sus señores, quisieran gastar generosamente en provecho del emperador y los otros grandes, con cuya potencia no ganarían nada sino más bien perderían, porque entre más poderosos llegaran a ser, más miedo deberían tenerles. En cuanto a la actitud del papa y los venecianos, todavía no resultaba tan clara como para ayudarnos a tomar una decisión. Suponiendo además que el emperador de verdad viniera a Italia, la fuerza y los dispositivos del rey de Francia eran de tal magnitud que no se podía tan despreocupadamente dar por segura la victoria de los alemanes; por consiguiente, se debía considerar con mucha seriedad el peligro en que nos meteríamos, porque una vez firmado el acuerdo, si el emperador no venía o viniendo fuera derrotado, nosotros quedaríamos sin remedio a disposición del rey de Francia, que se consideraría ofendido y enemigo nuestro; si el emperador ganaba, como tenía gran necesidad de dinero y no era mejor que los otros bárbaros en cuanto a cumplir con su palabra, y con la fama que tenía Florencia de ser una ciudad rica, por angas o por mangas no le faltarían pretextos para sacarnos más dinero. Por el otro lado, si siguiéramos aliados del rey de Francia y él ganara, aunque no nos devolviera Pisa, nosotros no tendríamos otros problemas y conservaríamos nuestras posesiones, que no era poco en esos tiempos borrascosos y difíciles; si perdiera, el emperador estaría tan necesitado de dinero que no nos faltaría la manera de

apaciguarlo entregándoselo, y tal vez en una cantidad no tan alta, porque él estaría más apurado y nosotros podríamos justificarnos de no haber pactado con él por el temor que nos causaba el rey de Francia, que estaba en Italia, y prácticamente en nuestras fronteras, con un ejército poderoso. Por consiguiente, después de examinar todos estos aspectos, deberíamos preferir seguir aliados al rey de Francia y no atarnos al emperador, además de que no era cosa sin importancia el que no podíamos hacer ningún convenio con éste sin entregarle dinero, con dificultades y perjuicios, mientras que si seguíamos con los franceses no tendríamos molestias, porque este rey o no pediría nada o a lo sumo algunos hombres de armas, que le podríamos proporcionar sin sacrificio y gastos adicionales, porque ya estaban cubiertos con una partida ordinaria y no la necesitábamos para ninguna campaña militar.

Sobre este asunto hubo muchísimos debates en los consejos de los Diez y los Ochenta, y siempre se decidía esperar nuevos informes de Francesco Vettori; al recibir noticias de que los preparativos iban viento en popa y que se decía que todos los dispositivos aprobados en la dieta debían estar listos para el día de San Miguel, en septiembre, se le autorizó para negociar un convenio. Y como todas las negociaciones iban a parar en el problema del dinero, las primeras cifras pedidas por el emperador fueron enormes pues llegaban a los quinientos mil ducados; luego llegó a un acuerdo y bajó a cincuenta mil; y mientras se discutía este punto para tomar una decisión, por la insistencia de los informes que llegaban de Alemania se autorizó a Vettori para que firmara el acuerdo, con algunas restricciones; pero el gonfalonero, que quería tener allá a una persona en quien pudiera tener absoluta confianza y que cuidara sus intereses no menos que los de la ciudad, propuso a los Diez que para evitar el peligro de que los escritos se extraviaran, sería conveniente enviar una persona que informara verbalmente; así,

no encontrando oposición, logró que se enviara a Machiavelli.

En ese tiempo se encontraba en Francia como nuestro embajador Giovanni Ridolfi, quien con insistencia enviaba mensajes informando sobre los poderosos dispositivos del rey y aconsejando y suplicando que no se abandonara esa amistad; por esto se le criticó con severidad como si se hubiera excedido en su oficio de embajador, así que su popularidad bajó mucho, mientras que antes se le consideraba un ciudadano muy sabio y valiente. El rey de Francia también nos pidió que pusiéramos a su disposición cierto número de hombres de armas, cosa que se le denegó con el pretexto de que los necesitábamos en la campaña de Pisa; el rey, dominando su coraje y las vehementes sospechas que abrigaba contra nosotros, en apariencia no se enfadó ni se molestó. Entretanto los venecianos estipularon un acuerdo con el rey de Francia, sin que con ello cesaran las disensiones en Florencia, puesto que algunos sostenían que lo habían hecho porque conocían la debilidad de Alemania, mientras que otros afirmaban que el emperador, para no molestar al papa, no había querido aceptarlos.

El gonfalonero era considerado amigo del rey de Francia y enemigo de todos sus enemigos, y esta opinión estaba difundida no sólo en Florencia sino también fuera de la ciudad, a tal punto que el emperador, en la época en que convocó la dieta de Constanza, al enviar a Italia un emisario le dio una carta de presentación para Alamanno Salviati, en la que le rogaba que aconsejara a Florencia adherirse a su iniciativa, y aclaraba que no se dirigía al gonfalonero porque sabía que éste nunca abandonaría Francia; y por esta opinión sobre su actitud todos aquellos que apoyaban el envío de embajadores a Alemania lo criticaron, y en toda la ciudad se le hacían gravísimos cargos.

Mientras tanto la iniciativa del emperador se iba demorando, ya que la fecha de su partida se había aplazado, y además, sin

contar con que los venecianos se habían unido al rey de Francia, no se veía que el papa tuviera la intención de facilitarle dinero, por tacañería o por haber reflexionado mejor sobre el peligro que esta empresa traería, así que por fin el emperador, encontrándose, como quien dice en el barco y con pocas galletas, envió una parte de sus tropas hacia el Friul y otra parte hacia Trento, para atacar las plazas de los venecianos. Por consiguiente éstos enviaron al Friul a Bartolomeo de Alviano con un buen ejército, y por el lado de Trento al conde de Pitigliano (Niccolò Orsini), mientras que el rey de Francia les proporcionaba como auxilio un buen número de hombres de armas bajo las órdenes de Gian Giacomo Triulzi.

Los alemanes, con poca gente y sin empeñarse mucho, hicieron incursiones hasta Vicenza; pero luego, al encontrar una fuerte resistencia, regresaron a Alemania; en el otro sector los alemanes que habían entrado en el Friul, con tropas escasas y mal organizadas, sostuvieron algunas escaramuzas con Bartolomeo de Alviano; éste los derrotó, y dándose cuenta de su escasa consistencia, autorizado por Venecia, empezó a atacar sus plazas, conquistando Trieste, Gorizia y Fiume; con esto ganó para los venecianos un territorio con ingresos de cincuenta mil ducados o más, y de gran utilidad porque incluía pasos de gran importancia para la protección de sus territorios en esa comarca. Asustado por ese revés, el emperador convocó una dieta en Ulm, pero no consiguió ningún apoyo, así que acabó por negociar con los venecianos una tregua en virtud de la cual éstos conservarían durante dicha tregua los territorios recién ocupados y le entregarían cada año la suma de treinta mil ducados. Así acabó la campaña del emperador, que había causado tanto miedo al rey de Francia que se echó encima unos gastos enormes, y había provocado tantos problemas y conflictos en Florencia, que si la cosa se hubiera alargado más, de seguro hubiera desembocado en una revolución, lo que tenía su origen en la falta de un

conocimiento profundo de los procesos históricos reales.

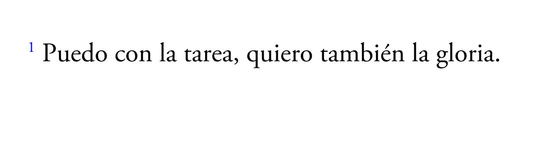
Más tarde se supo que ya un año antes el papa, al retirarse de Bolonia, había tratado con el emperador sobre su venida a Italia; en ese entonces éste era enemigo del rey de Francia y de los venecianos, los cuales estaban asustadísimos por los preparativos franceses con respecto al asunto de Génova; luego, ocupada Génova por los franceses, el papa se puso del lado de los venecianos prometiéndoles su apoyo en el caso de que alguien los atacara; con esto el emperador se convenció de que el papa y los venecianos lo apoyarían, aunque no hubiera arreglado nada concreto con ellos; también confiaba en que los suizos, a quienes había concedido muchos favores y auxilios contra los príncipes alemanes, le prestarían ayuda. Así que cuando convocó la idea en Constanza y los alemanes muy entusiasmados por ese proyecto propusieron organizar un gran ejército, nombrar capitanes imperiales y guerrear en nombre del imperio (y si se hubieran aprobado estos planes, seguramente habrían venido a Italia con fuerzas colosales), el emperador, quien ambicionaba hacer la guerra con recursos propios para que la ganancia fuera toda para él, y estaba convencido de que el papa, los venecianos y los suizos lo ayudarían, así que creía que no iba a necesitar mucho los refuerzos de la dieta, se opuso enérgicamente y rechazó la propuesta diciendo: *Ego possum ferre labores, volo etiam honores,*[1] manifestando claramente que con un pequeño respaldo quedaba satisfecho; así que se aprobó el compromiso en los términos que él quería, de manera que faltándole las ayudas de Italia no pudo hacer nada y su grandioso proyecto se esfumó. Y bien merecido se lo tenía, porque no hubiera debido reservarse nada personal con argumentos y declaraciones generales antes de elaborar un articulado en que aquéllos se comprometieran formalmente; después los venecianos firmaron un pacto con el rey de Francia, el papa no cumplió con su promesa de proporcionarles dinero, y los suizos, como no

recibieron dinero ni de él ni de otro por cuenta del mismo, no se movieron; de modo que, desesperado y temiendo caer en una situación vergonzosa si no hacía nada, de manera temeraria declaró la guerra a los venecianos, y en esa forma, para evitar una vergüenza, provocó en forma estúpida al ejército de quien lo superaba ampliamente y se granjeó un desprestigio mucho peor y un daño incalculable. Después del desastre convocó a los príncipes en Ulm y trató de demostrar que sus perjuicios y su deshonra lo eran también de toda Alemania; pero viendo que ponían oídos de mercader, se vio obligado, para evitar algo peor, a autorizar, a fines de ese año o a principios del siguiente, una tregua innoble y vergonzosa.

En ese año, a fines de diciembre, Guglielmo Capponi, obispo de Cortona, hombre bárbaro y temerario, se puso en contacto con el arzobispo de Florencia, Rinaldo Orsini, y le pidió que le cediera el arzobispado; las negociaciones, en especial debido a la intervención del cardenal de Médicis, de quien dicho Guglielmo había sido enemigo feroz, pero ahora por ese asunto se le había vuelto amigo, habían progresado tanto que prácticamente se podían considerar logradas. Esto no le agradaba al gonfalonero porque por una parte odiaba a Guglielmo y por la otra porque esperaba que la sede de Florencia, al quedar vacante por la muerte del titular, fuera asignada a su hermano, el cardenal Soderini; con este propósito sobornó a Gioacchino Guasconi, Iácopo de Bongianni y a muchos otros para que, aparentando hacerlo de su iniciativa en beneficio de la ciudad, solicitaran a la Señoría que, en vista de la condición de Guglielmo Capón, se dignara a escribir al papa oponiéndose a la renuncia del arzobispo. Pero estas personas, al saber que algunos miembros de la familia Capponi y Giovan Battista Ridolfi, pariente de ellos, se habían molestado, no quisieron comprometerse; por consiguiente el gonfalonero fue obligado a delatarse, cosa que él quería evitar, y consiguió que la Señoría escribiera tal número de

cartas al papa que por fin éste, para no disgustar a Florencia, mandó archivar el asunto.

Luego se nombró la nueva Señoría por enero y febrero, y durante este periodo, a pesar de que al gonfalonero casi nunca le faltaron los seis votos favorables, como en el caso de las cartas contra Guglielmo Capponi, sin embargo algunos miembros de la Señoría, como Bartolomeo de Filippo Valori, Giovanni de Stagno Barducci y Giovanni de Ridolfo Lotti, personas activas, emprendedoras y enemigas de él, debido también a que todavía no se calmaba la punzada del fracaso con el emperador, se le enfrentaron y lo atacaron tanto en sus iniciativas que en muchos casos se vio obligado a ceder, y suspiraba por el día en que dejarían su cargo. Por cierto que eran hombres destacados, y si hubieran tenido otros dos colegas semejantes, habrían ocasionado muchos dolores de cabeza al gonfalonero; de todos modos, pese a que a muchos ciudadanos importantes les gustaba que hubiera oposición al gonfalonero, la mayoría criticó a esta Señoría por haberse excedido muchas veces y con poco sentido de responsabilidad con palabras y ataques innecesarios.



[1] Puedo con la tarea, quiero también la gloria.

XXIX. RELACIONES DE FLORENCIA CON PISA Y LUCCA. COSIMO DE LOS PAZZI, ARZOBISPO DE FLORENCIA

(1508)

Al principio del año siguiente, 1508, apaciguadas ya las agitaciones ocasionadas por el emperador, se empezó a hablar de destruir la campiña de los pisanos, cosa que el año anterior no se había hecho, pero en las juntas de los principales ciudadanos, convocados por los Diez, casi todos se declararon en contra. Las razones que esgrimían eran las siguientes: en primer lugar estas operaciones, como se habían visto en los resultados, habían creado dificultades a los pisanos, pero no nos habían devuelto Pisa, porque siempre había quien los ayudara; en segundo lugar no había que olvidar que al rey de Francia, que nos había visto apoyando al emperador, así como a los venecianos, por su antiguo odio contra Florencia y por su ambición de dominar Italia, no le iba a gustar que recuperáramos Pisa, y cuando nos viera en guerra contra esta ciudad no faltaría en enviarle ayuda y probablemente tan importante que tal vez nos pondríamos en dificultades y hasta tendríamos que enfrentarnos a algún tumulto interno. También puede ser que algunos, aunque no lo dijeran abiertamente, sintieran algún escrúpulo de conciencia, porque esa operación reduciría a muchos campesinos a condiciones tan miserables que muchas familias, y más que nadie las mujeres, sucumbirían.

Ésta era la opinión de los principales ciudadanos; por otra parte el gonfalonero, que seguía obsesionado por recuperar Pisa, sostenía lo contrario, y viendo que en las reuniones con los ciudadanos principales no tenía esperanza de ganar, presentó el proyecto a los Ochenta en una reunión con muchos otros

ciudadanos, pero al principio se decidió acatar la opinión de los ciudadanos principales; esto no gustó al gonfalonero, que insistió en presentarlo y defenderlo muchas veces, hasta que por fin se aprobó que se destruyeran los cultivos. En este asunto lo ayudaron mucho los informes de Niccolò de Piero Capponi, que había sucedido a Alessandro Nasi como comisario en Cascima; este comisario enviaba muchos mensajes apremiantes, sosteniendo que si se destruían los cultivos, la situación de Pisa llegaría a tal gravedad que una de dos: o los campesinos armarían un tumulto en Pisa para evitar que se destruyeran sus cosechas, o, si no se levantaban, el hambre acabaría por obligarlos a rendirse. Además el gonfalonero dijo a los Ochenta que tenía gente apalabrada en Pisa, y que al acercarse nuestras tropas cooperarían eficazmente. Así se procedió a destruir los cultivos en grandes zonas, porque los pisanos no tenían bastantes tropas y no podían impedir la devastación; sin embargo, su obstinación era tan grande que no se produjo ningún levantamiento. También la tan cacareada conjuración resultó una pompa de jabón, porque no se trataba sino de una plática entre un corredor de poca importancia, llamado Marco del Pecchia, y un tal Francesco del Lante, ciudadano de Pisa y artero enemigo nuestro, que quería burlarse de nosotros. Los ciudadanos sabios siempre consideraron que era una torpeza prestar oído a semejantes promesas, pero el gonfalonero, demasiado ingenuo y crédulo en estos asuntos, se imaginó que tenía en sus manos una carta segura.

Poco después de la devastación de los cultivos pisanos, el rey de Francia envió a Florencia un embajador llamado Michele de los Ricci, napolitano y político muy notable; se temía que se tratara de algo desagradable, porque el rey no estaba muy satisfecho con nosotros; sin embargo, resultó bastante moderado, porque se limitó a pedir en forma muy prudente que no molestáramos a los pisanos; ésta no era la verdadera

intención del rey, sino que intentaba llevarnos a prometerle dinero si no se oponía a la recuperación de Pisa. Para oírlo y negociar con él se escogieron dos miembros de los Diez: Giovan Vittorio Soderini y Alamanno Salviati, y cuatro ciudadanos más: Francesco Gualterotti, Lorenzo Morelli, Giovan Battista Ridolfi y Piero Guicciardini. Así que se empezó a elaborar un convenio mediante el cual el rey no ayudaría a los pisanos y conseguiría que ningún auxilio les fuera enviado por Génova y Lucca, comprometiéndonos nosotros a entregarle cierta suma de dinero —lo mismo que al rey de España, quien se obligaba a no prestar ayuda— en el caso de que nosotros lográramos recuperar Pisa en el plazo de un año a partir de la fecha en que se firmara el convenio, con exclusión de cualquier otra forma o circunstancia. Y cuando se había empezado a discutir esta proposición en Florencia, a donde había llegado a este fin un delegado del rey de España o de Aragón, el rey de Francia retiró a su embajador, de modo que la negociación se reanudó en el territorio francés, donde después de largos debates se llegó al siguiente acuerdo: el rey de Francia se comprometía a protegernos, no se opondría a nuestra campaña contra Pisa, nos proporcionaría todos los auxilios que le pidiéramos y de manera especial ordenaría a Génova y Lucca que no ayudaran a los pisanos, pediría al rey de España que hiciera lo mismo; como contrapartida nosotros nos comprometíamos a entregar a él cien mil ducados y al rey de Aragón cincuenta mil, en la inteligencia de que Pisa se recuperaría en el término de un año a partir de la fecha en que se firmara el acuerdo; de otro modo todas las estipulaciones y obligaciones de ambas partes se considerarían caducadas y sin efecto.

Este asunto fue discutido en muchas juntas y Francesco Gualterotti propuso airadamente que ya se dejara de discutir, porque considerando el carácter de los franceses, quienes no tienen palabra y no se dejan convencer con razones, el resultado

sería que semejante convenio no nos devolvería Pisa y de todos modos, con maña y violencia, nos exprimirían ese dinero. El gonfalonero, Giovan Battista Ridolfi, Piero Guicciardini, Alamanno y Iácopo Salviati sostenían la opinión contraria, porque había que tomar en cuenta que si no nos poníamos de acuerdo con esos dos reyes era evidente que nunca recuperaríamos Pisa; en cambio, si se firmara un convenio y ellos cumplieran, había grandes esperanzas de obtenerla, y si lo lográbamos, ese desembolso tan cuantioso sería dinero bien empleado, en comparación con los trastornos continuos que nos ocasionaba al no poseer esa ciudad y con los peligros que algún día podría acarrearnos, y era de creer que cumplirían por la gran ventaja económica que iban a obtener; en caso contrario, si no respetaran el convenio, incluso respetándolo, no pudiéramos por otras causas reconquistar Pisa, en ese caso nosotros no estaríamos obligados a darles nada; por otra parte, si ellos hubieran decidido sacarnos dinero por la fuerza o con engaños, no les faltarían maneras y pretextos para conseguirlo, inclusive sin dicho convenio. Por lo tanto, por estas razones y por el prestigio de quienes le apoyaban en las juntas pequeñas y en las grandes, se aprobó esta decisión; pero se presentó una dificultad, porque se temía que este pacto concertado con el rey de Francia no fuera aceptado por el de España por ser inferior la suma que se le ofrecía; por consiguiente se escribió a nuestros embajadores para que trataran de negociar y cerrar este convenio también con el embajador español, que estaba presente en la corte; y que si no lo lograban, de todos modos firmaran el acuerdo con el rey de Francia en los términos aprobados. Pero en las discusiones, negociaciones y otras dificultades se gastó tanto tiempo que sucedió que el cardenal de Rouen, por las razones que explicaré más adelante, tuvo que salir para Flandes, así que el convenio quedó aplazado hasta su regreso.

En este tiempo Alessandro Nasi había sido nombrado nuestro

embajador ante el cardenal de Chaumont en Milán, pero cuando llegó a esa ciudad se encontró con que el cardenal había salido para Francia unos días antes, así que se le comisionó para que se trasladara a ese país y atendiera a nuestras negociaciones junto con Giovanni Ridolfi, que parecía poco eficiente.

Poco después de iniciadas las negociaciones con Francia, nuestra ciudad, decidida a expugnar Pisa por medio del hambre, con el objeto de quitar a los pisanos la ayuda que podía llegarles por mar, contrató algunos barcos de Bardellotto, hijo del corsario genovés Bardella, pues le tenían mucha confianza porque entre los propietarios de esos barcos figuraban también Neri de Napoleone Cambi y otros florentinos. Ahora bien, mientras éstos se encontraban en Porto Pisano, el rey de Francia, viendo que nuestro convenio se iba atrasando, y temiendo que esta demora fuera intencional de modo que si hubiésemos recuperado Pisa antes de firmarlo él no escribiría nada, ordenó a Bardellotto, que era su súbdito, que dejara sin efecto el contrato que tenía con nosotros. Bardellotto tenía que obedecer, así que nosotros, para que se suspendiera la prohibición, tuvimos que prometer al rey que si recuperábamos Pisa durante las negociaciones cumpliríamos con las mismas condiciones a las que quedaríamos obligados firmando el convenio. Poco después se avistó un bergantín cargado de trigo que se dirigía a Pisa; Bardellotto y Neri juzgaron que podían apoderarse de él sin dificultad, y con unas cuantas galeras lo asaltaron; mientras tanto llegaron otros tres bergantines pisanos procedentes de Córcega, y con sus barcos los capturaron; pero estando desguarnecido Porto Pisa-no, se contrató también a Bardella con unas cuantas galeras; así se continuó apretando el cerco a Pisa y destruyendo sus sembradíos, de manera que su situación se tornaba, con el tiempo, más y más crítica.

En ese tiempo se concertó una alianza y un convenio con Lucca, y para que se entienda mejor este asunto me remontaré

un poco más atrás. En épocas lejanas, muchas veces Lucca fue aliada y gran amiga de Florencia; pero después de que ocupáramos Valdiniévole, que siempre había sido propiedad de Lucca, y conquistáramos Pisa, empezó a abrigar recelos y preocupaciones por nuestro poderío, así que comenzaron a odiarnos; su hostilidad creció todavía más cuando Florencia intentó varias veces someterla durante las campañas de Filippo de Austria; así esa enemistad que había nacido accidentalmente por recelos se volvió odio profundo y esencial; sin embargo, el miedo a nuestra cercanía y nuestro poder, sobre todo después de que conquistamos Pietrasanta y Sarzana, los obligó a transigir y seguir manteniéndose lo mejor que podían.

Pero en 1494, cuando perdimos Pisa, viéndonos débiles y desorganizados, y considerando que mientras Pisa se conservara independiente su ciudad estaría segura, se dedicaron activamente a sostener su libertad, a veces de manera abierta, como cuando, en los tiempos de Paolo Vitelli, le proporcionaron trescientos soldados, pero por lo general en forma encubierta y sistemática no cesaban de apoyarla, solicitando al rey de Francia y a otros príncipes que la ayudaran, confabulándose con Génova y Siena para defenderla, animándola y enviándole en forma continua víveres y hasta dinero. Con esto hacían también sus intereses porque, como los pisanos tenían entrada libre en el territorio de Lucca, todas las veces que se encontraban en apuros vendían a precios muy bajos casi todas sus mercancías en esa zona, así que todos los productos de Pisa, o cuando menos la mayor parte, primero las de más precio y luego, aumentando sus necesidades, también las otras y hasta las más insignificantes se vendían fácilmente en Lucca, incluso lo que cogían en nuestro territorio; de este modo los de Lucca en esta guerra se enriquecieron y nos causaron grandes daños y pérdidas en todas nuestras empresas y operaciones.

Esto se conocía muy bien en Florencia, pero los de Lucca sabían actuar con gran habilidad, y con dinero cultivaban la amistad del cardenal de Chaumont o de algún otro de los más altos dignatarios de la corte francesa, así que el rey los protegía y los favorecía, mientras que nosotros, para no ofender al rey, no nos atrevíamos a atacarlos; desde luego en ocasiones se les asaltaba y se cogía botín en su territorio, pero no en forma oficial sino con pretextos diversos, para podernos disculpar y defender ante la corte de Francia; pero se trataba de operaciones muy esporádicas y de escasa importancia; por las precauciones que debíamos tener, así que no eran suficientes para obligarlos a cambiar su modo de proceder. Pero poco a poco, conversando con los franceses, se llegó a comprender cómo eran en realidad los de Lucca, y que las maneras suaves eran el peor método, porque parecía evidente que si se trataban con dureza llegarían a buscar un acuerdo y a comprometerse a ser buenos vecinos; una vez realizadas las operaciones había mil maneras de justificarse con Francia y apaciguarla; así que muchas veces en las juntas de alto nivel los primeros ciudadanos habían sugerido la conveniencia de enseñarles cómo comportarse y tratarlos en una forma diferente y no como se había hecho hasta entonces. Pero como el gonfalonero no quería entender y recelaba de todo, por bastantes años no se hizo nada y la ciudad siguió en esta situación de que las decisiones que no gustaban al gonfalonero, aun cuando tuvieran la aprobación de las otras autoridades, difícilmente se ejecutaban. Pero poco a poco también él empezó a inclinarse a este modo de ver, de manera que propuso una ley que prohibía el comercio y otros tratos con los habitantes de Lucca, así como el intercambio de cartas y cualquier tipo de contacto; en una palabra se les consideraba enemigos con los cuales las relaciones estaban rotas. Por supuesto, Gherardo Corsini, Lanfredino Lanfredini y algunos otros ciudadanos nuestros que tenían relaciones comerciales y negocios con

Buonvisi y otros ciudadanos de Lucca se opusieron y protestaron. El gonfalonero había tomado esta iniciativa bien porque quería perjudicar y despojar de este intercambio económico a ciertos ciudadanos nuestros que de eso se ocupaban, y en especial a Lanfredino Lanfredini, quien en los asuntos públicos no lo apoyaba, y en los privados, acerca de estos negocios con Lucca, había tenido enfrentamientos con Tommaso Soderini, su sobrino. Y temiendo que esta propuesta no sería aprobada si fuera sometida a debate, una tarde convocó para otros asuntos a los Ochenta, y sin informarles de nada les rogó que esperaran; luego logró la aprobación de la Señoría y de los colegios, y entonces la presentó a los Ochenta con muchos argumentos y demostraciones del perjuicio que con esa ley se infligiría a Lucca, y así consiguió que la aprobaran. Al saberse esto en la ciudad, muchos ciudadanos importantes la criticaron demostrando con muchas razones que la ley de marras no dañaba a Lucca y sí perjudicaba a ciertos ciudadanos nuestros; sin embargo, debido a la gran hostilidad que se abrigaba casi siempre contra Lucca, en el Consejo Grande se logró obtener con una gran facilidad que se concediera la aprobación.

Aprobada esta ley, los de Lucca, o porque efectivamente los perjudicara, o bien porque les parecía que con esto de declararlos enemigos estábamos indicando la intención de llegar a cosas más graves, poco después enviaron a Florencia como delegados a Gian Marco de Médicis y a Bonno… se encargó a algunos ciudadanos importantes que trataran con ellos, pero al final, como ellos insistían con obstinación en que les cediéramos nuestros derechos sobre Pietrasanta, no se llegó a ningún acuerdo. Después de ello, en este año de 1508, mientras se negociaba con el rey de Francia, al saber que Lucca seguía enviando trigo a Pisa, en una reunión de los Diez se decidió escribir al comisario de Cascina que asaltara Viareggio y que en esta operación tratara la plaza como enemiga declarada; muchos

ciudadanos apoyaron esta medida y el propio gonfalonero la favoreció. Pero Francesco Gualterotti, Giovan Battista Ridolfi, Piero Guicciardini, Alamanno y Iácopo Salviati, que no habían participado en la decisión por estar en sus quintas fuera de la ciudad, la criticaron enérgicamente, afirmando que era una medida por completo inoportuna, porque era un contrasentido que mientras estábamos trabajando en el problema de Pisa con el rey de Francia se provocaran nuevas dificultades; este razonamiento pareció muy convincente y el propio gonfalonero lo aceptó y se desdijo, y si hubiese habido tiempo habría revocado el encargo encomendado al comisario. Pero ya era tarde, porque éste de inmediato había enviado hacia Viareggio una parte de las tropas, que incendiando almacenes, robando y quemando tejidos, requisando ganado en todas partes, causaron un gran daño a los de Lucca, a tal grado que reaccionando en el acto y con mucho miedo, éstos se quejaron con el rey de Francia y el papa, y enviaron a Florencia como su delegado a un tal Giampaolo Giglio, un comerciante que en Lucca no tenía mucho prestigio, para sondear nuestras intenciones. Éste inició conversaciones sobre un posible convenio y, encontrando que los ánimos de los principales ciudadanos estaban bien dispuestos, informó a Lucca y de allá vinieron como embajadores Gian Marco de Médicis y el mencionado Giampaolo. Las negociaciones empezaron al momento, porque el rey de Francia, después de escuchar nuestras justificaciones, había rechazado sus quejas; así se comprendió que ese ataque, aunque había sido contrario a las sugerencias de los principales ciudadanos, había resultado provechoso, y se comprobó que actuar con tantos miramientos, querer pronosticar tanto el futuro y ser tan timoratos, algunas veces es más dañino que útil.

Florencia deseaba un acuerdo, en especial los ciudadanos principales, porque era evidente que quitando a los pisanos la ayuda de Lucca se les quitaría una colaboración indispensable

para que siguieran viviendo; además, como era imposible conquistarlos por hambre mientras Lucca siguiera reabasteciéndolos, así parecía una cosa fácil domarlos quitándoles esa ayuda y cerrándoles el acceso por mar. Pero se sospechaba que los de Lucca buscaban este acuerdo más bien para protegerse de nosotros y seguir de todos modos ayudando a escondidas a los pisanos; sin embargo, los de Lucca redujeron mucho esta sospecha al afirmar que para ellos Pisa estaba tan débil y agotada que no podría resistir mucho tiempo por sí sola, y que forzosamente caería en manos de nosotros o en poder de alguna potencia que tuviera fuerzas suficientes para defenderla de nuestro ataque; en este caso ellos, los de Lucca, se verían en peligro y siempre temiendo a esa potencia, así que les convenía más, si se les favorecían con ciertos detalles, que Pisa volviera en poder de Florencia mediante su ayuda y colaboración y que se restableciera entre nosotros la antigua amistad. Por lo tanto se confió la negociación a un miembro de los Diez, Lorenzo Morelli, y a cuatro ciudadanos más, o sea Giovanni Vittorio Soderini, Giovan Battista Ridolfi, Piero Guicciardini y Alamano Salviati; faltó Francesco Gualterotti, que se encontraba en Pistoia como capitán de justicia.

Al discutir los detalles, los embajadores de Lucca hicieron hincapié en dos cosas: primero, que este convenio sería muy provechoso para nosotros, porque el hecho de que ellos se abstuvieran de proporcionar a los pisanos víveres, facilidad de comerciar y otras prestaciones no era otra cosa que servirnos Pisa en bandeja de plata; segundo, que mientras Pietrasanta y Mutrone estuvieran en posibilidad de ser reclamados por los florentinos, la ciudad de Lucca nunca se sentiría segura de su independencia y, por lo tanto, para dar a esta amistad un fundamento estable era necesario que nosotros renunciáramos a nuestros derechos sobre Pietrasanta y Mutrone, cosa que para nosotros en realidad carecía de importancia, porque estas plazas

de hecho ya estaban en poder de ellos, y además, si queríamos examinar la realidad, en cuanto a Pietrasanta nuestros derechos no estaban bien fundamentados, y en cuanto a Mutrone, se trataba de una plaza prácticamente destruida y tan poca cosa en un asunto de tanta importancia que ni se debía tomar en cuenta. Y si nosotros les contestáramos que no podíamos ceder esos derechos porque una vez otorgados ya no estaríamos seguros de que ellos cumplirían con el acuerdo, ellos con gusto nos proponían que no se efectuara una cesión pura y simple, sino condicionada a que pudiéramos reconquistar Pisa en un plazo razonable, y agregaron que si se les cedían esos derechos, ellos pondrían a nuestra disposición por algunos años cierto número de hombres de armas pagados por Lucca.

Éstas eran, en resumidas cuentas, las demandas de Lucca, y al empezar a discutirlas en las juntas entre los ciudadanos encargados de encaminarlas surgieron opiniones discordes. El gonfalonero, Giovan Vitorio Soderini y Piero Guicciardini pensaban que debían ser aceptadas y razonaban de este modo: si se firmaba el acuerdo, Lucca cumpliría o no cumpliría; si cumplía, el hecho de separarla de los pisanos representaba una utilidad tan grande que la cesión de Pietrasanta podía ser considerada como un precio perfectamente razonable; si no cumplía y no se recuperaba Pisa, el convenio no surtiría efecto; además las esperanzas de obtener la cesión de Pietrasanta en cierta forma la obligaría a cumplir para que al recuperar Pisa ella pudiera conseguir su propósito; y otra cosa más que se debía considerar y aprovechar era el dinero que nos facilitaban; en fin, esta solución en verdad era tan ventajosa que debía tener más peso que la ligera mancha a nuestro honor derivada de esta renuncia, tanto más cuanto que nuestros derechos sobre Pietrasanta no estaban tan bien fundamentados, y que Lucca, después de algunas discusiones, había cesado de exigir Mutrone.

Era contraria la opinión de Lorenzo Morelli, Giovan Battista

Ridolfi y Alamanno Salviati, pues esta renuncia les parecía tan deshonrosa que no querían aceptarla por ninguna razón; luego, al discutirse el asunto en una junta con los Diez, casi todos aceptaron esta opinión y aconsejaron que se buscara otra forma para dar seguridades a Lucca sin menoscabo de nuestra honra. En otra junta, sin la presencia de los delegados de Lucca, después de muchas discusiones, se propuso otra solución: que se pactaran alianza y amistad por un plazo razonable y, si se recuperaba Pisa antes de cierta fecha, se prorrogaría el pacto por doce años; de este modo se garantizaba la seguridad a Lucca, si no total, por lo menos por un periodo bastante largo, durante el cual podrían presentarse varias oportunidades que permitieran tener más en cuenta los derechos de Florencia, que así no se cancelaban sino que seguirían vigentes. Esta solución fue aceptada y se redactó un proyecto en que el primer plazo de la alianza fuera de tres años; más tarde se discutió el plazo que se debía fijar para la recuperación de Pisa, y Piero Guicciardini propuso que fuera de un año para obligar a Lucca a proceder correctamente y además porque el convenio se fundaba en la esperanza de poder asediar Pisa, la que se frustraría si en este año no se lograba nada.

Giovan Battista Ridolfi y Alamanno Salviati, al contrario, sostenían que este plazo debía ser de tres años, igual que la alianza, porque si dentro de un año no podíamos apoderarnos de Pisa, la alianza de todos modos duraría dos años más, y habiendo caducado aquella condición se crearía una situación injusta, porque deberíamos seguir respetándola por otros dos años sin provecho. Se replicó que al expiar el primer año tendríamos la opinión de prorrogar la alianza por un año o dos más; pero aquéllos no cejaron en su opinión y, como no parecía cosa de mucha importancia, todos los cinco aceptaron el plazo de tres años. Terminado el proyecto, el gonfalonero, al proponerlo a los Ochenta, dijo que el plazo era de un año, así

que fue aprobado en esa versión y se autorizó a los Diez para que en determinado tiempo se llevara a cabo la firma de la alianza en dichos términos. Pero los delegados de Lucca, preocupados por el plazo tan reducido, quisieron antes informar a su gobierno; fue a Lucca Gian Marco de Médicis en persona y regresó con la autorización para firmar el convenio, siempre que se estipulara un emplazamiento de tres años y no en otra forma. Se convocó otra vez a los Ochenta y se les propuso esta nueva solución; también se presentó la solución ya aprobada en la junta anterior, porque el plazo concedido a los Diez ya había expirado, pero no se logró la aprobación de ninguna de las dos, porque muchos, o por aversión a Lucca o porque el convenio, les parecía indecoroso, se opusieron; el gonfalonero insistió mucho en apoyo a la solución con la dilación de un año, así que ésta fue la aprobada; en esa tarde se comprendió que él prefería rechazar el convenio y no aceptar el plazo de tres años.

Las razones del gonfalonero pudieron ser las siguientes: o había cambiado de opinión y ahora ya no le gustaba en absoluto que se firmara un acuerdo con Lucca, mientras que antes lo aceptaba, y con la seguridad de que los de Lucca no lo firmarían quiso con esta treta impedir que se efectuara; o bien, conforme a su carácter, prefería impedir el convenio, incluso en perjuicio de Florencia, antes que aceptar la modalidad que contra su opinión habían recomendado Giovan Battista Ridolfi y Alamanno Salviati. Los delegados de Lucca rechazaron de inmediato esa propuesta y querían regresar en el acto a Lucca, pero muchos ciudadanos importantes protestaron y los Diez hablaron con el gonfalonero, proponiendo que se discutiera el asunto con los Ochenta y no se dejara partir a los delegados sin antes escuchar la opinión de aquéllos. Se convocó a los Ochenta, y como el gonfalonero estaba seguro de que el plazo de tres años no sería aprobado, les mandó decir con Marcello Adriani, primer secretario, que esta molestia de una nueva reunión no se debía a

la Señoría, sino a los Diez; sin embargo, después de exponer las varias opiniones, muchos de los ciudadanos importantes, entre ellos Piero Guicciardini, hablaron con tanto calor en apoyo al plazo de tres años, que éste fue aprobado por gran mayoría.

Así quedó concluida una alianza con Lucca con la duración de tres años prorrogables a doce, bajo las condiciones ya mencionadas y unos artículos adicionales relativos a la regularización del comercio y la reducción de algunos derechos aduanales, y se decidió enviar a Lucca un embajador para formalizar las buenas relaciones y vigilar la situación. Pero cuando se convocó a los Ochenta para el nombramiento, algunos, en especial Piero Ardinghelli y Lorenzo Martelli, urdieron maniobras tan sucias, amarrando tantos votos que el nombramiento no se pudo efectuar, a pesar de que se hicieron cuatro votaciones y participaron todos los ciudadanos importantes de la ciudad; en la tarde siguiente se volvió a reunir la junta y en la segunda votación resultó elegido Piero Guicciardini, y como éste renunció, en su lugar se nombró a Giovan Battista Bartolini. En Lucca se ratificó el convenio, pero se acusó a los delegados de no haberse ceñido a su comisión y sobre todo de no haber renovado un antiguo acuerdo, así que fueron detenidos y confinados en Lucca por un tiempo; para tratar de renovarlo enviaron embajadores a Florencia, pero no se les concedió.

Esa maniobra de amarrar votos ocultamente, con los desórdenes a que esa ambición dio lugar, fue tan desagradable que se dictó una ley por la cual los Ochenta, todas las veces que se reunían para nombrar embajadores, comisarios u otros funcionarios, debían jurar que no darían el voto favorable ni nombrarían a nadie que hubiera sido directa o indirectamente recomendado o solicitado, lo que perjudicó en forma grave a los que habían amarrado votos, y sobre todo a Piero Ardinghelli, que era un joven de bastante prestigio y talento, al punto que

muchos altos cargos le hubieran caído en las manos por sí solos, pero con esa intriga se excluyó él solo, además de haber dilapidado casi toda su riqueza.

En el mismo año, después de que se rompió la negociación de Guglielmo Capponi con el arzobispo de Florencia, empezó otra que sí llegó a feliz término. El gonfalonero se había opuesto tan apasionadamente a la elección de Capponi que, viendo que lo acusaban de haber actuado en esa forma para que fuera nombrado arzobispo su hermano, el cardenal Francesco Soderini, a fin de justificarse empezó a decir que su intención no era que su hermano fuera nombrado arzobispo, sino que se asignara ese cargo a una persona acomodada y decente que fuera adecuada para reformar al clero y que fuera florentino, y que ya había encargado a la Señoría que escribiera al papa en ese sentido; puede ser que ésta fuera de verdad su intención, o sólo la de justificarse y alargar la cosa con estas tramitaciones hasta llegar la muerte del arzobispo, ya muy viejo, esperando que en esa circunstancia el papa escogiera a su hermano.

Por otro lado, el cardenal Giovanni de Médicis, que tenía en sus manos el asunto de la renuncia porque al arzobispo de Florencia le había confiado la selección de su sucesor, vio que si no aprovechaba esta oportunidad, Piero Soderini, al morir el arzobispo, con mucha facilidad se saldría con la suya con el apoyo de la ciudad; y decidido a que esto no se realizara, comenzó a pensar en el obispo Cosimo de los Pazzi, que le parecía talentoso y de bastante prestigio, de modo que el gonfalonero no podría escribir contra él en nombre de la ciudad, como lo había hecho con Capponi, y se le hizo un proyecto muy factible; además con esto pensaba ganar algún provecho personal y para su familia. Por lo tanto, trató el asunto con el obispo y el arzobispo y consiguió el dinero para el ingreso, así que no faltaba más que un escrito favorable de la Señoría para que el papa diera de inmediato su aprobación.

Por lo tanto, escribió a Florencia a sus parientes, y el gonfalonero se mostró muy satisfecho; convocó los colegios, les comunicó el contenido de la carta para el papa, que fue aprobado en la segunda o tercera ronda, se escribió a Roma y pocos días después de llegar ese escrito, en un consistorio Cosimo de los Pazzi fue preconizado arzobispo de Florencia, con gran regocijo de toda la ciudad, porque se le consideraba un prelado culto y honrado.

Algunos opinaron que al gonfalonero le dolió, por dos razones: primero, porque de este modo su hermano quedaba excluido, y en segundo lugar porque el nuevo arzobispo no parecía persona que él pudiera manejar con facilidad; además, por su carácter y por haberse vuelto amigo de los Médicis, de seguro iba a ser su adversario; así que se creía que se había arrepentido de haberse opuesto a Capponi, quien, a pesar de ser su enemigo, era de una índole y una inteligencia tan a ras de tierra y de un prestigio tan escaso que con toda tranquilidad podía olvidarlo el gonfalonero. Se notó cómo éste hizo que no sólo la Señoría escribiera la carta para recomendar a Cosimo de Médicis, sino que solicitó la aprobación de los colegios; este hecho, que tal vez se podía justificar con la finalidad de que el papa viera un apoyo ciudadano más general y así la carta resultara más eficaz, sin embargo despertó la sospecha de que había actuado de este modo para que, si no se lograba la aprobación, la carta no fuera enviada, pues él ya no podía vetarla en vista del buen nombre de Cosimo de Médicis; pero los que no se dejaron cegar por la pasión, a pesar de que se sospechaba que al gonfalonero le había disgustado, confesaron que no habían notado ninguna señal de desagrado, aunque se sabía que en Roma el cardenal Soderini, directa e indirectamente, había tratado de impedir esa sucesión. Luego el nuevo arzobispo hizo su ingreso en Florencia, con gran satisfacción de todos, debido a que nuestra iglesia había quedado por más de treinta años en

manos del arzobispo Rinaldo Orsini, quien casi nunca residía allí, sino que la administraba, a veces mediante vicarios, a veces rentándola, y había vendido no sólo los bienes materiales sino también los espirituales.

Apaciguado el problema del arzobispo, en Florencia sucedió algo que mantuvo la ciudad en agitación por muchos días y poco faltó para que provocara una grave crisis; pero a fin de que se entienda mejor relataré el suceso empezando un poco más atrás.

XXX. GIOVANNI DE MÉDICIS. CASAMIENTO DE FILIPPO STROZZI CON CLARICE DE MÉDICIS. LIGA CONTRA VENECIA

(1508)

Después de la expulsión de los Médicis de Florencia y el establecimiento del régimen popular, Piero de Médicis, por su carácter violento, se comportó en forma altanera y agresiva, muy impropia para un posible regreso; él hubiera debido imaginar que Florencia, aunque quebrantada y mutilada por la pérdida de Pisa y otras plazas, de todos modos conservaba tanta fuerza que, de querer entrar con violencia, tendría que disponer de recursos muy grandes, lo que constituía una empresa no digo difícil, sino más bien imposible. Por lo tanto, debería de haber pensado que el apoyo principal para volver a Florencia no podía ser más que el contar con simpatías dentro de la ciudad y así tener a la mano la manera de ablandar a sus enemigos, aceptando que había sido expulsado justo por el error de haber querido negar el paso al rey de Francia, aunque disculpándose debido a su juventud y a los malos consejos recibidos; pero que había aprendido la lección, de modo que, más adelante, en el caso de que pudiera regresar, confiaría en los ciudadanos experimentados y desearía que el gobierno y el estado descansaran en manos de ellos más que en las suyas propias. Además hubiera debido quedarse quieto y no promover agitaciones y mantener tratos con potencias italianas o extranjeras con el propósito de regresar, demostrando su deseo de evitar que Florencia sufriera daños y pérdidas por su culpa; buscar con estas maneras calmar al pueblo y despertar compasión, ya que sus errores dependían de su corta edad; pedir en forma atenta su retorno a una patria en donde sería aceptado

nuevamente no como jefe del gobierno y del estado, sino como un ciudadano común y corriente. Y si uno reflexiona, o este método lo habría ayudado a conseguir su propósito o, si con éste no lo lograba, con ningún otro tendría éxito.

Pero él utilizó maneras por completo opuestas; acababa de salir de Florencia cuando escribió una carta ofensiva a Francesco Valori; empezó por amenazar que regresaría y acabaría con sus enemigos; se acercó varias veces con tropas para atacar la ciudad, primero en los linderos de Arezzo, luego en la entrada de Casentino, Arezzo; se mantuvo de continuo en tratos con los venecianos, con Milán, con el rey de Francia, con el papa y el Valentino, contra Florencia; de modo que fue el responsable de que nuestra ciudad estuviera siempre con gastos, sospechas, guerras y agitaciones, y siempre se prestó a apoyar a los que en diversas circunstancias trataron de perjudicar la ciudad. Por todo esto, no sólo sus enemigos declarados vigilaban constantemente sus movimientos y no dejaban de aborrecerlo, sino que también el pueblo en general lo odiaba con profundidad.

Se ofreció una recompensa por su captura y luego por la de su hermano Giuliano; se dictaron leyes que prohibían frecuentar la casa del cardenal (Giovanni de Médicis) y tener tratos con cualquiera de ellos, con penas muy severas contra los infractores; a causa de estas medidas, y luego por la ejecución de Bernardo del Nero y los otros cuatro, los ciudadanos, llenos de temor cuando iban a Roma o a otros lugares donde se encontraban los Médicis, no hablaban con ellos sino a escondidas y con muchas precauciones, así que todos estaban convencidos de que los Médicis ya estaban por completo acabados, especialmente después de que se estableció el gonfalonero vitalicio y se eliminaron los desórdenes internos de la ciudad; además los Médicis, aparte de no tener ya simpatías en Florencia, se encontraban en una pésima situación financiera, porque Piero

había gastado todo el patrimonio que le había quedado después de la revolución y había involucrado también al cardenal en sus gastos y desórdenes.

Sin embargo, después de la institución del gonfalonero vitalicio, y habiendo muerto un año después Piero, ahogado en el río Garigliano, el cardenal (Giovanni) y Giuliano, o porque habitual-mente eran de índole más civilizada y humana, o porque consideraban que la conducta de Piero no había sido muy apropiada, empezaron a cambiar métodos y a tratar de preparar su regreso, no con la violencia y el desprecio, sino haciendo favores a los ciudadanos y no ofendiéndolos en público ni en privado. Por lo tanto no dejaban de hacer toda clase de favores a los florentinos que residían en Roma o viajaban a esa ciudad, ofreciéndoles ayuda y apoyo en todas sus necesidades y tramitaciones, y hasta proporcionándoles dinero y crédito en caso de necesidad; en efecto, los florentinos disponían como si fueran de su propiedad de la casa, los bienes, el poder y el prestigio del cardenal. A esta conducta le daba más relieve el cardenal Soderini, quien, muy tacaño y egoísta por naturaleza, no ayudaba ni hacía favores a ningún florentino, así que servía de comparación para enaltecer aún más la liberalidad y los ofrecimientos del cardenal Giovanni de Médicis.

Estas noticias se habían esparcido en Florencia, de modo que casi todos los florentinos que tenían algún asunto con la corte de Roma, para la concesión de beneficios u otros trámites, se dirigían personalmente o por carta al cardenal de Médicis, incluso los que habían sido sus enemigos, y él atendía a todos con gran prontitud, de modo que no sólo había hecho revivir muchas antiguas amistades sino que también se había granjeado nuevos amigos; y al paso que mientras Piero vivía el nombre de esa familia era aborrecido por casi todos, ahora que había fallecido parecía que despertaba simpatía y compasión. Esto dependía evidentemente de ese modo de comportarse y del

hecho de que toda la aversión contra los Médicis había sido provocada por Piero, ya que el cardenal y Giuliano, cuando residían en Florencia, nunca habían ofendido en forma pública o privada a ninguna persona, ni después, a menos que hubiesen sido forzados por Piero; además siempre se les consideró superiores a Piero en cuanto a inteligencia y carácter; agréguese la antipatía contra el gonfalonero, quien era aborrecido por los que estaban contra el Consejo Grande y querían otro tipo de gobierno, y también por muchos a quienes agradaba el régimen popular pero no su manera de gobernar, así que con ello había aumentado el prestigio de los Médicis; por consiguiente en la ciudad se hablaba de ellos con mayor libertad que antes, y a pesar de las leyes que prohibían tratar con ellos, muchos les escribían cartas; y todos los que iban a Roma o a donde residieran, aun cuando no necesitaran ayuda, se hospedaban en su casa o iban a saludarlos.

Estas cosas le dolían muchísimo al gonfalonero, pero no se irritaba ni trataba de castigar a los infractores; de este modo la gente cobraba más ánimo y se entretenía públicamente con los parientes de los Médicis, y muchos jóvenes de la clase acomodada, cuyos padres los habían combatido en 1494, yendo a Roma se habían relacionado con ellos y se habían vuelto, al parecer, amigos suyos, bien sea por el prurito de molestar al gonfalonero, bien con otros planes, tal vez para hacerlos regresar a Florencia. Entre ellos se encontraba Bartolomeo Valori, cuyo tío, Francesco Valori, había sido un enemigo encarnizado de los Médicis, pues había luchado para expulsarlos, luego para perseguirlos y por último para condenar a muerte a Bernardo del Nero y a los otros cuatro; estaba Piero de Braccio Martelli, cuyo padre había sido amigo de Lorenzo, pero en 1494 se había declarado violentamente contra Piero; también Giovanni de Bardo Corsi, cuyo padre había sido enemigo de Lorenzo, quien lo había mandado detener, y por esto, a pesar de que no era

hombre de gran calidad, en 1494 había sido miembro de los Veinte y de modo sucesivo por dos veces gonfalonero de justicia; Gino de Neri Capponi, cuyo padre estaba en Francia cuando el rey Carlos VIII vino a Italia y había luchado contra Piero, así como su tío Piero Capponi, que había sido su enemigo capital y el principal causante de que se le expulsara; Antonio Francesco de Luca de Antonio de los Albizzi, casi un muchacho todavía, pero de carácter altivo e inquieto, cuyo padre, enemigo de los Médicis desde los tiempos de Lorenzo, en 1494 dio señales de vida, colaboró de cerca con Francesco Valori cuando ejecutaron a los cinco ciudadanos, y por último, siendo embajador en Francia cuando la rebelión de Arezzo, no sólo había atacado con dureza a los Médicis en la corte, sino que había escrito a Florencia unas cartas abiertas muy vehementes, animando a los ciudadanos, despreciados, pobres y acostumbrados a la tiranía.

Todos ellos, llegando a Roma en diversas ocasiones, eran acogidos muy amablemente por el cardenal Giuliano y habían establecido muy buenas relaciones con ellos, abriendo de este modo el camino a muchos otros, que al ver que en Florencia nadie se preocupaba, frecuentaban con toda libertad las residencias de aquéllos como si fueran no unos desterrados, sino los embajadores residentes en Roma. Además se afirmaba que Giovanni, hijo de Bernardo Rucellai, había ido varias veces de incógnito con el correo de Roma, de lo cual se deducía que su padre Bernardo, estimando más su odio contra el gonfalonero que su antigua aversión y enemistad contra los Médicis, se había reconciliado con éstos; igual se puede decir de Filippo Buondelmonti, tan enemigo del gonfalonero como el peor, que antes había sido un enconado adversario de los Médicis, Lorenzo y Piero. Y algunos ciudadanos importantes conjeturaban que las relaciones de Bernardo habían ido más allá de una simple reconciliación, en especial en los tiempos del

cardenal Ascanio Sforza y luego cuando Bartolomeo de Alviano había intentado atacar Florencia, de donde tal vez se había originado su improvisada salida de la ciudad.

Estando en estos términos la situación de los Médicis, el cardenal, pensando que sus maneras habían tenido éxito y proponiéndose granjearse en la ciudad todas las amistades y simpatías posibles, anunció que tenía intención de casar en Florencia a una hija de Piero de Médicis, asignándole una cuantiosa dote de cinco o seis mil ducados; trató de sondear la disposición del gonfalonero y viendo que de palabra no se mostraba contrario, pero al apurarlo no quería que se casara en Florencia, empezó a tomar varios contactos. Por cierto que todos los jóvenes casaderos hubieran aceptado con gusto en vista de la dote, pero temiendo que el casamiento fuera considerado como un acto contra el estado, nadie se atrevía a intentarlo. Entonces, para averiguar lo que podría suceder, el cardenal mandó publicar que la había casado con Francesco, hijo de Piero de Luca Pitti; esto no se había hecho ni se iba a hacer, pero quiso hacer el experimento para ver si en Florencia se suscitaba algún problema serio. Por lo tanto, el gonfalonero, en cuanto fue informado de este convenio, promovió un juicio de cuarentía, para mostrar a quien se atreviera a casarse con ella que el estado no lo toleraría, y así los que aspiraban al casamiento se desinflaron.

Pero poco después el cardenal, por conducto de Lucrecia, esposa de Iácopo Salviati, y de su hermana, propuso casarla con Giovan Battista de Paolantonio Soderini, sobrino del gonfalonero; éste parecía favorable, pero no se llegó a nada, bien sea porque no se pusieron de acuerdo sobre la dote, bien sea que así pensara desde un principio, bien sea que se echara atrás temiendo que se le recriminara y despertara sospechas en el pueblo. Por último, por conducto de Francesco de Tommaso Minerbetti, archidiácono de Santa Reparata que acababa de

llegar de Roma, se iniciaron trámites para casarla con Filippo de Filippo Strozzi, joven noble y muy rico, y después de meses y meses ese matrimonio se efectuó en el año de 1508, y de inmediato, antes de que se hiciera público, Filippo se marchó a Nápoles; poco después, en el mes de noviembre de ese año, fue notificado en Florencia; de ese modo fue como llegó a conocimiento de todos.

Inmediatamente empezaron las discusiones y afloraron opiniones y tendencias diversas; el gonfalonero estaba consternado y afirmaba que Filippo, por ser joven, no había tomado esa decisión de su propia iniciativa, sino que había sido aconsejado y estimulado por gente de alto nivel, cuya finalidad no era nada más la de concertar un parentesco, sino que bajo ese disfraz trataban de unirse para cambiar el régimen y reinstalar a los Médicis en Florencia. Igual que él opinaban Antonio Canigiani, Pierfrancesco Tosinghi, Alessandro Acciaiuoli, Niccolò Valori, Alfonso Strozzi y otros de la misma clase, personas que habían sido enemigos de los Médicis y nunca habían querido reconciliarse; éstos responsabilizaban, citando nombres, a muchos ciudadanos viejos y nuevos, así que se dieron a conocer en público los que se consideraban como autores y partidarios de este parentesco, es decir: el nuevo arzobispo, Filippo Buondelmonti, Bernardo Rucellai y sus hijos Palla y Giovanni, Lucrecia de Médicis, Giovanni Corsi, Antonio Francesco de los Albizzi, compañero de Filippo, y otros semejantes; y como éstos tenían mala fama y se sospechaba que deseaban cambiar el régimen, de seguro muchísimos ciudadanos que no se habían pronunciado apoyarían una investigación exhaustiva acerca del origen y los motivos del asunto y un castigo ejemplar.

Por otro lado, casi todos los Strozzi, encabezados por Antonio y Matteo, todos los que se habían hecho amigos de los Médicis, como acabo de relatar, además Antonio Giacomini y muchos

enemigos del gonfalonero, sobre todo Giovan Battista Ridolfi y los Salviati, aunque éstos no lo hicieran tan abiertamente, defendían al joven, algunos por ser parientes, otros por simpatía hacia los Médicis, otros más por su aversión contra el gonfalonero, decididos a crearle problemas si impedía el casamiento. Por cierto que todos ellos aceptaban que ésta había sido una gran tontería de Filippo, quien, teniendo una posición privilegiada por la nobleza de su familia y sus enormes riquezas, había querido enredarse con desterrados enemigos del gobierno y había tomado una decisión que podía ponerlo en un peligro muy grave; pero en cuanto al castigo lo exculpaban, sosteniendo que éste era un parentesco que Filippo había buscado de su propia iniciativa, sin ninguna relación con la política y sin que otras personas lo aconsejaran o lo impulsaran; por lo tanto, si había algo punible no era el haber supuestamente delinquido contra el Estado, sino por haberse casado con una mujer que era hija de un ex desterrado, y no existía ninguna ley que castigara este hecho; y si existía, se trataba de una disposición que imponía una multa de cuatro mil ducados, cosa que desde luego se debía acatar, pero no se debía castigar a nadie a arbitrio del gonfalonero o de otros, sino de acuerdo con lo que establecían las leyes florentinas.

Estando la cosa en discusión, los Strozzi se reunieron y fueron a ver a los señores, a quienes explicaron que ellos no sabían con seguridad si el parentesco ya se había realizado o si todavía había la posibilidad de detenerlo, y se excusaron afirmando que si ya se había efectuado, había sido sin saberlo ellos y sin su consentimiento, y que se comprometían a hacer todo lo posible para impedirlo en el caso de que todavía no se hubiera realizado. Así, de acuerdo con la Señoría, enviaron enseguida un mensajero a Filippo con cartas para disuadirlo; en privado su hermano Alfonso enseñó una carta en que Filippo confirmaba el casamiento, afirmaba que lo había hecho por escasez de partidos

y que no le importaba nada lo que opinaran los *foggiettini;* y esto empeoró la situación ante muchos ciudadanos, como si él creyera ser tan superior que no pudiera encontrar en Florencia un parentesco adecuado, y como si quisiera, llamando *foggiettini* a los ciudadanos, hacer mofa del Consejo Grande y del gobierno democrático; pero en realidad este término no era una invención suya, sino que lo había tomado de una carta de Alfonso en que le decía que si efectuaba ese matrimonio sería sometido al juicio de los *foggiettini*.

En esos mismos días, estando Alessandro Acciaiuoli un poco enfermo, una tarde se reunieron en su casa Antonio Canigiani, Pierfrancesco Tosinghi, Niccolò Valori, que se apodaban los "valerianos"; estuvo presente también Alfonso Strozzi, que estaba en contra de su hermano. Discutieron cómo convenía manejar el asunto y se cree que acordaron lo que luego en efecto se realizó, porque en la mañana siguiente, o la mañana después, el gonfalonero, en ese día presidente de la Señoría, propuso dos medidas: primero, que se ordenara a Filippo Strozzi comparecer ante la Señoría a más tardar el 25 de diciembre, so pena de ser condenado al destierro por diez años en el reino de Nápoles; segundo, que se apercibiera a su madre, a sus hermanos y a quienes manejaban sus bienes de que no le enviaran nada, so pena de una multa de diez mil ducados cada vez que contravinieran esa orden. Fueron aprobadas con nueve votos favorables de los señores, por lo que los ciudadanos medianos, que juzgaban la cosa desinteresadamente, criticaron al gonfalonero porque parecía que tomando decisiones personales quisiera manejar este asunto como cosa personal suya y no como un problema público y reservado al estado, y se consideró que éste era un pésimo antecedente, que sin consultas y los trámites legales ordinarios se pudiera condenar a los ciudadanos nada más con seis votos favorables de la Señoría por haberse dejado manipular por el gonfalonero, en especial Luigi de Piero

Guicciardini, quien por la trayectoria de su padre y por otras relaciones se pensaba que debería haber considerado la importancia de esa determinación; pero ellos, por no reflexionar, se equivocaron.

Tomadas estas medidas, se estaba esperando a ver si comparecía o no; luego se nombraron los Ocho nuevos que tomarían el cargo en enero y se presentó la demanda por este caso ante los Ocho todavía en función, especificando que Filippo había hecho esto con el fin de cambiar el régimen. Algunos pensaron que el gonfalonero, temiendo que los Ocho nuevos no le fueran favorables, había interpuesto la demanda con los Ocho en función, para que la dejaran ir al juicio de cuarentía, que juzgaría el caso con mayor severidad. Pero le salió mal, porque la demanda fue presentada en una fecha tal que el plazo para turnarla al juicio de cuarentía expiraba justo medio día después de la salida de los Ocho en función, así que según las leyes de Florencia debía ser turnada a los Ocho nuevos, con los cuales el tiempo fijado para sentenciar empezaba a correr de nuevo a partir del día de su toma de posesión.

Mientras las cosas así estaban, llegó el momento de nombrar la nueva Señoría, y el gonfalonero, de acuerdo con la costumbre, que es de recomendar que se haga una buena elección, quiso recordar a los miembros del Consejo Grande la autoridad y el régimen de paz de que disfrutaban, y les aconsejó que supieran apreciarlo y conservarlo, con la intención de insinuar la sospecha de que ese parentesco había sido realizado con el fin de cambiar el régimen, y de este modo conseguir que se nombraran personas que le fueran favorables; pero fue lo mismo que hablar a sordos porque, como se supo después, las votaciones se realizaron sin miramientos y con un espectro de candidatos muy amplio, como de costumbre. Luego se presentó una nueva demanda a los Ocho en la que se decía que, como Piero de Médicis había intentado atacar a Florencia con un ejército en la

rebelión de Arezzo y en otras circunstancias, de acuerdo con una ley de la ciudad había merecido la condena al destierro para él y sus descendientes, así que Filippo Strozzi debía ser condenado por haberse casado con una desterrada y no con la hija de un desterrado. Después llegó a la Señoría un breve papal en que se suplicaba que no se impidiera ese casamiento, a lo que la Señoría contestó, por orden del gonfalonero, pidiendo con cierta vehemencia al papa que no solicitara cosas como ésta, ya que nosotros tampoco interveníamos en el problema de los desterrados de Bolonia.

Antes de expirar el plazo para la comparecencia, Filippo llegó en secreto a Florencia, habiendo sido animado a presentarse sin temor por algunos miembros de la Señoría que se habían arrepentido de la medida aprobada con anterioridad, y también el gonfalonero había dicho a los Strozzi que le aconsejaran presentarse; por lo tanto llegó en el plazo fijado, y cuando compareció, el gonfalonero, a pesar de que había sido censurado por las decisiones tomadas sin consultar y se le había aconsejado que no volviera a hacerlo porque la Señoría no lo toleraría, en particular de parte de Piero Guicciardini, quien se lo explicó con claridad por conducto de Giovan Vittorio Soderini, de todos modos propuso que convenía ordenarle que no saliera de nuestro territorio sin el permiso de la Señoría. De cualquier manera no sometió a votación esa propuesta porque se dio cuenta que no habría mayoría en favor, ya que Francesco de Bartolomeo Pandolfini, Antonio de Leone Castellani, Luigi Guicciardini y Francesco de… Calderini abiertamente se opusieron aduciendo que como la demanda era de competencia de los Ocho, la Señoría ya no debía intervenir y tenía que dejar que ellos la llevaran a cabo; así se aplazó el asunto para el siguiente mes de enero, ya que tampoco quiso intervenir la nueva Señoría, cuyos miembros fueron Neri de Gino Capponi, pariente de los Strozzi, Raffaello de Alfonso Pitti, Averano de…

Peruzzi, Federico de Giuliano Gondi, Gentile de… Sassetti, Ugolino de Giuliano Mazzinghi, Biagio de… Monti y Girolamo de… della Straffa.

Mientras el proceso seguía en manos de los Ocho, se encendieron unas discusiones muy acaloradas; porque por una parte se criticaba a los ciudadanos antes mencionados y además a Giovan Battista Ridolfi y aún más a los Salviati, considerados como sus cabecillas, acusándolos de querer cambiar el régimen; por la otra se censuraba al gonfalonero por varias cosas: en primer lugar porque él habría debido actuar como Lorenzo con las hijas de los Pazzi, y dejar que se casara en Florencia con algún joven acomodado, aunque no de tanta categoría como para suscitar sospechas; en segundo lugar, si esto no le parecía, al saber que se estaba tratando de casarla en Florencia, hubiera tenido que proponer una ley que lo prohibiera, y como persona prudente prevenir el mal, y no dejar que se produjera y luego tener que ponerle remedio, así que este desorden debía ser atribuido a su desidia. Además, agregaban, si esto constituía un delito, él también debía ser castigado, porque había tratado de casarla con su sobrino Giovan Battista, y su hermano cardenal que en Roma había tenido ese asunto en sus manos y había favorecido el regreso de Lorenzo, hijo de Piero, prometiéndole el apoyo del gonfalonero, cosa que no habría hecho sin su consentimiento; de allí se deducía que no había querido proponer una ley prohibitiva no por desidia, sino porque, imaginando que nadie se atrevería a casarse con aquella mujer sin su permiso, quería arreglar personalmente el casamiento y darla como esposa al que más le conviniera.

Las discusiones sobre este asunto se hacían cada día más enconadas, a tal punto que Alfonso Strozzi se atrevió a decir que para pacificar la ciudad sería necesario cortar la cabeza al arzobispo, a Bernardo Rucellai, a Filippo Buondelmonti, a Giovanni Corsi y a otros más; Alessandro Acciaiuoli acusó a

Giovan Battista Ridolfi de haber organizado un grupo de jóvenes para armar escándalos, así que hubo un altercado entre ellos; y Bernardo Rucellai, que estaba en Venecia, al oír que se le atribuían responsabilidades, para justificarse escribió una carta a la Señoría en la que describía toda su trayectoria desde los tiempos de Lorenzo, Piero y Savonarola, y reseñaba sus constantes esfuerzos para que la ciudad se mantuviera libre y tranquila.

Por fin los Ocho, especialmente sus miembros más influyentes, Bernardo de Carlo Gondi, Carlo de Dionardo del Benino y Giovan Francesco Fantoni, viendo que las discordias iban aumentando cada día más, y considerando a qué punto llegarían los trastornos y sobresaltos si se dejaba que el proceso se turnara al juicio de cuarentía, y tal vez informados de que el gonfalonero accedía a que se pusiera un término a ese problema, por unanimidad dictaron la sentencia siguiente: a Filippo se imponía una multa de quinientos ducados de oro y se le desterraba por tres años en el reino de Nápoles; a Lorenzo, hijo de Piero, de acuerdo con las disposiciones que reglamentaban esta materia, se le condenaba al destierro por rebelde, pero no a la hija de Piero, porque se había encontrado otra disposición que exceptuaba a las mujeres. Esta sentencia a unos pareció demasiado severa, a otros demasiado blanda, pero en general fue considerada razonable, y se elogió a los Ocho por haber apagado este incendio que cada día aumentaba y se extendía.

Hubo varias opiniones acerca de lo que sucedería si el proceso hubiese sido turnado a la cuarentía, y aunque de cierto influirían la clase de personas que lo integraran, yo pienso que si se sorteaban ciudadanos medianos, Filippo habría salido más perjudicado, porque a muchos se les había metido en la cabeza que trataba de cambiar el régimen, y les disgustaba que la familia Strozzi, poderosa y noble, hubiera intentado semejante cosa, así que con seguridad habría sido conveniente darles una

lección. Por cierto que si desde un principio, cuando la cosa llegó a saberse, el gonfalonero hubiese celebrado juntas solicitando opiniones con votos o escritos, se habría formado un proceso muy severo; pero él, recelando de los ciudadanos, conforme a su carácter, quiso manejar personalmente el asunto; por esto muchos que eran contrarios a Filippo se quedaron viendo, y muchos otros se enojaron porque manejaba un asunto de estado como si fuera cosa privada y personal; de todos modos, si los Strozzi no hubiesen hecho su máximo esfuerzo para defenderlo, el joven habría pagado caro su atrevimiento; pero ellos se movieron, su hermano Alfonso se puso del lado del gonfalonero, Filippo Strozzi era joven, y habiendo tomado en sus manos el asunto Matteo Strozzi, lo manejó con mucha prudencia y discreción, y con el apoyo de Iácopo Salviati, así que todo acabó en forma feliz.

Mientras tanto, se continuaba apretando el cerco de Pisa, y como se acercaban a la conclusión nuestras negociaciones con Francia, como expondré más adelante, se decidió hacer todos los esfuerzos para que no le llegara trigo. Luego llegaron informes de la costa de Génova, de Liorna y de otros lugares, de que en Génova se hacían cargamentos de trigo para introducirlos en Pisa; se sospechó que fuera una orden del rey de Francia, pero de allá se recibían continuamente buenas noticias y nuestros embajadores escribieron que se trataba de operaciones contrarias a la voluntad del rey, así que se decidió impedirlo. Por consiguiente, para apoyar nuestra armada, se envió una parte de nuestros hombres de armas con unos miles de infantes hacia San Piero in Grado; allí se dividieron y una parte se estableció de este lado del río Arno y la otra en la orilla opuesta, de modo que cuando los barcos llegaron no se atrevieron a pasar y de inmediato se regresaron; más tarde se supo que no se trataba de una cosa importante, y que había sido organizada por genoveses particulares sin intervención del gobierno y con barcos que no

pertenecían a la ciudad de Génova, sino a particulares y a militares extranjeros, y que era una acción aislada. Para impedir otras ayudas de este tipo, pero más poderosas, se decidió construir un puente sobre el Arno en San Piero in Grado, como hicieron nuestros antepasados cuando Pisa estaba en su poder, y para que esta iniciativa se efectuara con más método y lucimiento, al no encontrarse en campaña como representante del gobierno más que Niccolò Machiavelli, secretario de los Diez, los Ochenta nombraron comisarios generales a Iácopo y Alamanno Salviati, lo que fue un gran honor para esta familia; pero luego se encontró que no podían ejercer el cargo juntos, así que, como Alamanno había obtenido menos votos, quedaron de comisarios Iácopo Salviati y Antonio de Filicaia. Luego también Iácopo tuvo que renunciar porque era miembro de los colegios, así que Alamanno tomó su lugar. Los dos comisarios, Antonio de Filicaia y Alamanno Salviati, se dirigieron a la zona de Pisa, y dejando a Niccolò Capponi en Cascina para el aprovisionamiento necesario, Alamanno fue a establecerse en San Piero in Grado mientras que Antonio de Filicaia se quedó en Ripafratta para dirigir las tropas que estaban al otro lado del Arno.

Se sabía que en Pisa los alimentos eran muy escasos y que la situación, aún sin llegar a provocar muertes por hambre, era muy grave, y muchos florentinos esperaban que los pisanos, al verse privados de los auxilios de Lucca y luego al ser informados de nuestro pacto con el rey de Francia, se decidirían a intentar un acuerdo. Por lo tanto, como el señor de Piombino había informado a Florencia que unos embajadores pisanos querían ir allá para iniciar negociaciones con nosotros si se les daba un salvoconducto, el gonfalonero decidió concedérselos y se envió a esa ciudad a Niccolò Machiavelli para oír sus propuestas; llegaron como veinte delegados entre ciudadanos y campesinos, pero no se llegó a ningún acuerdo porque no tenían

autorización para pactar, así que se comprendió que habían ido no para concertar un convenio, sino que los que tenían en sus manos el gobierno de Pisa, y que eran bastante tercos, habían inventado este simulacro de negociación para entretener a sus habitantes y mantenerlos tranquilos lo más que podían, porque en efecto entre la gente había muchos que, viéndose reducidos a la miseria y a graves sufrimientos, habrían deseado que se concertara un acuerdo.

Al finalizar este año se firmó el pacto con Francia, mas no en los términos discutidos con anterioridad; para entender mejor el porqué y tener una idea del comienzo de un movimiento grave que estaba tomando cuerpo, no estará de más remontarnos un poco atrás. El rey de los romanos, después de firmar, por necesidad, un deshonroso armisticio con los venecianos, mediante el cual éstos quedarían en poder de los territorios ocupados mientras quedaban suspendidas las hostilidades, aunque tenían que entregarle las rentas, se dirigió, muy abatido, hacia Flandes, donde el duque de Gelderland, con la ayuda de Francia, estaba provocando agitaciones; los franceses lo ayudaban para que el emperador, obligado a defender el estado de sus nietos, abandonara las operaciones de Italia. Allí, estimulado por su hija Margarita, que gobernaba ese estado, y presionado por aquellas poblaciones que no querían pelear contra los franceses, empezó a considerar la conveniencia de hacer las paces con Francia. Ésta también deseaba la paz, porque la guerra contra los alemanes le estaba costando sumas enormes, con el riesgo de perder mucho y sin esperanza de ganar nada; por consiguiente se establecieron los contactos, y estando el ambiente propicio, el cardenal de Rouen se trasladó a Flandes para tratar con Margarita de Habsburgo, y por fin se concertó una alianza entre el emperador, el rey de Francia y el rey de España, y como el de Francia ocupaba Milán en forma condicional, tuvo que entregar al emperador una buena suma de

dinero. Hubo muchos acuerdos y artículos secretos, que en definitiva apuntaban a organizar de inmediato una guerra contra los venecianos y a devolver los estados ocupados a sus legítimos príncipes: y como el papa se encontraba en la misma situación con respecto a los estados de Romagna, se le reservó un lugar en la alianza; además se le invitó, y él aceptó formalmente, a que fuera el árbitro en las diferencias que se presentaran entre estos príncipes y, por lo que se pudo entender, se le propuso que contribuyera a la empresa con tropas o con dinero.

Firmado y publicado este pacto, en seguida el rey de Francia entregó el dinero a Maximiliano y empezó a organizar un poderoso ejército para marchar a Italia en primavera, retiró su embajador de Venecia y despidió al que tenían en Francia los venecianos. En ese tiempo el cardenal de Rouen, que había regresado a la corte, llamó a nuestros embajadores y les informó de los excesivos gastos que exigía la guerra contra Venecia, para la cual nosotros lo habíamos presionado muchísimas veces, y que ahora se iba a hacer con nuestro enorme provecho; solicitó que Florencia le prestara cincuenta mil ducados, con lo que él y el rey de España se comprometían a protegernos por tres años, agregando que apoyaría nuestra campaña contra Pisa; en el caso de que consiguiéramos ocupar esta ciudad en el plazo de un año, nosotros deberíamos entregar cincuenta mil ducados a él y otra suma igual al rey de España; si no la recuperábamos, no nos pediría nada más y nos devolvería los ducados prestados.

Los embajadores comunicaron a Florencia este requerimiento, que pareció muy extraño, porque de acuerdo con las estipulaciones antes concertadas el rey no debía recibir un solo centavo antes de la ocupación de Pisa, y aunque prometiese devolverlos en el caso de que no recuperáramos esta ciudad, no había ninguna seguridad de que lo haría; sin embargo, por la esperanza de obtener Pisa, y considerando que al negarle ese dinero nuestra empresa fracasaría, además que

estaba por venir a Italia con un ejército muy poderoso, y que era una cosa muy diferente considerarlo como amigo a tenerlo como enemigo, no hubo dificultad para obtener la aprobación, así que se autorizó a nuestros embajadores para que firmaran el convenio. Cuando ya se iba a proceder a la firma, el rey dijo que con gusto nos protegería contra quien fuera, incluso contra el emperador, pero por consideración a la dignidad imperial prefería que no se indicara en forma explícita, sino que quedara incluido en fórmulas genéricas, y si éstas no eran suficientes, él se comprometía de palabra, y en verdad cumpliría. Los embajadores informaron a Florencia y se deliberó que no se suspendiera la firma a causa de este detalle, porque aun cuando incluyera una indicación específica, no cumpliría más de lo que le pareciera conveniente, y si iba a cumplir, lo haría aun tratándose de una promesa verbal. Se les refrendó la autorización y se firmó el pacto en los términos indicados; la noticia de la firma llegó a Florencia a fines de 1508, en los últimos días. En las mismas fechas se supo que el cardenal de Chau-mont había regresado rápidamente a Milán con el objeto de preparar lo necesario para las operaciones contra los venecianos, y se le envió como embajador a Francesco Pandolfini.

XXXI. SIGUE LA CAMPAÑA CONTRA PISA

(1509)

Siguió después el año de 1509, en que se produjeron he chos y perturbaciones de gran importancia. A principios del año los florentinos tenían dos preocupaciones: el sitio de Pisa y la expedición de los príncipes aliados contra los venecianos; y a fin de evitar confusiones relataré por separado las fases de estos dos acontecimientos, aunque en realidad se desarrollaron simultáneamente.

El hecho de haber establecido dos campos contra Pisa, uno en San Piero in Grado y el otro en Ripafratta, y además el convenio firmado con Lucca con la consiguiente reducción de alimentos en Pisa, hacían que nuestra confianza de alcanzar esa victoria tan deseada creciera cada día más; pero los de Lucca, para quienes, a pesar del convenio, esta recuperación no resultaba muy agradable, seguían proporcionando a escondidas a los pisanos todos los víveres que podían, de tal manera que éstos salían todas las noches y recogían continuamente tanto de las aportaciones de Lucca como de nuestro territorio lo suficiente para subsistir. Ahora bien, como la zona era amplia y pantanosa y del lado de Lucca había muchas montañas, nuestras tropas establecidas en dos lugares muy distanciados no lograban impedirlo; incluso en nuestro territorio no faltaba quien los ayudara, porque algunos de aquellos que antes habían salido de Pisa los subvencionaban o por amor patrio o por tratarse de parientes o amigos; además, como los pisanos pagaban precios muy altos, muchos les vendían de modo clandestino para ganar, y entre éstos la voz pública mencionaba a los hijos de Francesco de los Albizzi, en especial a Bernardo, con quien estaba asociado

en este negocio, según se decía, Tommaso de Paolantonio Soderini. Por cierto había muchos indicios, como por ejemplo el que Bernardo comprara tanto trigo en ese invierno, así que la gente creía que lo vendía en Pisa o a determinadas personas en el territorio de Lucca, de quienes luego lo recogían los pisanos; se pensaba que Tommaso estaba asociado con Bernardo en lo del trigo porque en el acaparamiento del ganado sí era su socio; los comentarios en Florencia eran muy frecuentes y no sólo entre el pueblo bajo, sino también entre los ciudadanos de alto nivel y en los colegios, y como se trataba de una cosa muy importante para la ciudad se esperaba que el gonfalonero, siempre presto a mantener la calma, actuara enérgicamente, si no se detenía ante los intereses de Tommaso. Otro que fue acusado de este comercio ilícito fue Piero de Giannozzo Strozzi, quien tenía terrenos arrendados en el territorio de Pisa, pero él se disculpó diciendo que había vendido trigo en Lucca con la autorización del comisario Niccolò Capponi, lo que acarreó muchas críticas a éste; pero como la cosa no pasó de palabras, pronto quedó olvidada.

Ahora bien, se veía con claridad que si queríamos que Pisa se rindiera por hambre era necesario presionar más, así que se reunieron en la orilla del río Osoli los tres comisarios y los capitanes superiores, y después de discutir en qué forma iban a operar, tomaron la siguiente deliberación: siendo necesario cerrar todos los accesos por agua, no bastaba con haber cerrado el Arno con el puente que habíamos construido en San Piero in Grado, porque seguían llegando víveres por el río Fiume Morto, y luego por el río Osoli eran transportados a Pisa; por consiguiente había que construir un puente y un terraplén sobre el Fiume Morto para cortar ese camino; el puente y el bastión estarían bajo la vigilancia de las tropas estacionadas en San Piero in Grado; en cambio, las que se encontraban del lado de Lucca debían concentrarse en San Iácopo, donde podrían detener los

cargamentos que llegaran del valle del Serchio y de Lucca por el camino de Ripafratta; como el territorio hacia ese lado era muy extenso, montañoso y con muchas cañadas, y para los pisanos que conocían el lugar y no rehuían fatigas quedaban todavía caminos abiertos por donde pasaban cargando víveres en hombros, era necesario establecer un campo en Mezzana, con el cual se cubriría por completo el acceso desde Lucca y se impediría que llegara algo desde el valle de Calci y otros lugares cercanos. Por consiguiente, estableciendo este cerco con seguridad, ya dejarían de entrar alimentos en Pisa o a lo sumo llegarían en cantidades tan reducidas que bastarían sólo para unos pocos días, mientras que si no se tomaban estas medidas las probabilidades de copar el aprovisionamiento eran casi nulas. Los comisarios escribieron a Florencia y estos planes fueron aprobados; se dispuso que de acuerdo con estas ideas cada campo contara con unos mil infantes, de los cuales dos terceras partes o más serían lanceros, y la caballería se distribuiría en partes casi iguales; así en San Iácopo se quedó Antonio de Filicaia y…; en San Piero in Grado, Alamanno Salviati y Muzio Colonna; en Mezzana, Niccolò Capponi y…

Esta nueva planeación demostró lo mucho que se habían equivocado los que habían dirigido la guerra contra Pisa en los últimos tiempos, porque un año antes, cuando se destruyeron los cultivos, muchos, y entre ellos el gonfalonero y Niccolò Capponi que entonces era comisario, estaban seguros de que los pisanos no iban a esperar que se llevara a cabo esa destrucción porque los campesinos se amotinarían, o si se quedaban esperándola, en pocos meses tendrían que rendirse por hambre. Se destruyeron los sembradíos y al ver que no se conseguía nada, se pensó que si no se cerraba el acceso por mar, los pisanos seguirían sobreviviendo, y por consiguiente se contrató a Bardellotto, con gran satisfacción del gonfalonero, de los Diez y de los ciudadanos importantes, quienes creyeron que en unos

pocos meses ocuparíamos Pisa. También esta esperanza resultó infundada, y quedó demostrado que la destrucción de los sembradíos y el bloqueo por mar no bastaban si no se cortaba la ayuda de Lucca; por lo tanto, después de muchas discusiones, se firmó con Lucca el convenio ya mencionado. Pero poco a poco se descubrió que los barcos contratados no bastaban para impedir la llegada del trigo; entonces se construyó el puente sobre el Arno en San Piero in Grado, y para cerrar por completo el lado terrestre se estableció un campo cerca de Ripafratta. Con esto todos pensaron que los pisanos estaban completamente cercados y que en breve obtendríamos la plaza; pero al cabo de unas cuantas semanas se vio que si no se tomaban otras medidas, no sólo les quedaban maneras de obtener ayuda de Lucca y de nuestro territorio, sino que ni siquiera los caminos de agua, como el del Fiume Morto y el Osoli, estaban bien controlados; por lo tanto fue necesario tomar las medidas que acabamos de citar, construyendo un puente y un terraplén sobre el Fiume Morto y estableciendo un tercer campo en Mezzana. Esto puede servir de ejemplo para los que deben dirigir esta clase de operaciones, pues cuando quieren desbaratar algún plan del enemigo no deben limitarse a impedir lo que está haciendo en esos momentos, sino también prever lo que hará cuando eso se le impida; de otro modo no crean haber sorteado el peligro, porque el que en determinado apuro utiliza cierto recurso, si se le priva de él, buscará otro, aunque le resulte más difícil; y la presión de la necesidad es tan fuerte que no es fácil impedirle encontrar alguna salida.

Después de aprobar el establecimiento de las tres bases, cuyos efectivos debían integrarse con toda nuestra caballería y unos tres mil infantes, de los cuales dos terceras partes o más eran lanceros, mientras se procedía a organizarlo hubo un intento de ocupar Pisa mediante negociación, que al resultar falso puso en grave peligro la ciudad. Muchos meses antes, cuando todavía

Alessandro Nasi era comisario en Cascina, se había hecho prisionero al pisano Alfonso del Mútolo, que había quedado encarcelado en Florencia. Ese hombre era de baja extracción, hijo de un herrero y falto de criterio en sus actividades; pero como era corpulento, arrebatado y sin miedo en las operaciones realizadas contra nosotros, en Pisa se había atraído muchos partidarios entre los soldados más valerosos. Este hombre estuvo más de un año en la cárcel Stinche, y un día un tal Canaccio de Pratovecchio, que pertenecía al ejército y se había hecho su íntimo amigo, pues le hizo muchos favores durante el cautiverio, incluso proporcionándole dinero y todo lo que necesitara, le propuso que en caso de volver a Pisa se prestara a ayudar a los florentinos a recuperar esa ciudad; al principio Alfonso se negó, pero luego, con otras intenciones, dijo que aceptaba.

Canaccio informó al gonfalonero y a Gherardo Corsini, miembro de los Diez, para ver si había alguna manera de dejar que Alfonso regresara a Pisa, y como Gherardo le contestó que era mejor no hacer nada porque según él no se le podía tener confianza, Canaccio fue a hablar con Antonio de Filicaia, también miembro de los Diez; éste volvió a entrevistarse con el gonfalonero, y en esos días sucedió que Bardella, para que se le devolviera su hijo que había sido capturado en el canal de Piombino, pidió que se le canjeara con Alfonso del Mútolo, sabiendo que a los pisanos ese canje les agradaría mucho. Los Diez, sabiendo que Alfonso era un elemento importante en Pisa, aceptaron de mala gana por las insistencias del gonfalonero y de Antonio de Filicaia, pero ninguno de ellos estaba informado del plan concertado con Alfonso, exceptuando a Gherardo Corsini, quien, solicitado por Antonio de Filicaia para que apoyara la iniciativa, contestó que no quería ser involucrado.

Tomada esta decisión, Alfonso prometió al gonfalonero, Antonio de Filicaia y Canaccio que se apoderaría de una puerta con su torre, y en un día fijado de acuerdo con Antonio de

Filicaia, ya nombrado comisario, haría entrar en la torre a Canaccio y a cierto número de soldados; según él, lo que iba a hacer tenía el propósito de salvar su ciudad, así que de ninguna manera podría llamársele traidor; luego comunicaría a los pisanos que los florentinos se habían apoderado de la puerta y la torre, y que si querían dejarlos entrar pacíficamente, él tenía en sus manos las propuestas para concertar un convenio; creía que en cualquier forma se plegarían, pero en el caso de que no quisieran, él franquearía la entrada a los florentinos.

El gonfalonero aceptó el proyecto y Alfonso se marchó a Pisa, poniéndose de acuerdo con Antonio de Filicaia en privado y sin consultar a los otros comisarios para que Alamanno no participara en el honor de esa operación; para llevarla a cabo escogieron el sábado de gloria, en la mañana temprano, en la puerta hacia Lucca; a ese lugar se dirigió Antonio de Filicaia con sus tropas y también los otros dos comisarios, a quienes había tenido que revelar la operación poco antes de realizarla, porque se necesitaba una parte de los otros campamentos. Alfonso hizo subir uno tras otro a Canaccio y a unos treinta hombres del ejército de Casentino, mató a unos cuantos y tomó prisioneros a los otros, y luego empezó a enviar sus saludos a los florentinos con la artillería. Fue herido Paolo de Parrano, quien poco después falleció, y nuestras tropas se retiraron a sus campamentos, maravillándose todos de que los pisanos hubiesen urdido semejante engaño por tan poca ganancia; pero luego se supo que su plan era el de atacar nuestro campo con la esperanza de desbaratarlo al caerle inesperadamente, o de asaltar el puente y el campamento de San Piero in Grado; pero se detuvieron por consejo de Tarlatino, quien tal vez creía no tener fuerzas suficientes, o tenía miedo de que Alfonso cometiera alguna trastada, así que no los dejó salir.

Después se estableció y se organizó el campo de Mezzana, así que la situación de Pisa empeoraba más y más, pues el celemín

de trigo se cotizaba a más de cinco liras y seguía subiendo, porque en la ciudad había poca reserva y los accesos estaban cerrados, de modo que lo que entraba era muy poco; sin embargo, su obstinación era muy grande, en especial la de ciertos cabecillas que tenían controlada a la gente, en parte con el miedo y en parte haciéndole creer que pronto llegaría ayuda desde afuera y que no faltaba mucho para la cosecha. Para quitarles esta esperanza se decidió destruir los sembradíos, operación en la cual se descubrió que éstos eran tan numerosos y el trigo tan prometedor que con la estrecha franja alrededor de los muros que se les dejara sin destruir y con lo que sembraban dentro de la ciudad tendrían para resistir muchos meses más; por lo tanto se envió a arrasar el terreno alrededor de los muros y, pese al grave peligro de la artillería, en pocos días pudo ser realizado.

Ya habíamos llegado a mediados de mayo y, viendo que los pisa-nos no cedían, el gonfalonero pensó en la conveniencia de atacar con la artillería, y encargó a los Diez que discutieran ese proyecto, pero se le opusieron, con muchos argumentos, Francesco Gualterotti, Giovan Battista Ridolfi, Piero Guicciardini y Iácopo Salviati, así que todo el consejo se alineó con esta opinión; entonces el gonfalonero lo presentó, unos días después, en el Consejo de los Ochenta en una reunión con muchos otros ciudadanos, pero como ya había corrido la voz de que los más experimentados eran contrarios a la operación, la mayoría también se opuso, así que el proyecto fue archivado. Las principales razones que los movían eran las siguientes: que la experiencia de los años anteriores enseñaba con qué poco éxito se había intentado la expugnación, y si era cierto que los pisanos estaban más debilitados que antes, lo mismo se podía decir de nosotros, que teníamos gran escasez de dinero, sin capitanes de caballería con quienes poder contar, sin capitanes de infantería que tuvieran un poco de prestigio y sin infanterías eficientes y

entrenadas; por consiguiente, si se quería hacer el intento de forzarlos a rendirse, era necesario contar casi exclusivamente con los lanceros, en quienes las autoridades no creían poder confiar. Estas razones en esos momentos fueron discutidas a conciencia, pero con base en lo que se supo después no eran ciertas, porque, además de que la tropa que se encontraba en Pisa era escasa y menos numerosa que la acostumbrada, la mayoría era tan débil por la insuficiente alimentación que no habría podido actuar vigorosamente en la defensa de la ciudad como acostumbraban, ni en los muros ni en las reconstrucciones, cosa que efectuaban por lo general con tanta rapidez que por ello muchas veces se habían salvado.

Así, desechado en definitiva el proyecto de utilizar la fuerza, se continuó apretando el cerco, pensando que las dificultades internas de Pisa iban aumentando día con día, porque los alimentos eran muy escasos y tan caros que el celemín de trigo se vendía en más de un ducado y medio, y eran tan pocos los que podían comprarlo que la penuria había llegado a un grado extremo y ya empezaban a morir de hambre; al empeorar la situación se veía acercarse el colapso definitivo, porque la mayoría, como el hambre ya había quebrantado la obstinación, estaba dispuesta a pactar, pero faltaba alguien que encabezara esta aspiración general y se enfrenta a los opositores, cuando de repente la fortuna, que sabe encontrar todas las soluciones, allanó el camino para terminar con nuestro problema.

Cuando los embajadores pisanos fueron a Piombino, como dijimos, con la finta de negociar un convenio, entre ellos estaba, como representante de los campesinos, un tal Filippo de Puccierello, que contaba con bastantes partidarios y era uno de los más enconados enemigos que los florentinos tuviesen en Pisa; este señor había empezado a convencerse de que la victoria final sería de los de Florencia y que por lo tanto sería conveniente dar algunos pasos para negociar un acuerdo bajo

ciertas condiciones. Se dieron cuenta de ello los ciudadanos pisanos más empecinados en la resistencia y, temiendo que al regresar a Pisa promoviera alguna agitación, le ordenaron que se quedara en Piombino y continuara, con la ayuda del señor del lugar, la búsqueda de un acuerdo. Allí quedó hasta que Pisa fue totalmente bloqueada por los tres campamentos; pero luego, no pudiendo regresar a Pisa y no queriendo permanecer en Piombino, porque se había dado cuenta de la razón por la cual lo habían dejado allí, se fue a Lérici; allí se quedó unos días y luego se decidió a hacer otro intento para llegar a un acuerdo. Mandó decir a Alamanno Salviati que le habría gustado mucho reunirse con él en San Piero in Grado para conferenciar, y en cuanto consiguió el salvoconducto fue a verlo. Alamanno con muchos razonamientos y promesas lo confirmó en su buen propósito, después de lo cual regresó a Pisa, y allí manifestó abiertamente que, como en la ciudad faltaban alimentos y la destrucción de los cultivos les había quitado la esperanza en la cosecha, y además se les había cortado toda ayuda desde afuera, era conveniente pensar en alguna forma de entendimiento con los enemigos antes de verse forzados a ello debido a una situación insostenible.

Estas declaraciones provocaron revuelo y discusiones muy acaloradas en Pisa. En esta ciudad, después de haberse rebelado contra Florencia, cosa que había agradado tanto a los campesinos como a los ciudadanos, en un principio el gobierno había quedado en manos de los ciudadanos más nobles, ricos y estimados, y de los que merecían gobernar, desde todos los puntos de vista; entre ellos se distribuían los cargos del priorato, de la magistratura de los Diez de Guerra, las embajadas y en una palabra las funciones más importantes de la administración; pero luego, como no cesaba la guerra con los peligros diarios en las puertas de la ciudad, donde constantemente había que estar empuñando las armas, los que demostraban más arrojo en las

acciones de guerra empezaron a ganar tal crédito, sin distinción entre nobles y plebeyos, que acabaron por unirse y apoderarse del gobierno y, lo más importante, de la administración, porque en una ciudad que acababa de independizarse y trastornada por una guerra continua y peligrosa, los asuntos debían tratarse con más rigor de lo que se acostumbraría en la vida normal. Con esto empezó a bajar la autoridad de los que en un principio eran los más influyentes; luego, cuando los florentinos ocuparon casi toda la comarca, la mayoría de los que tenían propiedades, o sea los grandes, perdieron sus tierras y sus ingresos, y entonces despertaron la sospecha de que tratarían de entenderse con los florentinos a fin de recuperar sus bienes, así que el gobierno, en todos sus aspectos, se concentró en manos de los que dirigían la guerra y que no tenían mucho qué perder, mientras que los otros, con excepción de los que en la revolución se habían apoderado de bienes de los florentinos o eran sus deudores, empezaron a ser dejados a un lado.

Con los militares estaban los habitantes de la comarca, que por ser muy numerosos eran tratados con mucho miramiento y participaban en las magistraturas y deliberaciones; sin embargo, como eran personas toscas e ignorantes, en las decisiones se dejaban manipular por la habilidad y la palabrería de los otros, pues a ellos les bastaba con ver que lo que decidían se conseguía. Pero poco a poco, cansados por esa guerra inacabable, y viendo que todos los años se les destruían las cosechas, empezaron a flaquear, y en muchas ocasiones habrían querido pactar si no los hubiera detenido el terror de no poder obtener el perdón de los florentinos que los de arriba mantenían vivo. Pero empezando a confiar en Filippo de Puccierello, y con cierta esperanza de que Alamanno sería un buen apoyo para que se les cumpliera con las cosas prometidas, se acogieron a la idea de un arreglo y comunicaron a los ciudadanos [...]

NOTA ACLARATORIA DE ALGUNOS TÉRMINOS USADOS EN EL TEXTO

Ciompi: Nombre del grupo de obreros o trabajadores que no pertenecían a ningún arte o corporación y que, en su mayor parte, trabajaban la lana. Esta designación se usó durante el siglo XIV. En 1345 se realizó el primer intento de los ciompi de formar un grupo o asociación política para defender sus intereses. La crisis económica de fines del siglo XIV provocó que en 1378 se levantaran bajo el liderato del cardador Michele di Lando, que luego fue rebasado debido a su moderación. La situación se radicalizó hasta llegar a ejecutar al jefe del grupo oligárquico, Piero Albizzi. Durante unos años, los ciompi dominaron la situación política; sin embargo, Maso Albizzi restauró el gobierno oligárquico en 1382.

Duque: Alusión al duque de Milán.

Emperador: Se alude al emperador de Alemania; en teoría, rey de los romanos y heredero de Carlo Magno.

Ludovico de Milán: Ludovico el Moro.

Rey: Alusión al rey de Nápoles.

FICHAS BIBLIOGRÁFICAS DE LAS PRINCIPALES FAMILIAS Y PERSONAJES

ACCIAIUOLI. Familia de origen lombardo establecida en Florencia hacia el siglo XII. Cien años más tarde los Acciaiuoli ya conformaban un grupo de mercaderes importantes y banqueros; como tales, prestaron servicio a los Anjou en el sur de Italia, a la Santa Sede y a la Orden de San Juan de Jerusalén. Hacia 1355 se inició la decadencia de la familia, como consecuencia de la guerra entre Florencia y Lucca. A partir del siglo XV aquélla se convirtió en un apéndice de los Médicis. Sus miembros más importantes son: *Niccolò* (1310-1365), quien fue nombrado por Luis de Tarento senescal (1338) del reino de Nápoles, capitán general de Calabria (1349) y señor de Prato; a partir de este momento fue el auténtico gobernador del reino de Nápoles. *Ranieri* (?-1394), llamado también Neri, conquistó la ciudad de Atenas y fundó una dinastía de duques de este lugar, que duró hasta 1460. *Donato* (1429-1478) se interesó por la literatura, la filosofía y las matemáticas; durante el mandato de Lorenzo ejerció los cargos de gonfalonero y embajador. *Zanobi* (1461-1519) fue el conservador de la Biblioteca Vaticana en la época de León X.

ALBIZZI. Familia enriquecida con el comercio de la lana. Tuvieron notable importancia política desde mediados del siglo XIV hasta 1434, cuando fueron suplantados por los Médicis. Los Albizzi militaron en la facción güelfa, y cuando

ésta se dividió, se unieron a los güelfos negros. Como miembros del grupo más conservador, encabezaron el grupo oligárquico. Su primer tropiezo fue la rebelión de los ciompi en 1378, quienes, al tomar el poder, mandaron decapitar a Piero Albizzi, incendiaron su casa y la familia tuvo que exiliarse. Sin embargo, *Tommaso Albizzi* (1347-1417) en 1382 se hizo dirigente del grupo oligárquico; se reinstaló en el poder como gonfalonero de justicia y se mantuvo en el poder hasta su muerte, en 1417. Reformó las bases de la República florentina, dándole una dirección conservadora; expulsó, entre otros, a los Alberti. *Rinaldo* (1370-1442), su hijo, lo sucedió en el gobierno en 1417. Varios fracasos militares, aunados al creciente poder económico de Cosme de Médicis, hicieron que Rinaldo perdiera el poder y tuviera que exiliarse en 1433. A partir de esta fecha, los Albizzi perdieron toda importancia histórica.

Amboise, Georges, cardenal de (1460-1510). Arzobispo de Ruán (1493). En Normandía (1494) fue lugarteniente general de Luis de Orleans; cuando éste subió al trono, se convirtió en su primer ministro, cargo que ejerció hasta su muerte. Se alió con Alejandro VI, y así las tropas francesas dominaron Milán en 1499. Ya como cardenal (1498), fue nombrado lugarteniente general de las tropas francesas en Italia y encargado de la administración del milanesado. Promovió la Liga de Cambrai.

ANJOU (rama de Nápoles). La dinastía de los Anjou, reyes de Nápoles, fue fundada por el capeto *Carlos I,* hijo de Luis VIII, rey de Francia. En 1246 recibió los condados de Anjou y Maine de su hermano el rey Luis IX de Francia. Carlos I fue quien conquistó, en 1226, el llamado reino de las Dos Sicilias (Sicilia insular y Sicilia peninsular, es decir, Nápoles). Se trataba de crear un imperio mediterráneo que sucediera al Bizantino, bajo los auspicios franceses, como

contraposición a la hegemonía veneciana feudatoria de Bizancio. Sin embargo, en 1282 le fue arrebatada la Sicilia insular, que empezó a ser gobernada por Pedro III el Grande, de la casa de Aragón (Pedro II de Cataluña), hasta que éste murió, en 1285. Jaime II el Justo, su hijo, heredó el territorio siciliano y, en 1295, lo cambió a su hermano Federico II (1295-1337) por Cerdeña y Córcega. En 1302, la Paz de Caltabellota puso fin a la guerra con Nápoles, al casarse Federico (Aragón) con una hija de Carlos I (Ajou, que había muerto en 1282) y al aceptar que, a su muerte, la corona siciliana pasara a los Anjou. Este acuerdo no fue respetado. En 1373 Juana I (Anjou) de Nápoles aceptó la posesión aragonesa de Sicilia a cambio de un tributo.

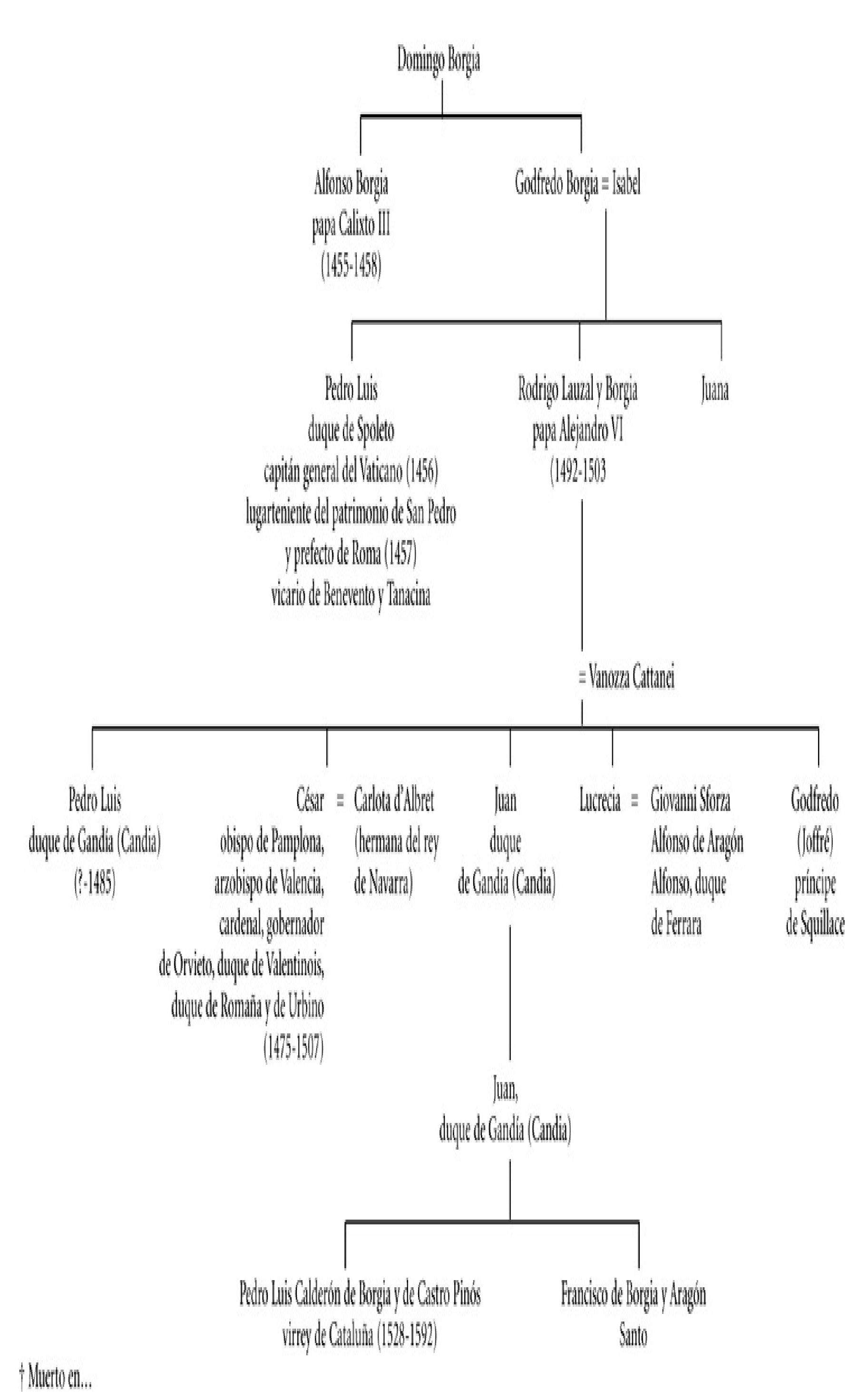
Carlos II el Cojo, hijo de Carlos I, continuó la dinastía Anjou de Nápoles. Murió en 1309. Su hijo, *Roberto I,* reinó hasta 1343. Como vicario imperial, era el jefe de los güelfos en Italia; era además conde de Provenza. Se casó con Violante, de la casa de Aragón. Le sucedió su hija *Juana I,* quien falleció en 1382. Por dos años reinó *Luis I,* hijo del rey Juan II de Francia. A su muerte, reina hasta 1386 *Carlos III,* sobrino nieto de Roberto I y bisnieto de Carlos II el Cojo, quien fue vencedor de guerras internas y disputas. El trono fue entonces para su hijo *Ladislao I,* quien lo conservó hasta su deceso, en 1414. Puso un poco de orden en el interior, y en 1409 compró a la Iglesia algunos territorios. De 1414 a 1435 reina su hermana *Juana II,* quien designó inicialmente como sucesor a Alfonso V de Aragón; sin embargo, después se arrepintió, designando entonces a Luis de Anjou que, en caso de morir, sería sucedido por Renato de Anjou. En seguida del fallecimiento de *Juana II,* en 1435, tuvo lugar un conflicto entre ambos contrincantes, resultando vencedor Alfonso, quien, de este modo, reúne nuevamente ambas coronas: la de Nápoles y la de Sicilia. El

papa, que apoyaba las pretensiones de los Anjou, reconoció a Alfonso como rey de Nápoles en 1442. El último de los Anjou, *Carlos VI,* designó como heredero universal a Luis XI, rey de Francia. Esta sucesión de todos los derechos es el pretexto que inició, en 1494, las guerras de Italia. La cuarta dinastía de los Anjou fue fundada por Luis I, duque de Anjou y de Maine, y conde de Provenza, quien era hijo del rey Juan II de Francia; abuelo de María, esposa del rey *Carlos VII* de Francia y de Renato I (uno de los sucesores designados por Juan II), y bisabuelo de Carlos VI, el último titular, que hereda todo a Luis XI, rey de Francia. A su fallecimiento, en 1482, su hijo Carlos VIII de Francia, quien reinó de 1482 a 1498, inició las reclamaciones sobre Nápoles, a instancias de Ludovico el Moro, duque de Milán. (Véase los cuadros I y II para la genealogía de la familia de Anjou.)

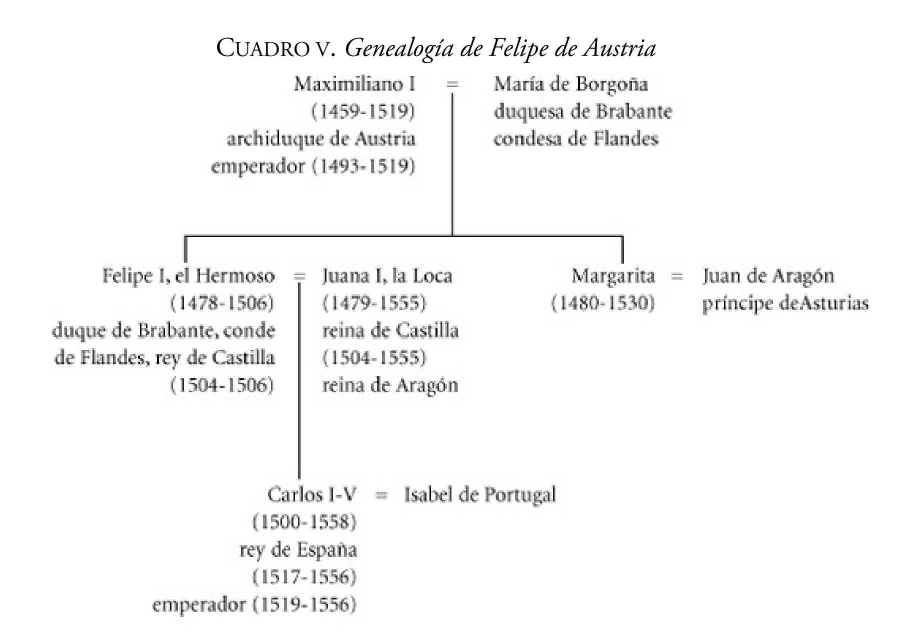
ARAGÓN (rama de Nápoles o Sicilia peninsular). El fundador de la dinastía es *Alfonso*, primogénito de Fernando I de Antequera y de Leonor de Albuquerque; se crió en Castilla desde su nacimiento, en 1396, hasta 1412, año en que su padre fue proclamado rey de Aragón en el Compromiso de Caspe. Se casó en 1415 con su prima María de Castilla, con quien no tuvo sucesión. Fue rey de Aragón desde 1416, como Alfonso V, y luego de Cataluña, como Alfonso IV. En 1420 marchó al frente de una flota catalana a Cerdeña donde había un foco de rebelión; después se dirigió a Córcega, para intentar expulsar a los genoveses. Más tarde fue a Sicilia y de allí pasó a Nápoles, llamado por la reina Juana II, para ser nombrado heredero, pero ésta finalmente nombró a Luis III de Anjou, por lo que Alfonso tuvo que retirarse a Cataluña. Cuando en 1435 mueren casi de manera simultánea Luis III y la reina Juana II, Alfonso decidió invadir Nápoles, pero en Gaeta fue

hecho prisionero por los genoveses. Su rescate fue pagado con ayuda de Milán. De 1436 a 1442 nuevamente dedicó sus esfuerzos a la conquista de Nápoles, hasta que se vio coronado rey bajo el nombre de *Alfonso I*. Ya nunca volvió a sus estados españoles. Procuró favorecer el comercio catalán. Fue llamado el Magnánimo. Al morir, en 1458, heredó sus estados ibéricos a su hermano Juan II, y Nápoles a su hijo natural *Ferrante I* (o Fernando I), quien era duque de Calabria desde 1443. A pesar de la oposición del papa Calixto III (Borgia) fue coronado en Bari, en 1459. En 1462 rechazó la invasión de Juan de Anjou. Liberó el régimen económico y de nueva cuenta reprimió a sus feudatarios, llamados los barones. Apoyó la política de estabilidad en el interior de Italia. Reprimió una segunda conjura de los barones (1485-1486) apoyados éstos por Inocencio VIII. Le sucedió su hijo *Alfonso II* (1448-1496), quien reinó durante dos años (1494-1495), pues abdicó en favor de su hijo *Fernando II* (1467-1496) el Ferrandino, debido a la invasión francesa que dio inicio a las guerras de Italia. Se refugió en Ischia. Recuperó su reino gracias a la formación de la Liga (Venecia, Génova, el Imperio, España, Milán y el papa) y al apoyo proporcionado por España por medio de Gonzalo Fernández de Córdova, el Gran Capitán. A su muerte, su tío, *don Fadrique,* fue proclamado rey de Nápoles; sin embargo, las luchas entre Francia y España nulificaron sus aspiraciones. Finalmente el Gran Capitán derrotó a Francia, y Nápoles pasó a ser parte de la corona aragonesa en 1504, gobernada por un virrey. (Véase el cuadro III, donde se muestra la genealogía de la casa de Aragón en su relación con Nápoles, a partir de Fernando I, rey de Aragón.)

CUADRO IV. *Genealogía de la familia Borgia*


Domingo Borgia
Alfonso Borgia
papa Calixto III
(1455-1458)
Godfredo Borgia = Isabel
Pedro Luis
duque de Spoleto
capitán general del Vaticano (1456)
lugarteniente del patrimonio de San Pedro
y prefecto de Roma (1457)
vicario de Benevento y Tanacina
Rodrigo Lauzal y Borgia
papa Alejandro VI
(1492-1503
Juana
= Vanozza Cattanei
Pedro Luis
duque de Gandía (Candia)
(?-1485)
César
obispo de Pamplona,
arzobispo de Valencia,
cardenal, gobernador
de Orvieto, duque de Valentinois,
duque de Romaña y de Urbino
(1475-1507)
=
Carlota d'Albret
(hermana del rey
de Navarra)
Juan
duque
de Gandía (Candia)
Lucrecia
=
Giovanni Sforza
Alfonso de Aragón
Alfonso, duque
de Ferrara
Godfredo
(Joffré)
príncipe
de Squillace
Juan,
duque de Gandía (Candia)
Pedro Luis Calderón de Borgia y de Castro Pinós
virrey de Cataluña (1528-1592)
Francisco de Borgia y Aragón
Santo
† Muerto en...
= Casado con...

CUADRO V. *Genealogía de Felipe de Austria*



† Muerto en…
= Casado con…

BENTIVOGLI. Familia boloñesa. Sus primeros miembros ilustres aparecieron en el siglo XI, tomando parte en la primera cruzada (1096). Desde el siglo XIII estuvieron ligados a la facción güelfa. *Giovanni I* fue el primero en apoderarse de la Señoría de Bolonia (1401), aunque fue muerto poco después. *Antonio Galeazzo*, hijo del anterior, fue señor de Bolonia desde 1420; murió asesinado en 1435 por orden del legado pontificio. *Aníbal I,* hijo ilegítimo de Antonio Galeazzo, fue asesinado por sus enemigos, los Canoteli, en 1443. *Sante* (1426-1462), nieto ilegítimo de Giovanni I, gobernó Bolonia desde 1446 hasta su muerte. *Giovanni II* (1442-1508), hijo de Aníbal, tomó el poder en 1462. En 1506 las tropas aliadas del papa Julio II y de Florencia expulsaron a la familia, que se estableció en Ferrara. *Aníbal II* (1469-1540), aguerrido condotiero,* llegó a recuperar efímeramente Bolonia, gracias a la ayuda francesa, pero a la muerte de Gastón de Foix tuvo que retirarse de nuevo a

Ferrara.

BORGIA.* Familia de linaje valenciano, que cuenta en su haber con dos papas y un santo. (Véase en el cuadro IV la genealogía de la familia Borgia.)

Borgoña, Filippo de; Felipe de Austria. De María de Borgoña y de Maximiliano de Habsburgo, archiduque de Austria y emperador, nació Felipe, quien se casó con Juana la Loca, hija de Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla, reyes de España. (La genealogía se muestra en el cuadro V.)

CAPPONI. Familia de la alta burguesía florentina, enemiga de los Médicis. *Gino* (1350-1441), gonfalonero, exiliado a raíz de la sublevación de los ciompi (1378), contribuyó con sus dotes militares a la toma de Pisa, de donde fue el primer gobernador (1406). *Neri* (1388-1457), hijo de Gino, venció en Anghiari (1440) a los milaneses. Los Capponi recibieron apoyo de los españoles.

COLONNA. Familia romana, que derivó de los condes de Túscolo en el siglo X. Muchos miembros destacaron en la jerarquía eclesiástica y en la milicia como condotieros. *Ottone Colonna* fue papa con el nombre de Martín V (1417-1431). Entre los militares destacan *Próspero* (1452-1523), duque de Paliano y capitán, primero al servicio de los aragoneses y más tarde al de España; *Fabrizio*, capitán de Julio II y sucesor de Gonzalo Fernández de Córdova, como condestable de Nápoles, y *Marcantonio,* que tuvo el mando de la escuadra pontificia en Lepanto. *Vittoria Colonna,* hija de Fabrizio, amiga y protectora de Miguel Ángel, destaca en la poesía.

ESTE. Linaje del valle del Po. Se inició con el establecimiento de *Alberto Azzo II* en el castillo de Este. Su hijo Fulco fundó una rama italiana; otro hijo, *Güelfo,* dio comienzo a la rama alemana de los condes de Baviera.

Obizzo († 1196), hijo de Fulco, comenzó las pretensiones sobre Ferrara. *Azzo VI* fue podestá[**] de Mantua y Verona. Su hijo *Azzo VII* comenzó la Señoría de los Este sobre Ferrara; como podestá *Obizzo II* († 1293) fue elegido señor de Ferrara, Modena y Reggio. Tras algunas vicisitudes con Nicolás III (1393-1441) la familia llegó a su apogeo, junto con sus hijos *Lionello* (1441-1450), *Borzo* (1450-1471) y *Ercole* (o Hércules) (1471-1505). El emperador hizo a Borzo duque de Módena y de Reggio, y conde de Rovigo (1452); el papa lo nombró duque de Ferrara (1471), pues teóricamente era un feudo eclesiástico. *Alfonso I* (1505-1534), el sucesor, tuvo algunas desavenencias con la Iglesia.

FARNESIO O FARNESE. Familia toscana que desde el siglo XI tenía un pequeño feudo entre Viterbo y el lago de Bolsena. Sus miembros más importantes fueron: *Alessandro* (1468-1549), que alcanzó el pontificado en 1534 y gobernó como Paulo III por 15 años. Su hermana *Giulia* o Julia la Bella (1474-1524), que se casó con Orsino Orsini, en 1489, y fue amante del papa Alejandro VI (Borgia).

Fernández de Córdova, Gonzalo (1453-1515), llamado *el Gran Capitán.* En la guerra civil contra los árabes intervino exitosamente como subalterno de Isabel de Castilla, la Católica. En la lucha contra Carlos VIII de Francia, que pretendía reivindicar los intereses angerinos en Nápoles sobre los de Aragón, fue el organizador y el jefe de la armada española. Gracias a Gonzalo Fernández, el rey Fernando II pudo recuperar Nápoles en 1495. Al morir en 1496, Fernando II, el sucesor, su tío Fadrique o Federico I, le concedió el ducado de Santángelo, y otros territorios de la Apulia. Expulsó a los franceses de Ostia (1497) y regresó a España (1498). En 1500, con base en el acuerdo de Granada, que rectificaba la tregua de Lyon (1497), Fernando II de Aragón, rey de España, mandó a Gonzalo

Fernández a ocupar los territorios que le correspondían en el reparto con Francia. Pero, reiniciadas las hostilidades, Gonzalo reconquistó todo Nápoles entre 1502 y 1504. Fue nombrado virrey, pero como despertara los celos del rey Fernando, en 1506 se le obligó a volver a España.

Fernando, Ferrante o Ferrando. Fernando, Ferrando o Ferrante se refieren a la misma persona, tratándose de Nápoles. Los principales personajes que llevan este nombre son los siguientes. Fernando I, hijo natural de Alfonso V de Aragón, I de Nápoles. Fernando II, hijo de Alfonso II de Nápoles y nieto de Fernando I; fue llamado el Ferrandino; reinó sólo dos años (1495-1496). Desde 1504 Nápoles pasó a formar parte de la corona española.

Gonzaga. Familia establecida en Mantua a fines del siglo xii. De entre sus miembros destaca *Luigi I* (1278-1360), quien eliminó la Señoría de Bonacolsi en 1328 y fue reconocido como capitán general con derecho a nombrar sucesor. Fue vicario imperial en 1329. En 1358 la familia fue obligada a reconocer la Señoría feudal de los Visconti de Milán. El sucesor de Luigi I, *Francisco I* (1366-1407), extendió ampliamente sus posesiones y recibió el título de marqués. Dejó el poder en manos de *Gianfrancesco I* (1394-1444). El marquesado consiguió el equilibrio entre Milán y Venecia. De 1444 a 1478 gobierna *Ludovico.* Con él se alcanza una época de auge; en su testamento divide sus posesiones. Le suceden *Federico* y *Francisco.*

Malatesta. Familia aristocrática establecida en Rimini, que dominó la ciudad desde el siglo xiii. El primero que destacó fue *Malatesta I* (?-1248), jefe del partido güelfo y podestá de la Señoría. Sus sucesores participaron ampliamente en la política regional. El último miembro notable fue *Segismundo Malatesta* (1417-1468), condotiero

y mecenas renacentista, famoso por sus traiciones, su violencia y su ferocidad. Señor del Rimini, Fano y Sinigallia. Luchó a las órdenes del papado contra Alfonso V el Magnánimo de Aragón; después fue excomulgado por el papa Pío II. Perdió sus posesiones, excepto Rimini. Luchó contra los turcos en Morea, contratado por Venecia. Protegió a León Battista Alberti y a otros artistas.

Montefeltro, Federico de, duque de Urbino (1422-1482). Duque y condotiero, estuvo al servicio de Francisco Sforza; en 1451 se pasó al de Alfonso el *Magnánimo* y, en 1458, al del hijo de este último, Fernando I de Nápoles. En 1462 despojó de sus señoríos a Segismundo Pandolfo Malatesta. Pío II lo nombró vicario pontificio en los territorios conquistados por él en la Romaña y en 1466 fue jefe de la liga católica. En 1469 se enfrentó al pontífice y lo derrotó.

Orsini. Familia noble romana que sobresalió en la Iglesia y en la política civil. El fundador fue *Matteo Rosso* (?-1246), defensor del papado y de Roma; se mantuvo en contra de Federico II. Entre los papas que llegó a haber en esta familia cabe destacar a *Celestino III, Nicolás III* y *Benedicto XII. Gentil Virginio* (?-1497) derrotó a los Colonna que se habían enfrentado a Sixto IV y luchó contra la denominación aragonesa en *Nápoles. Niccolò* (1442-1510), condotiero al servicio del papa, guerreó contra Carlos VIII de Francia y contra Milán al frente del ejército veneciano. *Cremona Lorenzo* (?-1536), llamado Renzo da Ceri, se opuso a César Borgia, que pretendía apoderarse de Ceri (1503). Pasó después al servicio de Francia, distinguiéndose en la lucha contra Siena y Florencia. Estaba al frente de las tropas pontificias, como general, cuando en 1527 las huestes de Carlos V atacaron a Roma.

Pazzi. Familia florentina. Su primer miembro ilustre fue

Iácopo (?-1260). gonfalonero güelfo del pueblo florentino de Montaparti. En la época de *Andrea* (1372-1445) se construyó la célebre capilla que Brunelleschi diseñó para Santa Croce. Sus hijos fueron *Iácopo, Antonio* y *Piero. Cosimo* (1466-1513) fue arzobispo de Florencia.

Pitti. Familia que destacó en el comercio, la banca y la política de Florencia. *Buonaccorso* (1354-1430) estuvo al servicio de Francia y persuadió a los florentinos de aliarse contra los Visconti de Milán. *Luca* (1395-1472), hombre inmensamente rico, apoyó a Cosimo de Médicis frente al resto de la facción oligárquica por la reforma de 1458. Piero de Médicis, por rivalidad, lo separó de la vida pública. Luca es el constructor del famoso palacio diseñado por Brunelleschi.

Poliziano, Angiolo (1454-1494). Su verdadero nombre era Angelo Ambrogini. Discípulo de C. Landino y M. Picino fue pedagogo de los hijos de Lorenzo de Médicis y uno de los humanistas más notables de su tiempo.

Sforza. Familia que gobernó el ducado de Milán de 1450 a 1535. Tuvo origen en un grupo de ricos agricultores, los Attendoli de Cotignola, en la Romaña. *Muzio Attendolo* (1369-1424) fue el creador de la fortuna familiar. Guerrero mercenario, destacó por su fuerza, de ahí su nombre de Sforza. Su hijo *Francesco* (1401-1466) intentó ocupar Ancona, estado pontificio, pero fracasó (1433-1447). Entró al servicio de Filippo Maria Visconti de Milán y se casó con una hija de éste, Bianca Maria, en 1441. Al morir su suegro, conquistó el ducado (1450), aunque de momento no fue reconocido por su señor; es decir, como duque, por el emperador Federico III; no obstante, logró estabilizar su dominio. Su hijo *Ascanio* fue nombrado cardenal en 1484. Le sucedió en el poder *Galeazzo Maria* (1444-1476), casado

con Bona de Saboya, que fue mecenas y tirano; murió asesinado. El hijo, *Gian Galeazzo* (1469-1494), entonces de siete años, incapaz de gobernar, sube al poder; su tío *Ludovico el Moro* (1462-1508), casado con Beatriz d'Este, intrigó para mantenerse en el poder. Mató a su sobrino y llamó a Carlos VIII de Francia a Italia, con la promesa de apoyar los derechos angevinos sobre Nápoles. Finalmente se volvió contra Francia; fue apresado en 1499, quien ocupó su lugar, y murió en esas condiciones. Sus hijos, *Massimiliano* (1493-1530) y *Francesco Maria* (1495-1535), se refugiaron por un tiempo en Alemania. Massimiliano fue reinstalado en el poder por los suizos pero, al ser vencido por Francisco I de Francia, de nuevo perdió el ducado. Cuando en 1530, Carlos V, después de la derrota de Francisco I, repartió Italia, repone en el poder a los Sforza, con la corona de Francesco II, quien muere cinco años después, sin descendencia.

Trivulzio, Gian Giacomo (1441-1518), llamado *el Grande.* Fue condotiero con los Sforza; en 1476 fue elegido miembro de la regencia 0milanesa. Su creciente poder suscitó los celos de Ludovico el Moro, quien lo expulsa en 1479. Después de servir durante algunos años a Fernando I, rey de Nápoles, regresó a Milán y se convirtió en uno de los principales señores territoriales del ducado. Apoyó desde 1495 las aspiraciones francesas; en 1499, al ser conquistada Milán por Francia, Luis XII lo nombra mariscal de esta última y gobernador de aquélla. En 1513 es derrotado por los suizos aliados de Massimiliano Sforza. A partir de entonces vivió refugiado en la corte de Francisco I.

* En Italia, antiguo jefe de mercenarios. [N. del E.]

* De hecho, el nombre original de la familia es Borja. La grafía *gia* proviene de la modificación fonética que tiene la palabra al pasar al italiano. [N. del E.]

** En la Edad Media, primer magistrado de algunas ciudades italianas. [N. del E.]

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE LAS RECOMENDACIONES Y ADVERTENCIAS

(EL NÚMERO CORRESPONDE A LA RECOMENDACIÓN)

Agustín, san: 33

Alejandro Magno: 73

Almazán: 144

Aragón, Fernando de (el Rey Católico): 77, 105, 142, 144

Augusto: 13

Bardo: 171

Bruto: 121

Capitolio: 121

Carduccio: 171

Carlos V, emperador: 1, 48

Casio: 121

Castilla: 144

César: 73, 121

Clemente VII, papa: 1, 59, 97, 194

Colonna, Próspero: 64, 205

Consejo, Gran: 21, 38

Cosme (I de Médicis): 38

cristianos: 209

Dios: 16, 28, 33, 147, 176, 201

España: 144

Evangelio: 1

Fabio Máximo: 31

fechas, 1457: 115; 1494: 64; 1512: 68; 1521: 64; 1527: 21, 181

Fernando de Aragón, *véase* Aragón, Fernando de

Ferrara: 171

Ferrara, duque de: 93

Ferrara, fray Jerónimo de (Girolamo Savonarola): 1

Florencia, florentinos: 1, 21, 29, 38-39, 51, 68, 115, 124, 136, 171, 177, 181, 212, 220

Francia, franceses: 64, 171

Giugi, Galeotto: 171

Gualterotto: 171

Iglesia: 29, 142, 159, 181

India: 141

Italia: 64

León X: 75

Lutero, Martín: 28

Médicis: 21, 38, 50, 220

Médicis, Lorenzo de: 75

Milán: 64

Miniato, Bernardo de San: 50

Monte: 115

Padre (Piero de Iácopo Guicciardini): 33, 39, 44, 45

Pescara, marqués de: 97

Poppi, Juan de: 50

Roma, romanos: 110, 181, 206

Sforza, Ludovico: 91, 171

Siena: 171

Soderini, Piero: 197

Tácito, Cornelio: 13, 18
Tiberio: 13
Tribunal de los Cuarenta: 197
turcos: 209
Vettori, Francesco: 106
Venafra, Antonio de: 112
Venecia, venecianos: 29, 144, 171

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TOPONÍMICO DE LA HISTORIA DE FLORENCIA

Abruzos: 332

Acciaiuoli, Alessandro: 238, 262, 330, 348-349, 355, 365, 392, 420, 448, 450, 453

Acciaiuoli, Alessandro de Donato: 288

Acciaiuoli, Angelo: 113, 126-130, 136

Acciauioli, Roberto: 400, 413

Acciauioli, Roberto de Donato: 289, 297

Acciaiuoli, Zanobi: 275

Adda, río: 170

Adimari, Piero: 319, 321

Adriani, Marcello: 439

Adriano VI, papa: 101

Agaménnone: 329

Agustín, san: 52

Alamanni, Piero: 183, 192, 204

Alberti, Benedetto: 112

Alberti, Piero: 237, 249, 266, 269, 363, 418

Albertinelli, Francesco: 393-394

Albizzi, Antonio: 317, 344, 352

Albizzi, Antonio Francesco: 449

Albizzi, Bernardo: 460

Albizzi, Franceschino: 271

Albizzi, Francesco: 220, 240-241, 460

Albizzi, Girolamo: 157, 159, 192

Albizzi, Luca: 113, 317, 318, 341, 351

Albizi, Luca de Antonio: 238, 258, 284, 290, 301, 322, 334, 369, 446

Albizzi, Piero: 112

Albizzi, Piero de Lucantonio: 241

Albizzi, Rinaldo: 113

Albizzi, Tommaso: 112

Albret, cardenal de: 278

Albret, Carlota de: 278

Alejandro Magno: 62

Alejandro VI, papa: 22, 101, 199, 222, 227, 250, 277, 310, 332, 345, 349-351, 368, 370, 372, 377-385, 387, 391, 444

Alemania: 245, 288, 298, 306, 312, 314, 333, 417-418, 420, 423-424

Alessandria de la Paglia: 306

Alfonso I de Aragón, rey de Nápoles: 116-118, 120-121, 125, 165, 203-205, 227, 414-416

Alfonso II de Aragón, duque de Calabria: 125, 131, 150, 156, 162-163, 168-172, 177, 179, 182, 202, 205, 207, 227

Alighieri, Dante: 19

Allegri, cardenal: 310

Almazán: 78

Alpes, los: 205, 368, 371, 388

Altopascio: 387

Alviano, Bartolomeo de: 313, 338, 388, 395-399, 424,

447
Amalfi: 121
Amberes: 17
América: 17
Andreuolo Sacchetti, Niccolò di: 220
Anello: 180
Anghiari: 342, 347
Anghiari, Baldaccio de: 116
Angouléme, cardenal de: 394
Anjou, Casa de: 17, 178
Anjou, Juan de, duque de Calabria: 121-122
Anjou, Rinieri de: 121
Antella, Filippo de la: 184
Antella, Lamberto de la: 255
Antinori, Tommaso: 266
Appiano, Iácopo de: 144
Aquila: 176, 179, 332
Aquileya: 124
Aragón: 314, 409-410, 430; Casa de: 16, 23
Ardinghelli, Piero de Niccolò: 280, 319, 365, 440
Arezzo: 156, 159, 199, 201, 243, 251, 278, 327, 341-344, 346-347, 349, 351-352, 354, 359, 365-366, 369, 387, 444, 447, 452
Arezzo, obispo de, *véase* Bechi, Gentile
Arezzo, obispo de, *véase* Pazzi, Cosimo
Armagnac, conde de: 112
Arno, río: 233, 393, 456, 460, 462
Ascensión: 250
Asola: 171

Asti: 232-233, 235, 350, 366
Astorre III, señor de Faenza: 129
Atella: 233
Augusto: 46
Averardo: 113
Ávalos, Alfonso de: 130-131
Baglioni, los: 366
Baglioni, Giambattista: 334
Baglioni, Giampaolo: 328, 344-345, 368, 372, 376, 385, 387, 393, 395, 397-398, 410
Baglioni, Morgante: 345
Bagnesi, Schiatta: 240
Bagno a San Filippo: 341
Bagnolo: 172
Bailía: 219-220
Baldaccio: 116
Banchim, Simone: 343
Bandini, Bernardo: 148
Bandini, Pierantonio: 299, 300
Bandini, Stéfano: 148
Barbadori, Donato: 112
Barbadori, Niccolò: 113
Barbarigo, Agostino: 235
Barbericina: 340
Barbo, los: 124
Barbo, Pietro, *véase* Paulo II
Bardella: 432, 463
Bardellotto: 432, 461

Bardi, los: 19
Bardo: 85
Barducci, Giovanni de Stagno: 427
Barga: 340
Bari, duque de, *véase* Ludovico el Moro (Sforza)
Bartoli, Cosimo: 192
Bartoli, Domenico: 251
Bartolini: 190
Bartolini, Giovan Battista: 324, 440
Basilio, abad: 285
Bavaria, duque de, *véase* Wittelsbach, Roberto de
Bayazet II: 227
Beaumont, cardenal de: 234, 316
Bechi, Gentile, obispo: 199, 201
Bella, Giano de la: 114
Benci, Donato: 190
Benigno, Giorgio: 189
Benino, Carlo de Dionardo del: 454
Benino, Piero del: 251
Benintendi, Lorenzo: 220
Benizzi, Giovanni: 240, 258, 268
Bentivogli, los: 329
Bentivogli, Giovanni: 170, 316, 320, 329, 368, 374, 411
Bentivoglio, Ercole: 225, 339, 347, 393, 398, 400
Bérgamo: 172
Bernardo, Antonio di, Dini: 183, 192, 204, 211, 220
Berti, Michele: 258
Bibbiena: 284-286, 288-289, 292, 294

Bibbiena, Angelo de: 199
Bibbiena, Bernardo de: 211
Bibbiena, Piero de: 197-199, 208, 211
Bíscheri: 113
Bles (¿Blois?): 334
Bolonia: 25-26, 129, 210, 216, 320, 329-330, 367-368, 374, 379-381, 410-411, 413, 425, 452
Bonfigliazzi, Bongianni: 137
Bongianni Gianfigliazzi, Iácopo de: 256
Bongianni Gianfigliazzi, Simona: 21
Bongianni, Iácopo de: 426
Bongirolami, Bernardo: 192
Bonno: 435
Bonsi, Domenico: 220, 238, 284
Bonsi, Giovanni: 192
Borgia, los: 22
Borgia, Alejandro, *vease* Alejandro VI
Borgia, Alfonso, *véase* Calixto III
Borgia, César, el Valentino: 16, 229, 250, 277-278, 286, 310, 313, 324-325, 328-332, 334, 336, 338-340, 344-347, 349-351, 353, 366-368, 370, 372-374, 376-383, 385-387, 391, 401, 444
Borgia, Giovanni: 227, 250, 277
Borgia, Lucrecia: 332, 383
Borgia, Rodrigo obispo: 199; *véase* Alejandro VI
Borgo, Cherubino del: 301, 305
Borgo, Paolo del: 174
Borgo a San Sepolcro: 213, 302, 347-348, 351
Borgoña, duque de, *véase* Felipe de Austria

Borromei: 143
Bracci, Alessandro: 370
Bracciano: 177-178
Bracciolini, Poggio: 19
Braciolini, Niccolaio: 322
Brescia: 170, 172
Bretaña: 277, 286
Brindisi: 233
Broccardo, conde: 125
Brolio: 151
Brujas: 189
Bruni, Lionardo: 19
Bruno: 72
Buondelmonti, Filippo: 234, 301, 319, 321, 447, 449, 453
Buongirolami, Bernardo: 136
Buonvisi: 434
Buti: 225
Caccia, Matteo del: 238
Cafaggiuolo: 190
Caiano: 194
Caiazzo, conde de: 283-284
Calabria: 139, 331-332, 377
Calabria, duque de, *véase* Alfonso II de Aragón; Anjou, Juan de
Calci: 461
Calcondila, Demetrio: 189
Calderini, Francesco de: 452
Calixto III (Borgia), papa: 101, 119, 121, 199, 383

Calvacanti, Giovanni: 225
Camarani, Bernardino: 346
Camarlengo, cardenal: 124
Cambi, Giovanni: 256, 259
Cambi, Neri de Napoleone: 432
Cambi, Nero: 182
Camerino: 381
Campagnano: 178
Campi: 329, 330
Campofregoso, los: 173
Campofregoso, Agostino de: 163
Campofregoso, Ludovico de: 163
Campomorto: 168
Canacci, Giovanni: 237, 249, 269
Cancellieri, los: 319-323, 353-354
Candia, duque de, *véase* Borgia, Giovanni
Cane, Baglí de (Balí de Caen): 377, 380
Canigiani, Antonio: 238, 249, 258, 262, 288, 301, 392, 448, 450
Canigiani, Giovanni: 192, 267
Capitolio: 72
Capponi, los: 212, 249, 426
Capponi, Bartolomeo: 284
Capponi, Gino: 20, 165
Capponi, Gino de Ludovico: 256
Capponi, Gino de Neri: 446, 452
Capponi, Guglielmo: 387, 426-427, 440-442
Capponi, Neri: 233

Capponi, Niccolò de Piero: 282, 429, 456, 460-461
Capponi, Piero: 182, 192, 202, 209, 212, 218-221, 223, 225, 237, 241, 246, 275, 446
Capua: 332
Capua, Matteo de: 156
Carducci, Filippo: 344
Careggi: 128, 195
Carlos V: 25-26, 29-30, 32
Carlos VIII de Francia: 16, 201, 205-207, 212, 214-218, 222, 227, 229-230, 232-233, 235, 238, 241-243, 275, 277, 279, 299, 307, 316, 375, 446
Carnesecchi, Pierantonio: 210
Carnesecchi, Piero de Simone: 325
Carpi: 316
Carvajal, Bernardino: 418
Cascina: 225, 242, 296-297, 301, 303, 429, 435, 456, 462
Casentino: 213, 284-290, 293, 304, 370, 402, 444, 464
Casio: 72
Casoli: 157
Castellani: 113
Castellani, Antonio de Leone: 452
Castelletto: 414
Castellina: 151, 165, 170
Castello: 144, 145, 203, 294, 301, 344, 385
Castello, obispo de, *véase* Vitelli, Giulio
Castello, Aurelio de: 342
Castello, Cerbone de: 301, 305, 330
Castello Florentino: 281

Castiglione Aretino: 347, 365
Castilla: 78, 409
Castona: 22
Castrocaro: 112, 386
Cavalcanti, Giovanni: 209
Cerpellone, Chimenti: 209
Certaldo: 165
César, Cayo Julio: 62, 72
Cesena: 205
Chaumont, cardenal de: 345, 348, 373, 397, 431, 433, 458; *véase* Morelli, Niccolò de Girolamo
Chiarito: 320
Chiusu: 159
Cibo, Francesco: 200
Cibo, Giovanni Battista, *véase* Inocencio VIII
Citerna: 387
Cittá di Castello: 144, 168, 367-368, 375, 381
Cittadella: 387
Civita Castellana: 385
Clemente VII, papa: 25-26, 29, 58, 67, 91
Cocchiano: 151
Cocchi, Niccolò: 113
Colle: 192
Colle, Antonio Guidotti de: 346, 370
Colle de Valdelsa: 159-160, 165
Colleoni, Bartolomeo: 119, 129-130
Colonna, los: 338, 381, 383, 388, 393
Colonna, Marcantonio: 397, 411

Colonna, Muzio: 397, 461
Colonna, Próspero: 400
Colonnesi, los: 168
Connpagni, Dino: 19
Constantinopla: 16-17
Constanza: 417, 423, 425
Cóppola, conde de Sarino: 180
Corbinelli, Pandolfo: 256
Corbizzi, Filippo: 229, 240, 258, 268
Córcega: 432
Cornelio Tácito: 46-47
Corone: 307
Corrado: 291
Corregio: 316
Corsi, Giovanni: 449, 453
Corsi, Giovanni de Bardo: 220, 229, 446
Corsini, Amerigo: 238
Corsini, Gherardo: 434, 463
Corsini, Luca: 208-209, 212, 225, 258
Corsini, Piero: 208, 220, 258, 284, 294, 299-300, 358
Corte, Bernardino de: 306
Cortona: 112, 156, 251, 347, 426
Cortona, obispo de, *véase* Capponi, Guglielmo
Cosme el Viejo: 14, 19, 20, 30, 35, 54, 113-117, 120-122, 124, 190, 194-195, 213, 221
Costanzo, *véase* Sforza de Pésaro, Costanzo
Cremona: 170, 188, 289, 298, 307, 312
Croce, Benedetto: 33

Davanzati, Francesco Lorenzo: 248

Deti, Ormannozzo: 272

Diacceto, Bernardo de: 237, 363

Dovizi, Piero: 284

Drusiana, doña: 122

Eduardo III de Inglaterra: 19

Enrique VIII de Inglaterra: 23

España: 15-17, 23-24, 32, 33, 62, 78, 228, 233, 279, 331-332, 378, 380-382, 384, 387, 389, 401, 412, 416, 430-431

Este, Alfonso de: 332

Este, Borso de, duque de Ferrara: 129

Este, Gismondo de: 159

Este, Hércules I de (Ercole), duque de Ferrara: 137, 151, 155-158, 167, 173, 287, 291-293, 296-297, 310, 332, 353

Eubea, *véase* Negroponto

Eugenio IV, papa: 116

Europa: 16-17

Fabio Máximo: 52

Faenza: 205, 226, 324, 328,-329, 367, 381, 386-387, 410-411

Falconieri, Paolo: 229

Fantoni, Giovan Francesco: 454

Farnese, Alessandro, *véase* Paulo III

Federico I de Aragón: 204, 279, 287, 331-332

Felipe de Austria: 333, 377, 401, 409-410, 412, 432

Feltre, fray Bernardino de: 222

Fermo: 375, 381

Fermo, Liverotto de: 368, 374-375

Fernando (Fernandino), rey: 232, 279

Fernando I, rey de Nápoles: 120-122, 125, 129, 133-134, 136-137, 144, 150, 154, 162, 167, 176, 178-179, 187, 200, 202, 279, 280, 332, 414

Fernando II, el Católico: 23-24, 29, 62, 69, 77-78, 228, 233, 331, 338, 368, 377-378, 380-382, 388, 401, 409, 411-412, 430-431, 457-458

Ferrando, Conzalvo (Gonzalo Fernández de Córdova): 331, 377, 378, 381, 388, 395, 397, 399-401, 412, 416

Ferrara: 21, 42, 85, 165, 167-171, 173, 185, 288-289, 291, 340, 380

Ferrara, duque de, *véase* Este, Borso de; Este, Hércules I de (Ercole)

Ficherolo: 168-169

Ficino, Marsilio: 21, 189

Fiesco, Gian Luigi: 181

Fiésole: 122, 145, 270

Filicaia, Antonio de: 456, 461, 463-464

Firenzuola: 341

Fiume: 424

Fiume Morto, río: 460, 462

Fivizzano: 140, 207, 213, 226

Flandes: 431, 457

Florencia: 11, 13-16, 18-24, 26-27, 29-30, 32, 34, 54, 57, 61, 68, 71, 73, 76, 85-87, 96, 98, 112, 114-119, 121-125, 127-132, 134-136, 139-148, 150, 152-155, 159-165, 167, 170, 174, 176-191, 193, 195-197, 199, 201-203, 205, 207-209, 211-217, 219, 222, 224, 227-228, 230-231, 234-235, 237-238, 241-248, 250, 252, 254-255, 267-272, 274, 278-287, 289, 292-295, 297-301, 303-305, 308-310, 313,

315-323, 327, 329-331, 333-336, 340-342, 345-348, 350-355, 358, 365-372, 376-377, 379-380, 385-387, 393, 395-398, 400, 403, 405, 407-412, 414-415, 417-424, 426, 428, 430, 432-433, 435-436, 439-448, 450-453, 456, 458, 460-462, 466-467

Florencia, arzobispo de, *véase* Orsini, Rinaldo

Florisz, Adrián (De Utrech), *véase* Adriano VI

Fondaccio: 217

Forli: 142, 310, 328, 381, 386

Fracasso, conde, *véase* San Severino, Fracasso (Gaspare)

Franceschetto: 180

Francia: 16-17, 23, 25, 78, 127, 155, 187, 201-202, 204, 208, 214, 217-218, 227-228, 230-235, 238-239, 241, 245, 277-280, 286-289, 296, 298, 305, 307, 309-311, 313-314, 328, 332-334, 340-341, 344, 348, 350, 358, 366-367, 370, 373, 377-378, 381-382, 384, 389, 394, 396, 416-417, 419, 421, 423, 431, 433-434, 446-447, 455-457; Casa de: 178-179

Francisco I: 25

Franco: 353

Frangiani, Giovanni: 375

Friul: 424

Fuéter, Ed: 33

Gaddi, Taddeo: 245

Gaeta: 332, 378, 388

Gaiazzo, conde de: 217

Galicia: 278

Galilei, Alessandro: 342

Gallípoli: 172

Gambacorti, Piero: 299

Garigliano, río: 388, 445
Gelderland, duque de: 457
Gennaro, Antonio de: 201
Génova: 15, 120, 155, 170, 174, 204, 235, 243-244, 385, 394, 412, 414-416, 425, 430, 433, 455
Gherardi, Francesco: 295-297, 299-300
Ghiaradadda: 289, 307, 312
Ghignazzano, Mariano de: 254, 256
Giacomini, Antonio: 339, 344, 369, 379, 393, 398, 449
Gian Giordano: 378, 381
Gianfigliazzi, Bongianni: 147, 151-152, 155-157, 165, 169, 174, 192
Gianfigliazzi, Iácopo: 208
Gianni, Tommaso: 272
Giannotti, Donato: 20
Giglio, Giampaolo: 435-436
Gino Capponi, Neri de: 113, 115-116, 120
Ginori, Gino: 238
Giovanni, Giovan Battista: 348
Giovanni, Niccolò: 258
Girolami, Francesco: 258, 387
Giugi, Galeotto: 85
Giugni, Andrea: 251
Giugni, Bartolomeo: 220, 237
Giugni, Bernardo: 127
Giugni, Pippo: 272
Giuliano, cardenal de San Pietro in Vinculis: 387
Gondi, Bernardo de Carlo: 454
Gondi, Federico de Giuliano: 453

Gonzaga, Federico I, marqués de Mantua: 155, 157-158, 170

Gonzaga, Francesco de, marqués de Mantua: 228, 233, 282, 298

Gonzaga, Gianfrancesco III, marqués de Mantua: 338, 353, 370-371, 380, 385, 388, 397

Gonzaga, Rodolfo de: 231-232

Gorizia: 424

Gramsci, Antonio: 31

Granada: 409

Gravina, duque de: 374

Grecia: 113, 189

Guadagni, Bernardo: 113

Gualterotti, Francesco: 211, 238, 242-244, 255, 258, 262, 266, 279, 308-309, 322-323, 346-347, 350, 371, 391, 401, 410, 412-413, 420, 430, 435-436, 465

Gualterotti, Gualterotto: 208-209

Gualterotti, Piero: 319, 321

Gualterotto: 85

Guasconi, Gioacchino: 235, 238, 300, 304-305, 324, 358, 369, 426

Guasconi, Giovan Battista: 408

Guicciardini, familia: 15, 17

Guicciardini, Iácopo: 21, 126, 129, 131, 134, 137, 140, 151, 155-156, 174, 178, 181-183, 192

Guicciardini, Luigi: 111, 126-127, 129, 139, 151, 160, 165, 192, 452

Guicciardini, Piero: 21, 113, 183-184, 201, 204-205, 212, 220-221, 238, 243, 249, 258-259, 282, 284, 291, 321, 344, 358, 365, 376, 401, 411, 418-419, 430, 435-

437, 438, 440, 451-452, 465

Guiducci, Francesco: 301

Habsburgo, Margarita de: 457

Habsburgo, Maximiliano de: 228, 243-244, 314, 333, 335, 377, 410, 412, 415, 457

Hipólita, doña: 125

Imbalta, cardenal de: 352

Imola: 129, 142, 252, 281, 284, 310, 328, 370, 373, 381, 386

Imola, señora de, *véase* Sforza, Caterina

Impou: 180

India: 77

Inghilesi Ridolfi, Bernardo de: 257

Inghirlani, Baldo: 249

Inglaterra: 16

Ingrati, Carlos: 281

Inocencio VIII, papa: 101, 174, 176, 179, 184, 187, 199-200, 375

Isabel de Aragón: 182

Isabel la Católica: 401

Ischia: 332

Italia: 15-17, 23, 26-27, 34, 60, 112, 116-117, 119, 128, 131, 133, 134, 136-138, 140-141, 143-144, 150, 155, 165, 167, 169, 170, 172-173, 176, 178-179, 185-189, 195-196, 200-206, 213, 216, 219, 222, 228, 232-233, 235-236, 238-243, 245, 275, 279, 286-287, 302-303, 307-308, 312, 314, 320, 331, 333-336, 338-339, 340-341, 345, 351-353, 357, 361, 366-367, 373-375, 377, 381, 384, 388-389, 394, 410, 412-414, 416-418, 420-422, 425, 428, 446, 457, 458

Iustini de Castello, Lorenzo: 144, 168

Jerusalén: 122, 277
Juan Degollado, san: 113
Julio II, papa: 102, 200, 309, 387, 410, 413, 425, 435
Ladislao, rey de Nápoles: 112
Lagoscuro: 169
Lampugnani, Giovanni Andrea: 139
Lancre, cardenal de: 352
Lando, Michele de: 111
Lanfredini, Iácopo: 165
Lanfredini, Giovanni: 192
Lanfredini, Lanfredino: 238, 263, 397, 418, 434
Languedoc: 380, 388
Lante, Francesco del: 429
Lascaris, Constantino: 380
Lascaris, Giano: 189
Lenzi, Lorenzo: 220, 230, 238, 308-309, 315
Lenzi, Piero: 238
León X, papa: 23-25, 29, 62, 101, 246, 347, 395, 408, 441, 444-445
Lepanto: 307
Lérici: 466
Lilla, cardenal de: 234
Lioni, Roberto: 128
Liorna: 162, 182, 184, 208, 210, 212-213, 219, 234, 245, 316, 396, 455
Lodi: 119, 306
Lombardía: 15, 130, 171, 184, 212, 222, 228, 231, 243, 284, 286, 316, 345, 348, 366, 410
Londres: 17

Londres, cardenal de: 366

Lorena, duque de: 178-179

Lorenzo el Magnífico: 21

Lorini, Antonio: 209

Lorini, Pellegrino: 408

Lotti, Giovanni de Ridolfo: 427

Lucca: 174-175, 234-235, 299-300, 315-318, 340, 394, 399, 430, 432-440, 456, 459-462, 464

Ludovico el Moro, duque de Bari: 16, 65, 85, 139-140, 158, 163, 170-172, 178, 180, 188, 190, 196, 199-200, 202-203, 205-206, 208, 242, 252, 281, 309, 312, 314

Luis XI, rey de Francia: 127, 187, 277

Luis XII de Francia: 277, 279-280, 285, 287-289, 294, 297-298, 303, 310, 312, 318, 324, 331-333, 335, 338, 346, 348-353, 366, 370-373, 376-378, 380-381, 384, 388, 394-396, 410, 412-425, 428-433, 435-436, 443-444, 455,-457

Lunigiana: 170-171, 207, 213, 226, 231

Lutero, Martín: 26, 32, 51

Lyon: 17, 189, 308, 334, 345

Machiavelli, Alessandro: 301

Machiavelli, Niccolò: 13, 16, 19-20, 25-29, 33, 370, 397, 401-402, 417, 423, 455-456

Magione: 370

Mahomet II, el Gran Turco: 133, 227

Malaspina, marqueses: 226

Malatesta, Pandolfo: 328, 386-387

Malatesta, Roberto: 130-131, 155-156, 158, 163, 167-168, 275

Malatesta, Segismondo: 119-120, 130

Malegonnelle, Antonio: 204, 238, 288-289, 324, 333, 369, 387, 406, 408, 409

Mammeli, Guido: 220

Manetti, Antonio: 251

Manfredi, los: 386

Manfredi, Astore: 324, 328

Mannelli, Alessandro de Leonardo: 407-409

Mannelli, Francesco de Leonardo: 408

Mantua: 23, 155, 170, 249, 281, 340

Mantua, marqués de, *véase* Gonzaga, Federico I; Gonzaga, Francesco de; Gonzaga, Gianfrancesco III; Bentivoglio, Giovanni

Marca: 375, 381, 384, 409

Marciano, Pirro de, conde: 301

Marciano, Rinuccio de, conde: 225, 280-281, 283, 289-291, 295, 304, 320, 332, 346

Maremma: 398-399

María Impruneta, santa: 73

Marignolli, Piero: 342

Mariscotti, Agaménnone: 329

Mariscotti, Galeazzo: 329

Marradi: 283

Martelli, Braccio: 218, 220, 237, 280, 301

Martelli, Francesco de Roberto, "Tinca": 256

Martelli, Lorenzo: 440

Martelli, Piero del Braccio: 446

Marti: 225

Martín, san: 114

Martini, Luca: 258

Martino, Iácopo de: 392

Massa: 399

Maximiliano, emperador: 23

Mazzinghi, Domenico: 238-240

Mazzinghi, Ugolino de Giuliano: 453

Médicis, los: 15-17, 20, 23-24, 26, 28-30, 33, 48, 54, 57, 98, 103, 146, 186, 202, 212-213, 221, 230, 246, 249, 254-257, 259, 275, 284, 314, 322, 334, 346-348, 352, 359, 367, 372, 392, 403, 405, 408, 442-449

Médicis, Alamanno de: 407

Médicis, Alejandro de, papa: 20, 26, 30

Médicis, Antonio de: 165

Médicis, Averardo: 113

Médicis, Butta de: 191

Médicis, Cosimo de: 442

Médicis, Cosme de, *véase* Cosme el Viejo

Médicis, Gian Marco de: 435-436, 439

Médicis, Giovanni de, cardenal, *véase* León X

Médicis, Giovanni di Bicci de: 113

Médicis, Giovanni de Pierfrancesco de: 203, 205, 211-212, 252, 259, 281, 404, 409

Médicis, Giuliano de: 211, 284-285, 334, 335, 395, 444-445, 447

Médicis, Hipólito de: 20

Médicis, Juan de, cardenal: 180, 184, 193, 385, 397, 426

Médicis, Julián de, hijo de Lorenzo: 193

Médicis, Julián de, duque de Nemours: 23, 132, 143-146, 149

Médicis, Julio de, *véase* Clemente VII

Médicis, Lorenzino de: 20, 23, 30

Médicis, Lorenzo de: 29, 62, 113, 132, 135-136, 141-150, 160, 162-164, 166, 170, 179-180, 183-186, 191-197, 199, 208-209, 213, 214, 222, 229, 241, 256, 322, 404, 446, 447, 453-454

Médicis, Lorenzo de Pierfrancesco de: 203, 205, 211-212, 219-220, 223, 228, 237, 249-250, 252, 259, 278, 288, 322, 329, 392, 404, 409

Médicis, Lorenzo de Piero de: 453-454

Médicis, Lucrecia de: 449

Médicis, Magdalena de: 180

Médicis, Piero de: 124-125, 127-128, 130, 132, 142, 186, 193-204, 207-217, 220, 222-223, 225, 229, 236, 241, 248-249, 252, 254-256, 259-260, 275, 281, 284, 291, 329, 344, 347-349, 367, 388, 404, 409, 443-445, 447, 452-454

Médicis, Piero Francesco de: 134, 190, 392

Médicis, Vieri de: 272

Meinecke: 33

Mellini, Piero: 165

Melum, cardenal de: 352

Menetti, Giovanni: 291

Mezzana: 461-462, 464

Micheletto: 401-403

Milán: 16, 60, 65, 116-119, 122, 125, 127, 129-130, 139, 144, 154-155, 158, 160, 163, 165, 167, 169-170, 172-174, 176-179, 181, 185, 189-190, 193, 196, 199-202, 205-208, 217, 225, 231, 244, 255, 277, 284, 286-290, 297-298, 305-309, 312-313, 315-316, 331, 333, 345, 353, 367, 370, 373, 395, 397, 414-415, 419, 431, 444, 457-458

Milán, duque de, *véase* Sforza, Francesco; Sforza, Giovan

Galeazzo; Visconti, Filippo Maria
Minerbetti, Piero: 165
Minerbetti, Tommaso: 199, 204, 448
Mirandola: 316
Mirandola, Giovanni Pico della, conde: 189, 222
Módena: 24-25, 169
Modone: 307
Molfetta, cardenal de: 174, *véase* Battista Cibo, Giovanni
Monte, Piero del: 301
Monte San Savino: 151-153, 165, 347
Montefeltro, Federico de, duque de Urbino: 129-131, 137-138, 144, 150, 152, 156, 158, 163, 167,-169, 285, 351
Montefeltro, Guidobaldo de, duque: 385
Montepulciano: 177, 225-226, 283, 379, 399
Montesecco, Giovan Battista de: 145, 147-148
Montevarchi: 350-351
Montone, Carlos de, conde: 155-156
Monti, Biagio de: 453
Montughi: 145
Morelli, Girolamo: 154, 164, 192
Morelli, Lorenzo: 184, 220-221, 228, 258, 418, 430, 436, 438
Morelli, Niccolò: 348, 365
Morelli, Niccolò de Girolamo: 349, 397
Mortara: 313
Mugello: 190, 402
Mulinella: 130
Mútolo, Alfonso del: 462-463

Mutrone: 437-438

Nápoles: 16-17, 30, 112, 116, 119-121, 125, 129-130, 132-134, 155, 161-164, 176, 178-179, 181, 185-186, 188, 193-194, 196, 199-202, 204-205, 208-209, 219, 227-228, 232, 249, 277-280, 287, 309, 331-332, 368, 373, 377-378, 380-381, 388, 397, 409-410, 412-414, 417, 448, 450, 454

Nardi, Jacobo: 20

Nasi, Alessandro: 262, 392, 414, 429, 431, 462

Nasi, Alessandro de Francesco: 377

Nasi, Bartolomea: 190

Nasi, Bernardo: 238, 258, 262, 392

Nasi, Piero: 165

Navarra: 388

Negroponto (Eubea): 133

Neretti, Bernardo: 258

Neri, Benedetto: 237

Neri, Bernardo: 136, 183, 192, 194, 204

Nerli, los: 249, 257, 269, 272, 322

Nerli, Benedetto: 249, 281, 329, 333

Nerli, Filippo: 20, 21

Nerli, Iácopo Tanai de: 210, 212, 229, 237, 269

Nerli, Tanai: 208, 209, 212, 219, 220, 223, 229, 237, 249

Nero, Bernardo del: 211, 221, 246, 248-249, 251-253, 255-257, 260, 262, 268, 444, 446

Nero, Niccolò del: 412

Neroni, Diostesalve: 118, 126-128, 130, 136

Nicolini, Agnolo: 183

Nicccolini, Angelo: 136, 183, 192, 198, 201, 204, 208,

211, 221-222, 249

Niccolini, Francesco: 209

Niccolini, Michele: 238

Niccolini, Otto: 118, 126, 131-132, 134

Nicolás V, papa: 16, 101, 119, 133, 138

Nobili, Giovan Battista: 343

Nola: 228

Nomentano: 177

Non: 306

Nori, Francesco: 146

Novara: 231-232, 313

Orlandini, Bartolomé: 116

Orleans, Ludovico, duque de: 231

Orleáns, Luis, duque de, *véase* Luis XII

Orsini, los: 177-178, 200-201, 203, 205, 281, 328-330, 338, 340, 344-345, 350, 352, 366-368, 370, 372, 374-376, 378, 381, 383, 385, 387, 391, 397

Orsini, Bartolomeo de Alviano: 248, 381

Orsini, Battista, cardenal: 177, 374

Orsini, Fabio: 344

Orsini, Gian Giordano: 376, 378

Orsini, Giulio: 177

Orsini, Niccolò, conde de Pitigliano: 151-152, 228, 338, 424

Orsini, Organtino: 177

Orsini, Paolo: 210, 328, 334, 344, 353, 374

Orsini, Rinaldo: 143, 374, 426, 442

Orsini, Virginio: 168, 177, 200-202, 228

Osimo: 375

Osoli, río: 460, 462
Ostia: 200
Otranto: 233
Padua: 21-22, 189, 387
Pagnozzo Ridolfi, Ridolfo de: 220
Palaia: 225
Palleschi: 20
Pamplona, obispo de: 383 *véase* Borgia, César
Panciatichi, los: 319-323, 353-354
Panciatichi, Piero: 319, 321
Pandolfini, Battista: 215
Pandolfini, Domenico: 165
Pandolfini, Filippo: 136, 177
Pandolfini, Francesco: 392, 414, 420, 458
Panfolfini, Francesco de Bartolomeo: 452
Pandolfini, Francesco de Pierfilippo: 281
Pandolfini, Iácopo: 220, 269, 322
Pandolfini, Niccolò: 211
Pandolfini, Pierfilippo: 182-183, 192, 199, 204, 205, 211, 221-222, 238, 243, 245-246, 250-251, 262
Papi, Alessandro de: 263
Parentucelli, Tomás, *véase* Nicolás V
París: 34
Parma: 25, 169, 231, 316, 385
Parrano, Paolo de: 464
Paulo II, papa: 101, 124, 130, 136, 138
Paulo III, papa: 101
Pavía: 189, 413

Pazzi, los: 141-1143, 191, 193,-194, 237, 249, 453
Pazzi, Andrea: 148
Pazzi, Antonio: 142
Pazzi, Cosimo, arzobispo de Florencia: 243, 278, 329, 341, 387, 441
Pazzi, Francesco, Franceschino: 142-145, 147
Pazzi, Galeotto: 148
Pazzi, Giovanni: 148
Pazzi, Guglielmo: 142, 148, 220, 256, 258, 280, 322, 341-342, 358, 418
Pazzi, Iácopo: 141, 144-147
Pazzi, Niccolò: 148
Pazzi, Piero: 141
Pazzi, Renato: 141, 147-148
Pecchia, Marco del: 429
Peccioli: 225
Pepi, Francesco: 234, 243, 280, 288, 305, 310, 351, 410-411, 418
Pepo: 341
Peri: 355
Perusa: 146, 155-159, 177, 367-368, 375, 381, 385, 397, 410
Peruzzi, los: 19
Peruzzi: 113
Peruzzi, Averano de: 453
Pésaro: 129, 157, 159, 314, 328, 381, 386
Pescara, marqués de: 67
Pescia, fray Domenico de: 263-266, 269, 274, 276
Petrucci, Pandolfo: 283, 331, 341, 344, 345-346, 366,

368, 370, 372, 376, 379, 395, 397, 403, 408

Piacenza: 24

Piccinino, Iácopo, conde: 119-122, 125, 164

Piccinino, Niccolò: 119, 125

Piccolomini, Enea Silvio, *véase* Pío II

Piccolomini, Francesco, *véase* Pío III

Pieri, Piero: 220

Pietramala: 213

Pietrasanta: 174, 180-182, 208, 210, 212-213, 219, 234, 316, 318, 433, 437-438

Pieve a San Stefano: 347

Pío II, papa: 101, 121, 124, 385

Pío III, papa: 102, 385, 394

Piombino: 120, 144, 281, 331, 334, 381, 385, 411, 412, 463, 466

Pisa: 112, 140, 143-147, 150, 155, 174, 182, 184, 188, 190, 205, 208, 210-215, 219, 225, 227, 231, 234-236, 242-245, 248, 255, 259, 278-282, 284, 286-288, 291-296, 298-303, 306, 308, 310, 316-317, 319, 325, 328, 336, 338-340, 342-344, 352-353, 372, 376, 393-394, 398, 400-401, 412, 415, 417, 419, 422-423, 428-433, 435-438, 443, 455-456, 458-460, 462-467

Pisa, arzobispo de, *véase* Salviati, Francesco

Pistoia: 212, 251, 291, 302, 319-325, 328, 353-354, 358, 365, 436

Pitigliano: 178, 378

Pitigliano, conde de, *véase* Orsini, Niccolò

Pitti, Francesco de Piero de Luca: 409, 448

Pitti, Iácopo de Luca: 267

Pitti, Jacobo: 19-20, 29-30

Pitti, Luca: 22, 115-116, 120-121, 124, 126-128, 136, 281
Pitti, Luigi: 124
Pitti, Piero: 409
Pitti, Piero de Luca: 256, 448
Pitti, Raffaello de Alfonso: 453
Po, río: 167, 169, 171
Poggibonsi: 231
Poggio Imperiale: 25, 151, 156-157, 159-160, 165, 184, 194, 283
Polésine: 168, 173
Poliziano, Angelo: 189
Polonia: 396
Pontano, Gioviano: 179
Ponte a Cappelletto: 396
Ponte a Valiano: 226
Pontrémoli: 207, 231, 316
Popoleschi, Piero: 220, 237, 263, 269, 418
Poppi: 284
Poppi, Juan de: 57
Portinari, Tommaso: 189
Porto Pisano: 393, 432
Portofino: 412
Pratovecchio: 192, 284
Pratoveccio, Canaccio de: 462-464
Pratoveccio, Giovanni de: 211, 223
Próspero Colonna: 60, 94
Pucci, Antonio: 136, 174, 192, 199, 259
Pucci, Giannozzo: 208, 256, 259

Pucci, Giannozzo de Antonio: 254
Pucci, Puccio: 114, 199, 204, 339
Puccierello, Filippo de: 466, 468
Puccini, Battistino: 343
Puerto Pisano: 162
Puglia: 377
Radda: 151
Ravel, cardenal de: 352
Ravenna: 180
Récine: 151
Reggio: 24-25
Reyes Heroles, Jesús: 33
Riario, Girolamo, conde: 142-145, 148, 170
Riario, Raffaele, cardenal: 145, 147-148, 150
Ricasoli, Pier Giovanni de: 285
Ricci, Michele de los: 429
Ridolfi, Antonio: 126, 129, 140, 165, 192
Ridolfi, Giovan Battista: 204, 238, 250, 266, 269-272, 279, 288, 309, 312, 317, 322, 358, 362, 386, 393, 401, 407, 411-412, 414, 418, 423, 426, 430-431, 435-436, 438-439, 449, 453, 465
Ridolfi, Giovanni de Tommaso: 414, 416
Ridolfi, Niccolò: 183, 198, 204, 221, 249, 254, 256-257
Ridolfi, Piero de Giuliano: 257
Ridolfi, Vincenzo: 267
Rimini: 26, 119, 129-131, 155, 328, 381, 386-387, 410
Rinieri, archidiácono de Florencia: 22
Rinuccini, Francesco: 241
Ripafratta: 225, 242, 283, 303, 319, 323, 339, 380, 456,

459, 461-462

Roberto el Magnífico, *véase* Malatesta, Roberto

Roma: 19, 25-28, 32, 87, 122-123, 131, 134, 138, 140, 142-145, 148, 163-165, 168, 177, 179, 184, 193, 195, 199-200, 203, 219, 227, 246, 250, 255, 271-272, 279, 289, 310, 335, 345, 351, 367, 370, 376, 381, 383-385, 387, 394, 396-397, 403, 409-410, 413, 441-442, 444-448, 453

Romagna: 16, 25, 120, 130, 143, 145, 162, 165, 167-168, 180, 205, 207, 277, 281, 283, 313, 328, 330, 334, 366, 368, 372-374, 381, 384-386, 402, 410-411, 457

Romolino: 271

Rossi, los: 169-170, 173

Rossi, Lionetto de: 189

Rouen: 316

Rouen, cardenal de: 333-334, 352, 368, 370, 373, 377, 381, 384, 385, 394, 413, 414, 415, 431, 457

Rovere, Francesco della, *véase* Sixto IV

Rovere, Giuliano della, *véase* Julio II

Rovere, Giovanni della: 309

Rovigo: 168, 173

Rucellai, Bernardo: 192, 197-198, 203, 217, 219-220, 223, 228, 237, 249, 251-252, 269, 272, 282, 284, 290, 322, 329, 358, 365, 403-404, 447, 449, 453

Rucellai, Cosimo: 203, 237, 404

Rucellai, Giovanni: 447, 449

Rucellai, Palla: 449

Rucellai, Pandolfo: 209, 251, 274

Ruggiero, Guido de: 33

Saboya, Bona de: 139, 140, 158

Sacchetti, Niccolò de Matteo: 365

Sacchetto: 340

Salsas: 388

Salviati, los: 449, 453

Salviati, Alamanno: 22, 113, 238, 308, 321, 329, 348-350, 352, 354, 360, 363, 365, 369, 385, 390, 392-393, 397, 410, 412, 414, 418, 420, 423, 430, 435-436, 438, 439, 455-456, 461, 464, 466, 468

Salviati, Francesco, arzobispo: 143, 144-147, 150

Salviati, Giuliano: 220-221, 230, 238, 262, 323, 344, 392

Salviati, Iácopo: 147, 221, 238, 256, 262, 321, 365, 369, 376, 390, 392-393, 412-413, 418, 430, 435, 448, 455-456, 465

Salviati, Lorenzo de Lotto: 329

Salviati, Lucrecia: 256, 262, 448

Salviati, Piero de Giuliano: 208

San Antonio del Obispo: 128, 132

San Casciano: 159

San Francesco: 181

San Frediano: 216-217

San Iácopo: 217, 460-461

San Jorge, cardenal de, *véase* Riario, Raffaele

San Lorenzo, basílica de: 122

San Maló, cardenal de: 227

San Marco: 122, 233-234, 237, 250, 262-267, 269-270, 292

San Miniato al Tedesco: 162, 281

San Miniato, Bernardo de: 57

San Pedro: 168

San Piero Gattolini: 249

San Piero in Grado: 455-456, 459-462, 464, 466

San Pietro in Vinculis: 136, 178, 200, 309

San Régolo: 280

San Sepolcro: 301

San Secondo: 169-170

San Severino, Antonio Maria: 196

San Severino, Federico de, cardenal: 353

San Severino, Fracasso de (Gaspare): 177, 283-284, 289, 340, 353

San Severino, Galeazzo de: 217, 298, 306, 313

San Severino, Roberto de, conde: 129, 140, 155, 157-159, 167, 169-173, 176-180, 196, 339

Sanctis, Francesco di: 31-32

Santa Croce: 264, 418

Santa Croce, Iácopo de: 374

Santa María: 217

Santa María Impruneta: 300, 400

Santa María Novella: 186

Santa Prassede, cardenal de: 385, 387

Santa Reparata: 145-146, 148, 186, 216-218, 236, 262-264, 267, 275, 448

Santo Domingo: 221

Sarno, río: 122

Sarzana: 163, 170, 173-175, 179-180, 182, 184, 205, 207-210, 212-213, 219, 222, 234, 309, 433

Sasseta, Pietro Paolo de la: 296

Sasseta, Rinieri de la: 296-297, 304

Sassetti, Galeazzo: 256

Sassetti, Gentile de: 453

Sasso, Antonio de: 220

Savelli, los: 168, 384, 393

Savona: 387, 416

Savonarola, fray Girolamo de Ferrara: 20, 42, 113, 168-169, 209, 220-225, 229-231, 236-241, 245-246, 249-252, 254-255, 257, 262-267, 269-273, 275, 277-279, 298, 405, 454

Scala, Bartolomeo: 192

Scali, Giorgio: 111-112

Scarampi, los: 124

Scarfa, Francesco del: 209, 219-220

Scarlatti, Luigi: 311

Secco, Francesco: 225, 282

Segni, Bernardo: 20

Serchio: 460

Serezzanello: 180-181

Serristori, Antonio: 301

Serristori, Battista: 238, 248, 284

Serristori, Giovanni: 177, 183, 204

Sessa, duque de: 121

Sforza, los: 16, 202, 314, 383

Sforza, Ascanio Maria, monseñor: 140, 158, 199, 297, 306, 312-314, 384-385, 394, 396-397, 447-448

Sforza, Caterina: 252, 281, 284, 310, 314

Sforza, Francesco, duque de Milán: 116-117, 120-122, 125-127, 131, 134, 136-139, 150, 190, 228, 231-235, 237, 244-245, 252, 255, 277-278, 280, 282-283, 285-288, 291,

293-295, 303, 306, 313-314, 404

Sforza, Galeazzo Maria, duque: 126-127, 129-130, 134, 139-140, 144, 187, 252, 332

Sforza, Giovan Galeazzo, duque de Milán: 139, 172, 182, 206, 314, 335

Sforza, Giovanni: 314, 328

Sforza, Ermes (Hermes): 200, 314, 335

Sforza, Ludovico, *véase* Ludovico el Moro

Sforza, Ottaviano: 281

Sforza de Pésaro, Costanzo: 157-159

Sforza de Pésaro, Giovanni: 332

Sicilia: 277, 409

Siena: 85, 119-121, 125, 150, 155-157, 165, 173, 231, 235, 248, 283, 315, 331, 334, 341, 346-347, 367, 370, 376, 379-381, 385, 394, 398-399, 408-409, 433

Siena, cardenal de, *véase* Pío III

Signa: 215, 216

Silvestro, de Florencia, fray: 269, 276

Simonetta, Cicco: 139, 140, 158

Simonetto, capitán general: 122

Sinigaglia: 309, 374-375

Sixto IV, papa: 101, 136, 137, 142-143, 150, 168, 173, 387

Soderini, los: 371

Soderini, Francesco, obispo de Volterra: 165, 233, 235, 288, 334, 341, 351, 377, 380, 385, 400, 419, 426, 441, 442, 445

Soderini, Giovan Battista de Paolantonio: 448

Soderini, Giovan Vittorio: 370, 376, 412, 430, 436, 437

Soderini, Niccolò: 126, 128, 130

Soderini, Paolantonio: 182, 192, 197-198, 201, 204, 220, 233, 238, 249, 251, 263, 269, 271-272, 288, 299-300

Soderini, Piero: 92, 201, 278, 316, 321, 323, 326, 328-329, 330-331, 343-344, 348, 350, 352, 355, 359, 390, 393, 441

Soderini, Piero de Tommaso: 369

Soderini, Tommaso: 126, 129, 132, 136, 139, 154, 160, 186, 192, 198, 392, 434

Soderini, Tommaso de Paolantonio: 387, 460-461

Soderini, Vittorio: 452

Soiana: 241

Spezia: 204

Spinetta, marqués de: 140

Spini, Doffo: 263, 269

Spoleto, Piero Lione: 186

Stagno: 393

Stampace: 299, 304

Stéfano: 145

Stinche: 240-241, 305, 462

Straffa, Girolamo della: 43

Strozzi, los: 198, 249, 449, 450, 452, 454-455

Strozzi, Alfonso: 329, 448, 450, 453, 455, 463-464

Strozzi, Andrea: 220

Strozzi, Antonio: 257, 288, 449

Strozzi, Carlo: 238, 258

Strozzi, Filippo: 198, 450-452, 454-455

Strozzi, Filippo de Filippo: 448

Strozzi, Lorenzo: 198

Strozzi, Matteo: 387, 449, 455
Strozzi, Piero de Giannozzo: 460
Strozzi, Tommaso: 111-113
Stufa, Angelo de la: 135
Stufa, Gismondo de la: 153
Stufa, Luigi de la: 191, 238, 299, 330, 350, 358, 370-371
Taddeo, Francesco de Antonio de: 209, 238, 342
Taddeo, Piero de Antonio de: 258-259
Tarento: 121
Tarlatino: 464
Taro: 231
Tavernelle: 248
Tíber, río: 385
Tiberio: 46
Tignano, Giovanni de: 240
Tinca, *véase* Martelli, Francesco de Roberto
Tolentino, Giovan Francesco de: 145
Tomasso, Luca de: 258
Tondinelli, Bernardino: 342, 346
Tornabuoni, Piero de Leonardo: 208
Tornabuoni, Lorenzo: 221, 254, 256-257
Tornabuoni, Simone: 267
Tornabuoni, Vincenzo: 267
Torre di Foce: 283, 303, 393
Tortona: 158, 306
Toscana: 15, 129, 155, 163, 222, 230, 290, 298, 345-346, 350, 353-354, 366, 379
Tosinghi, Francesco: 294, 331, 450

Tosinghi, Pierfrancesco: 238, 258, 262, 344, 411, 414, 448
Tosinghi, Tommaso: 238, 258, 262
Trémouille: 350
Trémouille, cardenal de: 352-353, 380, 385
Trento: 424
Treves, Paolo: 33
Trevisan, Marchionne: 231
Trieste: 424
Triulzi, Gian Giacomo: 179, 424
Triulzi, Gian Iácopo: 306, 308
Tron, Filippo: 235
Tronto, río: 131
Tudor, los: 16
Turquía: 148
Ulm: 424
Urbino: 137, 199, 285, 351, 370, 373-374, 381, 385
Urbino, duque de, *véase* Montefeltro, Federico de
Urbino, Guidobaldo de, duque: 368
Urbino, Piero Paolo de: 275
Uzzano, Niccolò: 113
Val Di Bagno: 213
Valdarno: 346
Valdichiana: 151, 157, 348
Valdimarina: 329
Valdiniévole: 281, 432
Valencia: 199
Valencia, cardenal de, *véase* Borgia, César

Valenza: 306

Valiano: 283

Valori, Bartolomeo: 446

Valori, Bartolomeo de Filippo: 427

Valori, Francesco: 192, 197, 199, 204, 211, 218-221, 223, 229, 233, 238, 245, 247, 250-251, 257-258, 260, 262, 267-271, 275, 279, 444, 446-447

Valori, Niccolò: 392, 413-414, 420, 448, 450

Varchi, Benedetto: 20, 30

Velletri: 168

Venafra, Antonio de: 70

Venecia: 15-16, 18, 20, 23, 26, 34, 85, 113, 116, 118-119, 128-129, 144, 154, 160, 167, 180, 204, 205, 216, 228, 235, 279, 282, 288, 289, 291-292, 312-313, 351, 353, 360, 404, 413, 416, 424, 453, 457

Ventura: 319

Verruca: 225

Verrucola: 242, 380

Vespucci, Antonio: 275

Vespucci, Guido Antonio: 155, 165, 184, 202, 220, 228, 233, 237, 249, 252, 257, 269, 272, 280-282, 284-285, 290, 310, 322, 358

Vespucci, Giorgio: 275

Vespucci, Piero: 299, 301

Vettori, Francesco: 422-423

Vettori, Piero: 181-182, 192, 220, 418

Viareggio: 435

Vicenza: 424

Vico: 165, 225

Vicopisano: 233, 242, 282-283, 292, 303, 339-340, 342-344, 380

Vigna, Antonio de: 324

Vignone: 403, 404

Villani, Filippo: 18

Villani, Giovanni: 18

Villani, Mateo: 18

Visconti, Filippo Maria, duque de Milán: 113, 116-117, 200

Visconti, Giovan Galeazzo: 112, 289

Vitelli, los: 281, 289-290, 322, 328, 330, 336, 338, 340-341, 344, 350, 366, 370, 374, 385, 387, 391

Vitelli, Camillo: 230, 233, 249, 374-375

Vitelli, Giovanni: 374-375

Vitelli, Giulio, obispo de Castello: 344, 375

Vitelli de Castello, Niccolò: 144, 168, 374

Vitelli, Paolo: 249, 281, 284-285, 287, 289-291, 294-295, 297-303, 305-306, 374-375, 433

Vitelli, Vitellozzo: 281, 301, 328-330, 334, 341-348, 351-352, 367-368, 372-375

Volterra: 136-137, 148, 157, 165, 188, 221, 233, 251, 281, 341, 380, 398

Voleterra, Cardenal de, *véase* Soderini, Francesco

Wittelsbach, Roberto de: 112

Zaccheria, Iácopo del: 220

Zati, Niccolò: 258-260, 344

Índice

Portada 1
HISTORIA DE FLORENCIA, 1378-1509 2
Página legal 3
ÍNDICE GENERAL 4
PRÓLOGO 7
BIBLIOGRAFÍA 35
RECOMENDACIONES Y ADVERTENCIAS RELATIVAS A LA VIDA PÚBLICA Y A LA VIDA PRIVADA 36
HISTORIA DE FLORENCIA, 1378-1509 106
- I. COMPENDIO DE LA HISTORIA DE FLORENCIA DESDE EL TUMULTO DE LOS CIOMPI HASTA LA MUERTE DE COSME EL VIEJO 107
- II. GOBIERNO DEL HIJO DE COSME, PIERO DE MÉDICIS 122
- III. LOS PRIMEROS AÑOS DEL GOBIERNO DE LORENZO DE MÉDICIS 132
- IV. LA CONJURACIÓN DE LOS PAZZI 142
- V. LA GUERRA DE SIXTO IV Y FERNANDO DE ARAGÓN CONTRA FLORENCIA 152
- VI. LORENZO DE MÉDICIS VIAJA A NÁPOLES Y SE FIRMA LA PAZ CON FERNANDO DE ARAGÓN. NUEVOS ORDENAMIENTOS EN FLORENCIA 163

VII. GUERRA ENTRE VENECIA Y FERRARA. PAZ DE BAGNOLO. CAMPAÑA DE PIETRASANTA	171
VIII. LA CONSPIRACIÓN DE LOS BARONES EN NÁPOLES (1484). POLÍTICA DE LORENZO	181
IX. MUERTE DE LORENZO DE MÉDICIS. SU SEMBLANZA. COMPARACIÓN CON COSME I	192
X. PRIMEROS TIEMPOS DE PIERO DE MÉDICIS. ELECCIÓN DEL PAPA ALEJANDRO VI BORGIA. PIERO ECHA A PERDER LA AMISTAD CON MILÁN	204
XI. CONDUCTA POLÍTICA DE PIERO DE MÉDICIS. LLEGADA DE CARLOS VIII. PIERO HUYE DE FLORENCIA	212
XII. CARLOS VIII ENTRA EN FLORENCIA. GIROLAMO SAVONAROLA. REFORMAS A LA CONSTITUCIÓN DE FLORENCIA	225
XIII. LA EMPRESA DE NÁPOLES. LIGA ITALIANA CONTRA CARLOS VIII. CONDICIONES DEL ESTADO FLORENTINO	239
XIV. SUBLEVACIÓN CONTRA EL GOBIERNO DEMOCRÁTICO. LLEGADA DE MAXIMILIANO DE HABSBURGO A ITALIA	253
XV. PIERO INTENTA INÚTILMENTE VOLVER A FLORENCIA. FRAY GIROLAMO SAVONAROLA ES EXCOMULGADO	261
XVI. PROCESO, CONDENA Y EJECUCIÓN DE FRAY GIROLAMO SAVONAROLA. JUICIO SOBRE SU PERSONALIDAD	279
XVII. ALIANZA ENTRE LUIS XII, ALEJANDRO VI Y CÉSAR BORGIA. ALIANZA ENTRE	294

FRANCIA, EL PAPA Y VENECIA
XVIII. LAUDO DEL DUQUE DE FERRARA. PAOLO VITELLI 311
XIX. FIN DEL PODER DE LOS SFORZA EN MILÁN. PRIMERAS CONQUISTAS DE CÉSAR BORGIA 327
XX. GUERRA DE PISA. DESÓRDENES EN PISTOIA. EL VALENTINO CONQUISTA FAENZA 337
XXI. CONQUISTA DEL VALENTINO EN ROMAGNA. LUCRECIA BORGIA. REFORMAS EN FLORENCIA 351
XXII. REBELIÓN DE VALDICHIANA Y AREZZO. RECUPERACIÓN DE PISTOIA 362
XXIII. REFORMAS A LA CONSTITUCIÓN DE FLORENCIA. EMPRESAS DEL VALENTINO. PIERO SODERINI NOMBRADO GONFALONERO VITALICIO 382
XXIV. RIVALIDAD ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN ITALIA. ELECCIÓN DE JULIO II 405
XXV. LA EMPRESA DE PISA 419
XXVI. POLÍTICA DESACERTADA DE PIERO SODERINI. LAS MILICIAS CIUDADANAS. BERNARDO RUCELLAI 425
XXVII. JULIO II CONTRA LOS VENECIANOS. FERNANDO DE ARAGÓN EN NÁPOLES 436
XXVIII. LUIS XII EN ITALIA. MAXIMILIANO DE HABSBURGO. DISCORDIAS EN FLORENCIA 445
XXIX. RELACIONES DE FLORENCIA CON PISA Y LUCCA. COSIMO DE LOS PAZZI, ARZOBISPO DE FLORENCIA 461

XXX. GIOVANNI DE MÉDICIS. CASAMIENTO DE FILIPPO STROZZI CON CLARICE DE MÉDICIS. LIGA CONTRA VENECIA 478

XXXI. SIGUE LA CAMPAÑA CONTRA PISA 496

NOTA ACLARATORIA DE ALGUNOS TÉRMINOS USADOS EN EL TEXTO 506

FICHAS BIBLIOGRÁFICAS DE LAS PRINCIPALES FAMILIAS Y PERSONAJES 508

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE LAS RECOMENDACIONES Y ADVERTENCIAS 523

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TOPONÍMICO DE LA HISTORIA DE FLORENCIA 526